

En una tierra remota en la que todo está cambiando, sólo la fuerza de los sentimientos permite salir adelante.

LA FLOR DEL SURINAM

Linda Belago



Lectulandia

El Surinam, 1876. Julie y Jean son propietarios de una plantación de caña de azúcar que empieza a tener problemas económicos. Desde la abolición de la esclavitud, diez años atrás, todo ha cambiado, y ahora hay que contratar mano de obra para la plantación. Muchos vienen de la India buscando un trabajo que allí no consiguen y una vida mejor. Como la joven Inika y sus padres. Pero lo que es destino le reserva a Inika en el Surinam es mucho más de lo que puede soportar, y su desgracia desencadenará unos acontecimientos que cambiarán la vida de todos.

Sin que nada pueda evitarlo, los secretos de la familia saldrán a la luz y los vínculos entre unos y otros se pondrán a prueba de un modo definitivo. Una novela intensa, apasionante y llena de vida que arrastrará al lector a un viaje inolvidable.

Lectulandia

Linda Belago

La flor del Surinam

ePub r1.0

Titivillus 01.09.15

Título original: *Die Blume von Surinam*

Linda Belago, 2013

Traducción: Rosa Pilar Blanco

Editor digital: Titivillus

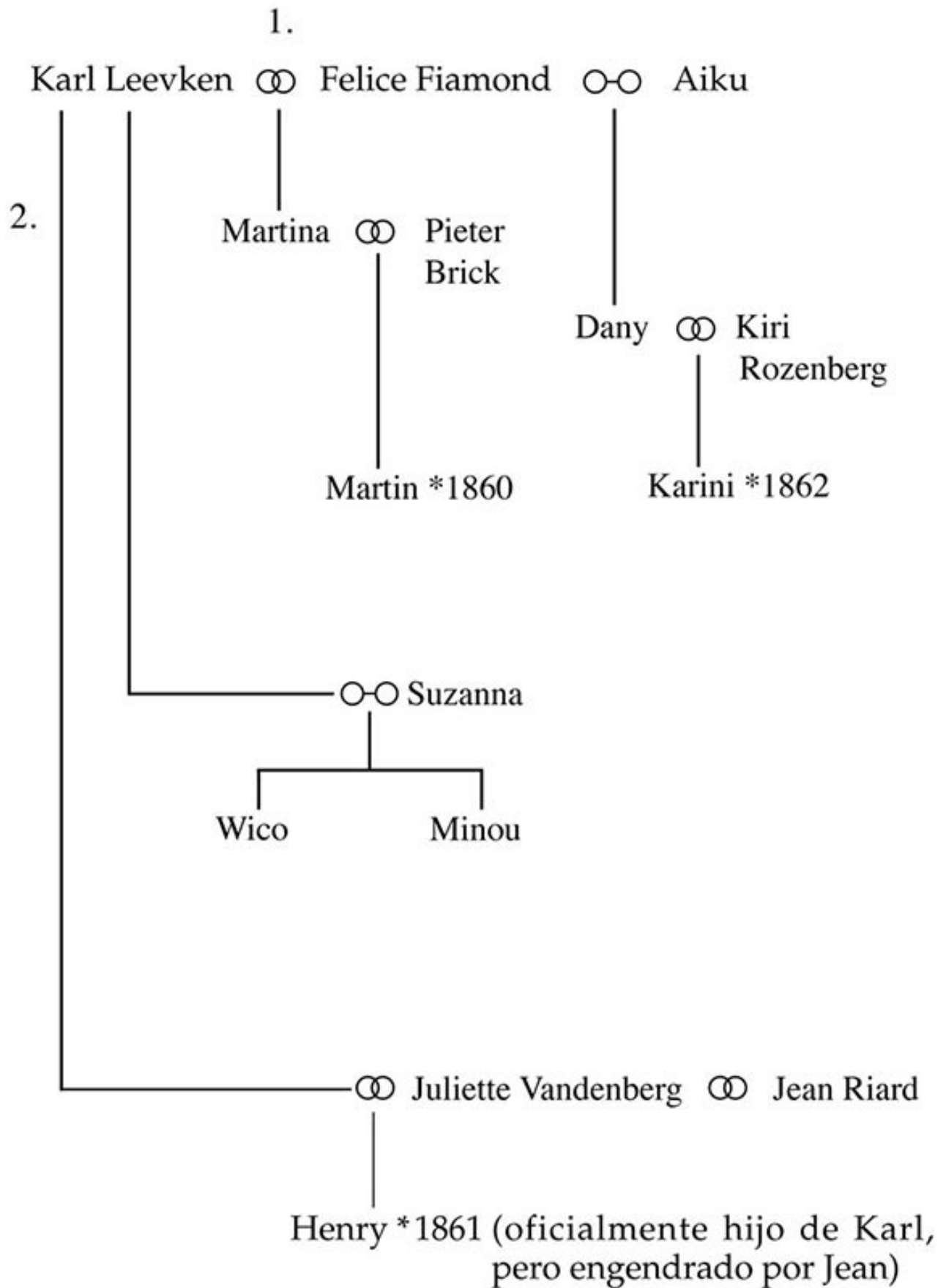
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La patria no está en lugares concretos,
sino en los corazones de las personas.

EDITH LINVERS

En memoria de mi querida abuela



○-○ significa unión fuera del matrimonio

PRÓLOGO

India británica, 1876

Calcuta

Metro a metro, iban abriéndose paso entre la multitud que se agolpaba en el puerto de Calcuta. Inika avanzaba a trompicones junto a su madre, rodeada de cuerpos que se apretujaban y se empujaban unos a otros, provocando miedo y desasosiego. Había mucho ruido, olía mal, y el ambiente pronto se tornaría irrespirable. ¡Ojalá llegaran por fin al barco! Allí dispondrían de espacio y de aire para respirar, y quizá también podrían comer algo.

La niña sintió de pronto el vigoroso brazo de su padre que la rodeaba enlazándola con firmeza y la arrastraba. Ahora estaba más protegida de las personas que empujaban, pero la sensación de seguridad no aumentó. La masa humana se deslizaba incontenible hacia la pasarela del barco, e Inika se aferraba con todas sus fuerzas al brazo de su padre cuando su mirada recayó sobre el borde del muelle que estaba justo a su lado. Un agua negra y mugrienta chapoteaba entre el muro y la embarcación y parecía querer atraparla. Inika percibía el esfuerzo de su padre para intentar empujarla hacia delante. De pronto, se echó a llorar y miró a su alrededor buscando a su madre.

—¡Enseguida estaremos en el barco, cariño, enseguida! —le gritó su padre al oído, pero sus palabras apenas conseguían sobreponerse al estruendo de la muchedumbre.

El barco. Durante semanas había esperado, añorado incluso, ese barco: desde que habían abandonado su pequeño pueblo, durante la larga marcha a pie hacia Calcuta por carreteras cenagosas, en los campamentos abarrotados que eran un hervidero de bichos, y en la misma ciudad, donde ni siquiera habían conseguido un lugar para dormir y se habían visto obligados a acampar durante días en el puerto, encima de los fardos de su equipaje.

El barco... Allí todo mejoraría. Les asignarían un lugar seco para dormir, les darían por fin alimentos y los trasladarían a un país lejano en el que los esperaba un futuro exento de preocupaciones. Así se lo habían contado sus padres a Inika reiteradas veces.

—¡No te separes de mí! —oyó que gritaba su padre a su madre.

En la voz del hombre latía el miedo, y la niña siguió aferrada a él cuando se volvió contra la marea de cuerpos que apretaban. Entonces, horrorizada, reparó en que los empujones alejaban cada vez más a su madre.

—¡Sarina! —Inika vio cómo su padre se obstinaba en agarrar con la mano libre a

su esposa.

Su madre gritó algo que ella no logró entender, y estiró un brazo hacia su hija y hacia su marido.

La niña oyó a su padre maldecir en voz baja, después apartó a unos hombres con rudos empujones y, en el último momento, logró agarrar a su mujer por el brazo. Inika vio cómo su madre torcía el gesto por el dolor y el esfuerzo, y sintió cómo su padre, con el otro brazo, la estrechaba todavía con más fuerza. El hombre, con el rostro húmedo de sudor, jadeaba y caminaba doblado bajo el peso adicional del saco con sus pertenencias que cargaba a la espalda, mientras arrastraba con todas sus fuerzas a su familia. Su presa sólo cedió cuando accedieron por la pasarela a la cubierta, donde la apretura se aligeró un poco y los marineros dirigían a los pasajeros a través de una gran escotilla y una empinada escalera hacia el interior del barco.

—Ven, Sarina, coge a Inika.

El hombre soltó la mano de la niña, rígida por el miedo, y la empujó a los brazos de su esposa. A sus doce años, Inika era muy menuda y de figura delicada, como su madre. Sarina estrechó a su hija contra su cuerpo, y ella enterró la cara en los abundantes pliegues de la tela de su sari. La mujer le acarició los largos cabellos negros y siguió empujándola con suavidad.

—Vamos, Inika, tenemos que seguir. Por aquí, en alguna parte, estarán nuestros asientos. ¿Kadir?

—Estoy aquí. Creo que tenemos que ir hasta el fondo.

Al padre de Inika le costó descargar el pesado saco de su espalda. No habían podido llevarse mucho: algo de ropa, harina, un poco de sal y, con sabia previsión, unos cuantos saquitos de hierbas medicinales. Durante la travesía la manutención estaba garantizada, así se lo habían prometido, pero a saber. Kadir había guardado celosamente sus últimos ahorros, un puñado de rupias, debajo de su turbante, el *pagri*.

Uno de los marineros hacía señas a los pasajeros para que siguieran avanzando. Poco a poco, las hileras de pequeñas cabinas de madera dispuestas en el espacio de carga de la cala se fueron llenando. Cada familia disponía únicamente de un lugar para dormir. Kadir reparó en la expresión preocupada de su esposa, pero esbozó una sonrisa de aliento forzada y embutió el saco al fondo del todo, contra la pared. Sabía que en el barco había que vigilar bien sus propiedades.

Sarina le indicó a Inika que subiera a la cabina, que únicamente contenía una fina estera de paja, y a continuación, con un suspiro, trepó detrás de ella.

—Ven... —dijo, atrajo a la niña azorada contra su cuerpo y la meció con suavidad.

Kadir vio que su mujer estaba al borde del llanto debido al agotamiento y le dedicó una mirada compasiva. ¿Dónde se habían metido? Él sabía que en las últimas

semanas había exigido mucho a su familia. Primero la larga marcha a pie hacia Calcuta, luego la desesperación y la espera en el puerto. El hecho de que esa pequeña litera tuviera que ser su alojamiento durante varias semanas empeoraba mucho más las cosas para Sarina. A Kadir le habría gustado ofrecerle algo mejor.

Ella se había opuesto al viaje desde el primer día. Su marido, por el contrario, al igual que otros muchos hombres, había escuchado con creciente entusiasmo al desconocido que un buen día había aparecido en el pueblo para reclutar trabajadores contratados para la colonia neerlandesa del Surinam por encargo de la administración inglesa. Buscaba hombres dispuestos a trasladarse en barco a ese país lejano para conseguir allí un empleo fijo. El hombre dibujó el futuro en el Surinam con los colores más variopintos y los tonos más entusiastas: allí todos tendrían trabajo y más tarde tierra propia, los neerlandeses pagaban muy bien y, además, el viaje estaba organizado de principio a fin por los ingleses.

Kadir no necesitó pensarlo mucho. ¿Qué perspectivas tenían en la India? Él era el sexto hijo de una familia campesina. Sus padres eran pobres, tenían numerosas bocas que alimentar. No acertaba a recordar que su madre, por más que se esforzaba, hubiera logrado jamás saciar de verdad a todos sus hijos. Él mismo, que no deseaba empeorar esa situación, se había casado impulsado por su padre, que también le había buscado la esposa. Sarina procedía de un pueblo lejano y su familia era tan pobre que la dote casi la llevó a la ruina. De ese modo, los padres de la novia pudieron al menos desembarazarse de su hija. En la jerarquía familiar, las hijas ocupaban un lugar muy inferior a los hijos, y encontrar un hombre que las aceptara y las mantuviera era una gran suerte. Los dos novios se vieron por primera vez durante la ceremonia de boda. Kadir consideró que había tenido suerte: Sarina era una mujer bonita, con unos largos cabellos negros y unos apacibles ojos oscuros. Pronto demostró ser también una esposa inteligente y sumisa.

Al igual que sus hermanos antes que él, Kadir se construyó una casa en las tierras de su padre, tal como exigía la tradición rural, e intentó mantener a su reducida familia trabajando como peón en las grandes plantaciones de té, aunque lo conseguía a duras penas. El salario era más bien escaso, y la situación global del país no era ni mucho menos tan prometedora como treinta años antes.

Kadir se había devanado los sesos buscando una salida. Trasladarse a otra zona era una posibilidad, pero nadie sabía si allí el trabajo y el salario mejorarían. Y también para eso necesitaba dinero, que habría tenido que ahorrar previamente con esfuerzo. La oferta de los ingleses llegó justo en el momento adecuado. A continuación discutió durante noches enteras los riesgos y las ventajas con los hombres del pueblo. El padre de Kadir se limitó a encogerse de hombros. Le habría gustado ayudar a su hijo, pero no veía ninguna salida. Al fin y al cabo, los hermanos de Kadir se encontraban en la misma situación.

A Sarina no la entusiasmó la idea de su esposo, pero no tenía derecho a oponerse. A pesar de la situación de pobreza y penuria que debía soportar cotidianamente, la pequeña cabaña era su hogar, y las personas que la rodeaban, su familia. Allí se sentía segura. Además, estaba Inika... ¿Un viaje tan largo a un país tan lejano con una niña?

—Si allí todo es tan bueno, ¿por qué vienen a la India a buscar trabajadores? — preguntó, escéptica.

—A lo mejor en los Países Bajos no hay obreros suficientes y los ingleses los están sacando de apuros. O tal vez... es un país muy rico y la gente de allí ya no necesita trabajar.

La respuesta de Kadir no logró disipar las dudas de Sarina, pero finalmente también ella se vio obligada a admitir que su futuro no era nada halagüeño, sino más bien amenazador. Debía seguir a su marido, fuera a donde fuese. Tenían que intentar labrarse ellos mismos su destino. Así que Kadir, junto con otros dos hombres del pueblo, aceptó los dos días de marcha hasta la administración inglesa y se inscribió él mismo y a su pequeña familia como trabajadores contratados para la colonia neerlandesa del Surinam.

Un contrato que Kadir ni siquiera era capaz de leer selló la empresa. Pocas semanas después, partieron hacia Calcuta para embarcar en la nave que los conduciría a su nuevo destino en el lejano país del Surinam.

EEN BEETJE WIT

UN POCO BLANCA

El Surinam, 1876-1877
Paramaribo, plantación Rozenburg

CAPÍTULO 1

Karini Rozenberg balanceaba las piernas, pues ese día realmente le estaba costando mucho ser paciente. Como de costumbre, estaba sentada en el pequeño muro que rodeaba el patio del colegio, esperando a que sonara el timbre del recreo. Por la mañana tenía que ir dos veces desde la casa señorial de la plantación Rozenburg, en Paramaribo, hasta la escuela local para llevar a los dos jóvenes masras, Martin y Henry, el almuerzo que había preparado Kiri, su propia madre. A las diez, un vaso de leche y un pan para cada uno. A las doce, un vaso de zumo y una comida ligera. Karini no estaba sola en esa tarea: a su alrededor, varios niños y niñas de piel oscura esperaban a que los *blanken* —así denominaban los habitantes de color del Surinam a todos los blancos— saliesen al segundo recreo. Los vasos sobre la bandeja que sostenía encima de las rodillas tintinearono suavemente, por lo que dejó las piernas quietas y echó una ojeada. Comprobó, aliviada, que todo seguía en su sitio, que el contenido de los vasos no se había derramado y que los ligeros tentempiés esperaban, bien presentados, en los platos.

Karini suspiró. A mediodía siempre tenía mucha prisa. Nada más cumplir su encargo, regresaría rápidamente a la mansión, dejaría la vajilla en la cocina, se lavaría en la pequeña cabaña del patio trasero, donde vivía en compañía de su madre, se cambiaría de ropa y luego correría a la clase del padre Benedikt en la escuela de la misión. Karini sabía que la escuela se había fundado al abolirse la esclavitud en el Surinam hacía casi trece años; desde entonces todo esclavo tenía que bautizarse, lo que le permitía asistir a los oficios religiosos, y a los niños, ir a la escuela, al menos hasta cumplir los doce años. Habitualmente los niños de color comenzaban a trabajar entre los doce y los catorce, y sólo muy pocos tenían la suerte de Karini de poder asistir más tiempo a la escuela. Algunos padres, sobre todo antiguos esclavos de las plantaciones, en lugar de enviar a sus hijos a estudiar, los hacían trabajar en las casas o en los campos. Una minoría de propietarios de plantaciones se tomaban en serio la obligación de los negros de asistir a la escuela, pero la administración colonial no ejercía mucha influencia en los innumerables niños del interior del país. No obstante, misi Juliette y masra Jean, a quienes pertenecía la plantación de caña de azúcar de Rozenburg a la que Karini y su madre estaban adscritas, insistían en que todos los niños de allí acudieran a clase.

Para Karini eran los últimos meses en esa escuela, pues pronto cumpliría catorce años. Le gustaba estudiar y se enorgullecía de sus progresos: sabía leer y escribir con soltura, e incluso la aritmética le resultaba fácil. Siempre había envidiado a masra Henry y a masra Martin porque iban a clase a diario y se pasaban toda la mañana en la escuela. ¡Cuánto tiempo tenían para aprender! ¡Cuánto tiempo podían dedicar al

estudio! Sus clases, en cambio, se limitaban a unas pocas horas por la tarde apenas tres días a la semana. Los dos niños, sin embargo, compartían el entusiasmo de Karini con reservas. Sobre todo masra Martin, el mayor de los dos, solía refunfuñar por la mañana argumentando que tenía sueño y pocas ganas.

—Vamos, arriba —lo animaba siempre Karini cuando le llevaba agua fresca para su aseo matinal, abría las cortinas y retiraba el orinal.

—Para ti es fácil hablar, no tienes que ir a la escuela todos los días —solía replicar, malhumorado, masra Martin.

A Karini esta respuesta le provocaba siempre una pequeña punzada. Ella sólo tenía clase diaria en la plantación.

En la estación seca larga, que se extendía entre agosto y diciembre, Karini se trasladaba junto con su madre y los dos jóvenes masras a la plantación Rozenburg, situada en el interior, varias horas río arriba. A masra Henry y masra Martin les daba clase en casa un preceptor contratado expresamente, y Karini, como todos los demás niños del poblado de los trabajadores, asistía a la escuela en casa de la tía Fiona. Ella no era su verdadera tía, pero en el poblado de la plantación los niños daban ese apelativo a todas las mujeres de edad.

Antes de fin de año, al comienzo de la estación lluviosa corta, los niños regresaban a la mansión de Paramaribo en compañía de Karini y su madre, para asistir allí a la escuela hasta el mes de agosto. En todo el Surinam, este ritmo venía determinado por el clima. La gran estación de las lluvias entre mediados de abril y agosto desencadenaba graves tormentas y traía consigo ejércitos de mosquitos, lo que era más agradable de soportar en la ciudad que en Rozenburg, ubicada entre el bosque y el río. Por el contrario, durante la época seca larga se soportaba allí mejor el creciente calor que en las angosturas de la ciudad. Misi Juliette, madre de masra Henry y madre adoptiva de masra Martin, aunque en diciembre viajaba a Paramaribo para despedirse de los chicos y resolver asuntos de negocios, vivía la mayor parte del año en Rozenburg con su marido, masra Jean, y se trasladaba a la ciudad en contadas ocasiones. La separación entre la vida en la plantación y la vida en la ciudad sin duda no era fácil para la misi, y el alejamiento de los chicos le resultaba a todas luces muy duro. Entregarse cómodamente a la elegante vida ciudadana, como otras mujeres, sin colaborar en la plantación no era en absoluto el estilo de misi Juliette. Ella incluso montaba a veces a caballo y cabalgaba hasta los campos. Eso era más bien impropio de una dama, pero su implicación había merecido la pena, Karini lo sabía. Rozenburg resistía los malos tiempos que se cernían sobre la colonia. Karini estaba orgullosa de poder llevar también en su apellido el nombre de la plantación. Misi Juliette había dado a todos los esclavos nombres que empezaban con Rozen..., y Karini mencionaba con agrado su nombre, al contrario que otros muchos esclavos, a los que sus antiguos propietarios habían apellidado Perezoso o Chismosa.

Los antiguos esclavos no llevaron apellidos hasta su liberación, pero desde entonces éstos se habían convertido en una obligación, aunque en la vida cotidiana de

la plantación nadie se preocupara por eso. Tampoco se preocupaban por el color de la piel, que en la época de la esclavitud había desempeñado un papel fundamental. En la ciudad, por el contrario, todavía se reparaba en aquellos de color de piel más claro; allí, los mulatos de piel más clara seguían considerándose superiores a los antiguos esclavos negros. No obstante, también ellos percibían el cambio social, porque ya no importaba quién había sido esclavo o mulato, sino quién tenía trabajo y quién no. Como siempre, sin embargo, los mulatos no podían desempeñar trabajos inferiores ni faenar en los campos de las plantaciones como en la época de la esclavitud. Karini no sabía bien por qué ocurría así. Su madre había insinuado que tenía relación con los padres de los niños mestizos, que no querían que sus hijos realizaran labores de esclavos. Sin embargo, ella no entendía por qué eso no era aplicable a los negros.

A Karini ciertas reglas de la colonia le parecían muy desconcertantes. Ella se sentía más unida a los blancos; además, masra Henry y masra Martin eran sus mejores amigos.

Kiri, su madre, había sido en su día la esclava personal de misi Juliette. Tras la abolición de la esclavitud, misi Juliette le ofreció un contrato de trabajo como el que desde ese momento tenían que acreditar todos los antiguos esclavos durante un período de transición de diez años, y Kiri permaneció gustosamente a su lado en Rozenburg, como la mayoría de los esclavos de la plantación. La misi había pasado con ellos unos cuantos años difíciles y siempre se había mostrado buena y justa, había mejorado sus condiciones de vida y se había preocupado por el bien común en el poblado de los esclavos. Desde luego, eso no era habitual, pues muchos de los propietarios de plantaciones que llevaban largo tiempo establecidos allí no habían cambiado su comportamiento cruel hacia los antiguos esclavos. Los largos látigos de cuero, que todavía se bamboleaban de muchos cinturones, eran harto elocuentes. Sólo en contadas ocasiones se le pedía cuentas a alguien por eso, y en la ciudad y en la administración colonial nadie se preocupaba por los miles y miles de antiguos esclavos que vivían en lugares muy apartados del interior y de las plantaciones. Y en los Países Bajos, menos todavía, pues aunque en la lejana Europa se había celebrado la abolición de la esclavitud, según informaron los periódicos, el personal de las colonias del otro extremo del mundo volvió a ser olvidado con rapidez.

Con el final del contrato obligatorio, las condiciones en los tres años precedentes habían seguido transformándose. Los antiguos esclavos ya no estaban vinculados a las plantaciones o a sus amos, sino que eran habitantes libres de la colonia, podían vivir donde se les antojara y elegir ellos mismos a sus patronos.

Kiri era ahora empleada de la plantación Rozenburg, cuidaba a los jóvenes masras y se encargaba del gobierno de la casa señorial. Dany, el padre de Karini, permanecía todo el año en la plantación, donde trabajaba como capataz en los campos de caña de azúcar. Además, comerciaba con los negros cimarrones, en lo que lo beneficiaba la estrecha relación con su padre, Aiku. Éste era un *maroon*, un negro cimarrón que vivía libre en lo más recóndito de la selva como jefe de su tribu. En presencia de su

gran-papa, al que visitaba en muy raras ocasiones, Karini experimentaba siempre una sensación de inseguridad. La inquietaba porque no hablaba, o no podía hablar, no lo sabía con exactitud; sus padres jamás le contaron una palabra al respecto.

Karini no sabía qué le gustaba más: la vida en la ciudad —donde siempre ocurrían cosas, había tantas novedades que descubrir y la clase del padre Benedikt era mucho más exigente que la de la tía Fiona, que apenas sabía escribir y unos rudimentos de aritmética— o la vida sosegada en la plantación Rozenburg —cuando la familia se juntaba y su convivencia con masra Henry y masra Martin era distinta de la de Paramaribo.

En la plantación, los dos muchachos eran como dos hermanos mayores para Karini. Masra Henry, un año mayor que ella, era más bien reflexivo, le gustaban los libros y sabía contar muchas historias emocionantes. Masra Martin, por el contrario, se consideraba ya muy mayor a sus casi dieciséis años y andaba siempre en busca de aventuras, aunque atento en todo momento a proteger a masra Henry y a Karini.

En la ciudad, sin embargo, su relación era distinta. Los chicos se reunían con sus amigos blancos, jugaban con sus compañeros y tenían que atender ciertos compromisos sociales mientras Karini trabajaba o iba al colegio. A veces la chica se entristecía por no poder asistir a las reuniones de los hijos de los *blanken*. Ya no pasaba tanto tiempo como antes con los jóvenes masras. Éstos ya no eran niños pequeños, cada uno tenía que cumplir con sus obligaciones. Por el momento se veían un ratito en los breves recreos escolares de los masras. Entonces la misión de Karini consistía en entregarles la bandeja y esperar a que ambos hubieran comido y bebido, para llevarse luego la vajilla a casa. No debía hablar con ellos más de lo imprescindible, pues eso allí, en el patio de la escuela, se consideraba inoportuno. En la ciudad, los contactos entre los *blanken* y los negros seguían sin estar bien vistos. Los *blanken* permanecían juntos y allí Karini era solamente la hija del ama de llaves negra. No obstante, su madre se sentía muy orgullosa de ella, aunque pertenecía a la generación que no había aprendido a leer y a escribir y seguía sin saber hacerlo hasta la fecha. Hasta 1863 los esclavos ni siquiera hablaban neerlandés, a pesar de que era el idioma oficial de la colonia. Kiri aún seguía usando el *taki-taki*, la lengua de los esclavos, y lo hablaba con su hija y con los *blanken*.

A veces a Karini le costaba entender que su madre se aferrara con tanta obstinación a las costumbres tradicionales en lugar de emprender nuevos caminos. Seguía yendo descalza, y tampoco le había comprado nunca zapatos a su hija. «No los necesitamos», fue su lapidaria respuesta un día que Karini, siendo pequeña, lloriqueó pidiendo unos zapatos. A los esclavos siempre les habían prohibido llevar zapatos, y, al igual que su madre, muchos de los mayores los habían probado más tarde, aunque les habían parecido incómodos y los habían desechado como calzado. A Karini no le molestaba ir descalza en la plantación, pero en la ciudad a veces miraba con envidia a las criadas que llevaban brillantes zapatos negros de charol.

En ese momento observó, aliviada, que al fin se abría la enorme puerta de entrada

y un enjambre de alumnos salía en masa del edificio de la escuela. Bajó con cuidado del muro y preparó la bandeja para masra Henry y masra Martin.

Pronto regresaría corriendo a casa para asistir a su propia clase.

CAPÍTULO 2

—Pero ¿cómo sube hasta aquí ese animal?

Juliette Riard cogió la gran tortuga y, alejándola de sí con los brazos estirados, la bajó por los peldaños del porche delantero de la plantación. El animal era muy pesado y pataleaba afanoso con sus cortas patas.

Julie —así la había llamado siempre su marido desde que era niña y así seguía llamándola todavía— depositó el reptil a la sombra de un arbusto y dejó resbalar su mirada por la fachada del edificio principal de Rozenburg. La madera pintada de blanco relucía al sol y destacaba la armoniosa construcción en el intenso verdor del paisaje circundante. No obstante, la fachada necesitaba un repaso, se dijo al descubrir en una esquina unas manchas ligeramente verdosas. El clima de ese país también corroía los edificios. Y las intensas lluvias de las últimas semanas habían hecho el resto. Transcurrían los últimos días de mayo, y la temporada de las lluvias aún duraría unas semanas. Julie decidió encargarse del trabajo en cuanto el tiempo lo permitiera. Ese año tendría que invertir unos florines en la casa.

Después su mirada se detuvo en Jean, su marido, que estaba en el porche, inclinado sobre sus documentos. Al recordar en un breve fogonazo su primer encuentro, no pudo reprimir una sonrisa. Entonces solían pasarse horas sentados en ese porche, Julie todavía estaba casada con Karl Leevken, y Jean era el contable de la plantación Rozenburg. ¿Hacía de verdad diecisiete años ya que ella había abandonado el barco un caluroso día de marzo? A veces le parecía una eternidad, y otras como si hubiera sido ayer. Por aquel entonces había alguien más con ellos en el porche: *Nico*, el papagayo, que durante sus primeros años la había acompañado en la plantación como único genio tutelar. Julie suspiró. *Nico* había abandonado la plantación, al igual que otros seres. A cambio, ahora contaba con la tortuga, que vagaba por la propiedad. Julie vio que el animal se ocultaba entre el follaje. Sus pensamientos volaron hacia su hijo, que había puesto nombre a la tortuga: la había llamado *Monks*, por un personaje dudoso de un libro de aventuras que le gustaba leer. A Julie el nombre le parecía muy adecuado para el animal, que tenía la costumbre de aparecer una y otra vez en lugares en los que no se esperaba necesariamente a una tortuga. Para Julie seguía siendo un misterio cómo lograba subir al porche, pero ya no la sorprendía encontrársela en los lugares más insospechados de la enorme casa. Cuando, un buen día, la tortuga logró incluso subir al tablero de trabajo de la cocina de Liv, lo que el ama de llaves negra recibió con ruidosos alaridos y la amenaza de preparar una exquisita sopa con el animal, Julie sospechó que alguien de la plantación ayudaba a la tortuga en sus excursiones. ¿Los chicos tal vez? Sea como fuere, lo cierto es que ellos salvaron a *Monks* de la cazuela de Liv con cara de susto.

Los chicos... ¿Estarían bien en la ciudad? A Julie los meses que pasaba sin ellos en la plantación se le antojaban interminables; luego, cuando regresaban, el tiempo parecía volar. Los echaba mucho de menos y, aunque intentaba distraerse, la vida cotidiana le recordaba a ambos e inundaba su corazón de añoranza y, según se había confesado a sí misma en más de una ocasión, de dolor, acompañado de mala conciencia. Julie dejó escapar un leve suspiro, se recogió la falda y volvió a subir los peldaños del porche.

—Pronto estarán aquí de nuevo, Julie.

La voz de su esposo destilaba ternura, y ella le dedicó una mirada de agradecimiento. Jean había vuelto a adivinar lo que la agobiaba, y en ese momento levantó la vista de sus libros contables.

—Sí, lo sé... Pero todos los años las últimas semanas antes de su llegada se me hacen eternas —dijo en voz baja.

Se sentó a su lado y dejó que su mirada vagara hasta el río. Los aguaceros habían cesado, y el sol hacía que la atmósfera encima del río desprendiera vapor. En esos breves momentos tras las ensordecedoras tormentas de la estación de las lluvias, el clima resultaba más o menos soportable y recordaba a un caluroso día de verano europeo. En cualquier caso, con la temporada seca pronto retornaría la opresión concentrada del calor tropical, a la que a lo largo de todos esos años Julie se había acostumbrado con dificultad. En su opinión sólo tenía algo bueno: el regreso de los chicos a Rozenburg.

No le había resultado fácil enviar a los chicos a la escuela de la ciudad, pero la posibilidad de que les dieran clase durante todo el año en la plantación tampoco le gustaba. A esa edad necesitaban el contacto con otros niños. La vida en la plantación transcurría con monótona regularidad, y Julie había observado con bastante frecuencia que el aislamiento en las plantaciones ejercía sobre los adolescentes una influencia contraproducente. Los vástagos huraños y malcriados de otros propietarios habían sido motivo suficiente para que ella eligiera un camino diferente para sus hijos. Así que, apesadumbrada, había decidido que Henry y Martin vivieran durante una parte del año en Paramaribo para asistir al colegio. Había matriculado a ambos chicos al mismo tiempo. ¡Qué deprisa habían crecido! ¿Qué harían después de su etapa escolar? No le costaba imaginar que Henry se formaría con Jean en la plantación, ya había planteado el asunto en varias ocasiones. Pero ¿permanecería Martin también allí? Julie lo ignoraba. Le costaba entender al muchacho, a pesar de que lo había criado, y seguía siendo un desconocido para ella. Por más que se había esforzado, el chico, en lugar de abrirse con franqueza, había mantenido su hermetismo. Además, ambos habían tenido un arranque difícil, pero a pesar de todo ella lo amaba tanto como a su propio hijo.

Cuando comenzó la época escolar, Martin se trasladó a la ciudad sin rechistar. Julie no esperaba otra cosa, aunque su palpable frialdad la hirió. A Henry, por el contrario, le costó separarse de sus padres y de la plantación. A la propia Julie le

sucedía lo mismo, así que en el primer año los acompañó a la ciudad, un ritual que había mantenido hasta la fecha. Entonces casi siempre se quedaba unas cuantas semanas allí para resolver asuntos comerciales y atender compromisos sociales antes de regresar a la plantación a cumplir con sus obligaciones. En la actualidad, la despedida aún le resultaba penosa, aunque siempre se alegraba de abandonar la ciudad. No se sentía muy a gusto allí, pero no dejaba que se le notara en presencia de los chicos. En Paramaribo, los recuerdos de los tiempos difíciles de sus primeros años en el Surinam amenazaban a veces con vencerla; en la casa señorial, sobre todo, en ocasiones acechaban sombras oscuras que la acosaban. Recuerdos de Karl, su violento primer marido, cuyos gritos aún parecían resonar en las estancias, la habitación en la que había muerto su hijastra Martina, la madre de Martin, y el secuestro de los pequeños Martin y Henry llevado a cabo por el padre biológico de Martin habían originado una suerte de niebla sutil pero persistente en su cabeza. A Jean parecía no afectarle ya todo eso, pero Julie era incapaz de olvidar lo sucedido.

Los chicos, por el contrario, se sentían a gusto en la ciudad. Eso se debía entre otras razones a Kiri, que los cuidaba de maravilla y velaba por ellos. Kiri... Su recuerdo inundó a Julie de amor y nostalgia. Antes, Kiri siempre había estado cerca de ella, su relación había trascendido con creces la habitual entre criada y señora. Cuántos buenos y malos tiempos habían pasado juntas, cuántos obstáculos habían superado... Julie sabía que podía confiar en su antigua esclava personal, cuya calidez humana a menudo echaba de menos en la plantación, sobre todo en momentos como ése. Julie notó que se le formaba un nudo en la garganta y ahuyentó esos pensamientos. ¡Cielo santo, qué sentimental era! ¡Cuántas veces se había prometido a sí misma que no se aferraría tanto a las cosas! Henry, Martin, Kiri y Karini se sentían a gusto en la ciudad, y durante todos esos años Julie no había tenido nunca el menor motivo de preocupación. Además, en Paramaribo vivía su amiga Erika, que en caso necesario acudiría de inmediato. Pero Julie había perdido en su vida a tantas personas queridas... Ahora que llevaba algunos años viviendo en paz en el círculo familiar, todavía la asaltaba el miedo a que todo se malograra, a que les sucediera alguna desgracia a los chicos, a su marido, a Kiri, a Karini o a Dany. Como le había ocurrido a menudo en las últimas semanas, Julie percibió una punzada de pánico. «¡No sucederá nada! ¡Todo va bien!», se repetía una y otra vez. Pero en algún lugar de su mente se cernía un sordo presentimiento que se unía a la sensación de flojera en su estómago.

El crujido enérgico de los papeles de Jean la arrancó de sus pensamientos. Alzó la vista y vio cómo ordenaba los papeles formando un montón y a continuación apartaba a un lado el recado de escribir. Parecía tenso, y sus gestos le revelaron que algo lo preocupaba.

—Tenemos que reflexionar —comenzó él con tono serio—. Se han despedido otros tres hombres para regresar con sus familias. Si esto sigue así, tal vez tengamos dificultades. —Se recostó en el asiento y cruzó los brazos sobre el pecho—. No creo

que podamos contratar tan deprisa a nuevos trabajadores —prosiguió con visible preocupación—. Ahora que pueden decidir ellos mismos, sencillamente se abren algunas posibilidades más interesantes. Puedo entender que después de tanto tiempo sientan el afán de reunir a sus dispersas familias, de no tener que someterse a ningún amo, o que se sientan atraídos por el trabajo en la ciudad o quizá por la búsqueda de oro, donde incluso pueden ganar más dinero que con los pocos salarios de las plantaciones.

Se interrumpió y le dirigió una mirada a Julie en la que ella creyó percibir una suerte de desamparo. Una expresión que no había visto con mucha frecuencia en Jean, pero tuvo que reconocer que ella sentía lo mismo. No eran buenas noticias, desde luego. Julie suspiró.

—Y, ya ves, de ese modo corren precisamente hacia el precipicio. Aquí podemos ofrecerles un puesto de trabajo seguro y un sueldo fijo, eso tampoco lo hay en todas partes. Se oyen muchas cosas malas, y los crecientes barrios pobres de las afueras de la ciudad hablan por sí mismos.

Como tantas otras veces, el tema exasperó a Julie. Habían hablado a menudo de los numerosos asentamientos dispersos de pobres que habían surgido en el transcurso de los tres últimos años. El final de la obligación contractual durante diez años no había beneficiado a muchos de los antiguos esclavos. Mientras un antiguo esclavo estaba sano y era lo bastante fuerte para firmar un contrato con una plantación, todo iba bien. Pero la administración colonial no albergaba el menor interés por los numerosos ancianos, enfermos y débiles. Si antes un plantador estaba obligado a mantener unidas a las familias de esclavos y a contribuir al cuidado de la gente de los poblados que ya no era apta para el trabajo, en los años pasados un número creciente de trabajadores habían sido puestos de patitas en la calle. A ello había que añadir desde hacía tres años los numerosos trabajadores antiguos que preferían tomar en sus manos las riendas de su vida antes de permitir que un blanco los sometiera en una plantación. Es verdad que a esas personas *libres* se les prometía tierra y un posible asentamiento, sin embargo, ninguna de las autoridades blancas sabía de dónde iban a sacar en el futuro los recursos para semejante proyecto, a los ojos de Julie idealizado. «Mantienen a la gente atada con la esperanza», solía decir. Ella sabía que ese tema los sacaba de quicio a ambos, tanto a su esposo como a ella misma.

Jean frunció el ceño y se acomodó detrás de la oreja un mechón de pelo rubio que se había extraviado. Julie lo contempló con amor. Contrariamente a la moda europea, Jean llevaba el cabello más bien corto y había renunciado a dejarse barba, más que nada por las condiciones climáticas. A ella eso no le molestaba; al contrario, le gustaba su aspecto llamativamente juvenil, y ya se había burlado de él alguna vez. Jean siempre entraba al trapo y a menudo levantaba el índice con fingido enojo y la reprendía tildándola de frívola o algo parecido, pero Julie lo conocía lo suficiente para saber que consideraba sus comentarios un cumplido. Jean no era vanidoso, desde luego, aunque sí plenamente consciente de su atractivo para las mujeres. No obstante,

Julie podía estar segura de que él nunca pescaría en lagos ajenos.

Ahora, no obstante, en la frente de Jean se dibujaban unas profundas arrugas, una señal inequívoca de la preocupación que lo embargaba. El asunto de los trabajadores exigía una decisión.

Julie tomó de la parte superior del montón la lista de empleados que su esposo acababa de escribir. En ella figuraban ciento cincuenta y seis nombres. La cifra decisiva era ciento cincuenta: constituía el mínimo de trabajadores necesarios para garantizar el buen funcionamiento de la plantación de caña de azúcar, sin tener en cuenta bajas imprevistas por enfermedad. La cifra óptima era alrededor de doscientos obreros. Julie suspiró. Sabía muy bien lo que eso significaba; esas cifras eran mucho más que números negros sobre papel blanco: en el Surinam, después de trece años las señales hacían presagiar un cambio... y ahora ese cambio había llegado también a Rozenburg.

Cuando se abolió la esclavitud, Julie y Jean optaron por continuar con la plantación. A diferencia de otros muchos propietarios, ellos no temían sublevaciones o ataques, y ofrecieron contratos de trabajo a los antiguos esclavos, que casi todos aceptaron agradecidos y encantados. Siguieron ocupándose juntos de la plantación y superaron sin pérdidas los cambios de tres años antes. La pareja siempre se había entendido bien con sus antiguos esclavos, demasiado bien, como les señalaban cada vez con más frecuencia. Se relacionaban incluso con los negros cimarrones que se habían sublevado en el pasado y desde hacía mucho tiempo llevaban una existencia libre en las profundidades de los bosques, y ante cuya visión algún que otro colono se apresuraba a empuñar el arma en lugar de intentar congraciarse con ellos.

Entretanto, en el proceso de emancipación de los esclavos, los cimarrones habían adquirido una nueva confianza en sí mismos y para entonces se movían por la capital como comerciantes con absoluta naturalidad. En la sociedad se estaba gestando un orden completamente nuevo. Los numerosos trabajadores libres se abrían camino en todos los grupos profesionales y ramos del comercio intentando garantizarse su existencia. Muchos colonos establecidos desde hacía tiempo temían por su posición de predominio e imitaban a sus correligionarios, que, trece años antes, habían buscado refugio en Europa o en Norteamérica. Se rumoreaba que apenas quedaban en el país un millar de europeos, que se enfrentaban a más de cincuenta mil antiguos esclavos, negros libres, mulatos, chinos e indios pacificados.

En los últimos tiempos, Julie había oído en repetidas ocasiones que se abandonaban las plantaciones. Si se daba crédito a las cifras más recientes de la administración colonial, aún existían ciento cincuenta grandes plantaciones de cacao y caña de azúcar, sin incluir explotaciones más pequeñas, de las que en el transcurso de los últimos tres años se habían hecho cargo mulatos y negros libres. A lo largo y ancho del país, la selva volvía a adueñarse de las plantaciones abandonadas, antes florecientes. Los cultivos de tabaco y algodón habían desaparecido casi por completo, las exportaciones anteriores a Europa de cientos de barcos al año habían quedado

reducidas a unos cuantos cargueros. Y, a pesar de que el sistema económico basado en las plantaciones estaba por los suelos, ahora traían al país trabajadores procedentes de la India en un intento desesperado de cubrir las enormes necesidades de mano de obra barata. Los antiguos esclavos planteaban hoy unas exigencias justificadas a los ojos de Julie, desde luego, aunque suponían una rémora para la caja de las plantaciones, y de ese modo arrastraban a la ruina a alguna que otra plantación. Ellos mismos intentaban pagar sus jornales a los obreros, como es natural, pero siempre estaban al borde del fracaso. Algo tenía que pasar. También en Rozenburg.

Julie apartó el papel con los nombres.

—Sí, tienes razón. Se nos tiene que ocurrir algo, o pronto no dispondremos de suficientes trabajadores.

Conocía los esfuerzos de su marido por conservar a sus empleados y contratar a otros nuevos. A pesar de todo, Julie había confiado en que el número de trabajadores dispuestos a quedarse sería suficiente. Pero ahora lo tenían delante con absoluta claridad: el libro contable que Jean llevaba con esmero exigía una actuación urgente.

—Deberíamos pensarlo más. —Jean deslizó una nota en dirección a su esposa por encima de la mesa—. Renzler ha dicho que todavía no se han distribuido todos los trabajadores indios contratados.

Julie sintió en el acto una intensa aversión. No le gustaba el tal Renzler, que desde hacía semanas viajaba de plantación en plantación pregonando a sus trabajadores contratados como si fueran naranjas del mercado. Renzler era el intermediario que proporcionaba la mano de obra india que llegaba al país, y ahora había atracado en Paramaribo el cuarto barco con gente nueva. Julie había oído decir que ciertas plantaciones ya habían contratado exclusivamente a obreros indios. «Jóvenes, fuertes y trabajadores. Más dóciles que los negros y de carácter tranquilo», decía la octavilla que Renzler les había entregado en su última visita y que Julie tenía ahora entre las manos. Reclinándose en su silla, leyó esas líneas, pensativa. Conocía la respuesta que Jean esperaba de ella y se sentía incómoda. Julie pensaba que plantear a los trabajadores contratados las mismas promesas que a los antiguos esclavos —salarios fijos, tierra y alojamiento— era levantar castillos en el aire.

—Tengo miedo de que a esas personas les pase lo mismo que a los esclavos. Quiero decir que, justo cuando unos se han liberado, vienen ya los siguientes y... No sé.

—Pero ya oíste lo que dijo Renzler. —Jean se inclinó sobre la mesa y golpeó suavemente con la punta del dedo la hoja de papel que Julie tenía en la mano—. Ahí también lo dice: esos trabajadores se comprometen por cinco años y después recibirán o bien el dinero para viajar de regreso a su país o bien la posibilidad de establecerse aquí en un trozo de tierra. Son unas condiciones magníficas.

—¡No creerás que ese plan pueda ponerse en práctica a satisfacción de todos!

—Julie, a la gente le irá bien en Rozenburg. Necesitamos mano de obra con urgencia, y aquí podemos ofrecerles alojamiento y manutención, tanto si son esclavos

como indios; en la plantación tenemos sitio de sobra.

Ella le dirigió una mirada de censura que su esposo rehuyó. La palabra *esclavo*, que tantos seguían utilizando aún, tenía para ella connotaciones amargas y malignas. Muchos de los propietarios de plantaciones u hombres de negocios de la ciudad albergaban la firme convicción de que Dios había creado al hombre negro para estar sometido al dominio de los blancos. Sabía que Jean no compartía ese criterio, pero la enfurecía que utilizase con tanta torpeza esos conceptos. No obstante, renunció a las recriminaciones. La verdad era que tenían otros problemas.

—No sé... —Apartó la octavilla, resignada.

La idea de recurrir a la oferta de trabajadores contratados le producía una honda repugnancia, pero Jean tenía razón: en realidad no les quedaba otra opción si querían preservar la viabilidad de Rozenburg. Levantó la vista y miró directamente el rostro sonriente de Jean. Cuando él se inclinó hacia delante y apoyó la mano en su brazo, una grata sensación de calidez se extendió por su cuerpo.

—De momento podemos ir sencillamente a Paramaribo y echar un vistazo a esa gente cuando arribe el barco —dijo con voz suave, y el leve centelleo de sus ojos azules le reveló que todavía no estaba listo—. Seguro que los chicos se alegran si vamos a la ciudad a hacerles una visita sorpresa.

El corazón de Julie dio un salto. Por supuesto que ansiaba volver a ver a los chicos.

Pocos días después, cuando divisó desde la lancha los primeros edificios de Paramaribo, los sentimientos de Julie volvieron a oscilar entre la alegría y un miedo sordo, añejo. Como cada vez, sintió alivio por el inminente final del fatigoso viaje.

El trayecto en lancha hasta la ciudad duraba muchas horas y dependía en gran medida de las mareas. Si la pleamar empujaba el agua hacia el río Surinam, sólo se avanzaba bien hacia el interior del país. Por el contrario, río abajo, la travesía era incómoda y tediosa, por lo que, a ser posible, se detenían hasta que las aguas volvían a fluir en la dirección de la marcha. Casi siempre era impredecible dónde y en qué plantación atracarían, pero en la mayoría de los casos suponía un tormento para Julie. Muchas de las plantaciones estaban abandonadas, y los pocos propietarios que Julie conocía de tiempos anteriores la miraban con desconfianza. Todavía circulaban rumores y viejas historias sobre ella y su primer marido. Julie siempre tenía la sensación de que la espiaban, de modo que, en la medida de lo posible, evitaba el contacto con otros blancos.

El Surinam era un río ancho cuyas aguas turbias resultaban algo ominosas. La propia Julie había presenciado algunas veces el carácter imprevisible del agua y el devastador influjo del río en las inundaciones.

La ciudad, sin embargo, se le antojaba más ominosa aún. A su llegada siempre sentía extrañeza, aunque Paramaribo hubiera experimentado un tremendo auge en los

últimos trece años. Si antes el comercio estaba en las férreas manos de los blancos, poco a poco habían ido sumándose chinos y gente de color. Los chinos, a quienes todos llamaban *kulis* y que también habían llegado al país como mano de obra, no tardaron en revelarse poco idóneos para el trabajo en las plantaciones, pero extremadamente hábiles en los negocios. Y desde que los antiguos esclavos tenían derecho a percibir un salario por su trabajo, el comercio florecía con los numerosos nuevos clientes.

Mientras la barca se dirigía al muelle, Julie intentó concentrarse en el reencuentro con los chicos. Jean, que había viajado sentado en el banco detrás de los negros que remaban, ya se había levantado y había abandonado el asiento bajo el protector techo de lona que cubría la lancha en la popa.

—Deberíamos pensar en comprar pronto una barca nueva —dijo al tiempo que señalaba unas embarcaciones amarradas en el muelle.

Éstas eran de mayor tamaño que las lanchas con lonas y, en lugar de almacén, debajo de los toldos tenían construcciones estables de madera en la popa con pequeñas cabinas para los viajeros. Antaño esas embarcaciones sólo las poseían los muy acaudalados; en la actualidad, sin embargo, daba la impresión de que existían más personas que podían permitirse ese lujo.

Julie se encogió de hombros. Aparte de que Jean sabía que, por el momento, la plantación no podía permitirse invertir dinero en una lancha nueva, a ella le gustaban más las embarcaciones con toldo. Cuando en ocasiones la lluvia azotaba la lona encerada por debajo de los toldos, el aire traía un agradable frescor cuando quemaba el sol, e incluso los omnipresentes mosquitos parecían pulular a disgusto por allí.

Julie se levantó con cuidado de su asiento. A continuación, Jean le tendió la mano y ella se sentó agradecida a su lado mientras los remeros buscaban un lugar libre en el muelle.

—Misi Juliette, masra Jean.

Uniformada frente a la entrada de la casa de la ciudad, Kiri saludó a Julie y a Jean con una fugaz sonrisa.

—¡Kiri, qué guapa estás! ¿Todo bien? ¿Dónde están los chicos?

Julie estaba muy contenta, e incluso se tomó la libertad de dar a Kiri un breve apretón amistoso en los brazos. La mujer llevaba diecisiete años con ella. En la plantación mantenían una relación muy amistosa, pero en la ciudad su antigua esclava personal se transformaba en un ama de llaves severa y distante, aunque muy consciente de su responsabilidad hacia los chicos. A Julie no le pasó desapercibida la alegría de Kiri por el reencuentro, aunque de acuerdo con su posición intentó no hacerlo evidente con ningún gesto.

—Masra Henry y masra Martin llegarán a casa en cualquier momento. Entonces se servirá la comida. Si misi Juliette da su permiso, volveré a la cocina —dijo con

voz serena y ojos relucientes. Julie la conocía lo bastante para saber que se alegraba del reencuentro de ambos chicos con su madre.

Nada más desaparecer Kiri en dirección a la cocina, unos golpes resonaron en el corredor trasero de la casa, y Henry y Martin entraron corriendo por la puerta delantera.

—¡Mamá! ¿Jean? —Durante un breve momento Henry los miró desconcertado, pero después la abrazó con visible entusiasmo.

Julie disfrutó del abrazo... ¡Cuánto había añorado ese momento! Aspiró su aroma y comprobó, asombrada, que había vuelto a crecer.

Finalmente Henry se soltó del abrazo. Su rostro resplandecía, todo su cuerpo parecía rebosar alegría.

—Pero ¿qué hacéis aquí? No sabíamos que ibais a venir. Tengo que enseñarte una cosa ahora mismo. Y en el colegio... —balbuceó sin aliento.

Jean alborotó con suavidad los rubios cabellos de Henry, y a Julie esa tierna escena le provocó una honda emoción.

—Bueno, espera un poco, que nosotros también acabamos de llegar. ¿Martin?

—Jean, tía Juliette.

Julie captó el tono desapasionado y dio un paso hacia el chico, que, como siempre, se mantenía a distancia. Estaba de pie en el vestíbulo con los brazos cruzados y, cuando ella intentó ponerle la mano en el hombro para saludarlo, hizo un movimiento esquivo. Julie se sintió decepcionada. Su acendrada confianza en que mostraría una pizca de cercanía y calidez siempre se veía defraudada. ¡Era tan diferente de Henry...! Evidentemente, ella no tenía el menor derecho a exigir cercanía, aunque le dolía su falta. Se notaba incluso en el tratamiento. Julie no era su tía, por supuesto. Pero jamás había permitido que Martin la llamara «abuela». Al fin y al cabo, en su día la madre de Martin apenas era más joven que la propia Julie cuando se casó con su padre, el abuelo de Martin.

Tras la muerte de la madre del chico, Julie se hizo cargo de él, cumpliendo la promesa que le habían hecho a su hijastra en su lecho de muerte. Catorce años antes, el padre de Martin había sido enviado a los Países Bajos para ser juzgado por unos sucesos horripilantes, y Julie albergaba la secreta esperanza de que no reapareciera nunca más. Como era lógico, ocultaba ese deseo a Martin, igual que los detalles de los sucesos acaecidos entonces. El chico esperaba con impaciencia el día de reencontrarse con su padre, y Julie no podía reprochárselo. Por entonces era un niño pequeño y no llegó a comprender lo sucedido. A pesar de todo, a medida que crecía, Martin desarrolló una imagen muy positiva y una intensa nostalgia de su padre, cosa que Julie entendía, aunque la atemorizaba en la misma medida. Nunca había hablado de ese tema con Martin; eran Henry y Karini quienes le contaban de vez en cuando detalles de las esperanzas del chico. Ambos gozaban de su confianza mucho más de lo que Julie y Jean gozarían jamás. Pero ella sabía que la imagen que Martin tenía de su padre se haría añicos tarde o temprano, y temía el momento en que comenzara a

hacer preguntas. Aunque su padre le escribía un par de cartas al año y se esforzaba por mantener el contacto con él, Julie sabía de sobra que no lo guiaba el interés por el chico, sino algo completamente distinto. Y de eso no sólo tendría que proteger a Martin, sino también a su propio hijo.

Julie suspiró. Durante mucho tiempo ese enrevesado entramado familiar le había ocasionado dolores de cabeza. Porque, en sentido estricto, Henry era tío de Martin. Karl siempre había considerado a Henry su hijo. En realidad el padre de Henry era Jean, pero eso sólo lo sabían ella y su marido... y así debía continuar, porque únicamente así sería Henry el heredero legal de la plantación que Karl había logrado conservar en su día gracias a la enorme fortuna que Julie había invertido en ella. Por eso consideraba Rozenburg de su absoluta propiedad y así debía seguir siendo.

Sin embargo, la angustiaba pensar que su hijo jamás llamaría «padre» a su padre biológico. No obstante, Henry siempre había considerado a Jean un padre, aunque lo llamara siempre por su nombre. Cuando, al finalizar el luto oficial y transcurrido un tiempo prudencial, se casó por fin con Jean, la carga que pesaba sobre sus hombros se aligeró, y Julie sintió alivio al deshacerse por fin del apellido Leevken. Henry, sin embargo, seguía llevándolo, y debía hacerlo mientras hubiera alguien que pudiera disputar la plantación a Julie y a Henry: Pieter Brick, el padre biológico de Martin.

CAPÍTULO 3

El *Lalla Rookh* surcó lentamente la desembocadura del río Surinam. Corrían los primeros días de junio y, tras las prolongadas semanas en el mar, el entusiasmo se propagó entre los pasajeros.

Inika, con las piernas temblorosas, estaba en la borda cogida de la mano de su padre. Sin embargo, al contrario que la mayoría de los pasajeros, no contemplaba la tierra esperanzada, pues sus pensamientos no se apartaban de su madre, que yacía bajo la cubierta, demasiado débil para levantarse. La deficiente alimentación, las estrecheces en la cala del barco y la larga travesía por mar habían traído la enfermedad y la desgracia a bordo. Al cabo de poco tiempo, Inika se percató de que algunos rostros conocidos de los pasajeros habían desaparecido. Preguntó a su padre qué había sido de esas personas, pero él le respondió con evasivas.

Habían muerto, oyó susurrar a la mujer del compartimento contiguo. Muerto. El miedo de Inika aumentó a medida que su madre fue empeorando. También ella misma había padecido náuseas y diarrea, una situación muy vergonzante en el reducido espacio bajo la borda. Únicamente disponían de unos cuantos cubos para hacer sus necesidades, y siempre estaban ocupados. Sólo podían lavarse con agua salada y, tras las dos primeras semanas, el agua potable racionada de los barriles había adquirido un sabor pútrido. Inika había sufrido como nunca. Aunque para entonces ya se había restablecido, seguía estando muy débil. Había padecido dolores y se había sentido sucia, pero lo peor para ella había sido soportar las miradas de preocupación de sus padres. Por eso había procurado mostrarse fuerte incluso en situaciones de máxima necesidad, aunque sus ojos le revelaban que lo conseguía a duras penas. Su madre la había tratado continuamente con hierbas medicinales, descuidando al mismo tiempo su propio estado. Desde hacía una semana Sarina yacía sobre las mantas sucias, pálida y con las mejillas hundidas, sumida en un letargo del que se despertaba en contadas ocasiones.

—Todo se arreglará, Inika, todo se arreglará. Pronto estaremos en tierra. Entonces, tu madre... Allí nos ayudarán.

Kadir no cesaba de acariciar los largos cabellos negros de su hija. También él parecía flaco y debilitado. Inika captaba el dolor en sus ojos y la duda en su voz, sus palabras no la tranquilizaban. Y la tierra hacia la que se dirigían no le parecía especialmente amable. Cuanto más subían río arriba, más pegajoso se tornaba el aire cálido y húmedo. También la India era calurosa, pero en el Surinam la humedad parecía penetrar enseguida en cada pliegue de la ropa, trayendo consigo montones de insectos que picaban y que a Inika le parecían gigantes, aterrizaban sobre la piel y originaban granos que escocían mucho. No..., no era un país bonito. Mientras la niña

intentaba ahuyentar a los molestos chupadores de sangre, otros pasajeros señalaban las primeras casas que por fin aparecían.

—Casas grandes, distintas de las de los ingleses —murmuraban.

No tardaron en llegar a la conclusión de que los neerlandeses debían de ser más ricos que los ingleses. Y eso desató la euforia a bordo.

Inika deslizó sus ojos por la orilla. En efecto, allí se extendían grandes edificios blancos con exuberantes parques delante. Se acercó a la borda para ver mejor y se sujetó con las dos manos a la madera alisada por el viento marino. En ese mismo momento retrocedió asustada. Junto a su enorme barco se bamboleaban incontables barcas pequeñas con hombres negros que alzaban hacia ellos sus enormes ojos blancos y gritaban cosas incomprensibles. Inika nunca había visto a personas con una piel tan negra. Se aferró, temerosa, al brazo de su padre.

—Deben de ser... nativos —intentó explicarle.

—¿Volveremos a casa?

Durante toda la travesía había intentado portarse bien y no quejarse. No obstante, ahora el miedo se había apoderado de ella y, con él, la nostalgia de su antigua patria, porque ahora que estaban a punto de abandonar el barco había comprendido de repente que allí nada sería como en la India.

—Algún día regresaremos a casa, Inika, pero antes tenemos que trabajar y ganar dinero.

Su padre se lo había explicado muchas veces, pero ella seguía sin comprender por qué tenían que viajar tan lejos para eso. Él le cogió la mano y la apretó.

—Vamos, esto ya no puede prolongarse mucho más, recojamos nuestras cosas, vayamos a buscar a tu madre y preparémonos, así saldremos del barco los primeros.

El *Lalla Rookh* fondeó en el centro del río. Un marinero explicó a los pasajeros que tardarían en trasladarlos a tierra firme y les recomendó calma. Pero en el barco todos deseaban volver a sentir cuanto antes el suelo bajo sus pies.

Sarina, más que caminar sola, era arrastrada por su marido. Tenía el rostro de un tono gris verdoso insano, el sari arrugado y sucio, y apenas podía mantener los ojos abiertos, tan débil estaba. A pesar de todo, Kadir siguió empujando hacia delante, al lugar de la borda donde presumiblemente atracarían las barcas para trasladarlos a tierra. Cuando vieron aproximarse desde el puerto barcas más pequeñas, les pareció que había transcurrido una eternidad. Las apreturas a bordo aumentaban por momentos, e Inika se sentía cada vez peor.

De pronto notó la mano de su madre en el hombro. Con ojos vidriosos, Sarina miró fijamente a su hija y susurró:

—El saquito pequeño, Inika, detrás de la tabla, ¿lo has cogido?

En un primer momento la niña no supo a qué se refería su madre. Luego le vino a la mente una imagen de los primeros días en el mar, cuando Sarina escondió la

pequeña bolsita con sus joyas debajo de una tabla suelta del armazón de la cama. Tras mirar a Inika, se puso el dedo índice sobre los labios y señaló con un gesto a los demás pasajeros. Todos sabían que se habían producido robos, incluso sospechaban que los marineros metían la mano en el equipaje de éstos.

Inika asintió con gesto grave y, por seguridad, colocó además encima una de las mugrientas mantas raídas. Ahora su corazón latía desbocado por el nerviosismo. ¡La bolsita! Su padre no sabía que su madre la había escondido allí. Tenía que ir a buscarla, pero ¿le daría tiempo? Echó un vistazo a las barcas y comprobó, aliviada, que aún estaban lejos. Si se daba prisa lo conseguiría. Asintió a su madre con una leve inclinación de la cabeza y luego retrocedió, abriéndose paso entre la gente, hacia la bodega del barco. Cuando bajaba por la estrecha escalera, el penetrante olor a podrido de los excrementos humanos de las pasadas semanas la golpeó. Reprimiendo una arcada, avanzó a trompicones por encima de mantas mugrientas y sacos de paja rasgados con pinta de que hubieran sacado algo de su interior. Súbitamente Inika comprendió que su madre no era la única que había ocultado algo.

Cuando por fin llegó a la cabina en la que había pasado las últimas catorce semanas con sus padres, apartó las sucias mantas con un rápido gesto. Su padre, al contrario que algún otro compañero de viaje, había renunciado a llevárselas. Estaba firmemente convencido de que su situación mejoraría en cuanto desembarcaran. Les darían mantas nuevas, limpias, y algo de comida, le había dicho. Lo que les habían servido en el barco era casi incomedible.

Inika se arrodilló en la dura madera y buscó con los dedos la tabla suelta. La encontró pronto, pero se había encajado en las tablas circundantes. Transcurrió un rato hasta que consiguió deslizar sus delgados dedos entre ellas, y tiró con todas sus fuerzas. La tabla no se movió. Bueno, cedió un poco, pero después retrocedió y le pilló dolorosamente el pulgar. Las lágrimas corrieron por sus mejillas como consecuencia del esfuerzo y del dolor, pero no tenía opción: ¡debía recuperar la bolsita! Lo intentó de nuevo con más determinación. De repente, la tabla cedió con un crujido. Inika cayó hacia atrás, pero se incorporó deprisa y hurgó en el oscuro agujero. Sus dedos toparon con una tela y sacó la bolsita. Se disponía a salir corriendo cuando una idea cruzó por su mente: ¿qué pasaría si salía a cubierta con ella en la mano? ¿Y si la perdía o alguien se la arrebatara en medio del tumulto? Tenía que esconderla, pero ¿dónde? Con gesto decidido, se levantó el sari e introdujo la bolsita en sus enaguas. Allí, junto a su vientre, no la perdería. Satisfecha consigo misma, Inika confió con fervor en que no hubiera transcurrido demasiado tiempo, y se apresuró de nuevo hacia la escalera por la que la luz se filtraba en el interior del barco.

De repente una figura grande apareció ante ella y la chiquilla se llevó un susto de muerte. Un marinero fornido le cerraba el paso e intentaba agarrarla. Tenía el rostro enrojecido, los rasgos crispados, y pronunciaba en voz muy alta unas palabras incomprensibles para ella, que sonaban furiosas en sus oídos. No, con toda seguridad

ese hombre no pretendía ayudarla. Tenía que irse, y eso sólo era posible en una dirección. Se volvió y retrocedió huyendo hacia el oscuro vientre del barco, con el marinero alborotando y tropezando detrás de ella. De un salto, Inika se metió entonces en una de las oscuras cabinas confiando en que no la viera. Tenía el corazón en un puño mientras el hombre se aproximaba, ahora con un ronco sonsonete cautivador. Atenazada por el pánico, la niña contuvo la respiración y se apretujó en el rincón más alejado. Oyó, aliviada, cómo el hombre pasaba de largo, pero ¿cuánto tiempo se dejaría engañar? Inika aguardó a que se hubiera alejado un poco más; después, haciendo acopio de todo su valor, saltó fuera de su escondrijo y echó a correr. El hombre le gritó algo, pero ella ya no oyó sus pasos. ¿Había renunciado acaso a seguirla? No se atrevió a volverse y subió deprisa a la cubierta. El sol la deslumbró, y necesitó unos instantes para serenarse. Vio que todos los pasajeros se agolpaban en una zona de la cubierta. ¿Había comenzado ya el barqueo? Sus ojos recorrieron la cubierta en busca de sus padres, pero con tanto gentío no logró descubrirlos. Al fin y al cabo, eran casi cuatrocientas personas las que deseaban abandonar la embarcación cuanto antes.

De repente notó que la agarraban con fuerza por el hombro y un hombre alto le dijo algo en un idioma desconocido. Su mirada era hosca y fruncía el ceño de tal forma que sus pobladas cejas casi parecían rozarse en el arranque de la nariz. Sus dedos se clavaban dolorosamente en el hombro de Inika.

Ella intentó soltarse, y gritó en voz alta:

—¡Mis padres! ¡Mis padres están ahí delante!

Pero era evidente que el hombre no la entendía, y el pánico se apoderó de ella. Inika gritó esas palabras una y otra vez, pero el hombre se limitaba a mirarla, furioso. Al final, la agarró rudamente por el brazo y señaló varias veces el suelo con el dedo. Era evidente que deseaba que no se moviera de allí. La chiquilla se devanaba los sesos pensando qué hacer. El hombre parecía cabreado y ella no quería imaginar lo que sucedería si desobedecía sus indicaciones. No se atrevió a escabullirse; además, en el barco le resultaría difícil librarse de él. ¿Cómo iba a alcanzar un bote sin que él se diera cuenta? Echó un vistazo por encima de la borda y vio que numerosas barcas con pasajeros remaban ya hacia tierra. Con el rabillo del ojo divisó entonces, cerca de la orilla, una barca en la que creyó ver relucir el sari naranja de su madre. Entornó los ojos para ver mejor, pero la embarcación ya había girado hacia un lado.

—¡Mamá! —gritó con fuerza, intentando que su voz se impusiera al murmullo de las personas que quedaban a bordo y a la distancia. Tiró frenética de la manga del hombre señalando la orilla con el dedo.

Pero el hombre que le daba la espalda se limitó a volver la cabeza y a señalar con el dedo el lugar donde se encontraba Inika: debía permanecer allí. La niña notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y se rindió a su destino. ¿Qué otra opción le quedaba? Se quedaría allí hasta que la metieran en una barca que la llevara a la orilla. Allí la estarían esperando sus padres.

Sin embargo, lo que no imaginaba era que aún tendrían que transcurrir unas cuantas horas hasta que la subieran a la última barca, cuando ya habían desembarcado todos los demás pasajeros, junto con un chico que también estaba en cubierta aturdido y solo.

CAPÍTULO 4

—¿No crees que está cada vez más taciturno?

Julie siguió con gesto de preocupación a Martin, que nada más cenar se había disculpado con mucha ceremonia, solicitando permiso para retirarse a su habitación.

—Tiene casi dieciséis años, Julie, y llevamos semanas sin vernos. Creo que simplemente necesita tiempo.

Jean hojeaba los cuadernos escolares que Henry, entusiasmado, le había entregado para que los examinara. Él se había ido corriendo a buscar algo más que quería enseñar a toda costa a sus padres.

—Mira esto, se convertirá en un gran matemático.

Con expresión de orgullo, Jean enseñó a Julie un cuaderno lleno de números escritos con pulcritud y esmero. Ella sonrió y le guiñó el ojo a su marido. Al contemplarlo un momento de perfil, mientras revisaba con atención los cuadernos, una cálida sensación de amor la invadió. Jean siempre la había apoyado, siempre había estado a su lado. Además, era un padre adoptivo cariñoso para Henry y Martin.

Unos pasos que se aproximaban desde la entrada arrancaron a Julie de sus pensamientos.

—¡Mamá, Jean, mirad esto!

Henry cruzó tambaleándose la puerta del comedor con algo enorme que cargaba con esfuerzo en los brazos. Lo observó con ternura. Qué fuerte era. Y cómo se esforzaba por captar la atención de sus padres. «No tardará mucho en seguir su propio camino», pensó Julie con tristeza. A sus catorce años estaba en el umbral de convertirse en un adulto, en todos los sentidos. Momentos antes había sido un joven serio, pero ahora volvía a ser el niño juguetero y despreocupado de antaño.

—¿Qué es eso? —Jean se levantó para coger el bulto que acarreaba Henry y depositarlo sobre la mesa.

A continuación, el chico se irguió, orgulloso, a su lado. Sus ojos brillaban cuando miró a Julie visiblemente excitado.

—Mira, mamá, ¿es que no lo conoces?

Ella se levantó y se acercó. Por detrás, la caja parecía insignificante, y Julie ignoraba qué podía ser. Rodeó la mesa con curiosidad. De pronto, al verla de frente, la reconoció en el acto, aunque hacía tanto tiempo que...

—¡Henry, qué maravilla! —Julie notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—Es porque tú procedes de Róterdam. Éste es el trabajo de la clase de historia, encontré una foto en la prensa, y gracias a ella... Todavía no está terminado del todo, no tenemos que entregarlo hasta dentro de unas semanas.

Julie contempló el rostro vehemente de su hijo y le acarició el pelo con ternura.

Después se inclinó hacia delante para examinar con más atención la pequeña reproducción de la iglesia de San Lorenzo de Róterdam. Su hijo había recreado el templo con asombrosa exactitud con ayuda de numerosos trocitos de madera y tablillas. Julie notó una punzada en lo más hondo de su corazón. Siendo una niña, había estado algunas veces en esa iglesia. Con sus padres. Y, según recordaba, allí se celebró más tarde el funeral de sus padres, al que no pudo asistir, pues estaba gravemente herida después del accidente de carruaje que había costado la vida a sus progenitores. En la actualidad todavía la atormentaba pensar que no había podido despedirse de ellos.

Julie intentó disipar ese pensamiento y palmeó con alabanza los hombros de su hijo.

—Henry, esto es una auténtica maravilla. ¿Lo has hecho tú solo o te ha ayudado Martin?

El chico torció el gesto y bajó los ojos.

—No, Martin dice que esto no es más que un cachivache infantil... Él ha preferido construir un barco, uno de esos vapores veloces con cañones, y lo ha pintado de negro. Pero yo creo que no flotará.

—¿Y debería hacerlo? —sonrió Jean.

En vez de contestar, Henry apartó la mirada.

—Pero a pesar de todo no lo he hecho solo —añadió en voz baja.

—Vaya, y ¿quién te ha ayudado? Creo que el vicemaestro de obras también merece un elogio —lo animó Julie complacida por la sinceridad del niño.

Henry tragó saliva.

—Me ha ayudado Karini. Ella tiene los dedos mucho más pequeños que yo y pega mucho mejor las ripias del tejado.

—Ajá, así que Karini —Jean se inclinó hacia delante para observar mejor el tejadito de la iglesia. Empujó con cuidado con el dedo una de las diminutas ripias del tejado, que, sin embargo, no se movió de la maqueta—. ¿Con qué lo habéis pegado?

—Eso... —Henry hizo un ademán ilustrativo— es un secreto de los constructores.

Julie y Jean se echaron a reír. El olor levemente dulzón que despedía la maqueta de la iglesia revelaba por sí solo la sustancia maravillosa que le había conferido firmeza. Seguro que Karini había aprendido la receta de su madre, ya que Kiri, en las festividades, pegaba también la decoración de las tartas con esa mezcla de harina, agua y azúcar.

—En fin, quizá los constructores se hagan famosos con el innovador mortero milagroso. Ven, te ayudaré a trasladarla de nuevo a tu habitación.

Jean levantó la maqueta de la mesa y la transportó con paso seguro escaleras arriba hasta el primer piso. Henry lo siguió mientras le daba una breve conferencia sobre la historia de la iglesia. Julie los miraba a ambos desbordante de amor. ¡Qué parecidos eran! En el acto se mezclaron en ella la duda y la satisfacción. Seguramente

Henry también se fijaría tarde o temprano y extraería sus conclusiones. O preguntaría por la muerte de su supuesto padre. Julie temía ese momento, pero confiaba en que se demoraría. No tenía ni idea de cómo explicarle a Henry los acontecimientos sucedidos catorce años antes. Y se preguntaba si debía perder el tiempo en hacerlo. Oficialmente Karl Leevken había perdido la vida al caerse al río. Pero Julie cargaba con un gran peso sobre su conciencia.

Por la tarde Jean pidió un coche de punto y se encaminaron hacia el antiguo fuerte Zeelandia, en cuyo cuartel habían alojado a los nuevos trabajadores contratados. Allí se reunirían con Renzler.

En los últimos días había llovido mucho, y las calles de blanca arena conchífera iban perdiendo poco a poco su tono claro. Cuando estaban secas ofrecían una bonita visión, opinaba Julie, en contraste con las avenidas flanqueadas por exuberantes palmeras, entremezcladas con naranjos de flores delicadas, y con los canales que recorrían la ciudad. Pero en la temporada lluviosa, los caminos se convertían en un barro gris parduzco que despedía un intenso olor a mar y a estiércol de caballo, a pesar de los numerosos barrenderos negros que se ocupaban incesantemente de limpiar las calles.

—Pero ¿no ha llegado el barco esta misma mañana? —preguntó Julie mientras viajaban por las calles de Paramaribo.

—Sí, y han llevado a la gente inmediatamente al fuerte. Se quedarán allí hasta su traslado a las plantaciones.

—Así que en la cárcel... —comentó con pesimismo Julie, ya que desde hacía cuatro años el fuerte se utilizaba exclusivamente para recluir a presos.

—Vamos, no seas siempre tan negativa —repuso Jean—. Seguramente querrán dejar descansar a esas gentes y brindarles la posibilidad de aclimatarse. —Y la miró intentando animarla.

Sí, eso ya suponía un progreso, aunque pequeño, se vio obligada a reconocer ella. Antes los tratantes vendían a los esclavos en el mismo puerto. Julie, sin embargo, dudaba de que a los traficantes les importara el bienestar de los trabajadores. En ese ámbito desconfiaba por entero de Renzler. Sin embargo, era típico de Jean dar por sentado que todo el mundo era bueno.

—Además..., en ciertas circunstancias está indicado un período de cuarentena —añadió él.

—¿Crees que traen enfermedades? Como si eso le interesara a alguien. ¡Antes a los negros tampoco los ponían en cuarentena!

Era cierto: todos los que ya no eran capaces de caminar o de tenerse en pie eran arrojados por la borda como si fueran basura. Era un secreto a voces. La propia Julie había hecho una larga travesía para llegar allí, aunque en primera clase, y durante el viaje no había cerrado los ojos a las condiciones que reinaban a bordo. Lo que había

visto no le había gustado, y tenía serias dudas de que esas costumbres hubieran cambiado, a pesar de todos los contratos habidos y por haber.

Viajaban por Gravenstraat en dirección al río. Cuando pasaron ante la residencia del gobernador, tras la que se extendía el palmeral, los recuerdos sombríos dieron paso a una profunda sensación de dicha. En el pasado se había citado con Jean allí a escondidas. Sus pensamientos se trasladaron a Valerie, la tía abuela de Martin, la hermana de Felice, la primera esposa de Karl, que había posibilitado aquellas citas en el parque. Julie aún estaba profundamente agradecida a Valerie por aquello, y su destino la conmovía. Tras la muerte de Martina, la madre de Martin, y el fallecimiento de su propia madre, a Valerie la aterrizzaba vivir sola. Pero antes de que Julie pudiera cumplir su promesa y llevársela a la plantación, Valerie se enamoró de repente de un capitán de barco. Julie se alegró sobremanera de la tardía felicidad de Valerie. Pero el breve, intenso y profundo amor de la pareja encontró un repentino final: el hombre contrajo una enfermedad contagiosa en una de sus travesías. El rubor y la vergüenza con los que el médico intentó entonces explicar a Julie, junto al lecho de enferma de Valerie, la dolencia de la mujer lo dijo todo sobre las circunstancias de la enfermedad. Julie hizo todo lo posible para cuidar de ella y del amor de su vida, pero ambos fallecieron en un corto espacio de tiempo de una muerte rápida y compasiva. Julie siempre encontraba al espíritu de Valerie en la ciudad y la recordaba con enorme cariño.

Jean y ella pasaron junto a casas de oficiales de aspecto idílico, situadas a la sombra de los árboles y que en Julie siempre evocaban una pequeña ciudad neerlandesa. Sin embargo, esa imagen apacible cambió cuando surgió ante sus ojos el imponente muro del fuerte. La construcción se había erigido doscientos años antes, y con el correr del tiempo se había convertido en un pequeño pero macizo castillo defensivo. El cochero se dirigió hacia la torre vigía cuadrada, bajo la que se encontraba el arco del portón de entrada. Detrás se apiñaban numerosos edificios alrededor de un patio interior central. Julie se preguntaba dónde habrían alojado a los cuatrocientos recién llegados cuando vio a Renzler salir de uno de los edificios y caminar hacia ellos. Jean ayudó a su esposa a salir del carruaje mientras el rubicundo Renzler se quitaba, solícito, el sombrero.

—Señor Riard, señora... Me alegra extraordinariamente que hayan podido...

Renzler estrechó durante un tiempo exagerado la mano de Jean, antes de saludar a Julie besando la suya. El hecho de que no se limitara a insinuar el beso sino que estampara sus labios húmedos sobre el dorso de su mano desnuda asqueó a Julie, que se estremeció. Sin embargo, de inmediato se forzó a esbozar un gesto de amabilidad; al fin y al cabo, ese hombre les traía nuevos trabajadores.

—Vengan, vengan por aquí... —Renzler condujo entonces a Julie y a Jean entre los edificios hacia un gran almacén de madera—. Todos han sido desembarcados incólumes esta misma mañana. Durante la travesía las pérdidas han sido escasas, los ingleses se han esforzado mucho en el transporte. Entre ellos hay muchos hombres

jóvenes y fuertes.

Tras decir eso, Renzler abrió la puerta del almacén. Julie sufrió un repentino ataque de tos. El aire que la golpeó era infame, olía a sudor, a excrementos y a enfermedad. La larga estancia era sombría, pues entraba poca luz por las estrechas ventanas. Los ojos de Julie necesitaron un rato para acostumbrarse a la penumbra. Pero lo que vio la dejó sin aliento.

Ante ellos se extendían largas filas de catres y hamacas en los que yacían varias personas. A pesar de que había tanta gente en un espacio mínimo, en el almacén reinaba un silencio inquietante. Vio que la mayoría descansaban, exhaustos, en sus lechos. Aquí y allá llegaban a sus oídos leves sonidos quejumbrosos.

—Todavía están cansados del viaje —intentó explicar Renzler mientras sostenía un pañuelo delante de su nariz, asqueado.

Julie miró a Jean y vio que su alegría de momentos antes se había trocado en consternación. Sabía cuánto aborrecía él que las personas sufrieran padecimientos inmerecidos. ¡Pero eso superaba con creces los límites de lo tolerable! Julie entró con paso decidido en la nave y recorrió los pasillos entre los camastros. Ojos oscuros la miraban fijamente desde rostros consumidos, fatigados. Su aborrecimiento hacia Renzler amenazaba con transformarse en furia. Justo cuando iba a increparlo, un hombre joven ante cuyo lecho acababan de pasar se levantó de un salto. Comenzó a hablar a Julie muy alto, gesticulando con los brazos. Una y otra vez señalaba el catre donde yacía una joven.

—¡Atrás, atrás te digo! —Renzler se dirigió hacia él cimbreado la fusta.

El joven indio retrocedió sobresaltado, pero siguió hablando a Julie en voz baja y suplicante.

Julie no entendía el idioma del hombre, pero la desesperación de su voz era patente. Comprendió en el acto lo que quería decirle. La mujer joven del catre tenía los ojos cerrados, su rostro ceniciento brillaba por la fiebre y su respiración era rápida y superficial.

Jean se adelantó a su esposa.

—¡Renzler! —dijo en tono duro e imperioso—. ¡Muchas de estas personas están enfermas! ¿Se ha avisado al médico?

—Ejem..., ¿médico? Bueno, el asunto tampoco es tan grave... Echemos un vistazo ahí detrás...

Julie no daba crédito a sus oídos. Renzler intentaba alejarlos del lecho de la mujer enferma. Se irguió ante él, mirándolo de hito en hito.

—Usted mandará llamar inmediatamente al médico. ¿Es que no ve que algunas de estas personas necesitan ayuda urgente? —dijo atropelladamente.

Julie vio que Renzler y otros trabajadores se sobresaltaban, ya que su tono de ira era evidente. El hombre pareció meditar un momento, luego ella se dio cuenta de que se disponía a obedecer la orden, pues se encogió de hombros y finalmente asintió.

—Como usted diga, señora —contestó con voz de tedio mientras se daba la vuelta

para marcharse.

Julie se sintió aliviada, pero no se fiaba de él. Miró a Jean, que le devolvió la mirada y asintió de prisa con la cabeza para luego seguir a Renzler al exterior. Julie sabía que ese hombre no lograría convencer a Jean. No regresaría a casa hasta que hubiera llamado a un médico.

Se volvió, se deslizó entre los catres, que estaban muy juntos entre sí, y tomó la mano de la mujer enferma entre las suyas.

—Ahora la ayudaremos, no se preocupe —susurró, procurando imprimir a su voz un tono tranquilizador.

El marido de la enferma dirigió a Julie una mirada de gratitud mientras se acurrucaba al otro lado de la cama y acariciaba con cariño la mejilla de su esposa. Le hablaba con un sonsonete tenue y melodioso, y la respiración de ella pareció calmarse momentáneamente. Tras abrir sus párpados temblorosos, miró a su esposo. Después musitó una única palabra. Julie no la entendió bien, pero parecía un nombre: Inika.

CAPÍTULO 5

Inika se acurrucaba junto al chico con el que había abandonado el barco en el último bote. El muchacho llevaba una eternidad contemplando en silencio el suelo ante él. Era unos dos años mayor que Inika, y ella no recordaba haberlo visto antes en el barco.

Al principio Inika gritó, lloró y suplicó. Quería reunirse con sus padres, pero ninguno de los hombres pareció entenderla ni mostrar el más leve atisbo de querer ayudarla. No sabía cuánto tiempo llevaba sentada a la orilla del puerto. Tenía la garganta seca, estaba afónica y le dolía la cabeza. Hacía un calor espantoso y tenía sed. Se había quedado sin energías, sentía un inmenso cansancio. El hombre fornido los había dejado allí ordenándoles que no se alejaran con gestos que no dejaban lugar a dudas.

Cuando a su derecha sonó una voz, Inika alzó la vista, sobresaltada. ¿Se había quedado dormida? Echó un vistazo a su alrededor, confundida. A su lado, una mujer blanca le tendía la mano. Ella no entendió sus palabras, pero tenía un rostro amable y hablaba en voz baja y alentadora. ¡A lo mejor la llevaba con sus padres! La chiquilla se levantó de un salto y le dijo con insistencia a la mujer que los buscara urgentemente. La mujer no parecía entenderla, pero asintió y tomó a Inika de la mano. Ella vaciló un momento, pero su mirada cayó luego sobre el hombre fornido que observaba los hechos a unos metros de distancia. Aquel hombre la asustaba, así que prefirió irse con la mujer.

—Podría haberme avisado antes de que había dos niños esperando. —Erika Bergmann volvió a mirar con ojos chispeantes de furia al jefe del puerto—. ¿Cuánto tiempo llevan aquí sentados con este calor? ¿Desde hoy a mediodía?

—Ahora están en buenas manos; además, al fin y al cabo esos arrapiezos ya no son tan pequeños.

El hombre se mostraba impasible pero impaciente. Seguramente estaba deseando librarse cuanto antes de esos dos últimos pasajeros para celebrar el final de su jornada en la cantina del puerto.

Pero Erika no dio su brazo a torcer.

—Y ¿qué pasa con los niños? ¿Acaso no tienen padres?

Él se encogió de hombros.

—Ni idea, en el barco no parecían pertenecer a nadie... En fin, señora, yo creo que... Hubo algunas bajas... durante la travesía. Seguramente... Lo siento mucho.

Erika estaba atónita.

—¿Bajas? ¿Que lo siente? Pues es muy curioso que la tripulación sólo se haya dado cuenta ahora de que hay dos huérfanos a bordo. —Erika resopló indignada,

sacudiendo la cabeza.

Conocía el estado en que se encontraban los pasajeros del *Lalla Rookh* a su llegada al puerto. ¡Pobres niños, lo que debían de haber sufrido en las pasadas semanas! Con una mirada de censura al jefe del puerto, se volvió y se consagró a sus dos nuevos protegidos.

—Vamos, venid conmigo, yo os ayudaré.

Ambos la miraron con sus grandes ojos castaños, pero se dejaron guiar. No obstante, antes de subir al carruaje, vacilaron un momento. Erika intuyó que en su patria seguramente nunca habían viajado en un coche de punto. Tras unas palabras de ánimo, sin embargo, subieron con ella al coche, y la niña, temerosa, se le acercó mucho. Erika la abrazó con cariño.

—Todo se arreglará.

El niño miraba de hito en hito sus pies descalzos, mientras la niña observaba con timidez, pero evidente curiosidad, la ciudad que cruzaban de camino al hogar infantil.

Minou ya esperaba ante la puerta a los recién llegados cuando el carruaje con Erika y los niños dobló la esquina y se adentró en *Geenkamper Weg*. Erika sonrió al ver de pie en la puerta a la joven mujer. Minou tenía veinticuatro años y era tan guapa que todos los hombres jóvenes de la ciudad volvían la cabeza a su paso. Pero a Minou no se le ocurría pensar en hombres, y dirigía el hogar infantil de *Geenkamper Weg* con mucha dedicación.

Con motivo de su boda, Juliette y Jean Riard habían pedido a sus invitados donativos para crear un hogar infantil. «¿Para qué quiero tantos presentes inútiles? Con el dinero que gastan los invitados en regalos de boda puedo hacer algo mejor», adujo Juliette entonces.

Ciertamente no habían invitado a mucha gente a la boda. Al fin y al cabo, se trataba del segundo matrimonio de Juliette y algún que otro habitante de la colonia lo enjuiciaba con ojos sumamente críticos, pero los que acudieron aceptaron gustosos la idea de Juliette. Total, que ésta, junto con Suzanna, la madre de Minou, consiguió comprar una vieja casa en *Geenkamper Weg* a la que no tardó en mudarse también Erika con sus dos hijos, lo que causó sensación.

La amistad entre Juliette y Suzanna estaba mal vista, pero Juliette siempre había hecho caso omiso, lo que impresionaba mucho a Erika. Al fin y al cabo, Suzanna era la esposa surinamesa del difunto marido de Juliette, con el que había tenido dos hijos, Minou y Wico. En la época anterior a 1863, las uniones entre hombres blancos y mujeres negras no eran infrecuentes, y los hombres se ocupaban casi siempre de sus compañeras negras, aunque al mismo tiempo mantenían en su hogar una vida conyugal civilizada con su esposa blanca. Pero cuando se abolió la esclavitud y gran

parte de los blancos abandonaron el país, las amantes quedaron atrás con sus hijos y sin recursos. La casa de Geenkamper Weg había sido concebida justamente para esos niños: para hijos ilegítimos de hombres blancos y mujeres negras, mulatos que no tenían cabida en el mundo de sus padres y cuyas madres no podían o no querían ocuparse de ellos. Los embarazos estaban mal vistos, sobre todo porque era de esperar que los hijos tuvieran un color de piel visiblemente más claro que sus madres, que a menudo solían ser también mulatas. Casi en su mayoría eran fregonas, empleadas domésticas o antiguas obreras de las plantaciones que lograban mantenerse ellas mismas a base de esfuerzo y penurias.

Juliette no tardó en ganarse a Suzanna para sus planes de fundar un hogar, así se lo había contado a Erika. En un principio, el hogar infantil se concibió como una especie de guardería, para permitir a las mujeres que se ganaran la vida. Pero la época posterior a 1863 introdujo nuevas costumbres. Las mujeres negras sin patronos fijos eran consideradas caza libre, y de repente la prostitución a gran escala se hizo popular. Suzanna intentaba ayudar a las mujeres a conseguir puestos de trabajo honorables, pero cada vez venían al mundo más bebés de origen desconocido. Para algunos de esos niños la casa de Geenkamper Weg se convirtió en un hogar.

Por desgracia, Suzanna no tuvo mucho tiempo para verlo. Había luchado muchos años contra accesos de fiebre recurrentes, pero en la primavera de 1869 —la época de las lluvias había sido muy húmeda y calurosa— sucumbió a ese padecimiento. Su hija Minou, que desde su juventud se había implicado mucho en el hogar infantil, suplicó a Juliette y a Erika que encontraran una solución para continuar con la casa. «Erika, deberías encargarte tú de ellos», le aconsejó Juliette a su amiga de siempre.

Al principio Erika vaciló. Por entonces acababa de morir su marido Reinhard, y ella estaba indecisa sobre el camino que debía seguir. Habían viajado juntos a ese país para apoyar en su labor misionera a los Hermanos Moravos. Reinhard comenzó muy pronto a informar de los hechos de Dios a la gente del interior. Erika trabajó primero en la misión de Paramaribo y se concentró en la educación de Reiner, el hijo común. Tras largos años de separación e incertidumbre en los que Erika no tuvo noticias de Reinhard, emprendió la búsqueda de su marido. Entró a trabajar como niñera en una plantación maderera del interior para ahorrar los recursos económicos necesarios para la búsqueda; las experiencias que vivió allí formaban parte de los capítulos más oscuros de su vida, que ella reprimía siempre en el rincón más apartado de su conciencia. Pero incluso cuando consiguió huir con Reiner, Dios le tenía preparadas más pruebas. Primero quedó embarazada de Hanni, hijo del violento plantador, al que hasta la fecha no había logrado querer como ella habría deseado. Igual de dura fue la impresión que le causó encontrar por fin a Reinhard en la leprosería de Batavia. Su grave enfermedad imposibilitó la convivencia, y así ella ayudó desde lejos a su marido, que seguía allí su vocación como misionero. Tras la muerte de Reinhard barajó incluso la idea de regresar a Europa, a su antigua patria alemana. Sin embargo, sus hijos habían echado raíces en el Surinam. Habían nacido y crecido allí, apenas

hablaban alemán y, en cambio, sí un fluido neerlandés y *taki-taki*. Erika decidió permanecer en el Surinam.

Juliette la reafirmó en su idea: «Ahora tu patria está aquí, el futuro de tus hijos está aquí, y precisamente por ello deberías encargarte del hogar infantil».

Erika lo pensó y acabó aceptando la dirección junto con Minou. Para entonces, mientras Minou se encargaba de organizar la vida cotidiana, Erika se ocupaba de las relaciones entre el hogar y la administración colonial, así como de los donativos, pues esa tarea no podía asumirla Minou: ¿quién la habría escuchado siendo una mulata?... Wico, el hijo de Suzanna, había trabajado primero en la plantación con Juliette y Jean, pero después aceptó un buen empleo en una plantación maderera. Una vez al año, cuando acudía a la ciudad, traía, no sin orgullo, un pequeño donativo para el hogar infantil. Juliette había prometido a Suzanna que se ocuparía de Minou y de Wico, y, en caso necesario, velaría por ellos. Eran los hijos de Karl Leevken, aunque no tenían derecho alguno a herencia o sustento. Erika valoraba mucho que, a pesar de todo, Juliette se ocupara de ambos.

—Ya hemos llegado —constató Erika con voz tranquila, aunque estaba bastante segura de que sus dos protegidos indios no la entendían. Tras ayudarlos a salir del carruaje, los condujo hasta la casa.

Minou se extrañó mucho al verlos.

—Pensé..., cuando el mensajero dijo que en el puerto había dos...

Erika soltó una ruidosa carcajada. De vez en cuando los llamaban al puerto para recoger a niños del interior.

—Sí, yo también pensaba que serían más jóvenes y... negros, pero esta mañana ha llegado el barco con los trabajadores indios contratados. Estos dos de aquí han sobrado. Sabe Dios... Sospecho que sus padres... —Erika se interrumpió, el destino de los dos niños la conmovía. ¡Nadie se imaginaba lo que debían de haber pasado!

—¡Oh, no! —Minou también pareció sinceramente consternada—. Qué espantoso, un viaje tan largo y encima... —Erika vio que sollozaba y callaba un momento para tranquilizarse.

Después Minou, con gesto amable, se volvió hacia los dos niños, que la miraban con sus grandes ojos cansados.

—Vamos, acompañadme.

Pero ellos no se movieron.

—No nos entienden, ¿verdad? —Minou se volvió hacia Erika en busca de ayuda.

—Eso me temo.

Erika los condujo a ambos suavemente hacia la puerta. En la cocina, Minou los sentó a la mesa y les sirvió dos pequeños cuencos con una sopa humeante. Los niños, hambrientos, los cogieron al momento. Erika y Minou se dirigieron una elocuente mirada. Mientras observaban cómo comían, Erika se remangaba ya las mangas de la

blusa. El olor desagradable que despedían los chicos inundaba toda la cocina.

—Necesitan un baño urgentemente.

Minou asintió.

—Llenaré ahora mismo la tina de agua, entonces podrán bañarse y después los mandaremos a la cama, parecen exhaustos.

Minou miraba al muchacho, que casi daba cabezadas sobre su plato.

Inika intentó explicar con ruidosas protestas a la mujer de piel oscura que bajo ninguna circunstancia se quitaría el sari.

Después de comer, la mujer condujo a ambos niños a un porche detrás de la casa en el que había una tina llena de agua. Entretanto, allí se habían congregado algunos otros niños, que observaban desde una distancia prudencial a los recién llegados y el espectáculo que les ofrecían. El acompañante de Inika se había despojado de prisa de sus anchos pantalones y se había metido en el agua.

El deseo más ferviente de la niña era lavarse para eliminar el hedor de su cuerpo, después de semanas y semanas sin hacerlo, pero se negaba en redondo a desnudarse. No porque se avergonzara, sino porque temía que encontrarán la pequeña bolsita en su ropa interior y se la quitaran.

La mujer blanca que había ido a buscarla al puerto se acercó y, antes de abandonar el porche a toda prisa, intercambió unas frases incomprensibles con la otra. Ésta asintió e hizo al niño una seña para que saliera del agua, le entregó una toalla para secarse y le indicó que entrara en la casa. Luego gritó unas palabras a los niños curiosos que atisbaban desde la balaustrada de madera del porche. Los chiquillos desaparecieron en el acto.

La mujer se volvió de nuevo hacia Inika, le habló con voz tranquila y le enseñó unas toallas limpias junto a la bañera y un vestido de colores que colgaba encima de una silla. A continuación señaló la tina, a Inika, a sí misma y a la puerta. La niña no comprendía nada, pero entonces la mujer desapareció también dentro de la casa, e Inika se encontró sola en el porche. Con un suspiro de alivio, se quitó en el acto el sari sucio. Mantuvo con firmeza la bolsita en su mano izquierda mientras entraba en la tina y se lavaba de prisa.

Acababa de ponerse el vestido limpio, que se enrollaba de modo parecido a su sari, y de atar nuevamente la bolsita bien segura a su cuerpo, cuando la mujer blanca cruzó la puerta sonriendo.

CAPÍTULO 6

Julie se sentía agotada cuando esa noche llegaron a la casa de la ciudad. Habían esperado en el campamento de los obreros indios hasta que se presentó el médico y envió a cincuenta enfermos graves al hospital. Entre ellos figuraba la mujer cuya mano había sostenido Julie.

—Creo que esto huele a disentería —comentó el doctor, y en el mismo momento decretó una cuarentena de dos semanas sobre el almacén.

A Renzler eso lo alteró mucho, pues en principio paralizaba sus negocios.

—¡No puede usted hacer eso! Fíjese, la mayoría están sanos y animados.

Pero el médico, sin hacerle el menor caso, ordenó inmediatamente las medidas necesarias que se debían tomar.

Julie se alegró de que precisamente ella y Jean hubieran sido los primeros en aceptar la invitación de Renzler para examinar a los obreros contratados. Posiblemente otros plantadores habrían trasladado sin pestañear a sus plantaciones a esas personas para ponerlas a trabajar de inmediato. Ahora, tras regresar a la casa de la ciudad, Julie seguía alterada. Como primera medida los dos se lavaron a fondo, siguiendo el consejo del médico.

—Imagínate que esas personas hubieran sido trasladadas en ese estado a las plantaciones. ¡No me cabe en la cabeza! Podrían haber provocado una epidemia en todo el país.

—Ahora les brindarán ayuda. —Jean dirigió una mirada de amor a su esposa mientras se frotaba los brazos con agua y jabón.

Se habían desnudado y habían entregado a Kiri sus ropas para que las lavasen. Julie, no obstante, seguía teniendo la sensación de que el aire corrompido continuaba adherido a su piel, y por segunda vez se dio unos toques de agua de azahar.

—Eso espero, eso espero —dijo en voz baja, y en su fuero interno rogó para que el médico no permitiera que Renzler lo hiciera cambiar de opinión.

Julie y Jean, que acababan de sentarse, agotados, en el salón de la casa de la ciudad, aceptaron, agradecidos, dos vasos de zumo fresco que les llevó Kiri cuando en el piso de arriba resonó un fuerte griterío y se oyeron unos portazos. Julie dejó bruscamente su vaso sobre la mesa, sobresaltada.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras se ponía en pie y salía al vestíbulo.

En la escalera se topó con Kiri, que también subía, aunque se limitó a encogerse de hombros. En ese momento, Karini, con las mejillas cubiertas de lágrimas, bajó la escalera en tromba, apartó a su madre de un brusco empujón y salió de la casa por la

puerta trasera. Julie no presintió nada bueno, pues jamás había visto a Karini tan alterada.

—Ve con ella, Kiri, yo subiré donde los chicos a ver qué pasa.

Kiri siguió presurosa a su hija mientras Julie corría al primer piso, donde se encontraban los dormitorios. Allí reinaba un completo silencio. Llamó a la puerta de Henry, pero no recibió respuesta. Cuando volvió a llamar con más energía, oyó unos ligeros sollozos en el interior del cuarto. Abrió la puerta una rendija.

—¿Henry? ¿Qué ocurre? ¿Puedo pasar?

Al no recibir respuesta, entró con cautela en la estancia y cerró de nuevo tras de sí. Henry yacía boca abajo en su cama, con la cabeza oculta entre las almohadas. Su cuerpo temblaba.

Una mirada de Julie al suelo le permitió adivinar la desgracia que había sucedido. La maqueta de la iglesia de San Lorenzo estaba junto a la cama, a su alrededor diversos materiales de construcción, pero el campanario estaba claramente más doblado que antes.

—Ay, Henry. —Julie se sentó junto a su hijo en el borde de la cama—. No es tan grave, seguro que se podrá reparar.

El chico volvió a sollozar en voz baja. Julie le acarició la espalda para tranquilizarlo.

—Vamos... ¿Cómo ha sucedido?

—Martin ha... Es tan malo... —Henry levantó su rostro de las almohadas y se limpió las lágrimas de las mejillas con la manga de la camisa. Le temblaba la barbilla—. Él ha..., sólo porque el barco... y Karini...

—Bueno, tranquilízate y cuéntame lo que ha pasado. —Julie le tendió su pañuelo, en el que el chico se sonó los mocos ruidosamente.

Después contempló, consternado, la maqueta doblada de la iglesia.

—Karini y yo acabábamos de pegar las ripias en el campanario cuando llegó Martin y dijo que no aguantaría. Karini afirmó que estaba segura de que sí, pero él se limitó a reírse. Karini dijo entonces que el barco de Martin tampoco flotaría. Entonces él se enfadó muchísimo de repente y dijo... dijo... —Henry volvió a limpiarse la cara con la manga—: «Si Karini ha ayudado a construirla, no aguantará, porque los negros son unos inútiles, y yo tendría problemas en el colegio si el profesor se enterara de que un negro ha colaborado en mi maqueta».

Julie se quedó horrorizada. Le costó grandes esfuerzos reprimir el comentario destemplado que tenía en la punta de la lengua, y una sensación gélida se propagó por su interior. Martin se le antojaba cada vez más extraño a medida que crecía y aumentaban las semanas entre sus reencuentros. Antes jamás había oído salir de su boca palabras parecidas. No era de extrañar que Karini hubiera roto a llorar. En realidad, eran casi como hermanos.

—Pero, tesoro, seguro que Martin no lo ha dicho con esa intención —adujo intentando salvar la situación. Era plenamente consciente de que esas palabras no

sólo debían tranquilizar a Henry, sino sobre todo a sí misma.

—Sí, y después..., con el pie... —Henry señaló con el dedo la torre doblada antes de bajar la mirada, avergonzado, y confesar en voz baja—: Yo he ido a su cuarto y... el barco...

—¡Ay, por favor! —Julie adivinó entonces que la necesitaban también en otra habitación—. Escucha, Henry, llamaré a Jean para que te ayude a enderezar el campanario. Voy a hablar con Martin.

Acarició con cariño el pelo de su hijo antes de salir del cuarto. En el pasillo, llamó a su marido y le explicó brevemente en voz baja lo sucedido, antes de pedirle que entrara en la habitación de Henry.

—Ayúdalo... Yo iré a ver qué hace Martin.

Julie llamó dos veces a la puerta de Martin y, al no percibir reacción alguna, entró sin hacer ruido. El chico estaba sentado en el suelo junto a la maqueta de su barco. La gran chimenea del vapor estaba tan torcida como la torre de la iglesia de Henry. Julie se asustó al contemplar el aspecto agresivo de la maqueta: era un barco de guerra, muy negro y equipado con poderosos cañones. Remangándose la falda, Julie se sentó al lado de Martin, pero cuando apoyó su mano en el hombro del chico, éste retrocedió con brusquedad.

—¡Déjame! —refunfuñó, y se le quebró la voz.

—Pero, Martin, ¿qué te sucede? —dijo esforzándose por adoptar un tono de consuelo al tiempo que lo trataba como a un adulto.

—¡Nada! —El chico se levantó y se acercó a la ventana.

Julie se levantó a su vez y se puso en jarras.

—¿Por qué os peleáis por algo así? Si no hay ningún motivo...

—¡Claro que hay un motivo! —Martin se volvió con violencia hacia ella.

Llevaba la ira pintada en el rostro. A Julie le llamó la atención que en el mentón de Martin se atisbaba ya un ligero bozo. ¿Tanto tiempo hacía que no lo observaba con atención? Cuando él siguió hablando, ella tuvo que concentrarse en el tema.

—Henry hace que Karini lo ayude y...

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué importancia tiene eso?

—¡Pues claro que la tiene, es *nuestro* proyecto escolar! *Nuestro*, del colegio blanco. Karini no tiene nada que ver con eso.

—Sí, pero ¿por qué es tan grave que Henry y Karini lo hagan juntos? —Julie se sentía consternada al oír por boca de Martin que la causa de su furia se debía al color de la piel. Pero lo que vino a continuación fue peor.

—Karini es una negra. ¡Los negros no pueden hacer eso! —exclamó Martin con profunda convicción, cruzándose de brazos.

Ella se quedó petrificada. En ese momento Martin le recordó muchísimo a su padre, que siempre había hablado de los negros en ese tono.

—Pero si siempre habéis jugado con Karini... ¿Por qué han cambiado las cosas de repente? —Julie no conseguía contener el enfado que iba creciendo en su interior.

A decir verdad, no tenía ni idea de lo que podría haber provocado ese repentino cambio en la forma de pensar de Martin.

—Sí, eso era antes.

Ella creyó percibir en su mirada un frío cálculo.

—Pero ya no jugaré más con negros —agregó él, y su voz adquirió un tono mordaz—, aparte de que también soy un poco mayor para jugar, como quizá hayas observado. Este proyecto es muy serio, es el trabajo final de este curso. Si en el colegio se entera alguien de que un negro ha participado en la maqueta de Henry, ¿qué impresión causará? ¡Hará el ridículo! —Y luego añadió con tono de precocidad—: Los blancos no deben relacionarse con los negros.

Julie estaba atónita.

—¡Qué disparate! ¿Quién dice algo así?

—El profesor Grevender —fue la escueta respuesta de Martin, acompañada de una testaruda inclinación de la cabeza.

En ese momento la furia se adueñó de Julie. La mayoría de los blancos seguían considerando inferiores a los negros, pero ella esperaba que para entonces abordasen el tema con menos prejuicios, al menos en el colegio. Henry, Martin y Karini habían crecido en la plantación como hermanos, y Julie siempre había procurado inculcar a los chicos que los negros eran iguales que ellos. Se esforzó por hablar con serenidad.

—Pues bien, considero que el profesor Grevender no tiene razón. Sabes perfectamente que Karini no es tonta, y hasta ahora tampoco los negros os han perjudicado en nada. Creo que deberías disculparte con ella.

—No, no lo haré —Martin se volvió de prisa hacia la ventana.

—Sí que lo harás, jovencito. —Lo cierto era que Julie nunca levantaba la voz a los chicos, pero las opiniones y la rebeldía que demostraba Martin la trastornaron. Al ver que no reaccionaba, se le acercó, lo agarró por los hombros y lo volvió hacia ella—. Claro que sí, irás ahora mismo. No me gusta que haya riñas bajo mi techo, y menos por motivos semejantes.

El chico se liberó de sus manos.

—Tú no eres quién para decirme nada, ni siquiera eres mi madre —siseó, y luego salió en tromba de la habitación.

Julie se quedó petrificada de asombro. Martin nunca le había hablado así. Era cierto que siempre había sido el más indómito de los dos chicos, pero jamás se había rebelado contra ella. Durante unos momentos se preguntó si debía ir tras él, pero luego cambió de idea. Sería mejor que antes recobrara la calma. Pensativa, entró en el cuarto de Henry. Jean y él, sentados en torno a la maqueta de la iglesia, intentaban enderezar la torre dañada. Jean alzó brevemente la vista cuando Julie entró.

—¿Va todo bien?

Julie se encogió de hombros y revolvió con la mano los rubios cabellos de Henry. Luego contestó en voz baja:

—No lo sé...

CAPÍTULO 7

—¿Por qué nadie me cuenta lo que de verdad sucedió entonces? —Martin miraba desafiante a Julie, que intentaba hallar las palabras adecuadas.

La noche anterior, después de la pelea, había pedido a los tres chicos que fueran al salón para hablar. No quería que la animosidad entre ellos se prolongara días y días. Al principio confiaba en que Martin pediría disculpas a Karini y a Henry, y en que el asunto se olvidaría. Pero evidentemente Martin no compartía esa opinión. En lugar de pedir perdón, desvió la conversación hacia sus padres biológicos. Henry y Karini estaban a su lado cabizbajos, pues era obvio que la situación les resultaba incómoda. Julie suspiró; había llegado el momento que había temido a lo largo de todos esos años. Aún no se sentía dispuesta, pero ¿lo estaría alguna vez? Contempló pensativa a Martin y respiró hondo.

—De acuerdo. Henry, Karini, por favor, id arriba, hablaremos más tarde. Martin, siéntate —dijo señalando la silla que estaba a su lado.

Mientras Henry y Karini abandonaban la estancia, Martin se aproximó, pero no hizo ademán de tomar asiento. Julie esperó unos instantes, luego se levantó y fue hacia la ventana. No sabía cómo empezar. Jean la había animado con frecuencia a hablar de ese tema con Martin, pero ella siempre se había negado y nunca había encontrado el momento idóneo. ¡Y ahora Martin ya casi tenía dieciséis años! ¿Sería demasiado tarde? Por otra parte..., ¿era lo bastante maduro para aceptar la verdad? ¿Le perdonaría que lo hubiera dejado tanto tiempo sumido en la oscuridad?

—Martin..., por aquel entonces tu madre estaba muy enferma —comenzó al fin, titubeante—. Tenía una fiebre muy alta. Eso ya te lo he contado en varias ocasiones —se volvió hacia el muchacho y lo miró a los ojos.

Él levantó la cabeza y, de pronto, mostró una expresión de desprecio.

—Sí, y tu esclava la llevó a la ciudad. Qué estúpido por su parte, ella es la culpable de su muerte. Si mi madre se hubiera quedado entonces con mi padre...

—¡No, eso no es verdad! —Julie tuvo que dominarse para no levantar la voz.

Al parecer Martin había forjado su propia historia.

—Obedeciendo los deseos de tu propia madre, Kiri la llevó a la ciudad. En la plantación... tu madre tenía..., ella pensó que en la ciudad podrían ayudarla mejor.

—¡Pero papá es médico! Él la habría ayudado si tu estúpida esclava la hubiera dejado allí.

Julie se sentía cada vez más incómoda. La forma de expresarse de Martin la desagradaba porque le recordaba a su padre, y el hecho de que cada vez se pareciera más a él, no sólo exteriormente sino también en el discurso, le provocó un escalofrío helado en la espalda. Al igual que le sucedía en las peleas con Pieter, notó cómo la

furia iba creciendo en su interior. Entonces los acontecimientos no se habían desarrollado así, pero ¿podía contárselo al chico? Sin embargo, tampoco podía dejar las cosas como estaban.

—¡Martin, siéntate! —su tono no admitía réplica, y contempló, tensa, cómo el muchacho tomaba asiento. Acercó su silla con un suspiro y se inclinó hacia delante—. Bien, ahora voy a contarte lo que sucedió. Sin embargo, antes me gustaría decirte que te queremos mucho y que tú no tienes ninguna culpa de lo que pasó. El último deseo de tu madre fue que yo me ocupara de ti como si fueras mi propio hijo. Así lo he hecho siempre y así seguiré haciéndolo. Pase lo que pase. —Julie intentó cogerle la mano, pero él la apartó—. Yo estaba en la ciudad... —comenzó, y se interrumpió de pronto.

¡Ahí empezaba el problema! No podía contarle a Martin que había huido a la ciudad para buscar a Jean, que entonces desconocía que Henry era su hijo biológico. Y que, mientras tanto, el padre de Martin en la plantación utilizaba al niño como rehén para chantajearla porque quería impedir que, tras la muerte de Karl, Julie reclamara la plantación Rozenburg, a la que tenía pleno derecho por su condición de viuda, y Henry por ser su hijo oficialmente reconocido. Pieter, sin embargo, se había apoderado de la administración de la plantación, disputándole incluso por poco tiempo la custodia de Henry. Opinaba que la plantación le pertenecía a él y a su mujer Martina, hija del primer matrimonio de Karl. Por entonces Julie no halló otra salida más que encontrar a Jean, que la ayudaría y sabía de sobra lo que había que hacer. Pero la búsqueda se prolongó más de lo previsto, y hasta la fecha ella no sabía con certeza qué había pasado entretanto en la plantación. Lo único seguro era que Pieter fue acusado de la muerte de varios esclavos por practicar ensayos ilegales con medicamentos, y que en la misma época también cayó gravemente enferma su propia esposa. De ningún modo podía decirle a Martin que a su padre le daba igual lo que pudiera sucederle a su mujer enferma. Al fin y al cabo, no deseaba transmitir al chico una imagen totalmente negativa de sus progenitores. Si a su madre la aterrorizaba tanto su padre que, estando gravemente enferma, prefirió huir a la ciudad con los niños en lugar de permanecer a su lado, había tenido buenos motivos. Pero ¿cómo explicárselo al chico?

—Tu madre no se sentía segura en la plantación, tu padre... tenía otras cosas en la cabeza y seguramente no percibió la gravedad de la enfermedad... —La propia Julie se daba cuenta de lo inconsistentes que sonaban sus palabras.

—¡Eso no es cierto! —replicó Martin en voz baja, enfurecido—. Papá habría ayudado a mamá, estoy completamente seguro.

—Pues es obvio que no pudo hacerlo, pues de lo contrario tu madre no se habría arriesgado a emprender un viaje tan peligroso a la ciudad. —Martina había huido a escondidas de la plantación para protegerse a sí misma y a los niños de Pieter..., pero Julie jamás lo diría—. Seguramente tu padre estaba tan concentrado en su trabajo que no se percató de lo enferma que estaba tu madre —dijo en cambio, pues decidió que

eso bastaría para explicar lo referente a Pieter—. Kiri acompañó a tu madre a la ciudad; a fin de cuentas, los deseos de tu madre eran órdenes para ella, que además tenía que velar también por tu seguridad y la de Henry. En todo este asunto, Kiri no tiene la menor culpa, ella se limitó a cumplir lo que se le ordenó. Tu madre quiso ir a la ciudad. A su llegada aquí, ya estaba muy debilitada y... no pudimos hacer nada por ella.

Los ojos de Martin brillaban, y Julie vio que intentaba reprimir las lágrimas parpadeando sin parar. Resistió el impulso de tomarlo entre sus brazos.

—¿Por qué... por qué no llamasteis a mi padre? Él habría... habría...

—Martin..., estuvo aquí poco después, pero tampoco pudo hacer nada. —Julie esperaba que al chico no se le ocurriera preguntar por qué desterraron a su padre, pero apenas había terminado de pensarlo, Martin alzó la cabeza y la miró con cara de reproche.

—¿Por qué mandaron fuera a mi padre?

Estaba al borde de la desesperación. ¿Por qué ese chico no se limitaba a dejar correr las cosas? Los sucesos que siguieron a la muerte de Martina todavía pesaban mucho en el corazón de Julie. Nunca en su vida había sentido tanto miedo como entonces y confiaba fervientemente en no tener que volver a vivir jamás una experiencia parecida. Pero precisamente por eso no podía escamotear al chico esa parte de la historia, aunque con ello dañara la imagen de su padre.

—Martin, tu padre... Lo sucedido entonces debió de ser demasiado para él... pero... os raptó a ti y a Henry y os llevó al interior. —El mero recuerdo hizo que se le formara un nudo en la garganta—. Sentí un miedo espantoso por vosotros.

—Pero él... no habría sido capaz... de hacernos nada..., ¿verdad? —Martin miraba a Julie confundido.

—No lo sé. No lo creo, pero... estaba fuera de sí..., parecía capaz de todo. Y además..., hay que tener en cuenta... que luego le disparó a Jean.

—¿Que hizo *qué*?

El chico la miraba estupefacto, pero sus ojos manifestaban algo más que sorpresa. Por un instante, Julie creyó percibir odio en ellos.

—Sí, Martin, disparó contra Jean y por eso..., y también porque os raptó y por su comportamiento indebido como médico con los esclavos de la plantación, tuvo que responder más tarde ante un tribunal de los Países Bajos.

Martin calló durante unos instantes, y Julie vio que tragaba saliva con fuerza varias veces. Ella percibía dolor y desilusión tras su aparente fortaleza, y le producía una honda pena haber originado ese caos emocional con sus palabras.

—Y... ¿cuándo volverá por fin? —preguntó con repentina vacilación y voz de niño desesperado. A Julie casi le partió el corazón.

—No lo sé, hijo. —Con gesto cauteloso, acarició brevemente la cabeza del muchacho.

Lo cierto era que Julie desconocía la respuesta a esa última pregunta, pero

confiaba en que Pieter no regresara jamás.

—Entonces ¿por fin se lo has contado? —Jean parecía satisfecho y la contemplaba con ternura—. Ya es lo bastante mayor para conocer la verdad.

—Bueno, como es natural, he omitido un par de cosas.

Julie dio un buen trago de licor de su copa y a continuación se reclinó en la silla. La bebida le sentó bien, aunque no acostumbraba a beber alcohol.

Estaban sentados en el porche trasero de la casa de la ciudad. El delantero era demasiado reducido para permanecer allí y tampoco ofrecía la misma tranquilidad. En realidad, el porche trasero se había utilizado antaño exclusivamente como lugar de trabajo para los esclavos y en la actualidad servía a Kiri como ampliación de la cocina, que se encontraba en una cabaña sita en el patio contiguo. Sin embargo, Julie no se tomaba muy en serio la rígida separación entre negros y blancos, y para ella eran mucho más importantes el silencio y la tranquilidad. Allí jugaban y se reunían los niños, y ni a Julie ni a Jean les molestaba que Kiri manipulara cazuelas y sartenes. Por costumbre, todos seguían utilizando las puertas igual que antaño: tanto la parte delantera de la casa como la trasera contaban cada una con dos puertas de entrada, una de las cuales estaba destinada exclusivamente a los blancos; los esclavos sólo podían utilizar la prevista para ellos. Julie siempre había considerado esa división demasiado formalista y no había puesto la menor objeción a que Kiri usara las mismas puertas que ellos. La mujer, en cambio, seguía negándose en redondo a pasar por las puertas de los blancos y también había inculcado a su hija la idea de que eso no era correcto.

El fuerte aguardiente de caña de azúcar quemaba la garganta de Julie y esparció de prisa una sensación cálida y relajante por su estómago.

—Lógicamente he intentado no hablar mal de Pieter. Martin no debe pensar que su padre es un monstruo.

—Sí, sí, está bien. Por mí no sabrá nada. De todos modos, me temo que algún día tendremos que volver a vérnoslas con él —añadió Jean, pensativo, antes de vaciar de un trago su copa de licor.

Mientras tanto, los chicos estaban en la habitación de Martin, alrededor de la maqueta del barco. La riña estaba ya casi olvidada, pues aunque esta vez había sido más violenta que nunca, se conocían lo suficiente para saber que era mejor llevarse bien. Martin y Henry mantenían una relación fraternal, así que las disputas casi siempre se solventaban con rapidez. Pero ese día Martin estaba más silencioso de lo habitual. Pensativo, colocó las últimas planchas redondas de madera en la proa del barco a modo de ojos de buey.

—Algún día viajaré a Europa en un barco como éste —dijo de pronto—. A los

Países Bajos. Y entonces... entonces viviré con mi verdadero padre.

CAPÍTULO 8

—Pero ¿qué quiere esta mujer? ¿Es que no hay nadie aquí que hable su lengua?

Julie sostenía con ademán tranquilizador la mano de la joven india que parloteaba sin interrupción, aunque no entendía una palabra de lo que intentaba comunicarle.

Había acudido en compañía de Jean a la enfermería en la que permanecían ingresados los trabajadores contratados que aún estaban demasiado débiles para partir hacia sus destinos definitivos. La mayoría de las personas del fuerte habían sido trasladadas a las plantaciones. Julie y Jean habían contratado a un total de cuarenta y ocho nuevos trabajadores. Dos de ellos se encontraban en la enfermería, los demás en el fuerte, pues Julie había insistido en que todos llegaran al mismo tiempo a Rozenburg. Mantenía una buena relación con sus trabajadores, y era consciente de que para los antiguos esclavos de la plantación establecidos allí desde hacía mucho tiempo no sería fácil enfrentarse de repente a los trabajadores indios. «Jean, tenemos que estar presentes cuando lleguen —había dicho—; no podemos permitir que se presenten de sopetón, sin una preparación previa. Pueden permanecer en el fuerte unos pocos días y subir al barco cuando nosotros regresemos a la plantación.»

Él se había mostrado de acuerdo.

Ahora, el viaje era inminente, y Julie quiso cerciorarse por sí misma de que la mujer del sari naranja había mejorado y estaba en condiciones de viajar. De hecho, parecía del todo restablecida, y así se lo había confirmado el médico después de examinarla, pero estaba muy alterada. Su marido se sentaba a su lado en el catre cariacontecido.

Julie escudriñó a su alrededor en busca de ayuda y luego se volvió hacia Jean.

—¿Qué vamos a hacer? Quiere decirnos algo.

Él frunció el ceño, disgustado.

—No tengo ni idea. Por lo menos podrían haber contratado a alguien que entendiera el idioma de esta gente.

El médico se encogió de hombros, resignado.

—Inténtelo en inglés, me he dado cuenta de que en el fuerte algunos chapurrean esa lengua.

Julie invitó a Jean con la mirada, pues sabía que él dominaba el idioma. Sin embargo, su marido le había hecho al médico otra pregunta sobre el tratamiento posterior de los trabajadores y pareció no reparar en su mirada. Los conocimientos de inglés de Julie se habían desvanecido tras su etapa escolar, ya que nunca había vuelto a utilizar esa lengua. En la colonia se hablaba inglés a disgusto; al fin y al cabo, los ingleses habían intentado varias veces adueñarse del país. Muchos hablaban francés y yidis, pero el inglés estaba mal visto.

Julie hizo un esfuerzo, merecía la pena intentarlo.

—*What do you want?* —preguntó en voz baja.

La mujer enarcó las cejas sorprendida y a continuación habló deprisa a su marido. Éste se levantó de un salto del catre y comenzó a gesticular con las manos.

—*Missing daughter!* —repetía sin parar.

—¿Que habéis perdido a vuestra hija? —Julie estaba sinceramente sorprendida. Se volvió hacia el médico—: ¿Dónde puede estar la niña? ¿Quedaban todavía en el fuerte niños sin padres?

El médico negó con la cabeza.

—No, allí ya no quedaban niños, salvo los que permanecían con sus familias. Quizá... quizá dejaron a su hija en la India o... La travesía ha sido larga y penosa.

—¡Oh, no! —Julie bajó la vista, apenada, lo que provocó que la joven india estallara en el acto en unos lamentos desgarradores. Intentó tranquilizarla—: *Tomorrow we go to the plantation. But we will ask around for your daughter in the city.*

El hombre volvió a traducir para su mujer. Esta última, sollozando, apoyó la cabeza en su hombro y asintió entre lágrimas.

—Mañana, antes de partir, volveremos a preguntar en el puerto si alguien sabe algo de la niña —dijo Julie con suavidad.

—De acuerdo. Pero el barco hace más de una semana que zarpó de nuevo, no albergues muchas esperanzas —repuso Jean tratando de frenar sus expectativas.

Julie sabía que tenía razón, pero a pesar de todo se negaba a darse por vencida. Si la niña vivía, tendría que estar en algún sitio.

—Al menos debemos intentarlo.

No tuvieron éxito. Antes de su partida preguntaron a todos los que encontraron en el puerto, pero nadie les proporcionó una información útil. Además, el barco y su tripulación llevaban demasiado tiempo en el mar. Sólo un trabajador del puerto visiblemente estragado hizo un ademán desdeñoso al oír su pregunta.

—Seguro que debieron de tirar por la borda a ese diablillo... No querrían tener que alimentarla encima aquí.

Julie regresó a la plantación con malas sensaciones. Le habría gustado ayudar a la mujer a encontrar a su hija o al menos a averiguar su paradero. Jean sugirió otra posibilidad: que hubieran dejado a la niña en la India. Pero siempre que le habían preguntado, el hombre había respondido lo mismo: *No, daughter here! Daughter on ship!*

Seguramente el médico tenía razón y la hija de ambos no había resistido la travesía.

Ahora el hombre y su mujer estaban en el barco que trasladaría a los indios a Rozenburg. Julie y Jean viajarían detrás, en una embarcación de su propiedad más

pequeña con techo de lona. En realidad Julie se había propuesto visitar a Erika, pero la actividad febril, habitual antes de la partida, no le había dejado tiempo para cumplir ese propósito. Le resultó muy duro volver a dejar solos en la ciudad a Henry y a Martin. Aún faltaban seis semanas largas para que viajaran a la plantación. Julie esperaba que no volvieran a producirse disputas entre los chicos. En conjunto, la visita a la ciudad no había sido muy positiva.

Julie se relajó un poco cuando al cabo de unas horas divisó las orillas de la plantación, tan bien conocidas. Entre los árboles de la espesa selva se abría un jardín en el que, desde la lejanía, se distinguía el exuberante esplendor de los naranjos floridos y de otras flores. Julie amaba ese jardín parecido a un parque y hacía todo lo que estaba en su mano para mantenerlo siempre bien cuidado. Jean a veces la hacía rabiar.

—Pero si este país tiene plantas de sobra...

¡Cuánta razón tenía! Si se observaba con atención, entre el verdor de la selva, en apariencia impenetrable, se percibía una gran diversidad de colores, y también en las zonas de la orilla colgaban abundantes flores en corimbo rodeadas por enjambres de mariposas multicolores. Sin embargo, el jardín que se extendía ante la casa de la plantación era distinto, opinaba Julie. Más domesticado. Además, contenía rosales plantados por la primera esposa de Karl. A Felice la apasionaba el jardín, según le había contado Martina, a pesar de que la niña era todavía muy pequeña cuando su madre murió. Julie opinaba que tenía el deber de conservar al menos esa herencia en memoria de Felice, que también había llevado una vida dura en esa plantación, y de su hija.

A un lado del jardín, casi en el límite con la selva, donde los altos árboles con sus lianas cubiertas de musgo sombreaban el suelo y no llegaba la crecida del río, se encontraban las tumbas de la familia. Allí reposaban Karl y Martina. Felice sólo contaba con una lápida conmemorativa, pues en su momento su familia insistió para que fuera enterrada en la ciudad. Valerie, la tía de Martina, yacía igualmente en el cementerio de la ciudad, junto a su capitán.

Un poco más allá, Julie había dispuesto otro enterramiento para las personas que había perdido durante su estancia en el Surinam. Allí, en tumbas sencillas, estaban enterrados Amru, la antigua esclava doméstica, junto a su esposo, Jenk, al que el padre de Martin había mandado torturar hasta la muerte. Amru no pudo superar su pérdida y lo siguió a la tumba apenas tres años después. Allí también descansaba Suzanna. Julie había impedido en su día que fuera enterrada en uno de los míseros cementerios de pobres. Tras la muerte de Karl, Julie se había alegrado mucho de haberse enterado por casualidad de la existencia de Suzanna y sus hijos. Al principio Suzanna rechazó su ayuda, avergonzada. Pero Julie había logrado convencerla de que ella y sus hijos tenían derecho a recibir un subsidio de la plantación. Suzanna, y esto

no lo sabía nadie salvo Julie, no sólo había sido la esposa surinamesa de Karl, sino también su hermanastra. Su madre ya había ejercido con el padre de Karl la misma función que Suzanna desempeñaría más tarde con su hijo. La madre de Suzanna, además de servir a Karl como nodriza y a su padre como amante, también le dio una hija.

Hasta la fecha, Julie se sentía conmocionada al pensar en esas relaciones. Seguramente una gran parte de la colonia estaba emparentada entre sí, sin saberlo, por vínculos de sangre o de matrimonio.

Suspiró suavemente y luego respiró hondo, absorbiendo el perfume denso y húmedo de su amado jardín, que se extendía hasta la orilla. Ahora, a finales de junio, las plantas estaban vigorosas gracias a las abundantes lluvias, y Julie se alegró porque finalizaba la estación húmeda y de los capullos todavía tiernos surgiría una verdadera explosión de colores y aromas. Además, también regresarían pronto los chicos... No obstante, había que superar la situación actual, y Julie se preparó para el inminente ataque. El barco de los trabajadores indios ya estaba amarrado en el embarcadero: gracias a los vigorosos remeros, había logrado obtener una pequeña ventaja en el largo recorrido.

En el embarcadero de madera distinguió la figura de Liv. Cuando era pequeña, Liv había sido primero la esclava personal de Martina y, tras la muerte de ésta y de Amru, le asignaron el papel de ama de llaves de la plantación. Julie se dio cuenta en el acto de que parecía dominada por cierta inquietud.

—Masra Jean, misi Juliette, me alegro de su llegada.

—¿Qué sucede, Liv? —Julie se apresuró a salir de la embarcación mientras las piernas, por haberse incorporado muy deprisa después del largo tiempo que había permanecido sentada, le cosquilleaban como si hubieran sido invadidas por miles de hormigas.

—Misi, los trabajadores que han llegado están..., bueno..., es que... Deberían ir ahora mismo al poblado.

Liv jugueteaba nerviosa con su delantal. Julie la contempló pensativa. La conocía desde hacía mucho; ella misma se había encargado en la época de Karl de que Liv se convirtiera en la esclava personal de Martina para aliviar las tareas de Amru, el ama de llaves. Por entonces aquello había sido un terrible destino para ella, pero poco a poco había ido adaptándose a su nueva función y ahora era un sostén imprescindible para el gobierno de la casa, sobre todo cuando Kiri se encontraba en la ciudad. No obstante, nunca llegaría a tener la misma seguridad en sí misma que Kiri. A Liv le costaba visibles esfuerzos tener que recibir a los señores de la casa con una mala noticia.

Jean levantó los brazos, resignado.

—Ya iré yo, tú refrésate un poco.

Tras el largo viaje en barco con un calor opresivo y sofocante, ambos esperaban con alegría una bebida refrescante y agua fría para asearse.

—No, te acompaño —dijo Julie echando a andar.

En el poblado de los trabajadores reinaba un confuso alboroto. Los indios estaban sentados encima de su equipaje, algunos de los habitantes negros se habían congregado en pequeños grupos y discutían a voces y gesticulando. Cuando llegaron Jean y Julie, fueron inmediatamente asaltados por sus antiguos trabajadores.

—Espacio, espacio, ¿qué pasa? —Jean intentaba hacerse una idea por encima de la confusión.

Joshua, uno de los capataces, tomó la palabra.

—Masra, los nuevos trabajadores no quieren ir a las cabañas que les hemos asignado.

—¿Cómo? —Jean parecía desconcertado de veras.

—Masra, nosotros no entendemos a esta gente, pero la mayoría se niega a instalarse juntos en las cabañas.

Julie y Jean habían asignado a los cuarenta y ocho nuevos trabajadores quince de las antiguas cabañas de los esclavos. El número les parecía más que suficiente. Las relaciones de parentesco eran difíciles de averiguar, pero estaban seguros de que entre ellos había familias, de forma que casi cada familia contaría con su propia cabaña. ¿Dónde estaba entonces el problema?

Jean buscó entre los indios al marido de la mujer del sari naranja. Confiaba en que éste pudiera darle una explicación. Transcurrió un buen rato hasta que Jean asintió con la cabeza, pero luego señaló con unas palabras bruscas las cabañas y a los indios. Encogiéndose de hombros regresó junto a Julie.

—Al parecer, no se trata únicamente de familias, sino... No lo he entendido bien, creo que algunos se sienten superiores a otros, y otros, por su parte, no forman una familia. Él hablaba de *castes*, aunque ignoro el significado de dicha palabra. Les he dicho que tienen que hacer lo que se les diga, o los devolveré inmediatamente a la ciudad.

—¡Jean!

—Y ¿qué quieres que haga si se sublevan el primer día que están aquí?...

Julie suspiró. Su marido tenía razón. Eran trabajadores, y sin duda la situación no era fácil para todos ellos, pero tenían que aceptar sus alojamientos o a la larga las cosas no funcionarían. Jean se enfrentaba siempre al dilema de optar entre dirigir la plantación con un estilo liberal o con la severidad necesaria. Confiaba en que sus trabajadores desempeñasen una labor fiable y complaciente, y así lo hacían. Pero ¿se mostrarían tan serviciales los recién llegados?

Julie y Jean permanecieron en el poblado de los trabajadores hasta que todos los indios se distribuyeron en las cabañas con sus pertenencias. Se oyó alguna que otra palabra en voz alta, pero Kadir, el indio con el que había hablado Jean, supo tranquilizar a sus compatriotas.

Sin embargo, ni Julie ni su esposo se imaginaban que no sería la última vez que surgirían problemas con los trabajadores indios contratados.

CAPÍTULO 9

Inika hizo amigos enseguida. Misi Minou se encargaba con cariño de que ningún niño de su casa fuera molestado o sufriera las burlas de los demás. Además, Inika y el chico eran algo mayores que la mayoría de los niños del hogar infantil. Y como todos compartían el mismo destino de huérfanos, se sentían muy unidos, máxime teniendo en cuenta que en la calle los hostigaban bastante a menudo.

Al cabo de unos días, Inika comprendió que la única posibilidad de encontrar a sus padres consistía en conseguir que las personas de ese país la entendieran. Por eso ponía todo su empeño en aprender el idioma prestando atención a los demás niños. Llevaban ya unas semanas en el Surinam, e Inika se enorgullecía de saber pronunciar varias palabras. Y eso que no era tarea sencilla, pues en ese país parecía haber idiomas diferentes, entre ellos el de los negros, un divertido parloteo con numerosos tonos suaves y sonidos melódicos, y luego el idioma de los blancos, más duro, con sílabas cortas y tonos atropellados que su lengua no conseguía formar muy bien. Inika se esforzaba por aprender ambos idiomas, pues por una parte en su vida cotidiana se veía rodeada por personas negras, pero con bastante frecuencia también llegaban blancos al hogar infantil.

Tendría que hablar con los blancos para averiguar qué había sido de sus progenitores. Su padre le había explicado varias veces en el barco que viajaban a ese país lejano para trabajar en las plantaciones y ganar mucho dinero, así que Inika suponía que entretanto sus padres habrían llegado a su destino. Sin embargo, ella ignoraba dónde se encontraba ese país y qué tamaño tenía.

Misi Minou alababa a Inika cada vez que aprendía una palabra nueva. La niña se alegraba por ello y muy pronto comenzó a nombrar un sinfín de objetos de la vida cotidiana y a comprender incluso frases cortas. La única palabra que no lograba averiguar era la que designaba a los padres...; al fin y al cabo, en esa casa no había ninguno.

Erika observaba complacida a Inika. Le gustaba la disposición para el aprendizaje y la capacidad de adaptación de la niña india, y consideraba que ya había bastantes dificultades que la aguardaban en ese mundo desconocido para ella. Su expresión traslucía una suerte de tranquilidad y dignidad, se movía con cuidado y siempre parecía bailar ligeramente. No era tan impetuosa como los otros niños, jamás echaba a correr a la ligera ni participaba en los salvajes alborotos del patio. En su lugar, le gustaba permanecer sentada observando a los demás niños y a los mayores e imitando su lenguaje. Erika estimaba que no tardaría mucho en entenderse con la niña.

En ese sentido, el chico indio tenía muchas más dificultades, era tímido y retraído y no hablaba ni media palabra. Ni siquiera Inika conseguía que hablara; tal vez es que sencillamente era incapaz de hacerlo. Erika confiaba en que recuperara la voz algún día. Le había preguntado muchas veces a la chica si era su hermano, pero ella siempre había negado con la cabeza. El muchacho desempeñaba las pequeñas tareas que le encomendaban en la casa con dedicación y seguridad, y se alegraba con cada alabanza. Erika y Minou habían acabado bautizándolo por necesidad con el nombre de Bogo.

Erika calculaba que la niña tendría entre doce y trece años, aunque su comportamiento y la expresión de su rostro la hacían asemejarse en ocasiones a una pequeña adulta. Sin embargo, en las escasas excursiones a la ciudad, Erika siempre la vigilaba con especial atención. Inika llevaba las faldas enrolladas al modo de su país, ceñidas con más elegancia que las nativas del Surinam, y en público cubría sus cabellos con una parte de la tela. A Erika eso la alegraba, pues la niña llevaba pendientes de oro, unas joyas artísticas que seguro que habrían despertado la codicia de otros niños o incluso de los adultos. Jamás se quitaba ese adorno, que parecía tener para ella un significado especial. A Erika, sin embargo, no le gustaba que llevara unas alhajas tan valiosas. A lo mejor era una costumbre de su patria, pero en el Surinam el oro era algo muy especial y un indicativo de cierta riqueza. Erika había oído que algunas antiguas esclavas habían comentado en la ciudad, enfurecidas, que los trabajadores indios eran demasiado ricos para trabajar en las plantaciones; al parecer, algunas de sus mujeres lucían abundantes joyas, y hasta los hombres exhibían sin rebozo todas sus propiedades. «Usted no ha visto nada parecido: cadenas de oro desde la oreja hasta la nariz», le había referido una mujer en el mercado. Ojalá eso no provocara problemas en las plantaciones. Los antiguos esclavos establecidos allí eran, por lo general, pobres, y Erika se preguntaba con qué criterios habían seleccionado a los trabajadores indios.

Los hábitos de comida de la pequeña india también eran insólitos. Parecía no gustarle nada la carne. No era que ésta figurase a diario en el menú del hogar infantil, pero Minou y Erika intentaban ofrecer a los jóvenes acogidos una alimentación equilibrada. La niña, sin embargo, rechazaba la carne y el pescado con mirada de asombro, y se limitaba a comer verduras y frutas.

Erika sospechaba que la religión también desempeñaba un papel importante en la vida de los indios. En una esquina de la habitación, que compartía con dos niñas negras algo más jóvenes, Inika había instalado un pequeño altar. Todos los días esparcía allí flores frescas que había agitado previamente de un lado a otro mientras pronunciaba un leve y solemne sonsonete. Erika había indicado a las otras niñas que no molestasen a Inika en su quehacer, pues ese acto parecía tener una importancia capital para ella.

Erika se alegraba pensando que pronto podría comunicarse mejor con la chiquilla, aunque la aterraba tener que decirle que había perdido a sus padres para siempre.

CAPÍTULO 10

Cuando Henry y Martin, acompañados por Kiri y Karini, regresaron de la ciudad en la primera semana de agosto, la situación en Rozenburg no se había sosegado aún. Mientras Jean y Julie estaban desbordados en la labor de poner al corriente a los indios, la convivencia en el poblado entre los antiguos esclavos y los indios no era precisamente fácil, y Henry y Martin peleaban con frecuencia. A veces Julie ni siquiera sabía por qué, pero ponían a prueba su paciencia una y otra vez. «Son chicos jóvenes», se reprochaba luego a sí misma.

En ocasiones, sin embargo, tras un largo día en el que había intentado explicar con gestos a las mujeres indias los trabajos y las actividades domésticas, en el jardín y en las zonas agrícolas, no podía evitar hablar a los chicos con dureza cuando éstos volvían a discutir a voz en grito. Como es lógico, eso se debía también a que en la plantación los chicos disponían de más tiempo que en la ciudad. Y un hecho desdichado incluso los libró en principio de las clases particulares en casa.

Julie había contratado al joven maestro Paul Rust para impartir dichas clases. Pero Paul Rust aún no llevaba en el país el tiempo necesario para que su cuerpo se hubiera aclimatado y experimentaba los problemas que los trópicos creaban a un europeo. Jean se lo había advertido a Julie, pero a ésta le había gustado el carácter abierto del joven neerlandés. El preceptor que habían contratado el año anterior por recomendación de un socio comercial de la ciudad era un tipo malhumorado, y al año siguiente Julie no quiso cometer de nuevo la equivocación de emplear a alguien sin conocerlo. Sobre todo cuando en realidad buscaba una persona que pudiera encargarse de esa tarea hasta que finalizara el período escolar de los chicos. En consecuencia, tras hacer algunas averiguaciones en la ciudad, contrató a Paul Rust.

«Aún no lleva ni ocho semanas en el país. Ya sabes la amenaza que se cierne sobre él», comentó Jean con cierto sarcasmo. A pesar de todo, Julie contrató al joven. Había llegado pocos días antes que los chicos para instalarse, y de repente lo alcanzó el destino que había augurado Jean: diarreas, vómitos, fiebre. En principio, la clase era absolutamente impensable. Paul Rust yacía en su pequeña habitación de invitados, y Liv se esforzaba durante todo el día por llevarle agua fresca, toallas y jofainas. En lo relativo a las clases suspendidas, Henry y Martin coincidían. Observaban distraídos los padecimientos de su profesor y no escatimaban chistes al respecto.

Cuando Julie barajaba ya la idea de enviar de vuelta a la ciudad al enfermizo profesor, su estado mejoró hasta el punto de que consiguió dar unas horas de clase por la mañana. Esto impuso a los chicos una jornada regulada y mitigó sus puyas mutuas. Pero en cuanto se resolvió un problema, surgió otro nuevo.

—¡No quieren trabajar durante los próximos días! —exclamó Jean, que subió a grandes zancadas la escalera del porche. Al hacerlo estuvo a punto de tropezar con *Monks*, que casi había alcanzado el peldaño superior.

Julie, sentada a la sombra, disfrutaba del leve soplo de aire fresco que corría por la esquina de la casa. Estaban a principios de octubre y, aunque la ola de calor no había alcanzado todavía su apogeo, durante el día paralizaba cualquier actividad. Jean había manifestado su preocupación de que los campos de caña de azúcar se secaran demasiado, lo que le había provocado una nerviosa inquietud que no contribuía a mejorar su humor.

—¿Quién no quiere trabajar? —Julie alzó la vista del periódico, desconcertada.

Jean estaba sudoroso y agotado, los cabellos se le pegaban a la frente y tenía la cara roja. Era evidente que había pasado demasiado tiempo al sol. Una vez más. Su esposa le ofreció un vaso de agua.

—No deberías permanecer tanto tiempo en los campos con este calor —le advirtió.

Jean bebió a grandes tragos, luego depositó el vaso encima de la mesa y sacudió la cabeza.

—¡Tengo que hacerlo! Hay que controlar los canales —dijo con voz fatigada mientras se dejaba caer en la silla libre al lado de ella.

Se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa, un gesto que provocó otra mirada de censura de su esposa. Aunque en la plantación ella no se comportaba siempre como una refinada dama de ciudad, intentaba preservar el decoro en el seno de su familia.

Julie veía que el enfado lo desmoralizaba.

—Dicen que tienen que celebrar no sé qué fiesta, *durga puja* o algo por el estilo. Ahora que les he enseñado hasta dejarlos sin miedo en los campos, van y... —Jean levantó las manos, resignado.

Julie comprendía su desilusión; al fin y al cabo, él luchaba a brazo partido por mejorar la plantación.

—Bueno, a los esclavos también les permitíamos celebrar alguna que otra fiesta, e intentábamos no trabajar los domingos. Creo que también deberíamos permitir a esas personas que practiquen sus creencias.

Sabía que Jean se había imaginado que con los indios las cosas serían más fáciles. Si los antiguos esclavos y posteriores trabajadores sin excepción habían tenido experiencia en los campos de caña de azúcar, ahora había tenido que enseñar a los más de treinta y un obreros desde cero, el resto eran mujeres y niños. Lo ayudaban sus capataces Dany, Joshua y Galib, pero a éstos aún les resultaba más difícil tratar con los extranjeros.

Galib ya había provocado un tumulto en cierta ocasión, cuando arreó con el látigo

a uno de los bueyes de labor que trabajaban en el molino. Algunos de los indios parecieron enfadarse mucho y le hablaron con ferocidad. Los negros resolvían casi siempre los conflictos entre ellos a puñetazos; los indios, por el contrario, eran tenaces y musculosos, pero muy inferiores a los negros en altura y fuerza. Después de que los hombres indios acabaron heridos en algunos conflictos menores, Jean había ordenado a sus capataces que vigilaran para que los negros y los indios no llegaran a las manos. Pero cuando Galib se sintió tan claramente atacado y los trabajadores negros tomaron inmediatamente partido por él, Jean tuvo que meterse con su caballo entre la multitud para separar a los contendientes.

En conjunto, había resumido Jean durante la cena unos días antes, los trabajadores contratados indios habían dado hasta entonces más trabajo del que habían realizado. Julie confiaba en que la situación mejorara poco a poco, pero la noticia que acababa de transmitirle su esposo no auguraba nada bueno.

A última hora de la tarde, Julie intentó averiguar de qué iba la fiesta. Se dirigió a Sarina, la joven india por la que se había interesado en el fuerte. Desde su llegada a la plantación, Sarina trabajaba en la casa, y a Julie le encantaba su destreza cosiendo. En el transcurso de pocos días la joven había conseguido confeccionar todas las cortinas de la mansión con un patrón que Julie había sacado de una revista que reproducía la moda europea de decoración de ventanas. Hacía mucho tiempo que las viejas y pesadas cortinas que colgaban ante las ventanas desde hacía muchos años, en algunas zonas muy desgastadas, molestaban a Julie. Pero como la plantación apenas daba lo suficiente para vivir, no podía permitirse encargarse en la ciudad una nueva decoración de interiores. Además, carecía por completo de toda vanidad en lo referente a la vivienda.

Ahora, Julie se alegraba de haber encargado esa tarea a Sarina. La ocupación de las demás trabajadoras nuevas, por el contrario, parecía más difícil. Liv había enseñado a las mujeres indias a trabajar en la cocina y en las tierras de labor para que pudieran abastecerse a sí mismas. Cada cabaña del poblado poseía su propia parcela, en la que los moradores podían plantar todo tipo de productos, y no pocas disponían incluso de gallinero. Pero en conjunto esas actividades de las trabajadoras no les ocupaban la jornada entera. Jean estaba barajando la posibilidad de emplearlas también en los campos, pero Julie aún vacilaba en dar su consentimiento, porque allí el trabajo era duro. Y como Sarina parecía la más débil de todas, había dispuesto que en principio se le asignaran únicamente tareas domésticas. Después de que Julie, hablando por señas, había intentado averiguar las habilidades de la joven, y ésta con insistentes asentimientos con la cabeza había hecho a continuación expresivos movimientos de costura, Julie se había arriesgado. Y no lo había lamentado.

Sarina estaba colgando otro par de cortinas arregladas. Julie decidió aprovechar la ocasión y preguntar a la joven por la fiesta. En las últimas semanas la india había

aprendido a base de tesón unas cuantas palabras y frases en neerlandés, y ya era capaz de mantener una conversación sencilla. Julie se sentía agradecida por ello, pues, salvo Sarina y su esposo Kadir, ninguno de los indios mostraba interés alguno por aprender el idioma del país. «Porque entonces también tendrían que obedecer», refunfuñaba a veces Jean, al que el escaso conocimiento del idioma causaba en los campos más dificultades que a Julie en la casa.

—Sarina, ¿qué fiesta es la que pretende celebrar tu gente? —Julie enderezó con los dedos la tela delante de las ventanas.

—Oh, misi, celebrar *durga puja*. Fiesta importante. Fiesta grande. Para diosa Durga. —Sarina estaba radiante, pero después una sombra asomó a su rostro—. No será fiesta como en India. No poder celebrarla bien, faltan muchas cosas.

—A lo mejor todavía podemos conseguirlas —intentó tranquilizarla Julie, antes de proseguir con cierta vacilación—: Pero... ¿cuándo volveréis al trabajo? El masra está preocupado por...

—Masra no preocupar..., fiesta no durar mucho, volveremos a trabajar dentro de días... —Sarina indicó el número con los dedos.

—¿Once? —Julie suspiró.

Once días sin los empleados indios, ¿sería capaz de comprenderlo Jean?

—¿Tanto tiempo? ¡Imposible! ¡No!

Como era de esperar, al enterarse durante la cena de los planes de sus nuevos trabajadores, Jean se enfureció. Arrojó la servilleta sobre la mesa, desencantado, y dirigió a Julie una mirada cargada de reproches.

Ella intentó tranquilizarlo.

—Sarina ha dicho que... que no todos están de fiesta todo el tiempo, que algunos también podrían trabajar, y ha prometido que hablará con Kadir para que lo organice. Yo le he dicho que pueden celebrar la fiesta siempre que no vaya en menoscabo de la plantación.

—Julie, tú ni siquiera sabes qué fiesta celebran y cómo. Si ellos..., ¿cómo...? ¡Y durante once días!

Los negros celebraban pocas fiestas, pero, cuando lo hacían, sus *dansi* eran muy ruidosas.

—No, Jean, fíjate en esa gente. Ellos se abstienen de francachelas. No consigo imaginármelos emborrachándose como bestias y causando problemas.

—Eso espero. Porque, de momento, te lo digo en serio, no necesitamos obreros borrachos incapaces de tenerse en pie durante once días.

Los indios no se emborracharon. A pesar de todo, desbarataron el ritmo de la plantación con la fiesta del *durga puja*. Por la mañana resonaba el claro son de una

campanita, y mientras los negros se giraban de nuevo en sus hamacas, los indios, acompañados por un melodioso sonsonete, peregrinaban hasta el río para lavarse. Hasta ahí, a Julie no le parecía raro. Por el día los hombres incluso acudían al trabajo, mientras que las mujeres adornaban los caminos entre las cabañas y preparaban todo tipo de dulces. Luego, todas las tardes, llevaban una fuente llena de ellos como regalo para su masra y su misi. Los chicos estaban entusiasmados, y hasta Jean se mostró más benévolo gracias a los dulces. Fue a partir del quinto día cuando comenzaron las verdaderas fiestas, y Julie se alegró de que en la plantación no hubiera ningún misionero cristiano, porque éste habría buscado su salvación en la huida. En su lugar fue Karini la que se presentó de repente una noche en el porche trasero y, con unos ojos como platos, contó que los indios iban a sacar en procesión espíritus terroríficos.

—Tenemos que verlo. Vamos, Henry.

Martin se disponía a salir corriendo cuando Julie lo detuvo.

—Vosotros os quedaréis aquí. Yo iré primero a ver qué pasa.

Los chicos escucharon la prohibición refunfuñando malhumorados y adujeron que ya no eran niños pequeños.

—Entrad en la casa. Enseguida será noche cerrada; mañana podréis mirar, hoy no.

—Julie empujó a ambos chicos por la puerta trasera. Karini los siguió de buen grado, era evidente que tenía pocas ganas de volver a ver a los espíritus.

—Si me lo permite, mevrouw Riard, yo la acompañaré. —Paul Rust también había salido al porche.

—Encantada.

A Julie la satisfizo el ofrecimiento del joven profesor. Jean aún estaba en los campos, y ella no tenía ni idea de lo que la esperaba en el poblado de los trabajadores. Se había acostumbrado a algunas fiestas y rituales de los antiguos esclavos y de los cimarrones, y se moría de curiosidad por ver lo que estaba sucediendo.

En el poblado ya se habían congregado varios negros curiosos. Murmurando en voz baja, contemplaban atónitos la procesión que se acercaba en esos momentos entre las cabañas. La encabezaban hombres que portaban antorchas y grandes plataneras envueltas en un sari e incluso llevaban pelucas confeccionadas con manojos de hierba. Acompañaban la comitiva danzas y un cántico implorante, al compás del que parecían moverse las grandes muñecas hechas con plátanos.

Julie y el preceptor observaban los acontecimientos desde el fondo. Los indios rodearon una vez todo el poblado para regresar después a la zona en la que se levantaban sus cabañas. Para entonces ya había oscurecido, y únicamente el resplandor de las antorchas iluminaba la procesión. Julie y Paul Rust siguieron a la comitiva. Lo que Julie vio luego a la luz del fuego en una explanada libre entre las cabañas la dejó sin aliento. Allí, los trabajadores indios habían erigido un altar con abigarrados adornos sobre el que había una figura grande.

—Creo que es la representación de la diosa Durga —susurró Paul Rust, que contemplaba el espectáculo fascinado.

Julie sospechaba lo que había asustado tanto a Karini: la enorme figura estaba hecha de tela, hierba y todo tipo de materiales. A primera vista tenía apariencia humana, pero al fijarse bien en ella distinguió un total de diez brazos, cuyas manos sostenían las armas más diversas. La figura parecía moverse al resplandor de las antorchas.

Paul Rust observaba con atención lo que acontecía entre las cabañas.

—¿Sabía usted que en la sociedad india impera un sistema totalmente diferente del nuestro? —dijo señalando los distintos grupitos que habían formado los congregados—. Los indios tienen un sistema de castas: cada uno nace en una posición y no puede abandonarla. Uno no puede salir de su casta; a lo sumo en la siguiente vida. A las castas inferiores las espera un duro destino; en la India son lo que aquí eran antaño los esclavos. Las personas de cada casta prefieren entonces permanecer juntas.

Julie lo observaba de soslayo. Fascinada por sus conocimientos, escuchaba sus palabras con gran atención. Ella no se había preocupado mucho por la cultura de los indios, pero de pronto entendió lo que Kadir había intentado explicarle a Jean con la palabra *castes* el día que llegaron a la plantación. Evidentemente ésa era la razón por la que esas gentes no habían querido vivir juntas en las cabañas.

Julie fijó sus ojos en la figura y a continuación le indicó a Paul Rust que deseaba retirarse. Ya había visto suficiente. También los negros se mantenían a prudente distancia, pues para ellos esa ceremonia era tan extraña como para los blancos.

La fiesta en la parte india del poblado duró cuatro días y cuatro noches. De día, Henry y Martin examinaron interesados el altar con la figura. Pero Julie les había ordenado que guardaran las distancias:

—Tenemos que respetar su religión, ¿entendido?

Martin replicó mordaz:

—La única religión verdadera es la cristiana. Lo que ellos practican es idolatría.

Ella se disponía a contestarle cuando Jean le colocó la mano sobre el hombro a modo de advertencia. Julie recordó al padre de Martin y sus opiniones, que ella nunca había compartido. Había discutido con frecuencia con Pieter cuando se había visto obligada a vivir con él bajo el mismo techo en la plantación. La verdadera naturaleza de ese hombre se manifestó en la época en que él le arrebató el derecho de custodia y la chantajeó, de forma que durante meses ella no ejerció la menor influencia en la plantación y Pieter pudo manejarla a su antojo. Julie nunca había averiguado por qué albergaba tanto odio contra la gente de color, pero ese tiempo de desvalimiento había dejado una profunda herida en su alma.

CAPÍTULO 11

—Me alegro mucho de que Erika venga a visitarnos.

Julie apartó la carta y se limpió la frente dándose pequeños toques con un pañuelo. Corrían los últimos días de febrero y, tras la estación lluviosa corta, el calor se tornó opresivo. Eso auguraba que la estación lluviosa larga, que transcurría entre abril y agosto, también traería ese año un calor tropical intenso, cálido y húmedo.

A su llegada al Surinam dieciocho años antes, a Julie le alegró el prolongado verano, pero después tuvo que aprender deprisa que el clima tropical no se podía comparar con el que reinaba en Europa. El calor y la humedad exigían a veces prácticamente todo a las personas, parecían privarlas de fuerza dejándolas extenuadas, y en no pocas ocasiones traían consigo graves enfermedades.

Erika, la vieja amiga de Julie, había solicitado permiso desde la ciudad para visitar Rozenburg durante la estación lluviosa corta, que transcurría entre finales de febrero y abril, con algunos de los niños que cuidaba. La preocupaba que a esos niños los acometiera la fiebre debido al tiempo extraordinariamente caluroso. En la colonia, la fiebre era un insidioso sufrimiento cotidiano, casi la mitad de la gente la había padecido; también Julie había estado postrada varias veces durante los últimos años y había luchado contra ese azote. Ella había optado por traer a sus hijos de la ciudad, pero Jean la había tranquilizado: «Todos los años sucede lo mismo —le había dicho—. Los niños de Erika son de constitución débil, muchos ya estaban enfermos antes de ir con ella. Henry y Martin están bien, créeme, y son mucho más mayores y fuertes que los chicos que cuida Erika».

La malaria era sumamente peligrosa para los niños, y la tasa de mortalidad entre la capa de población más pobre era todavía muy elevada. Erika intentaba proteger a los moradores del hogar infantil lo mejor que podía, pero en su carta contaba que algunos de los recién llegados estaban muy delicados de salud.

Julie se alegraba del cambio en la monótona vida cotidiana de la plantación. Antes, cuando los chicos estaban siempre en casa y había numerosas familias de trabajadores, en la casa o en el patio trasero siempre resonaban risas infantiles. Sentía una dolorosa añoranza de aquella época.

Julie indicó a Sarina y a Liv que preparasen algunas habitaciones en la casa de invitados y explicó que su amiga llegaría de Paramaribo acompañada por algunos niños. Al mencionar a los chicos, la tristeza ensombreció el rostro de Sarina, y Julie notó una punzada en el corazón: no había logrado averiguar qué había sido de la hija de la india. Ella tampoco hablaba del asunto, pero a veces miraba fijamente el río,

sumida en sus pensamientos, y la melancolía se apoderaba de ella.

La casa de invitados estaba detrás del edificio de la plantación, en el borde del patio trasero, y se utilizaba poco. Antaño los propietarios de las plantaciones se hacían visitas ocasionales, entregándose al lujo colonial y disfrutando del privilegio de no tener que trabajar. Pero esos tiempos habían pasado hacía mucho. En la actualidad, los propietarios estaban sometidos a tantas exigencias como sus trabajadores. Para la explotación productiva de una plantación no bastaba con unos cuantos centenares de esclavos y tierra suficiente. Sin embargo, algunos colonos establecidos allí desde hacía tiempo aún no habían acabado de entenderlo y seguían intentando disfrutar del antiguo estilo de vida, pero al final se vieron obligados a reconocer que la época dorada había pasado.

Durante los años posteriores a la emancipación de los esclavos, plantadores como Julie y Jean, que se esforzaban por conservar sus tierras, merecieron tan sólo sonrisas compasivas. A Julie sobre todo, que se ocupaba de los contactos comerciales en la ciudad, no la tomaron en serio al principio por su condición de mujer. Pero cuando se puso de manifiesto que dirigir una plantación de caña de azúcar requería grandes dosis de laboriosidad y constancia, y que todos los que se aferraban al viejo estilo de vida tenían que luchar de pronto por su existencia, dejaron de burlarse de ella. Julie se sentía orgullosa de haber conseguido hasta entonces con Jean que Rozenburg hubiese logrado capear los malos tiempos. Pero aún no habían sido superados del todo.

Dos semanas después, la embarcación de Erika atracó en la plantación Rozenburg. Detrás de ella bajaron a tierra ocho niños. Uno de ellos era Hanni, la hija de Erika, una niña rubia y delicada de la edad de Henry. Julie se asombró, pues Hanni también iba al colegio en la ciudad, pero las oscuras ojeras de la pequeña le revelaron que también ella necesitaba reponerse. En el embarcadero, junto a Hanni, había cinco niños negros tímidos, y al lado de éstos otros dos más mayores, que se parecían a los de los trabajadores indios.

—Bienvenidos. —Julie insistió en saludar personalmente en la orilla a su amiga, a pesar del asfixiante calor de ese día.

Erika y los niños parecían cansados y exhaustos. Estaban sudorosos, pues la barca no contaba con una vela tensada en la popa y, en consecuencia, la pequeña comitiva había pasado las últimas horas a pleno sol. Erika tenía el rostro y las manos coloradas como cangrejos.

Julie suspiró al estrechar a su amiga entre sus brazos.

—¡Erika, cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Por qué habéis utilizado una barca descubierta? —preguntó, a pesar de que conocía la respuesta. Las barcas de alquiler eran caras, y Erika, como siempre, no andaba sobrada de dinero.

—Bah, no ha sido nada. —Erika se palpó con cuidado las mejillas enrojecidas.

—Sí, ya lo veo. Vamos, haré que Liv te prepare enseguida una pomada —dijo

Julie conduciendo a Erika hacia la casa.

Los niños las seguían, indecisos. Cuando Julie, Erika y Hanni llegaron al porche delantero, se dieron cuenta de que los niños no las habían seguido. Estaban en el camino hecho de clara arena conchífera contemplando, muertos de curiosidad, algo a sus pies.

—¿Niños? —Julie retrocedió.

Se echó a reír al ver por qué se habían detenido y se agachó, divertida.

—Es una simple tortuga. No os preocupéis, no os hará nada —explicó mientras palmeaba el caparazón del animal, petrificado sobre sus cortas patas en medio del camino—. Se llama *Monks* —añadió— y vive aquí en el jardín, entre los arbustos. Si queréis, mañana podéis darle de comer.

Los niños abrieron unos ojos como platos. Julie se asombró de los escasos conocimientos de la naturaleza que tenían esos niños de ciudad. Una tortuga, se dijo, no era nada del otro mundo para un niño del Surinam.

—Y ahora, venid, seguro que tenéis hambre y sed.

Julie condujo a los niños alrededor de la casa, hasta el lugar donde Liv había montado una larga mesa a la sombra de los árboles.

Después de que los chicos se acomodaron y Erika les recomendó que se portaran bien, lo que, al ver sus miradas intimidadas, Julie juzgó innecesario, las dos mujeres y Hanni entraron en la casa. Sarina había puesto la mesa y había preparado bebidas en el comedor.

—¡Oh! —exclamó Erika, asombrada, al ver a Sarina vestida con su sari de colores—. Así que vosotros también habéis contratado a trabajadores indios.

—Sí. A Jean le pareció la mejor solución. Teníamos problemas porque muchos de los antiguos esclavos desean ahora tomar las riendas de su propio destino —explicó Julie mientras conducía a Erika hasta la fresca estancia—. ¿Esos dos niños que han venido contigo también son de origen indio?

—Sí, ambos quedaron varados en el puerto tras la llegada de un barco. Pobres..., primero un viaje tan largo y después, encima, perdieron a sus padres... Me pregunto cuándo mejorarán de una vez por todas las condiciones de traslado de los trabajadores.

Julie asintió con un gesto de aprobación y levantó la cabeza en dirección a Sarina, que abandonaba la estancia en ese momento.

—Ella también ha perdido a su hija.

Durante un momento las amigas callaron, abatidas. Ambas sabían lo espantosa que era la pérdida de un ser querido.

—¿Y bien?, ¿hay novedades de la ciudad? —quiso saber Julie, cambiando de tema.

—Vamos, lo único que quieres saber es si he visitado a tus hijos antes de partir —contestó Erika, risueña—. La respuesta es sí, y están bien. No te preocupes. Kiri se ocupa de ambos.

Julie mostró un visible alivio.

—Aunque...

—Aunque..., ¿qué? —De repente Julie se sintió embargada por una honda preocupación.

—No es nada malo, Juliette. —Erika palmeó, tranquilizadora, la mano de su amiga—. Kiri sólo insinuó que... Martin es por el momento un niño difícil.

Julie suspiró.

—Sí, la última vez que nos visitaron los dos las cosas no fueron fáciles. No sé qué hacer. Él... —dijo casi en susurros al transmitir por vez primera su convicción— se parece cada vez más a su padre.

CAPÍTULO 12

Karini llegó sin aliento al patio del colegio de masra Henry y masra Martin. Justo a tiempo, porque los primeros alumnos salían ya del edificio. Había tenido que darse prisa. Había tenido que atender sus propias obligaciones, que le habían hecho casi olvidar el recreo. Ahora que ya no iba a la escuela, su madre le encargaba cada vez más tareas domésticas. A Karini le dolía tener que trabajar y no poder aprender las numerosas cosas valiosas que todavía ignoraba. Cuando limpiaba la casa de la ciudad, le gustaba sacar un libro de algún estante y hojearlo con cuidado. Lo mismo había hecho ese día. Si su madre no hubiera llamado...

Durante la apresurada caminata se había desbordado la leche de los vasos. Había intentado reparar el percance con un pico de su bata, pero entonces se habían derramado unas gotas sobre uno de los bocadillos, que comenzaba a reblandecerse a ojos vistas.

Se apresuró a correr hacia los jóvenes masras para entregarles su desayuno. Mientras masra Henry le contaba en voz baja lo que acababa de aprender sobre las reacciones químicas del agua sin prestar la menor atención al desayuno, masra Martin cogió precisamente el bocadillo reblandecido. De repente una expresión de cólera afloró a su rostro y colocó el bocadillo delante de las narices de Karini.

—¿Qué significa esto? ¿Voy a tener que comérmelo?

Masra Henry se detuvo y miró a masra Martin perplejo.

Entonces, masra Martin dejó caer el plato con un tintineo encima de la bandeja y se cruzó de brazos.

—A veces sería preferible que aún se pudiera castigar a los negros —opinó.

Karini no daba crédito a lo que oía.

Masra Henry recuperó el habla.

—¡Ya basta, Martin! ¿A qué viene eso?

Entretanto, algunos alumnos se habían vuelto hacia ellos y observaban el incidente expectantes. Karini se sentía incómoda. Había comprobado a menudo que masra Martin, en presencia de otros *blanken*, no era muy amable con ella. En realidad, desde que estaban de nuevo en la ciudad, él se había mostrado todo el tiempo muy negativo. Sin embargo, jamás la había censurado en público como si fuera una inferior.

Karini retrocedió, y masra Henry se colocó delante de ella con gesto protector.

—Déjala en paz, Martin, estas cosas suceden a veces.

Masra Martin, que se sabía observado, Karini lo comprendió de golpe, no cejó en su intento.

—Vete corriendo ahora mismo y tráeme otro bocadillo.

—Martin, eso es una bobada: Karini no conseguirá llegar antes de que termine el recreo. Toma..., puedes quedarte el mío. —Masra Henry, conciliador, le ofreció su bocadillo a masra Martin.

Para entonces algunos escolares más se habían acercado y cuchicheaban.

—No quiero tu bocadillo —espetó masra Martin y, con un ademán desabrido, dio un manotazo al bocadillo de masra Henry, que se le cayó de la mano y aterrizó en la arena polvorienta del patio del colegio.

—¡Eh! ¿A qué viene eso? —Masra Henry dio un paso adelante y empujó a su contrincante.

Los niños y jóvenes que los rodeaban empezaron a vociferar cuando masra Martin retrocedió por el empujón. Karini estaba a su lado con su bandeja, sin saber qué hacer.

—¿Qué sucede aquí? —Una voz masculina profunda puso un súbito final a los empujones.

Los alumnos que se habían congregado alrededor de ambos gallos de pelea se separaron respetuosos, y entonces apareció la alta y ancha figura del profesor Grevender. Masra Martin y masra Henry se separaron. Masra Henry bajó los ojos en el acto, pero masra Martin miró a Karini echando chispas. Luego la señaló con el dedo y se quejó:

—Ella se ha permitido darme un bocadillo malo y se niega a traerme otro.

Karini vio cómo el maestro la miraba de hito en hito durante un instante. Después se volvió de nuevo hacia masra Martin.

—Pero ¿es que nadie os ha enseñado el modo adecuado de tratar a esta gentuza negra? —preguntó poniendo en la mano de Martin el puntero que siempre llevaba consigo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Karini al comprender lo que eso significaba.

—¡Martin! —Masra Henry, asustado, miraba fijamente a su hermanastro mientras Karini retrocedía otro paso. El miedo se convirtió en pánico.

Masra Martin vaciló. La furia que lo había impulsado tan claramente momentos antes había desaparecido de su rostro. Contemplaba inseguro el palo en su mano. Sin embargo, el maestro volvió a arrebatárselo antes de que fuera capaz de reaccionar.

—Blandengues, todos vosotros sois unos blandengues... Y tú... —Dio un paso hacia Karini, levantó la mano a la velocidad del rayo y le asestó un fuerte golpe en el brazo.

La chica dejó escapar un grito de susto y de dolor, soltó la bandeja y huyó corriendo a toda velocidad.

En la casa de la ciudad, Karini pasó corriendo ante su madre hecha un mar de lágrimas, ignoró sus llamadas y desapareció inmediatamente en su habitación de la casa de atrás. A la luz sombría de la pequeña cabaña se sentía segura, se metió en su

hamaca y se tapó la cabeza con la sábana.

—¿Qué te pasa, Karini? —Kiri había seguido a su hija y ahora miraba, preocupada, por la abertura de la puerta.

Al ver que la chica no se movía, fue hasta la hamaca, se acercó a ella e intentó retirar la sábana.

—¡Déjame! —exclamó Karini entre sollozos.

Pero ya era demasiado tarde. Su madre había levantado el paño. El verdugón largo y rojo en el brazo de Karini era imposible de pasar por alto, incluso en la penumbra de la cabaña.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó con voz dura.

Karini no contestó. ¿Qué iba a decir? ¿Que masra Martin, al que hasta ese día había considerado su amigo, la había acusado y el profesor le había pegado? ¿Que nunca, nunca, nunca más iría a ese patio escolar? Karini sollozaba.

Su madre le acarició el pelo para tranquilizarla.

—Ay, Karini. —Ahora su voz se había dulcificado—. ¿Es que te has portado mal? Ella negó deprisa con la cabeza. Aunque...

—Solamente —gimió—, solamente derramé sin querer un poco de la leche de masra Martin... Entonces se presentó... él..., el maestro.

Kiri suspiró y abrazó a su hija.

—Karini, desgraciadamente aún existen *blanken* que siguen sin comprender que nosotros también tenemos derechos. Es triste, pero hemos de vivir con eso y, por desgracia, tenemos que aprender a enfrentarnos a ello.

Karini se limpió las lágrimas del rostro.

—Me ha pegado —balbuceó.

—Sí, niña mía, lo sé, pero eso no puedes cambiarlo. Tienes que plantarte ante él para demostrarle que nosotros no nos dejamos intimidar por esa clase de cosas. Ahora ve a lavarte, te daré pomada en el brazo y luego regresarás enseguida para llevarles a los chicos su próxima comida.

Karini se quedó horrorizada.

—¡No!

—Sí, lo harás, y ahora levántate y sécate esas lágrimas. —Y, tras estas palabras, Kiri se dispuso a salir de la cabaña.

Karini siguió a su madre, enfurecida. Pero cuando ésta se volvió para marcharse, la niña comprendió en el acto sus exigencias. Sabía que la espalda de su madre estaba cubierta de viejas cicatrices provocadas por latigazos. Eran antiguas, y Karini no acertaba a imaginar que esas cicatrices hubieran sido causadas por masra Jean o misi Juliette. Pero las tenía, y eso significaba que en su vida había experimentado más de una vez el látigo de un *blanken*.

De inmediato se sintió avergonzada y se apretó con deliberada energía el cardenal de su brazo. Con lo que su madre había tenido que sufrir a causa de los *blanken*, ahora ella se lamentaba de haber recibido un palo, el primero de su vida. Pero se

debiera al golpe o a la certeza de que masra Martin acababa de introducir una cuña en su amistad, Karini era consciente de que a partir de ese día las cosas cambiarían.

Se incorporó, se lavó la cara y se dirigió a la cocina para recoger la nueva bandeja que le entregaría su madre. Volvería enseguida al colegio y les llevaría la comida a los chicos. No se rendiría. Porque era negra... y sólo un poco blanca.

CAPÍTULO 13

A Inika la había impresionado divisar desde el barco, en la lejanía, la imponente casa de la plantación por encima de la orilla. Durante las horas de trayecto desde la ciudad hasta allí había visto pasar algunas plantaciones, pero no se imaginaba que ellos también atracarían en un lugar tan señorial. No obstante, así fue. Los recibió una mujer rubia, muy amable. Se llamaba misi Juliette, les había explicado misi Erika en el barco. Esa plantación pertenecía a misi Juliette y a su marido, masra Jean. Inika se alegró de abandonar la embarcación. El río era ancho y sus aguas, oscuras, y no se veía lo que había debajo. En algunos grandes bancos de arena se tumbaban unos extraños animales. En un primer momento parecían troncos de árbol, pero al siguiente abrían sus enormes fauces y desaparecían en el agua a la velocidad del relámpago. El hecho de que esos animales nadasen por debajo del barco no tranquilizaba precisamente a Inika.

Al igual que los otros niños, Inika se sintió insegura desde el principio a la hora de relacionarse con la misi blanca. Luego los saludaron como si un montón de niños desconocidos bajando de un barco fuera un acontecimiento cotidiano en la plantación. Sin embargo, Inika sabía de sobra que no lo era. Por eso desconfiaba: ¿qué los esperaba allí? Bogo y ella se habían adaptado bien al hogar infantil y a la ciudad, les gustaba la comida y para entonces entendían ya muchas palabras del nuevo idioma, aunque a Inika le resultaba más fácil que a su compañero, que no hablaba una sola palabra. Y ahora tenían que volver a pasar unas semanas en un lugar completamente distinto. En esa plantación.

Los niños más pequeños no parecían compartir sus dudas. Hablaban alocadamente entre sí, y el nerviosismo casi les impedía permanecer sentados en silencio cuando tuvieron que acomodarse ante una gran mesa para comer. Una mujer negra sirvió la comida a los chiquillos, mientras misi Erika entraba en la casa de la plantación junto con misi Juliette y misi Hanni. Inika intentó mantener tranquilos en la mesa a los cinco niños más pequeños. Con eso tenía trabajo más que de sobra.

Después de comer, cuando misi Erika los condujo a una casita situada detrás del gran edificio de la plantación, los niños miraron asombrados a su alrededor. El hogar infantil de la ciudad era una bonita casa con habitaciones en las que se alojaban de dos a cuatro niños. Pero aquí las habitaciones eran más grandes, y las camas que albergaban les parecían de ensueño a los niños. No eran, como en el hogar infantil, simples armazones hechos de tablas, sino auténticas camas de madera pintadas de blanco.

Sí, podían dormir en ellas, les explicó misi Erika, pero, por favor, antes debían lavarse los pies. Podría haberse ahorrado la advertencia, pues los niños negros se lavaban los pies todas las noches: lavárselos por la noche protegía de la fiebre. Inika, por el contrario, nunca lo había oído, pero obedeció esa indicación, pues ayudaba a preservarse de las omnipresentes niguas, que continuamente intentaban penetrar bajo la piel y bajo las uñas de los pies. Ella prefería no saber si también transmitían la fiebre mencionada.

Después de haber llevado juntas a la cama a los pequeños y de que misi Erika se hubo marchado a la casa de la plantación, Inika se encaminó a la habitación en la que debían dormir Bogo y ella. El chico, perdido en el centro de la estancia, se miraba los pies con timidez, pero Inika recorrió con calma la hermosa y vasta sala contemplando con atención los muebles y los distintos objetos que albergaba. ¡Qué bonitos eran, qué nuevos! Le gustaba aquello. Se sentía un poco como una pequeña maharaní en un palacio. Pensó en sus padres. ¿Estarían tan bien alojados? A lo mejor era verdad lo que había dicho su padre y no se estaba tan mal en las plantaciones. En cualquier caso, las casas eran grandes y espaciosas, reconoció Inika, posiblemente los trabajadores vivían allí con mayores comodidades que los de las plantaciones de té de la India. Seguro que sus padres tenían razón al pensar que en ese país las cosas les irían mejor que en la patria. Ella sólo confiaba en que su madre se hubiera restablecido del todo.

Cuando miró por la ventana, vio el patio trasero de la plantación a la luz del sol poniente. Enfrente, detrás de los huertos situados en el centro del patio y recorridos por cuidados senderos blancos, se ubicaban los establos. Junto a la verja había tres caballos cuya piel brillaba a la luz del atardecer y que levantaban las orejas hacia la mansión.

En ese momento aparecieron en el porche trasero misi Juliette y un hombre alto y de pelo rubio. Seguramente sería el masra Jean, del que había hablado misi Erika. Ambos se dirigieron al cercado de los caballos, que relincharon suavemente y piafaron, inquietos, con los cascotes delanteros. Inika los observó con atención. Le gustaban esos nobles animales, y ya antes, en la India, había admirado siempre los purasangres de silla de los ingleses. Ciertamente algunos habitantes de su pueblo poseían caballos, pero eran animales de trabajo y por lo general más pequeños e hirsutos que los caballos ingleses.

La misi y el masra habían llegado a la valla de los caballos y los alimentaban con algo. Los animales se habían tranquilizado, masticaban satisfechos y se dejaban acariciar la cabeza.

De pronto Inika vio salir de la casa otra figura. Una mujer con el vestido de colores de los nativos envuelto como un sari y el pelo virtuosamente cubierto.

La niña se quedó sin respiración. Los andares de esa mujer, el gesto con el que volvió a estirarse la tela por encima de los cabellos cuando amenazaba con resbalar y la inclinación de cabeza al pasar ante la misi y el masra...

Con un grito que sobresaltó a Bogo, Inika salió corriendo de la habitación.

HET LOOPT ALTIJD ANDERS DAN JE DENKT

LAS COSAS NUNCA SUCEDEN COMO UNO ESPERA

El Surinam, 1877-1878

Plantación Rozenburg, Paramaribo, plantación Berg en Dal

CAPÍTULO 1

Julie obligó a *Fina* a detenerse.

Comenzaba agosto, las lluvias disminuían y el calor iba en aumento día tras día. La noble yegua parda obedeció a su amazona, como siempre, resopló y se detuvo al borde del extenso campo de caña de azúcar. Julie respiró el aire fresco de la mañana y acarició el cuello de su montura.

Le estaba muy agradecida a su esposo por haber intentado convencerla de que volviera a montar a caballo, pues llevaba años sin hacerlo. En ese país tampoco había sillas de amazona para montar de lado, como la que había tenido a su disposición en los Países Bajos, en la finca de su amiga Sofia. La finca... Qué lejos quedaban para Julie aquellos tiempos, eran como un sueño distante. El verano con Sofia y su familia la había ayudado a superar su triste juventud entre los muros grises del internado. Los recuerdos se habían desvanecido en su mayoría, pero el viento en los cabellos, mientras ella y Sofia cabalgaban por los campos, el aroma dulzón del heno y el fresco rocío de la mañana jamás se borrarían de su memoria. Esos recuerdos habían despertado en ella la nostalgia de experimentar de nuevo la sensación de libertad a lomos de un caballo, el anhelo de poder evadirse de la vida cotidiana al menos durante un corto espacio de tiempo. Pero a la satisfacción de esa añoranza de chica joven se opuso al principio la decencia de la mujer adulta. La simple idea de montar a caballo a horcajadas la ruborizaba.

—¡Pero, Jean, no puedo... no pienso montar a caballo como un hidalgo de aldea!
¡No!

—¡Vamos, si nadie te verá!

Jean rechazó sus argumentos. Con una sonrisa pícaro, la empujó encima del caballo. Julie intentó liberarse de sus brazos, pero en vano.

—Pero lo verán los trabajadores... y... y tú. Además, no llevo falda de montar y...

—Pues ponte unos pantalones míos debajo del vestido, a mí no me importa — replicó su marido con una sonrisa.

Julie se enfureció. ¡Pantalones! La tomarían por loca. Aunque la posibilidad de ser vista por otro blanco en la plantación era mínima, los trabajadores también le darían vueltas a la cabeza. Vaciló un rato, pero la tentación era demasiado grande. A primera hora de la mañana, antes de que los obreros salieran de sus cabañas, montó a lomos de la yegua, y Jean, visiblemente contento, la acompañó a los campos. Julie no tardó en hacerse con su montura. Regocijada por la veloz cabalgada, experimentaba una mezcla de miedo y de placer. Tras espolear a su caballo, cabalgó a galope tendido y se dio cuenta por primera vez de las verdaderas dimensiones de su plantación.

Después de ese día, Julie se alegró de haber escuchado a Jean, puesto que al principio había barajado la idea de vender los caballos de Karl. Sin embargo, su esposo había insistido en conservarlos.

—Primero: necesito un caballo para inspeccionar los campos y, segundo, en este país los caballos son muy valiosos. No porque aquí se pueda cabalgar muy bien, sino porque el transporte desde América o Europa es caro y complicado. Muchos de los animales no soportan este clima y mueren, y los aficionados están dispuestos a pagar precios elevados por una buena descendencia —explicó a Julie.

Ella lo conocía muy bien y sabía que su deseo de conservar los caballos no obedecía a motivos económicos, sino a su amor por esos animales. Como es natural, Julie satisfizo su deseo.

Conservaron, pues, el semental y las yeguas. Y finalmente vino al mundo *Fina* en presencia de Julie, que jamás olvidaría esa noche de luna.

Con maniobras expertas, Jean ayudó a la yegua a alumbrar al potrillo. Julie lo observó sorprendida, pues hasta entonces desconocía esa faceta suya. Era el amor de su vida, su mejor amigo y consejero, y, sin embargo, siempre la sorprendía de nuevo, lo que acrecentaba más aún su amor por él en lo más hondo de su corazón.

—Mi padre tuvo yeguas de cría —le contestó, lapidario, mientras frotaba amoroso al potrillo.

Julie no hizo más preguntas, ya que a Jean no le gustaba hablar de sus padres, muertos hacía mucho tiempo. Con ellos se había perdido también su plantación y las demás propiedades de la familia. Jean nunca había superado del todo la pérdida de su hogar, y seguramente ésa era la razón de la rígida disciplina con la que administraba Rozenburg.

Al principio Jean había salido adelante como contable y en calidad de tal había visitado a menudo la plantación en vida de Karl..., hasta que éste sospechó que Julie mantenía una relación con él. Karl lo despidió, pero tras el nacimiento de Henry trató a Julie un poco mejor que antes y reconoció al niño como suyo. Hasta la fecha, Julie no tenía la certeza de que Karl supiera que era imposible que Henry fuera hijo suyo.

Al contrario que Karl, Jean hacía partícipe a Julie de todo lo que sucedía en la plantación. Siempre la informaba de los trabajos en los campos, de sus planes con respecto a la plantación y, por tanto, también del inminente parto de la yegua. Cuando ésta comenzó con las contracciones del parto, Jean le preguntó a su esposa si quería verlo. Ella le agradeció el ofrecimiento, que no pocos hombres habrían considerado inadecuado para una dama.

—Aunque un parto así, no sé... —concluyó Jean con cierta vacilación.

—Al fin y al cabo, yo también he traído un hijo al mundo. —Julie no pudo evitar reírse.

Esa noche, en el establo, un pequeño milagro se desarrolló ante sus ojos: fue uno de esos momentos en los que Julie supo con claridad que había obrado bien, aunque el camino había sido pedregoso. En ese momento era feliz.

—Es una pequeña yegua. Dale un nombre —le dijo Jean cuando la potranca húmeda, de patas largas, yacía junto a su madre.

—*Fina* —musitó Julie acariciando con suavidad el lunar blanco que la pequeña yegua tenía entre los ollares.

Fina se desarrolló deprisa y se convirtió en una yegua delicada pero preciosa, y después de que Jean la domó, entregó a su esposa con gesto solemne la cabezada del animal, diciendo:

—Es tuya.

Julie lo abrazó, contenta, e inmediatamente mimó a *Fina* con algunos bocados exquisitos. De hecho, a pesar de lo joven que era la yegua y de los escasos conocimientos ecuestres de Julie, a partir de ese día disfrutó sobremanera montando a caballo. No sólo se entregaba de lleno al placer de las cabalgadas para controlar en los campos a las cuadrillas de trabajadores, sino también a las escasas y despreocupadas horas matinales a lomos de su yegua.

En la plantación y entre los campos había pocos caminos practicables, y en realidad siempre se cabalgaba en círculos, pero ese rato, al amanecer, cuando ya había luz pero el sol aún no había ascendido por encima de las copas de los árboles de la selva, le pertenecía a Julie. Volvió a espolear a la yegua para que cabalgara más deprisa; la humedad de la mañana que ascendía de los campos le impregnó los cabellos y la cara. El camino terminaba a la orilla del río, y Julie volvió a detener a la yegua. Con los campos de caña de azúcar a la espalda, observó el sol al otro lado del río, alzándose sobre la selva tropical. Durante breves momentos reinó el silencio, hasta los monos aulladores callaban. Comenzaba el nuevo día.

Desmontó y contempló con recogimiento los primeros rayos del sol, que arrancaban brillos plateados al agua del río, por lo general tan oscura, y hacían aparecer por arte de magia miles de pequeñas estrellas danzadoras en la superficie. ¿Qué había sido de su vida?

Karl no se había casado con ella por amor. Julie era joven, se había dejado engañar por su comedia de seducción y había pensado que su proposición suponía huir de un futuro en un convento. Su tío Wilhelm, que como tutor suyo sólo tenía en mente su gran herencia, había hecho todo lo posible por apoderarse de ese dinero. El hecho de que luego Karl, en lugar de él, recibiera la herencia y la usase exclusivamente en su propio beneficio apenas le dolía ya. Como antiguo contable de la plantación, Jean sabía que Karl había invertido parte del dinero en los Países Bajos, aunque nunca habían averiguado con exactitud la suma exacta. Julie sofocó de raíz todas las investigaciones sobre dichas inversiones: ella había cerrado ese capítulo y no quería volver a enfrentarse a su tío. Porque aunque Julie había perdido dinero, también había obtenido ganancias: un hogar, la plantación Rozenburg. Y precisamente una gran parte de su herencia había sido invertida en su día por

mediación de Karl en esa plantación, por eso ella pensaba que tenía derecho a reclamarla para sí y para su hijo.

Karl nunca la había amado y, tras su llegada al Surinam, se había revelado como un tirano cruel, pero todo eso quedaba ya muy lejos. Julie había superado esos años, los había dejado atrás. Ni entonces ni ahora había barajado la posibilidad de establecerse en el futuro en Europa, de modo que permaneció fiel a su nueva patria. Allí había conocido a muchas personas a las que amaba y consideraba valiosas, allí estaba su futuro.

Fina comenzó de pronto a deambular inquieta de un lado a otro.

—De acuerdo, de acuerdo. —Julie palmeó el cuello de la yegua para tranquilizarla y montó de nuevo.

En cuanto se desvanecía el embrujo de la hora matinal, en ese país comenzaba de golpe la verdadera vida. Tan pronto como el sol se deslizó sobre el techo que formaban las copas de los árboles, miríadas de mosquitos salieron de caza, y un caballo junto con su amazona suponía para ellos un agradable banquete.

Julie hizo dar media vuelta a la yegua y la puso al trote para librarse del ataque de los mosquitos.

Cuando volvió a conducir a su montura por el camino principal entre los campos de caña de azúcar, vio acercarse la comitiva de braceros en la lejanía. Estaba encabezada por Jean, que, como todas las mañanas, conducía a los trabajadores hasta los campos que había que laborear.

Fina soltó un relincho suave, al que el caballo de Jean contestó con otro ruidoso. Julie vio que su esposo se quitaba el sombrero y saludaba. Puso a *Fina* al trote y cabalgó hacia él.

Luego lo acompañó un trecho en dirección a los campos.

—Tienes que hablar con Sarina, Julie. Anoche se repitieron los enfrentamientos en el poblado.

—¿Entre los indios y los negros? —inquirió ella frunciendo el ceño.

—No, esta vez discutieron los indios entre sí. Uno de los hombres incluso resultó herido.

Jean parecía disgustado, Julie sabía que le rondaba por la cabeza la inminente cosecha y lo último que necesitaba era que se propagara la inquietud entre los trabajadores.

A Julie también la preocupó esa información. Ellos se esforzaban mucho por entender la cultura de los indios y ser generosos, pero era complicado.

—Hablaré con ella y le preguntaré qué ha pasado. No te preocupes —dijo esforzándose por adoptar un tono tranquilizador—. ¿Volverás a mediodía o permanecerás hasta tarde en los campos? —añadió mientras hacía dar media vuelta a su yegua para regresar a la plantación.

—Seguramente al anochecer. Ya sabes que dentro de pocos días habrá que prensar la caña de azúcar.

—Hasta la noche, entonces.

Julie sabía muy bien a qué se refería Jean. El molino de azúcar de la plantación Rozenburg funcionaba con energía hidráulica. En el pasado, Karl prensaba la caña de azúcar cada cuatro semanas, pero Jean aprovechaba cada marea viva de la suficiente altura para poner en marcha el molino. Las mareas vivas se originaban cada dos semanas, con luna llena y con luna nueva. Entonces la marea era tan alta que empujaba el agua del Surinam muy adentro, hacia el interior del país, y las ruedas hidráulicas ponían en movimiento las muelas en las plantaciones. Además, desde hacía algunos años Jean uncía bueyes al mecanismo del molino para prensar la caña de azúcar con más fuerza. Como nunca se tenía la certeza de que una marea viva tuviera la potencia suficiente, había que cosechar y elaborar en poco tiempo la mayor cantidad posible de caña de azúcar. Los trabajadores cortaban la caña en los campos con largos machetes, la cargaban en carros tirados por bueyes y mulas, y luego los conducían lo más aprisa posible hasta el molino. Allí se colocaba la caña entre las muelas y se extraía el jugo por presión. A continuación, en otro edificio, se hervía el jugo en grandes cubetas hasta convertirlo en una melaza viscosa que se vertía en barriles que después se transportaban en barcas a Paramaribo varias veces al mes y se entregaban a una destilería de ron o se enviaban en barco a ultramar.

En el mejor de los casos, un campo de caña de azúcar daba una cosecha anual hasta los cinco años. Pocas semanas después de la cosecha, los tocones de las plantas volvían a brotar y al cabo de doce meses alcanzaban la madurez y estaban listos para la recolección. Una parte de los campos se dedicaba a cultivar plantones. Si al cabo de algunos años las plantas ya no rebrotaban, había que plantar miles y miles de nuevas plantas de caña de azúcar en el campo. Además del cuidado de los plantíos, de la cosecha, del cultivo de plantones y de las nuevas plantaciones, los obreros se encargaban también del mantenimiento de los canales de riego y desagüe, así como de los puentes y caminos que cruzaban y recorrían los campos. Así pues, había trabajo de sobra durante todo el año.

Los días anteriores al prensado eran siempre de mucho trabajo, y entonces Julie casi nunca veía a Jean más que un ratito antes de cenar, o incluso al acostarse. Ella sabía que eso también le dolía a él, porque le gustaba pasar todo el tiempo posible con ella y con los chicos. Era un marido y un padre adoptivo cariñoso, y, junto con su familia, Rozenburg y sus trabajadores constituían toda su vida.

Julie volvió a agitar la mano despidiéndose de su marido. Luego puso a un ligero trote a *Fina*, que ahora apremiaba por dirigirse al establo. La yegua resopló satisfecha. Aunque Julie se había enterado de que habían surgido más problemas en el poblado de los trabajadores, estaba de buen humor. Los chicos regresarían a la plantación dentro de pocos días. Como todos los años, un motivo de gran alegría para ella en esa época.

CAPÍTULO 2

Inika, sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la pequeña cabaña de sus padres, intentaba coser el dobladillo de una tela. Al pincharse un dedo, soltó un grito y, enfurecida, tiró la tela junto con los útiles de costura. ¿Por qué le exigía su madre esa indecible labor de costura? Era evidente que no había heredado su talento. Inika no podía contener las lágrimas que corrían por sus mejillas, no tanto por el pinchazo como por la convicción que había ido instalándose paulatinamente en su cabeza durante las últimas semanas: había vuelto a encontrar a sus padres, pero también había sufrido algunas pérdidas.

En marzo, cuando descubrió a su madre en la plantación, se sintió loca de alegría. Salió corriendo lo más deprisa que pudo de la casa de invitados y cruzó el patio gritando una y otra vez «mamá». Misi Juliette y masra Jean la siguieron con la mirada, desconcertados, y su madre, Sarina, que ya había llegado casi al poblado, se volvió de golpe y echó a correr hacia su hija con los brazos abiertos. Derramaron abundantes lágrimas de alegría, y para celebrar el día masra Jean donó a los habitantes del poblado dinero para la comida. Su padre, preso de una alegría incontenible, no paró de llevar en brazos por el poblado a su hija, a la que creía perdida, dando gracias a los dioses.

Pero a misi Erika le resultó duro dejarla en la plantación.

—Ahora ha recuperado a sus padres —le dijo misi Juliette con voz tranquilizadora.

Sin embargo, tras pasar unos meses en la plantación, a veces Inika anhelaba haber regresado con misi Erika a la ciudad. La vida en la plantación no podía compararse con la de la ciudad, aunque estuviera con sus padres. Incluso en la India, pensaba la niña, les iba mejor que allí.

La pequeña cabaña en la que moraban sus padres no se podía comparar con el hogar infantil de Paramaribo, menos aún con la casa de invitados de la plantación, con sus blandas camas blancas, y que ahora únicamente podía ver por fuera.

La cabaña era de reducidas dimensiones, con el sitio justo para que Inika y sus padres pudieran tenderse muy juntos. Mientras que los negros dormían en hamacas, los indios preferían el suelo. Así que también tenían que vérselas con los bichos que entraban de noche por las grietas de las cabañas y asediaban a los que dormían en el suelo. Allí no había palanganas de esmalte, sino cubos de madera con agua del río, y no comían sentados a la mesa, sino en el suelo. Vivían con muchas estrecheces, y a Inika le parecía que eran más pobres que nunca, a pesar de la bolsita que su madre había vuelto a esconder con cuidado.

Había pocos momentos felices en la triste vida cotidiana de la plantación. Sarina

encargaba a Inika tareas menores alrededor de la mansión, como echar una mano en el huerto y en la cocina. Tenía que hacer la colada, pelar y lavar verduras y frutas y acudir cada dos días al río, cuando los pescadores traían sus capturas. El pescado había que prepararlo siempre fresco.

A Inika le repugnaba ver a Liv, el ama de llaves negra, abrir el vientre de los pescados con un cuchillo afilado y sacarles las tripas, que ella tenía que llevarse luego en un cubo. Odiaba el olor que parecía quedarse adherido a sus ropas durante horas. A Inika no le apetecían nada esas tareas, prefería estudiar, y se alegraba de poder asistir al menos a la escuela del poblado. A pesar de que ya casi tenía catorce años, le permitían ir a clase. Sin embargo, no lo entendía todo ni mucho menos, pues sus conocimientos del idioma aún no eran muy buenos. Precisamente por eso la misi había ordenado que asistiera, y en el fondo de su corazón Inika le estaba agradecida por ello. Durante el resto del tiempo tenía que trabajar. Su padre lo había dispuesto así, pues una trabajadora adicional suponía más dinero para la familia y, en consecuencia, un futuro mejor.

Pero en su fuero interno Inika no deseaba todo eso. Añoraba con toda su alma regresar a las cuidadas casas y alojamientos que había tenido oportunidad de conocer. Lo que más deseaba era estudiar mucho para convertirse algún día en una dama como misi Juliette o misi Erika. No quería acarrear tripas de pescado en cubos hasta el fin de sus días, y menos aún hacerse lo bastante mayor y fuerte como para que la enviaran a los campos de caña de azúcar.

Aunque entre los trabajadores contratados no figuraban muchas mujeres, al cabo de pocas semanas misi Juliette dispuso que para llevar la casa bastaban dos: Liv, el ama de llaves, y la madre de Inika. Así que las demás indias también tenían que ir a los campos. Y aunque no trabajaban con los pesados y peligrosos machetes, a menudo se pasaban muchas horas hundidas hasta las caderas en los canales de riego, erradicando todas las malas hierbas que habían crecido allí.

Al contrario que las mujeres negras, que estaban acostumbradas a ese menester, las mujeres indias sufrían úlceras en la piel y dermatitis debidas a la humedad y a los pequeños animales acuáticos.

Inika volvió a recoger aguja e hilo, enojada. Su madre esperaba de ella que terminase esa tarea, y debía apresurarse. Por la tarde Liv la necesitaría en la cocina: esperaban invitados para cenar.

Ojalá no hubiera pescado.

CAPÍTULO 3

Karini se moría de impaciencia por regresar a la plantación. Los meses pasados en la ciudad se habían visto ensombrecidos por las tensiones entre masra Henry, masra Martin, ella y su madre. Kiri había reprendido a los chicos por el incidente acaecido en el patio del colegio. A masra Henry el asunto le había resultado a todas luces desagradable, y había intentado disculparse con Karini. Masra Martin, en cambio, no lo hizo, lo que causó una profunda decepción a la chica. Más aún, incluso le gritó a Kiri que ella no era quién para darle órdenes. Kiri no había insistido, y Karini admiró una vez más a su madre porque poseía el don de soportar con estoicismo algunas cosas, pasarlas por alto y continuar con la vida acostumbrada. Ella misma, por el contrario, seguía irritada y furiosa días después. Ni siquiera masra Henry había conseguido apaciguarla. Pero cuanto más se aproximaba la partida a Rozenburg, más disminuía su disgusto.

Cuando la barca atracó en la plantación, Karini se detuvo sorprendida. En la orilla, al lado de misi Juliette, que como siempre los saludaba agitando la mano con alegría, y de Liv, el ama de llaves negra, había otras dos personas: una hermosa mujer, obviamente india, con una niña más o menos de su misma edad.

—Cómo me alegro de que estéis de nuevo aquí. —Misi Juliette abrazó a masra Henry y a masra Martin, aunque este último se liberó deprisa de sus brazos torciendo el gesto.

Masra Henry, por el contrario, permaneció pegado a su madre y empezó a hablar muy excitado. Misi Juliette escuchaba y saludó a Karini acariciándole el pelo. La muchacha lo toleró, a pesar de que en los últimos meses había crecido en ella cierto rechazo hacia los *blanken*. El golpe del profesor y el comportamiento del masra Martin habían socavado su confianza. Pero ¿era aplicable eso a misi Juliette? La misi nunca le había hecho daño e incluso la había criado como a una hija. Ella sabía que su madre apreciaba mucho a la misi porque siempre la había tratado bien, y también Dany, su padre, uno de los capataces de la plantación Rozenburg, había subrayado en más de una ocasión las buenas relaciones con misi Juliette y masra Jean. Karini se sentía desgarrada entre ambas posturas.

—Karini, ésta es Inika —dijo misi Juliette, interrumpiendo sus cavilaciones—. Lleva unos meses aquí, en la plantación; me gustaría que la ayudases un poco... sois más o menos de la misma edad. —Misi Juliette animó a la chica empujándola hacia Inika—. Sarina trabaja ahora en la casa —declaró a continuación volviéndose hacia Kiri—. Liv la ha enseñado muy bien.

Karini vio con el rabillo del ojo que su madre enarcaba las cejas. Ella misma estaba asombrada, pues ahora, con Kiri, Liv, ella y esa india trabajarían en la casa

cuatro mujeres. Pensó en preguntar a la misi por ese particular, pero decidió no abrir la boca. No era de su competencia cuestionar la decisión de la misi. Seguro que hallarían una solución. Su mirada se deslizó hacia el masra Henry y captó, asombrada, la curiosidad con que él y el masra Martin contemplaban a la chica. Karini se sentía incómoda y miró a Inika. En el acto reparó en los oscuros ojos almendrados de largas pestañas y en la figura esbelta de la muchacha. Parecía delicada y enjuta como una planta joven..., que sin embargo habían plantado en el lugar erróneo. La chica tenía largos cabellos de color negro azulado, cubiertos en parte por un paño casi transparente de color naranja. Entonces el masra Henry se acercó a ella y la saludó con una sonrisa inédita para Karini, que sintió en el corazón la pequeña punzada de los celos.

—Hola, yo soy Henry. —Le tendió la mano para saludarla y la niña lo miró, intimidada.

Masra Martin, por el contrario, puso los ojos en blanco y, sin decir palabra o saludar, se dirigió derecho hacia el camino que conducía a la casa de la plantación.

La niña india, entretanto, tendió su delicada mano al masra Henry con ademán vacilante y se miró tímidamente los pies desnudos. A Karini no le pasó desapercibida la mirada de decepción que misi Juliette dirigió a masra Martin. Luego la misi palmeó las manos y dijo con un tono de visible alegría:

—Bueno, ya os iréis conociendo en los próximos días. Vamos, entremos en casa. Seguro que tenéis hambre.

Kiri y Karini emprendieron el camino hacia el poblado de los trabajadores. La mujer india y la niña las siguieron en silencio pasando ante la casa de la plantación y el patio trasero.

En el poblado habían cambiado algunas cosas desde su última visita, y Karini sentía un sincero asombro. Ahora todas las cabañas estaban habitadas, y el aspecto del pueblo estaba influido por los numerosos indios con ropas de colores. Karini necesitó un momento para acostumbrarse. Estremeciéndose, pensó en las extrañas imágenes de los dioses que los indios habían llevado cuando visitó el poblado por última vez. Esas personas la desazonaban. Cuando llegó con su madre a su cabaña, se alegró y lo encontró todo igual que en su partida. Su padre era el único que faltaba.

—Dany está en el bosque.

La cara de la tía Faruga, su vecina, apareció en el hueco de la puerta justo cuando Karini guardaba su escaso equipaje dentro de unas cestas en la parte trasera de la cabaña.

—Me lo figuraba —oyó contestar a su madre—. ¿Dijo cuándo volverá?

La tía Faruga se limitó a negar con la cabeza. La madre de Karini suspiró. No era raro que Dany desapareciera durante una temporada, pero Karini sabía que a su madre la habría alegrado encontrarlo allí.

Normalmente los trabajadores no podían dejar la plantación sin permiso del masra y, además, tenían que comunicarlo siempre. Para Karini era un misterio por qué

Dany, su padre, podía abandonar el poblado varias veces al año y trasladarse durante unas semanas con su abuelo Aiku al pueblo de los cimarrones en la selva sin que el masra pusiera objeciones. Al fin y al cabo, su padre no era un cimarrón. Sin embargo, con respecto a los demás trabajadores disfrutaba de algunos privilegios, no sólo por el mero hecho de ser capataz. Misi Juliette y masra Jean trataban a Dany y también a Kiri con cierto favoritismo, aunque ninguno lo admitiera. Su padre, aparte de las visitas a la selva, parecía no aprovecharse de ello, pero hasta donde Karini recordaba, la había exhortado siempre a mantener una buena relación con misi Juliette y masra Jean, pues los dos los habían tratado siempre como miembros de la familia. Y era cierto. Cuanto más meditaba Karini sobre el asunto, mientras su madre hablaba al fondo con la tía Faruga, más extraño se le antojó todo de repente.

Y ahora resultaba que su padre había regresado con los cimarrones. Antes se había llevado con frecuencia a Karini a visitar a su abuelo, pero a medida que fue creciendo y acompañó a su madre con regularidad a la ciudad junto con los jóvenes masras, las visitas se fueron espaciando poco a poco. «Tienes que aprender a arreglártelas en la ciudad y con los *blanken*. Tu abuelo siempre será tu abuelo y te quiere mucho, pero el poblado cimarrón ya no es un lugar apropiado para ti. Tu futuro no está en la selva, sino aquí, en la plantación», le había dicho su padre.

Más tarde, cuando Karini fue a la casa de la plantación para ayudar a su madre y a Liv, apenas daba crédito a sus ojos. En el porche trasero se sentaban en una estera masra Henry y masra Martin junto a la niña india. Los dos le hablaban alternativamente y reían en voz alta. Cuando Karini se acercó, se percató de que los chicos intentaban enseñar neerlandés a la muchacha. Ésta exhibía una sonrisa contenida y continuamente volvía la cara con timidez, lo que suponía un acicate mayor para que los masras la animasen a pronunciar más palabras.

Cuando el masra Henry la vio, gritó:

—Ven con nosotros, Karini, estamos enseñándole a Inika unas cuantas palabras nuevas.

Karini sintió que la rabia borboteaba en su interior. No le apetecía nada sentarse con ellos. Además, ¿qué se figuraban? Unos días antes, en la ciudad, masra Martin la había tratado como si no existiera, y ahora él y su hermanastro se sentaban tan tranquilos con esa niña india...

Karini enderezó la espalda y se apresuró a entrar en la casa.

—Ahora no tengo tiempo —murmuró al pasar. Prefería ayudar a su madre y a Liv.

En los días siguientes la situación no mejoró. Masra Henry y masra Martin pretendían a toda costa llamar la atención de Inika y lo lograban. A cambio, Karini tuvo que encargarse de las tareas de la chica india. Ni a Liv ni a su madre parecía interesarles aquello en demasía. Si los dos jóvenes masras deseaban pasar el tiempo con Inika...

No obstante, el regreso de su padre supuso una pequeña alegría para Karini. También él se alegró verdaderamente de ver a su hija y a su mujer, y les dio recuerdos del abuelo. Pero después tuvo que marcharse de nuevo a los campos.

Karini, en contra de las indicaciones de misi Juliette, decidió ignorar a Inika en la medida de lo posible. Al fin y al cabo esa chica no parecía necesitar su ayuda... Sin embargo, le dolía mucho presenciar cómo sus amigos se reunían de pronto con la otra joven.

—¿Por qué no los acompañas? —quiso saber su madre cuando Karini, enfurecida, dejó en el porche el cubo de agua fresca con un movimiento brusco. Acababa de verlos a los tres sentados en el jardín delantero.

—¿Qué voy a hacer allí? De todos modos, masra Martin me considera..., y masra Henry...

—¿Todavía no habéis hecho las paces?

Karini se encogió de hombros. En realidad no habían vuelto a cruzar una palabra sobre el incidente. A ella tampoco le apetecía hablar del asunto, y menos con los jóvenes masras. En su fuero interno confiaba en que en la plantación aumentara su interés por ella. Pero habían encontrado a Inika.

De repente, su madre, que la observaba con atención, se echó a reír.

—¿Acaso estás celosa?

Karini le lanzó una mirada furibunda.

—¿Yo?

Pero la pequeña y dolorosa punzada que provocaron en su corazón las palabras de su madre no dejaba lugar a dudas.

CAPÍTULO 4

Al principio a Inika le desagradó recibir tantas atenciones de los dos jóvenes masras. Pero misi Juliette parecía no tener nada que objetar e incluso la había animado a frecuentar la compañía de ambos.

Su madre había sido muy clara:

—Trabajamos aquí, y si los jóvenes masras desean tu compañía, es tu deber corresponder a ese deseo. Y si al mismo tiempo aprendes algo, mejor. A pesar de todo, no debes descuidar tus obligaciones.

A Inika la variedad acabó alegrándola. Las otras tareas que tenía asignadas no le deparaban grandes alegrías, y pronto aprendió a disfrutar de cada hora que pasaba con los dos muchachos.

—Todos los días me enseñan algunas palabras nuevas —explicó con orgullo a su madre.

Ella asintió complacida, pero Inika vio en sus ojos que albergaba dudas.

—A lo mejor a veces también deberías pasar un rato con Karini —señaló Sarina—. Ya sabes que el idioma de los blancos es distinto del de los negros, y también tenemos que hablar con éstos. Así que deberías aprenderlo.

A Inika no le gustó nada el giro que había tomado la conversación.

—Pues misi Juliette ha dicho que está bien que aprenda el idioma, y en general masra Henry y masra Martin pueden enseñarme muchas más cosas que la negra en el colegio del poblado. Aparte de que yo no tengo que aprender *taki-taki*, sino un neerlandés correcto.

Inika captó lo obstinada que sonaba su voz, sin embargo, hablaba muy en serio. Ella no quería hablar con los negros, así que tampoco necesitaba el *taki-taki*, sino con los blancos, complacerlos para ganarse su respeto. Porque Inika había comprendido una cosa: si los negros pesaban poco en ese país, los indios menos todavía. Los blancos, sin embargo, lo tenían todo y lo podían todo. Y a eso aspiraba ella y, ya que no podía convertirse en una blanca, al menos deseaba conocer su idioma y sus costumbres a fondo para desenvolverse bien en su mundo. Pues sabía perfectamente una cosa: no quería pasarse la vida en ese país siendo una sirvienta que olía a pescado. La voz de su madre la arrancó de sus pensamientos. Sonaba malhumorada.

—Tonterías, todo lo que necesitas saber puedes aprenderlo en el colegio del poblado. Tu padre acabará enfadándose si sólo te dedicas a haraganear con los masras. —La chica notaba los ojos de su madre puestos en ella, pero no se atrevía a mirarla—. Ellos no son como nosotros, Inika, y tampoco son nuestros amigos. Nosotros somos sus empleados y como tales debemos comportarnos —añadió con tono más suave.

Inika no estaba dispuesta a enzarzarse en esa discusión.

—Dentro de unas semanas masra Henry y masra Martin regresarán a la ciudad, entonces tendré que volver a trabajar de lo lindo toda la jornada —dijo en un intento de apaciguar a su madre.

Hasta entonces faltaba un buen rato. Inika sabía que era inútil hablar con su madre de eso. Sarina hacía siempre lo que le decían, ya fuera su marido o la misi, pues no sabía hacer otra cosa. Había perdido su propia voluntad en la India hacía mucho tiempo. Pero Inika había decidido que a ella no le sucedería lo mismo.

A última hora de una tarde de octubre, Inika se presentó en el jardín delantero de la mansión, donde había quedado con los dos masras. Pero no se veía a nadie, seguramente ambos chicos estarían aún en casa con su preceptor. ¡Ay, lo que habría dado ella por poder entrar también en la gran casa de la plantación o incluso asistir a la clase particular! No le quedó otro remedio que esperar fuera. Paseó por el jardín observando a los pequeños pájaros que aparecían a esa hora del día y aleteaban alrededor de los numerosos capullos de arbustos y flores. Se llamaban colibríes, se lo había explicado el masra Henry cuando uno de esos pájaros se había acercado al velo vistoso que cubría sus cabellos. «Él también debe de pensar que eres una flor del Surinam», le había susurrado él mientras la miraba arrobado. La joven había mantenido los ojos fijos en el suelo sin saber qué decir. Nunca había oído un piropo parecido.

Ahora el sol se ponía sobre las copas de los árboles de la selva, propiciando así un agradable frescor. Inika dirigía continuas miradas a la casa, esperando la pronta salida de los chicos. Un ligero hormigueo se extendía por su interior, y comenzó a cantar llena de alegría anticipada por el encuentro.

De pronto, a su espalda resonó un gruñido profundo. A Inika la acometió un miedo tremendo y miró, cautelosa, a su alrededor. A unos metros de ella estaba uno de los grandes perros de caza de los guardas. Su piel parda e hirsuta se le erizaba en el lomo, y sus belfos retraídos permitían a Inika ver sus dientes largos y amarillos. Un gruñido sordo brotaba de su garganta. La chica se quedó petrificada de espanto. Los perros casi nunca iban sueltos por la plantación, siempre estaban encadenados. Ella sabía que esos animales podían ponerse muy agresivos obedeciendo una orden, o si se sentían amenazados, pero no sabía qué hacer. Echar a correr quedaba descartado, por supuesto. Había observado con frecuencia que los perros perseguían a las gallinas cuando éstas se les acercaban demasiado, y cuanto más aprisa corrían las aves, más espoleados se sentían ellos. Entonces arrastraban y tiraban de la cadena y se alteraban tanto que los guardas tenían que encerrarlos en los cobertizos. ¿Qué debía hacer? Inika no se atrevía casi ni a respirar. Le zumbaban los oídos, y ese zumbido se mezclaba con los gruñidos del perro y formaba un estruendo que parecía inundar su cabeza. ¡Ojalá acudiera alguien en su ayuda! ¿Dónde estaban los masras? Le pareció

que había transcurrido una eternidad cuando por el rabillo del ojo vio salir de la casa a masra Henry y a masra Martin. Ambos pasaron del porche delantero al jardín que se extendía delante de la casa, donde Inika había quedado con ellos. Si al menos lograra llamar su atención sin enfurecer más al perro... Intentó levantar el brazo, pero el animal se estremeció al instante y gruñó más fuerte. Inika notó que empezaba a sudar.

—¡No te muevas! —dijo de pronto una voz queda a su lado.

Luego esa voz dirigió al perro en tono tranquilo pero severo unas palabras incomprensibles. Y, para gran sorpresa de Inika, el animal dio de repente un tremendo salto que casi le hizo sentir sus pelos hirsutos en el brazo y, acompañado por ruidosos ladridos, pasó justo por su lado para desaparecer en la maleza cercana.

Las piernas de Inika estaban a punto de fallarle por el susto sufrido. Tambaleándose, buscó sostén.

—No pasa nada, ya se ha ido. No quería hacerte daño: te ha protegido.

Inika reparó asombrada en que era Karini, la niña negra, la que estaba a su lado y la sujetaba cuando estaba a punto de desplomarse.

«Te ha protegido», había dicho Karini. Pero ¿de qué? Inika no era capaz de pensar con claridad. Estaba segura de haberse librado por los pelos del ataque del perro.

Los fuertes ladridos habían llamado también la atención de masra Henry y masra Martin, que se acercaban a la carrera.

—¡Masra Henry! —oyó decir a Karini a su lado—. *Tigri, tigri!*

Inika vio atónita que masra Henry las miraba sorprendido, daba media vuelta inmediatamente y regresaba corriendo a la casa.

Masra Martin, por el contrario, llegó sin aliento junto a las chicas.

—¿Va todo bien?

Inika, mareada e incapaz de moverse, sudaba sin parar. Pero vio que Karini asentía señalando la selva detrás de ella.

—Creo que el perro lo ha ahuyentado.

En ese momento salieron corriendo de la casa masra Henry y masra Jean. Este último empuñaba un fusil, pasó en tromba por su lado y se internó en la maleza. Dio un sonoro silbido, tras lo que resonaron en el acto los ladridos lejanos del perro.

También llegó corriendo misi Juliette, levantándose la falda con expresión preocupada.

—¿Qué ha sucedido? ¡Dios mío, Inika! ¿Va todo bien?

—No le ha pasado nada, misi Juliette. El perro ha ahuyentado al *tigri* —oyó Inika que decía Karini.

Le dirigió una mirada de gratitud. Aunque no entendía bien lo sucedido, Karini la había salvado, Inika estaba segura de ello. Además, el valor de la chica negra para enfrentarse a ese perro que gruñía la había impresionado.

No obstante, la misi no parecía haberse tranquilizado, sino todo lo contrario.

—¿Un jaguar? ¿Aquí, en la plantación? Venid conmigo, entremos

inmediatamente en casa.

Inika no sabía lo que le pasaba. Misi Juliette parecía muy nerviosa y empujaba enérgicamente por delante de ella a Inika y a Karini. Cuando los dos jóvenes masras vacilaron y miraron ansiosos hacia la selva donde acababa de desaparecer el masra Jean, la misi se enfadó.

—¡Vosotros también, inmediatamente! —ordenó a ambos.

En el porche, misi Juliette llamó a Liv y a Kiri. Su voz traslucía una clara inquietud. Las dos mujeres salieron enseguida por la antigua puerta de los esclavos con cara de preocupación.

—¿Señorita Juliette, Karini? ¿Qué ha pasado? —Kiri dirigió una mirada inquisitiva a los presentes.

Karini se limitó a susurrar: *Tigri!*, tras lo cual su madre se tapó la boca con la mano y profirió unos sonidos quejumbrosos antes de estrechar a su hija entre sus brazos.

—¡Vamos, todos a casa! Hasta que vuelva Jean, no quiero ver a nadie fuera —ordenó misi Juliette con inusitada severidad.

¿*Tigri*? ¿Jaguar? Inika no conocía el significado de esas palabras, pero el comportamiento de los demás le indicaba que lo sucedido había sido extremadamente peligroso. Nunca antes había sentido un miedo tan grande y ahora reparaba, avergonzada, en las gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas. Se esforzó por enjugárselas, mas no logró ocultárselas a misi Juliette.

—Tranquila, ya se ha ido —dijo ésta con voz serena mientras palmeaba el brazo de Inika.

A la chica el gesto le resultó embarazoso, y por fin consiguió tragarse el nudo que sentía en la garganta. No obstante, las palabras de la mujer no la tranquilizaron. Notaba que la misi estaba muy preocupada. No paraba de mirar por la ventana hacia el lindero del bosque, y en el ambiente reinaban un miedo y una tensión evidentes.

Masra Jean regresó a casa poco después. También él parecía tenso, y negó con la cabeza.

—Se ha ido. Pondré a unos hombres de guardia y ordenaré que suelten a los perros. —A continuación fijó sus ojos en Karini e Inika—. Venid, os llevaré al poblado —dijo con suavidad—. Y en los próximos días no quiero que los jóvenes andéis solos por la plantación —añadió en tono severo mientras miraba también a masra Henry y a masra Martin.

Poco después Inika caminaba junto a Karini en pos de masra Jean, en dirección al poblado de los trabajadores. ¿Qué había pasado? ¿Había querido morderla el perro? Pero, entonces, ¿por qué había dicho el masra que ordenaría a los guardas que soltasen a todos los perros? ¿No era eso mucho más peligroso?

Lo único seguro era que la chica negra la había ayudado a solucionar una

situación muy amenazadora. Vacilante, Inika la miró de soslayo y de repente comprendió que desde la llegada de Karini a Rozenburg aún no había hablado con ella. En realidad incluso había intentado evitar a todos los negros. Por otra parte, la mayoría de ellos tampoco ocultaban su rechazo hacia los obreros contratados, pues opinaban que los indios estaban irrumpiendo en su ámbito, en sus puestos de trabajo, en su país. Pero quizá Karini no fuera así. Inika hizo un esfuerzo.

—Gracias —dijo insegura.

Karini se quedó visiblemente sorprendida y la contempló un momento de reojo.

—Está bien, era lógico, tú no podías saber... —dijo con tono amable.

Inika contempló, aliviada, la sonrisa de comprensión en sus labios y le hizo otra pregunta.

—¿Qué es lo que ha pasado antes con el perro? —inquirió en voz baja.

Karini pareció nuevamente sorprendida, e Inika temía ya haber destruido el buen clima entre ellas, cuando de repente la muchacha negra se echó a reír.

—¿Con el perro? La verdad es que no sabes nada, pequeña india, ¿verdad? El perro sólo quería defenderte. ¡Ha estado a punto de devorarte un jaguar! Estaba en la maleza, detrás de ti.

CAPÍTULO 5

—Julie, el animal se ha ido. No te preocupes.

Ella escrutaba la oscuridad desde la ventana. Jean se puso a su lado y le pasó el brazo por los hombros en un gesto tranquilizador. Ella apoyó la cabeza en su pecho sin apartar la vista de la ventana. Su cercanía la reconfortaba. En muy pocas ocasiones tenían tiempo el uno para el otro.

—No quiero ni imaginar lo que habría sucedido si el perro no hubiera estado allí —musitó.

La presión del brazo de Jean aumentó.

—Ahora los guardas dejarán fuera a los perros encadenados y durante la noche patrullarán cada dos horas con uno de ellos. No creo que el jaguar se atreva a acercarse a la plantación.

Las palabras de su esposo tranquilizaron a Julie. Los grandes perros de caza de los guardas avistarían a cualquier animal que se acercara a la plantación. Normalmente los perros estaban en cobertizos y no atacaban a las personas. Antes también estaban adiestrados para perseguir a esclavos fugitivos, hasta Karl y Pieter habían practicado esa cacería. Algunos de los trabajadores de mayor edad tenían grandes cicatrices y todavía temían a los perros, pese a que Jean había cambiado hacía años a todos los perros sin excepción y ninguno de ellos estaba adiestrado para atacar a personas. Sin embargo, los antiguos esclavos seguían mostrándose muy desconfiados con los perros y casi no se atrevían a salir de casa cuando éstos andaban sueltos. Por eso tenían que permanecer en los cobertizos o, al menos, encadenados. Que el perro se hubiera escapado ese día había sido una suerte para Inika.

Julie sabía que en ese país había animales salvajes. Con el correr de los años, alguna que otra criatura selvática se había perdido en la plantación. En la selva abundaban los monos, los tapires y los carpinchos, amén de los numerosos y ágiles papagayos. En cierta ocasión incluso la había perseguido una zarigüeya. Pero el animal más peligroso de todos era el jaguar. Era sigiloso, astuto y extraordinariamente agresivo. Julie había oído hablar de una plantación en la que la fiera había despedazado durante meses a los trabajadores del poblado. Aunque se había llevado a alguna de sus víctimas, jamás encontraron sus cadáveres. A pesar de contar con excelentes perros de caza, no consiguieron dar con el rastro del animal.

—También he ordenado que no se mate una sola gallina en el poblado durante los próximos días. El olor podría atraer al jaguar. No pasará nada, Julie.

Ella se estrechó contra su esposo.

—Sí, seguramente tienes razón.

A pesar de todo, durante los días siguientes Julie apenas pudo controlar su inquietud. Salía al porche en repetidas ocasiones y atisbaba la selva o lanzaba una breve ojeada por la ventana para asegurarse de que fuera no había peligro.

Para los chicos, por el contrario, la aparición del jaguar fue una distracción bienvenida. Discutían los acontecimientos con pelos y señales y amplificaban en su fantasía el incidente.

—Si hubiera tenido una escopeta, lo habría matado —afirmaba Martin.

Henry reía.

—Bah, seguramente le habrías dado a Inika o a Karini... Si ni siquiera llegaste a ver al jaguar: cuando llegaste hacía rato que se había ido.

—De eso, nada, vi sus grandes ojos amarillos, estaba justo detrás de las chicas.

—Bueno, basta ya.

Julie no quería escuchar tanta palabrería. Bastante desgracia era que ese animal peligroso se hubiera atrevido a llegar hasta allí, ya que podría haber herido gravemente o incluso matado a cualquiera de los habitantes. Qué disgusto que siguiera correteando libremente por ahí fuera. Pero ¿acaso por eso había que sacar a relucir el tema tantas veces?

—Venga, mamá... —Henry se enfadaba tanto como Martin cuando su madre les prohibía seguir hablando del asunto.

—No, se acabó. Además, sólo conseguís asustar a las niñas.

Julie recordó a Inika. Después de que la chiquilla se enteró del destino del que se había librado por los pelos, apenas se atrevía a ir y venir del poblado a la casa de la plantación. Julie confiaba en que el miedo se le pasaría, pero era una criatura tan delicada y frágil...

A la tarde siguiente Julie recordó de pronto que quería haberle preguntado a Sarina por los incidentes que se habían producido en el poblado de los trabajadores. Confiaba en que le contara más datos sobre el ambiente acalorado que reinaba allí. Jean había preguntado a los trabajadores, pero éstos se habían limitado a guardar silencio.

Después de cenar Julie consideró que había llegado el momento. Jean estaba con los caballos, los chicos en sus habitaciones y Sarina y Kiri en el porche trasero, al que Julie salió entonces. Tras sentarse a la mesa, le dijo a Sarina que deseaba hablar con ella. Kiri se retiró de inmediato, y Julie se lo agradeció con una breve y amistosa inclinación de la cabeza. Después se volvió hacia la mujer india.

—Sarina, estamos preocupados por el clima que reina en el poblado, sobre todo por los enfrentamientos entre los hombres indios. ¿Puedes contarme algo al respecto?

Sarina, turbada, se limpió las manos con un paño.

—Misi Juliette, no sé... —Bajó los ojos.

Julie temía que la conversación no sería fácil y se esforzó por imprimir cierta severidad a su voz.

—Sí que lo sabes, y ahora me lo contarás. No podemos permitir tanta agitación en el poblado.

Los modales enérgicos no eran propios de Julie, pero era necesario hablar claro. Se estaba cociendo algo a sus espaldas, en su propia plantación y, ya fuesen negros, blancos o indios..., lo más importante era la convivencia pacífica. Así había sido siempre y así debía seguir siendo en el futuro. De ahí el enojo que le había causado la respuesta esquiva de Sarina.

—Misi Juliette, creo que es un asunto de hombres.

—¡Por Dios, Sarina! —Julie no daba crédito a sus oídos. Se levantó de un salto de la silla y alzó las manos a modo de reproche—. No ayudará a nadie que incluso tú me ocultes lo que le está sucediendo a tu gente. Los hombres no hablan con Jean, y si ahora también tú me sales con evasivas... ¡Nosotros sólo queremos echar una mano!

Su tono involuntariamente áspero surtió efecto. Sarina, consternada, se miraba los pies descalzos.

—Misi, es que... los hombres... se pelean por el matrimonio. Eso ha de ser así, está bien.

Julie estaba perpleja. Se había imaginado numerosos motivos para las disputas, pero... ¿por mujeres? Se esforzó por adoptar un tono más conciliador.

—¿Quieres decir que se pelean por las mujeres? Pero ¿es que no están casadas todas vuestras mujeres?

Sarina asintió al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Misi, una mujer todavía no está casada. Como no hay muchas mujeres, los hombres discuten con quién podrá casarse esa mujer el año que viene.

—Bien, entonces ¿crees que esa agitación se calmará pronto?

La india asintió con énfasis.

—Sarina, confío en tu declaración. Jean no tolerará más enfrentamientos en el poblado. Por favor, comunica a tu gente que deben resolver cuanto antes ese asunto de la boda.

—Sí, misi Juliette, se lo diré a los hombres. ¿Puedo marcharme, misi?

Ella asintió, y Sarina se fue apresuradamente.

Julie, y también Kiri, que había regresado al porche, la observaron pensativas.

—¿Misi Juliette? —Kiri, inquieta, se colocó junto a ella—. Últimamente Sarina parece trastornada. No presta atención al trabajo.

La preocupación de Kiri conmovió a Julie, que le dedicó una mirada de cariño.

—Sí, lo sé, yo también lo he notado. Pero a lo mejor se debe al incidente de Inika con el jaguar. Bueno, y si encima se producen enfrentamientos entre sus compatriotas... —Julie suspiró y se encogió de hombros—. No quiero reprenderla

todavía, démosle unos días.

Kiri asintió y retomó su quehacer, apilando con un chacoloteo unas cuantas cazuelas sobre la mesa de trabajo del porche, que servía como una ampliación de la cocina.

Julie se sentó y observó a la mujer negra. Durante un momento se sintió trasladada hasta sus primeros tiempos en la plantación. Solía refugiarse allí, en el porche trasero, en el reino de Amru, la antigua ama de llaves, quien había sido siempre el único sostén de Julie en esa casa. Aún seguía doliéndole que la actividad de Amru en la propiedad a lo largo de muchos años tuviera un final tan trágico. Su mirada vagó hasta la gran ceiba que crecía cerca del molino de azúcar, cuya copa se alzaba por encima del tejado de la casa de invitados. Si no hubiera dado sombra a la explanada situada delante del molino, Julie la habría mandado talar hacía mucho. Ese árbol había sido antaño el lugar donde se castigaba a los esclavos.

Por orden de Martina, Kiri había estado allí una vez para ser azotada, al igual que incontables personas más que, durante décadas, habían soportado indecibles tormentos atadas a ese árbol. Allí había muerto también el marido de Amru. Pieter lo había acusado de traición y había mandado someterlo a atroces torturas. Amru había permanecido a su lado hasta su muerte y después se había roto debido a eso y al hecho de que la familia..., su familia, a la que servía desde hacía años, cuya nodriza había sido ella, a cuyos hijos había criado..., hubiera acabado arrebatándole a su marido.

Julie ahuyentó esos pensamientos tenebrosos y se levantó. Anochecía y le apetecía echar un vistazo a los chicos. Entonces se dio cuenta de que no sabía una palabra sobre las costumbres matrimoniales de los indios. Ni siquiera había preguntado por el nombre de la novia. «Bueno, no tardaremos en enterarnos», se dijo antes de entrar en la casa.

CAPÍTULO 6

Karini se sentía orgullosa. En realidad, al ver a Inika paralizada de espanto en el jardín, había actuado por instinto. Se percató en el acto de la situación, el lenguaje corporal del perro era evidente. Sabía que habría atacado a cualquier fiera que hubiera osado poner una pata en la plantación. Así que el jaguar habría tenido que enfrentarse primero al perro; en realidad, había sido éste el que había ayudado a Inika. Sin embargo, masra Henry y masra Martin la presentaban como una heroína que se había lanzado a pecho descubierto entre Inika y el felino y, aunque no había sucedido del todo así, Karini se sentía halagada. Desde entonces se reunía con más asiduidad con masra Martin, masra Henry e Inika. Por indicación de misi Juliette, los encuentros vespertinos se habían trasladado del jardín al porche delantero. Por allí sólo vagabundeaba a lo sumo la tortuga, que, según había comentado masra Henry al principio entre grandes risas, no entrañaba el menor peligro.

Tras una prolongada reflexión, al final Karini renunció a oponerse. Además, disfrutaba de las reuniones vespertinas. Inika le había dado las gracias en repetidas ocasiones y no dejaba de contemplarla con admiración, y Karini notaba lo mucho que le gustaba salir triunfante frente a la muchacha india en presencia de los chicos. Éstos, por el momento, no se fijaban en su risa de cascabel o en sus movimientos gráciles y flexibles. Ahora lo fundamental era la aventura, el peligro y el valor. Y en ese ámbito era Karini la que había impresionado a los masras.

Incluso masra Martin comentó lo audaz que le parecía enfrentarse a un jaguar.

—A sabiendas de que les gusta mucho más la carne negra que la blanca —agregó tajante.

Karini sintió que la rabia crecía en su interior. ¿Por qué el masra Martin tenía que sacar a colación las diferencias entre negros y blancos también en ese tema?

—Eso es una bobada —repuso ella con indiferencia—. Además, tú nunca has visto un jaguar. Salvo sus ojos —añadió para chincharlo, pues no pensaba rendirse tan fácilmente.

—Sí que lo he visto —replicó al punto masra Martin. Y, tras levantarse de un salto, indicó con los brazos el supuesto tamaño del animal para cimentar su afirmación—. Era así de grande. Mucho mayor que éste de ahora. —Y volvió a sentarse en el porche con expresión satisfecha.

Masra Henry soltó una risita.

—Pues entonces era casi como un caballo.

Karini vio que la mirada asustada de Inika pasaba de un chico a otro. Era evidente que la muchacha ignoraba el tamaño de un jaguar o el aspecto de ese animal. Karini le había contado varias veces que un jaguar era algo parecido a un gato muy grande.

Pero aunque los despeluznados cazadores de ratas del poblado de los trabajadores hubieran sido el triple de grandes, apenas se los podría haber calificado de imponentes.

—A masra Martin no le creas ni una palabra, esos animales no son tan grandes, aunque es verdad que son muy peligrosos.

El chico, sin embargo, no cejaba.

—¿De veras, Karini? ¿Y tú cómo lo sabes? —inquirió clavando en ella una mirada belicosa.

Karini pensaba que sería preferible hacer caso omiso de las provocaciones de masra Martin, pero la puñalada que le había asestado con su comentario volvió a atizar su rabia. ¿Por qué se empeñaba en humillarla continuamente? Obstinada, se cruzó de brazos y dijo:

—Porque ya he visto uno. Una vez que estuve en la selva con mi padre. Me dejó ir con él de caza y...

Eso había sucedido hacía mucho tiempo y, a decir verdad, sólo había visto en una ocasión a un jaguar abatido, pero eso no tenían por qué saberlo ahora los chicos. Ni tampoco que apenas había visto al último que había aparecido por esos parajes.

—Como si los hombres llevaran consigo de cacería a una niña. —Masra Martin rió.

Pero ¿qué se había creído ese chico? Karini, fuera de sí, se levantó de un salto y le propinó un empujón.

—Mira quién habla, si ni siquiera fuiste capaz de dispararle un tiro de escopeta.

Ella sabía que esa humillación ofendería a masra Martin y de pronto se dio cuenta de que era justo lo que pretendía. Deseaba hacerle daño, deseaba que sufriera, deseaba devolverle las humillaciones de los últimos tiempos. Había intentado reprimir esos sentimientos, máxime teniendo en cuenta que durante las últimas semanas en la plantación se había mostrado relativamente amable con ella. Pero ahora volvía a emerger en la chica la amargura reprimida provocada por su comportamiento en la ciudad. Una mirada a los ojos del muchacho le reveló que había dado en el blanco. Saltó inmediatamente fuera del porche y echó a correr. Masra Martin fue tras ella.

—¡Espera y verás!

Karini corría en zigzag entre los arbustos del jardín y, tras un brusco giro, desapareció en la espesura debajo del gigantesco mango. Una gran bandada de mariposas alzó el vuelo, asustada. Pero masra Martin fue tan rápido como Karini y logró agarrarla por detrás antes de que consiguiera esconderse. Sin aliento, le dio un tirón del brazo, de forma que la joven se vio obligada a retroceder, y fue a parar directamente a sus brazos.

La voz masculina sonaba ahora junto a su oído.

—Eres muy descarada, negrita.

Y, de repente, para sorpresa de Karini, su furia se evaporó. En lugar de increparlo

por esas crueles palabras, se calló y, sin mucho entusiasmo, intentó librarse de su presa. Masra Martin la apretó aún más. Fueron apenas unos segundos, pero el corazón de Karini dio un insólito brinco de nerviosismo mientras sentía un cosquilleo en su vientre. Se quedaron así un momento, sin aliento, él sujetándola todavía, aunque su abrazo ya no tenía nada de coactivo. Ella sentía su calor, los latidos de su corazón, su aliento en el oído.

—¡Eh! —El grito de masra Henry los sobresaltó a ambos.

Masra Martin la soltó sin decir palabra y salió de la maleza. Karini lo siguió despacio, regresando al jardín. Estaba completamente a merced de la oleada de sentimientos que acababa de apoderarse de ella. Jamás había experimentado nada igual.

A partir de ese día Karini miró con otros ojos a masra Henry y a masra Martin. De repente cayó en la cuenta de que sus dos amigos se habían convertido en hombres jóvenes. Habían crecido, la voz de masra Henry pasaba a veces de un tono infantil a otro más grave, y entonces parecía como si estuviera ronco; la voz de masra Martin, por el contrario, ya había adoptado un tono más profundo. Sus cuerpos se habían fortalecido y sus hombros se habían ensanchado, e imponían más los de masra Martin que los de masra Henry, que en conjunto era más delicado. No obstante, también era más joven. No era mucho mayor que ella... Masra Martin se acariciaba de vez en cuando con orgullo el mentón, que mostraba ya señales evidentes de barba.

En lo sucesivo, Karini procuró estar en compañía de ambos en la medida de lo posible. Al mismo tiempo percibió sorprendida que no le bastaba con hablar con ellos de cosas triviales. Lo que más le agradaba era que la situación girase en torno a ella, y se sorprendía una y otra vez intentando atraer la atención de ambos chicos. Su madre ya la había reñido en dos ocasiones, diciéndole que dejara de coquetear con ellos, aunque Karini no sabía muy bien a qué se refería. La primera vez, después de trabajar en la cocina, por haberse cambiado de vestido, y la otra, por mirarse en el espejo del vestíbulo. Kiri, tras sorprenderla, la expulsó de allí. Pero a Karini no le pasaron desapercibidas las miradas de preocupación de su madre.

Sin embargo, con el correr del tiempo fue Inika la que le causaba más quebraderos de cabeza. A veces Karini podía hacer lo que le diera la gana, porque los chicos no tenían ojos más que para la joven india, que parecía cautivarlos con su mera presencia. A Karini eso la enfurecía, pero después redoblaba sus esfuerzos por captar la atención de los masras. Cuando no lo conseguía, solía marcharse enfadada, dejándolos plantados a los tres, lo que ciertamente tampoco le resultaba fácil. No sin la esperanza de que al menos masra Henry le siguiera preguntando qué le pasaba.

Una tarde Karini, sentada en el porche trasero, limpiaba la plata por encargo de su

madre. Era una tarea aburrida, pero Karini había decidido que era mejor no hacer enfadar más a Kiri. En los últimos tiempos había recibido abundantes regañinas por descuidar sus tareas, lo que tal vez fuera cierto, pero el tiempo con los muchachos le parecía valioso y le resultaba sencillamente insoportable que se reunieran sin su presencia. Esperaba terminar deprisa con la plata.

Su madre y Sarina, sentadas a la larga mesa de trabajo, cortaban verdura mientras conversaban en voz baja. Karini sabía que no estaba bien escuchar, pero eso era más fácil de decir que de hacer; al fin y al cabo, había pescado al vuelo varias veces el nombre de Inika. Así que se acercó un poco más con sumo cuidado e inclinó la cabeza para escuchar mejor.

—Pero, Sarina, ella todavía es demasiado joven.

Karini se dio cuenta de que su madre se enfadaba por algo. Conocía demasiado bien ese tono.

—Kadir dice que ha llegado la hora. Yo no puedo hacer nada, soy su esposa, lo que él dice se hace. Él ha elegido al marido..., nosotras tenemos que cumplir su voluntad. —Pero la voz de Sarina sonaba triste.

—Al masra y a la misi no les gustará, te lo aseguro, Sarina.

Karini vio con el rabillo del ojo que Sarina miraba sorprendida a su madre.

—Y ¿qué tienen que ver con eso el masra y la misi?

—Ellos deben aprobar todas las bodas de la plantación.

¿Boda? Karini se detuvo en pleno movimiento. ¿Acaso iba a casarse Inika? ¡Pero si era más joven que ella! Por supuesto que Karini sabía que no era raro que las chicas se casaran pronto, una costumbre que, por lo visto, también practicaban los indios. Ella ya había observado que entre los negros, siguiendo el deseo de los blancos, a veces contraían matrimonio ante Dios mujeres de dieciséis años. Otro tanto sucedía entre los cimarrones, aunque entonces no era un sacerdote el que sellaba el matrimonio, sino el *granman* del pueblo. Karini había conocido ya novias muy jóvenes, incluso entre los blancos de la ciudad. Novias hermosas con largos vestidos blancos y un peinado precioso. De pronto surgió ante sus ojos su propia imagen ataviada como una bella novia. ¿Con quién se casaría algún día? ¿Quizá con...? ¡No! Eso no debía ni siquiera pensarlo. ¡Era la hija de una antigua esclava! Pero a lo mejor, cuando fuera lo bastante mayor, ya no sería tan difícil para una chica negra casarse con un blanco...

—Karini, ¿te falta mucho para terminar? —La voz de su madre la arrancó de sus pensamientos.

La muchacha retomó su tarea, aunque ahora los pensamientos se atropellaban en su cabeza. Inika le daba pena. Seguro que no era agradable no poder escoger personalmente al marido. Además, era tan joven... Sin embargo, Karini no acertaba a explicarse del todo con quién se casaría Inika. Entre los indios no había chicos de su edad. Pero después otro pensamiento tomó cuerpo: ¡no tardaría en librarse de Inika! Seguro que su marido no consentiría que estuviera siempre con los hijos de la misi.

Sonrió. Así que pronto volvería a estar sola con masra Henry y masra Martin y, por mucha pena que le diera Inika, a Karini le alegraba el cambio.

CAPÍTULO 7

El sol despiadado de noviembre calentaba la tierra, y Julie tenía la sensación de que las épocas de sequía eran cada vez más calurosas. Ni siquiera el fresco viento del este procedente del mar refrescaba el interior. Ya desde la mañana se sentía débil y destrozada, hacia el mediodía sufría frecuentes náuseas y por la noche le dolía la cabeza. Preocupada, se tocaba la frente sin cesar y se tomaba la temperatura. Tenía mucho miedo a sufrir otro acceso de fiebre que se prolongara durante semanas. La preocupación por una enfermedad inminente no contribuía a mejorar su humor. Aunque intentaba que no se le notara, a veces tenía explosiones de mal genio con los chicos o con Jean. Sus miradas de asombro le revelaban que su reacción había sido exagerada y pedía disculpas. Al cabo de unas semanas, sin embargo, se dio cuenta de que su familia comenzaba a evitarla. Se enfadó consigo misma, pero no podía hacer nada dado su estado.

Al menos, la inquietud en la plantación se había calmado un poco. Los trabajadores indios estaban más tranquilos, seguramente también porque se habían resuelto los enfrentamientos por la boda, según le había explicado Sarina. Julie se alegraba de que las cosechas fueran productivas y transcurrieran sin incidentes, con lo que también Jean se relajó. La plantación Rozenburg resistiría la dureza de los tiempos un año más, aunque tendrían que seguir luchando para garantizar su existencia futura. Suponiendo que lo consiguieran algún día.

Después de comer Julie se retiró a la zona más fresca del salón para hacer una pequeña pausa. Sarina apareció entonces en la puerta.

—¿Misi Juliette?

Ella le hizo una seña para que entrara. En realidad tenía sueño y confiaba en disfrutar de una hora de descanso, pero Sarina no la molestaría si no fuera por algo urgente, de modo que la atendió.

La india parecía inquieta, no paraba de retorcerse los dedos.

—Misi Juliette, querría preguntar si podemos comprar telas a los mercaderes del río para la boda que se celebrará en enero. Para la novia, el vestido..., misi ya sabe.

—Claro que sí, Sarina. ¿Por qué no ibais a poder?

No obstante, la mirada de Sarina le reveló que la mujer deseaba comunicarle algo más que esa cuestión banal.

—Gracias, misi, nosotros..., como padres de la novia tenemos que ocuparnos de que...

Julie se despejó de repente.

—¿Vosotros? ¿Como padres de la novia? —Se levantó de un salto de su sillón intentando sobreponerse al mareo que sintió. Lo que acababa de decirle la mujer la

había conmocionado—. Pero, Sarina, no pretenderéis casar a Inika..., ¿si todavía es una niña!

Sarina clavaba la mirada en el suelo y manoseaba su sari.

—Misi Juliette, Kadir, mi marido, dice que Inika es lo bastante mayor.

—¡Pero si tendrá trece años a lo sumo!

—Catorce —precisó Sarina con un hilo de voz—. Mi hija tiene catorce.

Julie se quedó horrorizada.

—Sarina, nosotros no podemos consentir eso.

La india se encogió de hombros, resignada.

—Misi Juliette, Kadir dice que nuestra hija no se va a casar por el rito cristiano, sino por el hindú, por lo que nadie puede prohibir esa boda.

—Sí, pero vosotros sois trabajadores de nuestra plantación, y nosotros tenemos derecho a decidir quién se casa con quién.

Julie se dio cuenta de que había levantado mucho la voz. Sabía que lo que acababa de decir no era cierto, pero no podía permitir bajo ningún concepto que casaran a esa niña. Julie contempló pensativa a Sarina, cuyo pesar era evidente. Estaba casi segura de que tampoco ella estaba de acuerdo con la decisión de su marido, pues el modo de pronunciar su nombre no auguraba nada bueno. No obstante, la mujer no parecía estar en disposición de rebelarse contra él. Julie, al comprenderlo, notó una punzada de dolor. En su día a ella también le costó mucho tiempo enfrentarse a Karl.

—Sarina, es imposible, no podemos permitir que caséis a esa niña. ¿Quién será el marido? —preguntó con suavidad.

Sarina levantó la cabeza: su mirada traslucía una profunda desesperación.

—¿Quién?

—Baramadir...

—¡Pero si es treinta años mayor que Inika! —soltó Julie, horrorizada.

A pesar de que a veces le costaba trabajo distinguir a los trabajadores indios o llamarlos siquiera por sus complicados nombres, Baramadir, el hombre del inconfundible turbante azul, le resultaba de sobra conocido. Si Kadir era ambicioso y se distinguía siempre por su afán de sobresalir entre los demás trabajadores, Baramadir era su rival más tenaz. Siempre llamaba la atención por sus modales groseros y zafios, y también le demostraba escaso respeto a Jean. Julie se asombró de que precisamente esos dos hombres hubieran llegado a un acuerdo, e intuyó que sería difícil disuadirlos de sus planes. Se estremeció. Ese hombre tosco y de aspecto brutal casado con Inika...

—¡Sarina! —Julie agarró por los hombros a su trabajadora india—. ¡No pretenderás casar a tu hija con ese hombre!...

Sarina la miró con expresión atormentada.

—¿Qué puedo hacer yo si los hombres lo han decidido así? —Una gruesa lágrima rodó por su mejilla.

Julie aflojó la presión de sus manos. Le costó resistir el impulso de abrazar a esa mujer. Y tomó una decisión: ¡tenía que impedir esa boda! Le habría gustado reunirse inmediatamente con Kadir, pero sabía que eso no conduciría a nada. Dada su condición de mujer, sería insensato pedir explicaciones a Baramadir y a Kadir. Eso tenía que arreglarlo Jean, pero estaba en los campos. Su marido no consentiría que una chica de catorce años se casara con Baramadir, eso seguro, por más alboroto que provocara entre los hombres indios.

—Es posible..., pero nosotros todavía no lo hemos aprobado. Será mejor que no le digas nada a Kadir, yo hablaré primero con Jean.

Sarina asintió, sumisa.

Julie insistió con tono autoritario:

—¡No le digas ni una palabra a Kadir antes de que haya hablado con Jean! ¿Entendido?

Y, tras pronunciar esas palabras, se recogió el vestido y se encaminó hacia el establo. Kiri, que estaba limpiando verdura en el porche trasero, le dirigió una mirada de asombro, y Julie le gritó que se marchaba a los campos a ver a Jean. Estaba segura de que tenía que hablar con él inmediatamente, pues la situación no admitía demora. Además del miedo por Inika, surgía la preocupación por Sarina. ¿Quién sabía lo que haría Kadir con su esposa si se enteraba de que había hablado con ella? Julie se vio obligada a admitir que había infravalorado a los hombres indios. Jean hablaría con ellos y los haría entrar en razón. Ella se imaginaba que esos indios mayores, que habían viajado solos, se relamían pensando en una criatura tan delicada como Inika. Por desgracia, en ese ámbito todos los hombres, fueran del color que fuesen, solían ser iguales. Julie había visto con harta frecuencia que caballeros blancos entrados en años tenían criadas negras jovencitas. Era un secreto a voces que esas niñas no servían a su señor únicamente en la mesa. Julie no permitiría que en su plantación le esperara ese destino a una niña pequeña.

Furiosa, ensilló y embridó a su yegua. *Fina* estaba visiblemente sorprendida por ese comportamiento vespertino, pues la monta se desarrollaba a primeras horas de la mañana, aunque en las últimas semanas Julie había renunciado con frecuencia porque se sentía mal. La yegua piafó nerviosa cuando Julie la dirigió hacia los campos de caña de azúcar. Sin embargo, ella la espoleó, inflexible. No tenía ni idea de dónde estaba Jean supervisando a los trabajadores; los campos eran muy vastos, y la caña de azúcar estaba tan alta que desde el caballo apenas lograba abarcarlos con la vista. Así que no le quedó más remedio que recorrer los caminos transversales confiando en divisar a los trabajadores en algún sitio.

Tras atravesar uno de los caminos hasta llegar a la selva, *Fina* se puso cada vez más nerviosa. El animal sudaba, y de su boca salían volando espumarajos. En realidad hacía demasiado calor para vagabundear por los campos.

De pronto la yegua enderezó las orejas. Julie pensó que quizá había olido al caballo de Jean. Pero en ese preciso instante la yegua soltó un resoplido asustado y se

encabritó. Julie oyó un leve rugido mientras resbalaba del lomo de su montura. Ni siquiera aferrarse a las crines de *Fina* le sirvió de nada, pues perdió el equilibrio, cayó de espaldas y todo se tornó oscuro a su alrededor.

CAPÍTULO 8

—Cuando regresemos a la ciudad averiguaré en qué lugar de los Países Bajos se encuentra mi padre y le escribiré una carta —dijo con tono decidido masra Martin, clavando los ojos en el río.

Karini lanzó una breve ojeada a Inika y a masra Henry, que estaban a su lado, sentados bajo el gran mango de la orilla. Se había percatado de que masra Martin hablaba cada vez más de su padre, pero no entendía del todo por qué. Al fin y al cabo, ese padre lo había abandonado en el Surinam quince años antes, cuando masra Martin sólo contaba dos. Seguramente los recuerdos de su padre, suponiendo que los tuviera, serían escasos. A pesar de todo, a veces hablaba de él como si lo conociera a la perfección.

Karini sabía tan bien como masra Henry que era mejor olvidar el tema, porque entonces masra Martin solía enfadarse. Inika, por el contrario, parecía no haberlo comprendido aún.

—Y ¿por qué no está tu padre en el Surinam? —preguntó sin reparar en la mirada de advertencia de masra Henry.

Masra Martin entornó los ojos al mirar fijamente a la chica.

—Porque personas como tú... y como ella —señaló a Karini— lo difamaron.

«¡Otra vez, no!» El estómago de Karini se encogió de rabia.

—Vamos, Martin, para de una vez. Karini e Inika no tienen la culpa —dijo masra Henry, tomando inmediatamente a las chicas bajo su protección.

Karini le agradeció su intervención, pero sabía de sobra que el tema era muy delicado. Y como masra Martin se enfureciera...

Inika, en cambio, no parecía percibir la tensión que se cernía en el ambiente. Lo miró asombrada y preguntó sin rodeos:

—¿Por qué?

Karini se levantó y se alisó el vestido. Prefería no escuchar la respuesta, porque era precisamente lo que los enfrentaba a ella y a masra Martin. Le dolía que el muchacho la tildara de inferior por ser negra y soltara largas peroratas sobre los blancos y la enorme prosperidad que habían aportado al «salvaje hombre negro». Eso la enfurecía, sobre todo porque aparecía esporádicamente en masra Martin. En un momento se reían juntos, o se sentían uno muy cerca del otro, como poco antes, cuando él había estado tan pegado a ella que los latidos de su corazón se habían acelerado, pero al instante siguiente... Karini no quería desafiarlo ahora, o el ambiente se enrarecería durante días y días. De repente, cuando se volvía para irse, unos gritos excitados resonaron detrás de la casa. Karini reconoció la voz de su madre. Los demás también se levantaron de un salto, corrieron juntos por el jardín y

rodearon la casa.

En el patio trasero Karini divisó a su madre y a Liv, ambas con los brazos levantados y agitando un paño cada una, intentando detener a *Fina*, que, muy nerviosa, trotaba junto a la valla en dirección a la cuadra.

—¡Cuidado! ¡Apartaos y dejad los paños quietos, que vais a enloquecer todavía más al animal! —Masra Martin saltó hacia la yegua con un brinco audaz, mientras Kiri retrocedía y estaba a punto de tropezar.

—¡Madre! —Karini la cogió del brazo y la apartó cuando la yegua volvió a acercarse peligrosamente a ella.

Con la mano libre aferró el brazo de Inika, que se había quedado petrificada. Juntas se retiraron a prudencial distancia de la yegua.

—¡Henry, Henry, abre la puerta! —gritó masra Martin mientras intentaba mantener al animal cerca de la valla.

Masra Henry abrió la puerta del cercado, la yegua pasó a su lado de un salto, y a continuación masra Henry volvió a cerrar la puerta apresuradamente. Masra Martin saltó la valla y habló con voz tranquila al nervioso animal hasta que consiguió sujetarlo por las riendas. Todo el cuerpo de la yegua se estremecía y temblaba, y de sus flancos goteaba sangre y sudor.

Karini vio que masra Henry se quedaba blanco como la tiza.

—Kiri, ¿salió mi madre con *Fina*?

La pregunta sobraba. Salvo Julie, y en ocasiones masra Henry, nadie montaba a esa yegua.

—Se fue a los campos a buscar a masra Jean —contestó Kiri con voz ronca.

Todos los presentes comprendían el significado de la silla vacía sobre el lomo del animal.

—Dame las riendas, Martin.

—¿Estás loco? ¿Qué te propones? —Masra Martin intentó hacer desistir de su propósito a su hermano.

Karini notó que un escalofrío le recorría la espalda.

—¡No lo hagas, masra Henry! Fíjate, la yegua está sangrando.

—Si ha conseguido llegar hasta aquí, volverá a conseguirlo otra vez. —Y, tras decir eso, sujetó las riendas y montó en el animal, que piafaba—. Abre la puerta, Martin, tengo que salir a buscar a mi madre.

Masra Martin abrió el cercado y su hermano abandonó a galope tendido el patio trasero en dirección a los campos.

Karini se acercó entonces a masra Martin, que con visible indecisión miraba alternativamente el establo y a masra Henry, que se alejaba cabalgando. Tras la muerte de una yegua poco tiempo antes, el establo sólo albergaba a un semental joven, que todavía no estaba totalmente domado para montarlo. Los únicos caballos adiestrados eran el semental de masra Henry y la yegua de la misi. Karini tomó la mano del muchacho.

—Olvídalo. Para cuando hayas ensillado al caballo..., y con ese animal precisamente sería demasiado peligroso —le suplicó.

—Ya has visto sus flancos, Karini: sin la menor duda, eran arañazos. El jaguar..., y si a Henry también...

La chica captó el miedo en la voz de masra Martin y notó que le apretaba la mano. Sabía lo mucho que masra Henry y misi Juliette significaban para él, aunque no lo demostrara con frecuencia. Ella veía cómo luchaba ahora consigo mismo, y le agradeció que no intentara la heroicidad de saltar a lomos del caballo.

—Enviaré a los hombres para que ayuden en la búsqueda —decidió masra Martin en cambio.

Y de inmediato echó a correr hacia el poblado de los obreros. Allí siempre había hombres que, por diferentes motivos, estaban exentos de trabajar en los campos.

Karini miró indecisa a su madre y a Inika, pero sin duda era mejor y más seguro esperar allí. Sentía mucho miedo por la misi. En su imaginación surgían como relámpagos imágenes escalofriantes de enormes jaguares. Y de caballos encabritados que tiraban a su jinete. Si el jaguar había tirado a la misi... o ésta había caído debajo del caballo... Cerró los ojos y respiró hondo. ¡No! Todo terminaría bien, seguro que la yegua se había escapado y la misi llegaría enseguida riendo, caminando desde los campos.

Pero la misi no llegaba.

En cuanto se retiraron al porche, resonó un disparo lejano. Todos se sobresaltaron. Sólo podía haber sido un guarda, o masra Jean.

Después, el tiempo transcurrió a paso de tortuga. Karini, de pie junto a la balaustrada, clavaba sin cesar las uñas en la madera blanda en un gesto nervioso. Transcurrió una eternidad hasta que oyó el relincho de un caballo en la lejanía. Echó a correr en el acto. Para llegar a los campos de caña de azúcar tenía que cruzar el patio trasero y el poblado, pero Karini divisaba ya los dos caballos en el largo camino que conducía casi en línea recta a los campos. Algunas mujeres del poblado y su madre se apresuraban detrás de ella.

Era masra Jean quien portaba en sus brazos a misi Juliette, seguido por masra Henry, que llevaba a los caballos del ramal.

Masra Jean gritó desde lejos:

—¡Agua! ¡Preparad agua en casa!

Liv dio media vuelta y regresó corriendo a la mansión. Kiri, por el contrario, se apresuró para ayudar al masra, seguida de cerca por Inika y Karini. Masra Jean continuó acarreado imperturbable hacia la plantación a su esposa, que yacía desmadejada entre sus brazos. La misi sangraba por la cabeza. Karini se quedó paralizada del susto, y su estómago se contrajo.

—¿Está...? —oyó susurrar a Inika a su lado.

—No, creo que vive —musitó Karini, con más esperanza que certidumbre.

No conseguía apartar los ojos de los cabellos ensangrentados de la misi. Finalmente, un resoplido la hizo apartar la vista hacia masra Henry y los caballos. La yegua de la misi cojeaba visiblemente y su cabeza colgaba casi hasta el suelo. Un trabajador que caminaba detrás de los caballos tenía que arrearla continuamente con suavidad para que masra Henry pudiera seguir guiándola.

Detrás del trabajador, Karini vislumbró a un grupo de hombres, dos de los cuales cargaban sobre sus hombros una vara larga, de la que colgaba, con las grandes zarpas atadas por arriba, el cuerpo sin vida de un poderoso jaguar. Al ver ese gran animal, Inika profirió una exclamación de horror.

—¿Eso es...?

—Sí, es el jaguar —asintió Karini—, pero está muerto. Acompáñame, Inika, tenemos que echar una mano.

Y condujo a la joven visiblemente impresionada detrás de masra Henry hacia el establo, donde él ató a los caballos y los desensilló, mientras masra Martin ayudaba a trasladar a casa a la misi, seguido de cerca por la tía Aniga, la curandera responsable del bienestar de la gente de la plantación.

Henry le pasó a Karini por encima de la valla una de las sillas de montar. El chico estaba sudoroso y sucio. Ella vio el dolor en sus ojos, reflejaban miedo, sus movimientos eran forzados y resueltos. Lo conocía lo suficiente como para saber cuánto estaba sufriendo, mas a pesar de todo no pudo reprimir su pregunta. Tenía que saberlo.

—¿Tu madre...? ¿El jaguar la ha...?

—No.

No. Karini sintió que la invadía una sensación de alivio. La misi vivía.

—Creo que la yegua se espantó y la tiró al suelo —agregó en voz baja masra Henry—. Yacía en un camino cerca del lindero de la selva. No hay duda: *Fina* olfateó al felino. Pero, gracias a Dios, el jaguar debió de poner sus miras en la yegua —señaló el flanco sangrante del animal—. Ésta debió de defenderse y lo coceó. Lo hallamos a cierta distancia de mi madre; aún vivía, pero la yegua lo hirió de gravedad. Jean le dio entonces el tiro de gracia —terminó el muchacho, y con unas palmadas de elogio en el cuello de la yegua exhausta, examinó su herida con ojos de preocupación.

Karini percibió el temblor de su mano. La sangre se había secado formando estrías oscuras, y numerosas moscas zumbaban alrededor de la herida. También la misi tenía una herida sangrante. En la cabeza...

—¿Está gravemente herida... tu madre? —preguntó Karini en voz baja.

—Espero que no. —Masra Henry miró hacia la casa, preocupado—. No pudimos ver nada externamente, le sangraba la cabeza, pero sus huesos parecían intactos. Aunque estaba inconsciente... —su voz pareció quebrarse, y volvió la cabeza. Luego añadió—: Karini, por favor, da de beber a los caballos, pero no mucho, todavía están

muy acalorados. Después corre al poblado y dile a Kaluma que venga a echarle un vistazo a *Fina*. Ahora tengo que ir a casa a ver a mi madre.

Karini asintió. Kaluma era un antiguo esclavo viejo, experto en curar animales. La muchacha sabía que era tan eficaz como Aniga, su mujer. Con su ayuda la yegua saldría adelante. Y su esposa ayudaría a la misi. Así lo esperaba Karini.

CAPÍTULO 9

Inika estaba muy preocupada por misi Juliette. Parecía tan inerte cuando el masra la llevaba en brazos... Y eso no podía significar nada bueno. Caminaba indecisa por la ruta que cruzaba el pueblo, preguntándose si sería mejor ir a la casa o esperar en el poblado. Su madre se había apresurado a acudir en ayuda de Liv y Kiri, Karini se ocupaba de los caballos. A Inika también le habría gustado ser útil, pero no sabía qué hacer.

Cuando oyó unas fuertes voces masculinas procedentes de las cabañas del fondo, sintió curiosidad. Antes los hombres habían llevado al enorme animal en esa dirección. ¿Sería el mismo jaguar del que ella se había librado por los pelos? Notó que un escalofrío le recorría la espalda.

Al doblar la esquina, vio que los hombres habían colgado a la fiera en una viga entre dos cabañas. Ahora, arracimados alrededor del cadáver del animal, discutían a voz en grito. Inika no entendía muy bien por qué, pero al parecer tenía relación con el reparto de los trofeos. A los antiguos esclavos les gustaba llevar colgantes hechos con las garras de esos animales. Por lo visto, protegían contra los espíritus y los conjuros, curaban y fortalecían.

Los indios, algo apartados, contemplaban el trajín de los negros. A éstos los restos del jaguar les traían sin cuidado. Para los hindúes, los objetos importantes cuando se trataba de la suerte o la desgracia eran otros.

Inika vio a su padre entre los hombres. Hablaba en voz baja, aunque visiblemente alterado, con otro hombre. Inika no pudo evitar pensar en lo mucho que había cambiado la relación con su padre desde su llegada al Surinam. Era mucho más serio que antes. Cuidaba de ella y de su madre, pero los momentos de intimidad y cariño se habían tornado escasos. Y no sólo entre él y ella, sino que también el comportamiento con su madre había cambiado. Inika había sorprendido frecuentes discusiones entre ambos. Y la preocupó, pero lo atribuyó a la tensa situación en el poblado. De hecho, el año anterior su padre había hecho amigos entre sus compatriotas. Inika desconocía por qué algunos se mostraban hoscos con él, y a veces incluso agresivos. Su madre se limitó a explicarle que a algunos indios no les parecía bien que Kadir destacara tanto ante masra Jean. A Inika eso le parecía injusto. Al fin y al cabo, su padre había traducido con frecuencia durante los primeros meses, contribuyendo de ese modo a una veloz adaptación de todos ellos a la plantación.

Observó a su padre con curiosidad. Sabía que le gustaba discutir, aunque pocas veces lo había visto tan alterado como ahora. ¿Qué ocurriría? Se aproximó con sigilo al grupo desde el costado de una cabaña. Los hombres le daban la espalda. Oyó con claridad meridiana la voz de Kadir:

—Baramadir, te estoy diciendo que todo está arreglado.

Inika conocía muy bien a Baramadir. Era uno de los trabajadores que más llamaba la atención; era alto, fuerte y, para un indio, más bien grosero. Se lo reconocía siempre por su turbante azul. No era muy querido en el poblado, y la propia Inika se sentía siempre muy incómoda en su presencia. La joven se preguntaba qué relación tenía su padre con él.

—Eso espero. Tu palabra es importante, y has prometido que todo transcurrirá sin problemas.

—El masra dará su aprobación, no te preocupes. La misi no tiene nada que decir. No pueden prohibir nuestras tradiciones.

Baramadir rió y su risa sonó amenazadora.

—Confío en ti. El año que viene quiero tomar a la joven como esposa. No lo olvides, Kadir, eso os facilitará la vida a ti y a tu mujer. Luego ya me ocuparé yo de tu hija.

Por un instante el mundo pareció detenerse, para girar después a una velocidad vertiginosa alrededor de Inika, que se apoyó con la mano en la pared de la cabaña para no desplomarse. No podía ser cierto. ¿Cómo iban a hacer eso sus padres? ¿Por qué no le habían contado ni una palabra de sus planes? Una sensación de ardor abrasador subió por su garganta, dio media vuelta y se alejó de prisa de allí. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras sus pies trotaban como posesos por el suelo.

Cruzó corriendo el patio trasero, pasó junto a la casa de la plantación y llegó al jardín delantero. Allí se ocultó a la sombra del enorme mango, a la orilla del río. Se sentó con la espalda apoyada en el tronco y se rodeó las rodillas con los brazos; a pesar del calor del trópico, sentía un frío indecible. Temblaba de veras e intentaba controlar sus pensamientos. Pero continuamente se interponía una imagen ante su ojo interior.

Baramadir. Le llevaba treinta años, puede que más. Era grande, basto y se portaba mal. ¿Cómo habían podido imaginar siquiera sus padres que Inika se casaría con él? Para eso sólo había una respuesta: Baramadir era conocido por ser muy rico, a pesar de las dificultades. Nadie sabía bien cómo conseguía ganar siempre algo más de dinero que los demás indios, pero la gente murmuraba.

A ella, sin embargo, le daba igual que ese hombre tuviera dinero o no. Ni siquiera ella misma había pensado hasta el momento en casarse, ¿cómo se les había ocurrido esa idea a sus padres? ¿Tan mal les iban las cosas que se veían obligados a entregar en prenda a su hija? Era la única explicación posible. La mala conciencia agobió a Inika. En ese caso era obligación suya ayudar a sus padres. ¡Pero así, no! Profundamente abatida, dio rienda suelta a las lágrimas.

CAPÍTULO 10

—¿Julie?... ¿Julie?...

La misi oyó una voz muy lejana que la llamaba, pero estaba todo tan oscuro... Le apeteecía dormir, y además sentía una opresión sorda en la cabeza.

—¡Julie, abre los ojos!

Reconoció esa voz. Era Jean. ¿Por qué la despertaba? Intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban como si fueran de plomo. Cuanto más se esforzaba, más le dolía la cabeza. Intentó tocarse la frente con la mano, pero su brazo no la obedecía. Súbitamente comprendió que era imposible que fuese un sueño y se forzó a abrir los ojos. La luz le pinchó dolorosamente e intentó apartar la cabeza, pero también eso le dolía. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Julie! ¡Gracias a Dios! Has despertado...

Vio una figura que se inclinaba sobre ella y le acariciaba el pelo con cariño.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró. Notaba la boca seca y le parecía como si tuviera arena entre los dientes—. Agua..., ¿puedo tomar un trago de agua?

—Claro que sí.

Jean deslizó con cuidado su brazo por detrás de los hombros de su esposa, la incorporó un poco y le acercó un vaso de agua a la boca. Ella tomó unos sorbos con ansia. Cuando apartó los labios del vaso, Jean volvió a depositarla con cuidado sobre los cojines. A Julie le dolía todo el cuerpo. ¿Cómo era posible? Se obligó a mantener los ojos abiertos y escudriñó a su alrededor. Estaba acostada en su cama, al lado se sentaba Jean con una mirada preocupada, con el vaso en la mano. Tras él reconoció la figura de Aniga, que sonreía. Sí, en cierto modo parecía aliviada.

—He estado tan preocupado, Julie... —Jean dejó el vaso y tomó su mano entre las suyas—. ¿Sabes lo que ha sucedido?

Ella intentó recordar. Había... había cabalgado hacia los campos para hablar de algo con Jean. No lo había encontrado. Al final de un camino, *Fina* se espantó y... ¡lo último que oyó fue un rugido! De repente, se despertó por completo.

—¿Y *Fina*? ¿Cómo está la yegua?

Jean se echó a reír.

—Tu yegua está bien, no tiene más que un par de arañazos y se curará. Has tenido una suerte indecible. El jaguar podría haber..., pero tu yegua acabó con él.

—¿Un jaguar? ¿Y dices que ella lo rechazó?

—Sí. Estaba algo lejos de ti, con los huesos rotos. Es posible que hubiera muerto de todos modos, pero le pegamos un tiro por seguridad. No quiero imaginar lo que habría pasado si... —Jean tragó saliva y le falló la voz. Tras apartar la cabeza, carraspeó.

Al comprender el peligro que había corrido, a Julie le costó unos momentos reponerse. Todo había salido bien, salvo los dolores, sobre todo de cabeza. Movi6 con cuidado piernas y brazos, le dolían y la obedecían con dificultad, pero no parecía tener fracturas.

Gimió en voz baja, y Jean se acercó de nuevo a ella de inmediato. Julie vio brillar las lágrimas en sus ojos, y notó que le apretaba sin cesar la mano temblando.

—Aniga te ha examinado: tienes un par de contusiones, pero no hay fracturas. Sólo un chichón tremendo en la cabeza que te dolerá durante unos días. —Se detuvo un instante—. Has tenido suerte —prosiguió en voz baja—, hemos tenido suerte... y... Julie..., ¿por qué no habías dicho nada?

¿Que no había dicho nada? Julie no entendía las palabras de Jean. Había salido a caballo para contarle algo, pero... pero por mucho que lo intentaba, no conseguía recordar el motivo.

—Yo... yo quería reunirme contigo y... decirte algo..., pero ya no recuerdo qué.

Julie vio que sonreía, y en sus ojos había un brillo extraño que no se debía solamente a las lágrimas. Jean le apretaba la mano con fuerza.

—Dice Aniga..., ha dicho que en tu estado no deberías haber montado a caballo.

—¿En mi estado? —Julie no tenía ni idea de a qué se refería.

Entonces Aniga se acercó a su cama. La cara negra y arrugada de la anciana estaba radiante de alegría.

—Misi tiene que cuidarse mucho ahora, ha sido un gran susto para misi, y también podría haber sido malo para el bebé. Misi ya no debería montar a caballo.

—¿Bebé? —Julie se incorporó de golpe en la cama. Su cabeza reaccionó con un tremendo estremecimiento.

Aniga le puso la mano en el hombro con gesto tranquilizador y la obligó con suavidad a reclinarsc de nuevo en las almohadas.

—Sí, bebé... Misi espera un hijo.

—Pero yo... yo creía...

Julie se quedó sin habla y notó cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas. ¡Estaba embarazada! Y eso que no contaba con volver a parir un hijo. Había atribuido su malestar de las últimas semanas a la fiebre o a una grave enfermedad. Se había preocupado por su futuro y el de su familia, pero jamás se le habría ocurrido pensar... ¡a sus años! A finales de la treintena ya no se tenían hijos. Además..., después de la boda, Jean y ella habían intentado tener un hijo, pero no había fructificado. Al principio Julie se había sentido muy triste, pero después lo había achacado a la fiebre, considerada en el Surinam la causa de la maternidad insatisfecha en muchas mujeres. Después habían tenido que ocuparse de otros asuntos: la plantación, Henry y Martin... El hecho de que precisamente ahora volviera a... no le cabía en la cabeza.

—Me alegro tanto... —le susurró Jean con expresión de felicidad.

Julie apretó su mano y lo miró con ternura. Sabía que a él le había apenado mucho no haber sabido nada del embarazo de Henry, no haber conocido a su hijo

hasta que éste contaba casi un año de edad. Julie vio el rostro de dicha de Jean y escuchó a su voz interior. No, ella no sentía una alegría inmensa, sino más bien un cauteloso escepticismo. ¿Otro hijo? ¿Ahora? La plantación seguía atravesando graves problemas, y a veces Julie se preguntaba qué sucedería si perdieran Rozenburg. ¿De qué vivirían entonces? ¿Del trabajo de Jean como contable? ¿Tendrían que residir en la ciudad? Si estaba embarazada, no podría dedicarse en cuerpo y alma a la plantación. Después, tampoco: un bebé exigía mucha atención. Así que Julie aún no podía alegrarse del todo. Pero al ver la expresión de felicidad de Jean, una sonrisa afloró a sus labios. De un modo u otro, saldrían adelante.

CAPÍTULO 11

Desde hacía semanas Inika temía todos los días que sus padres le comunicaran que debía casarse. Se había devanado los sesos pensando cómo convencer a sus padres de que aplazaran la boda o, por lo menos, no la entregaran precisamente a Baramadir. Por fin, el día en que su padre la llamó para hablar con ella, la conversación transcurrió por derroteros totalmente distintos de los imaginados por Inika. Oír de labios de su padre esa frase decisiva, «en enero te casarás con Baramadir», la había dejado sin habla. Se había propuesto protestar, explicar que ése no era el futuro que deseaba, pero el tono de Kadir y la mirada que le dirigió no admitían réplica. Además, ¿de qué habría servido? La palabra de su padre era ley. Huyó de la cabaña hecha un mar de lágrimas. Como si su madre lo intuyera, detuvo a Inika y la estrechó con fuerza contra su pecho. El cuerpo de la joven temblaba.

—No quiero. Tienes que hablar con mi padre. ¡Por favor!

—Tranquilízate, niña, todo se arreglará.

Sarina le acarició con cariño los cabellos, y a Inika le asaltó la fugaz esperanza de que su madre la ayudaría. Pero acto seguido los rasgos de Sarina se endurecieron.

—Es un hombre adinerado, puede ofrecerte una buena vida —dijo con voz átona.

En ese momento el corazón de la muchacha se petrificó, pues comprendió que su madre haría lo que dijera su padre. Soportó con estoicismo los intentos de Sarina por consolarla y darle ánimos. Su madre decía que las mujeres indias tenían que velar por preservar sus orígenes, practicar las costumbres de su patria y encontrar un esposo indio. Sin embargo, sus palabras no lograron consolarla y mucho menos convencerla. Sobre todo porque tenía la sensación de que a ella tampoco le agradaba la decisión.

No obstante, la desilusión de Inika no se debía únicamente a la boda con ese hombre, sino que había otra cosa que le había deparado muchas noches insomnes durante las últimas semanas.

—Pero cuando... cuando algún día regreséis a la India... yo... yo tendré que quedarme aquí.

Inika vio que el rostro de su madre se contraía de dolor y notó su mano acariciándole la cabeza con dulzura.

—Bah, seguramente nunca regresaremos a la India. Nuestro futuro está en este país, aquí podemos ganar más que allí —dijo en voz baja.

A pesar de su propio dolor, Inika se sentía confusa. Hasta entonces siempre había creído que el deseo más ferviente de sus padres era regresar algún día a su patria, y en lo más hondo de su corazón había confiado siempre en que así sucedería. En sus sueños se había imaginado que comenzarían una nueva vida en la India con el dinero que su familia había ganado y ahorrado. Pero sus padres no regresarían a la India, y

ella menos. No llevarían una vida mejor, ni tendrían una casa grande... Los castillos en el aire que la muchacha había construido y que habían hecho soportable su vida en el Surinam se desplomaron de golpe.

De repente, sintió una furia incontenible contra sus padres. ¿Qué perspectivas tenían allí? Nunca podrían ascender a los círculos de los blancos, ni estudiar como los hijos de los propietarios de plantaciones. Su tarea consistiría siempre en desempeñar un trabajo doméstico ínfimo..., y no sólo como criada, sino también para un marido que le resultaba insoportable. Inika no consiguió reprimir las lágrimas. ¿Por qué le hacían eso sus padres? ¿Por qué la habían llevado a ese país?

Sin embargo, no podía oponerse a Kadir. Y en los ojos suplicantes de Sarina vio que, si se resistía a esa decisión, traería una gran desgracia a la familia. Así que Inika, con el corazón destrozado, tomó una determinación: sería una hija obediente y un orgullo para sus padres. No le quedaba otro remedio.

Dos semanas más tarde, en los primeros días de enero, llegó el momento. En los últimos tiempos Inika apenas se había atrevido a salir de la cabaña. Por un lado, porque los habitantes indios la agobiaban continuamente cubriéndola de felicitaciones y, por otro, porque Baramadir, desde el día del anuncio oficial, la contemplaba con una mirada tan imperiosa que le resultaba insoportable. Al pensar que pronto tendría que compartir cabaña con ese hombre, el asco se apoderaba de ella. Inika confiaba en que la misi o el masra intervendrían, pero en la casa de la plantación todo giraba alrededor de la misi embarazada y de su restablecimiento después de la caída. Los jóvenes masras y Karini habían regresado a la ciudad, pero antes de su partida sólo existía un tema de conversación entre ellos: la misi y su bebé. Inika no se había atrevido a hablar de su propio dolor, sobre todo porque los había visto a los tres en contadas ocasiones. La muchacha india se sentía sola y abandonada.

Sarina intentaba facilitarle a su hija la entrada en el matrimonio, e Inika había tenido que soportar algunas conversaciones que, en lugar de prepararla para lo que la esperaba, la habían avergonzado. Sobre todo porque hasta entonces había rehuído el tema. Ella también tendría que yacer con ese hombre como esposa. No tenía ni idea de qué...

—Si no te resistes, no es malo —le advirtió su madre.

Ése fue el momento en el que Inika pensó por primera vez en escapar. Pero ¿adónde podía huir en ese país? ¿Con misi Erika y misi Minou? No, seguramente ellas la devolverían inmediatamente a la plantación. Así que, aparte del río, la selva infinita e impenetrable y unas pocas plantaciones aisladas cuyos propietarios se conocían todos, no existía ningún destino posible. Seguramente acabaría devorada por algún animal salvaje, tal vez por un jaguar, antes que conseguir encontrar un escondite seguro, suponiendo que existiera. No había esperanza.

La primera boda en el círculo de trabajadores indios de la plantación Rozenburg fue un gran acontecimiento. Los preparativos del enlace se prolongaron durante muchos días, y todos se alegraban por anticipado de revivir su cultura aunque fuera poco. Los hindúes respetaban sus tradiciones en la medida de lo posible, pero en el Surinam las cosas eran muy distintas que en su patria. Allí no había templos a los que peregrinar, ni grandes estatuas de dioses, ni sacerdotes, ni brahmanes. Ahora todos se alegraban de poder organizar una boda acorde con su posición social.

Inika se esforzaba por corresponder a las expectativas de sus padres, pero no era una novia feliz.

—Ya conoces a tu futuro esposo, así que no seas tan remilgada —la animó una vecina.

Ella sabía que quizá en el fondo la mujer tenía razón, pero no estaba segura de que conocer de antemano a su marido fuera una bendición o una maldición. A veces intentaba imaginarse que no lo conocía, pero ante sus ojos aparecía siempre el rostro brutal de Baramadir, y la joven se estremecía.

La pequeña comunidad india construyó delante de la cabaña de los padres de Inika un baldaquino y el correspondiente lar para Inika y su novio, y también la explanada entre las cabañas fue adornada para la fiesta. Inika había oído que al masra no le habían gustado los proyectos de alargar varios días los festejos nupciales, de modo que la celebración se limitó a un solo día.

A primera hora de la mañana del día de la boda llegaron las mujeres para preparar a Inika para la ceremonia. La muchacha vivió las horas siguientes como en trance. Soportó un lavado ritual, después las mujeres le pusieron un sari de fiesta, la rociaron con agua de azahar perfumada y la adornaron con flores. Ella se dejó conducir sin resistencia hasta el baldaquino, delante del fuego encendido donde tenía que sentarse con las piernas cruzadas junto a su futuro marido.

Inika apenas había dormido las noches anteriores y había derramado en secreto tantas lágrimas que ahora se sentía sin fuerzas y apenas lograba repetir las palabras del hombre que ejercía de sacerdote. Primero los futuros esposos tenían que escuchar durante horas el recitado de los mantras en sánscrito y repetir muchos de ellos, así lo establecía el llamado *yajna* nupcial. Para Inika suponía una tortura, su deseo más ferviente era que el día acabara de una vez. Como era habitual en ese largo ritual, sólo pocos de los indios presentes escuchaban, la mayoría estaban sentados delante de las cabañas, hablando en voz baja y saboreando la deliciosa comida preparada. Según el rito, en realidad eran los padres de Inika quienes habrían tenido que pagar el banquete ofrecido durante todo el día, pero a falta de provisiones propias todas las mujeres de la comunidad habían saqueado sus huertos y ayudado a la familia en el convite. Inika veía continuamente con el rabillo del ojo que algunos de los habitantes negros del poblado se reunían con los indios y, atraídos por la abundante comida, seguían la boda con curiosidad.

A primera hora de la tarde llegó por fin el instante del casamiento. Inika tenía

ganas de vomitar, y las piernas amenazaban con fallarle. Siguiendo el ritual del *kanyadan*, Kadir entregó a su hija al marido: Inika permitió con apatía que su padre le tomara las manos y las uniera con las de Baramadir encima de un jarro. Desde la distancia oyó cómo Kadir invocaba a Ganesha y también varias veces a Kama, el dios del amor. Observó cómo envolvía por encima del jarro sus manos y las de Baramadir con un paño rojo y una espléndida guirnalda de orquídeas silvestres. Notó cómo bendecía a la pareja con agua del río, y estuvo a punto de echarse a reír. Ella sabía lo mucho que se avergonzaba su padre por no poder utilizar para ello el agua sagrada del Ganges, pues más de una vez lo había comentado a voces, furioso. Inika sospechaba que era el agua oscura del Surinam la que estaba sellando su unión. Cuando Kadir entregó a Baramadir una bolsita pequeña, la muchacha abrió los ojos, incrédula. Era la bolsita con las joyas de su madre que ella había ido a buscar a toda prisa a la cala del barco. ¡Así que esas joyas valiosas no eran el seguro de sus padres para una vida mejor! Esos ahorros eran la dote de la novia que Kadir entregaba en ese momento a su futuro esposo, que sopesó la bolsita en su mano, sonriente. De repente comprendió que su matrimonio había sido convenido desde el principio.

A partir de ese momento siguió la ceremonia en una especie de trance; todo aquello no parecía ir con ella. Recitaron más mantras, hasta que las mujeres se acercaron a la pareja y anudaron el sari de Inika con el paño que cubría los hombros de Baramadir como símbolo de su unión indisoluble. Y eso no sólo conducía mentalmente a una estrecha unión, pues en ese momento Inika se sintió indisoluble y físicamente unida a ese hombre, al que ni amaba, ni honraba, ni mucho menos deseaba.

Cuando Baramadir le colocó finalmente los collares de flores alrededor del cuello en señal de veneración, la joven estuvo a punto de desmayarse. Le parecía estar viviendo una pesadilla. Se sentía mareada por los mantras y por el largo tiempo sentada junto al fuego caliente. Pero ni siquiera el aguacero que caía pudo impedir el último ritual que sellaría definitivamente su unión: el *saptapadi*, los siete pasos.

Cuando Inika se levantó tambaleándose, más sostenida por su marido que por sus propios pies, resistió el impulso de dejarse caer en el fuego. Sabía que sus padres esperaban que soportara esa carga. Así que Inika dio de la mano de Baramadir siete vueltas alrededor del fuego en silencio.

Cuando por fin se detuvieron, una mujer se situó al lado de Baramadir y le tendió un pequeño cuenco con pintura roja. Y mientras él le entregaba a Inika la señal bendita de la mujer casada, pintándole de rojo la raya del pelo y un *bindi*, un punto rojo en la frente, entre los ojos, Inika susurró, como le habían ordenado:

—Te doy la bienvenida.

Luego sintió correr por sus mejillas lágrimas abrasadoras de miedo y de desesperación.

CAPÍTULO 12

—¿Boda? —Julie se asombró de que Jean hubiera regresado de los campos tan temprano.

A su inquieta pregunta, respondió que los trabajadores indios le habían pedido un día libre, pues en el poblado se celebraba una boda.

—¿Por qué no me lo habías contado?

Como tantas veces en las últimas semanas, Julie se sentía como una inútil. Debido a su embarazo, Liv y Sarina la exoneraban de cualquier actividad, y hasta Jean la trataba como si fuera un frágil florero. Al principio se había sentido halagada por ello, pero ahora la molestaba sobremanera. No podía acostumbrarse a la idea de pasarse los próximos meses sentada, haciendo labores de costura y leyendo, como tantas otras mujeres. Aunque Julie solía sentir cierto malestar, deseaba participar al máximo en la vida de la plantación. El hecho de que Jean no la hubiera informado de un acontecimiento tan importante en el poblado de los trabajadores aumentaba su irritación. Entonces, en lo más profundo de su mente se agitó un débil recuerdo. Boda..., trabajadores indios..., poblado. De repente fue como si la hubiera alcanzado un rayo. ¡Precisamente ése había sido el motivo por el que había salido a caballo a buscar a Jean! Muy excitada, se levantó de un salto de la silla colocada en el porche y a punto estuvo de derribarla.

—¿Quién se casa, Jean? ¿Has dado tu permiso?

Su marido se encogió de hombros.

—No lo sé. ¡No te alteres! Pero ¿qué te sucede?

Julie tenía un mal presentimiento.

—¿Quién te lo preguntó?

—Kadir hace unas semanas. ¿Por qué?

—¿Y tú diste tu permiso? —Durante unos instantes ella esperó que él no pronunciara las palabras que sabía que oiría a continuación.

—Claro que sí...

Julie tuvo la sensación de que el mundo se paraba, para seguir girando a continuación a una velocidad vertiginosa.

—¡Oh, Jean, están casando a Inika!

Jean se quedó blanco como la tiza y la miró de hito en hito.

—Pero, Julie, si todavía es una niña...

—Precisamente por eso intenté decírtelo el día que salí a caballo a buscarte, sólo que... la caída. —Julie se recogió la falda y salió a toda prisa.

Jean la siguió, pisándole los talones.

—Espera, por favor.

Cuando la misi llegó al poblado sin aliento, vio a Inika rodeada por los demás en la pequeña explanada adornada delante de las cabañas. A pesar de los abundantes ornamentos, la niña estaba hecha una lástima. Su mirada inexpresiva era harto elocuente.

Julie estaba furiosa. Le partía el corazón ver tan intimidada a esa muchacha tranquila, que a la vez albergaba tanta alegría de vivir. Rebosante de ira, avanzó en medio de la ceremonia que acababa de finalizar y se situó junto a Inika. Resistió el impulso de escupir ante los pies de Baramadir, y en lugar de eso se esforzó por mostrarse enérgica.

—No puedo permitir esto —dijo en voz alta y clara.

Baramadir, que acababa de pintar a Inika con el color rojo, miró asombrado a Julie. Luego llamó a Kadir.

Kadir se colocó junto a Julie, pero en lugar de fijar la vista en el suelo, sumiso como siempre, adelantó el mentón en dirección a la misi.

—Misi, el masra ha autorizado la boda —dijo con voz firme.

Jean se acercó y agarró del brazo a su esposa.

—Julie —dijo en voz baja e insistente—. Ven conmigo, lo que estás haciendo no está bien.

Julie no daba crédito a sus oídos. ¡En lugar de apresurarse a socorrer a Inika, Jean intentaba reprender a su propia esposa! ¿Es que no comprendía lo que significaba esa boda?

—Suéltame, Jean, a esta niña no la pueden...

Entonces oyó carraspear a Kadir y volvió inmediatamente la vista hacia él.

—Misi, la ceremonia acaba de terminar —dijo el hombre con mirada triunfal.

Rebosante de cólera, Julie lo miró de hito en hito. De repente una amenaza se cernía en el aire, y los indios que estaban a su alrededor se aproximaron unos pasos. Julie echó una breve ojeada a Inika, que parecía una marioneta y la observaba con ojos aterrados. A continuación notó que Jean intensificaba la presión alrededor de su brazo, tratando de sacarla del corro de los indios.

—Julie, acompáñame, por favor, esto no tiene sentido.

Sabía que su marido tenía razón, habían llegado demasiado tarde. Una oleada de impotencia la recorrió de pies a cabeza e hizo que se enfureciera aún más. Julie miró entonces bufando de ira a Kadir y a Baramadir, que ahora había rodeado sonriente con su brazo a Inika y dijo con voz amenazadora:

—Como llegue a mis oídos que a esta jovencita le sucede algo en mi plantación...

—¡Julie! —Jean la apartó de la multitud y se la llevó del lugar del festejo—. ¿A qué ha venido eso? ¿Es que has perdido el juicio? No puedes comportarte así con los trabajadores. Has estado a punto de provocar una rebelión. Podrían habernos agredido. —La voz de Jean traslucía reproche, pero también preocupación.

—¿Comportarme así? Jean, acaban de casar a una niña de catorce años con un viejo. ¡No podemos tolerar eso en nuestra plantación! —replicó ella al tiempo que se soltaba de su marido—. ¡Y encima tú lo has autorizado! —añadió, iracunda.

Estaba frustrada y por primera vez sentía que su marido la había dejado en la estacada, pues Jean siempre controlaba todo lo que acontecía en la plantación. ¿Por qué había tolerado ese comportamiento de los trabajadores?

—Julie, yo no sabía que iban a casar a esa niña, pensé que se trataba de una de las mujeres adultas...

Ella vio la desesperación reflejada en sus ojos, a pesar de lo cual no logró controlar la rabia que hervía en su interior. No obstante, Julie estaba enfurecida sobre todo consigo misma. Sarina se lo había dicho hacía muchas semanas. ¡Cómo había podido olvidar algo tan importante! Sí, se había caído del caballo, y a causa del embarazo también se había olvidado de ciertas cosas, pero todo eso no constituía una disculpa a la vista de lo que el destino le deparaba a Inika. Ahora la niña estaba casada, y Julie intuía lo que eso significaba para ella.

—Sabes lo que va a hacer con ella —dijo en voz baja, cabreada.

Jean se encogió de hombros con aire desvalido.

—Julie, seguramente eso es una costumbre entre los indios, ten presente que... entre los negros...

Ese argumento ponía a Julie al rojo vivo. Jean conocía tan bien como ella las costumbres de los antiguos esclavos. Pero tanto si eras blanco, negro, amarillo o rojo... Julie pensaba que ninguna cultura justificaba comportarse así con una chica tan joven.

—Eso tampoco responde a los deseos de las niñas —balbuceó ella.

Con un estremecimiento pensó en lo que había averiguado muchos años antes en la plantación. Y no había sido un negro, sino Pieter, el padre de Martin, el que sentía una evidente predilección por las jovencitas negras... Julie nunca lograría desterrar de su mente la imagen de la niña violada. Por aquel entonces logró impedir posteriores sucesos similares, pero en adelante no ejercería influencia alguna sobre sus trabajadores negros e indios, sin... causar perjuicio a la plantación.

A continuación, Jean formuló precisamente ese pensamiento.

—Tenemos que mantenernos al margen de ese asunto. Si los trabajadores se alborotan, irá en detrimento de la plantación, lo sabes de sobra.

—Si es así como lo ves...

—Además, debes cuidarte. Te ruego que no te alteres tanto. —Dirigió una mirada a su vientre y luego la observó con reproche.

—Yo estoy bien. Es digno de elogio que veles por nuestro hijo, pero a cambio dejas a otro condenado a su destino.

Luego, loca de ira, Julie dio media vuelta y corrió en dirección a la casa.

Pocos días después, la misi reconoció que no la había beneficiado ponerse así. Las náuseas se iban apoderando de ella poco a poco, y temía que se prolongaran durante meses. Jean llamó en varias ocasiones a Aniga. Su mirada de preocupación lo decía todo, pero Julie lo castigaba ignorándolo, pues lo sucedido con Inika oprimía su corazón. Con gusto habría acudido al poblado para comprobar cómo estaba la joven, pero una vez que lo intentó, le fallaron las piernas en la escalera. Si Kiri no la hubiera sujetado, se habría caído.

—No se lo digas al masra —le rogó a Kiri, permitiéndole que la ayudara a regresar a su cama.

Y allí yacía, resignada, condenada a esperar hasta que el bebé que llevaba en su seno le permitiera retornar a la vida normal.

CAPÍTULO 13

Karini estaba en el patio del colegio de Paramaribo mientras la lluvia de febrero, de un desagradable frescor, descargaba sobre su cogote. Los bocadillos de los niños estaban a salvo debajo de un plato, pero ella apenas había podido cubrirse la cabeza con el pañuelo. Con cuidado, cogió con los dedos un mechón rebelde e intentó meterlo de nuevo en su trenza. Su pelo era oscuro y mucho más liso que el de la mayoría de las jóvenes negras. Miró de reojo hacia el largo alero del colegio, donde la esperaban los masras cuando hacía mal tiempo. Únicamente cuando comenzaba el recreo podía presentarse allí; antes, los criados de color lo tenían prohibido.

A veces ansiaba que finalizara la época escolar de los chicos para que todos permanecieran en la plantación. «Tú acompañarás a Liv a la ciudad, yo me quedaré en la plantación con la misi», le había dicho su madre. Karini seguía enfadada con ella. Y no por la perspectiva de tener que pasar con Liv los meses venideros en la ciudad, lo que para la chica suponía mucho más trabajo, pues Liv no sabía llevar la casa de la ciudad y Karini tenía que ayudarla. No, se debía exactamente a la situación que vivía ahora: criada negra helada bajo la lluvia obligada a esperar a los masras.

En la plantación, tras la violenta discusión inicial, habían reanudado su relación amistosa. Habían reído juntos, se habían sentado juntos a la orilla del río; la antigua y casi infantil confianza entre ellos había reaparecido. También el problema con Inika se había solucionado, pues la joven apenas se había dejado ver en las últimas semanas. Los chicos le habían preguntado a Karini por ella. «Tiene que trabajar», les había dicho con un gesto de disculpa, aunque todavía no había podido librarse de su mala conciencia por esa mentira.

No obstante, el delicado vínculo de amistad con los masras se rompió en cuanto regresaron a la ciudad. Masra Martin, sobre todo, pasó de inmediato a dar órdenes y a tomar a Karini bajo su tutela. Precisamente en presencia de sus amigos obligaba a ir de un lado a otro a la muchacha, y en la casa de la ciudad se comportaba como si fuera el dueño y señor. No retrocedía ni siquiera ante Liv, que obedecía siempre al joven masra sin oponer la menor resistencia. A Karini la enfadaba el comportamiento de Liv. Su madre jamás habría tolerado semejante proceder.

Odiaba la humillación y había meditado mucho sobre el asunto. La conducta de masra Martin y la reacción de Liv la hicieron comprender que se encontraba en una situación desesperanzada. En realidad, su nacimiento había determinado la vida que llevaría: como hija de una antigua esclava, tendría que servir en la casa de la plantación. Como era natural, para entonces los negros ya podían elegir a su patrón, pero eso tampoco le servía de nada. Más adelante podría irse a servir a otra casa, por supuesto, pero sus perspectivas no mejorarían. Sabía por otras criadas de color que

muchos *blanken* no trataban muy bien a sus criadas; así pues, su situación, sometida a la vigilancia de misi Juliette y masra Jean, era todavía buena.

La puerta del colegio se abrió al fin. Karini suspiró y mantuvo en equilibrio con una mano la bandeja repleta, mientras con la otra se limpiaba la lluvia de la frente.

Después del recreo, se apresuró a regresar a la casa de la ciudad. Estaba hecha una sopa y tenía frío. La sensación era algo desacostumbrada para ella, pero ese año las lluvias habían traído consigo un aire inusualmente frío. La mayoría de los habitantes de la ciudad se alegraban, pues el clima húmedo y caluroso solía ser el caldo de cultivo de toda suerte de dolencias y enfermedades. Sin embargo, en opinión de Karini, ya iba siendo más que suficiente.

Se había echado el pañuelo sobre la cara y caminaba deprisa con la cabeza agachada en dirección a casa. Al doblar una esquina, chocó con alguien. Numerosas naranjas rodaron alrededor de sus pies, y su oponente profirió un juramento en voz baja.

Karini se asustó.

—¡Perdón! —dijo y, tras retirarse el pañuelo, alzó la vista.

—¿No puedes tener más cuidado? —El joven se agachó y comenzó a recoger las naranjas.

La muchacha se apresuró a ayudarlo. Cuando le entregó la última naranja, lo miró a la cara. Su piel era mucho más clara, y sus cortos cabellos negros, menos rizados que los de un negro, tenían un inequívoco origen mulato. Sin embargo, había algo infrecuente en sus rasgos, constató Karini. Luego lo miró a los ojos mientras balbuceaba otra disculpa.

—Vamos, no ha sido nada —sonrió él.

El corazón de la chica dio un extraño salto y, de repente, se le quedó la boca seca.

Con una mirada a la bandeja depositada en el suelo a su lado, el joven le preguntó:

—¿Eres una chica del desayuno?

Todos en la ciudad sabían lo que hacía una joven que corría por las calles por la mañana con una bandeja.

Karini se limitó a asentir con la cabeza.

Él seguía mirándola de hito en hito con sus oscuros ojos negros sin perder la sonrisa.

—Bueno, chica del desayuno, presta atención, no vayas a atropellar de nuevo a alguien.

Tras esas palabras se llevó brevemente la mano a una gorra inexistente y continuó su camino.

Karini se volvió y lo siguió con la vista durante un instante.

Cuando él se volvió para saludarla de nuevo, la muchacha casi se asustó. Cogió la bandeja, los platos y las tazas y prosiguió su camino deprisa. No obstante, en su mente, los ojos negros del joven la seguirían durante toda la jornada.

CAPÍTULO 14

—Toma, Inika, bébete esto.

La joven cogió el tazón que le ofrecía su madre y se lo llevó a los labios con una mano temblorosa. El brebaje tenía un sabor horrible, pero su madre le había dicho que contribuiría a calmar los dolores.

Como tantas veces en las últimas semanas, Inika había huido a la cabaña de sus padres en cuanto los hombres se marchaban a los campos. Allí se sentía segura; allí Baramadir no le haría nada.

Había intentado ser una buena hija para sus padres y había obedecido su decisión de casarla con ese hombre, pero hasta la fecha seguía sin comprender sus motivos. Baramadir era adinerado, sí, pero sus padres debían de saber qué clase de persona era y qué haría con ella cuando se convirtiera en su esposa. Por eso era peor que lo hubieran escogido para ella. Inika desarrolló una furia incontrolable contra su padre. Desde la boda no había vuelto a cruzar una palabra con él. Y en su fuero interno le reprochaba a su madre que no hubiera impedido la boda ni la hubiera ayudado a salir de esa espantosa situación, y eso que Inika sabía de sobra que Sarina no disponía de muchos más recursos que té y afecto. La muchacha reprimía la rabia que sentía contra ella: se veía tan desesperada, tan desvalida, tan impotente, que su madre era el último sostén que le quedaba.

Pero Inika tampoco era capaz de verbalizar con ella lo que Baramadir le hacía noche tras noche. Ya no tenía fuerzas ni para llorar. Le costaba caminar y estar sentada, pero a lo mejor eso era algo que tenían que soportar las mujeres en general, se repetía una y otra vez. No obstante, cuando veía a las otras mujeres del poblado..., ninguna de ellas parecía tener que soportar un dolor parecido. O quizá se hubieran acostumbrado a él.

Inika no se acostumbraría a eso jamás, estaba segura de ello. ¿Qué había sido de los sentimientos dulces y la amorosa convivencia que a menudo predicaban las canciones? Eso no era amor, eso era tortura.

Su madre siempre la miraba compasiva y le acariciaba los cabellos. Pero para entonces incluso ese contacto hacía retroceder con un respingo a Inika. Se bebió su taza a pequeños sorbos y finalmente se levantó con esfuerzo. Tenía que volver a la cabaña de Baramadir antes de que éste regresara de los campos. Si no la encontraba allí, se enfurecería, y eso había que evitarlo a toda costa. Bastante malvado era ya de por sí. La chica abandonó la cabaña de sus padres sin despedirse y evitó lo mejor que pudo la triste mirada de su madre, que le resultaba casi insoportable.

A pesar de que Baramadir era considerado adinerado entre los indios, su cabaña era más pequeña que la de sus padres y estaba muy descuidada. En el poblado todos se esforzaban por mantener en el mejor estado posible sus pequeñas moradas. Los indios habían copiado a los negros la forma de construir los tejados con hojas de palmera, así como el enfoscado de las paredes con barro y la reparación de las vigas de madera. Pero a Baramadir todo eso le traía sin cuidado. Si había un agujero en la pared, se encogía de hombros y colgaba delante una manta vieja; si el techo tenía una gotera, se limitaba, jurando en voz baja, a acercar más las palmas, de forma que en un sitio el tejado no calaba, pero en otro surgía un agujero más grande todavía.

En la zona de la cabaña en la que el tejado aún estaba bien, se encontraba el lecho, un montón de viejas mantas y sacos mezclados al buen tuntún. Había una estrecha hamaca, cuyas ventajas ya habían aprendido a apreciar los indios, pero sólo la utilizaba Baramadir. Inika tenía que dormir en el suelo, sobre las mantas con olor a moho; por una parte, porque Baramadir apenas podría haber hecho en una hamaca lo que exigía de ella por las noches y, por otra, porque deseaba descansar tranquilo. Sin embargo, la muchacha se alegraba por eso: jamás habría buscado su cercanía en la hamaca, antes prefería dejar que los insectos le picaran durante toda la noche.

Inika rodeó la cabaña. Detrás estaba su pequeño huerto, abandonado y asilvestrado. Baramadir nunca se había ocupado de él, pero ahora se lo exigía a su esposa y esperaba un rendimiento lo más rápido posible. No obstante, Inika ignoraba cómo iba a hacer para que las plantas crecieran más deprisa y dieran fruto. A base de esfuerzo había aclarado el sembrado eliminando las malas hierbas, había plantado de nuevo filas de plantas y podado los arbustos, pero dependía tanto de las raciones que la plantación entregaba a los trabajadores como de los regalos de sus vecinas. Contempló el huerto apesadumbrada. Con la certeza de que tampoco ese día se había producido un milagro en lo tocante al crecimiento, le dio la espalda y entró en la cabaña. Cocería arroz y tostaría algo de pan de mandioca sobre el pequeño fuego que sólo ardía cuando no caía la lluvia por el tejado y esperaría el regreso de su marido.

Como todos los días, él comería y bebería aguardiente. Después ella tendría que tumbarse sobre las mantas mugrientas, levantarse el sari y... Ya sentía de nuevo un nudo en la garganta.

CAPÍTULO 15

—¡Hola!

Karini se sobresaltó. Había recogido algunos encargos para Liv y ahora regresaba a la casa de la ciudad con la cesta grande de mimbre repleta de todo tipo de verduras cuando alguien habló a su espalda poco después de haber abandonado el mercado. Se volvió tan deprisa que tuvo que agarrar la cesta con las dos manos para que no se le cayera de la cabeza.

—Despacio —dijo alguien riendo.

La chica se esforzó por recuperar el equilibrio de su carga. Luego levantó los ojos y miró directamente al rostro del hombre joven con el que había chocado. Su corazón dio un salto y en su estómago parecieron aletear de pronto miles de mariposas.

Karini no había podido olvidar sus ojos negros, y ahora lo tenía delante.

—Hola —balbuceó.

—Ahora que hemos vuelto a encontrarnos, quizá deberíamos presentarnos. —El joven lucía una sonrisa de oreja a oreja. Depositó en el suelo la cesta de naranjas que llevaba consigo, le tendió la mano a la muchacha y se inclinó ligeramente—. Me llamo Julius.

Karini estaba atónita, nadie se había presentado nunca a ella con tanta deferencia.

—Y yo Karini —contestó, estrechándole la mano.

—Mucho gusto, mevrouw Karini.

La joven no pudo contener la risa. Tampoco nadie la había llamado «señorita» hasta entonces.

—Creo que con Karini bastará..., Julius.

—Karini... —Él la miró con sus ojos oscuros y cálidos, que, a pesar de que ya no reía, seguían brillando con picardía—. ¿Me permites acompañarte un rato?

—Con mucho gusto.

Caminaron juntos, alejándose del mercado en dirección a la ciudad. Karini se sentía cohibida, no sabía qué decir, pero Julius solucionó ese problema. Le habló del mercado, de los precios que habían alcanzado las naranjas últimamente, y se quejó del tiempo que hacía ese año.

Karini escuchaba y se atrevía una y otra vez a responder con un prudente asentimiento de cabeza. No se enteraba bien de lo que decía, por lo que se limitaba a escuchar, fascinada, el sonido de su voz cálida, a contemplar de reojo sus ojos negros que brillaban animados y la piel bronceada de su rostro. Calculaba que debía de tener un par de años más que ella, quizá había cumplido ya los diecisiete. Constató que era muy guapo, y en ese mismo momento la bandada de mariposas volvió a aletear en su estómago.

Llegaron demasiado pronto a la casa de la ciudad.

—Espera, te echaré una mano.

Julius dejó a un lado su cesto de naranjas y se acercó a Karini para ayudarla a despojarse de su cesta. Estaban muy cerca, y por un momento la chica tuvo la sensación de que iba a desmayarse. Julius le sacaba casi una cabeza y cogió su compra con sus poderosos brazos. Olía a naranjas y a agua salada. ¿Viviría junto al mar? Meditó un momento si debía preguntárselo, pero estaba segura de que de sus labios apenas saldrían unos confusos balbuceos.

—¡Que las mujeres podáis cargar esto encima de vuestras cabezas...! Yo lo intenté una vez; no me preguntes qué les pasó a las naranjas. —Depositó la cesta en el suelo y volvió a sonreír—. ¿Volverás el viernes al mercado, Karini? —preguntó en voz baja, casi con timidez.

—Sí, pero sólo por la tarde.

—Quizá... podríamos..., espero que volvamos a encontrarnos allí.

—¿Karini? —La llamada de Liv resonó desde la casa.

La muchacha se sobresaltó.

—Sí..., sería muy agradable... Quizá... Hasta el viernes..., ahora tengo que entrar en casa.

Karini recogió la cesta y se dirigió hacia la puerta de los criados. Antes de entrar en el patio, se volvió de nuevo. Julius volvía a llevar su cesto al brazo, pero la saludó con la mano. Karini no podía saludarlo, pues su cesta pesaba demasiado, pero le sonrió y luego se apresuró a entregarle las compras a Liv.

Ella la recibió con cara de escepticismo.

—¿Quién era ése?

—Ah..., lo conozco del mercado. Me ha acompañado un trecho.

Karini intentó poner cara de póquer, pero tenía el corazón en la garganta. Había concertado una cita. Volvería a verlo.

El viernes siguiente Karini necesitó un buen rato para arreglarse antes de ir al mercado. Hasta entonces siempre había salido sin más a la compra. Tanto si llevaba un delantal manchado de la cocina o el vestido con el que antes había estado en el huerto o en el gallinero de la casa de la ciudad, nunca prestaba atención a su indumentaria. Pero ese viernes volvió ex profeso a su cuarto del patio y se puso de prisa un vestido limpio.

Liv examinó a la chica con desconfianza cuando fue a recoger la cesta.

—¿Te has cambiado de ropa?

Karini se encogió de hombros con expresión de inocencia.

—Es que me acaba de caer un poco de agua y se me ha mojado el vestido.

La mirada de Liv se tornó más desconfiada aún, pues fuera amenazaba lluvia.

—Ya, claro, si tú lo dices...

Karini cogió la cesta y salió a toda prisa antes de que la mujer siguiera haciendo preguntas.

Poco después llegó al mercado sin aliento. Antes del fin de semana estaba siempre repleto de gente. La mayoría de los *blanken* tenían invitados el sábado, y la servidumbre debía bregar con largas listas de la compra. La gente se abría paso a codazos y regateaba, y los vendedores intentaban gritar más que sus competidores. Además, entre los pasillos, las mujeres con cestas a la cabeza intercambiaban las últimas noticias. El mercado era un apreciado punto de encuentro.

Karini serpenteó entre los puestos. Ese día no estaba ojo avizor para las cosas que debía comprar. Comprobó con descuido la madurez de la fruta y tampoco pagó con atención cuando los vendedores le entregaron la mercancía. Se limitaba a saludar con una breve inclinación de la cabeza, pagaba y luego volvía a deslizar sus ojos por el barullo, esperando descubrir a Julius.

—Hola, Karini. —Al final fue él quien la encontró. Apareció a su lado con una amplia sonrisa, con otro cesto de naranjas al brazo.

—Hola. —Ella sonrió con timidez. Durante toda la semana había pensado en lo que diría, pero ahora se había quedado muda.

—¿Te falta mucho por comprar? —preguntó señalando la cesta de Karini.

Ella negó como pudo con la cabeza, pues llevaba la cesta encima.

—Tienes..., quiero decir..., ¿nos vamos?... Si tuvieras tiempo, podríamos ir un rato al puerto.

—Sí, tengo tiempo —respondió Karini con voz ronca. Carraspeó y se esforzó por no dejar que se le siguiera notando el nerviosismo.

Él pareció aliviado, sus ojos negros relucían cuando la miró.

—Qué bien. Pues entonces, vamos.

Julius se abrió paso entre la aglomeración del mercado, seguido por Karini. Cuando por fin salieron de allí, ambos soltaron un suspiro de alivio.

—Tengo la impresión de que cada viernes es peor que el anterior. O el mercado se empequeñece, o cada vez viene más gente a comprar —comentó Julius mientras miraba al cielo, preocupado—. No tardará en llover de nuevo. Date prisa, Karini.

En el puerto recorrieron el largo paseo que lo bordeaba. Karini sonreía satisfecha. Antes eso habría sido una quimera, porque por allí sólo podían pasear extraoficialmente los blancos. En la actualidad, sin embargo, apenas se los veía, puesto que el puerto ya no era un lugar de especial belleza: el muelle estaba en estado ruinoso, los bancos del paseo corroídos y, a causa del mal tiempo de las últimas semanas, se veían tiradas por la zona numerosas ramas partidas y hojas de palma. Karini veía acercarse de nuevo por encima del río una densa pared de nubes que muy pronto descargarían un intenso aguacero. Pero le daba igual. Caminaba feliz al lado de Julius mientras escuchaba, cautivada, su voz. Esta vez le hablaba del puerto, de los

grandes barcos y de los pescadores. La muchacha no podía concentrarse a fondo en las historias, Julius hablaba y hablaba, y ella disfrutaba caminando en silencio a su lado.

Cuando al final le preguntó si estaba todo el año en la ciudad o venía de una plantación, ella recuperó el habla. Le habló de Rozenburg, de la plantación y de la casa de la ciudad; le contó que ella siempre estaba en la ciudad, salvo durante la temporada seca larga, cuando acompañaba a la plantación a los dos jóvenes masras.

El tiempo transcurrió demasiado deprisa, y cuando Karini oyó repicar las campanas de la iglesia, se asustó. ¡Dios mío, qué tarde era! Seguro que Liv estaría preocupada. Y aunque deseaba quedarse allí para siempre con Julius, tuvo que enfrentarse a la realidad.

—He de irme —balbuceó.

—Te acompaño.

Esperaba que él pronunciara esas palabras, y una cálida sensación de felicidad inundó su cuerpo.

Julius la acompañó hasta la casa de la ciudad. Entonces comenzó a llover a cántaros. Karini se había olvidado de cubrir las compras en la cesta y el agua se escurría entre las mimbres y caía sobre sus hombros. Pero ella apenas lo notaba.

Julius la ayudó a descargar la cesta.

La joven se disponía a despedirse de él cuando oyó su voz muy cerca de su oído:

—Karini..., la semana que viene... No sé si tendrás tiempo, pero... hay un *dansi*... A lo mejor te apetece ir.

¡Un *dansi*! Karini estalló de alegría. Cuánto tiempo hacía que no acudía a ninguno. Le encantaban esas fiestas que los negros organizaban con cualquier motivo: una boda, un nacimiento o un día en el que se celebraba oficialmente una fiesta cristiana, pero que los negros dedicaban casi siempre a sus propios dioses. Antes, su madre la llevaba con frecuencia y bailaba alrededor del fuego con los pies descalzos. Pero en los últimos años había siempre mucho que hacer en la casa de la ciudad, su madre no quería dejar solos a masra Henry y masra Martin, y en la plantación esas celebraciones se habían vuelto cada vez más escasas. ¡Y ahora Julius la invitaba a un *dansi*! Claro que quería ir, aunque estaba bastante segura de que Liv no se lo permitiría. Sin embargo, ya se le ocurriría algo. Miró a Julius a los ojos.

—Sí, con mucho gusto. ¿Cuándo será?

Él sonrió, orgulloso, a pesar de que llovía a cántaros.

—Vendré a buscarte la noche del viernes.

—Entonces, hasta el viernes.

—Hasta el viernes...

Karini no imaginaba que en ese momento eran observados desde el piso de arriba de la casa de la ciudad. No era Liv la que miraba enfadada por la ventana, sino masra Martin, que frunció el ceño enfurecido.

CAPÍTULO 16

Si las cosas seguían igual, moriría pronto. Inika estaba segura de eso a los cuatro meses de la boda. Bajo el sari estaba llena de moratones por las brutales acometidas de Baramadir, y entre las piernas le dolía más que nunca. Ansiaba que terminara aquella pesadilla, pero para eso habría tenido que escucharla alguien. Y ¿a quién podía confiarle sus penas? En cierta ocasión, haciendo acopio de todo su valor, había intentado contárselo a su madre, pero ésta la frenó en el acto con un gesto. «Eso pasará pronto, te acostumbrarás al matrimonio. Como todas nosotras», le había dicho, aunque su mirada revelaba la compasión que guardaba en su corazón.

Inika estaba muy decepcionada con ella. En lo más hondo de su corazón no creía que su padre le hiciera esas cosas a su madre, así que para Sarina era muy fácil hablar. No obstante, el hecho de que ni siquiera la escuchara supuso una puñalada para la chica, que desde entonces la evitó. Durante una temporada esperó que misi Juliette hiciera algo. Al fin y al cabo, había anunciado bien alto en la boda que no estaba de acuerdo con el matrimonio de Inika. Pero la misi estaba atravesando un embarazo difícil, por lo que apenas la veían fuera de la casa de la plantación, menos aún en el poblado de los trabajadores. Tenía náuseas, y a menudo pasaba los días en un estado de extrema debilidad que le impedía levantarse de la cama. Masra Jean, preocupado, había mandado llamar varias veces a Aniga. Inika sabía por su madre que la curandera negra había prescrito reposo absoluto para la misi. Todos en la casa obedecían estrictamente esa indicación y facilitaban el descanso a la misi. Inika no constituía una excepción.

Una solución sería escaparse, pensaba cada vez con mayor frecuencia. Pero ¿adónde? Misi Erika la devolvería, y sola en la selva apenas sobreviviría unos cuantos días.

En su pesar, Inika confiaba incluso en el pronto regreso de Karini y de los jóvenes masras. Se había sentido bien en su compañía. A lo mejor entonces contaría al menos con alguien con quien poder hablar, aunque Karini, desde luego, no podría ayudarla. Y estaba en la ciudad. Así que, ¿qué debía hacer? Inika se veía en un callejón sin salida.

No obstante, de repente, a comienzos de julio se presentó una posibilidad. Dos misioneros y dos hermanas de los Hermanos Moravos fondearon una noche con una gran barca cubierta y varios remeros y se detuvieron en Rozenburg.

Masra Jean saludó a los viajeros en el porche delantero, no sin antes disculparse por la ausencia de la misi.

—Mi mujer está embarazada y no se encuentra bien.

Inika, que desde la ausencia de Karini ayudaba a veces en las tareas domésticas, se encargó de servir bebidas a los invitados. Cuando depositó sobre la mesa la bandeja y sirvió agua con zumo de naranja de la jarra, no pudo evitar escuchar su conversación.

—Partiremos mañana con la primera marea, antes de la salida del sol. Gracias, mijnheer Riard, por habernos permitido pernoctar en su casa.

«Con la primera marea, antes de la salida del sol...» Las palabras resonaban en la cabeza de Inika. ¡A lo mejor era su oportunidad! De los nervios, se le puso la carne de gallina. Sentía escalofríos y tuvo que esforzarse para controlar el temblor de su mano.

Volvió a llevar la jarra a la cocina y, por indicación de Kiri, se dirigió a la casa de invitados a preparar las habitaciones. Inika volvió a pisar esas bonitas habitaciones por primera vez desde su llegada a la plantación Rozenburg. Las estancias limpias y las camas blancas y mullidas le recordaron dolorosamente la breve y buena temporada que había pasado con misi Erika. Esa época parecía distar una eternidad. ¿Y ahora? Ahora su vida se componía de todo lo contrario. La muchacha acarició las sábanas, amargada. Cuando terminase allí, tendría que volver a la cabaña de Baramadir. Seguro que estaría furioso por no haberla encontrado esperándolo a su regreso de los campos. Que tuviera que ayudar en la casa por orden de masra Jean no era un argumento para él. Inika se estremecía al pensar lo que le sucedería ese día. Y al siguiente. Y al otro. Y todos los demás días que pasara allí, en la plantación. Ejecutó sus tareas, pensativa; alisó de nuevo las sábanas, preparó jarras y jofainas. No, no estaba dispuesta a seguir así. Nunca más pondría un pie en la cabaña de Baramadir, nunca más sufriría esa violencia, esa humillación. Y sólo había una solución: marcharse. A lo mejor conseguía vivir en cualquier otro lugar, en una de las plantaciones del interior, o quizá en casa de misi Erika, pero aunque no lograra escapar e incluso muriera, era mejor que yacer todas las noches bajo el cuerpo sudoroso y hediondo de ese hombre. Todo en ella se resistía a la idea de permanecer un día más en Rozenburg.

Ahora, mientras preparaba las camas para los invitados, su plan tomó cuerpo en su mente. Los invitados le venían a pedir de boca. Los Hermanos Moravos eran misioneros cristianos, no le harían nada. Si Inika lograba llegar a la embarcación y marcharse muy lejos de allí...

Se apresuró a terminar su trabajo y se disculpó con Kiri, pretextando que no se encontraba bien. Con suma cautela se deslizó hasta el jardín y se ocultó detrás de unos arbustos hasta que dejó de ver a su madre y a Kiri en el porche trasero. Luego rodeó la casa de la plantación. Comprobó, aliviada, que para entonces también estaba vacío el porche delantero; seguramente masra Jean se había retirado con sus invitados al salón. Misi Juliette no había abandonado su alcoba durante todo el día, y los remeros del barco se habían marchado horas antes en dirección al poblado de los trabajadores.

Inika corrió sigilosa, protegida por las largas sombras de los arbustos y palmeras que bordeaban el jardín, hasta alcanzar la orilla del río. Allí estaba amarrado el barco techado de los Hermanos Moravos. Delante, en la proa, se apilaba el equipaje cubierto con lonas. La muchacha no tenía ni idea del destino de los misioneros, pero, como esperaban la marea, dedujo que en cualquier caso se dirigían al interior del país, y no a la ciudad.

Inika bajó resbalando con mucho cuidado sobre los pies descalzos por el talud de la orilla hasta llegar al embarcadero. Aguzó los oídos en la oscuridad y escudriñó a su alrededor. Al no oír ningún sonido humano, levantó con cuidado una de las lonas en la proa del barco. Su mirada cayó sobre unas cajas de madera y los huecos que quedaban entre ellas. ¿Y si...?

Midió el hueco con los ojos. Sí, podría valer. Lo intentaría, pero aún era demasiado pronto. Los Hermanos Moravos no zarparían hasta poco antes de la salida del sol, y Baramadir dispondría de tiempo suficiente para dar la voz de alarma. Apesadumbrada, decidió regresar por última vez a la cabaña y esperar hasta bien entrada la noche. Ésa era la condición para poner en práctica su plan.

Nunca se le había hecho tan interminable una noche. Baramadir llevaba varias horas roncando en su hamaca cuando Inika se levantó por fin muy nerviosa de su sucio lecho de mantas. Caminando a tientas, salió con cuidado de la cabaña. No se llevó nada. Porque nada tenía.

Recorrió sin problemas el camino hasta la orilla. Esperaba fervientemente que ninguno de los remeros montara guardia durante la noche y, al ver el barco solitario a la luz de la luna, respiró aliviada. Se deslizó por el embarcadero. Subió a la embarcación con cuidado e intentó meterse entre las cajas. El hueco era muy estrecho, pero al final consiguió apartar un poco el equipaje. Junto a las cajas había sacos de trigo o de arroz. Inika tiró de ellos. Pesaban mucho, pero al final consiguió colocar un saco delante del hueco en el que se había metido, de forma que no la descubrieran aunque levantaran un poco las lonas. Le temblaba todo el cuerpo por el esfuerzo y acechaba en medio del silencio.

El tiempo que tardó en subir la marea le pareció interminable. Estaba dolorida por la posición tan forzada. Pero después todo ocurrió muy deprisa. Sonaron voces, tabletearon los remos, el barco osciló y comenzó la travesía. Inika sintió que le quitaban un peso de encima. Qué miedo tenía de que descubrieran su desaparición antes de que zarparan los Hermanos Moravos. Ahora confiaba en que transcurriera el mayor tiempo posible hasta que Baramadir bajara de su hamaca.

Muy pronto, sin embargo, la felicidad de Inika cedió ante la torturadora certeza de que había cometido un error. No había pensado en llevar bebida y comida, bajo las lonas hacía un calor sofocante, y muy pronto tuvo la garganta seca. La torturaba una intensa sed, y puso sus esperanzas en la primera parada. Al anochecer del primer día, el barco volvió a atracar por fin en el embarcadero de una plantación. Esta vez los remeros se quedaron cerca. Inika oyó sus voces y sus ronquidos, mas a pesar de su

sed abrasadora no se atrevió a salir de su escondite. Al día siguiente, se dijo para darse ánimos, tendría más suerte. Pero las cosas no mejoraron; al contrario, esa noche pareció incluso que todos los pasajeros durmieron en el barco en lugar de bajar a tierra. Inika tenía la sensación de que se estaba secando, y su estómago soltaba unos gruñidos tan fuertes que los oirían por fuerza todos los del barco. El día fue más caluroso aún. A la mañana siguiente volvió a abrir brevemente los ojos para contemplar la oscura lona; a continuación, perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 17

—¡Jean, Inika ha desaparecido! —exclamó Julie, muy alterada.

Sarina acababa de contarle lo sucedido por la mañana en el poblado de los trabajadores. Baramadir, fuera de sí, registraba cada cabaña y cada rincón en busca de su mujer, loco de rabia.

Julie había tenido un mal presentimiento desde el principio, y en reiteradas ocasiones había manifestado sus dudas sobre ese enlace. Pero Jean la había advertido varias veces de que no se entrometiera en ese asunto ni tratara de imponer su cultura a los indios. Ahora ella se lo reprochaba. El embarazo era una fuente de complicaciones y requería de toda su fuerza, pero que hubiera perdido completamente de vista a la joven india... En los últimos meses había descuidado demasiado a los trabajadores, sobre todo a Inika.

Su esposo, sentado a la mesa del desayuno, frunció el ceño cuando Julie le trajo la noticia.

—¡Jean, tenemos que buscarla! Reúne a unos cuantos hombres.

Pero él no hizo ademán de levantarse. A juzgar por las arrugas de su frente, parecía reflexionar. Julie sabía que era mejor no apremiarlo, pero la espera casi le hizo perder la razón. Al final, dijo con voz serena:

—Siéntate, Julie, piensa en el bebé. No debes alterarte...

Julie no daba crédito a sus oídos. ¿Había desaparecido una joven y él le pedía que se sentara?

—¿Que no me altere? Jean, la chica se ha escapado. ¡Tenemos que hacer algo!

Ella lo miraba desafiante, pero los ojos de su marido le revelaron que no estaba ni de lejos tan indiferente como aparentaba. Al contrario, estaba tenso.

—Tras una larga reflexión —tragó saliva—, he de admitir que fue un error permitir esa boda.

—Tu reconocimiento acaso llegue un poco tarde —dijo Julie cansada, antes de tomar asiento.

El bebé había comenzado a patallar en su vientre. Si el niño iba a ser tan salvaje como se mostraba ahora... Colocó sus manos con cuidado sobre su barriga e intentó tranquilizarlo.

Jean se levantó y acto seguido se acuclilló junto a su silla. Llevaba la preocupación escrita en la cara.

—¿Todo en orden?

—Sí, es que... el bebé patalea con tanta fuerza... —Ella le tomó la mano y la colocó encima de su vientre. Al momento notó una fuerte patada en ese lugar.

Jean soltó una risita.

—Vaya, vaya, parece ser que hoy está muy enfadado.

De repente la furia de Julie se disipó. Contempló a su marido con ternura. Sabía que no le resultaba fácil dirigir la plantación con la severidad necesaria, pues en el fondo de su corazón era un hombre bondadoso. Siempre era justo con sus trabajadores y gozaba de un enorme prestigio. Caminaba por una cresta muy estrecha. Precisamente los momentos de agitación como la boda de Inika requerían actuar con severidad y decisión. En ese instante comprendió que Julie se había puesto en peligro con una actuación desatinada. Sólo había querido ponerla a salvo. Había actuado a favor de ella, no contra Inika. Y ahora esta última había desaparecido.

—Jean, por favor, tenemos que buscarla.

Su marido no contestó. Suspirando, apoyó la cabeza en su regazo mientras su mano acariciaba con ternura su vientre abombado. Ella disfrutó de esos momentos de cercanía que habían escaseado mucho en los últimos tiempos y le acarició los cabellos.

—Julie, yo... Quizá sea mejor que no la busquemos —musitó finalmente con aire conspirador.

—¿Qué? —Julie creyó que había oído mal.

Jean levantó entonces la cabeza con cuidado y la miró.

—No podemos ayudarla: sus padres la han entregado como esposa a ese tipo. Si regresa, todo continuará indefinidamente y...

Julie siguió su mirada hasta su vientre hinchado. Luego colocó su mano encima de la de él. Los pensamientos revoloteaban en su cabeza. ¿Qué habría tenido que soportar esa pobre chica con ese hombre durante los últimos meses? Ella misma se había casado también con un hombre que ni la amaba ni... Pero entonces tenía dieciocho años. Y lo que le había sucedido tras la boda la había hecho dudar durante mucho tiempo de que hubiera hombres en el mundo que trataran con delicadeza a las mujeres.

—Pero es que es tan joven todavía... Y está sola ahí fuera. ¿Quién sabe...? La selva es peligrosa.

La idea le desagradaba, aunque era consciente de que Jean tenía razón: el regreso de Inika habría significado prolongar su sufrimiento.

Su esposo pareció adivinar sus pensamientos.

—Es una chica lista, seguro que lo conseguirá. Creo que, esté donde esté, estará más segura que con el tal Baramadir.

Julie suspiró. Cualquier cosa era mejor que dejar a la joven en manos de semejante individuo.

—De acuerdo, pero a pesar de todo deberíamos informar a Erika, por si Inika se presenta en la ciudad. Al fin y al cabo, la chica siempre ha confiado en ella. Y también deberíamos avisar a Dany, por si consigue llegar a un poblado cimarrón.

Jean le dedicó una mirada de agradecimiento.

—Sí, eso haremos. Pero oficialmente no la buscaremos.

La noticia de que no se destinaría un solo trabajador a la búsqueda de la joven provocó una rebelión en el poblado de los indios. Mientras que Kadir, el padre de Inika, se contuvo, Baramadir se abalanzó sobre Jean y tuvo que ser detenido con esfuerzo por dos hombres. Julie observó lo sucedido desde una distancia prudencial. La falta de respeto de Baramadir, su agresividad y predisposición a la violencia la aterraban. ¿Qué pasaría si ese tipo se marchaba a buscar a Inika? No acertaba a imaginar lo que sucedería si la encontraba...

—Está preocupado por si exigimos la devolución de la dote en caso de que Inika no regrese —susurró Sarina, que observaba la discusión de los hombres en compañía de Julie.

La misi le había explicado a Sarina con la mayor objetividad posible que no se organizaría ninguna búsqueda de Inika. La mujer india sollozó con fuerza, pero poco después asintió. Su mirada denotaba alivio. ¡Qué torturas debía de haber sufrido Inika! Desde la boda, Sarina se había distanciado mucho de Julie. Ésta no sabía si se había enfadado con ella por no haberla ayudado o si Sarina estaba disgustada por el comportamiento de su hija en la boda. Nunca habían hablado del asunto, pero algo se interponía entre ambas.

Volvieron a resonar fuertes voces procedentes del poblado. Baramadir estaba tan alterado que Jean tuvo que ordenar que lo llevaran a su cabaña. Lo puso bajo arresto y luego habló con Kadir.

Cuando un buen rato después se reunió con las mujeres, negó con la cabeza resignado.

—Ese hombre está fuera de sí...

A la mañana siguiente, al alborear el día, Sarina entró de nuevo en tromba en la casa de la plantación. Gritaba tan fuerte que Julie, Jean y Kiri acudieron presurosos. Las ropas de Sarina estaban salpicadas de sangre, y también sus manos, que levantaba una y otra vez entre chillidos y llantos, estaban teñidas de rojo.

Kiri fue la primera en sobreponerse. Sacudió a Sarina agarrándola por los hombros.

—¿Qué ha pasado, Sarina? ¿Qué ha pasado?

Pero sólo consiguió oír una suerte de balbuceo.

—Kadir... Baramadir... —La india cayó de rodillas.

Jean soltó un denuesto y salió corriendo de la casa por la puerta trasera vestido únicamente con los pantalones.

Julie y Kiri se ocuparon de Sarina.

—Él... él se ha presentado sin más en nuestra cabaña y... —A Sarina se le quebró la voz.

Tras lo que les pareció una eternidad, Jean regresó a la casa de la plantación. Julie y Kiri habían llevado a Sarina al salón. La mujer tenía la mirada perdida y su cuerpo se estremecía con ruidosos sollozos.

El torso desnudo de Jean estaba cubierto de sangre, y no paraba de limpiarse las manos una y otra vez en el pantalón. Sólo negaba con la cabeza, pero sus ojos lo dijeron todo, antes incluso de comenzar a hablar.

—Sarina..., lo siento. Kadir ha muerto. Baramadir lo ha..., seguramente con el cuchillo... La garganta...

Sarina se echó a llorar.

Julie se quedó horrorizada. No daba crédito a lo que acababa de oír. Nunca se había imaginado que los enfrentamientos por Inika acabarían así. Pero tenía un mal presentimiento.

—¿Qué... qué ha sido de Baramadir? —preguntó en voz baja.

Su esposo se encogió de hombros.

—Kadir... tenía a su lado su propio machete, y delante de la cabaña también había mucha sangre... pero él ha desaparecido.

—Dios mío. —Por un momento Julie tuvo la sensación de que el suelo se hundía bajo sus pies.

En los días posteriores numerosos trabajadores buscaron a Baramadir, pero su rastro se perdía al borde de la selva. La tercera noche, los hombres abandonaron la búsqueda.

Julie esperaba todas las noches en el porche el regreso de Jean para que la informara de la búsqueda.

Sentada en el suelo, Kiri hacía compañía a la misi como antes, cuando era su esclava personal. Nunca se habría atrevido a sentarse en una silla al lado de ella. Como la misi callaba y contemplaba el río pensativa, Kiri también guardaba silencio. Estaba muy preocupada por ella. En su estado, tantas emociones no eran buenas. Pero Kiri aún estaba más preocupada por Inika.

La espesa niebla nocturna ascendía lentamente por el río, y los últimos rayos del sol hacían bailar en la superficie una miríada de pequeñas estrellas. Kiri dirigió la mirada hasta el lugar en el que el barco de los Hermanos Moravos había estado fondeado tres días antes, y un recuerdo cruzó como un relámpago por su mente.

En su infancia, ella misma había huido de una plantación, de los cimarrones rebeldes que la devastaron, mataron al masra de entonces y se llevaron a los hombres y a las mujeres de los esclavos. Tras correr hasta el río aterrorizada, se escondió bajo la lona de una de las barcas. Eso le salvó la vida. De pronto una sonrisa afloró al rostro de Kiri. Intuía cómo Inika había logrado escapar de la plantación.

El masra llegó al porche a buen paso. Su expresión no auguraba nada bueno.

Cuando dijo que no seguirían buscando, súbitamente misi Juliette rompió a llorar.

—Pero, Jean, como siga vivo y encuentre a Inika...

Él asintió con la cabeza.

—He hablado con Dany y su opinión coincide punto por punto con la mía. No puedo mandar más trabajadores en su busca sin poner en peligro la próxima cosecha. Sin embargo, me ha prometido reclutar a algunos hombres del poblado cimarrón para la búsqueda. Seguro que ellos la encontrarán. Y, desde luego, antes que Baramadir.

Kiri soltó un suspiro de alivio. Si alguien conocía la selva, eran los cimarrones. Su marido Dany haría todo lo posible por dar con la joven. Kiri luchaba consigo misma. En realidad no debía hablar si no le preguntaban, y tampoco estaba segura de cómo reaccionaría el masra; por otra parte, el bienestar de Inika le interesaba sobremanera. Pero después de una profunda reflexión creció en ella la convicción de que su sospecha inicial relativa a la huida en el barco no iba en modo alguno descaminada. Hizo acopio de todo su valor.

—Masra..., dígale a Dany que sus hombres deben buscar río arriba.

El masra se volvió hacia ella. Kiri comprobó, aliviada, que sus ojos no traslucían ira o irritación, sino más bien curiosidad.

—¿Cómo dices? ¿Sabes algo, Kiri? ¡Habla! —la apremió.

—No, masra, yo no sé nada —contestó ella con sinceridad, y decidió redoblar su intento—. Pero tal vez... Los misioneros partieron hace tres días.

El masra pareció sorprendido.

—Es una posibilidad, por supuesto —dijo vacilante—. Pero los misioneros se dirigen a la misión de Berg en Dal, y los cimarrones no buscarán a Inika allí —repuso con un suspiro.

Kiri sospechaba lo mismo. Los cimarrones resistían con éxito todos los intentos de los misioneros y evitaban todo cuanto tuviera relación con ellos.

—Jean, si Inika está allí, tenemos que buscarla nosotros. —La voz de misi Juliette sonaba suplicante, y Kiri también confiaba en que su esposo procurara convencer a los cimarrones de que al menos lo intentaran.

Éste miró a su mujer, enternecido.

—Julie, si Inika se ha ido de verdad con ellos a Berg en Dal, allí estará a salvo —dijo con delicadeza—. Si sigue vivo, Baramadir jamás llegará tan lejos a pie. Aunque consiga un barco, no lo logrará solo: la misión está a varios días de distancia río arriba. Nosotros la encontraremos antes que él. —Se interrumpió—. ¿Te sientes bien, Julie? Estás pálida.

Kiri percibió la inquietud que latía en su voz y contempló, preocupada, a la misi. Ésta no pareció oír las palabras de su marido, gimió suavemente y se sujetó la espalda con expresión de dolor. De repente parecía agotada. En los últimos días había visitado con mucha frecuencia a Kiri para preguntarle por Sarina. Kiri le estaba agradecida por ello, pues sabía que la presencia y el apoyo de la misi le habían hecho bien a la mujer india. Pero no le había pasado desapercibido que la preocupación por Inika y

Sarina había consumido las fuerzas que ahora le faltaban a la misi, al final de su gestación. Era evidente que estaba extenuada. En cuanto se levantó pesadamente de su silla, comenzó a tambalearse.

Kiri se acercó de un salto y la sostuvo, masra Jean también la sujetó.

—Vamos, te llevaré arriba.

Las mujeres no sospechaban que la expresión de desasosiego en el rostro de Jean no se debía solamente al temor por la joven y a la preocupación por Julie. Le inquietaba además una mala noticia, pero había decidido que ésta podía esperar unos días, hasta que los ánimos se hubieran calmado un poco, pues podía desencadenar graves consecuencias. Con sumo cuidado ayudó a su mujer a caminar hasta su dormitorio. En cuanto Julie se acostó en la cama, se iniciaron las contracciones. En lugar de reposo, ahora la esperaba un parto agotador.

CAPÍTULO 18

Karini siguió a Julius por las calles, muy lejos, hacia las afueras, hasta que llegaron a un barrio habitado fundamentalmente por negros. Oyó tambores lejanos y, cuando se aproximaron, el canto y la música se mezclaban en un ritmo seductor que la atraía mágicamente. En las últimas semanas había acompañado varias veces a Julius a diferentes *dansi*, y cada vez le gustaban más. No sólo por Julius, sino también porque el baile la fascinaba. Al compás de la música junto al fuego, sus piernas parecían independizarse, su cuerpo seguía el ritmo durante horas y horas, olvidando el mundo que la rodeaba.

—*Tongo! Tongo!* —gritaba la gente; todos cantaban y bailaban.

Y después, cuando Julius la miraba a la luz de la lumbre con sus ojos negros, la cogía de la mano y se la llevaba, sentía un nudo en la garganta y se mareaba por la felicidad.

Ahora regresaba a la casa de la ciudad a altas horas de la noche, profundamente satisfecha y enardecida. Bromeaba en voz baja con Julius, que le cogía la mano, lo que volvió a provocar ese cálido hormigueo en su vientre. A Karini le gustaba su cercanía y añoraba ya la próxima cita, pero los días intermedios le parecían siempre interminables. Únicamente podían verse los viernes en el mercado, donde luego acordaban una cita secreta para otra noche de esa misma semana.

Se demoraron un rato ante la puerta del patio. Julius soltó su mano y, acercándose mucho a ella, jugueteó con su pelo. La joven se dejaba hacer, notaba los dedos masculinos acariciando con suavidad su cabeza, el calor del cuerpo del joven pegado al suyo. Excitada por el ritmo de la música, que seguía vibrando en su cuerpo, y por el poder de sus apasionados sentimientos, se puso de puntillas y lo besó. Mientras su boca rozaba la de él, a Karini la asaltó la súbita idea de que estaba cometiendo una equivocación, pero el deseo de sus labios carnosos y blandos, que experimentaba desde hacía mucho tiempo, fue más fuerte. En un primer momento Julius pareció desconcertado, pero luego le devolvió el beso. Karini tuvo la sensación de que el fuego alrededor del que habían bailado antes se reavivaba en su interior y sintió calor; luego la inundó una agradable calidez, y por un momento creyó que el suelo se abriría bajo sus pies, tan mareada se sentía.

—Tengo que irme —musitó.

Julius asintió y, a modo de despedida, le acarició la mejilla con ternura.

—Nos veremos pronto.

—Sí. —Ella apretó la mano contra su mejilla y luego dio media vuelta.

Luego se coló, feliz, por la puerta del patio trasero de la casa.

Se llevó un susto de muerte cuando en la esquina alguien la agarró del brazo y tiró de ella.

—A ver, ¿de dónde vienes? ¿Quién era ése? —La voz de masra Martin penetró queda y amenazadora en sus oídos.

La muchacha no daba crédito.

—¿Qué haces aquí?... Eso a ti no te importa.

—¿No? Pues yo creo que sí. De todos modos..., tú...

Karini notó que su sorpresa inicial se transformaba en ira. ¿Qué pretendía?, no tenía que rendirle cuentas de lo que hacía en su tiempo libre.

—De todos modos, ¿qué? —replicó—. Es noche cerrada. ¿Qué haces tú aquí fuera?

Aunque..., ¿qué pasaría si informaba a Liv de su salida nocturna? Karini nunca había pedido permiso, pues siempre había abandonado la casa a escondidas, a veces con un pretexto manido, y hasta entonces jamás había tenido la impresión de que Liv sospechara de sus salidas.

Masra Martin la arrancó de sus pensamientos.

—¿Era tu novio?

—No... Sí... Tal vez —Ni siquiera ella lo sabía bien.

¿Tenía novio? El caso es que Julius la había besado, ¿o para eso había que besarse más veces? Todo daba vueltas en su cabeza.

—No quiero que salgas con desconocidos —oyó que musitaba con voz seria masra Martin.

La muchacha no daba crédito a sus oídos, y estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Y eso por qué? ¿Porque soy vuestra criada negra?

Ella misma percibió el tono cínico de su voz. Pero eso exactamente era lo que sentía. En los últimos meses, masra Martin, en lugar de tratarla con amabilidad, la había humillado continuamente en presencia de otros *blanken*, aunque no de un modo tan terrible como en el patio del colegio. Incluso cuando estaba a solas con masra Martin y masra Henry, él le había dado órdenes que cuestionaba hasta su hermano. Sabía que su contestación era descarada; al fin y al cabo, era de verdad su criada, y no tenía derecho a hablar así con su masra. Temía haberlo enfadado con su comentario cuando reparó, asombrada, en que él mantenía la mirada gacha mientras respondía.

—No. No porque seas... nuestra criada, Karini, sino porque... porque... —se interrumpió.

La chica lo observaba asombrada, hacía mucho que no se mostraba inseguro con ella. Interesada, esperó a que prosiguiera.

—Karini, yo creía... yo creía que eras... nuestra..., mi amiga... —concluyó por fin con voz vacilante.

La miró con ojos suplicantes y ella contuvo la risa. Claro que eran amigos, siempre lo habían sido, pero en los últimos tiempos su comportamiento había

menoscabado su amistad. Y la culpa era exclusivamente suya, pues no le prestaba la menor atención o la humillaba, reducía una y otra vez su relación al color de la piel y no se cansaba de invocar su superioridad social.

¿Cómo podía pensar seriamente que semejante conducta no provocaría un cambio en su amistad? De repente se le ocurrió una idea. Sólo había una explicación para su pregunta.

—¿Acaso estás... celoso? —preguntó, sorprendida.

Su tímido silencio fue muy elocuente, y esquivó su mirada.

Karini tragó saliva. Que masra Martin..., ¡con eso no contaba ni de lejos! Pero si él de verdad..., ¿por qué entonces la desairaba? Claro que ella lo quería, una vez incluso había sentido en su presencia el mismo cosquilleo que Julius acababa de despertar en su interior. Julius..., masra Martin..., en la cabeza de Karini los pensamientos se atropellaban, enloquecidos.

La chica no sabía qué decir, y también masra Martin parecía haber perdido el habla. Al final carraspeó. Su mirada seguía fija en el suelo cuando dijo:

—En realidad te he esperado porque quería comunicarte que mañana temprano comenzaremos a hacer las maletas. Regresamos a la plantación.

Karini se quedó muy sorprendida.

—¿A Rozenburg? Pero si todavía faltan unas semanas... ¿Por qué?

—La tía Juliette ya ha dado a luz. El tío Jean ha enviado un mensajero y permite que partamos antes, también debe de haber enviado una carta al colegio. Como es lógico, Henry ansía ver a su hermanita, y desea partir mañana mismo.

—Sí, pero...

CAPÍTULO 19

¡Qué pequeños eran sus deditos, qué delicada nariz, y qué decir de la pelusilla que cubría su cabecita! Julie no se cansaba de mirar al pequeño milagro que sostenía en sus brazos. Helena... Julie había puesto a su hija el nombre de su madre.

—¿A que es preciosa?

—Igual que tú. —Jean acarició con ternura la cabecita de su hija de pocos días de edad.

Todo había sucedido muy deprisa. Tras el nacimiento de la niña, Julie estaba bien, pero agotada. Dormía mucho, amamantaba a la niña y disfrutaba de la cercanía de la recién nacida, comprobando con alivio que iba reponiéndose poco a poco.

Sabía que Jean había estado muy preocupado. Desde el parto irrumpía varias veces cada hora en la habitación para preguntar si todo iba bien. «Pero, Jean, ¡si acabas de irte hace unos minutos! Sí, todo va bien.» Julie se reía, pero se sentía muy conmovida. El pequeño y tierno bebé que sostenía entre los brazos confundía a Jean. Tenía una expresión desvalida y perdida, y él deseaba protegerlas y cuidarlas cada segundo. En los últimos días el milagro del nacimiento de Helena lo había cautivado por completo. No obstante, había llegado el momento de devolverlo a la realidad.

—¿Has enviado a los hombres a buscar a Inika?

La expresión de su esposo le reveló en el acto que no se había equivocado en sus apreciaciones: no había hecho nada.

—¡Pues hazlo! Ya ha pasado demasiado tiempo.

—Ya la encontraremos, por el momento lo importante es que tú te recuperes y la niña esté bien.

Julie desechó sus argumentos.

—Estoy bien. No estoy enferma, he tenido un bebé y, además..., tanto si estoy en la cama como si no, los hombres pueden remontar el río, eso no tiene nada que ver conmigo.

—De acuerdo. Esta tarde me ocuparé del asunto —contestó Jean.

Luego sus ojos brillaron y Julie lo miró con curiosidad. Él sonrió.

—Ah, sí..., una cosa más... —añadió con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Hoy llegan a casa los chicos!

Julie no daba crédito a sus oídos.

—¿Henry y Martin? ¡Pero si todavía no estamos en agosto! —miró agradecida a su marido, que le sonreía con cariño.

—En diciembre, Henry habría preferido quedarse aquí, y ahora se muere de ganas por conocer a su hermana.

Al pensar en su hijo, Julie no pudo evitar una sonrisa. Tras su accidente había

estado muy preocupado, hasta su partida apenas se había apartado de su lado y en los últimos meses le había escrito casi todas las semanas. Julie temía que Henry estuviera celoso del bebé, pero a sus dieciséis años parecía estar encantado con su papel de hermano mayor. Martin, por el contrario, había recibido la noticia del embarazo de Julie con escasa alegría. Julie, sin embargo, no estaba acostumbrada a las efusiones sentimentales de Martin. Jean había descrito su actitud con una frase lapidaria: «Martin tiene diecisiete años y quiere ser un hombre fuerte».

Después de atracar el barco que traía a Martin, Henry, Liv y Karini, fue Henry el primero en irrumpir en la alcoba de Julie. Cuando se dio cuenta de que no había llamado a la puerta, ya estaba en la habitación. Balbuceó una disculpa.

Su madre se echó a reír.

—Anda, ven aquí. Ya sé que te mueres de curiosidad.

Helena reposaba en brazos de Julie dentro de una nana blanca, apaciblemente dormida. En los últimos días había pensado varias veces si el pequeño remolino que había dado tantas patadas en su vientre se había tranquilizado al ver la luz, o si el bebé sólo estaba descansando un ratito. Esperaba que Helena se criara tan fácilmente como Henry. Su primogénito había sido siempre un bebé muy tranquilo que observaba con sus ojazos el mundo que lo rodeaba.

¡Qué mayor se había hecho Henry! En los últimos seis meses en la ciudad parecía haber madurado mucho. Se acercó sin hacer ruido a su cama. Cuando besó al bebé en la mejilla, le brillaban los ojos. Luego la contempló embelesado.

—Es diminuta —se asombró.

Helena estiró los bracitos en sueños. Henry miró a Julie, interrogante. Su madre asintió sonriendo.

—Sí, puedes acariciar a tu hermana.

Con gesto vacilante, Henry rozó con la yema de su dedo la manita del bebé. Ésta, de manera refleja, se acercó al dedo y lo agarró.

—Oh...

—Fíjate, Henry, ¿lo ves? Tu hermana ya te tiene en un puño. —Julie rió.

Henry sonrió, absorto, se sentó en el borde de la cama y sostuvo paciente con su dedo la manita de la pequeña.

Un poco más tarde llamaron a la puerta y, a invitación de Julie, los demás recién llegados entraron en la habitación. Karini y Martin caminaban indecisos detrás de Liv.

—¡Misi, es una preciosidad! —El retraimiento de Karini desapareció en cuanto vio al bebé, y se puso en cuclillas al lado de la cama.

Martin se quedó a los pies y se limitó a saludar con una breve inclinación de la cabeza. La mirada con que contemplaba a la pequeña en brazos de Julie denotaba un punto de desconfianza. Julie decidió no entrar en detalles.

En la estancia reinó un silencio reverencial y, cuando unos segundos después entró Jean, Julie tuvo que contener las lágrimas. Toda la familia la rodeaba a ella y a su hija, constató henchida de felicidad.

Jean carraspeó, rompiendo así la magia del momento.

—Mañana temprano partirán cuatro hombres en busca de Inika.

Martin, Henry y Karini miraron a Jean, atónitos.

—¿En su busca? ¿Por qué? ¿Es que se ha ido? —preguntó Henry.

Jean le dirigió una penetrante mirada.

—Sí —contestó muy serio—, pero es una larga historia. Os la contaré en cuanto bajemos, ahora dejemos dormir un poco a Julie y a Helena.

Su esposa lo miró con gratitud. Se sentía aliviada porque al fin se iniciaba la búsqueda de Inika. Sabía que Jean enviaba a esos hombres sobre todo por ella, pues él opinaba que la joven llevaba mucho tiempo a salvo.

Como si hubiera adivinado que estaba a punto de quedarse sola con su madre, Helena empezó a berrear..., señal inequívoca de que tenía hambre.

CAPÍTULO 20

Karini se quedó horrorizada cuando masra Jean refirió en el salón lo que había sucedido en la plantación durante su ausencia.

—¿Y su padre ha muerto? —Masra Henry también parecía consternado.

—Sí —asintió masra Jean.

—¿Habéis encontrado al otro tipo? Porque a ese hay que... Si ha abandonado la plantación..., ¡eso está prohibido! —Masra Martin parecía más desconcertado que aterrado. Que los trabajadores fueran capaces de semejante comportamiento parecía asustarlo más que el hecho de que hubiera habido un muerto.

—Suponemos que resultó gravemente herido. Creo que no habrá llegado muy lejos. Y si Kiri tiene razón e Inika se marchó a escondidas con los misioneros a Berg en Dal, allí estará segura. Aunque si se dirigió a la selva por propia iniciativa...

—¡Dios mío, entonces no habrá llegado lejos! —Masra Henry concluyó la frase y se levantó de un salto—. Tenemos que buscarla, averiguar si llegó a Berg en Dal.

—Ya he dicho que mañana enviaré a unos hombres.

—Yo los acompañaré. —Masra Henry inclinó la cabeza para reafirmar sus palabras.

—Henry, ¿no crees que es mejor que te quedes aquí? Piensa en la inquietud adicional que eso supondrá para tu madre, no le hará ningún bien.

Masra Henry torció el gesto pero levantó las manos, resignado.

Karini seguía la discusión como desde lejos. Un pensamiento que había surgido en su cabeza reclamaba toda su atención. La decisión que tomó no le resultó fácil, pero era la correcta.

—Yo... yo podría acompañarlos —musitó por fin.

Masra Martin soltó una carcajada.

—¡Claro que sí, y quizá incluso detener a ese fugitivo!

Masra Jean negó con la cabeza.

—No. Además, en principio, la búsqueda de Baramadir es secundaria. Creo que, si lo encontramos, será muerto —dijo y, a continuación, miró interrogante a Karini.

—Por casualidad... ¿no irá también mi padre? —se preguntó la chica en voz alta.

—Sí, él formará parte del grupo. Pero ¿hablas en serio? Quiero decir..., ¿acompañarías a los hombres? Porque temo que Inika se esconda cuando la descubramos. Sin embargo, a ti te conoce, y creo que confía en ti. —Suspiró—. Sin duda no será fácil explicarle lo que ha sucedido..., pero no puedo permitir que vaya su madre: está muerta de pena y de preocupación, no quiero correr riesgos.

Karini intuía que al masra no le había resultado fácil pronunciar esas palabras. Casi parecía agradecerle su ofrecimiento..., y la gratitud era una sensación que los

sirvientes experimentaban en muy pocas ocasiones. La muchacha se sintió halagada.

—Sí, claro que sí, masra, los acompañaré encantada.

Pero lo que más le pesaba eran los remordimientos. Al fin y al cabo, ella se había enterado antes que Inika de los planes de boda. Y no había contado ni una palabra. ¡Si hubiera dicho algo, a lo mejor no habría terminado todo de un modo tan atroz! Pero ¿por qué había huido Inika? Karini suponía que había sucedido algo terrible. La india era más bien miedosa, y además no conocía muy bien el país... Si se había visto obligada a huir sola, tenía que deberse a otros motivos.

Mientras sus pensamientos revoloteaban alrededor de Inika, oyó en segundo plano una discusión de masra Martin con masra Jean sobre lo que había que hacer con Baramadir si lo encontraban con vida.

—Estará muerto, Martin. Tú sabes lo peligrosa que es la selva. Si no fuera así, habría que llevarlo a la ciudad y entregarlo a la policía. Ya no podemos actuar como antes... ¿Cómo se te ocurre siquiera? Los tiempos en los que se podía juzgar a los esclavos fugados pasaron hace ya mucho. Y punto.

Las enérgicas palabras del masra devolvieron a la realidad a Karini, que miró con desconfianza a masra Martin. Éste acababa de sugerir en serio que capturasen a Baramadir y lo azotasen atado a un árbol. Era justo en esos momentos cuando Karini sentía miedo de él.

A la mañana siguiente, Karini junto con Dany, su padre, y otros tres hombres, subió con un pequeño hatillo al barco para buscar a Inika río arriba. Masra Henry también se presentó en el embarcadero. A Karini casi lo divertía la preocupación del masra, que llevaba varios minutos hablándole con insistencia.

—¿Estás segura de que lo conseguirás? —le preguntó por enésima vez.

—Masra Henry..., ahí fuera me oriento mejor que todos vosotros juntos. Además, me acompañará mi padre. No me pasará nada. Sólo quiero encontrar a Inika y devolverla a Rozenburg sana y salva. La pobre ni siquiera sabe distinguir una liana de una serpiente.

En realidad Karini no tenía ganas de bromear, pero no quería que masra Henry percibiera su nerviosismo. Sobre todo porque a los hombres del grupo de búsqueda la chica india les importaba un bledo; para ellos esos días eran más bien un agradable tiempo de ocio. No era un secreto que nadie en el poblado de los trabajadores creía capaz a Inika de huir en el barco de los misioneros, y mucho menos de haber sobrevivido más de dos días fuera de la plantación.

Cuando los hombres dirigieron el barco desde el embarcadero hacia la corriente del río, Karini volvió a saludar con la mano a masra Henry.

Ahora dependía de ella encontrar a Inika.

CAPÍTULO 21

Julie estaba preocupada. Cuando Jean le contó que Karini se había puesto en camino con los hombres, lo miró de hito en hito. La noche anterior habían discutido esa cuestión durante mucho tiempo, y Jean no había conseguido disipar sus dudas.

—No sé si está bien que hayamos dejado marchar a Karini. Ella también es demasiado joven.

Jean le dirigió una mirada de cariño.

—La acompaña su padre, y ella se las arregla ahí fuera mejor que cualquier blanco y que muchos negros. Tiene muchísima experiencia gracias a su padre y a su abuelo. Karini es fuerte y lo conseguirá. Confío en ambos. Dany velará para que el viaje sea seguro, e Inika confiará en la chica cuando se encuentren.

Julie asintió dubitativa, pero el mal palpito no la abandonó. Apoyó su mano en la de Jean. Cuando lo miró a los ojos, a pesar de todas sus afirmaciones, vio en ellos una repentina preocupación.

—¿Va todo bien? —preguntó con cautela.

Jean suspiró y se sentó en el sillón junto a la cama de su esposa. Durante un momento, Julie tuvo la impresión de que no reparaba en ella ni en Helena, que permanecía en brazos de su madre tranquila y saciada.

Entonces él pareció recordar.

—Julie, aún tengo que decirte algo —comenzó con un titubeo—. La carta llegó hace algunas semanas, pero...

—¿Qué carta? —Julie se despertó de golpe.

¿Una carta del banco que les había prestado dinero para la plantación? ¿Algún asunto de la administración colonial?

—De los Países Bajos —añadió Jean.

A Julie se le heló la sangre en las venas.

—¿De los Países Bajos? —preguntó con voz entrecortada.

Eso sólo podía significar una cosa... ¿Volvía Pieter? El pánico se adueñó de ella, cogió aire e iba ya a explicarle a Jean todo lo que tendrían que esperar al regreso de Pieter, pero él se le anticipó.

—Es que... tu tío... ha muerto.

—¿Mi tío?

La noticia la desconcertó. Estuvo a punto de soltar una carcajada de alivio. Desde luego, en cierto sentido era triste, pero Jean tenía que saber que ella no había estado unida a su tío ni tampoco había mantenido el menor contacto con él. La verdad es que no era motivo para mostrarse tan cariacontecido como su esposo en esos momentos.

—Seguramente es trágico, pero llevo muchos años sin tener contacto con él, lo

sabes de sobra. ¡Así que no pongas esa cara!

—Pero es que... la carta es de un notario. Se trata de la herencia.

¡Claro! La herencia. Julie se encolerizó. Siempre que su tío aparecía en escena había dinero de por medio. Incluso ahora, después de su muerte. En su día, Karl se había casado con ella por su cuantiosa herencia, y en ese matrimonio concertado tampoco a su tío le importó su bienestar, sino únicamente su beneficio personal. Por entonces Julie aún no había cumplido veintiún años y no pudo disponer de sí misma. Karl invirtió entonces una gran parte del dinero en la empresa de su tío, de modo que el negocio resultó muy lucrativo para ambos hombres.

Jean la sacó de sus recuerdos.

—Sea como fuere, al parecer tu tío invirtió en su empresa parte de tu fortuna, y ahora el notario dice que tu primo está dispuesto a entregarte de buen grado lo que te corresponde.

Julie se quedó sin habla. Con eso no contaba. ¿Su primo? Wim, sí, lo recordaba perfectamente. Era algo más joven que ella y el único de toda la familia al que ella había querido entonces. Sus dos hermanas mayores eran unos bichos insufribles, y su madre, una matrona despótica. Wim, por el contrario, siempre se había comportado correctamente con ella; el día de su partida, en el puerto de Ámsterdam, incluso la había prevenido contándole que Karl y su tío habían amañado la boda exclusivamente por dinero. Entonces ella se negó a creerlo. Estaba convencida de que Karl se casaba con ella por amor. Una conclusión errónea y funesta, se vio obligada a reconocer apenas unas semanas después. Ese matrimonio le había acarreado un montón de sufrimientos, y aunque ese capítulo quedara ya muy lejos, las cicatrices de su alma se lo recordarían toda la vida.

Su decisión era firme.

—¡No quiero ni un céntimo del dinero de mi tío!

Ella sabía que Jean conocía y compartía su opinión, de ahí su asombro al escuchar las siguientes palabras que brotaron de sus labios.

—Julie, puedo entenderlo, pero..., bueno..., la plantación no va bien, tú lo sabes, y... y... a lo mejor podría ayudarnos un poco.

Ella lo miró con ternura. Luchaba como un león por la plantación, y en asuntos económicos, por su condición de contable, era un auténtico experto. Pero ella no aceptaría ese dinero.

—No. Hemos llegado hasta aquí sin su ayuda, y lo lograremos. No quiero ese dinero. Suponiendo que se trate de dinero, porque a lo mejor sólo heredo deudas. La familia de mi tío sería capaz de intentar utilizarme. Antaño fue mi herencia..., hoy quizá volverían a utilizarme como chivo expiatorio.

Jean parecía escéptico.

—No lo sé... La carta no ofrece más detalles. Te ruegan que vayas a Ámsterdam para arreglarlo personalmente.

Julie se sobresaltó.

—¡Imposible! ¿Cómo voy a hacer eso? Con el bebé y..., ¡no! Contéstales diciendo que agradecemos sus noticias, pero que no existe la menor posibilidad de viajar a los Países Bajos, y tampoco tenemos ningún interés en aceptar herencia o participación alguna.

—Pero, Julie, ¿no crees que deberíamos...?

Ella lo miró, indignada.

—En serio, Jean. No me gustaría relacionarme con esa familia ni aunque me dieran miles de florines.

Él suspiró de nuevo, pero después dejó correr el asunto.

—De acuerdo.

Sin embargo, lo que ni Julie ni Jean sospechaban es que en los Países Bajos alguien no se daría por satisfecho con la respuesta del Surinam.

CAPÍTULO 22

Inika estaba junto a la tina frotando una y otra vez las sábanas gastadas encima de la tabla de lavar. El agua jabonosa había reblandecido sus dedos y el sudor corría por su frente. Pero ese trabajo tenía algo liberador que le permitía reducir sus pensamientos al mínimo para concentrarse exclusivamente en los movimientos regulares de sus brazos.

No sabía con exactitud cuánto tiempo llevaba ya en Berg en Dal: ¿unos días?, ¿una semana? Puede que más. En el barco había perdido el conocimiento y no había despertado hasta encontrarse en la pequeña enfermería de la plantación. La hermana Daria había conseguido que se recuperara y subrayaba continuamente la suerte que había tenido por haberla encontrado a tiempo: «Estabas a punto de morir de sed, muchacha. ¿Cómo pudiste ser tan insensata?».

Además, la misionera se había encargado de que nadie pudiera expulsar a Inika. Ésta también adivinaba el motivo: se había despertado vestida con una camisa limpia, y cuando la hermana la había cambiado de ropa, mientras permanecía inconsciente, había visto los numerosos cardenales casi ennegrecidos que cubrían el cuerpo de la chica. Nunca habían hablado del tema, e Inika, al recordarlo, sentía una vergüenza espantosa, aunque en lo más hondo de su corazón se alegraba de no tener que dar explicaciones.

La hermana Daria se ocupó desde el primer momento de ella, de forma que al poco tiempo pudo ponerse en pie sin tambalearse. Entonces le asignó una hamaca en la cabaña de las criadas de la misión y ordenó que le encomendasen trabajos ligeros, sin someterla a esfuerzos excesivos.

En el fondo, Berg en Dal era una gran explotación maderera, pero estaba tan lejos en el interior, junto al río Surinam, que se la consideraba uno de los últimos núcleos grandes de población. De hecho, era más que una plantación con una gran casa para los señores y un poblado para los trabajadores. Contaba también con una misión dirigida por los Hermanos Moravos, una iglesia de madera y una enfermería. La hermana Daria le había contado a Inika en su lecho de enferma que río arriba había pocas plantaciones y un puesto militar llamado Victoria. Pero, a partir de allí, la tierra pertenecía principalmente a los saramacanos, un grupo de cimarrones. Y precisamente por esa razón Berg en Dal había sido elegido como misión.

Inika no sabía mucho de los cimarrones. Karini le había referido en cierta ocasión que los cimarrones descendían de esclavos huidos que luego habían fundado en la selva sus propios poblados. Pero Inika no sabía bien por qué los cimarrones vivían en la selva ni por qué era tan complicada su relación con los blancos. Sin embargo allí, en Berg en Dal, Inika se sintió segura. La misión estaba muy lejos de la plantación

Rozenburg y tardarían en encontrarla, o al menos así lo esperaba. Sin embargo, tenía que ocurrírsele algo. En algún momento alguien querría saber de dónde provenía, y quizá incluso devolverla a su lugar de procedencia. Hasta entonces intentaría llamar la atención lo menos posible y desempeñar a la perfección las tareas que le encomendaran.

CAPÍTULO 23

El masra había ordenado a su padre y a los hombres del barco que viajaran lo más deprisa posible, así que los hombres se esforzaron al máximo y el primer día recorrieron un buen trecho del trayecto.

Por la noche encallaron en un gran banco de arena en el río para pasar la noche. Aunque por los alrededores seguramente rondarían animales peligrosos, que en determinadas circunstancias podrían llegar hasta allí por el río, era mucho más seguro pernoctar en el banco de arena que en la orilla, de espaldas a la selva. Los negros nunca navegaban hacia las plantaciones, como hacían los *blanken* cuando viajaban.

Karini yacía en la arena todavía caliente, contemplando fijamente el cielo nocturno a través de la gasa que había tendido por encima de su lecho, no sólo para protegerla de los mosquitos, sino también de los vampiros, unos murciélagos pequeños y veloces que se deleitaban con los durmientes. No se notaba su mordisco hasta que era demasiado tarde y, por algún motivo, la sangre tardaba en coagularse. Todos los viajeros temían a esos animales, pues numerosas personas habían sucumbido a enfermedades misteriosas después de su mordedura.

Los hombres, con sabia previsión, llevaban consigo leña y encendieron una hoguera, pues en el banco de arena no había un solo árbol o arbusto. Mapito, uno de los hombres, preguntó, preocupado, por el paradero de Karini. Ella conocía a los hombres desde que tenía uso de razón, y ninguno de ellos habría permitido que le sucediera algo. Karini disfrutaba de ese viaje con su padre, aunque el motivo fuera triste.

Los pensamientos de la chica recayeron entonces en Julius. ¿Dónde estaría ahora? ¿Tal vez en un *dansi*? No había podido despedirse de él, pero confiaba en que, si volvían a verse algún día, comprendiera su repentina partida a la plantación. No obstante, seguramente transcurrirían meses antes de que ella regresara a la ciudad. Ahora tampoco estaba ya tan segura de sus sentimientos, sobre todo después de la confesión nocturna de masra Martin. No sabía qué pensar de todo eso. Por supuesto que estaba algo enamorada de Julius, y masra Martin era para ella más bien un hermano mayor. Sin embargo, había algo en el masra que la atraía. Él siempre sabía lo que quería y con frecuencia imponía su voluntad. Pero Karini también le tenía miedo, sus comentarios y su comportamiento eran en no pocas ocasiones despreciativos. Por otro lado..., no servía de nada, habría que esperar el desarrollo de los acontecimientos. De todos modos no tenía otra opción, pues por el momento no regresaría a la ciudad.

—¿Karini? —preguntó un poco más lejos la voz de su padre.

Había oscurecido, pero no había salido la luna. Lo vio venir hacia su lecho al

resplandor de la hoguera del campamento.

—Tengo que hablar contigo. —Era imposible pasar por alto la gravedad de su voz, y los pensamientos de Karini sobre Julius y masra Martin se desvanecieron como por ensalmo.

Dany se sentó en la arena junto a su hija.

—En realidad intenté comentártelo en Rozenburg, pero en los últimos días había demasiada agitación. Escucha, no me resulta fácil, pero... voy a abandonar la plantación. Mi padre, tu abuelo..., está enfermo y no puede dirigir solo el poblado de los cimarrones. Acudiré a su lado para ayudarlo.

Karini se quedó impresionada. Sabía que él amaba y respetaba mucho a su padre, pero ¿tanto como para abandonar Rozenburg? ¿Cómo resultaría eso?

—¿Que vas a marcharte de Rozenburg? Y ¿qué será de madre y de mí? ¡El masra no lo permitirá!

—Sí, ya está todo hablado, el masra lo sabe y ha aceptado. —Su padre se detuvo unos instantes y luego siguió hablando con la misma seriedad—. Lo que voy a decirte a continuación es muy importante. Tienes que portarte siempre bien en la plantación y ser buena con misi Juliette. Yo..., nosotros tenemos mucho que agradecerle. Algún día comprenderás lo que te digo. Pero es necesario que permanezcas en la plantación. Es fundamental para tu futuro.

Karini no sabía de qué hablaba, pero captaba el tono perentorio que subyacía en sus palabras. Rara vez lo había visto tan serio. Ella asintió.

—Eres una chica mayor. Y puedes venir a visitarme en todo momento con Kiri. El masra ha dado su aprobación. Estoy orgulloso de ti. —Tras estas palabras la abrazó y ella correspondió a su abrazo.

Luego permanecieron largo tiempo sentados, disfrutando de la cercanía mutua.

Esa noche a Karini le pasaron muchas ideas por la cabeza. La marcha de su padre le dolía. Por otra parte, en los últimos tres años apenas se habían visto, y sabía que nada en el mundo le haría desistir de su decisión. En cierto momento cayó en un profundo sueño. Soñó con su padre, con Julius, con masra Henry y masra Martin, y continuamente con Inika, que, muerta de miedo, corría por la selva con el riesgo de perderse.

A la mañana siguiente partieron muy temprano. Aún no habían ascendido los primeros rayos por encima del techo de hojas, aunque un borde rojizo en el cielo anunciaba la pronta salida del sol. Eso despertó a los primeros moradores del bosque, según demostraron los chillidos aislados de las aves, y si no lo hizo el sol, fueron los monos aulladores los que en última instancia anunciaron la llegada del nuevo día a todos los seres vivientes. Karini llevó al barco su manta y la gasa, y aguardó a que los hombres lo empujaran al agua.

En el río, la jornada era aburrida. La orilla mostraba un verdor impenetrable,

interrumpido a veces por los edificios de las plantaciones. Muchas estaban abandonadas, y Karini intentaba imaginarse cómo sería cuando aún poblaban el interior innumerables colonos blancos e incontables esclavos vivían en ellas. En la actualidad los asentamientos se concentraban en las proximidades de Paramaribo o en las franjas costeras. Largos trechos del río Surinam estaban abandonados, y el río como vía de transporte únicamente era seguro desde las regiones auríferas en las montañas o desde los poblados de los negros e indios hasta la ciudad. Aguas arriba apenas se veían barcas con techos de lona como los que utilizaban los *blanken*.

Karini pensaba continuamente en Inika. Los sueños de la noche anterior la habían asustado. Había percibido el desamparo de la muchacha india. Su desaparición estaba relacionada con su boda con Baramadir. ¡Si Karini hubiera contado algo cuando había oído la conversación entre su madre y la de Inika, quizá la boda no se habría celebrado! Y ahora, ¿qué? El padre de Inika estaba muerto, su madre enferma de preocupación, y Baramadir se encontraba Dios sabía dónde. ¿Qué ocurriría si encontraba a Inika antes que ellos?

Tras dos noches más en bancos de arena solitarios y unos días interminables, se aproximaban a su destino.

—Levántate. Llegaremos enseguida. —Dany despertó por la tarde a Karini, que se había adormilado debido al suave balanceo del barco.

La muchacha se despertó, sobresaltada, y miró hacia la orilla. Poco después asomó por encima de las copas de los árboles la punta del pequeño campanario de la iglesia, que desde el río parecía un dedo alzado en señal de advertencia. A continuación aparecieron los edificios blancos con sus tejados gris azulado. Karini se asombró. Berg en Dal era más grande de lo que pensaba. Poco después vio un enjambre de niños que corrían alborozados hacia la orilla del río para dar la bienvenida a los recién llegados. Seguramente creían que se trataba de vendedores ambulantes.

Karini estaba inquieta, pues enseguida tendría que explicar a un *blanken* por qué estaban allí. No obstante, se tragó el nudo que notaba en la garganta. Allí no importaba ella, sino Inika. Si la muchacha estaba allí, tenía que encontrarla.

Detrás del tropel de niños apareció una mujer, ataviada con ropas de misionera, delantal gris, blusa de cuadros con cuello blanco y toca blanca.

—Hola, ¿queréis vender algo? —preguntó. Su mirada era cálida y su voz amistosa.

—No. —Karini se apresuró a bajar del barco, le parecía poco apropiado manifestar su deseo desde el río. Además, quería hablar ella en lugar de que lo hiciese su padre, pues sabía que las mujeres blancas solían desconfiar de los hombres negros.

—Misi..., hermana..., mevrouw... —Desconocía cuál era el tratamiento adecuado, de modo que antes de nada hizo una reverencia cortés y esbozó una amable sonrisa.

La mujer con ropas de monja le devolvió la sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por vosotros? ¿Necesitáis alojamiento? ¿Queréis descansar?

—No, no. Nos envía mi... nuestro masra. Venimos de la plantación Rozenburg, donde... —Karini se sentía estúpida y sin recursos—. Allí hubo unos huéspedes que venían de la misión y pretendían viajar hasta aquí... Nosotros... Mi masra echa en falta desde entonces a una joven —balbuceó.

—¿Una joven? —la mujer se interrumpió. Después añadió con voz suave—: Acompáñame. Conozco a alguien que acaso pueda ayudarte.

Karini, aliviada, siguió a la mujer embarcadero abajo. Su padre volvió a animarla con un saludo, mientras los remeros amarraban la embarcación y a continuación se marchaban hacia el poblado de los trabajadores. Cuando Karini se dirigía con la hermana hacia el edificio de la plantación, vio que detrás se alzaba la cumbre de una montaña. Eso significaba que debían de haber penetrado mucho en el interior, pues sólo allí había montañas, según le había contado siempre su padre. La niebla parecía enredarse en las faldas de la loma, y abundantes musgos y líquenes cubrían los árboles a su alrededor. Que el suelo pudiera levantarse hasta semejante altura inspiró respeto a Karini. Ahora comprendía por qué la plantación se llamaba Berg en Dal. La muchacha se sentía diminuta y, sin embargo, protegida al pie de ese coloso.

La hermana pareció captar su admiración.

—Ésta es nuestra montaña Azul —dijo dirigiendo una breve mirada de respeto a la misma.

En el porche de la misión, otra misionera doblaba grandes sábanas blancas.

—¿Hermana Daria?

La mujer bajó la sábana.

—¿Sí?

—Esta joven —la mujer hizo avanzar a Karini— busca a otra que desapareció de una plantación.

Karini observó a la hermana Daria y le pareció que sabía algo. Pero ¿cómo iba a explicar a esas mujeres lo sucedido?

—Ven aquí. ¿Cómo te llamas? —preguntó la hermana Daria. Su voz también sonaba amable.

—Karini, Karini Rozenberg, de la plantación Rozenburg.

—¿Rozenburg? Hum... Y ¿por qué estáis buscando a esa joven? ¿Se ha escapado?

—Sí..., no... Tuvo una pelea... con su... marido —balbuceó Karini.

—¿Con su marido? —La hermana Daria parecía horrorizada.

En ese momento apareció Inika doblando la esquina de la casa con una cesta llena de sábanas blancas.

—¡Inika! —exclamó Karini, aliviada.

La muchacha india alzó la vista, asustada, pero después dejó caer la cesta y salió corriendo.

Sin vacilar ni un segundo, Karini fue tras ella, sintiendo en su espalda las miradas

de perplejidad de las dos hermanas.

Karini siguió a Inika a toda velocidad hasta el poblado de cabañas, donde la joven desapareció. Karini aminoró su carrera y escudriñó a su alrededor. De repente oyó un grito y poco después Dany salió de detrás de una cabaña llevando del brazo a Inika, que no paraba de llorar y de retorcerse.

Karini soltó un suspiro de alivio. La había encontrado, y al parecer estaba bien.

—Inika... Inika, tranquilízate, por favor. Todo va bien —dijo con toda la dulzura de que fue capaz.

—¡Nada va bien! Habéis venido para llevarme de vuelta —sollozaba Inika, pero sin defenderse ya de la tenaza de Dany.

—Sí, pero déjanos...

—¡Suelta ahora mismo a esa joven! —exclamó una voz que no toleraba réplica.

Dany se sobresaltó y liberó a la chica en el acto.

Cuando las misioneras alcanzaron al grupo, Inika se escondió buscando protección detrás de la hermana Daria. La otra hermana se dirigió con expresión disuasoria hacia Dany. Para entonces otros habitantes de la plantación se habían percatado del incidente y se acercaban corriendo, muertos de curiosidad.

—Creo que deberíamos hablar con tranquilidad. —La hermana Daria se volvió y rodeó con su brazo los hombros de Inika. Después hizo una seña a Karini para que las siguiera.

En el porche del gran edificio, la hermana indicó por fin a las chicas que se sentaran en las banquetas. Inika sollozaba en silencio y no paraba de limpiarse las mejillas con una punta de su sari.

—Bien, ahora nos contarás lo que sucedió en vuestra plantación —dijo con tono enérgico la hermana Daria.

Karini tragó saliva. Pero por desagradable que le resultara y por mucho que hubiera temido ese momento... la verdad era inevitable. De modo que comenzó su relato.

Las hermanas se santiguaban sin parar y suspiraron aterradas cuando Karini informó de la pelea entre Baramadir y el padre de Inika. A Inika se le escapó un grito.

—¿Mi padre ha muerto?

Karini vio el dolor reflejado en los ojos de la joven. Cuánto le habría gustado ahorrarle la verdad.

—Sí, Inika, lo siento mucho —contestó entristecida.

—¡Por Shiva! Mi madre... ¡Tengo que regresar inmediatamente a la plantación!
—Inika saltó del porche y se dirigió hacia el río.

Karini se quedó completamente sorprendida. No contaba con esa reacción. Una mirada a las hermanas le demostró que a ellas les ocurría lo mismo.

—Pero, niña, espera un poco... —le gritó la hermana Daria intentando

tranquilizarla.

Inika se detuvo y miró implorante a Karini.

—¡Por favor! Es muy urgente, de veras, tenemos que regresar ahora mismo. Mi madre...

—Inika, tu madre no corre ningún peligro. Baramadir se ha ido y, aunque regrese, no creo que se atreva a...

—¡No se trata de Baramadir! —La muchacha alzó los brazos al cielo con gesto suplicante—. ¡Karini, no hay tiempo que perder! Ellos... Mi madre tiene que..., debemos ayudarla.

Karini seguía sin comprender, pero Inika redobló su llanto y súbitamente cayó de rodillas.

—A lo mejor... a lo mejor ya es demasiado tarde —balbuceó.

—¿Demasiado tarde para qué? Pero ¿qué ocurre?

Karini ya no aguantó más en su banqueta. Corrió hacia Inika y se sentó a su lado en el suelo polvoriento. La india temblaba de pies a cabeza y, cuando Karini la rodeó con el brazo, notó sus estremecimientos.

—Inika, no entiendo nada. ¿Para qué es demasiado tarde?

—Como mi padre... Mi madre... Ellos van a quemarla... con él.

CAPÍTULO 24

—¡Ya vienen! —Henry corrió excitado hacia el río al descubrir el barco en la lejanía.

Julie se quedó con Helena en el porche delantero. Parpadeaba intentando descubrir a la luz del sol, que estaba muy alto, si Inika iba también en la embarcación. Poco después divisó a varias personas que subían a buen paso el camino desde la orilla, con dos jóvenes a la cabeza. Julie soltó un suspiro de alivio. Pero mientras Karini torcía para tomar el camino que conducía a la casa de la plantación, Inika continuó, sin decir palabra, seguida por Dany y Henry, y pasó junto a la casa. Julie los siguió con los ojos, asombrada.

Mientras tanto Karini llegó al porche jadeando. Insinuó una rápida reverencia mientras las palabras brotaban de su boca:

—Misi, Inika ha vuelto pero... Su madre... ¿Han enterrado ya a su padre? —preguntó con los ojos dilatados por el miedo.

La pregunta de la joven desconcertó a Julie.

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas? Me alegro de que hayas encontrado a Inika...

Julie no llegó a elogiar a Karini, porque ésta dio media vuelta y corrió alrededor de la casa.

—Pero ¿qué demonios pasa aquí? —masculló la misi en voz baja y, tras una breve reflexión, se marchó con Helena en brazos en la dirección en la que habían desaparecido las chicas.

Desde lejos comprobó que las mujeres indias del poblado de los trabajadores estaban en franca rebeldía. Al acercarse más, vio a Dany y a Henry que se habían plantado, con gesto protector, a la entrada de la cabaña de Sarina. Julie notó que la inquietud crecía en su interior. Aunque no entendía lo que pasaba, el alboroto y sobre todo la expresión tensa de Henry no auguraban nada bueno. Cuando llegó a la cabaña, las mujeres se apartaron con respeto.

—Henry, ¿qué ocurre?

La cara de su hijo estaba enrojecida, y Julie lo conocía lo suficiente para saber que tenía miedo.

—Madre... Inika dice... que su madre... Es la costumbre.

—¿Qué costumbre? ¿Dónde está Inika?

Henry hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cabaña.

Julie pasó junto a su hijo y entró en la casa. Allí, en el centro de la pequeña vivienda, estaba Sarina, abrazando a la hija que había dado por perdida. Julie sintió un enorme alivio. En los últimos días había pasado mucho tiempo con Sarina, había intentado acompañarla y, aunque apenas habían hablado, conocía el sufrimiento que le provocaban la desaparición de su hija y la muerte de su marido. Al menos ahora

había recuperado a la chica. A su lado estaba Karini, pero su expresión, al igual que la de Henry, no denotaba alivio, sino espanto.

—Inika...

—Misi... —La joven india se soltó de su madre y se volvió hacia Julie—. Misi, lo siento, no debería...

—Está bien. Me alegro de que hayas vuelto. Ya verás, todo se arreglará. Pero ¿qué pasa aquí? ¿A qué se debe el tumulto de ahí fuera?

Julie intentaba mecer en sus brazos al bebé para calmarla. Helena había empezado a llorar bajito; también ella parecía captar la tensión del momento.

—Misi, es que... —comenzó a decir Karini, pero Inika la interrumpió.

—Misi, nosotros tenemos la costumbre de que... de que la esposa sigue a su marido a la tumba. Sólo así puede convertirse en *sati*, en una «buena mujer».

—¿Cómo? —Julie no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Y, como mi padre lleva muerto algunos días, el poblado apremia para inhumarlo. Normalmente eso se hace en el plazo de un día...

Julie miró a las dos mujeres, horrorizada.

—¡No toleraré eso en ningún caso! ¡Sarina! No pensarás...

La mujer se encogió de hombros, entristecida.

Pero Inika negó enérgicamente con la cabeza.

—En la India los ingleses lo prohibieron hace mucho tiempo, pero aquí... Y yo..., si Baramadir también ha muerto, entonces...

—¡No lo permitiré, de ninguna manera!

Bajo ninguna circunstancia consentiría que en su plantación muriera una persona, ni por motivos religiosos ni por ningún otro motivo. Haría todo lo que estuviera en su mano para impedirlo. Tras reflexionar unos instantes, Julie tomó una decisión.

—Como primera medida, vendréis conmigo a la casa, y cuando Jean regrese de los campos, discutiremos nuestro futuro proceder.

Luego salió a la puerta, seguida de cerca por Karini, Sarina e Inika. Helena lloriqueaba aún, y los alaridos de las mujeres delante de la cabaña se tornaron más ruidosos.

—¡Atrás! —Julie se esforzó por emplear un tono severo mientras sujetaba con fuerza a Helena.

En ese momento dudaba de que hubiera sido acertado su trato liberal a los trabajadores, pues ahora la contemplaban con muy poco respeto. Además, había sido una locura llevar allí al bebé, pero no imaginaba que se produciría una rebelión. Y menos después de que hubiera vuelto a aparecer una joven dada por perdida. Inika y Sarina salieron flanqueadas por un lado por Karini y Dany y, por el otro, por Henry y Julie. Las mujeres indias gritaban palabras incomprensibles para la misi, pero a juzgar por el tono y por la expresión de Inika y Sarina, deducía que no eran precisamente amables. Los rodearon por completo, y Julie a duras penas podía contener el pánico que comenzaba a adueñarse de ella.

Cuando por fin salieron del poblado, dejando a las mujeres enfurecidas, Julie estaba empapada de sudor. Se alegró de que los hombres estuvieran todavía en los campos, pues de lo contrario quizá no podrían haber llegado a la casa de la plantación.

Sin aliento, se volvió hacia Dany. El capataz estaba visiblemente tenso.

—Encárgate de restablecer la calma en el poblado hasta que vuelva Jean. ¡Y que ningún indio se acerque a la casa!

Dany asintió y se alejó deprisa. Julie condujo a Sarina, Inika y Karini al interior de la casa. Dejó a las mujeres en el salón, pero primero intentó tranquilizar a Helena. El bebé gimoteaba en sus brazos, mientras Henry corría una y otra vez hacia la puerta trasera. Parecía temer que alguien los hubiera seguido.

—Ahora nos quedaremos aquí —ordenó Julie, dirigiéndose a su empleada india—. No te preocupes, no permitiremos que suceda algo así en nuestra plantación.

Pero la misi no logró tranquilizarla del todo.

Al anochecer, tras unas cuantas horas de inquieta espera, Jean y Martin llegaron por fin de los campos. Asombrados, miraron a los reunidos en el salón. Detrás de la casa se oían ya fuertes voces. Inika y Sarina se abrazaban la una a la otra, muy asustadas.

Antes de que Julie pudiera referirle a Jean lo que estaba ocurriendo, éste se volvió visiblemente asombrado hacia el porche trasero para comprobar lo que sucedía. Martin fue más rápido que él y lo precedió unos pasos.

—¡Espera, Jean! Es complicado. Esos indios... tienen una costumbre... Quieren que Sarina sea quemada con el cadáver de su marido.

—¿Que quieren *qué*? —Jean se volvió bruscamente. También él estaba estupefacto.

—Debemos impedirlo. Inika también corre peligro si Baramadir...

Martin regresó de nuevo.

—Tío Jean, deberías venir... Detrás de la casa...

Julie vio la mirada asustada de Martin, el mero hecho de que lo llamara «tío» era muy elocuente.

Jean maldijo en voz baja antes de seguir al muchacho. Julie se debatía en un mar de dudas. Finalmente indicó a las mujeres que esperasen en el salón y se reunió con Jean y Martin en el porche trasero. En la explanada delantera había numerosos hombres y mujeres indios con antorchas.

—¿Qué significa esto? —Jean avanzó hasta la balaustrada del porche.

Un hombre se adelantó.

—Masra, queremos a la mujer y a su hija. Ha llegado el momento, tienen que seguir a sus esposos. Ahora que la hija ha regresado, podemos empezar.

Jean lo interrumpió:

—No voy a permitir que practiquéis aquí vuestras bárbaras costumbres. Volved a

vuestras cabañas.

—Masra, no tenéis derecho a...

La multitud se aproximó aún más al porche. Julie, asustada, retrocedió. Desde que Jean y ella se habían hecho cargo de la plantación, no se había producido jamás un motín así, ni entre los negros ni entre los indios.

La voz de Jean cortó de raíz el griterío de los indios.

—Os lo repito: volved a vuestras cabañas. La mujer no...

—¡Si la mujer no sale, iremos a por ella! —gritó un hombre, que, seguido por otros, dio unos pasos hacia la casa.

De pronto sonó un disparo. Julie dio un respingo. También los demás parecieron quedarse petrificados de espanto.

—¡No haréis nada! ¿Es que no habéis oído lo que ha dicho el masra?

Era Martin, que desde el lado derecho del porche apuntaba con la escopeta al cabecilla.

Los trabajadores indios, en lugar de retirarse, agitaron enfurecidos sus antorchas.

Los capataces negros del poblado, sobresaltados por el disparo, acudieron de prisa y se situaron enseguida entre los indios y su masra. Julie percibió el alivio de Jean. Los indios se retiraron entre protestas.

—Dany, Galib, encargaos de que esa gente no vuelva a salir del poblado esta noche. Joshua y David también montarán guardia —ordenó a sus hombres—. A todo aquel que intente... Todos vais armados. —Jean estaba que echaba chispas—. Debería mandar a esa gente de vuelta a la ciudad o, mejor aún, con Renzler. No dan más que problemas. Julie, Martin..., entrad conmigo en casa.

En el salón, Jean se situó junto a la ventana y Kiri le entregó un vaso grande de *dram*. Tras vaciarlo de un trago, se limpió la boca con la manga de la camisa y se quedó un rato mirando hacia el exterior antes de volverse. Julie lo compadecía; parecía agotado, y lo sucedido le había provocado una perceptible conmoción. A ella le pasaba lo mismo, la situación había sido sumamente tensa y había exigido grandes dosis de energía a todos. Aunque por el momento el peligro parecía conjurado, Julie dudaba de que la historia hubiera concluido.

Jean se dejó caer en un sillón.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Sarina e Inika no pueden volver al poblado. Seguramente... los demás las lincharían. —Negó con la cabeza, aterrado.

Inika se echó a llorar, y Julie la abrazó para protegerla y consolarla.

—En ningún caso permitiremos que pongan en práctica su propósito. Quizá... quizá podríamos enviar temporalmente a Sarina e Inika a la ciudad, con Erika. Allí estarían a salvo.

Jean suspiró.

—Sí, será lo mejor. Quiero que los trabajadores se calmen, y si... No deseo recurrir a la fuerza, Julie, tú lo sabes. —Y, señalando a Martin con el dedo, agregó—: Y eso también va por ti, muchacho. Antes has disparado. ¡Ya hablaremos de eso!

WEET WAT JE ZEGT, MAAR ZEGT NIET ALLES WAT JE WEET
SABES LO QUE DICES, PERO NO DIGAS TODO LO QUE SABES

*Reino Unido de los Países Bajos,
El Surinam, 1878-1879
Ámsterdam, plantación Rozenburg, Paramaribo*

CAPÍTULO 1

Ámsterdam, 15 de octubre de 1878

Querida Juliette:

Muchas gracias por tu misiva. Enhorabuena por el nacimiento de tu hija. Comprendo que no puedas viajar a Europa. Pero, como es preciso abordar ciertos asuntos relativos a la herencia, he decidido aprovechar la ocasión y viajar personalmente a la colonia. Llegaré al Surinam la última semana de febrero.

Me alegro de nuestro reencuentro.

Te saluda,

TU PRIMO WIM

Wim esperó un momento a que secase la tinta sobre el papel, luego dobló con cuidado la carta y la introdujo en un sobre. Dos días más tarde zarparía un barco que llevaría la carta a la colonia. Al cabo de unas cinco semanas, Dios mediante, Juliette la recibiría, y pocas semanas después él mismo embarcaría.

Sentía una ligera inquietud. Había reservado ese viaje en una decisión rápida, después de haber estudiado las partidas de los barcos; en realidad, para averiguar cuándo recibiría respuesta. Pero en la capitanía del puerto lo invadió el deseo de embarcarse. La sensación fue tan fuerte que durante un momento respiró con dificultad.

La muerte de su padre lo había trastocado todo. No era que la consternación se hubiera apoderado de él tras su fallecimiento, pues en los últimos diez años las discusiones con su padre habían sido muy superiores en número a los momentos de armonía, provocadas casi siempre por el futuro profesional de Wim. Su padre veía en él al futuro director de la empresa comercial, pero el máximo deseo de Wim había sido siempre trabajar como corresponsal. De hecho, lo hacía de vez en cuando, pues escribía ocasionalmente para un diario económico de Ámsterdam..., pero únicamente porque su padre se lo permitía. A Wim le gustaba esa actividad, y en lo tocante a su carrera profesional nunca había renunciado a la esperanza de rebelarse contra la voluntad de su padre y trabajar algún día como corresponsal. No obstante, en un último golpe contra su hijo, Wilhelm Vandenberg acabó encomendándole los negocios de la empresa, aunque siempre había sabido que a él no le apetecía seguir sus pasos. Seguramente cualquier otro se habría sentido feliz de hacerse cargo de la próspera agencia de comercio, pero para Wim era una carga difícil de soportar. Su

padre sabía que, pese a todo, Wim se sometería, pues no era el único que dependía económicamente de la empresa, sino también el resto de la familia: Margaret, su madre, y sus dos hermanas mayores junto con sus maridos y sus hijos. Wilhelm había sabido hacer que la familia dependiera de él. Su muerte repentina, aunque no totalmente inesperada dado su estilo de vida, había conmocionado a la familia. No por pena, sino exclusivamente por consideraciones económicas. ¿Quién administraría y multiplicaría a partir de ese momento la fortuna familiar? Para esa tarea sólo podían contar con Wim. Los maridos de sus hermanas eran niños grandes de cara pálida y ninguno de ellos trabajaba en el comercio. Wim aún recordaba el día en que ambos se casaron encantados con sus hermanas, pero sólo porque Wilhelm les había prometido un futuro seguro desde el punto de vista financiero. Ninguno de ellos se había rendido al encanto de sus respectivas esposas. Sin ese pequeño aliciente, su padre no habría conseguido casar a sus poco agraciadas hijas. Martha era el doble perfecto de la madre de Wim: baja, flaca, de rostro impávido y orgulloso y carácter autoritario. Dorothea, por el contrario, era muy gruesa, melancólica, y pasaba casi todo el tiempo sumida en la depresión.

Wim suspiró y pasó la mano por la madera oscura del escritorio. Era una madera antigua y rara, que en algún momento había sido talada siendo un árbol orgulloso para acabar allí, en aquella oscura oficina de la agencia Wilhelm Vandenberg en Ámsterdam, como tantas cosas que le habían gustado y había encargado Wilhelm Vandenberg a su antojo. También Wim había experimentado hasta la saciedad que su padre sólo escuchaba una opinión: la suya propia.

El comportamiento de su padre siempre obedecía a un plan. Wim tendría que haber adivinado que no le permitiría escribir artículos, pero a pesar de todo se sintió sorprendido cuando finalmente Wilhelm recurrió a todos sus contactos.

El editor Karel van Honthorst era una personalidad respetada en la sociedad de Ámsterdam..., y tenía una hija, Gesine. Antes de que Wim pudiera darse cuenta, su padre, en una alevosa maquinación, pidió a Van Honthorst la mano de Gesine en nombre de Wim. En la actualidad éste todavía se ponía fuera de sí al recordarlo. Había tenido una pelea inenarrable con su padre, pero éste estaba preparado para resistir la oposición de su hijo: si Wim quería conservar su trabajo de corresponsal y no contrariar al editor, lo que habría acarreado la consecuencia de que Wim jamás habría vuelto a conseguir en los Países Bajos un empleo decente dentro del mundo del periodismo, tenía que cumplir de buen grado o por la fuerza los planes de su padre y casarse con Gesine. En todo eso, a Wilhelm sólo le importaba la relación que se había establecido entre la empresa comercial Vandenberg y la editorial Van Honthorst.

Wilhelm Vandenberg fue a la postre mucho más destructivo que el manifiesto rebelde de Wim, pero no lo sabía nadie más que éste. Su matrimonio con Gesine supuso para él una pérdida casi inconmensurable, pues en ese momento tuvo que dejar a la persona más importante de su vida: Hendrik. Wim lo conocía desde su

época estudiantil, y los vínculos entre ambos trascendían la mera amistad. A Wim nunca lo habían atraído mucho las mujeres, y eso le había ocasionado durante mucho tiempo preocupaciones e injurias. Cuando Hendrik lo llevó consigo a la tertulia, que se reunía por la noche, y donde se debatía y se discutía, pero también se cultivaban relaciones inusuales, comprendió que ya no tendría que preocuparse más por sus inclinaciones. A pesar de todo era un secreto que debía preservar; no alcanzaba a imaginar lo que sucedería si su padre llegaba a enterarse.

De todos modos, hasta el final Wim nunca estuvo totalmente seguro de si habría sospechado algo. Wilhelm Vandenberg había arrastrado a su hijo con diecisiete años a un burdel para iniciarlo en la relación con las mujeres. No era insólito, pero Wim se había avergonzado mucho. No por el hecho en sí, sino porque era obvio que su padre era cliente habitual. Madame Isabella..., esa mujer había iniciado a Wim con enorme delicadeza, pero, a pesar de todo, al joven nunca le gustaron las mujeres.

Ahora sonreía al recordar aquella noche. En realidad debía estar agradecido a su padre y sobre todo a madame Isabella, pues de lo contrario sus deberes conyugales con Gesine habrían terminado en catástrofe.

Durante muchos años, Hendrik había sido un buen amigo de Wim antes de convertirse en su amante. La orden de su padre de que se casara con Gesine rompió esa valiosa relación. Durante muchas semanas, Wim discutió acaloradamente el asunto con Hendrik, puesto que éste nunca entendió por qué no se enfrentaba a su progenitor.

—Lo perderé todo, pero todo de verdad —adujo Wim buscando su comprensión.

—¡Eres un cobarde! —le reprochó Hendrik—. Jamás podrás salir de la sombra de tu padre.

Wim intuía que tenía razón, y en su fuero interno casi se dio por vencido. ¡Maldita alternativa! Sin embargo, sabía que su amor por Hendrik siempre sería una pasión secreta.

Y ¿adónde lo había conducido eso? Allí estaba ahora, sentado en la antigua oficina de su padre, sin haber podido siquiera rechazar la herencia de la agencia. No había sido capaz de dejar a sus hermanas y a su madre a merced de un futuro financiero incierto, a pesar del escaso cariño que sentía por ellas. A Wim no lo entusiasmaba ese trabajo, pero tenía que hacerlo le gustase o no; eso ni siquiera estaba en tela de juicio. Se daba cuenta de que se había metido en un callejón sin salida terminado en un alto muro que cerraba su posterior trayectoria vital. Su actividad periodística dependía de su suegro, tenía a su lado a una mujer bonita, que sin embargo no había sido en el fondo para todos más que un medio para lograr un fin y a la que tampoco amaba, y mucho menos deseaba, y cuyo carácter difícil no se manifestó hasta después de la boda. Pero lo peor de todo fue perder a su amado.

Wim hundió la cabeza entre las manos y a continuación las pasó por sus rubios cabellos. ¿Qué había hecho? No servía ni para comerciante ni para marido. Su padre había consumado su plan, y Wim no había tenido el valor de enfrentarse a él y elegir

su propio camino. Total, que Hendrik tenía razón: era un cobarde.

Después, en el puerto, se apoderó de él la nostalgia de salir huyendo. Se informó, pues, de la posibilidad de enviar una carta al Surinam y, sumido en una suerte de trance, reservó inmediatamente un pasaje para sí mismo en otro barco. Tenía que salir de allí, aclarar algunas cosas, y era posible que en ese viaje acabara de reencontrarse a sí mismo. Eso no podía hacerlo allí, en la agobiante y estrecha Ámsterdam, donde todo el mundo se conocía. Ahora ya sólo faltaba exponerle sus planes a su esposa.

—¿Que quieres irte *adónde*? No, de ninguna manera, eso es imposible... ¿Qué sería de mí entonces? —Gesine alzó los brazos en ademán acusador, puso los ojos en blanco y se desplomó en su silla.

Wim se lo imaginaba. Enfurecido, arrojó su servilleta encima del plato mientras la criada acudía en auxilio de Gesine. Como si no tuviera ya bastantes problemas con ese matrimonio, la propensión de su esposa a desmayarse estaba a punto de enloquecerlo. En cuanto algo la molestaba o le desagradaba, la enojaba o la enfurecía, perdía el conocimiento.

Por desgracia, esa tendencia se manifestaba sobre todo en sociedad, con lo que cada vez pasaba a ser el centro de atención. Porque, en cuanto volvía a abrir los ojos, contemplaba a los presentes con una mirada de inocencia angelical, después de lo cual todos, a partir de ese momento, se ocupaban de ella. Hombres jóvenes solícitos acudían presurosos, le ofrecían un vaso de agua y sus blancos pañuelos para que pudiera darse unos toques en la frente; las mujeres la rodeaban y le aconsejaban cómo tratar dichas indisposiciones, pero también compadecían a Wim por tener una esposa de constitución tan delicada. Sin embargo, en su fuero interno, él estaba seguro de que Gesine no era tan frágil como aparentaba. En casa era una gata arisca, al menos esa imagen acudía con mucha frecuencia a su mente. Todo y todos tenían que plegarse a su voluntad, y hasta el mismo Wim se enfrentaba pocas veces a ella. Gesine estaba mimada, malcriada desde pequeña, y cuando no lograba imponer sus deseos...

Por eso Wim tampoco se preocupó en ese momento por ella. La criada le daba aire con un abanico, y en pocos segundos abriría los ojos esperando que Wim anulara su anuncio. Pero él no parecía dispuesto. Esta vez se atendería a su plan.

—Caramba, Wim, es una idea magnífica. Gesine me acaba de contar que planeáis emprender un largo viaje a las colonias. La verdad es que el director de una empresa comercial debería ver con sus propios ojos de dónde provienen las mercancías. A la agencia le será muy provechoso que te ocupes personalmente de esos intereses.

Wim se sorprendió mucho al encontrarse esa noche a su suegro en el salón.

—Y, de paso, haz algo por mí: espero que me remitas un extenso informe de la

colonia; podemos convertirlo en un serial. En los últimos años los países de los que proceden las mercancías despiertan escaso interés, y ya va siendo hora de reavivar un poco el tema.

Karel van Honthorst brindó por Wim y luego se volvió nuevamente hacia su hija.

—¿Lo has pensado bien, hija mía? Ese país está muy lejos y..., para ser sincero, desconozco cómo serán allí las condiciones de vida. Confío, hijita —palmeó con ternura el brazo de Gesine—, en que allí encontrarás el confort adecuado. —Y, dirigiendo una resuelta mirada a su yerno, añadió—: Tú te encargarás de que mi hija tenga una estancia agradable.

Wim no daba crédito a sus oídos. Pero antes de que pudiera replicar, Gesine se le adelantó.

—No te preocupes, papá. Nos espera la prima de Wim. Posee una gran plantación y seguro que se ocupará de nosotros. ¡Ay, cuánto me alegro! Bailes exóticos, un encuentro con el gobernador... Será todo muy excitante.

Wim miró fijamente a su mujer. Ésta le devolvió la mirada con expresión triunfal. Y sus ojos le daban la razón: allí, en presencia de su padre, Wim no podía decir que en realidad había planeado viajar solo. Furioso, apretó los puños, pero optó por fingir una sonrisa.

—Sí, será un bonito viaje.

CAPÍTULO 2

—No sé, Jean, no sé...

Julie, sumida en sus pensamientos, miraba a Helena, que yacía a sus pies en una cesta de mimbre blanca y agitaba sus bracitos. Jean, que estaba sentado a su lado y se inclinaba hacia delante con los codos apoyados en las rodillas, jugueteaba con una mano en el aire por encima de su hija, mientras con la otra sostenía la carta que Julie acababa de entregarle para que la leyera.

—Creo que primero deberíamos esperar. Si tu primo está decidido a emprender ese viaje, es demasiado tarde para disuadirlo por escrito. Y, si de verdad viene aquí, ya veremos qué clase de persona es. A lo mejor no se parece en nada a tu tío.

—Ay, Jean, como se suele decir, el que a sus padres se parece honra merece. Mi tío habrá conseguido manipular a Wim a su antojo, como ha hecho siempre con todo el mundo. Que Wim haga el esfuerzo de viajar al Surinam no augura nada bueno. Seguramente... Karl, al invertir mi herencia, estableció en su día vínculos con la empresa de mi tío, y Wim planteará exigencias.

Como es natural, a Julie le gustaba creer que Wim seguía siendo el chico simpático y sincero de antaño, pero sabía de sobra que la gente cambia mucho en el transcurso del tiempo.

Jean negó con la cabeza.

—No, lo sabría, conozco desde hace mucho la contabilidad de la plantación, y en los últimos años... me habría dado cuenta si algo no hubiera estado en orden. Sobre eso no debes temer nada. —Se reclinó en su silla—. Como es natural, también hay partidas de nuestra plantación que van a parar a la empresa Vandenberg, pero eso no ocasiona problemas.

Julie bufó, furiosa.

—¿Quién sabe lo que estipularon entonces? Tal vez en los Países Bajos existen documentos firmados por Karl que desconocemos todavía. ¡A él sólo le interesaba nuestro dinero! Por entonces la plantación no iba bien, si Karl no se hubiera casado conmigo y recibido mi herencia, habría tenido que abandonar.

—Sí, tienes razón, los libros de entonces no dejan lugar a dudas. —Julie vio que en el rostro de su esposo se dibujaba una amplia sonrisa—. ¡Y, fíjate, algo bueno tuvo eso! Me refiero a que ahora estamos juntos —añadió con un amplio movimiento del brazo que provocó un murmullo de su hija.

Julie lo contempló con ternura. Tenía razón, por supuesto, pero su felicidad allí, en Rozenburg, era frágil, dependía de la plantación. Suspiró.

—Sí, todavía. Sabes mejor que yo lo difícil que ha sido conservar la plantación en los últimos años. Mira a tu alrededor, se abandonan tierras por doquier o se unen para

formar grandes explotaciones por encargo de inversores europeos cuyos administradores se ocupan luego de ellas aquí, y que sólo esperan que el azúcar cruce el Atlántico, pero también el dinero. Comparado con esas grandes explotaciones, Rozenburg es un huertecillo.

Jean calló. Julie sabía que había tocado su punto flaco. Él albergaba la secreta esperanza de que todo continuaría siempre igual. Pero su expresión de preocupación a su regreso de la oficina era muy elocuente. La plantación Rozenburg tenía que encontrar pronto la forma de reafirmarse frente a las grandes explotaciones, pues, de lo contrario, corrían el riesgo de que dentro de un par de años volviera a ser reconquistada por la selva, como tantas otras propiedades más pequeñas.

Julie se estremeció. Por más que se esforzaba por ahuyentar esa idea, no lo lograba. ¿Qué harían entonces? Ellos no tenían, como tantos otros colonos, la posibilidad de regresar al continente europeo y ser acogidos allí por otra rama de la familia que seguía siendo acaudalada gracias a la antigua riqueza procedente de la plantación de ultramar.

No en vano, los colonos habían enviado a sus retoños predominantemente a los Países Bajos o a Inglaterra, hasta que también se marcharon ellos mismos. La colonia agonizaba o, mejor dicho, los colonos blancos. Apenas quedaban ya jóvenes como Julie y Jean, y la gente se burlaba de los que permanecían allí, tildándolos de crédulos entusiastas.

La mayor parte de la colonia estaba entonces en las férreas manos de los antiguos esclavos, chinos e incontables mulatos. Hasta los comerciantes judíos eran desbancados poco a poco. Éstos habían creado un círculo autónomo que no se dedicaba a la exportación de bienes, sino al comercio interior en la colonia. Por eso también los Países Bajos habían ido perdiendo importancia como socio comercial. Ahora los artículos de consumo como el café y el cacao también se producían en zonas más rentables. Las exportaciones de azúcar ya casi habían desaparecido debido a la industria de la remolacha azucarera en Europa, e incluso el intento de contratar a trabajadores indios había sido una medida no muy entusiasta para continuar cultivando ese trozo de tierra en el otro extremo del mundo. Pero sin colonos esa labor era casi imposible.

Julie no acertaba a recordar la llegada de los últimos colonos. En realidad, desde su propia llegada al Surinam no había existido emigración digna de mención. Karl le había contado, entusiasmado, que explotarían nuevas zonas para ampliar la economía de la plantación. Sin embargo, los escasos recién llegados habían regresado en su mayoría a la ciudad, a Europa, o habían sucumbido a alguna de las traicioneras enfermedades tropicales. Pocos alemanes habían conseguido establecerse en el interior con ayuda de la industria maderera, pero el comercio se desarrollaba preferentemente con la vecina colonia francesa de Guyana o con Norteamérica. Para entonces, la mayoría de las personas que ponían un pie en suelo surinamés desde los barcos se adentraban en lo más profundo de la selva para acudir a los yacimientos de

oro, que producían más víctimas que hallazgos auríferos.

Jean tomó la mano de Julie. Ambos callaron, meditabundos. Ella adivinaba que su esposo no descansaría hasta que averiguara los propósitos de Wim. Julie, por el contrario, pensaba en los viejos tiempos en los Países Bajos. Wim fue entonces su amigo. Pero en ese momento lamentaba no haberse dirigido nunca a él. A lo mejor... a lo mejor había llegado de verdad la hora de verlo de nuevo.

Jean pareció adivinar sus pensamientos.

—En primer lugar, esperaremos. Estoy convencido de que tu primo no tiene malas intenciones. Lo recibiremos como un invitado y después averiguaremos qué lo ha traído hasta aquí.

—¡Qué remedio! —Julie se encogió de hombros e, inclinándose hacia delante, sacó a su hija de la cesta.

CAPÍTULO 3

—Gesine, no creo que podamos llevar todo esto.

Delante de Wim había una montaña de maletas de mano flanqueadas por cuatro baúles armario. Además, en ese momento la criada bajaba con esfuerzo otra maleta por la escalera.

—Pero, Wim, lo necesito todo. —Gesine, con cara de reproche, se plantó junto a la montaña y cruzó los brazos con aire obstinado. Sus ricitos castaños rodeaban su rostro como pequeños tentáculos de medusa, y sus ojos se entornaron.

Su esposo se acercó a uno de los baúles armario y lo abrió. En su interior colgaban varios abrigos, dos de ellos de pieles.

—Gesine —alzó los brazos con reproche—, viajamos a un país en el que la temperatura media es de veinticinco grados. ¿Crees que allí serán necesarios abrigos y pieles?

—¡Los necesito! Por la noche seguro que refresca —contraatacó ella.

Wim negó con la cabeza.

—No, esto se queda aquí.

Gesine puso los ojos en blanco y él sintió que la rabia lo invadía. Antes de que su esposa comenzara a tambalearse, exclamó con tono imperioso:

—¡Deja eso ya, Gesine! Por favor, abandona esa costumbre, no sea que te caigas en el Surinam y te devore cualquier animal salvaje antes de que pueda acudir en tu ayuda. Puedes meter dos abrigos en la otra maleta, con eso bastará.

Y, dicho esto, dio media vuelta sin ofrecerle la menor posibilidad de réplica. Acto seguido se encaminó a su habitación a grandes zancadas. Todo lo suyo cabía en una maleta. La desmesura de Gesine era intolerable. ¿Qué se figuraba? ¿Que había fletado un carguero para ella?

Una vez en su cuarto, se sentó al borde de la cama y apoyó la cabeza entre las manos. ¿Se reencontraría consigo mismo en el Surinam, ahora que Gesine lo acompañaba? Al fin y al cabo, y así se lo había confesado a sí mismo, huía de su vida en Ámsterdam. ¡Y ahora lo acompañaba precisamente gran parte de aquello de lo que ansiaba huir! Seguramente era una señal del destino. Suspiró.

Pese al intento de Wim de impedir que Gesine se llevara la mitad de los enseres domésticos o al menos su guardarropa anual completo, que era considerable, el día de la partida se necesitaron dos coches de punto para transportar hasta el puerto el equipaje y a ellos mismos.

La noche anterior Gesine se había despedido de su padre en una escena pródiga

en lágrimas. Desde que había tomado la decisión de acompañar a su marido al Surinam, había intentado despertar ante sus amigas la impresión de que su esposo la necesitaba para viajar a esa colonia de salvajes, y Wim albergaba la fugaz esperanza de que su padre, debido a las abundantes lágrimas, se opusiera al viaje. Pero desde la óptica de su suegro, una mujer debía estar con su marido, y quizá también él albergara la esperanza de que ese viaje ayudara a su hija a madurar y a ser más autónoma. Wim, en cambio, dudaba de que Gesine pudiera cambiar jamás.

—¿Nos invitarán al banquete del capitán? —Gesine, muy agitada, resbalaba de un lado a otro en su asiento del carruaje mientras parloteaba sin cesar.

—Viajamos en un buque mercante, Gesine, no creo que allí...

Wim se interrumpió. Confiaba en que su mujer no organizara un escándalo en el puerto porque no viajaban en uno de esos lujosos y modernos buques de vapor, sino en un velero mercante, el *Maria Dora*, grande pero muy sencillo. Al parecer, Gesine seguía sin enterarse, a pesar de todos sus intentos de explicárselo.

En el puerto, sucio y ruidoso, reinaba un tremendo trajín. En fin, como todos los días. El puerto de Ámsterdam era muy pequeño, y a pesar de los laboriosos intentos de ampliación por parte de la ciudad, la gente se aglomeraba en los muelles y los malecones. Algunos barcos ya estaban atracados unos junto a otros, pues no tenían sitio en fila. No era de extrañar, pensó Wim, que para entonces Róterdam hubiera aventajado a Ámsterdam como puerto mercante.

Cuando el cochero se detuvo, algunos chicos rodearon inmediatamente el carruaje para ofrecer sus servicios como mozos de cuerda. Wim se alegró y contrató en el acto a tres jóvenes robustos. En modo alguno pensaba llevar personalmente al barco el equipaje de su mujer.

—Que tengan cuidado con las maletas. —Gesine, en el estribo del carruaje, agitaba su pañuelo bien ante su nariz o por su vestido, como si quisiera sacudirse el polvo.

No obstante, el puerto no estaba precisamente polvoriento, pues el suelo, a pesar del empedrado, estaba hecho un barrizal y cubierto de desperdicios. Un olor a pescado salado hirió en el acto su nariz. Gesine hacía remilgos ante la idea de plantar el pie en esa suciedad. Seguramente pediría al cochero que la trasladara hasta el barco. Wim volvió a enfadarse. La cogió con decisión de la mano y la obligó a bajar del carruaje.

—Vamos, hemos de darnos prisa.

Sin volverse, se dispuso a preguntarle a un marinero por el camino hacia el barco. Ya lo seguiría Gesine, de eso estaba seguro. Estuvo a punto de sonreír cuando un marinero les dijo que para acceder al *Maria Dora* tendrían que cruzar otro barco antes. A los chicos que llevaban el equipaje eso no parecía importarles mucho, pues caminaban con las maletas por las estrechas escaleras y planchas de madera que servían de puente provisional. Wim se giró brevemente y vio que Gesine lo seguía con la falda remangada y gesto avinagrado. Tras cruzar la cubierta del primer barco,

la mujer vaciló. Miró por encima de la borda a las sucias aguas pardas del puerto que chapoteaban entre los barcos.

—¡Oh, no, yo por ahí no paso! —oyó Wim su voz chillona a sus espaldas.

Él se limitó a encogerse de hombros y reanudó la marcha por encima de las planchas. Al fin y al cabo, Gesine no tenía elección... salvo que quisiera quedarse en los Países Bajos. Wim estaba seguro de que no le haría semejante favor. Y así fue: levantándose la falda y con la nariz estirada hacia el cielo para evitar contemplar las aguas inmundas, cruzó por las planchas que se balanceaban hasta el barco que los llevaría al Surinam.

Ahora, en comparación con las otras embarcaciones, el *Maria Dora* ya no parecía tan grande, y en conjunto daba la impresión de ser un navío venido a menos. Wim suponía que se trataba de un buque mercante que, en su día, había recorrido rutas más importantes. Por entonces ya viajaban a Norteamérica o a las colonias orientales rápidos clíperes, e incluso barcos de vapor. El Surinam, por el contrario, no era más que un lugar sin importancia en las cartas de navegación. Wim no esperaba otra cosa y en más de una ocasión había intentado preparar a Gesine para ello. Su rostro enfurruñado demostraba que no lo había conseguido. Ella no decía nada, pero su cara, debido al balanceo o a un inminente desmayo, había adoptado una palidez harinosa. Wim apartó la vista.

Un marinero los condujo a los camarotes. Para ello tuvieron que atravesar primero el comedor de la tripulación, ubicado justo al lado de la cocina entreabierto, cuyos bancos de madera no invitaban precisamente a un banquete del capitán. A continuación del comedor se extendía un largo pasillo en el que se alineaban a derecha e izquierda las puertas de los camarotes.

A ellos les asignaron el tercer camarote de la izquierda. Wim abrió la puerta y entró. La pequeña estancia estaba revestida de madera oscura, parecía sombría y poco acogedora. Las dos literas, la mesa y las dos sillas eran de la misma madera. Las instalaciones parecían desgastadas, ya fuera por incontables días de fuerte marejada o por haberlas usado los viajeros durante años, Wim no habría sabido decirlo. Además, en el fondo le daba igual. Por el contrario, la mirada desdeñosa de Gesine demostraba que aquello evidenciaba una falta de comodidades. Escudriñaba la habitación con sus delgados labios muy apretados. Mientras tanto, Wim estaba subiendo su equipaje de mano a la litera superior, pues suponía que su esposa no querría dormir en ella. Al hacerlo, chocó con la mesa y reparó en que ésta estaba firmemente anclada al suelo. ¿Por el oleaje? Sintió cierto malestar, pero no dejó que Gesine se lo notara. Ella seguía en la puerta.

—¡Pero si esto es un trastero! —exclamó abriendo unos ojos como platos—. ¡No podemos quedarnos aquí! ¿Dónde está el baño?

—Mevrouw..., en el pasillo inferior —contestó una voz a sus espaldas. Pertenece a un hombre joven y alto que estaba abriendo la puerta del camarote de enfrente.

Gesine se volvió asustada y se apresuró a cerrar la puerta. Estaba desolada en medio de la habitación mientras —eso suponía Wim— comprendía al fin que no la esperaba una cómoda travesía en un barco turístico.

Wim intentó reprimir una sonrisa, aunque en su fuero interno lo regocijaba el horror de Gesine. Ahora su mujer, le gustara o no, tendría que salir de su pequeño y resplandeciente palacio de ensueño. Él sabía que tarde o temprano las cosas se tornarían difíciles, pero por primera vez desde que estaban casados se sintió realmente superior. Ahora la batuta la llevaba él, no ella con sus desmayos o su padre con su tutela. A partir de ese momento, su esposa haría lo que él dijera.

El 12 de enero, con un viento gélido, el barco cruzó el canal de Holanda Septentrional para salir al mar del Norte por Den Helder. A continuación pusieron rumbo al oeste en dirección a Inglaterra. Las rocas blancas de Dover les dieron la bienvenida, y bandadas de gaviotas acompañaron al barco. Desde allí, el canal se hizo más ancho y, poco después, con viento favorable y mar relativamente en calma, llegaron al océano Atlántico.

Wim estaba en cubierta, el sentimiento de libertad parecía darle alas. Era como si hubiera dejado en tierra la carga que soportaba su alma, y sentía su corazón cada vez más ligero a medida que recorrían más millas. El viento, el sabor a sal en sus labios y el continuo vaivén del barco que los conducía lejos, incansable, le infundían nuevo valor.

Mientras tanto Gesine estaba de morros en el pequeño camarote. A ella la belleza del mar abierto le importaba un bledo. Habría disfrutado exhibiendo cada día un vestido diferente en cubierta o sus joyas por la noche, halagada por los fascinados besamanos de los pasajeros masculinos. Pero, salvo la mujer entrada en años de un comerciante judío, no había otra a bordo a la que Gesine podría haber impresionado mientras paseaba, y los hombres del pasaje no eran admiradores impenitentes.

Wim había echado un vistazo a los demás pasajeros durante el primer desayuno, consistente en una papilla indefinible. Salvo dos hombres de entre treinta y cuarenta años, el resto de sus compañeros de travesía eran sobre todo personas de edad. Se preguntaba por qué habían emprendido ese viaje incómodo y esforzado.

En cubierta casi siempre estaba solo. Los pasajeros más mayores no parecían muy sociables y, excepto un breve saludo, rara vez mostraban algún interés cuando se los encontraba. Wim tampoco tuvo ocasión de establecer contactos durante las comidas. Se sentaba a la mesa al lado de Gesine, flanqueado por el viejo matrimonio judío y dos oficiales del barco. Aunque intentaba animar a hablar a sus compañeros de travesía con una conversación educada, sus respuestas eran más bien escuetas y malhumoradas. La mujer del comerciante judío escogió a Gesine como interlocutora, por lo que a los pocos días Gesine prefirió comer sola en el camarote.

Wim salía a tomar el aire siempre que el tiempo lo permitía. En cubierta debía

procurar no molestar a los marineros, que no paraban de subir a las jarcias, izar las velas o fregar la cubierta. A Wim siempre le apetecía salir. Acarició la lisa madera pulida de la borda casi con cariño. ¿Qué lugares habría visitado ya ese barco? ¿Cuántas tempestades habría superado? ¿Qué aventuras habría vivido?

—Qué día tan espléndido. Por la tarde pasaremos frente a las Azores.

Wim alzó la vista sobresaltado al oír de pronto una voz a su lado. Era uno de los hombres más jóvenes, alto, de cabellos rubio oscuro rizados, que ahora parecían bailar indómitos al viento alrededor de su cabeza. Sus ojos verdes, que esparcían cierta alegría, miraban a lo lejos sin fijarse en Wim.

—Sí, uno de los marineros dice que tenemos suerte, que aquí el viento puede ser completamente distinto —contestó él, alegrándose por haber entablado conversación.

Albergaba grandes esperanzas de relacionarse en el barco. Entre otras razones porque ignoraba si Juliette lo recibiría. Gesine desconocía ese temor suyo: Wim no le había dicho que la planificación del viaje había impedido esperar una respuesta de la colonia.

El hombre se situó a su lado, apoyó los brazos en la borda y respiró hondo un par de veces. Después se volvió hacia Wim.

—Me llamo Thijs Marwijk —se presentó, tendiéndole la mano.

—Vandenberg, Wim Vandenberg, encantado de conocerlo.

Thijs Marwijk hizo una amable inclinación de la cabeza.

—Y ¿qué lo lleva a usted al *infierno verde*? —preguntó riendo.

—Yo..., bueno, mi mujer y yo vamos a visitar a una pariente.

—Hum...

—¿Y a usted? Negocios, supongo.

Su indumentaria moderna y cuidada hizo deducir a Wim que Marwijk era un viajante de comercio.

Su interlocutor sonrió.

—No, bueno, sí, a medias. Yo nací allí.

—¿En la colonia? Entonces seguro que la conoce bien.

—Sí, a los diez años me enviaron a los Países Bajos con unos parientes. Mis padres poseían una plantación en el Surinam que abandonaron hace muchos años. La liberación de los esclavos..., ya sabe.

No, Wim no lo sabía. Pero escuchó con interés a su interlocutor.

—Hace un año murió mi padre. Luego, poco después, mi madre. —Una sombra cubrió el rostro de Marwijk, después sus ojos volvieron a iluminarse—. Mi padre no me lo había dicho, pero las tierras de la plantación Watervreede todavía nos pertenecen, seguramente él nunca se decidió a venderlas. Yo no encontré la documentación hasta después de su muerte y ahora quiero ver qué ha sido de la plantación. En los Países Bajos todos lo consideraron un plan descabellado —se echó a reír, para proseguir luego con tono meditabundo—, aunque desde que estoy en el barco... creo que está bien que viaje —ahora Thijs Marwijk parecía aliviado.

—Entonces ¿desconoce usted lo que lo espera en el Surinam? —preguntó Wim.

—En efecto, no tengo ni idea. Si tengo mala suerte, será un gran terreno con abundante selva. —Rió de nuevo.

—Entonces viaja usted, permítame la expresión, a la aventura —comentó Wim.

—Sí, así podría decirse. ¿Y usted? ¿Se alegra de ver a sus parientes? ¿Ha estado alguna vez en el Surinam?

—Hace mucho tiempo que no veo a mis parientes... y viajamos a la colonia por primera vez.

—¡Caramba, en ese caso también usted va en busca de aventuras! Se lo ruego, llámeme Thijs.

—Wim —dijo él, y volvió a estrecharle la mano a Thijs, que con la otra mano le palmeaba amistosamente el hombro.

—Espero que la colonia nos sea propicia, Wim.

Un poco más lejos había otro viajero que, al oír la conversación, había aguzado el oído. Era evidente que conocía muy bien el nombre de Vandenberg.

CAPÍTULO 4

Al principio fue un viento refrescante, pero después degeneró en tempestad. El viento parecía proceder de todas partes. Además, se componía de rachas húmedas y calientes, no frías como en Europa. El barco trepaba por encima de las olas y todo el mundo a bordo tenía que aguantar la salvaje cabalgada.

Wim, previsor, había asegurado lo mejor posible el equipaje en el camarote; a pesar de todo, unos zapatos, las dos sillas y algunos libros cayeron al suelo. Gesine yacía en su litera, gimiendo en voz baja. Hasta entonces había resistido la marejada con asombrosa valentía, pero a medida que el mar arrastraba el barco con mayor violencia, la espuma blanca azotaba con fuerza el pequeño ojo de buey y ya no se divisaba el horizonte, Gesine también perdió el aplomo. Primero palideció, después le dieron arcadas y por último escupió. Al principio se abalanzó al retrete situado al final del pasillo. Pero como a otros pasajeros les aquejaba el mismo mal, Wim le tendió la palangana y le ordenó permanecer en el camarote.

—No seas melindrosa. Antes de que te desplomes en el pasillo o suceda algo peor, será mejor y más seguro que permanezcas aquí.

Él tampoco se sentía bien, pero sus náuseas no eran tan severas.

La tempestad duró muchas horas. Ese día fue imposible conciliar el sueño. Hacia la medianoche los ruidos de la madera al quebrarse se impusieron al aullido del viento. Wim se asustó y, tambaleándose y agarrándose, se acercó a la puerta para ver qué pasaba. Allí ya se habían reunido algunos hombres, que se apoyaban en las paredes. Gritos nerviosos se mezclaban con el estruendo de la tormenta. La puerta del camarote de enfrente se abrió y la cabeza de Thijs apareció en el umbral.

—¿Has oído eso, Wim? ¿Qué ha pasado?

Wim estaba con las piernas abiertas y los brazos estirados en el marco de la puerta para no perder el equilibrio.

—No lo sé —contestó a voces.

—¿Vamos a echar un vistazo? —Thijs señaló el comedor y la escalera contigua—. A lo mejor necesitan ayuda en cubierta.

Wim reflexionó un momento y luego asintió.

—¡Wim, no te muevas de aquí! —oyó gritar tras él, aterrada, a Gesine desde el camarote.

—¡Enseguida vuelvo! Quédate ahí.

¡Ella, que nunca lo llamaba! Pero tendría que arreglárselas sola, el bienestar del barco estaba por encima del de Gesine. Si necesitaba su ayuda para soportar esa noche de tormenta, se la brindaría.

Wim siguió a Thijs por el pasillo hacia el comedor, donde se veían todo tipo de

objetos por el suelo caídos de los estantes de la cocina. Ninguno de los demás pasajeros hizo ademán de seguirlos. No fue fácil subir por la estrecha escalera, pues el barco cabeceaba sin cesar. Sus pies corrían continuamente el peligro de resbalar en los escalones. Lo que le pareció una eternidad más tarde, Wim vio a Thijs luchar con la puerta que daba a cubierta. Thijs se apoyó con todo el peso de su cuerpo contra ella, pero la tempestad presionaba por fuera. Apenas se abrió una rendija, penetró un agua helada.

—¡Sujétate bien! ¡Ahí fuera es un infierno! —gritó Thijs antes de abrir la puerta con todas sus fuerzas.

El agua salada azotó en el acto su rostro, el viento silbaba y aullaba en sus oídos. Wim intentaba mantenerse muy cerca de Thijs. Agarrándose, rodearon la superestructura de proa, la lluvia y el oleaje los empaparon rápidamente.

Wim vio a muchos marineros luchando con los aparejos del mástil de mesana. Del mástil delantero colgaban, balanceándose, numerosos cabos en cuyos extremos pendían trozos de madera rotos; partes de la verga que sujetaba el foque, del bauprés, que en realidad sostenía las velas correspondientes.

—Aquí..., aquí —les gritó uno de los marineros que agarraba un cabo y apenas podía sujetarlo.

Thijs y Wim se aproximaron deprisa, se colgaron también del cabo y lo agarraron con todas sus fuerzas en medio de la tormenta.

—¡Hay que cortar... la vela... y después soltar! —gritó el marinero.

Wim miró hacia arriba a través del agua que azotaba la cubierta del barco. Estaba oscuro, pero en lo alto distinguió unas cuantas figuras fantasmales. En efecto, en el poste del mástil de mesana algunos hombres intentaban acercarse a la vela inferior, que bailoteaba enloquecida de un lado a otro, hasta que por fin agarraron las jarcias. De repente un sonido sibilante rasgó el estruendo, llovían cordajes y el marinero gritó:

—¡Ahora!

Soltaron inmediatamente y Wim vio cómo la tormenta arrastraba por encima de la borda la vela arrancada. El marinero, agotado, se agarró a la borda.

—Vuelvan de nuevo... bajo cubierta... Es demasiado peligroso —dijo señalando alternativamente a Wim, a Thijs y el mástil de mesana.

Wim notó que las fuerzas lo abandonaban. Y tuvo la impresión de que a Thijs le sucedía lo mismo: estaba pálido y su rostro parecía tenso. Wim lo exhortó con una inclinación de la cabeza y, agarrándose a la superestructura, llegaron a la escotilla de entrada. Bajaron la escalera a punto de desplomarse y en el pasillo de los camarotes se detuvieron exhaustos y se apoyaron en la pared.

—¿Habrá sufrido daños graves el barco? —Wim estaba sin aliento.

—Creo que no —jadeó Thijs—. Las otras velas parecían aptas para navegar. —De repente se echó a reír y palmeó, elogioso, el hombro de Wim, lo que casi lo hizo perder el equilibrio—. ¡Aventuras..., ya te digo! Aquí las tienes...

De pronto Wim se sintió orgulloso, una sensación que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Sí, ésa era la primera aventura auténtica de su vida. Y, a pesar del peligro y del agotamiento, se sentía bien. Cuando entró tambaleándose por la puerta de su camarote, estuvo a punto de chocar con un hombre.

—Espacio, espacio —dijo sujetando a Wim.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en nuestro camarote? —Wim se quedó completamente sorprendido.

—Primero, siéntese. Está usted empapado. ¿Ha estado en cubierta? —El hombre levantó una de las sillas y la empujó hacia él.

—Una vela..., había que... —balbuceó Wim. Toparse en su camarote con ese desconocido lo había confundido.

—¿Siguen en pie los mástiles? —preguntó el hombre con la preocupación escrita en el rostro.

Él asintió.

—Entonces resistiremos la tormenta, no hay por qué inquietarse. —El hombre se volvió hacia Gesine mientras se explicaba—. Mijnheer, me he tomado la libertad de ayudar a su encantadora esposa, que se había precipitado al pasillo.

—Gesine, te dije que no debías... —Wim estaba más irritado que preocupado. A primera vista ella parecía muy animada, y también podía volver a lamentarse.

—No le ha sucedido nada, un pequeño chichón en la cabeza. No se preocupe, soy médico.

A Wim le costó reprimir un comentario mordaz. Se levantó, se quitó su camisa mojada y se limpió la cara con ella. Los ojos le escocían por el viento y el agua salada.

De pronto sintió una mano en el brazo.

—¿Qué tiene ahí? Déjeme ver.

La mirada de Wim resbaló hacia abajo y contempló asombrado la herida sangrante en su antebrazo.

—Es un simple rasguño, pero debería lavárselo con agua limpia.

—Gracias. —A Wim no le dolía, pero agradeció la indicación.

Le tendió la mano al hombre, que la estrechó enseguida.

—Creo que no nos hemos presentado aún. Me llamo Pieter Brick.

—Wim Vandenberg... Gesine, mi esposa. Encantado. —Wim no logró decir nada más, estaba completamente agotado.

El hombre se dio media vuelta para irse.

—Quítese la ropa mojada para no pillar una pulmonía. Nos veremos..., siempre que la tormenta no nos lleve a pique.

Gesine dejó escapar un gemido.

—No se preocupe, mevrouw.

Y, llevándose la mano a la frente, se despidió para abandonar el camarote apoyándose con la otra mano en la pared.

CAPÍTULO 5

Desde su regreso a la ciudad, Karini no había vuelto a ver a Julius. En cuanto pudo se dirigió al mercado, y una noche incluso salió a escondidas de su cabaña, situada detrás de la casa de la ciudad, para correr a un *dansi* de los muchos que habían visitado. Pero a Julius parecía habérselo tragado la tierra. La chica, decepcionada y triste, se hacía numerosos reproches. Seguro que estaba enfadado con ella por haber abandonado la ciudad sin despedirse. No obstante, a Karini no le había quedado otra opción.

Por desgracia, no tenía mucho tiempo para buscarlo. Kiri también había regresado a la ciudad con ella, por lo que Karini perdió la libertad de la que había disfrutado en los meses que Liv había gobernado la casa. En realidad, esa tarde había pensado recorrer de nuevo las calles, pero...

—Aún tenemos que mudar las camas de los dormitorios de arriba antes de que se presenten la misi y el masra la semana que viene. Hoy haremos primero los dormitorios de los chicos —le comunicó su madre.

—Sí, madre. —Karini sabía que era inútil resistirse.

Desde que misi Juliette había dado a luz a su hija, Kiri era más cuidadosa y le había costado muchísimo esfuerzo dejar a la misi en la plantación al cuidado de Liv. «Kiri, cuando lleguen los invitados, la casa de la ciudad debe estar en perfecto orden. Por eso creo que es mejor que te vayas», había dispuesto, sin embargo, la misi, de manera que Karini y Kiri partieron hacia la ciudad en diciembre junto con Henry y Martin. Los chicos regresaron al colegio, y Karini echaba una mano a su madre en la casa.

Los invitados... Karini todavía no había averiguado bien quién iba a llegar de Europa. Al parecer, unos parientes de la misi. Hasta entonces ella ni siquiera sabía que la misi mantuviera los contactos con Europa. Pero masra Henry, al que también había sorprendido la noticia, parecía alegrarse.

—Figúrate, es mi primo segundo. Dirige una gran empresa de comercio en Ámsterdam.

Durante las semanas anteriores, masra Martin había permanecido más bien callado. Si comentaba algo, entrañaba una crítica a todo lo que se refería a la misi. Karini se enfadaba por ello, pues la misi era como una madre para masra Martin. Éste, al hablar con masra Henry y con Karini, también había enjuiciado negativamente la visita.

—Ya lo veréis, ahora aparecerán unos parientes lejanos pidiendo dinero de la plantación.

A masra Henry le disgustó ese comentario.

—¡Qué disparate! Si son ricos en los Países Bajos, ¿qué iban a querer de nosotros?

Masra Martin se limitó a encogerse de hombros.

—Ya lo verás —concluyó con expresión malhumorada.

No era el único que desconfiaba, pues también misi Juliette albergaba sospechas. A masra Jean, por el contrario, parecía no preocuparlo en absoluto. Karini había oído que el masra y la misi habían discutido varias veces por ese asunto. La muchacha sentía mucha curiosidad por esa visita; al fin y al cabo, no todos los días llegaban europeos a la colonia. Además, Europa siempre despertaba la curiosidad de Karini. En el colegio habían hablado mucho del tema, y sobre todo de los Países Bajos, claro está. Allí había diques contra el mar, lluvia y nieve, que, según había contado el maestro, se parecía a las semillas de la ceiba y formaba una alfombra blanca en el suelo en la que les encantaba jugar a los niños, y además tenían un rey y una reina. A Karini todo eso le había sonado siempre a un misterioso país de cuento.

Siendo pequeña, escuchaba con atención a la misi cuando hablaba de los Países Bajos a los chicos. Pero cuando luego se lo contaba a su madre, ésta más bien la censuraba: «Europa es la tierra de los *blanken*. Debería interesarte más la patria de nuestros antepasados».

Karini, sin embargo, conocía desde hacía mucho las viejas historias del país de los negros, aunque no le parecían muy emocionantes. Aparte de guerras tribales, cabañas de barro, grandes rebaños de cabras y abundantes regiones salvajes, en su opinión no había mucho más. Precisamente los esclavos viejos que habían atravesado el océano, los últimos que habían llegado en los transportes desde el continente negro, referían cosas espantosas de esa tierra. No, Karini prefería las historias de los Países Bajos. De pequeña se había ganado un bofetón de su madre por ese comentario, porque Kiri ni siquiera era negra. Por su color de piel era una mulata, igual que el padre de Karini. De niña, Karini siempre había creído que su abuela era una mujer del poblado cimarrón. Murió pronto, le habían contado. Pero ella sospechó: su abuelo era un negro alto, ancho de hombros, y su padre un mulato..., pero en el poblado cimarrón no había ninguna mujer blanca. Todo aquello le resultaba muy extraño: a todos les gustaba estar con el abuelo, pero nadie hablaba de él. En cuanto se hablaba de él, cambiaban de prisa de tema, no contestaban a casi ninguna de las preguntas de Karini. Y menos aún a las referidas a su abuela. Seguro que su padre tenía sus motivos para no hablar nunca de su madre. Después de la bofetada, Karini tampoco se atrevió a preguntar más.

Cuando subía las sábanas al piso de arriba, su mirada se detuvo, como tantas veces, en los cuadros al óleo que colgaban en la pared. Allí había reproducciones de paisajes neerlandeses: prados verdes con muchos caballos, árboles cargados de frutas desconocidas y grandes casas redondas con unas extrañas tablas largas que pendían de la fachada. «Son molinos de viento», le había explicado una vez, hacía años, masra Henry. Lo recordaba muy bien, ella se quedó convencida de que masra Henry

quería gastarle una broma: ¡porque el viento no se molía! Masra Henry se reía y Karini se enfadó mucho. Porque, al fin y al cabo, él tampoco había estado en los Países Bajos. Desde entonces la muchacha deseó visitar algún día ese país maravilloso, en el que al parecer todo era mejor que en el Surinam.

Suspirando, llevó las sábanas a las habitaciones. Quería terminar antes de que los masras llegaran a casa, puesto que odiaba tener que hacer tareas domésticas en su presencia. Además, el deseo de encontrar a Julius la impulsaba a salir de casa y recorrer la ciudad. No le apetecía nada estar allí desplegando sábanas. Pero era su trabajo, y se propuso terminarlo con rapidez.

Decidió empezar por la habitación de masra Martin. Retiró la sábana usada con desgana. De pronto oyó un crujido. Se detuvo, a continuación sacudió la sábana. Nada. Así que el sonido tenía que proceder de algún lugar de la cama. Picada por la curiosidad, dejó caer la tela al suelo y rodeó el catre. Justo cuando pensaba haber oído mal, vio asomar un trozo de papel entre el colchón y el borde de la estructura. Muerta de curiosidad, lo sacó y se encontró con una carta doblada entre las manos. ¿Una carta en la cama de masra Martin? Eso sólo podía significar que deseaba esconderla. Pero ¿quién iba a escribirle una carta a masra Martin? La chica vaciló unos instantes, aguzó el oído, pero la casa estaba en silencio. Luego desplegó el papel y comenzó a leer. El texto estaba escrito en neerlandés, y a Karini le costaba descifrar la letra.

Querido hijo:

Me alegra comunicarte que regresaré a la colonia en febrero. Tengo ganas de volver a verte.

Respetuosamente,

TU PADRE

Karini no daba crédito a sus ojos. ¡El padre de masra Martin en la colonia! Apartó la carta, meditabunda. Masra Martin debía de sentirse la persona más feliz del mundo... Pero, entonces, ¿por qué no se lo había contado a nadie, ni siquiera a masra Henry y a ella? A misi Juliette, sin embargo, no la entusiasmaría, Karini estaba segura de eso, pues ella y masra Martin habían discutido en numerosas ocasiones por el padre del chico.

A Karini le remordió la conciencia. La última vez que quiso guardar un secreto había terminado en catástrofe. ¿Debía informar ahora a alguien sobre lo que había descubierto? ¿A quién? ¿A su madre? Ésta nunca había hablado bien del padre de masra Martin. Al contrario, siempre prohibía a Karini hablar de él, y conocía a su madre lo suficiente como para saber que ese hombre la alteraba mucho.

La muchacha volvió a guardar la carta en su escondite y se apresuró a poner la sábana. De momento se comportaría como si no hubiera encontrado la misiva.

Seguramente era lo mejor.

CAPÍTULO 6

El *Maria Dora* había superado la tempestad. Wim salió a cubierta con el pretexto de averiguar el estado del barco, pero lo cierto era que ya no podía soportar más los lamentos de su esposa. Gesine había organizado un enorme alboroto por un pequeño chichón que apenas se notaba, y además insistía tenazmente en que se había torcido un pie y no era capaz de levantarse. Así que Wim le llevó el desayuno al camarote, pero luego se apresuró a salir a tomar el aire.

Los daños en cubierta no parecían preocupantes, y los marineros aseguraban que la vela perdida no afectaría a la travesía.

El mar estaba de nuevo en calma, el tiempo era cálido y agradable, y el barco se deslizaba con suavidad, flanqueado por los delfines.

—Cuesta creer que ayer nos sacudiera de ese modo —dijo Thijs. Estaba también en cubierta, sentado en una de las sillas de madera que los marineros habían vuelto a colocar, las piernas cruzadas con indolencia.

—Sí, he de reconocer que ha sido una noche movida. —Wim enderezó una silla y se sentó a su vez.

Lucía el sol y, protegidos por las superestructuras del buque, disfrutaban de un agradable calor.

Thijs dirigió los ojos al horizonte.

—Si todo va bien, llegaremos dentro de cinco días.

—¿Nunca has echado de menos tu patria? —Wim sentía curiosidad, había reflexionado mucho sobre ese asunto—. Quiero decir, habiendo abandonado tan pronto de niño tu casa paterna.

—Sí, claro que me resultó muy duro. Entonces no comprendía por qué mis padres me enviaban a Europa. El Surinam y la plantación Watervreede me parecían entonces el paraíso. Y más aún después de llegar a los Países Bajos. —Rió en voz baja—. Qué frío hacía en ese país. Y con eso no me refiero sólo al tiempo... —Calló un instante como si el recuerdo todavía lo hiciera sufrir. Después plantó los pies en el suelo, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. Con la mirada perdida, añadió —: Lo peor no fue tener que abandonar a mis padres, sino a mi nodriza Hestia.

—¿Tenías una nodriza... llamada Hestia, como la diosa? —A Wim casi le desagradaba preguntarlo, pero es que le parecía muy raro.

—Sí, así es. Hestia, como la diosa griega del fuego y del hogar. —Thijs rió de nuevo—. Por aquel entonces, en el Surinam todas las familias tenían una nodriza que se ocupaba de los niños. Las damas como mi madre jamás habrían... En fin, el caso es que Hestia era como una madre para mí. Mi propia madre... —Se interrumpió.

Wim estaba asombrado. Las costumbres le parecían tan inusuales como el nombre

de la nodriza.

—¿Puedo preguntar por qué tu nodriza llevaba un nombre griego? Quiero decir, ¿es que los esclavos no tenían nombres..., cómo decirlo, más acordes con su condición?

Thijs se enderezó y cruzó los brazos delante del pecho con gesto de indiferencia.

—No sabes mucho de la colonia, ¿verdad? Los esclavos, después de su nacimiento, solían llevar el nombre que les daban sus propietarios. Mi padre sentía predilección por la mitología griega, así que todos nuestros esclavos llevaban nombres griegos, y cuando se le terminaron los dioses y los héroes, recurrieron al alfabeto griego o sencillamente a los números. —Sonrió—. Sea como fuere, Hestia me crió como si fuera mi madre; sus dos hijos, Deka y Pente, eran mis hermanos.

—¿«Diez» y «Cinco»?

—Sí, exactamente. «Diez» y «Cinco».

—¿Qué ha sido de ellos?

—No lo sé. —Thijs bajó la vista un momento—. A mí me enviaron a los Países Bajos en 1857. Seis años después, cuando la liberación de los esclavos, llegaron mis padres, yo acababa de cumplir dieciséis... —Retorcía los dedos mientras proseguía su relato lentamente—. Desde entonces no supe nada más de la colonia. El Surinam quedó muy lejos, y yo... terminé el bachillerato, fui a la universidad...

A Wim no se le pasó por alto que Thijs estaba muy conmovido, y cambió de tema.

—Así que estudiaste...

—Sí, ingeniería. Pero no era mi tema favorito... Debí haber elegido economía agrícola. Por entonces soñaba con regresar al Surinam y administrar una plantación. Deseaba volver a casa.

Wim sabía de sobra lo que era perseguir un sueño durante años.

—Y ¿por qué no lo hiciste?... Quiero decir, ¿por qué no regresaste al Surinam?

—Pues... —Thijs levantó las manos, resignado—, mi padre ya estaba delicado de salud cuando regresaron a los Países Bajos, y yo intenté simplemente obedecer sus deseos. Estudié, trabajé, tuve éxito.

Wim rió en voz baja. Todo eso lo conocía de sobra.

—Bueno, quizá ahora pueda cumplir parcialmente mi sueño infantil —prosiguió Thijs con voz firme—. Cuando encontré los documentos en el escritorio de mi padre, tomé una decisión. Aunque la selva haya conquistado de nuevo parte de las tierras, al menos quiero intentarlo. De todos modos, en los Países Bajos hablé con algunos expertos y todos opinaron que una plantación bien gestionada sigue siendo una inversión muy rentable. Ahora tengo dinero y deseo probar suerte. Quiero construir un molino de azúcar moderno en Watervreede. El azúcar de las colonias, desde que se cultiva la remolacha azucarera, apenas tiene valor. Sin embargo, si se puede producir en grandes cantidades, de forma barata y rápida..., mi carrera no habrá sido completamente en vano. —Rió y miró cara a cara a Wim—. Y tú, Wim, ¿a qué te

dedicas?

Él respondió a su mirada franca con un suspiro.

—Yo también cargo con la obra vital de mi padre —contestó con sinceridad, aunque no pudo reprimir un tono sarcástico—. Heredé de él una empresa comercial.

—¡Oh! —La mirada de Thijs reflejaba asombro—. Y ¿se puede saber con qué comercias?

Wim se encogió de hombros.

—Con coloniales: azúcar, ron, té, café. Todo lo que pueda importarse a buen precio y dé dinero en Europa. —Nuevo suspiro.

Thijs esbozó una leve sonrisa.

—Magnífico, quizá algún día podamos hacer negocios.

Wim sonrió, pero hubo de reconocer que ni a él el comercio ni a Thijs la plantación les auguraban un futuro prometedor.

Con el mar en calma, al día siguiente también se unió a Wim y a Thijs el médico Pieter Brick.

—Mijnheer Vandenberg, ¿qué tal está su mujer?

—Muy bien, gracias. Fue muy amable al ocuparse de ella.

De hecho le estaba agradecido a ese hombre, pero en su presencia lo acometía un malestar indefinible. Su aspecto le parecía antinatural y afectado. Además, Wim tenía pocas ganas de hablar de Gesine. Se alegraba de cada minuto que pasaba en cubierta sin ella.

—No tiene importancia. Y usted, espero que no cogiera una bronquitis en esa noche tan fría...

—No, estoy bien.

—Pero, tome asiento, por favor. —Thijs señaló una silla libre.

—Con mucho gusto.

Durante unos momentos los hombres disfrutaron en silencio del tibio aire marino.

—Y, mijnheer Brick, ¿qué lo lleva a usted a la colonia? ¿Desea ejercer allí?

Thijs no era hombre que perdiera el tiempo en circunloquios, Wim ya lo había comprobado. Pero eso no pareció molestar a Pieter Brick, que respondió complacido:

—No, en realidad ya no ejerzo. Mi viaje es más bien... de índole comercial.

—Ah, también desea hacer negocios. —La curiosidad de Thijs se había despertado. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas—. ¡Qué feliz coincidencia! ¿Conoce la colonia, mijnheer Brick? Y ¿de qué negocio se trata, si me permite la pregunta?

—Tengo el propósito de reincorporarme a la dirección de una plantación. Viajé a Europa hace unos años —respondió Brick despacio, y a Wim lo asaltó la repentina sensación de que ocultaba algo. Europa no parecía ser un tema grato para él.

A Thijs lo satisfizo conocer esos planes.

—Fíjate, Wim, tienes excelentes oportunidades de aprender mucho en tu viaje y establecer contactos. —Sonrió—. Mijnheer Vandenberg y su esposa visitan por primera vez la colonia. Él dirige una empresa comercial en Ámsterdam —explicó dirigiéndose a Brick.

Wim sintió cierto malestar al ver que Pieter Brick le dirigía una mirada escrutadora.

—Entonces lo aguardan muchas novedades. La vida en la colonia no puede compararse con la vida en los Países Bajos. —Soltó una risita—. Y cuídese de los negros: desde que se creen libres...

El malestar de Wim aumentó, le desagradaba la actitud de ese hombre, sobre todo su arrogancia. Se esforzó por imprimir a su tono de voz la mayor serenidad posible.

—¿De veras? Pues no se oye nada negativo.

—¿Nada negativo? —Brick se inclinó hacia delante y miró a Wim de hito en hito—. Pues el ochenta por ciento de los blancos han abandonado el país.

Instintivamente, Wim retrocedió en su silla tanto como pudo.

—Eso seguramente será cierto, pero desde luego la emigración de los blancos no guarda relación con la liberación de los esclavos —intentó argumentar.

Había estudiado detenidamente el asunto, pero sus conocimientos eran de segunda mano; Brick, por el contrario, había vivido en el Surinam. De pronto Wim recordó con desagrado al primer marido de Juliette. Había conocido a Karl Leevken cuando había pedido la mano de Juliette; también las opiniones de éste sobre los esclavos habían estremecido más de una vez a Wim. El tono despectivo de Brick no dejaba lugar a dudas sobre la opinión que la población negra del país le merecía a ese hombre.

—No deberían haber concedido la libertad a los negros —señaló.

A Wim le apetecía poco seguir hablando del tema, pero no quiso dejar la frase sin respuesta.

—Mijnheer Brick, yo creo que fue una vía para hacer más rentables las colonias neerlandesas. Usted sabe de sobra que en Europa la gente contemplaba con ojos muy críticos a las colonias que aún mantenían esclavos —dijo con voz serena.

—¡Bah, esas gentes no tenían ni idea de la realidad! El negro en sí no es capaz de llevar una vida autónoma. Y fue una suerte que no volvieran a producirse rebeliones. Retroceda cien años en su memoria..., entonces también hubo que combatir casi treinta años contra los esclavos sublevados. —Y, con tono de orgullo, añadió—: Mi abuelo luchó en 1775 junto a John Stedman.

Wim sabía de lo que hablaba ese hombre. Había estudiado la historia de la colonia, aunque las referencias al respecto eran más bien escasas.

—¿Acaso no fueron pacificados en 1760 todos los negros?

—Sí, los cimarrones, sí, al menos oficialmente. Pero extraoficialmente se producían continuas rebeliones, sobre todo de los esclavos de las plantaciones. Hace algunos años yo mismo presencié la rebelión de ese colectivo..., y después los

liberaron sin más —concluyó Brick negando con la cabeza.

—¡Mijnheer Brick, tendrá usted que admitir que los esclavos sublevados fueron inducidos a rebelarse por los colonizadores! —Wim estaba realmente furioso.

En algunas cosas que había oído sobre la esclavitud, no podía reprochar a algunos esclavos que se hubieran sublevado contra sus torturadores. Obviamente, los defensores de la esclavitud se remitían siempre a la Biblia y también a los antiguos griegos, que habían tenido esclavos, pero ahora vivían en una sociedad moderna. En opinión de Wim, ninguna época ni cultura justificaba esclavizar a seres humanos.

Brick se enfureció de veras.

—¿Cree usted que en todos estos años ha cambiado algo, mijnheer Vandenberg? ¡No! Salvo que el blanco ya no es capaz de defenderse de los negros. Ya verá lo que esto ha provocado en la colonia. Se está yendo a pique..., a pique. Ya va siendo hora de que regresen al país hombres que entiendan de verdad lo que significa explotar una plantación.

A Wim le desagradaba esa discusión. Miró en demanda de ayuda a Thijs, que, contrariando su esperanza, no había participado hasta entonces en la conversación. Sin embargo, había hablado positivamente de los antiguos esclavos de su plantación. ¿Defendería opiniones análogas a las de Brick?

Aliviado, vio que Thijs estaba a punto de intervenir.

—Así pues, a pesar de todo, ¿pretende usted probar fortuna explotando una plantación?

Brick dirigió a Wim una prolongada mirada que éste no acertó a interpretar y se volvió luego hacia Thijs. Rápidamente se entabló una animada conversación sobre la administración de una plantación, en la que Brick brilló por sus vastos conocimientos sobre el cultivo de la caña de azúcar y el negocio de las exportaciones. Visiblemente satisfecho, Thijs hizo numerosas preguntas. Muy pronto la conversación giró en torno a la caña de azúcar y su transformación. Brick informó complacido y por su parte volvió a interesarse por los planes de Thijs sobre el molino de azúcar.

Wim se reclinó en su silla, agotado. Las opiniones manifestadas por Brick no se le iban de la cabeza; estaban profundamente arraigadas, cargadas de emotividad y libres de toda claudicación. Confiaba fervientemente en que los últimos diez años hubieran provocado cambios en la colonia.

No se imaginaba que en ese país algunas cosas jamás cambiarían.

CAPÍTULO 7

Inika le estaba muy agradecida a misi Erika, pues las había acogido con amabilidad a ella y a su madre. Hacía casi ocho meses, el barco había zarpado en secreto de la plantación a primera hora de la mañana con ambas a bordo. Dany y sus hombres las habían trasladado con seguridad río abajo, desde la plantación Rozenburg hasta Paramaribo, a la casa de Geenkamper Weg. Misi Juliette les había entregado una carta, durante cuya lectura misi Erika había roto a llorar. Con gesto muy cariñoso, tomó del brazo a Inika.

—Ay, niña, lo que habéis tenido que pasar... Ahora todo se arreglará —musitó.

A Inika le habría gustado creerla, pero ni sus emociones ni sus pensamientos le daban tregua. Apenas se atrevía a salir de casa. Se sentía observada siempre y permanecía constantemente en guardia en todas partes. Aunque había escapado con su madre de la pira funeraria, si Baramadir vivía, la buscaría y, de eso estaba segura, tarde o temprano daría con ella.

Desde su llegada, Bogo no se apartaba de su lado. Al principio, Inika casi no lo reconoció. Nada en él recordaba al chico atemorizado que tres años antes se había acurrucado en el suelo a su lado. Había crecido, era musculoso y casi bien parecido. Pero seguía sin hablar. Inika se daba cuenta de que quería protegerla, a pesar de lo cual su miedo jamás se disipaba.

A Inika le costó semanas dormir tranquila, y no pocas veces se despertaba gritando porque había visto en sueños la sombra de su marido o la imagen de una pira ardiendo. Entonces era Bogo el que llegaba corriendo a su lado, sobresaltado, y se sentaba a prudente distancia hasta que Inika recobraba la calma. La primera vez había intentado cogerla en brazos para consolarla, pero eso había provocado los gritos histéricos de Inika. Ella sabía que Bogo jamás le haría daño, pero el mero contacto desataba el pánico. Misi Erika se ocupaba amorosamente de ella, pero a la chica no se le escapaba la mirada meditabunda con que la observaba a veces. Inika había oído cómo Sarina había explicado a la misi que Baramadir le pegaba. Pero, a juzgar por la mirada de misi Erika, Inika intuía que conocía muy bien los tormentos que había tenido que sufrir. Y había otra cosa más... Cuando a Inika la acometía el miedo, una sombra de honda comprensión asomaba al rostro de misi Erika.

Como es lógico, las reacciones nerviosas de Inika no le pasaron desapercibidas a Erika. La joven se ponía histérica sobre todo de noche, o en los raros contactos con hombres que ejecutaban algún trabajo artesanal en la casa. Erika recordaba una tarde pocas semanas antes, cuando Inika tenía que ir al huerto de la casa a recoger unas

bananas. De pronto la joven soltó un alarido fuerte y estridente, Erika dejó inmediatamente en el suelo la cesta de la ropa y corrió hacia ella. Aún se estremecía al recordar la escena que presenció: Inika, delante de los arbustos, gritando fuera de sí, blandía el cuchillo de cortar bananas contra el vecino. Su cuerpo temblaba y se estremecía, y la expresión de su rostro era extraña y ausente. El hombre de piel oscura tenía el miedo escrito en la cara; al fin y al cabo, según averiguó Erika a continuación, no le había hecho el menor daño a la muchacha, sino que se había limitado a salir de detrás de los arbustos para saludarla.

Erika, consternada, le quitó el cuchillo de la mano a la joven aterrada y la condujo de vuelta a casa. «Todo se arreglará, Inika. No puedo borrar tus recuerdos, pero te aseguro que con el tiempo olvidarás», le susurró con voz tranquila mientras acariciaba con una mano el pelo de la joven, que, apoyada en ella, sollozaba en voz baja. Erika confiaba con toda su alma en que así sería.

A veces, ella misma se desesperaba por las sombras que se cernían procedentes del pasado. Pero aún observaba más a la joven india. Fuera lo que fuese lo que el hombre indio le hubiera hecho a Inika, Erika respiró aliviada cuando con el paso del tiempo comprobó que no la había dejado embarazada. Porque una cosa era acarrear el peso del maltrato y otra traer al mundo a un hijo producto de él. Eso era insoportable.

Así lo había experimentado en sus propias carnes. En la actualidad, cuando contemplaba a su hija Hanni, aún se sentía agredida y tenía que esforzarse para pensar únicamente en la niña y en su bienestar y no en las condiciones en las que había sido concebida. La niña no tenía la culpa. Erika se había reprendido más de una vez por buscar similitudes entre Hanni y su progenitor, pero lo cierto era que no podía evitarlo, y tampoco era capaz de querer a la niña de todo corazón como a su hijo. No obstante, siempre se había esforzado por ser una buena madre para su hija, pero la sima entre ella y esa niña estaba omnipresente. Pese a todo, Hanni se había convertido en una niña segura de sí misma, que, sin embargo, rehuía a su madre cuanto podía.

Hanni tampoco tenía mucho en común con Reiner, su hermano mayor. ¿Se daría cuenta de que no habían sido engendrados por el mismo padre?

Hanni nunca había preguntado por él. Erika le había permitido creer que era hija de Reinhard, aunque ambos nunca se habían conocido. Tras su partida de la misión, Reinhard había estado fuera demasiado tiempo para ser su padre, y después de contraer la lepra ya no pudo regresar de Batavia. No obstante, conocía la existencia de Hanni y en las visitas de Erika siempre se interesaba por su bienestar.

A Erika los viajes a la leprosería le habían resultado muy penosos. Sólo se había llevado consigo a Reiner una única vez. El contacto físico era impensable, y ella no le había permitido abandonar el barco. Reinhard y su hijo, a una distancia segura más allá de la orilla, habían pasado juntos unas horas valiosas.

Ese día Erika estaba muy preocupada por su hijo. Con el tiempo, Reiner se había convertido en un chico solitario, animado por un intenso deseo de vivir en la selva. Y

ella lo entendía hasta cierto punto. Siendo pequeño, Reiner había pasado con ella unas semanas felices en la selva con los oayanas, una tribu nativa que, por lo visto, lo había marcado tanto que aún sentía el deseo de regresar. Erika recordaba, estremecida, la época de la estancia. Ella era criada en una plantación del interior donde vivió la etapa más negra de su vida. Finalmente no vio otra posibilidad más que la huida, y en última instancia llegó a aceptar incluso la muerte para no tener que seguir viviendo bajo la férula del violento propietario de la plantación. Sobre todo porque había concebido un hijo suyo. Así pues, una noche se dio a la fuga en compañía de Reiner, en el curso de la cual se habrían ahogado si los nativos no los hubieran encontrado a tiempo.

Los oayanas no les preguntaron de dónde venían, sencillamente los acogieron y los ayudaron a recuperar las fuerzas. Reiner fue muy feliz allí, y ni siquiera ahora pasaba mucho tiempo en la ciudad. Eso, cuando iba. Habían transcurrido meses desde su último encuentro. Pero ya era casi un adulto y Erika apenas ejercía influencia en su vida.

CAPÍTULO 8

—¡Oh, qué preciosidad!

El día de la llegada, Gesine se atrevió a salir del camarote.

Estaba en cubierta, junto a Wim, y por primera vez desde hacía muchos días parecía satisfecha. Era 20 de febrero, y durante la travesía hacia el oeste el tiempo frío e invernal se había transformado en un clima tropical.

Momentos antes se habían adentrado en el río Surinam y ahora veían los primeros edificios junto a la orilla. Por una vez Wim tuvo que dar la razón a su mujer. La pequeña ciudad de aspecto neerlandés con el exuberante fondo tropical era ciertamente bonita. Palmeras altas saludaban con sus amplias palmas a los viajeros desde la orilla, y bandadas de aves multicolores sobrevolaban el río.

Cuanto más se aproximaban a la ciudad, más barcas pequeñas cruzaban o acompañaban al gran barco.

—¡Mira..., todos esos negros! ¡Qué bien reman! —Gesine, exaltada, saludó con las manos a las pequeñas barcas, cuyos estoicos tripulantes hendían el agua con los remos e ignoraron totalmente a la mujer—. Pero este calor...

Gesine se limpió la frente con unos suaves toques de su pañuelo. A Wim el calor lo traía sin cuidado. Le alegraba ver tierra.

—Mevrouw, por desgracia eso no mejorará en tierra. Y eso que hoy tenemos suerte. La estación lluviosa corta toca a su fin, aquí seguramente llevará semanas lloviendo sin parar. —Thijs había aparecido sonriente junto a Wim y a Gesine—. En cualquier caso, durante los primeros días debe tener cuidado.

Wim lo miró de reojo. ¿Volvería a ver a Thijs en el Surinam? Durante la larga travesía había surgido una cordial amistad entre ellos, y Wim se encontraba muy a gusto en su compañía. En los últimos años había evitado las amistades; la amistad también podía entrañar pérdidas, y bastantes había experimentado ya en su vida. Wim había procurado protegerse de eso y desde la separación de Hendrik se había limitado a entablar contactos superficiales. Sin embargo, en el barco había surgido una relación de enorme confianza entre Thijs y él. Y, con ella, el miedo a perderlo. Como amigo.

—¿Qué harás cuando desembarquemos? ¿Continuarás inmediatamente tu viaje o te quedarás una temporada en la ciudad?

—Me quedaré unos días en la ciudad y después emprenderé viaje río arriba.

Wim se sintió aliviado de que Thijs no desapareciera de inmediato en un apartado rincón del país. Pero entonces su amigo hizo la pregunta alrededor de la cual giraban sus pensamientos.

—Y tú ¿adónde te diriges? No me has dicho dónde se encuentra la plantación de

tu prima.

—Si he de serte sincero, no lo sé muy bien.

Cuanto más tiempo duraba la travesía, más preocupaba a Wim su visita a Juliette. Confiaba en que hubiera recibido su carta, pero ni siquiera estaba seguro de eso. Y aunque la hubiera recibido, desconocía cuál habría sido su reacción. Él siempre había mantenido una buena relación con Juliette y, si la memoria no le fallaba, creía que ella lo apreciaba. Pero eso no era evidente, a juzgar por el modo en que la habían tratado su padre y sobre todo su madre. Si esa actitud no había cambiado, se alegraría de verlo. Una y otra vez se sorprendía con la esperanza de que fuera a recibirlo al puerto o, suponiendo que se lo impidiera la niña, que al menos enviara a un mensajero. De no ser así, Wim había decidido buscar alojamiento en Paramaribo hasta averiguar la ubicación de la plantación y el modo de viajar hasta ella. Entonces comprobaría qué recibimiento le tributaba.

Thijs lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Cómo se llama la plantación?

Eso sí lo sabía, pues el nombre lo había sorprendido.

—Rozenburg.

—¡Caramba! —Thijs sonrió—. Eso sí que es una casualidad. Rozenburg está muy cerca de la antigua plantación de mis padres. Somos vecinos, por así decirlo, aunque la distancia no sea insignificante. A lo mejor no nos perderemos de vista —añadió, y le hizo un guiño alegre a Wim.

Wim no daba crédito a sus oídos. ¡Qué feliz casualidad! Le preguntó a Thijs por el camino hacia la plantación de Juliette y sintió una honda tranquilidad. Si no los estaban esperando en la ciudad, buscaría un barco en Paramaribo y pocos días más tarde partiría hacia Rozenburg.

Pero aún no habían llegado a tierra. Wim miró a su alrededor. Vio junto a la borda a Pieter Brick, que parecía tenso y desacostumbradamente silencioso.

—Mijnheer Brick, ¿se quedará usted en *Pamabibo*? —preguntó Gesine.

—La ciudad se llama Paramaribo —repuso con voz fría, aunque de inmediato una sonrisa afloró a su rostro—. Mevrouw Vandenberg, creo que seguramente volveremos a vernos en la ciudad.

A Gesine pareció alegrarla esa respuesta. Wim no parecía desear demasiado la compañía de Brick, aunque éste se había mostrado casi siempre amable y había ayudado a Gesine. Las posteriores conversaciones a bordo habían confirmado la primera impresión de Wim. Ese hombre era un colono incorregible a la antigua usanza y no se molestaba en disimular que su forma favorita de tratar a cualquier persona de diferente color de piel era a latigazos. Le había descrito tan amplia y detalladamente el trato que se daba años atrás a los esclavos que Wim estaba seguro de que las opiniones de Brick derivaban de una vasta experiencia personal. Wim sentía una enorme curiosidad por conocer el ambiente y las relaciones sociales en el país, teniendo en cuenta que la esclavitud había sido abolida por lo menos hacía

quince años.

Su mujer, sin embargo, no parecía muy consciente de ese hecho. Después de que el barco fondeó en la gran bahía frente a la ciudad y los pasajeros fueron trasladados a tierra en pequeñas embarcaciones, se plantó en el muelle con la cabeza alta y con tono imperioso ordenó al primer chico que vio:

—¡Eh, tú, negro! ¡Ven y llévame la sombrilla!

Durante un momento, el muchacho miró atónito a Gesine con sus grandes ojos negros y después se alejó deprisa, riendo.

Gesine se mostró visiblemente enfadada por semejante proceder.

—Yo creía que los negros eran criados, ¿no?

Thijs, que había presenciado el incidente con regocijo, se acercó a ella.

—Mevrouw, aquí los negros son personas libres, y si alguien ha de llevar su sombrilla, tendrá que pagarle.

—¿Pagarle? —inquirió Gesine casi a gritos.

—Sí, Gesine, igual que nuestros criados en casa, que también cobran —dijo Wim sin poder evitarlo. Una mirada al rostro de su mujer le demostró que estaba a punto de desmayarse. Wim notó que la furia se iba adueñando de él, pero, suspirando, decidió cambiar de actitud—. Vamos, yo te llevaré la sombrilla. Tenemos que irnos —añadió, y a continuación recorrieron el muelle de madera hasta llegar al malecón, que conformaba al mismo tiempo el amplio paseo del puerto.

Wim miró irritado a su alrededor. La ciudad parecía una de los Países Bajos, pero a pesar de ello suscitaba una impresión muy extraña y exótica. El malecón estaba muy animado. Vio a personas de distinto color de piel, sólo los blancos escaseaban. Atisbó a su alrededor.

—¿Vendrá a buscaros tu prima, Wim? —preguntó Gesine.

—Sí, así lo espero..., si no le ha sucedido algo.

Y en ese momento, al no ver a nadie esperándolo, sintió en toda su plenitud el miedo a que Juliette lo rechazara de verdad. Tal vez resultaba que la idea de viajar a ese país completamente desconocido había sido una auténtica locura. Durante un instante tuvo la impresión de que las piernas le flaqueaban, pero después se rehízo. Ahora estaba allí y aprovecharía esa oportunidad.

Thijs le dio una palmada amistosa en el hombro.

—Bueno, Wim, me marchó. Te he anotado aquí mi dirección provisional en la ciudad. De momento me alojaré en casa de unos conocidos de mis padres. Si necesitáis ayuda, no dudes en avisarme. O si te apetece, sin más.

Y, con un guiño animoso dirigido a él, Thijs recogió su equipaje de mano e hizo una seña a un coche de punto. Wim siguió al vehículo con mirada pensativa, hasta que la voz chillona de su mujer lo sacó de sus pensamientos.

—¿Dónde está tu prima? Pensaba que vendrían a recibirnos —Gesine denotaba

impaciencia.

Wim respiró hondo.

—Gesine, aquí los barcos no arriban conforme a un horario fijo, seguramente se tarda un rato en... en saber que han llegado. —Pero Wim se daba cuenta de lo poco convincente que sonaba su voz.

—¡Ahí adelante! ¡Ahí adelante, seguro que son ellos! —Henry se levantó de un salto en el carruaje y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando el coche de punto giró para adentrarse en el paseo del puerto.

—¡Henry, siéntate! —ordenó Juliette con tono severo a su hijo, mirando a la vez en la dirección que había señalado el chico.

En efecto, un poco más lejos había un hombre y una mujer en el malecón con pinta de estar perdidos. El hombre era Wim, de eso no cabía duda. Aunque Julie llevaba muchos años sin ver a su primo, reconoció en el acto sus alborotados cabellos rubios. Por su cabeza cruzaron imágenes a la velocidad del relámpago: ella de pequeña jugando con Wim... Él, un descarado chico de doce años, birlando con ella un pastel en la cocina de la casa de su tío..., y la última imagen que recordaba, él con expresión preocupada en el puerto de Ámsterdam, obligado a dejarla marchar con Karl. No, Jean tenía razón: en el pasado, Wim nunca le había deseado mal alguno, pero... habían transcurrido veinte años. Ahora, al verlo en el puerto acechando a su alrededor, una repentina oleada de afecto la invadió. Todas las preocupaciones y las cavilaciones sobre su llegada y sus intenciones se disiparon.

Julie ordenó al cochero que se dirigiera hacia la pareja. Sentía un nervioso cosquilleo en el estómago, de pronto parecía una niña pequeña. En cuanto el coche se detuvo, Henry saltó fuera el primero con agilidad y se precipitó hacia ellos.

—¿Wim Vandenberg? —preguntó jadeante.

Julie, que acababa de apearse, vio cómo Wim miraba asombrado y asentía, antes de que sus ojos se fijasen en ella y una sonrisa de alivio se dibujara en su rostro.

—¡Juliette! —exclamó, y dio unos pasos hacia ella agitando la mano.

—¡Wim! —Julie lo abrazó.

Él le devolvió el abrazo y Julie disfrutó de la alegría que la inundaba, hasta que finalmente se oyó un carraspeo. Estrechó brevemente a Wim de nuevo y luego retrocedió.

—Me alegro mucho de volver a verte, Wim —dijo.

A continuación su mirada se posó en la mujer que se había situado a su lado, visiblemente molesta. En ese momento se dio cuenta de lo inconveniente que había sido su saludo; al fin y al cabo ya no eran niños. Por otra parte, llevaban tanto tiempo sin verse y Julie se sentía tan contenta... También Wim estaba radiante, así que su alegría no era unilateral. Julie siempre había opinado que, cuando la situación lo exigía, había que pasar por alto las convenciones, y ésta, decidió, era una de esas

situaciones. Le parecía que necesitaba reprimir una risita como si fuera una niña en la escuela, pero intentó componer un gesto serio mientras se acercaba a su hijo.

Henry no paraba de pasear, inquieto, y tenía la cara enrojecida por la excitación. Llevaba días esperando ese momento. Julie no sabía por qué Henry se alegraba tanto de conocer a su primo segundo. Ella nunca había hablado mucho de Wim, y actualmente no mantenía ningún contacto con él. A pesar de todo, Henry la había acribillado a preguntas sobre él, y especialmente sobre los Países Bajos, a las que respondió lo mejor que supo.

Wim dio una zancada hacia ella, tomó su mano y la besó, como intentando dar un toque de etiqueta al impetuoso saludo. Le guiñó el ojo y, una vez más, ella rió. Después la miró fijamente.

—Juliette, me alegra que hayas podido organizarte. —Vaciló un momento—. Te presento a Gesine, mi esposa.

Julie se esforzó por no perder la sonrisa. No contaba con que Wim se hubiera casado, y menos aún que viajara acompañado de su mujer. Y ¿por qué? En cierto modo, no le pegaba. Una ojeada a la dama que estaba junto a su primo fortaleció sus dudas. Era baja, delgada y tenía algo gatuno en la mirada. Julie recordó en el acto a su hijastra Martina. Tras dar un paso adelante, le tendió la mano a Gesine.

—Bienvenida al Surinam.

Sin embargo, en lugar de corresponder a su saludo, Gesine le dirigió una mirada fija y penetrante. Claramente incómoda de pronto, Julie se volvió de nuevo hacia Wim.

—Éste es mi hijo Henry. Se alegra mucho de conocerte, como acaso hayas comprobado ya.

Luego observó divertida cómo Henry, serio y casi ceremonioso, le tendía la mano a su primo a modo de saludo. Wim contemplaba al joven visiblemente desconcertado y curioso. Claro, aparte del nacimiento de Helena, él no sabía que Julie había formado una familia. Tras su boda con Karl, ella había roto todos los contactos con los Países Bajos. De pronto sintió un hondo arrepentimiento. Si al menos le hubiera escrito de vez en cuando una carta a Wim...

—Encantado de conocerte, Henry —dijo, serio, su primo.

—Yo... también me alegro... —asintió Henry, y luego enmudeció.

Al reparar en su confusión, Julie decidió sacarlo del aprieto.

—Por favor, Henry, encárgate de que lleven el equipaje a la casa de la ciudad.

—Sí, madre.

El chico miró tímidamente a Wim, luego abandonó el pequeño grupo y se dirigió al muelle, donde descargaban los primeros bultos de las pequeñas embarcaciones de transporte.

—Venid, tomaremos un coche de punto, seguro que estaréis agotados por el viaje. Henry se ocupará de que trasladen vuestro equipaje a casa. Pasaremos primero unos días en la casa de la ciudad antes de ponernos en camino hacia Rozenburg.

Mientras Gesine se dirigía al coche sin decir palabra, Wim se detuvo un momento al lado de Julie. Ella notó su vacilación y lo animó a que hablara con la mirada.

—Es..., confío en que no seremos una molestia para ti, Juliette. Siento mucho que mi viaje haya sido tan precipitado —dijo casi en susurros.

La expresión de su rostro conmovió a Julie, que de pronto recordó a aquel niño pequeño al que tanto quería.

—No te preocupes, Wim. Os quedaréis en casa, por supuesto. Nos sobra sitio, y me alegra tenerte cerca de mí. Tenemos un montón de cosas que contarnos. —Y le apretó brevemente el brazo.

La mirada agradecida de él hacía innecesarias las palabras.

En cuanto se sentaron en el carruaje, la mujer de Wim, tras haber permanecido muda en el puerto, comenzó a parlotear sin descanso mientras se abanicaba con su pañuelo.

—Ay, cuánto me alegro, ¿es grande la plantación? ¿Cuándo exactamente saldremos hacia allí? Uy, fíjate, aquí también hay un teatro... Pero este calor...

Era obvio que semejante proceder desagradaba a Wim, y Julie se esforzó por responder con una amable inclinación de cabeza al monólogo de Gesine. Sabía que las mujeres que hablaban como cotorras disgustaban a su marido. Pero él había propiciado esa visita, de manera que también tendría que ocuparse de los invitados. Incluyendo a esa invitada inesperada. Wim y Jean se entenderían bien, a Julie no le cabía la menor duda, pero Gesine... Julie sonrió.

Jean los había acompañado a disgusto a la ciudad: «Julie, he de acudir a los campos. Aún hay que sembrar tres parcelas con plantones», había intentado excusarse con el pretexto del trabajo. Sin embargo, ella sabía perfectamente que ésa no era la única razón. A Jean no le gustaban las multitudes de la ciudad, y los compromisos sociales le desagradaban. A pesar de todo se rindió a su destino. Julie lo había mirado risueña. Como es natural, la situación también tenía algo bueno para él, y era que volvería a ver a Henry y a Martin. Y eso lo sabía perfectamente.

Cuando el carruaje se aproximaba por fin a la casa de la ciudad, Julie divisó en el estrecho porche al comité de recepción, compuesto por Jean con Helena en brazos, Martin, Kiri y Karini. En cuanto el vehículo se detuvo a la sombra de las palmeras, Jean se aproximó. Helena gorjeó con alegría y agitó sus bracitos. Julie se fijó en la rápida mirada de desconcierto que Jean dedicó a Gesine antes de dar la bienvenida a los invitados.

—Wim y..., ejem, tu esposa, supongo. Me alegra sobremanera conoceros.

Julie lo miró, agradecida.

—Éstos son mi marido Jean y nuestra hija Helena —dijo sonriente antes de bajar del coche y hacerse cargo de la niña—. Jean, te presento a Gesine, la mujer de Wim.

Jean ayudó a la mujer a apearse.

—Oh, qué preciosidad de niña. —Gesine ni siquiera le dio las gracias, sino que se

volvió hacia Helena, que dispensó una sonrisa encantadora a la desconocida.

—Encantado de conocerte, Jean. —Wim fue el último en bajar del coche.

—Y éste de aquí —Julie tuvo que hacer avanzar a Martin tirándole de la manga— es mi nieto Martin.

Para Julie era siempre desagradable presentar a Martin como su nieto, aunque así era. Y resultaba evidente que al chico también le provocaba un evidente disgusto.

Gesine profirió un «oh» de perplejidad. Wim miró asombrada a Julie y después, sin más preámbulos, estrechó la mano de Martin.

—Encantado de conocerte, de veras.

Julie observó, irritada, que Martin no respondía al saludo de su primo y ni siquiera se esforzaba por mostrarse amable. Cuando tuviera ocasión hablaría con él. En silencio agradeció a Wim que no comentara el comportamiento del joven.

En ese momento, por la avenida de las palmeras llegaba a la casa de la ciudad otro coche de punto y una carreta cargada hasta los topes. En el pescante, junto al cochero, se sentaba Henry. Julie se sorprendió. El chico debía de haberse dado verdadera prisa y haber azuzado a los mozos de cuerda del puerto, pues lo cierto era que no había tardado mucho, sobre todo teniendo en cuenta que la carreta iba cargada de maletas hasta arriba. Menudo lío. ¿Dónde iba a meter todas esas cosas?... En fin, ya encontraría algún sitio, ahora tenían que entrar en casa.

—Martin, Henry, por favor, ayudad a Kiri a descargar el equipaje —ordenó—. Entremos en casa, hace mucho calor aquí fuera. Karini, por favor, sirve bebidas en el salón para nosotros y para nuestros invitados.

Wim y Gesine siguieron a Julie cruzando el porche y entraron en la casa mientras Jean ayudaba a los chicos a bajar de la carreta las maletas grandes.

A Julie no le pasó desapercibido que, nada más entrar en la casa, Gesine escudriñaba a su alrededor con mirada apreciativa. Le habría gustado conocer la primera impresión de esa mujer procedente de Europa sobre las condiciones de vida en el Surinam. Seguramente estaba acostumbrada al lujo, pero ¿consideraría lujosa esa casa comparada con las europeas? Julie no deseaba sobresalir frente a ella en absoluto, pero no podía evitar que su primera impresión no le resultara del todo indiferente. Al fin y al cabo era la esposa de Wim, aunque ya se había percatado de que ambos eran muy diferentes. Gesine encajaba tan poco con Wim como con el Surinam.

—Sentaos, por favor —dijo Julie en el salón, señalando los sillones.

Karini, siguiendo las instrucciones, se presentó con dos botellas de agua fresca y zumo de naranja. Julie reparó en la expresión escandalizada de Gesine y siguió su mirada hasta los pies de la chica negra, que estaban desnudos. La misi a duras penas pudo reprimir una sonrisa sardónica.

CAPÍTULO 9

—¿Habéis tenido una travesía tranquila? —preguntó Jean al entrar en el salón.

Wim reparó en su mirada crítica hacia la botella de agua antes de que se volviera hacia un pequeño aparador y llenase dos vasos con un líquido dorado, uno de los cuales le tendió a él.

—Gracias.

—Es un excelente aguardiente de melaza de caña de azúcar que en el Surinam llamamos *dram*. —Jean alzó ligeramente su vaso y a continuación lo vació de un trago.

Wim lo imitó, aunque rara vez tomaba alcohol. Al momento comenzó a toser con fuerza. El aguardiente tenía un sabor dulce, pero quemaba como fuego en la garganta. De hecho, era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

—Jean —Julie negó con la cabeza y se volvió luego hacia su primo—. Perdona, Wim, Jean quizá debería haberte advertido de que nuestro *dram* es... algo más fuerte que el ron europeo.

—No, no..., tiene muy buen gusto. —Wim intentó esbozar una sonrisa, pero tuvo que seguir tosiendo.

—Bien, ¿qué tal la travesía? —insistió Jean mientras tomaba asiento.

Gesine se anticipó a su marido.

—Oh, tempestuosa, fue muy tempestuosa, y hasta se rompió el mástil —declaró. La mirada doliente que le dirigió a Jean irritó a Wim.

—Gesine..., no se partió el mástil, sino un palo de la vela de trinquete —corrigió a su mujer sin lograr reprimir un tonillo didáctico—. Si exceptuamos esa tempestad, la travesía fue muy agradable, no podemos quejarnos.

—Ay, qué cosas dices —lo interrumpió ella—. La comida era espantosa, el alojamiento, espartano, y en conjunto el barco no era nada confortable. En esas condiciones, no me extraña que viaje tan poca gente a las colonias.

—Gesine, por favor. —Wim no podía seguir escuchando las eternas lamentaciones de su esposa.

—Ya, claro —intentó mediar Jean—. Es que el Surinam no es un país al que se viaje por placer, Gesine.

—Sí, pero seguro que hasta los hombres de negocios evitan viajar en esas condiciones —replicó ella con tono mordaz.

Wim suspiró y oyó que a Juliette se le escapaba una leve y turbada tosecita. Se volvió hacia ella.

—Wim, quisiera manifestarte nuestro pesar por la muerte de tu padre —declaró Julie, aunque ni un solo músculo de su rostro reveló que ese hombre no había hecho

nada bueno por ella en toda su vida. Wim no pudo por menos que admirar su autodominio—. Sentimos no haber podido viajar a los Países Bajos al recibir tus noticias, pero Helena todavía era muy pequeña —añadió ella al tiempo que mecía a la niña en los brazos.

Wim calló un momento. ¡Qué mayor era Juliette! La última vez que la había visto apenas contaba dieciocho años, y ahora tenía ante sus ojos a una mujer hecha y derecha con familia. Había pensado en ella con frecuencia tras su rápida despedida. La vio partir a disgusto, sobre todo después de enterarse de que su unión con Karl Leevken había sido un matrimonio de conveniencia. En los últimos años había pensado en ella cada vez más a menudo, confiando en que le fueran bien las cosas. Ahora lo emocionaba que, pese a las adversidades, Juliette hubiera conseguido abrirse camino en el Surinam. De pronto se percató de que le dolía no haberla acompañado en la empresa. En su día Karl no fue el hombre que él habría deseado para su prima, pero al verla ahora al lado de Jean, pensaba que había encontrado la felicidad.

—El equipaje está ya en las habitaciones.

Fue Henry quien interrumpió el repentino e incómodo silencio al entrar en el salón junto con Martin, el nieto de Juliette. Wim examinó a los dos chicos. Martin era algo más alto y, al parecer, de mayor edad. ¿Cómo era posible que ella tuviera un nieto? Wim no tenía ni idea, pero era obvio que el pasado de Karl le había deparado algunas sorpresas a su prima.

—Muchas gracias —dijo Wim al tiempo que le dirigía una agradecida inclinación de cabeza al chico.

—Henry se ha alegrado mucho de tu llegada, Wim. Espero que en los próximos días no te moleste demasiado con sus preguntas. —Jean sonrió con picardía mientras el muchacho se ruborizaba.

—No te preocupes, puedes preguntar todo lo que quieras —repuso Wim—. Ya veré si encuentro respuesta —Y le dirigió una mirada de ánimo a Henry, a la que el joven respondió con otra de agradecimiento.

—Sea como fuere, la travesía ha sido espantosa, no sé si sobreviviré al viaje de vuelta... —medió Gesine, retomando el hilo de su discurso—. Esa tempestad nos sacudió de lo lindo, yo incluso me herí, pero gracias a Dios llevábamos un médico a bordo.

—Ah...

Wim se dio cuenta de que esa interjección era más fruto de la cortesía que de un sincero interés.

—Sí —prosiguió ella—, me di un golpe tremendo en la cabeza y Wim... estaba en cubierta..., como si hubiera algo que hacer allí...

—Al menos pudimos retirar la vela dañada.

¡La ira de Wim contra Gesine iba en aumento! ¡Ojalá cerrara la boca de una vez! Pero su observación sólo sirvió para que su esposa echara más leña al fuego.

—¡Te pusiste en peligro de muerte! Menos mal que ese médico me atendió con amabilidad.

Wim vio entrar por la puerta del fondo al ama de llaves. Henry se apartó para dejar paso a la mujer, que llevaba una bandeja con verduras frescas y un pequeño tentempié. Al pensar en fruta y verdura, se le hizo la boca agua.

Gesine, mientras tanto, seguía parloteando sin inmutarse.

—Aunque Wim pensaba que mi herida en la cabeza no era grave, el doctor Brick dijo...

En ese momento, el ama de llaves dejó caer la bandeja al suelo con estruendo, y Juliette saltó bruscamente de su asiento, asustando a la niña que tenía en brazos, que empezó a chillar. La misi abandonó a toda prisa la habitación con Helena. Wim observó atónito que también Jean se levantaba de un brinco y se apresuraba a seguir a su mujer con las facciones petrificadas.

CAPÍTULO 10

—Julie, tranquilízate, por favor.

—¿Que me tranquilice, Jean? ¡Ha vuelto! —Julie tenía el corazón en un puño y notaba un zumbido desagradable en los oídos—. ¡Ay, ojalá se hubiera hundido ese barco en medio de la tempestad!

—¡Chis...! No grites de ese modo. Wim y Gesine no tienen la culpa de nada. Y tampoco podían adivinar quién los acompañaba a bordo. Además, era de suponer que tarde o temprano aparecería.

Jean tomó a Helena de manos de Julie. La pequeña se tranquilizó de prisa en los brazos de su padre, que la acostó en su capazo. Después, él se volvió hacia Juliette y la agarró por los hombros. Ella afrontó su mirada y notó que se tranquilizaba.

—Julie, sabíamos que regresaría algún día, y sabes también que tiene derecho —oyó decir a su esposo con voz tranquila.

—Pero..., Martin... Bueno, Jean, ¿por qué? ¿Por qué precisamente ahora?

Los recuerdos se apoderaron de Julie. En el pasado, Pieter había estado a punto de arruinarlo todo. Y ¿quién sabía...? Tal vez ahora ella incluso estaría en la cárcel. Se estremeció.

La voz de Jean llegó nuevamente a sus oídos.

—No podemos hacer nada, salvo esperar.

Intentó abrazarla, pero ella lo apartó.

—Se llevará a Martin y también intentará apoderarse de la plantación. Lo sabes de sobra. Lo único que Pieter ha querido siempre es la plantación.

—¡Julie! —Jean levantó las manos, resignado—. De eso hace ya dieciséis años. Quizá... quizá haya cambiado con el paso del tiempo.

—¡Pero si estuvo a punto de pegarte un tiro! ¿Cómo puedes haberlo olvidado?

Una sombra cruzó por el rostro de Jean.

—No lo he olvidado. Sin embargo, Martin es y seguirá siendo su hijo; por eso pienso que en determinadas circunstancias tendremos sencillamente que admitir que Pieter no llegue a desaparecer por completo de nuestra vida. Yo me encargaré de que no nos cause ningún daño, pero no podemos borrar su existencia de un plumazo. Ahora que ha regresado, hemos de manejar con prudencia la situación y no actuar precipitadamente...

—He criado a Martin, me he ocupado de ese chico. Pieter no tiene ningún derecho... —Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Julie. No comprendía que, después de todo lo sucedido, Jean fuese tan tolerante con Pieter.

—Primero aguardaremos el desarrollo de los acontecimientos. Ahora deberíamos ocuparnos de nuestros invitados.

En ese momento Julie no estaba precisamente para agasajar a los invitados, y menos a la mujer de Wim... Pero Jean tenía razón.

Lanzó una mirada al capazo de Helena. La pequeña se había dormido.

—Dejémosla dormir. —Jean dio un tironcito de la manga de Helena—. Vamos. No debemos hacer esperar a nuestros huéspedes.

—¿Qué ha pasado? —Karini se asustó cuando su madre, visiblemente alterada, salió al porche trasero con la bandeja en las manos y el tentempié completamente revuelto.

—Nada..., se me ha caído la bandeja. Toma... —Kiri la colocó sobre la mesa de trabajo—, vuelve a prepararlo para que lo sirva de nuevo.

Mientras su madre se sentaba en uno de los taburetes, sumida en sus pensamientos, no cesaba de alisarse el delantal con las manos. Karini preparó de prisa otro refrigerio para los señores. Su madre ni siquiera pareció percatarse de que poco después Karini entró presurosa con la bandeja en la casa.

Cuando llegó al salón, en la estancia reinaba un extraño silencio. Misi Juliette y masra Jean no estaban, masra Henry se sentaba con la cara algo colorada junto al invitado, cuya mujer daba tímidos sorbos de su vaso, y masra Martin estaba de pie junto a la puerta con gesto hierático. Nadie pronunciaba una palabra. Una mirada a masra Martin y, sobre todo, a masra Henry sólo permitía una conclusión: había sucedido algo raro. Pero ¿qué? Inquieta, Karini depositó el tentempié tan silenciosamente como pudo y luego corrió de nuevo hacia el porche trasero.

Allí, su madre había abandonado su inmovilidad y comenzaba a cortar la verdura. En contadas ocasiones la había visto tan alterada, el cuchillo cortaba las berenjenas como si hubiera que prepararlas en tiempo récord. La inquietud de Karini aumentó.

—¿Madre? ¿Qué pasa? He llevado el tentempié al salón, pero misi Juliette no está con sus invitados.

Kiri atacó la verdura con violencia.

—La pequeña empezó a llorar, seguramente la misi habrá subido arriba —balbuceó.

—¿Y el masra? —insistió Karini.

—¡Pues también! Deja de hacer preguntas, niña, será mejor que me ayudes —replicó su madre, irritada.

La muchacha se sobresaltó. ¡No podía evitarlo! Se mordió la lengua para no seguir enfadando a su madre con más comentarios e hizo lo que le había ordenado. A pesar de todo, su curiosidad no se había mitigado ni mucho menos.

Poco después, cuando Karini ponía la mesa para la cena, se presentó masra Henry procedente del salón.

—¿Sigue arriba mi madre?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con cautela.

Masra Henry miró suspirando a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera oírlos. Después tiró de Karini para acercarla y dijo en susurros:

—No te lo vas a creer... ¿Sabes quién iba en el barco en el que ha llegado mi primo segundo?

Karini tuvo un mal presentimiento.

—¡El padre de Martin!

La chica se quedó horrorizada. Sabía que tarde o temprano sucedería y se había preguntado continuamente si debía contárselo al masra Henry, pero no quería quedar como una chivata y en cierto modo jamás había hallado el momento oportuno. No obstante, ahora ese momento había llegado. Tragó saliva.

—Madre se ha alterado mucho por ello, creo yo. Ha salido en tromba de la habitación. Ahora tengo que regresar al salón, no podemos dejar solos a nuestros invitados tanto tiempo.

Y, tras decir eso, masra Henry se retiró.

Karini puso, pensativa, los platos sobre la mesa y colocó las servilletas. Después se detuvo en pleno movimiento. Así que había ocurrido de verdad. El padre de masra Martin había regresado al Surinam. La muchacha no podía negar cierta curiosidad; al fin y al cabo, siempre que se pronunciaba su nombre flotaba cierta tensión en el ambiente. La misi y el masra no hablaban prácticamente nunca de él. Masra Martin, por su parte, sólo lo hacía en presencia de masra Henry y de Karini, porque la misi se alteraba mucho en cuanto el chico mencionaba a su padre, aunque ella procuraba siempre que no se le notara. ¿Qué había hecho ese hombre para que la misi lo odiara tanto? Porque a veces enrojecía de ira y otras palidecía y enmudecía.

Karini recordó la palidez de su madre cuando salió al porche, también muy trastornada, procedente del salón. ¿Acaso se le había caído la bandeja al oír la noticia? La muchacha no lograba recordar que su madre hubiera hablado ni una sola vez del padre de masra Martin. Eso era muy raro, pues normalmente Kiri, al menos en su presencia, nunca ocultaba sus opiniones. Al final, ¿no habría tenido también Kiri una experiencia negativa con ese hombre?

Karini se volvió, pensativa. Debía darse prisa para tener la mesa lista a tiempo para la cena. Recorrió muchas veces el trayecto entre el porche trasero y el comedor hasta que la mesa quedó lista. Normalmente la comida de la familia no era tan opulenta, pero, con motivo de la visita, la misi había encargado que se sirviera un menú de varios platos. Finalmente Karini entró en el salón y, con una reverencia, anunció que la cena estaba lista. Se sintió incómoda, pues no le gustaban mucho esas apariciones como criada.

Masra Martin fue el primero en reaccionar.

—Gracias, Karini.

Ella lo miró, ligeramente asombrada, pues el joven masra no solía darle las gracias.

—Wim..., se lo ruego..., mi tía vendrá enseguida.

A Karini la asombró lo mayor que parecía de pronto.

—Pensaba que era tu abuela —soltó, confundida, misi Gesine.

—Gracias, muchacho. —Masra Wim dirigió una mirada amistosa a los dos chicos y sonrió.

Karini comprobó que acababan de quitarle un peso de encima a masra Henry. Ella sabía que la tensión que reinaba en el salón lo agobiaba.

—Sí, por favor, tomen asiento —dijo con visible alivio, y con una mirada de reojo a masra Martin, acompañada de una sonrisa de disculpa, añadió—: Mi madre todavía es joven como para llamarla «abuela». —Luego, dirigiéndose a Karini, concluyó—: Por favor, sirve la cena.

Karini cruzó de prisa la casa y retornó al porche trasero, donde su madre ya había preparado la comida que debía servirse. En ese momento regresaron también la misi y el masra. Karini se percató en el acto de que misi Juliette estaba descompuesta, aunque seguro que se esforzaba por no dejar que se le notase. Luego la chica sorprendió la mirada que cruzaron su madre y la misi, tan elocuente que las palabras y las explicaciones sobraban. En ese instante Karini comprendió que ambas tenían algo que ocultar. Eso aumentó su curiosidad hasta el infinito. Ya averiguaría qué tenía de especial el padre de masra Martin.

Cuando Julie y Jean entraron en el comedor, ya se sentaban a la mesa Henry, Martin, Gesine y Wim.

—Perdonad, os lo ruego... El bebé... Helena se asustó cuando se cayó la bandeja —balbuceó Julie mientras se sentaba.

Confiaba en que nadie hubiera relacionado su marcha repentina con Pieter. Dedicó a Kiri, que estaba al lado de la mesa con expresión dura, una breve sonrisa de disculpa.

La criada depositó las bandejas sobre la mesa, pero Julie conocía a su antigua esclava personal lo suficiente como para darse cuenta de que, tras su fachada de serenidad, estaba alterada. Pieter Brick había regresado. Ese hombre les había hecho mucho daño a ambas, y eso había estrechado los vínculos entre ellas, aunque cada una acarreaba su propia carga.

—Y dime, Wim, ¿qué planes tienes para tu estancia en el Surinam?

Julie agradeció a Jean que intentara desviar el tema de conversación.

—Oh, mi suegro edita un gran periódico económico y le gustaría recibir noticias e informes de la colonia. Confío en no resultar muy cargante, pero me alegraría sobremanera que me permitierais formarme una idea de la economía de plantación.

Jean se alegró y rió.

—Con mucho gusto, faltaría más, ése será el menor de los problemas.

Wim continuó hablando, aunque en voz más baja, como percibió Julie. ¿Acaso se había dado cuenta de su reacción tras mencionar el nombre de Pieter?

—En el barco conocimos a alguien más, un neerlandés nacido en el Surinam llamado Thijs Marwijk, que también quiere introducirse en la economía de plantación.

—¿Marwijk? —se sorprendió Julie.

—Sí, habló de una hacienda que sus padres explotaron en su día.

Jean asintió.

—Conocemos la plantación de la familia Marwijk. Watervreede no queda lejos de Rozenburg, es decir, de nuestra plantación.

—A lo mejor es una feliz casualidad. —Julie notó que Wim la miraba de reojo—. Siempre hemos mantenido buenas relaciones con los Marwijk —dijo con voz sincera.

De hecho, guardaba buenos recuerdos de los Marwijk, aunque la familia había abandonado el país en 1863. Julie se enfrascó en sus pensamientos. Ella, sin embargo, ignoraba que los Marwijk tuvieran un hijo en Europa.

—Ahora Thijs quiere visitar la plantación de sus padres y confía en explotarla de nuevo —concluyó Wim.

Jean frunció el ceño.

—En ese caso Marwijk tendrá que trabajar duro. La plantación Watervreede está..., dicho suavemente..., en mal estado. La mayor parte de la tierra la compró en su día el primer marido de Julie, y el resto ha sido reconquistado en su mayor parte por la selva, creo.

Wim se encogió de hombros.

—Creo que Thijs no se forma ideas equivocadas sobre lo que lo espera. Él tiene nuevos proyectos para los antiguos terrenos de la plantación, precisamente porque sabe que las tierras ya no se pueden explotar como antaño.

—¿De veras? —Esas palabras parecieron despertar la curiosidad de Jean.

Mientras tanto, Julie se fijó en los chicos. Henry escuchaba con interés los informes de Wim. Martin, por el contrario, la miraba fijamente a los ojos, y en su mirada captó algo que no le gustó. Se había encendido en ella una chispa, y en ese instante Julie comprendió que no habría forma de apagarla. Martin haría todo lo posible por ver a su padre. Y no podía impedirselo. Su estómago se contrajo dolorosamente.

CAPÍTULO 11

Karini estaba en el salón con masra Henry y no paraba de mirar a la calle por la ventana, esperando divisar a masra Martin. Éste había abandonado la casa furtivamente a mediodía, y ambos sabían muy bien adónde iba. Desde que se había enterado de la llegada de su padre, masra Martin había estado muy nervioso. A Karini le sucedía algo parecido, pues sabía lo que eso significaba: cambios. Suspiró.

—¿Crees que lo habrá encontrado?

—Seguro que sí —contestó masra Henry—. Paramaribo tampoco es tan grande. Y entre los blancos se corre deprisa la voz sobre los recién llegados —añadió señalando hacia el pasillo.

En la pequeña bandeja de plata sobre el aparador se apilaban las invitaciones para misi Juliette o, mejor dicho, para masra Wim y misi Gesine. Los habitantes de la colonia, como de costumbre, ardían de impaciencia por invitar a los viajeros procedentes de Europa a que les contaran las novedades de la vieja patria.

—Con misi Gesine se lo pasarán bien —comentó Karini sonriendo.

Nunca había conocido a una mujer tan parlanchina. Pero la misi también tenía vestidos maravillosos y joyas caras. Karini había ayudado a deshacer las innumerables maletas de la misi y, con absoluto sigilo, había palpado respetuosa y con cuidado, la tela de cada vestido. ¡Qué suaves eran! La chica consideraba a misi Gesine una verdadera dama. Pero en esa casa su locuacidad era de todo punto insólita.

La misi hablaba sin freno incluso con Karini. O, mejor dicho, ella hablaba y Karini la escuchaba en silencio. La muchacha se sentía orgullosa de que misi Juliette le hubiera encargado que se ocupara del bienestar de misi Gesine, pues eso significaba que confiaba en ella para desempeñar esa tarea a plena satisfacción. Su madre había fruncido el ceño porque Kiri sabía de sobra que a su hija no le agradaba asumir el papel de criada. Pero ella no podía saber que en esa ocasión a Karini incluso le alegraba sobremanera. ¿Quién podría haberle contado tantas cosas sobre Europa y sobre la vida de sus damas sino misi Gesine? A cambio de eso, aceptaba incluso que la misi le diera órdenes.

Masra Henry arrancó a Karini de sus pensamientos.

—Si no vuelve pronto, madre se dará cuenta.

—Estará atento, no creo que ahora le interese tener altercados —repuso la chica al tiempo que volvía a apartar la cortina.

De repente divisó a masra Martin andando a buen paso por la calle. Caminaba ligeramente inclinado, con la cabeza gacha, como si no quisiera ser descubierto. Karini señaló la ventana con la cabeza.

—Ahí viene —dijo, y cruzó el salón en pos de masra Henry a grandes zancadas hasta la entrada.

Masra Martin cerró la puerta y retrocedió asustado al descubrirlos. Después acechó deprisa a su alrededor.

—No te preocupes, misi Juliette todavía está con Helena en su habitación —susurró Karini.

Durante un momento reinó un completo silencio; a continuación masra Martin soltó un audible suspiro de alivio y se dirigió a la escalera. Pero Karini necesitaba saber lo que había pasado.

—Oye..., ¿lo has visto? —inquirió planteando la pregunta que le quemaba el alma.

Los ojos de masra Martin se agrandaron un instante. Después asintió mientras se tapaba la boca con un dedo y con la otra mano señalaba la escalera. Durante un instante los tres se miraron con aire conspirativo, después subieron. Al pasar ante la habitación de Juliette, Karini caminó de puntillas, pero los zapatos de masra Martin y masra Henry resonaban, atronadores, en sus oídos. Sin embargo, nada se movió.

Ya en la habitación de masra Martin, masra Henry cerró la puerta con absoluto sigilo y luego se dejó caer sobre la silla situada junto al pequeño escritorio bajo la ventana. Karini suspiró aliviada y se acomodó como de costumbre en el suelo, mientras masra Martin, apoyado en la pared junto a la puerta, se retiraba el pelo de la frente con un gesto nervioso. Tenía el rostro ligeramente enrojecido y parecía muy conmovido.

—Vamos, suéltalo de una vez —lo apremió masra Henry.

—No he tenido que preguntar mucho, él... Mi padre... se aloja como huésped en casa de John Therhorsten.

El corazón de Karini se encabritó.

—Y... ¿has ido a visitarlo? —preguntó curiosa.

—¿Estás loca?... No puedo presentarme allí por las buenas —le reprochó masra Martin echando chispas.

Ella lo miró sorprendida. ¿Cuánto tiempo había esperado masra Martin para volver a ver a su padre? Ahora estaba allí, y él sabía incluso dónde. ¿Por qué no se reunía con él?

—¿Por qué no?

Masra Martin se encogió de hombros. Después fue resbalando por la pared hasta que se quedó en cuclillas en el suelo y apoyó la cabeza en las rodillas.

—Bueno..., es que no sé si él desea verme.

Le temblaba la voz, y Karini observó asombrada que lloraba. La joven lanzó una mirada de auxilio a masra Henry. No conocía esa faceta del joven siempre resuelto y voluntarioso, pero también reservado.

Masra Henry se limitó a encogerse de hombros. Karini sintió una intensa necesidad de consolar a masra Martin y se arrastró hacia él. Porque, aunque en los

últimos meses la había sometido a continuas humillaciones, sus lágrimas la habían conmovido en lo más hondo. La muchacha titubeó un momento, pero después, olvidando la etiqueta, le puso la mano sobre el brazo con gesto tranquilizador. La piel de Martin era cálida y suave, y Karini notó, sorprendida, que disfrutaba con ese contacto. Su cuerpo sintió un grato hormigueo y todo a su alrededor pareció desaparecer durante un instante.

—Tu padre acaba de recorrer medio mundo, y estoy segura de que no habría regresado al Surinam si no tuviera el propósito de verte —dijo Karini con voz suave.

—Claro que sí, espera un poco, el barco ha fondeado hace veinticuatro horas justas. Creo que tu padre querrá resolver primero otros asuntos.

Karini agradeció su apoyo a Masra Henry.

Masra Martin levantó entonces la cabeza y la miró de hito en hito. Durante un instante la chica creyó distinguir algo parecido a la gratitud en sus ojos enrojecidos, pero después su mirada se endureció. Sacudiendo la mano, se levantó y se alisó la camisa.

—Me gustaría... estar un rato solo.

Masra Henry se levantó a su vez, alzó los brazos y se encaminó hacia la puerta. Karini intentaba apoyarse en el suelo para ponerse en pie cuando Martin le tendió la mano. Ella, asombrada, la agarró. Era la segunda vez ese día, y también ahora la recorrió un hormigueo. El joven la levantó y de pronto se quedó pegado a ella.

—Gracias —musitó posando en ella sus ojos castaño oscuro.

A Karini el corazón le dio un vuelco.

CAPÍTULO 12

Wim estaba junto a la ventana, mirando hacia el exterior. Las puntas de sus dedos acariciaban con cuidado la delicada gasa tensada sobre los marcos mientras él recordaba sus primeras veinticuatro horas en el Surinam.

Qué caluroso era el clima de ese país. El día anterior había estado demasiado excitado para percibir el calor en toda su plenitud, pero ahora se había desabrochado los botones superiores de la camisa sin notar la menor sensación de alivio.

A Gesine el calor parecía afectarla más aún físicamente. Nada más desayunar se había retirado aduciendo un dolor de cabeza. A Wim no le había pasado por alto que parecía disfrutar de la atención con la que la joven negra se movía a su alrededor. Y en varias ocasiones había captado conversaciones en voz baja procedentes de la habitación contigua, de este tenor: «Sí, misi, le traeré un poco de agua fresca para lavarse. ¿Desearía también la misi algo de beber?».

Wim sonrió. Eso sin duda complacía a Gesine. Y se alegró de no tener que soportar ahora sus padecimientos. Sin embargo, ella no era la única que sufría. Sus pensamientos retrocedieron hasta la tarde anterior. Al mencionar a Pieter Brick, Gesine había provocado una gran alteración en la casa, pero seguramente no era consciente de ello. «Estos negros son algo patosos», había dicho, irritada, refiriéndose a la criada mientras miraba la bandeja tirada en el suelo. Wim había captado en el acto la tensión. Las miradas que se habían dirigido Juliette, su marido y el chico sólo podían significar una cosa: algo no iba bien.

Después de cenar, Jean lo invitó a tomar una copa entre hombres en su despacho. Wim sabía qué significaba eso, el marido de Juliette era claramente un hombre de acción. Sirvió dos vasos de *dram* y le ofreció uno a él.

—Wim, permíteme la pregunta: ¿qué te ha traído en realidad al Surinam? —inquirió sin andarse con rodeos—. Por favor, no me malinterpretes, pero a Juliette el tema de la herencia la altera siempre demasiado. Desde que recibió tu carta está muy trastornada.

La conciencia de Wim se agitó. ¿Quizá había sido demasiado egoísta? Al fin y al cabo, él había huido de su propia vida y, al hacerlo, entraba a trompicones, irrumpía sin más ni más en la vida de Juliette. Pero él únicamente había utilizado la herencia como pretexto, porque no había tenido el valor de revelar el verdadero motivo de su viaje. Ni en su patria, ni a su prima en el Surinam.

El marido de Juliette le parecía muy simpático. Y sincero, y la forma de cuidar a Juliette conmovía hondamente a Wim, quien habría preferido que su esposa se encontrara en la otra punta del mundo. Como es lógico, ella no podía saber que Pieter Brick era conocido en esa casa, pero las cosas serían mucho más fáciles si Gesine se

hubiera limitado a mantener la boca cerrada o, mejor todavía, si no hubiera viajado con él.

De modo que Wim intentó mitigar la preocupación de Jean. Nada más ajeno a su persona que ocasionar algún mal a esa familia. Se esforzó por exhibir una sonrisa conciliadora.

—Jean, no era mi intención preocupar a Juliette. Y lamento que mi esposa haya provocado esta tarde semejante agitación, pero no acertábamos a imaginar...

—Está bien. —Jean denegó con un gesto—. Debes saber que Pieter Brick ha causado ya un enorme dolor a nuestra familia. Su repentina reaparición ha... trastornado un poco a Julie. —Era evidente que Jean no quería profundizar en el tema.

Wim vaciló un instante. Pieter Brick le había resultado antipático desde el primer momento, y el comentario de Jean reafirmó su opinión de que su instinto no lo había engañado.

—¿Puedo... puedo saber cuál es vuestra relación con Brick? —preguntó al fin.

Jean soltó un ligero suspiro y se encogió de hombros.

—Para ser exactos, es el yerno de Julie y... el padre de Martin.

—Oh. —Wim se quedó sinceramente sorprendido. Sobre todo porque Pieter Brick era por lo menos diez años mayor que Juliette—. ¿Con quién...? Quiero decir...

Jean lo miró fijamente.

—Está bien, tú no puedes saberlo. Karl, el primer marido de Julie, tenía una hija que apenas era más joven que la propia Julie. Ella sólo conoció su existencia después de casarse.

Wim se enfureció.

—Ese tal Leevken, yo ya supe en su día que...

Jean levantó la mano y Wim se interrumpió.

—Wim, en todo este asunto hay detalles que ignoras. Te aconsejo encarecidamente que dejes las cosas como están. A Julie... no le gusta hablar de sus primeros años aquí, en el Surinam. Tuvo que soportar muchas cosas que en realidad ya ha superado. Pero ahora habéis venido vosotros con el asunto de la herencia y se han reabierto viejas heridas.

Wim estaba horrorizado. Lo asaltó la sensación de que había metido la pata. Debería haber protegido a Juliette en su día. ¡Ojalá hubiera impedido esa funesta boda! Las palabras de Jean garantizaban que Karl Leevken no era la persona por la que se había hecho pasar ante el padre de Wim, como el propio Wim había sospechado. Era evidente que su prima había sufrido, por eso ahora le afectaba mucho más que le hubiera tenido verdadero miedo.

—¡Oh, por favor, te aseguro que Julie no debe preocuparse por eso, al contrario! —Jean volvió a mirarlo de hito en hito, pero calló, de modo que Wim continuó—: En el fondo, se trata de lo siguiente: en su día Leevken invirtió en la empresa comercial

de mi padre una gran suma procedente de la herencia que Juliette aportó a la boda. — Wim esbozó una ligera sonrisa—. Debió de ser la dote de la novia. Al tal Leevken se le pueden reprochar muchas cosas..., pero el dinero lo invirtió con inteligencia. Hoy se ha convertido en una rama económica autónoma de la agencia. Y como toda la familia obtiene ganancias, me parece justo que Juliette perciba el porcentaje que le corresponde. Al fin y al cabo, se trata del legado que le dejaron sus padres.

Wim se alegraba de que Jean hubiese abordado el tema y observó cómo contemplaba pensativo su vaso y a continuación lo vaciaba de un trago.

—Eso es muy generoso por tu parte, Wim. Pero la verdad es que no sé...

—Juliette no corre el menor riesgo —repuso Wim elevando los brazos como signo de honradez—. Yo le traspasaría algunas participaciones, y sólo sería una participación en los beneficios. Si las participaciones se convirtieran en un negocio ruinoso, ella no tendría el menor compromiso, todo lo asumiría la empresa comercial Vandenberg.

Jean enmudeció unos instantes, y Wim aguardó, nervioso, su respuesta. Por último Jean se inclinó hacia delante y apoyó las manos en su escritorio.

—De acuerdo, si me lo permites, lo discutiré con Julie sin prisas.

A Wim le quitó un gran peso de encima, pues al menos Jean no parecía rechazar de plano su propuesta. Sonrió y alzó su vaso.

—Con sumo gusto. Yo permaneceré aquí algún tiempo —dijo guiñándole el ojo. Jean sonrió.

—Y ya que estamos hablando de negocios: ¿te importaría presentarme a Thijs Marwijk? Ese asunto del molino de azúcar no carece de interés para Rozenburg.

Wim le estrechó la mano.

—Claro que sí, se alegrará de conocerte, te lo aseguro.

Y no mentía.

CAPÍTULO 13

—Sabía que el clima de aquí era tropical, pero no que lloviera tanto... —Gesine miraba irritada por la ventana del salón.

Julie estaba sentada en uno de los sillones, con Helena en el regazo.

—Es la estación lluviosa, aunque ya toca a su fin. En la estación seca hace tanto calor que a veces añoras el regreso de la lluvia. —Balanceó a Helena encima de sus rodillas y la niña soltó unos grititos alegres.

—Pero con este tiempo no puedes ni asomarte a la puerta; me habría encantado visitar la ciudad.

Julie intentó ignorar el tono acusador de la voz de Gesine. Al fin y al cabo, ella no podía influir en el tiempo, pero se esforzó por apaciguar a su invitada.

—Suelen ser aguaceros intensos, pero al anochecer es posible que la situación mejore.

Transcurría el segundo día en la casa de la ciudad cuando Julie se había percatado de que Gesine sufría un incesante desasosiego. El primer día lo había pasado en su habitación, quejándose del dolor de cabeza, pero desde el día siguiente por la mañana la joven mujer iba de un lado a otro como un animal enjaulado, ya se había cambiado tres veces de ropa y también de peinado. Para sorpresa de todos, iba continuamente acompañada por Karini, que desempeñaba su labor con absoluta entrega. Sobre todo porque Gesine consideraba lógico que la chica estuviera dispuesta en todo momento a atender sus llamadas. Julie la contempló, pensativa. Siempre le había desagradado esa actitud pretenciosa, pero en ese momento tuvo que constatar, sorprendida, que también ella consideraba lógica la servidumbre. Las esclavas particulares se habían convertido en amas de llaves y criadas que, a cambio de un parco salario, seguían siendo en cierto modo esclavas de sus señores. Aunque Julie ya las respetaba en la época de la esclavitud, se alegraba de veras de que algunas de ellas la acompañaran todavía en la actualidad.

Karl le había comprado a Kiri nada más llegar a Paramaribo. A Julie le costó adaptarse a la costumbre de tener una esclava personal, pero después Kiri se convirtió en una asistente imprescindible, y así seguía siendo. Nunca hicieron falta muchas palabras entre ellas, Kiri la ayudaba a vestirse o a atender a Helena en caso necesario y además se ocupaba del gobierno de la casa.

Julie se estremeció al pensar en Karl, que en circunstancias atroces había unido a su destino a su esclavo personal, Aiku, y apenas podía pasar una hora sin él. Pero esos tiempos habían quedado atrás, ningún negro debía dejarse torturar más por los blancos. Al menos en su casa, y tampoco en la plantación Rozenburg.

Gesine la arrancó de sus pensamientos.

—Espero que pueda celebrarse la cena de esta noche —comentó con tono mordaz.

Julie la miró, irritada. La verdad es que se necesitaba un poco más de lluvia para impedir una cena. Por lo demás, se alegraba mucho. Jean le había pedido a Wim que invitara a cenar a Thijs Marwijk, pues estaba ansioso por conocer todos sus planes sobre el molino de azúcar. Julie sabía que ese proyecto conllevaría también cambios decisivos para ellos si lograba llevarlo a la práctica.

La preocupación de Gesine era totalmente injustificada. Thijs Marwijk se presentó a las siete en punto ante la puerta de la casa de la ciudad.

Además de Jean, Henry y Martin se pasaron toda la velada pendientes de sus labios, escuchando las detalladas descripciones de sus planes sobre Watervreede. Julie también se esforzó por concentrar su atención en ese tema, pero además se veía obligada a conversar una y otra vez con Gesine, que se cansó pronto de las explicaciones técnicas.

A última hora de la noche, cuando el invitado se despidió y todos se retiraron a sus aposentos, Julie miraba al techo acostada junto a Jean. Él acababa de referirle la propuesta de Wim sobre la herencia. Julie se quedó sinceramente sorprendida. Pero luego, cuando su esposo comenzó a entusiasmarse con los planes de Thijs Marwijk, se sintió incómoda. Todo sucedía de un modo tan sorprendente y tan rápido para ella... ¡En el futuro su vida podía tomar otros derroteros! En el transcurso de ese primer encuentro, Jean, en contra de su costumbre y para sorpresa de Julie, había propuesto incluso a Marwijk que se tutearan, señal inequívoca de que iba en serio. Ella percibía su entusiasmo por la empresa, pero no lo compartía.

Jean le dio un empujoncito. Cuando ella se giró hacia él, vio que en sus ojos ardía la pasión.

—¿Y bien? ¿Tú qué crees? Lo que Thijs proyecta hacer en Watervreede suena francamente bien.

Julie se esforzó por pararle los pies.

—¡Pero si ni siquiera ha estado allí! Sabes de sobra lo deprisa que se vienen abajo las plantaciones cuando no se explotan. No creo que él sea consciente de que allí lo esperan una casa vieja y unas tierras en estado completamente salvaje. Me temo que cuando llegue se llevará un susto.

A Jean no parecieron impresionarle sus palabras.

—Sí, puede ser, pero en mi opinión parece un hombre muy decidido.

Julie no pudo reprimir una sonrisa. Recordaba cómo se había implicado Jean en su día para salvar la plantación Rozenburg. Sin su decisión y su entrega, seguro que habrían fracasado. Lo contempló de reojo con ternura. Sabía que ella no podía apagar el incendio que había desatado en él esa idea. A pesar de todo, había que analizar todos los aspectos.

—Pero es que, además, él tiene que estar en disposición de financiar todo eso. Recuperar la plantación costará un dineral. Y a eso hay que añadir el molino nuevo...

Jean frunció el ceño. Eso también parecía preocuparlo a él.

—Sí, tienes razón. Pero por lo visto dispone de cuantiosos recursos económicos. Además, es evidente que Wim también querría invertir. —Vaciló unos segundos—. Y nosotros podríamos pensar —añadió despacio— en aportar parte del dinero que recibirías si aceptases la oferta de tu primo.

Julie notó que la cólera hervía en su interior. La oferta era atractiva, seguro, pero estaba cansada y necesitaba ordenar sus pensamientos. Al día siguiente reflexionaría con calma y luego tomaría una decisión. Pero de ningún modo se embarcaría en inversiones con ese dinero.

—Creo que no deberíamos ceder a la euforia. Si el plan de ese aventurero fracasa, es posible que nos arrastre a la ruina.

Jean se incorporó apoyándose en los codos y la miró a los ojos.

—Sí, tienes razón, pero en principio no entraña ningún riesgo para nosotros. Podemos cederle algunos trabajadores, por los que nos compensaría, y de paso observar en qué quedan sus pretendidas obras. —Le apartó un mechón de pelo de la cara—. Y tú deberías meditar sobre la oferta de Wim, eso quizá nos ayude también a prosperar.

Aunque Julie sabía que su marido albergaba las mejores intenciones, apartó el rostro.

—No quiero limosnas de mi primo —repuso, y ella misma se percató de lo obstinada que sonaba su voz.

—¡No es una limosna! Te está ofreciendo participar en lo que tu tío logró gracias a tu herencia. Me parece muy generoso por su parte. Además, una vez fue tu dinero, procede de tu herencia, ¿por qué no va a volver a ti ahora?

—Cualquiera sabe lo que querrá obtener más tarde a cambio —contestó, apática.

—Vamos, Julie, Wim no parece de esa clase de personas, desde luego... y, piensa un momento: ¿te ha hecho alguna vez daño deliberadamente? —Julie oyó que él se volvía de espaldas antes de proseguir—: Figúrate que todo sea como se lo imagina Thijs. Entonces Rozenburg, la plantación vecina, obtendría una gran ventaja: podríamos abastecer el molino de azúcar con toda facilidad y sin demasiado gasto, producir más deprisa y lograr ganancias más elevadas. Julie, a decir verdad, hemos estado esperando mucho tiempo una oportunidad como ésta. Es un rayo de sol en el horizonte.

Ella suspiró y se volvió de nuevo hacia su esposo.

—Sí, seguramente. Pero no deberíamos confiar en eso. Que aparezca ahora procedente de los Países Bajos no es casualidad. Nosotros también tendríamos que planificar los próximos años sin contar con él —lo miró con ternura— y lo conseguiríamos. Lo único que quiero es que no bases todas tus esperanzas en eso.

Jean fingió que estaba furioso.

—Eres siempre tan pesimista... ¿No te gustaría —le pasó un dedo por el escote, y Julie reaccionó con un ligero temblor— lucir hermosas joyas y vestidos caros?

Ella rió.

—Hasta ahora me las he arreglado sin alhajas y vestidos caros —dijo acariciando con cariño el antebrazo de su marido.

Él la besó suavemente en el cuello y dejó que sus labios recorrieran despacio su piel. Ella se estremeció.

—Julie..., qué maravilloso sería que pudiéramos vivir por fin en Rozenburg con menos agobios —le susurró al oído.

—Sí. —Ella suspiró antes de entregarse a sus besos. Por el momento no quería pensar en eso.

Un día después, Julie irrumpió furiosa en el despacho de Jean. Un niño mulato acababa de entregar un recado a la puerta de casa.

—¡Aquí lo tienes! Quiere verlo.

Mientras Jean leía la nota con el ceño fruncido, mil pensamientos cruzaban rugiendo por la cabeza de Julie.

—Si... si enviamos a Martin a Rozenburg, quizá podamos retrasarlo. O, sencillamente, le prohibimos a Pieter que lo vea. Aunque Paramaribo... en ese sentido es como un pueblo, es casi imposible no encontrarse con alguien. Así que a Rozenburg, ¿eh, Jean?

Julie miraba esperanzada a su marido. Éste inclinó la nota con la noticia y ella se percató de que estaba muy afectado.

—Comprendo tu preocupación, Julie... —la miró a los ojos—, pero no podemos prohibírselo. ¿Qué crees que hará si se lo negamos? Enviar fuera a Martin tampoco es una solución. Él querrá ver a su padre, y no podemos impedirselo.

Julie, resignada, se dejó caer en una silla delante del escritorio. Confiaba en que no sucedería tan pronto. De repente un pánico cerval se apoderó de ella. ¿Qué pasaría si a Martin le caía bien su padre? ¿Si Pieter conseguía meterse al chico en el bolsillo? Julie no estaba dispuesta a dejar a Martin en las garras de ese hombre. Pero Martin había cumplido ya dieciocho años y era imposible retenerlo.

Devolvió la mirada a su esposo.

—Me aterra perder a Martin.

—Julie. —Jean se levantó, rodeó el escritorio y le pasó un brazo por los hombros—. Martin ya es lo bastante mayor. Volveré a hablar con él, pero si quiere ver a su padre, y estoy convencido de que así es, debemos permitirlo y... lo mejor sería estar presentes.

—¿Cómo? Yo no quiero ver a Pieter, de ningún modo... ¿Dices en serio lo de estar presentes?

—Siempre hemos sido sinceros con Martin, pero no se lo hemos contado todo en

lo referente a su padre. Si estamos presentes, Pieter no podrá contarle hechos deformados del pasado sin que nosotros intervengamos, ¿no crees? Opino que no debemos ser cobardes. Tenemos que hacerle frente, o...

Julie supo instintivamente que Jean tenía razón, pero su mente se rebelaba contra semejante sugerencia.

—Cuánto he deseado que este momento no llegara jamás... Pero ahora... me aterra verlo de nuevo.

Jean la atrajo hacia sí y besó sus cabellos.

—Lo sé, Julie, lo sé...

Ella intuía que el encuentro con Pieter requeriría de muchísima energía. Pero Jean tenía razón, había que aceptar el desafío, no mostrar el menor síntoma de debilidad. Ese hombre sin duda había diseñado un plan... y, quisiera lo que quisiese, intentaría conseguirlo a cualquier precio.

—A mí tampoco me agrada, pero no nos queda más remedio. —Jean meditó un momento—. Quizá deberíamos aprovechar la circunstancia de que Wim, Thijs y Gesine ya lo conocen. Lo invitaremos o, mejor aún, que lo invite Wim; seguro que todavía está en deuda con él por el accidente de Gesine en el barco. En su presencia, sabrá comportarse. Entonces averiguaremos qué desea, y Martin tendrá ocasión de reunirse con él.

—¿Pretendes dejarlo entrar en nuestra casa? —inquirió Julie.

Jean la miró largamente; luego, una sonrisa afloró a sus labios.

—Sí. A veces uno tiene que poner lo que es grato al alma en manos del enemigo.

CAPÍTULO 14

Wim se sorprendió cuando Jean le propuso invitar a Thijs y a Pieter Brick a una cena conjunta en la casa de la ciudad. Ahora que al menos conocía los antecedentes, aunque sólo en parte, para él era un enigma lo que Jean esperaba de esa invitación.

—Si a ti no te importa —dijo, precavido.

—No..., pero acaso tu mujer desee agradecerle a Pieter que se ocupara de ella en el barco y..., como es natural, Martin también querrá volver a ver a su padre.

A Wim no se le ocultaba que Jean parecía no sentirse a gusto dentro de su pellejo. ¿Cómo debía de sentirse entonces su prima?

—¿Y Juliette?

—Wim, todo va bien, no te preocupes. Nosotros... nosotros dábamos por sentado que Pieter regresaría algún día al Surinam.

La tensión de Jean no podía pasar desapercibida. Wim aceptó, pero no continuó con sus preguntas. En el pasado había acontecido algo grave de lo que ni siquiera cabía hablar.

A Wim le disgustaba esa idea. Odiaba no conocer punto por punto lo que sucedía. ¡Cuántas veces lo había situado su padre ante hechos consumados! ¡Cuántas veces se había enterado demasiado tarde de algo que había sucedido a sus espaldas! Y ahora volvía a verse inmerso en esa situación. Se preguntó si debía intervenir, pero en realidad todo ese asunto no era de su incumbencia. Por otra parte, Pieter Brick había salido a relucir gracias a Gesine, aunque fuera por equivocación, y al parecer más deprisa de lo que les habría gustado a todos. Y Juliette era su prima, por la que sentía un gran afecto, aunque llevara años sin verla. Ya averiguaría lo que había sucedido en el pasado.

Sin embargo, apenas le quedaba tiempo para eso. La cena se celebraría dos días después, y esa tarde Gesine remolineaba como si esperasen al gobernador en persona.

—¡Oh! ¿No es estupendo que hayamos podido invitar al doctor Brick? Me alegra tanto volver a manifestarle mi agradecimiento...

Wim no comentó la exaltación de su esposa. Cuanto más se acercaba la noche, más aumentaba su inquietud, y no sólo porque el tal Brick iba a encontrarse con su hijo por primera vez desde hacía muchos años, sino también porque veía a Juliette y a Jean en tensión.

Finalmente fue Gesine, que no parecía percatarse de la situación, la que saludó desbordante de alegría a Pieter Brick tras su llegada. El invitado reaccionó con una breve inclinación de cabeza. A Wim le desagradaba la indiscreción de su mujer y dejó

que sus ojos se posasen en Juliette. Estaba en el vestíbulo, pálida y envarada, mientras su marido, a su lado, se esforzaba por mostrar aplomo.

—Pieter. —Jean dio un paso hacia Brick y le tendió la mano con frialdad.

Después le tocó a Martin saludar a su padre. Wim aguardaba expectante ese momento y observó cómo el muchacho se acercaba a saludar a su padre con toda formalidad.

—Padre, es un placer.

Un ligero temblor en su voz le reveló a Wim lo alterado que estaba el chico.

—Hijo mío.

Fueron las primeras palabras que pronunció Pieter Brick, con voz átona y distante. Parecía casi indiferente, según percibió Wim con irritación, él esperaba un poco más de cordialidad. Al mismo tiempo se reafirmó en su opinión: ese hombre era frío y desalmado. Si se hubiera mostrado inseguro frente a su hijo, lo habría entendido. Pero ese laconismo, después de tanto tiempo, era propio de un hombre calculador y frío como el hielo. En el acto sintió compasión por Martin, que estaba pendiente de los labios de su padre y parecía temblar por dentro. Wim se imaginaba perfectamente cómo se sentía el chico, y le habría encantado llevárselo aparte y decirle que a veces los padres eran difíciles de entender. Brick, por el contrario, no parecía dispuesto a dispensar mayor atención a su hijo y se volvió inmediatamente hacia Juliette. De pronto su voz sonó acerada como un cuchillo.

—Juliette..., por lo que veo, te has ocupado mucho de mi hijo y —paseó sus ojos por el entorno— del legado de mi mujer.

Wim vio cómo, ante ese comentario mordaz, los ojos de su prima se entornaban hasta convertirse en estrechas ranuras y una honda furia parecía apoderarse de ella. La conocía lo suficiente como para saber que no tardaría en dar rienda suelta a su ira. Él ya había podido predecir esos estallidos cuando era pequeña y también los había provocado alguna que otra vez. Pero esto no era un juego de niños, allí se barajaban cuestiones mucho más importantes. El ambiente parecía vibrar por la tensión. Una chispa y ardería como una tea. Eso obviamente también lo sabía Jean, que tomó la palabra.

—Vayamos a la mesa.

Acababan de tomar asiento cuando llegó Thijs. Tras disculparse por el retraso, comenzó a decir banalidades sobre el tiempo.

Wim se acomodó en su silla y examinó a los presentes con el rabillo del ojo. Thijs seguía hablando de la lluvia y del mal estado de las calles, como si ése fuera el tema más importante del mundo. También él parecía percatarse de que ésa no era una cena habitual. Juliette tenía las mejillas arboladas y la respiración agitada. Se la veía tensa, aunque sin duda se esforzaba por controlarse. Martin, por el contrario, seguía pendiente de los labios de su padre, agradecido por cada frase que pronunciaba, aunque él no le dirigía la palabra. Henry se sentaba en silencio al lado de Jean, su mirada pasaba continuamente de su madre a Martin y de éste a Pieter Brick. Parecía

nervioso. Wim confiaba en que no se produjera un escándalo, ya que la tensión en la estancia era palpable. Salvo para Gesine... Su mujer, impaciente, se revolvió en su silla hasta que Thijs finalizó sus explicaciones sobre el tiempo. Luego ella le dio las gracias a Brick de manera prolija y exaltada, no sin volver a pasar revista al viaje en barco. Su lengua se negaba a callar. No parecía consciente de que nadie le prestaba atención. A Wim le costó un gran esfuerzo reprimir una observación irónica.

Cuando más tarde Pieter Brick dirigió por fin la palabra a su hijo, la tensión se tornó casi insoportable. Al principio sólo le preguntó por su estado, su rendimiento académico y su vida en general. Su tono era más cortés que interesado, aunque Martin no parecía notarlo. El muchacho estaba visiblemente contento por ese cambio y se esforzó de veras por contestar a su padre. Brick sabía de sobra lo que se esperaba de él, y no era probable que permitiera que esa situación desembocara en una confrontación abierta. Wim se reclinó en su silla, confiando en un desenlace inocente de la velada.

Cuando el ama de llaves negra retiró la vajilla para servir el próximo plato, Wim reparó, sorprendido, en que le temblaban mucho las manos, sobre todo cuando servía a Brick. ¿Acaso también ella tenía algo que ver en esa historia? ¿Hasta dónde llegaba el influjo negativo de Brick en esa casa?

Fue Henry quien dirigió por fin la conversación hacia los proyectos de Thijs en Watervreede. Wim se dio cuenta de que también él observaba con atención a Brick.

—Y bien, mijnheer Brick, ¿qué es lo primero que se propone hacer en la colonia? —preguntó Thijs.

Brick sonrió.

—Reconozco que todavía no he tomado una decisión definitiva. Tal como manifesté en el barco, me gustaría volver a gestionar una plantación.

Mientras hablaba, dirigió una mirada a Juliette que Wim no acertó a interpretar, pero que exasperó a la mujer. Ésta se dio unos toques nerviosos con la servilleta en las comisuras de los labios sin mirar a Brick.

Thijs continuó, impertérrito.

—Me alegraría mucho poder conversar alguna vez sobre eso, mijnheer Brick. Ahora no, claro está. —Dirigió una mirada de disculpa a Juliette y a Jean—. No querría aprovechar esta cena para hablar de negocios, pero mis proyectos para la plantación propiedad de mi familia podrían ser también muy interesantes para usted.

Brick alzó entonces su copa en dirección a Thijs.

—Con mucho gusto, mijnheer Marwijk, con mucho gusto.

Wim vio que a Martin le brillaban los ojos. En cambio, la mirada que Juliette dirigía a su marido en demanda de ayuda traslucía pánico. Fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido en esa familia, Wim lo averiguaría.

CAPÍTULO 15

Al caer la noche, tras el regreso de la cena en la casa de la ciudad de los Riard, Pieter se reclinó satisfecho en su silla e hizo una seña para llamar a la criada negra.

—Tráeme un *dram*.

La joven se alejó sigilosa del porche y regresó con un vaso y una garrafa.

Pieter deslizó brevemente su mirada por la brillante piel oscura de la chica, pero cogió el vaso y le indicó con un gesto que se marchara.

«Ah, qué bueno es poder retomar la dulce vida de la colonia», pensó mientras su mirada recorría el río.

Estaba alojado en casa de un antiguo amigo, John Therhorsten. Su casa se levantaba en las afueras de Paramaribo, a orillas del Surinam. Desde allí todo parecía igual, pero en la ciudad... Pieter estaba muy descontento con la situación. ¡Cómo podían haber aflojado tanto las riendas! Nada más llegar le había llamado desagradablemente la atención que los negros se habían extendido como sabandijas. Se sentía muy agradecido de que Therhorsten le permitiera alojarse allí, pues de lo contrario seguramente tendría que haber acudido a la posada infestada de chinches de algún mulato.

Como muchos de los antiguos colonos, Therhorsten estaba descontento con la evolución de la colonia. Sin embargo, como de costumbre, la mayoría de los blancos seguían buscando su salvación en la huida, en lugar de atajar el mal de raíz, según le había explicado a su llegada. Se había mostrado muy satisfecho de que Pieter, un «hombre de antiguos valores», según sus palabras, hubiera regresado. Durante la primera cena Pieter había discutido con Therhorsten la problemática de la colonia. El actual gobernador, Cornelis Ascanius van Sypesteyn, no había hecho muchos amigos en los seis años escasos que llevaba desempeñando el cargo.

No era de extrañar, pensaba Pieter, puesto que Van Sypesteyn procedía de los Países Bajos y sus experiencias en asuntos coloniales eran más bien teóricas. Así, por ejemplo, había introducido la escolaridad obligatoria general, que la mayoría de los niños de color cumplía como mínimo hasta los doce años, y casi todos los blancos durante mucho más tiempo. Pieter se rió a carcajadas cuando Therhorsten se lo contó. Eso no se hacía ni siquiera en los Países Bajos.

—¿Acaso pretende que los mulatos sean más listos que los neerlandeses? — bromeó Pieter, aunque, de hecho, las novedades eran preocupantes.

Therhorsten lo resumió con palabras certeras.

—Van Sypesteyn es muy respetado por la población de color, mientras que los colonos blancos tienen que renunciar a sus criadas menores porque han de aprender a leer y escribir. Para ser sincero, no sé hacia dónde quiere dirigir el barco, pero da la

impresión de que se encamina a un banco de arena para hacer encallar a la colonia.

Pieter siguió con interés el informe de Therhorsten. Necesitaba saber lo que había sucedido en la colonia durante los últimos dieciséis años para incluirlo dentro de sus planes. El tiempo pasado en los Países Bajos había sido duro. Sólo lo había espoleado la idea de volver a establecerse allí algún día para dirigir su propia plantación. Y, como es lógico, únicamente le interesaba una: Rozenburg.

La tal Juliette y su hijo bastardo se habían apoderado de su herencia. El mero hecho de pensar en esa mujer lo llenó de ira, pero se recomendó calma. Dio un buen trago de *dram*.

Con la luz del sol poniente, los ruidos de la selva se intensificaban y se extendía un agradable frescor. Con gusto habría alcanzado más deprisa su meta: volver a tener bajo sus alas a Rozenburg y mandar al infierno a la inefable Juliette. Pieter había meditado interponer una demanda desde los Países Bajos, pero había desechado la idea en vista de que las autoridades eran liberales. Decidió tener paciencia y actuar desde el Surinam... Estuvo a punto de soltar una carcajada. Jamás en la vida se le habría ocurrido pensar que colocaría la primera piedra de sus planes durante la travesía. Ahora sabía lo que iba a hacer. Los planes que quería llevar a cabo el ingenuo Thijs Marwijk eran atractivos. Él, desde luego, no se precipitaría, sino que simplemente dejaría que otros trabajaran en su beneficio. Cuando las modernas instalaciones del molino de la plantación de Marwijk comenzaran a funcionar, todas las plantaciones de los alrededores tendrían que transformar su caña de azúcar en Watervreede. También Rozenburg, pues al fin y al cabo era la plantación vecina. Sin embargo, el asunto tenía un pequeño inconveniente: hasta entonces nadie sabía cuál era la verdadera situación de Watervreede. Si la selva había reconquistado la plantación, habría que trabajar muy duro. Pero Marwijk era aventurero y estaba muy motivado. Que hozase allí un poco entre las malas hierbas, él llegaría cómodamente después, cuando la plantación volviera a ser habitable y se pudiera iniciar la construcción del molino. Así que Pieter sólo necesitaba hacerse valer ante Marwijk para asumir la dirección de Watervreede. En su opinión, ese pipiolo no tenía otra opción. Él ya se lo había propuesto con toda franqueza después de la cena..., y Marwijk había aceptado agradecido. Pieter sonrió. Había partido hacia el Surinam sin un céntimo, había invertido sus últimos ahorros en el viaje y, antes de zarpar, se había preocupado más de una vez pensando cómo ganar dinero. ¡Y ahora había logrado un puesto directivo en una plantación más deprisa de lo que pensaba! Al final, ese camino lo conduciría a la meta.

Con la antigua técnica de molienda, Rozenburg ya no tendría éxito frente a las nuevas formas de elaboración de la competencia, así que deberían pagar por moler la caña de azúcar en Watervreede. Como administrador del molino, él recuperaría también su influencia sobre Rozenburg. Y destruir lentamente la existencia de Juliette era aún más atractivo que disputarle la plantación. La torturaría. Si lograba expulsarlos del negocio a ella y a su marido, tarde o temprano tendrían que entregarle

la plantación por necesidades económicas. O, mejor todavía, los ayudaría generosamente, también por amor a su hijo, y salvaría a Rozenburg de la ruina. Así recuperaría la plantación. ¡Juliette le había robado dieciséis años de su vida! Y seguramente había educado a su hijo a su libre albedrío. Pieter dio un buen trago de *dram*. En realidad no tenía intención de asumir ahora el papel de padre de ese joven de dieciocho años. A no ser que lo necesitara, claro estaba, puesto que el chico tenía derecho a la plantación. Sabría utilizar esa garantía en el momento oportuno. Martin confiaba en él, y él había diseñado un plan con respecto a Juliette, al fin y al cabo, conocía dos de sus más oscuros secretos. Ella no le crearía ningún problema. Esta vez, no.

CAPÍTULO 16

—¿Que ha hecho *qué*? —A esa misma hora, Julie ya se había metido en la cama, contenta de que la velada hubiera terminado.

—Me ha pedido disculpas —repitió Jean, que se estaba desabrochando la camisa.

Después de la cena, había ofrecido a los hombres un puro y un trago en su despacho, seguramente para solucionar la precaria situación en la mesa. Henry y Martin habían hecho ademán de seguirlo, pero Julie les ordenó que se fueran a su cuarto. Pieter se acercó entonces a su hijo y le dijo que tendrían mucho tiempo para conocerse mejor. A Julie le habría encantado sacarle los ojos, pues ese hombre taimado estaba haciendo exactamente lo que más temía: intentaba introducirse subrepticamente en su familia. Jean se sentó en el borde de la cama.

—Bueno, no directamente. Creo que no quiere que Wim y Thijs se enteren de lo sucedido. Pero me dijo que confiaba en que los años hubieran limado asperezas, y en que después de tanto tiempo pudiera comenzar de nuevo.

Julie resopló, desdeñosa.

—Pero ¿qué se cree ese tipo? ¿Que puede irrumpir aquí por las buenas y apoderarse de nuevo de Martin y de todo lo demás?

—No creo que se proponga eso —aventuró Jean.

—Y ¿por qué ha vuelto, entonces?

—Julie, nació aquí. El Surinam es su patria, así que no creo que se lo pueda culpar por haber regresado después de todos estos años.

Ella cruzó los brazos frente al pecho. Pese al calor sofocante de la noche, tenía frío.

—La verdad es que ignoro por qué se comportó entonces de ese modo. Tampoco sé lo que se propone y desde luego no confío nada en él. Pero hoy no ha dejado entrever intenciones perversas, y por Martin...

—Lo sé, lo sé... Tenemos que ser tolerantes y no impedirle el contacto con su hijo.

Jean miró a Julie con ojos de reproche, y ella le devolvió la mirada.

—¡Pero si estuvo a punto de matarte! —Levantó las manos un momento, desvalida, y luego las dejó caer resignada sobre su regazo.

Jean calló.

—Ya sabes que puede llegar a ser muy peligroso para nosotros —afirmó Julie en voz baja, pero en tono más conciliador.

—Sí, claro que lo sé, pero ¿qué podemos hacer? Creo que un acercamiento sigue siendo el mejor camino para evitar que se le ocurra alguna tontería.

Julie tuvo que admitir que eso resultaba comprensible, aunque en su fuero interno

estaba segura de que Pieter albergaba ya pensamientos traicioneros. ¡A ella le habría gustado borrarlo de su vida de un plumazo!

—Todo se arreglará, ya lo verás. —Jean le pasó el brazo por los hombros y la besó con delicadeza en el cuello.

—Ay, Erika, de veras que no sé qué hacer.

Cuando dos días después recibió la visita de su vieja amiga, Julie se alegró. Acababa de contarle sus penas a Erika; al fin y al cabo, ésta había comprobado en su día de qué cosas era capaz Pieter. Pero ahora parecía desconcertada.

—Juliette, no sé qué decirte. Sin duda es difícil, pero...

—Sí, lo sé. Jean también dice siempre que debíamos contar con que tarde o temprano reaparecería. Tampoco quiero agobiarte con esto. Disculpa que insista tanto, pero yo...

—Está bien, Juliette. Comprendo que te altere tanto.

Julie agradeció esas palabras de su amiga, ya que a veces dudaba incluso de que estuviera ya en su sano juicio. Por más vueltas que le daba al asunto, siempre llegaba a la misma conclusión: desconfiaba de Pieter.

—Y ahora, cuéntame, por favor: ¿cómo están Inika y Sarina?

Erika vaciló un momento, pues el repentino cambio de conversación pareció sorprenderla.

—Ya está arreglado, Erika, lo conseguiré —le aseguró Julie—. Pieter no nos destruyó en el pasado y tampoco lo hará en el futuro. —Y, con un gesto tranquilizador, palmeó la mano de su amiga.

Ella le dedicó una sonrisa y a continuación empezó su relato con ciertos titubeos.

—Sarina está muy bien... Inika todavía me preocupa un poco. Está muerta de miedo.

Julie asintió, comprensiva.

—A lo mejor nos traen en algún momento la noticia de que alguien sabe algo del paradero de Baramadir, o —Julie frunció el ceño— puede que encuentren su cadáver...

—Sí, eso sin duda contribuiría a la curación anímica de la joven —asintió Erika—. Pero su madre —suspiró—, ay, Juliette, tú sabes cómo es eso. Sarina es una mujer bellísima..., no puedo dejarla salir de casa sin que vaya acompañada porque en nuestro barrio los hombres acechan por doquier. No sé cuánto tiempo podré protegerla. Si no lo consigo, me temo que... —Erika bajó los ojos consternada.

Julie suspiró. Sabía a qué se refería su amiga. En ese país, una mujer, si no era blanca, despertaba de inmediato la concupiscencia de los hombres. Kiri le había relatado sucesos atroces. Y en la ciudad había muchos más hombres que mujeres, eso era un factor que debían tener muy en cuenta. Las extralimitaciones, los acosos e incluso cosas peores se habían convertido en algo cotidiano, sobre todo en el barrio

donde estaba emplazado el hogar infantil. La casa de Erika constituía para los niños una isla salvadora, pero a las mujeres siempre las amenazaba el peligro.

—Y ¿cómo estáis tú, Hanni y Minou? —preguntó Julie preocupada. Al fin y al cabo, Erika estaba sola, su hija se estaba convirtiendo poco a poco en una bonita joven, y Minou ya lo era desde hacía tiempo.

—Por mí y por Hanni no tienes por qué preocuparte. —Erika rió—. Dentro de unos días viajará hasta una misión junto al río Para, pues estudiará allí. Además, somos blancas, a nosotras nos dejan tranquilas. Y Minou tiene un compañero que la protege.

Juliette se quedó muy sorprendida.

—¿Ah, sí? ¿Y Hanni quiere marcharse de la ciudad? Erika, me remuerde la conciencia, debería ocuparme más de vosotros. Ya no sé cómo os van las cosas.

Su amiga hizo un gesto de desdén.

—Juliette, la verdad es que bastantes quehaceres tienes ya, no te preocupes. Para Sarina ya se me ocurrirá algo. Preferiría enviarla a algún sitio como ama de llaves. En la ciudad creo que no está segura.

—Pues nosotros no podemos llevárnosla a Rozenburg por nada del mundo. Me temo que nuestros trabajadores indios todavía le guardan rencor por haber roto con la tradición.

—No, no sería una buena idea. Pero a lo mejor te enteras de algo. Mándanos recado si alguien tiene un puesto de trabajo libre.

—Me informaré, te lo prometo. Sé que Sarina es una trabajadora esmerada y formal, así que puedo recomendarla sin problemas.

Erika le dirigió una mirada de agradecimiento. Luego suspiró.

—¿Y tú? ¿Conseguirás arreglártelas con todo esto?

Julie ya se había planteado a menudo esa pregunta. Y no había encontrado una respuesta concluyente. A veces tenía la sensación de que los acontecimientos la desbordaban. Por otra parte, no tenía opción. Sabía por qué luchaba.

—Sí, creo que... tengo que hacerlo.

—Si sucede algo, házmelo saber, ¿de acuerdo?

Julie la miró agradecida. Qué doloroso era verse tan poco y estar la mayor parte del tiempo tan alejadas la una de la otra. No obstante, la certeza de que Erika era una buena amiga la consolaba.

CAPÍTULO 17

—¡Karini!

La chica se volvió, asustada. En las calles de Paramaribo ya había oscurecido. Había tenido que ir a recoger un vestido para misi Gesine en la modista y casi había llegado a la casa de la ciudad.

—¿Julius? —Karini no daba crédito a sus ojos. Allí estaba él, apoyado con indolencia en el tronco de una palmera, como si estuviera esperándola.

—Me alegro de volver a verte —dijo mientras se acercaba.

—Sí, yo..., nosotros... tuvimos que marcharnos de repente. Te busqué, pero... no te encontré.

—Sí, he estado una temporada fuera de la ciudad. Has crecido, pequeña Karini...

La muchacha estaba nerviosa. A pesar de su alegría, no se le pasó por alto que él hablaba con dificultad y farfullaba. Julius dio otro paso hacia ella, tambaleándose. A Karini se le metió el miedo en el cuerpo: estaba borracho.

—Tengo... tengo que irme... Me esperan —balbuceó antes de echar a correr hacia la casa. Pero él la alcanzó a los pocos pasos y la agarró por el brazo.

—Oye, ¿a qué vienen tantos remilgos? —farfulló—. Pensé que íbamos a continuar donde lo dejamos la última vez —añadió mientras intentaba acercar el cuerpo de la chica al suyo.

Karini se estremeció. En esa situación, nada recordaba al Julius que ella conocía. Su ropa estaba rota y harapienta, despedía un olor agrio y apestaba a aguardiente.

—¡Suéltame! Estás borracho —le espetó tratando de soltarse. Sin embargo, notó horrorizada que él la sujetaba con más fuerza todavía e intentaba besarla—. ¡No!

Karini se retorció y, sin querer, dejó caer el vestido de misi Gesine al suelo.

Julius lo pisoteó con descuido, mientras trataba de volver a abrazarla.

—Ven aquí —le dijo mientras intentaba manosearle el pecho con la mano libre.

Karini consiguió liberar entonces un brazo, tomó impulso y lo golpeó en la mejilla con toda su fuerza. Él se detuvo asombrado, después levantó la mano y la abofeteó. La chica cayó al suelo y Julius la levantó riendo y la apretó contra su cuerpo. Ella sintió su excitación a través del pantalón andrajoso. En sus ojos brillaba la lascivia.

—Vamos, pequeña Karini..., no seas tan melindrosa.

—¡Eh..., eh...! Suelta ahora mismo a esa chica —dijo de pronto una voz.

Para sorpresa de Karini, masra Henry apareció por la puerta del patio trasero.

—Aaah, fíjate, la pequeña Karini tiene un amiguito blanco... Vaya, seguro que a él sí que lo dejas acercarse. —Julius no hizo ademán de soltar a la chica, sino que intentó arrastrarla consigo lejos de la casa.

Entonces Karini le propinó una patada en la espinilla con todas sus fuerzas. Él se sobresaltó y la soltó, y ella se apartó inmediatamente de un salto.

—Ven aquí. —Masra Henry la colocó detrás de él y se plantó delante de Julius. Pero éste le sacaba casi una cabeza.

—¿Qué pasa?... ¿Es que quieres a la chica para ti solo? —Julius se les aproximó haciendo eses—. Deja algo para tu amigo negro...

Masra Henry apretó los puños y avanzó hacia él con gesto decidido.

—Ven, nariz blanca..., ven. —También Julius apretó los puños y dio un brinco con torpeza.

Masra Henry no lo pensó mucho y le propinó un puñetazo en la cara. Antes de que Karini pudiera darse cuenta, ambos jóvenes estaban en el suelo formando un confuso revoltijo.

Karini no creía que masra Henry tuviera alguna posibilidad frente a su oponente, más alto. Pensaba a toda prisa qué podía hacer. Cuando Julius, que le daba la espalda, logró ponerse a cuatro patas mientras intentaba mantener en el suelo a masra Henry, cogió impulso y le atizó una patada entre las piernas. Ella sabía que los chicos eran muy sensibles en esa zona...

La patada surtió efecto, puesto que Julius se desplomó gimiendo y masra Henry quedó libre. Se levantó de un salto, agarró a Karini por el brazo, la empujó deprisa por la puerta del patio y echó el cerrojo por dentro. Respirando pesadamente, las manos apoyadas en las rodillas, se quedó parado inclinado hacia delante.

—¿Quién era ése? —dijo jadeante cuando se incorporó.

—Yo... Estás sangrando.

Karini limpió con cuidado las huellas de la pelea en el rostro de masra Henry con una punta de su delantal.

—A partir de hoy no volverás a salir sola cuando haya oscurecido —dijo él en un tono inusualmente severo. No obstante, después le sonrió con picardía y añadió—: Así que te he salvado.

Karini detuvo un momento su mano en la cara de masra Henry. Sí, la había salvado.

—Gracias.

De pronto se perfiló en su mente la imagen de masra Martin. También había estado unos meses antes con él allí, detrás de esa puerta, en una situación similar. Y ahora masra Henry la contemplaba con la misma mirada que le había dirigido entonces su hermano.

Karini dio un paso atrás.

—Creo... creo que deberíamos recoger el vestido. Misi Gesine... se va a enfadar.

—Di simplemente que un carruaje ha estado a punto de atropellarte... y lo has dejado caer del susto —propuso masra Henry en voz baja, y alargó la mano hacia ella, pero luego la retiró. Se acercó a la puerta y miró por una ranura entre las tablas.

—Ese tipo se ha ido.

Karini asintió, confiando fervientemente en que tardaría en volver a verlo.

CAPÍTULO 18

En compañía de Jean, Wim se dirigía a ver a Thijs para discutir la posterior instalación del molino de azúcar. Wim y Thijs llevaban ya más de dos semanas en el Surinam, y el interés de Jean por los proyectos de Thijs aumentaba. Wim aún no sabía lo suficiente sobre la economía de plantación, pero no le cabía duda de que un proyecto semejante, si conseguían ponerlo en práctica, se convertiría en un negocio rentable para Rozenburg. Disfrutaba del aire refrescante al viajar en carruaje y respiraba la dulzona brisa tropical marina, contento de librarse de su mujer durante unas horas.

Gesine se aburría en la casa de la ciudad. En contra de sus esperanzas, en la colonia no había tanta animación como esperaba. Ni bailes por todo lo alto, ni fiestas fastuosas, ni una sociedad acorde con su rango en la que pudiera introducirse. Por curiosidad había atendido algunas de las invitaciones que habían llegado a casa después de su llegada. Pero a Gesine esos tés en compañía de damas entradas en años en su mayoría no le habían resultado muy satisfactorios. En la patria, en los Países Bajos, había cultivado casi a diario la costumbre de tomar el té con otras damas jóvenes, y apenas transcurría una velada de viernes en la que no la invitaran a un baile. A Wim eso no siempre le parecía bien. Al contrario que a Gesine, a él no le gustaban esos compromisos sociales. Pero en el Surinam su mujer carecía de esas distracciones, y para entonces todo el mundo se lo notaba, pues estaba insoportable. «La gente aquí es tan... tan... anticuada», se quejó a su esposo, y él no pudo rebatirla: en el Surinam, el reloj parecía haber retrocedido años.

Al contrario que Gesine, Wim se encontraba muy bien allí. Sí, en esa casa se sentía incluso mucho mejor que durante los últimos meses en los Países Bajos. Jean le había presentado a algunos hombres interesantes, que a su vez ardían de curiosidad por conocer los últimos adelantos en Europa, y Wim los informó, complacido. Gracias a las conversaciones con esos hombres conoció mejor la realidad de la colonia, y tal vez alguno de esos nuevos conocidos pudiera serle útil en el futuro; al fin y al cabo, uno nunca podía saberlo.

Mientras recorrían amplias avenidas flanqueadas por palmeras y cruzaban puentes de madera, Wim disfrutaba con las vistas de la ciudad, y volvió a asombrarse de los contrastes que ofrecía. Muchas cosas eran iguales que en Europa, pero siempre que se hacía a la idea de que se encontraba en la patria, había algo que no encajaba en la imagen. En ocasiones era un pájaro de gran tamaño y vistosos colores, otras un naranjo cargado de frutos o simplemente un grupo de mujeres negras que conversaban a voz en grito al borde de la carretera. A Wim, sin embargo, el ambiente le parecía mucho más grato y tranquilo que en la patria. En el Surinam todo parecía

más relajado y más informal que en Europa. Al menos ésa era su primera impresión. Allí no había estrés, apenas se percibía el apremio de la hora, y los días transcurrían siempre al ritmo del tiempo. Si llovía o hacía mucho calor, se retrasaba el trabajo al anochecer. A cambio, por la mañana se tenía algo más de tiempo para holgazanear. Wim se acostumbró enseguida a ese ritmo.

Cuando aminoraron el paso al llegar a un cruce y doblaron la curva, su mirada cayó sobre un joven negro que empujaba una carreta de madera. El adolescente tenía buenas proporciones, su piel brillaba sobre los músculos en tensión. Wim respiró hondo, y un breve pero intenso deseo físico lo asaltó. Apartó rápidamente la vista. Ni debía, ni cedería a él.

—Ahí delante está la casa de los Van Draven. Es de agradecer que se la hayan cedido a Thijs —dijo Jean, disipando así los pensamientos de Wim.

Wim no esperaba que la casa de la ciudad de los antiguos conocidos de los Marwijk fuese una construcción tan imponente. Era una de las pocas cuyo porche no llegaba hasta el borde de la calle, pues el edificio se levantaba a cierta distancia, dejando una pequeña entrada para carruajes que, a su vez, estaba rodeada por un cuidado seto de limoneros.

La fina caliza conchífera chirrió suavemente bajo las ruedas de hierro del carruaje cuando éste se detuvo. Un negro vestido con una librea impecable salió por la puerta de entrada y abrió la portezuela del coche para permitir apearse a Wim y a Jean.

Su anfitrión los aguardaba en el vestíbulo.

—Hola, me alegro de veros. —Thijs estrechó la mano de ambos hombres mientras el criado se hacía cargo de sus chaquetas y sombreros.

Wim escudriñó a su alrededor con mirada de aprobación. Esa casa traslucía la antigua riqueza de la colonia y el lujo con el que los blancos habían vivido. De pronto ya no lo asombró que muchos de los antiguos colonos parecieran tan amargados. De hecho, habían perdido mucho.

—Antes de viajar a la selva, me daré a la buena vida —bromeó Thijs mientras conducía a sus invitados al enorme salón—. Con lo que, de paso, abordaremos el tema que nos ocupa. Tomad asiento —Thijs se acomodó en un mullido sillón, y Wim y Jean lo imitaron—. Espero que puedas contarme algo más sobre el estado de la plantación Watervreede —agregó dirigiéndose a Jean—. No quiero viajar allí totalmente desprevenido.

Poco después los hombres se inclinaban sobre un mapa amarilleado por el tiempo. Jean reveló la ubicación exacta de la plantación y de sus tierras, así como de los canales de riego que recorrían el terreno.

Wim no conseguía distinguir mucho en ese dibujo esquemático. A lo largo de la orilla del río, cada plantación estaba representada por un gran rectángulo de límites siempre rectilíneos. Jean había marcado muchos de esos rectángulos con una cruz,

que simbolizaba que habían sido abandonados. Wim observó, asombrado, que había muchos más rectángulos con cruz que sin ella. Jean señalaba ahora los terrenos que Karl Leevken había comprado a los Marwijk poco después de su boda con Juliette. La plantación Watervreede disminuía a ojos vistas.

Jean se incorporó en el sillón.

—No te preocupes, Thijs. A pesar de todo, las tierras siguen existiendo y, por lo que recuerdo, la antigua pareja de esclavos que vivía allí cultivaba además pequeños huertos. Desconozco si siguen aún con vida. —Jean se reclinó en su asiento—. Pero me temo que la casa no te ofrecerá tanto confort como ésta.

Thijs hizo un gesto de desdén.

—Bah, me bastaría con que de momento fuera mínimamente habitable. Ya he contactado con los artesanos que podrían repararla. Durante las primeras semanas tendré que arreglármelas así.

Jean asintió.

—Tendrás que ensanchar y ahondar algunos de los canales. Por el momento, las instalaciones están preparadas para las mareas vivas, así que sólo llevan agua suficiente a determinadas horas. Si quieres que el molino funcione con vapor, necesitas un aporte regular de agua.

—Sí, me lo temía. Sin embargo, ya no es tan fácil contratar obreros. Los antiguos esclavos se han vuelto algo... escrupulosos en lo tocante a su trabajo.

—Ya he discutido eso con mi mujer. —Jean volvió a inclinarse hacia delante—. Nosotros podríamos prestarte algunos de nuestros trabajadores. Tienen experiencia en la construcción de canales, pues también nosotros tenemos acequias. Así no tendrás que contratar nuevos empleados. Aunque más adelante tendrás que ocuparte de conseguir trabajadores para los campos, ya que nosotros no podemos prescindir de ninguno.

Wim pensó que la oferta de Jean era muy generosa. Thijs pareció compartir su opinión.

—Es muy amable por tu parte y me será de gran ayuda. ¿Cuándo piensas viajar a Rozenburg? Yo iré por primera vez a Watervreede dentro de una semana más o menos.

—Pues nosotros partiremos también por esas fechas. ¿Qué opinas, Wim?

El aludido asintió. A él, en el fondo, la partida hacia la plantación le daba igual. A Gesine seguramente no le agradaría abandonar la ciudad. Si ya se aburría en Paramaribo, su satisfacción no aumentaría en la plantación; al fin y al cabo, la vida sería más sosegada allí que en la ciudad. Pero tendría que llevarla consigo. Ese mero pensamiento le ponía los pelos de punta. ¿Cómo iba a librarse en la plantación de sus continuas lamentaciones? Barajó todas las posibilidades una y otra vez hasta que por fin se le ocurrió una idea. Hasta entonces no la había formulado, pero parecía que había llegado el momento.

—Thijs, si me lo permites, te acompañaré con gusto en tu viaje a Watervreede y

también en tus primeros tiempos allí. —Thijs y Jean lo miraron sorprendidos, y él se apresuró a añadir—: Ya te dije que en Ámsterdam mi suegro espera que le envíe crónicas con regularidad. Se me ha ocurrido que quizá sea interesante narrar tu historia desde el principio.

—¡Con mucho gusto! —Thijs se echó a reír—. Al fin y al cabo, ya hemos presenciado la rotura de un mástil. Así que, a por la siguiente aventura.

Jean también rió.

—¿Lo deseas de verdad, Wim? En fin, Rozenburg no queda lejos, y si tu estancia en Watervreede se te antoja demasiado aventurera, siempre serás bienvenido en nuestra casa —declaró—. Seguramente tu mujer preferirá alojarse con nosotros —añadió, y durante un instante Wim tuvo la impresión de que Jean le había guiñado un ojo.

A continuación, los hombres alzaron sus vasos.

—Por otra parte —Thijs volvió a ponerse serio—, debéis saber que le he ofrecido a Pieter Brick el puesto de administrador de Watervreede.

A Wim no le pasó desapercibido el respingo de Jean. El marido de Juliette calló un momento, pero luego asintió.

—Como quieras. Sin duda Pieter posee cierta experiencia, pero... no le quites los ojos de encima.

Wim intuyó que la reacción de Juliette al recibir la noticia no sería tan mesurada.

—Así lo haré. —Thijs dobló el mapa—. Entonces, ahora únicamente necesito un ama de llaves, creo. ¿Podrá recomendarme a alguien tu esposa?

—Le preguntaré.

CAPÍTULO 19

—Misi Juliette, tiene visita.

Kiri apareció en la puerta del salón, y de una ojeada Julie supo que no se trataba de una visita bienvenida.

—¿Kiri?

—Mijnheer Brick desea hablar con la misi —informó Kiri con tono gélido.

—¿Está aquí Pieter? —Julie sintió una repentina sensación de debilidad en el estómago.

Jean y Wim aún estaban con Thijs Marwijk, los chicos habían quedado fuera de casa, y Gesine estaba en su habitación. Antes de que pudiera reaccionar, Pieter apareció en la puerta, entregó a Kiri su sobretodo y su sombrero con una sonrisa sarcástica, entró en el salón y, sin esperar a que lo invitasen, se sentó impasible en uno de los sillones.

—Hola, suegra, me alegro de verte —dijo.

—Déjalo, Pieter —le espetó ella.

—Oh, ¿por qué eres tan descortés?

—¿Qué quieres? ¿Por qué estás aquí?

—Juliette..., después de todos los años que he permanecido ausente, de lo que no eres totalmente inocente, creo que me estará permitido visitar a mi hijo y averiguar cómo van las cosas en la colonia. —Cruzó las piernas, chasqueó los dedos y se dirigió a Kiri con tono de mando—: ¡Tráeme algo de beber!

La mujer no se movió.

—Un pelín rebelde, tu esclava —criticó sacudiendo la cabeza.

—Kiri, por favor, trae a Pieter algo de beber.

La criada dio media vuelta y desapareció.

—Siempre has sido un poco laxa con los negros, Juliette. Es obvio que en los últimos años no has aprendido nada al respecto.

Julie cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía frío, pero no quería mostrar debilidad delante de Pieter. Aunque éste parecía haberse percatado exactamente de lo que le sucedía.

—La aparición del pasado te da frío, ¿eh? Vamos, no seas tan remilgada...

—No soy remilgada —replicó ella sosteniéndole la mirada, y a continuación le espetó con violencia—: Quiero que vuelvas a desaparecer de nuestra vida.

Pieter esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Yo formo parte de tu vida. Y si lo has borrado en los últimos años, deberías hacerte a la idea poco a poco.

Kiri entró silenciosa en el salón con una garrafa y un vaso, sirvió a Pieter y dirigió

una mirada interrogante a Julie. Ésta le contestó con una inclinación de la cabeza y Kiri abandonó la estancia.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres? —Lo cierto era que a Julie también le habría venido bien un vaso de *dram*, pues le temblaban las rodillas y su corazón latía desbocado. A pesar de todo, se obligó a mirar a Pieter a los ojos.

—Te diré lo que quiero: pienso volver a instalarme en el Surinam. Eso significa que querría ver a mi hijo con más frecuencia —replicó él, y luego se reclinó en el sillón, seguro de su triunfo—. En su momento discutiremos si se muda del todo a mi casa.

—¡De eso, ni hablar! Pero ¿qué te has figurado?

¡Julie no pensaba dejar a Martin en las garras de ese hombre! Sabía de sobra que Pieter no hacía nada al azar, seguro que no le interesaba Martin como persona: su frío saludo después de tantos años había sido más que elocuente. El deseo más ferviente de Julie para Martin era que el Pieter que había regresado al Surinam fuese un hombre nuevo. Entonces quizá incluso le permitiría mudarse con él. Pero Pieter seguía siendo el de siempre, lo notaba. Ella protegería a Martin.

—¿Que qué me he figurado? —Su tono sonaba amenazador ahora—. Escúchame bien: por lo que acierto a recordar, fuiste tú la que se *figuró* cosas, si no la que padeció manía persecutoria —agregó riendo en voz alta—. Tus demenciales acusaciones contra mí de haber provocado la muerte de mi esposa y haber realizado experimentos médicos con los esclavos... —Negó con la cabeza—. Eso, Juliette, me ha costado los mejores años de mi vida.

Ella no daba crédito.

—Raptaste a mis hijos y disparaste contra mi marido. ¿O eso también son figuraciones mías?

—Yo me llevé a mi hijo. No tuve la culpa de que se interpusieran tu bastardo y tu amante.

—Vamos, todo eso fue planeado, querías chantajearme para...

—¡Quería mis derechos! Mi mujer era la heredera legal de Rozenburg, y en consecuencia también mi hijo. Con tus mentiras lo echaste todo a perder —escupió dirigiéndole una mirada rabiosa y amenazadora—. Ahora volveré a vivir en esta colonia, y no serás tú la que me lo impida. Al fin y al cabo —la expresión de Pieter reveló una súbita satisfacción—, al fin y al cabo sigues llevando contigo un pequeño y sucio secreto, querida Juliette. Creo que tu amado esposo no se imagina nada de lo que sucedió entonces. Pero algunas cosas no prescriben. Así que..., si aprecias en algo a tu marido, a tu hijo, a tu esclava y a su hija y también todo esto —hizo un ademán ampuloso—, deberías llegar a un acuerdo conmigo.

Julie hervía de rabia, le habría encantado echar de su casa a ese individuo desvergonzado, pero él acababa de ponerle un cuchillo en la garganta. Había sucedido exactamente lo que tanto había temido a lo largo de todos esos años. Antes de que pudiera responder, oyó pasos y voces en el pasillo. Luego vio aparecer por la puerta a

Jean y a Wim. Captó la mirada interrogante de su marido antes de que pudiera dirigirse a Pieter.

—¿Pieter?

—Oh, buenas noches. Sólo quería hablar con Julie de la futura relación con mi hijo, Juliette ha sido muy amable por permitirme conocerlo mejor.

—Tu hijo ya ha cumplido dieciocho años. En última instancia decidirá él mismo la relación que desea tener contigo —el tono de Jean no dejaba duda alguna de que sabía que la visita de Pieter no era amistosa.

—Desde luego. Y estoy seguro de que Martin sabe a quién pertenece. —Pieter se levantó—. Me despido de ustedes.

Después de marcharse Pieter, Julie se dejó caer resignada en un sillón.

—¿Todo bien? ¿Te ha...? —La voz de Jean traslucía resignación.

—Todo bien, sí —repuso ella, esforzándose por adoptar un tono lo más indiferente posible.

No podía contarle que Pieter le había asestado un duro golpe. Su marido no conocía toda la verdad, y eso era una pesada carga en el corazón de Julie. Ignoraba cómo reaccionaría Jean si supiera lo que ella había hecho, pero una cosa era segura: tendría que contárselo antes de que lo hiciera Pieter. En cualquier momento.

—Pronto regresaremos a la plantación y entonces Pieter estará muy lejos. No permitiré que ejerza una mala influencia sobre Martin.

Wim, que se había quedado en la puerta y debía de haberlo oído todo, tosió tímidamente. La situación parecía incomodarlo, así que Julie le dirigió una mirada de interrogación.

—He de decirlo con disgusto —comenzó atropelladamente—, pero según hemos sabido hoy, Pieter Brick se encontrará pronto cerca de Rozenburg.

—¿Por qué? —Julie estaba confundida—. ¿Qué pretende?

Jean suspiró, visiblemente turbado.

—No sé lo que pretende, pero Thijs se propone contratarlo como administrador de Watervreede.

—¡No! —Julie se levantó de un salto. ¡Eso no podía ser cierto!

—Iré a ver cómo está Gesine —oyó que decía Wim, junto a la puerta. Seguramente se alegraba de poder retirarse.

Cuando abandonó la habitación, Julie miró, suplicante, a su marido.

—¡No podemos permitirlo! Tienes que decirle a Thijs Marwijk que se guarde de Pieter.

Jean dio un paso hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

—Ya le he aconsejado que no le quite los ojos de encima. ¿Qué más voy a decirle? ¿Que su futuro administrador era antaño muy colérico?

—¿Antaño? —resopló Julie con tono de reproche.

—Sí, antaño. Desde que Pieter ha vuelto al Surinam, no ha cometido ninguna falta. Ya ha rendido cuentas por los sucesos acaecidos entonces y...

Julie se deshizo de su abrazo. No podía creer lo que su marido acababa de decir.

—¿Lo estás protegiendo, Jean? Pero ¿qué te ocurre?

—No, no lo protejo, pero espero que haya cambiado. Entre otras cosas por nosotros. —Jean levantó las manos, resignado—. Mientras se comporte, no podemos hacer nada, no tenemos nada contra él. Y tampoco podemos prescribir a Thijs a quién debe emplear y a quién no. Además, el molino de caña de azúcar también nos ofrece una gran oportunidad a nosotros. ¿Es que no lo comprendes?

—No, de momento sólo me preocupa mi familia. —Incluso la propia Julie captó el cinismo que traslucía su voz.

Sabía que, cuando Jean hablaba así, estaba furioso de verdad.

—El molino de azúcar que va a construir Thijs puede salvar nuestra existencia, nuestra plantación y... a nuestra familia. Tanto con Pieter como sin él..., ese proyecto es importante de veras. Es la ocasión que hemos estado esperando tanto tiempo. Ahora se ha presentado, y no pienso dejarla escapar sólo porque haya aparecido Pieter.

—¡Pero es que Pieter no trae buenas intenciones!

Julie estaba desesperada. Sin duda el proyecto de Marwijk era muy importante para la plantación. Mas ¿lo sería también con la participación de Pieter?

—Insisto: mientras no cometa ninguna falta, estoy dispuesto a tolerarlo, en consideración a las posibilidades que se nos presentan ahora —declaró, y en tono más conciliador añadió—: En lo relativo a Martin, creo que debemos esperar.

Julie rechazó ese argumento.

—Decepcionará al chico. Nos lo quitará y lo manipulará. ¡Jean, lo perderemos!

Él la miró entonces con seriedad y dijo algo que hirió profundamente a su esposa, aunque sabía que era la pura verdad:

—No es hijo nuestro, Julie.

CAPÍTULO 20

—Cuando mi padre esté en Watervreede, me iré a vivir con él —dijo masra Martin. Estaba tumbado sobre su cama, vestido, mirando al techo.

Karini acababa de llevar a su habitación una pila de camisas limpias y las estaba colocando en el armario. Tras detenerse un momento, se volvió hacia el joven.

—Pues eso no le gustará nada a misi Juliette.

La muchacha sabía que eso provocaría muchos disgustos. Misi Juliette no lo dejaría marchar por las buenas. Y a ella tampoco le alegraría la marcha del joven. ¡No! Rápidamente desechó la idea.

Lo contempló, pensativa. Desde que había aparecido su padre, masra Martin parecía haber cambiado. Aunque en presencia de masra Jean y misi Juliette se mostraba hermético, con ella misma y con masra Henry había hablado de su padre en varias ocasiones. Ahora que los mayores se trasladarían pronto a la plantación, él parecía cada vez más inquieto, pues los chicos tendrían que aguardar casi cinco meses para abandonar la ciudad. Y después habría cambios, ya que su época escolar habría concluido. Masra Henry comenzaría su aprendizaje en Rozenburg con masra Jean, eso estaba fuera de toda duda. Su hermano, en cambio, nunca había manifestado claramente si también quería tomar ese camino. En las últimas y turbulentas semanas, nadie había abordado ese tema. Pero el hecho de que quisiera irse con su padre...

—Yo esperaré primero a ver qué sucede en Watervreede. Según dicen, por el momento no es... muy habitable que digamos —objetó Karini.

Esas palabras no parecieron preocupar a masra Martin.

—Bah, el problema se resolverá enseguida. Cuando vaya en agosto, seguro que ya se puede vivir. Además, mi padre tampoco querrá alojarse allí eternamente. Me ha contado que ya ha diseñado con Thijs Marwijk importantes planes para la plantación.

—¿Te ha contado?... Entonces, ¿has ido a visitarlo?

Hasta entonces Karini no sabía una palabra de ese encuentro.

Masra Martin se puso de lado y, entornando los ojos, dirigió a Karini una mirada amenazadora.

—No se te ocurra contárselo a tía Juliette, ¿me oyes? —Después continuó, en voz baja pero alterada—: Sí, me he reunido con él, me invitó a la casa de Therhorsten. A la tía Juliette le dije que tuve que quedarme más tiempo en el colegio.

—¿Le mentiste? —Karini no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Vamos, Karini, tú misma sabes con cuánta violencia reacciona contra mi padre. A veces sospecho que ella... —Se interrumpió y volvió a tumbarse de espaldas.

Pero la curiosidad de Karini se había despertado. La joven aún no comprendía por qué misi Juliette reaccionaba con tanta irritación contra masra Pieter. Igual que su

propia madre.

—¿Qué... qué es lo que sospechas?

—Bueno, mi padre me ha insinuado que... que tía Juliette seguramente teme que él quiera adueñarse de la plantación.

—¿De Rozenburg? —preguntó Karini asombrada.

—Sí, porque según lo que he entendido, mi padre y la tía Juliette pelearon en su día por la herencia de mi abuelo. No quedó completamente claro si la plantación debía pasar a manos de la tía Juliette, la mujer de mi abuelo, aunque joven e inexperta, o a las de mi madre y mi padre. Pero después —bajó los ojos, visiblemente afectado—, después mi madre..., y a mi padre lo mandaron a los Países Bajos.

—Y ¿él desea todavía volver a Rozenburg?

—¡Qué va! —Masra Martin se incorporó—. Él dice que el futuro molino de azúcar puede convertirse en una auténtica mina de oro. Yo no creo que él... Ha estado fuera dieciséis años, es independiente, ya no necesita la plantación. Por entonces él también quería asegurar mi futuro... creo yo. —La mirada del muchacho se perdió en el infinito—. Pero en cierto modo yo he conservado la plantación.

—¿Tú? No olvides a masra Henry. —Karini no pudo reprimir una risita.

—Sí, yo... y Henry. Pero si pasara algo, la tía Juliette no me dejaría sin nada. Ella siempre dice que Rozenburg también es nuestro futuro. Sin embargo, ahora..., cuando mi padre esté en Watervreede, todo cambiará. ¿Qué voy a disputar más tarde con Henry?

Karini se limitó a encogerse de hombros. A ella eso no la había preocupado nunca. Pero consideró que el plan del chico era un error, pues él no conocía bien a su padre. Quizá lograra convencerlo de que lo pensara bien.

—Y ¿por qué mandaron lejos a tu padre?

—Hum —farfulló masra Martin—, mi padre contó que, como era médico, trató a algunos esclavos, pero éstos confiaron en su curandero. Al final algunos fallecieron. Mi padre dice que de todos modos habrían muerto, pues estaban muy enfermos. Pero luego los esclavos se amotinaron y lo acusaron de haberlos asesinado deliberadamente. Por lo visto, la tía Juliette... apoyó la teoría. Por eso lo mandaron a los Países Bajos, donde el asunto acabó en los tribunales. Porque por aquel entonces eran muy sensibles en lo tocante a los esclavos; al fin y al cabo, su liberación era inminente.

Karini estaba sorprendida. Nunca le habían contado la historia de ese modo.

—Y ¿qué dice la misi de todo eso?

—Me contó una historia muy parecida. Y añadió una o dos cosas más, pero ahí seguro que exageraba. —Masra Martin hizo un gesto de desdén—. ¡Y no tengo la menor intención de pedirle permiso por lo de Watervreede! Ella nunca me lo permitiría, con lo furiosa que está con mi padre.

A Karini no le quedó más remedio que dar la razón al masra. No sería buena idea hablarle a la misi de ese plan. De repente la chica se entristeció. Él pretendía

abandonarlos sin más. A ella y a masra Henry. ¿Es que su amistad no contaba?

Masra Martin se percató de su repentino cambio de humor. Pasó las piernas por encima del borde de la cama y se sentó.

—¿Qué te ocurre? ¿Es que no te alegras por mí? —preguntó con tono suave.

—Sí, sí... pero... sería una pena que te fueras de Rozenburg —respondió ella con absoluta franqueza. No podía imaginar siquiera la plantación sin él.

—Vaya, casi parece como si fueras a echarme de menos —replicó el joven en tono burlón.

Karini se encogió de hombros. Se asombraba de sentir ahora un nudo en la garganta.

De pronto él tomó su mano. Ella lo miró sorprendida, pero no la retiró. Y volvió a encontrar en su mirada ese brillo especial que ya había visto en una ocasión. Karini sintió un hormigueo en la barriga y mucho calor.

—¿Sabes?, a mí también me daría pena —comenzó a decir él con voz entrecortada—, ya he pensado en ello. En Rozenburg tú tampoco tienes futuro. —Tras una breve vacilación, Karini temió que dejara de hablar o incluso que le soltara la mano—. ¿Qué te parecería... venir conmigo a Watervreede más adelante? —dijo al fin—. Podemos necesitar ayuda en la casa y... yo... —se interrumpió.

Karini apenas daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Quieres que te acompañe a Watervreede? —preguntó vacilante.

—Sí. ¿Por qué no? —Masra Martin se levantó sin soltar su mano y la atrajo hacia sí.

Una sensación de calor se extendió por su interior y las dudas anteriores quedaron sepultadas en el olvido. De repente, le parecía que tenía la cabeza vacía.

—Entonces... entonces estaríamos juntos —dijo él en voz baja.

CAPÍTULO 21

A Julie no le gustaba nada el cariz que estaban tomando los acontecimientos. El entusiasmo de Jean por la idea del molino de caña de azúcar, sobre todo, la molestaba muchísimo, aunque en el fondo reconocía que su marido tenía razón: era una ocasión única para Rozenburg. No obstante, la participación de Pieter en esos planes les confería un deje amargo. Ese asunto no podía acabar bien.

Sin embargo, Jean no era el único fascinado por el proyectado molino. Wim también estaba entusiasmado, y ahora se reunían casi a diario con Thijs Marwijk para hacer los preparativos necesarios para partir hacia las plantaciones al cabo de pocos días. Julie viajaría a Rozenburg en compañía de Gesine, Karini y Jean, y Wim acompañaría a Marwijk a Watervreede. A Julie le parecían ambos unos chiquillos sedientos de aventuras. Gesine, empero, no estaba de buen humor. La molestaba sobremanera que su marido deseara trasladarse a esa plantación, obviamente venida a menos, en lugar de acompañarla a Rozenburg.

—Ay, Wim, ¿qué voy a hacer allí completamente sola, sin ti? —se había quejado muchas veces, incluso en presencia de su prima.

—Como si te importara algo que yo esté o no esté —se limitó a contestar él con tono gélido.

Julie observaba preocupada el comportamiento del matrimonio. Se había dado cuenta desde el principio de que Wim y Gesine no eran felices juntos. En realidad, estaban muy alejados el uno del otro, y así lo percibía cada día con más claridad. Wim soportaba a duras penas la presencia de su mujer. A veces Gesine hacía gala de comportamientos muy extraños que desagradaban a la propia Julie, pero en principio nada se le podía reprochar; al contrario, no pocas veces se esforzaba por llamar la atención de Wim. Sin embargo, la mordacidad de los comentarios de éste asustaba a su prima. Wim parecía alegrarse de veras de poder librarse durante un tiempo de su mujer, aunque siempre afirmaba que daba ese paso para complacer a su padre.

—Sí, Wim, pero él quiere informes sobre la situación económica..., no sobre la flora y la fauna selváticas —había precisado Gesine, agorera.

—El molino de azúcar es un proyecto único, y yo podré seguirlo desde el principio —le replicó con impaciencia su marido.

Pero Julie intuía que había algo más detrás. El comportamiento de Wim con su mujer era insólito, siempre la mantenía a distancia, rara vez se mostraba amable, por no hablar de que jamás la rozaba. En ese sentido, Gesine le daba pena. La joven siempre hacía visibles esfuerzos por cautivar a su esposo, pero él parecía no reaccionar de la forma esperada a ninguno de sus intentos. Eso, a su vez, malhumoraba a Gesine. A Julie la rondaba una sospecha: ¿había sido la unión de

Wim un matrimonio de conveniencia como lo había sido en su día el suyo con Karl? Tal vez debería hablar alguna vez con Gesine sobre Wim, se dijo, suspirando.

Por la tarde, Jean y Wim esperaban a Thijs Marwijk para deliberar. Julie, por su parte, se alegraba de la visita de Erika. Había invitado a su amiga, pues deseaba verla antes de regresar a la plantación. Ahora Julie estaba sentada en el salón, esperando. Su mirada se posó en Gesine, que, con cara de aburrimiento, intentaba distraerse con una labor. Julie suspiró. Así que no podría hablar libremente con Erika de sus preocupaciones.

Pero para su sorpresa, Erika no se presentó sola.

—He pensado que te alegrarías si traía conmigo a Inika y a Sarina, hace mucho que no os veis.

Julie dedicó una mirada de gratitud a su amiga, que estaba en el umbral de la puerta del salón, se levantó y le dio un cariñoso abrazo. Erika tenía razón, casi habían transcurrido nueve meses desde que había enviado a casa de su amiga a las dos indias.

—¡Cuánto has crecido! —Julie contempló a Inika, asombrada.

La muchacha se había convertido en una hermosa joven. Inika bajó la vista, avergonzada.

—Gracias, misi —susurró.

—Es un poco tímida —comentó Erika riendo y, para animarla, empujó a la chica por el pasillo.

Julie miró entonces a Sarina. Como cada vez que observaba con atención a esa mujer, quedó fascinada por sus rasgos refinados, sus bonitos ojos y su dulce mirada, tan típica. Sus ropas y la manera de cubrirse la cabeza se asemejaban ahora, según comprobó sorprendida Julie, más a una mujer de color del Surinam.

—Pasad, me alegro de veros. —Julie acompañó a sus invitadas al salón.

Al ver a Inika y a Sarina, Gesine se sentó en su sillón, más tiesa que una vela. Parecía perpleja.

—Erika, permíteme que te presente: ésta es Gesine Vandenberg, la esposa de mi primo. Gesine, ésta es Erika Bergmann.

Erika no dudó en tenderle la mano a Gesine para saludarla.

—Mevrouw Vandenberg, me alegro... Es un placer...

El saludo de Gesine se limitó a una inclinación de la cabeza. Miraba fijamente a las mujeres indias, como si temiera tener que darles también la mano a ellas.

—Éstas son Inika y Sarina. Antes trabajaban con nosotros en la plantación.

Julie vio con interés que Inika y Sarina, tal como se esperaba de ellas, hacían una reverencia y a continuación se apartaban un poco del grupo de mujeres sentadas. Ahora igual que antes, en el Surinam no estaba bien visto que la servidumbre de color, fuera cual fuese su origen, tomara asiento en las habitaciones de sus señores

blancos, salvo que así se les indicara. E incluso entonces sólo se utilizaba como asiento el suelo o un escabel. En caso de hombres de negocios de color, la cosa era diferente. Para entonces éstos eran iguales que los blancos, lo que a su vez sentaba como un tiro a algunos colonos.

A Gesine seguramente también le habría desagradado que las mujeres se hubieran sentado en los mullidos cojines de los sillones. En ese momento aparecieron arrugas en su frente, y Julie intuyó que el mero hecho de que recibiera como invitadas en su salón a potenciales criadas le desagradaba.

Erika habló sin rodeos de los sucesos cotidianos en el hogar infantil. Julie la escuchaba con atención. Le agradaba no pensar durante un rato en las sombras oscuras que se cernían sobre su familia.

Después se oyeron voces y pasos, los hombres venían del despacho de Jean. Cuando éste pasó al salón, se detuvo.

—¡Caramba, Erika, qué amable por tu parte venir a visitarnos! —exclamó con visible alegría, se volvió un momento y les indicó con una seña a los hombres que entrasen—. Thijs Marwijk. Y Wim Vandenberg, el primo de Julie.

—Oh, Juliette me ha hablado mucho de ustedes —dijo Erika con una deslumbrante sonrisa.

—Quiero presentaros a Erika Bergmann, una buena amiga de la familia —añadió Jean, sonriente.

—Mevrouw Bergmann, es un placer.

Thijs y Wim saludaron a Erika.

—Sentémonos un momento. —Jean señaló los asientos libres, y entonces reparó en Sarina e Inika—. Vaya, pero si tenemos más invitados...

—Erika ha traído a Inika y a Sarina —explicó Julie, que, volviéndose hacia Thijs y Wim, prosiguió—: Inika y Sarina forman parte de nuestros trabajadores indios contratados. —Vaciló un momento buscando las palabras adecuadas—. Sin embargo, acaecieron unos hechos desagradables que nos indujeron a enviarlas a la ciudad con Erika —informó al fin.

Pero Erika pareció entender mal el comentario.

—Espero encontrar pronto un empleo para Sarina —dijo.

Julie dirigió a su amiga una breve mirada de censura. ¿Cómo podía dar a entender que Jean o ella misma hubieran puesto objeciones a la estancia de las dos mujeres en la ciudad? Al fin y al cabo, lo más importante era que ambas estuvieran bien y a salvo...

Jean, por el contrario, no pareció prestar atención al comentario.

—¡Pues qué feliz coincidencia! Thijs, ¿no has preguntado hace poco por un ama de llaves?

—Sí, todavía busco una.

A Julie no se le había pasado por alto que Marwijk no apartaba los ojos de Sarina.

—Jean, no creo que... —dijo Julie intentando desviar la conversación.

—Es una propuesta magnífica —intervino Erika, aplaudiendo entusiasmada—. ¿A ti qué te parece, Sarina?

La india se limitó a asentir suavemente con una reverencia.

De pronto Thijs Marwijk se animó.

—¿No podría... no podría venirse ahora mismo con nosotros? No sé lo que nos espera, pero seguramente necesitare que me echen una mano en la casa.

Julie no compartía su entusiasmo. No era que no se alegrara de que Sarina tuviera empleo, y seguro que estaría bien atendida en la casa de Marwijk, pero... no, no podía ser.

Dirigió a Jean una larga mirada confiando en llamar su atención. Pero no fue así. Cielos, ¿cómo iba a transmitirle su noticia sin que los otros desconfiaran o incluso preguntaran? Saber de nuevo a Sarina cerca de sus compatriotas la inquietaba mucho. Por no hablar del carácter del futuro director de la plantación.

—Jean, ¿no has pensado que Watervreede está... cerca de Rozenburg? —preguntó haciendo un intento.

Pero su esposo no parecía compartir sus escrúpulos.

—Creo que Thijs vigilará muy bien a Sarina —dijo con un guiño.

Julie arriesgó todavía unos comentarios que se apagaron sin ser oídos. Al final se decidió que Sarina viajaría con ellos a Watervreede. En el rostro de la india se dibujó una leve sonrisa; a ella parecía gustarle la idea.

Cuando los hombres se despidieron y salieron de la habitación, la mirada de Julie cayó sobre Inika. La joven, al contrario que su madre, parecía horrorizada y se esforzaba por contener el llanto, y Erika también se dio cuenta.

—En su día también encontraremos una solución para ti —dijo con tono suave—, a lo mejor más adelante, cuando la plantación vaya bien...

—¡No! —se le escapó a Julie. Y en el mismo momento se tapó la boca con la mano.

—¿Qué te sucede, Juliette? Thijs Marwijk parece una persona decente. —Erika miraba a Julie con unos ojos como platos. Llevaba el asombro pintado en el rostro.

—No es... Marwijk no es el problema —susurró Julie. Respiró hondo y añadió —: Pieter también estará en esa plantación.

Julie vio que su amiga había entendido el mensaje, pues dirigió a Sarina y a Inika una mirada de preocupación.

—¡Oh, no!

VERGEET NIET AAN WIE U BEHOORT

NO OLVIDES A QUIÉN PERTENECES

El Surinam, 1879

Paramaribo, plantación Watervreede, plantación Rozenburg

CAPÍTULO 1

Los últimos vestigios del pasado gris parecieron disiparse cuando Wim llegó al puerto donde estaba a punto de embarcarse. Hacía años que no se sentía tan vivo y, sobre todo, tan libre. Durante un momento le remordió la conciencia por dejar sola a Gesine. Sin embargo, no estaba allí para ser considerado con su esposa, así se lo había jurado a sí mismo. Juliette y Jean la atenderían bien, y seguro que se las arreglaría sin él. Wim se había despedido el día anterior de sus parientes, que le transmitieron sus mejores deseos para el viaje... Gesine, en cambio, le dedicó una mirada furiosa.

—Confío en que estés seguro de lo que haces —le dijo Thijs. Había alquilado una embarcación con toldo para transportar el equipo necesario, y estaba cargando los últimos petates, que uno de los remeros negros aseguraría en la proa. Thijs tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo, pero reía.

—Por supuesto —respondió, alegre, Wim.

—Ahí viene nuestro último pasajero. —Thijs señaló el muelle, por el que se acercaba Erika Bergmann con la futura ama de llaves.

Thijs salió a su encuentro. La india caminaba al lado de Erika con la mirada baja cuando él llegó a su lado. Wim contempló con curiosidad a la mujer. Confiaba en que no fuera tan delicada como parecía. Era menuda y graciosa, de movimientos tranquilos y elegantes. La verdad es que Wim no acababa de imaginarse a esa mujer en el papel de ama de llaves, tan distinta era de la resuelta mujer negra que gobernaba la casa de Juliette. Thijs, por el contrario, parecía encantado. En ese momento recogió el pequeño fardo de la mujer y lo trasladó a la embarcación.

—Mijnheer Vandenberg —dijo Erika Bergmann cuando llegó a su lado—, confío en que sea usted consciente de lo que los aguarda ahí fuera. —Se echó a reír, aunque su rostro reflejaba auténtica preocupación.

Wim esbozó una sonrisa.

—Mevrouw Bergmann, al fin y al cabo, no he venido a este país a escuchar salvajes historias coloniales mientras tomo bebidas frescas. Creo que Thijs será un excelente compañero de viaje.

—Sí, pero, a pesar de todo, cuídese mucho. No todo lo que se cuenta de este país es exagerado. En la selva acechan peligros muy serios —añadió ella mirándolo con preocupación.

—Me cuidaré mucho... y también a Thijs... y a...

—Sarina —concluyó Erika Bergmann.

—Y a Sarina, por supuesto. Se lo prometo, mevrouw Bergmann.

—Erika, llámeme Erika, por favor.

—Erika... Pero entonces llámeme Wim.

La sincera preocupación de la mujer lo conmovió. Tan mala no sería la selva. Pero Juliette también estaba preocupada..., al contrario que Gesine, que hasta el último minuto se había dedicado a cubrirlo de reproches.

Mientras tanto, Thijs había ayudado a Sarina a subir a la barca, donde la india buscó tímidamente un sitio bajo el toldo. Con las manos apoyadas en las caderas, Thijs se situó entonces entre los remeros, que se preparaban para zarpar.

—¡Hay que irse, Wim! La marea no durará eternamente. Mevrouw Bergmann, nos veremos dentro de unos meses, si Dios quiere. —Rió.

Wim se despidió de Erika con una leve inclinación de la cabeza y subió también a la embarcación. Ésta osciló peligrosamente, pero recuperó el equilibrio enseguida. Wim se sentó al lado de Thijs, bajo el toldo de popa. Los remeros se apartaron del embarcadero y dirigieron la barca inmediatamente hacia el centro del río. En el embarcadero, Erika los despedía agitando la mano.

—Una mujer simpática, la tal Erika Bergmann —comentó Thijs sonriente.
Wim asintió.

Tras haber dejado atrás las últimas casas de la ciudad, en la orilla sólo se divisaba un verdor impenetrable. Era obvio que en ese país la lucha contra la naturaleza no tenía fin. En cuanto el hombre se marchaba, la selva reconquistaba el terreno.

Tras navegar unas horas río arriba comenzaron a divisar antiguas plantaciones aisladas entre árboles, lianas y maleza. Las casas estaban cubiertas por plantas trepadoras, por los tejados asomaban las ramas de los árboles, y los embarcaderos del río apenas se distinguían ya. Wim y Thijs contemplaron en silencio esas pruebas de la antigua cultura colonial.

Algunas horas después, Thijs le propinó un codazo a Wim.

—Debemos de estar a punto de pasar ante la plantación Rozenburg.

Wim contemplaba la orilla con sumo interés. Poco después apareció un parque exuberante con una mansión al fondo. Unas flores de color rojo oscuro parecieron saludarlos desde la orilla. De repente, lo asaltó la sensación de que tenía profundos vínculos con ese lugar. Pero después Rozenburg volvió a desaparecer de su vista.

La propiedad parecía cuidada. ¿Qué los aguardaría en Watervreede? Wim esperaba ver casas arruinadas y una frondosa maleza, igual que en la plantación que estaban atravesando ahora. Desde el río sólo se veían las paredes de la antigua casa de la plantación con el tejado hundido.

Thijs, que había estado de buen humor hasta pocos momentos antes, parecía ahora visiblemente consternado.

—Cuesta creer el cambio tan tremendo que ha sufrido todo esto con el correr de los años. Allí..., en esa plantación, estuve una vez de niño con mis padres para asistir a una boda.

Por la noche se dirigieron a un embarcadero junto a la orilla. Thijs había contado a Wim que, si el río lo permitía, llegarían a Watervreede al anochecer, pero las mareas no les fueron propicias. Thijs opinaba que ya no quedaba muy lejos, pero, según le explicó a Wim, la corriente se tornaba muy débil como para poder continuar el viaje, ya que la bajamar creaba una contracorriente que dificultaba mucho la tarea de bogar. Los remeros saltaron de la barca y la amarraron. Para alivio de Wim, el embarcadero estaba en buen estado, así que no dormirían entre las ruinas.

Todavía no habían abandonado la embarcación cuando llegaron corriendo los primeros negros. Eso significaba que la plantación estaba habitada. Parecían locos de contento, y Wim supuso que los visitantes eran una novedad bienvenida. Los remeros se marcharon con los negros, Wim y Thijs siguieron a uno de ellos hacia la casa de la plantación.

Sarina se detuvo sin saber qué hacer, hasta que Thijs le pidió por señas que se acercara.

—Acompáñanos —dijo con voz amable y, dirigiéndose a Wim, añadió—: Es mejor que pernocte con nosotros que en el poblado de los trabajadores.

Wim se limitó a encogerse de hombros. No conocía las costumbres de ese país, pero no se imaginaba que estaba a punto de recibir un anticipo.

—Bienvenidos —los saludó un mulato gordo que se sentaba en una silla en el porche de la decrepita casa de la plantación—. Siéntense, siéntense. Cuéntenme qué hay de nuevo en la ciudad.

—Éste debe de ser el director de la plantación —le susurró Thijs a Wim mientras subían los peldaños del porche.

—Desearíamos pedirle que nos concediera alojamiento, mijnheer... —dijo Thijs.

—Beldur..., llámenme Beldur. Claro que pueden pasar la noche aquí. Vamos, tomen asiento... Mika, trae algo de beber para los señores.

Una niña pequeña negra se levantó y Wim se dio cuenta de que estaba dando masajes en los pies al hombre gordo. Se estremeció. Poco después la chiquilla regresó con una bandeja con dos vasos y una garrafa de *dram* llena. Junto al vaso de Beldur ya había otra garrafa vacía. La niña depositó la bandeja y sirvió a los invitados antes de comenzar, a una señal de Beldur, a masajearle los hombros.

—Un poco de relajación tras una larga jornada —comentó el hombre alzando su vaso—. Y ¿qué los trae por el río? —preguntó sin más rodeos.

—Voy a visitar la plantación de mis padres —contestó Thijs.

Beldur profirió un gruñido de satisfacción mientras las manitas de la niña masajeaban sus hombros.

Wim lo miraba asqueado. Ese hombre lo repugnaba. Esperaba poder acostarse pronto.

Cansado, siguió la conversación banal sobre el tiempo y la cosecha de caña de azúcar de ese año. Wim no se imaginaba a Beldur moviéndose por los campos

durante el día. Seguramente se limitaba a dar órdenes cómodamente sentado.

—Ya veo que llevan consigo a su propia chica. De lo contrario, les habría ofrecido encantado a dos de las mías para pasar la noche.

Su tono desagradó a Wim. También Thijs parecía saber muy bien a qué se refería su anfitrión. Torció el gesto, pero en lugar de entrar en más detalles, señaló a Sarina, que esperaba, paciente, en el peldaño inferior del porche.

—Es mi ama de llaves...

—Claro, claro, siempre conviene tener una buena mujer en casa.

A Wim no se le pasó por alto la mirada lasciva con la que Beldur contemplaba a Sarina.

—Mika les enseñará su habitación. ¿Desea que la mujer se quede con usted o prefiere que Mika la lleve al poblado de los esclavos?

—No, se viene conmigo —respondió Thijs, tajante.

Asombrado, Wim vio que Sarina miraba atónita a Thijs por un instante. Él creyó percibir miedo en sus ojos, por lo que se levantó y dio unos pasos hacia la mujer india.

—No te preocupes, lo único que quiero es que no estés aquí sola —le susurró.

La habitación era pequeña y raída. La cama era grande, pero las sábanas no estaban limpias. Wim meditó unos momentos y después tomó una decisión.

—Creo que debemos dormir vestidos —opinó señalando el lecho mugriento.

—Sí. Prefiero estar arrugado mañana por la mañana antes que acribillado por las chinches.

Sarina ya se había despojado cerca de la puerta de una de las telas que llevaba ceñidas a modo de vestido, y la extendió en el suelo. A ella ese modo de dormir no le resultaba ni desconocido ni incómodo.

Wim vaciló, pero después se acostó en la cama con las botas puestas. Thijs lo imitó. Los rayos de luna que entraban por la ventana alumbraban la habitación. De repente Wim se echó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Thijs.

—Estaba pensando que, si mi mujer tuviera que descansar en un lugar así, tendría que dormir de pie.

CAPÍTULO 2

—No, tengo que llevarme todo esto.

Misi Gesine dirigió a misi Juliette una mirada cargada de reproche. Karini, que estaba a su lado, contuvo la risa.

La joven había pasado dos días guardando en las enormes maletas todo el guardarropa de misi Gesine. Se había preguntado más de una vez cómo se imaginaría el transporte de sus propiedades hasta la plantación. Allí se viajaba en barcas con toldo con un equipaje ligero, y muy raramente con el ajuar doméstico completo.

Ahora que Karini había bajado las maletas al vestíbulo, porque al día siguiente emprenderían viaje a la plantación, misi Juliette estaba bastante perpleja delante de la alta pila. Misi Gesine opinaba que en la plantación necesitaría todo eso.

—Gesine, tendremos que alquilar una segunda barca para transportarlo todo. ¿No crees que podrías prescindir de algunas maletas?

Karini sabía que esa pregunta molestaría mucho a misi Gesine. Y, en efecto, así fue.

—Juliette, tú tienes todo lo que necesitas en la plantación. Yo, por el contrario..., no puedo pasarme semanas y semanas con el mismo vestido.

Misi Juliette se limitó a menear la cabeza. Karini sabía que estaba un poco furiosa.

—No, tampoco te pido eso, pero unas cuantas maletas menos nos facilitarían el viaje.

—Tengo que llevarme todo esto —insistió misi Gesine, ahora en tono lloroso, y Karini vio cómo levantaba el brazo y se colocaba en la frente el dorso de la mano. Karini sabía lo que eso significaba y, aunque no era de su competencia, hizo una cautelosa seña con la mano a misi Juliette.

Ésta miró un momento a Karini, puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Conforme, Gesine, conforme. Pediré una segunda barca.

Misi Gesine pareció reponerse en el acto, bajó el brazo y su voz sonó alegre y firme cuando dijo:

—Muy bien. Pero ¿de verdad crees que será necesaria una segunda barca? Tampoco es que sea mucho...

Karini estaba segura de que a la mañana siguiente misi Gesine estaría a punto de desmayarse en cuanto viera la barca en la que iba a viajar. Porque ningún velero remontaba el Surinam.

—Karini, voy al puerto a alquilar otra barca para mañana. ¿Me acompañas? —dijo masra Henry, que apareció en el vestíbulo justo cuando la chica colocaba con esfuerzo la última bolsa encima de las maletas.

Masra Henry contempló asombrado el equipaje apilado.

—¿Hay más que antes? —inquirió. Luego se encogió de hombros e invitó con la mirada a Karini.

—Iré un momento a preguntar a mi madre si me necesita —dijo ella—. Si no, te acompañaré con mucho gusto.

Kiri estaba en la cocina del patio preparando las provisiones para el viaje. Negando con la cabeza, le indicó a Karini que podía irse.

La joven se apresuró a regresar al vestíbulo.

—¡Rápido! Antes de que a misi Gesine se le ocurra encargarme otra cosa —señaló y, riendo, sacó de casa a masra Henry tirándole de la manga.

Se encaminaron hacia el puerto. Ahora, en plena estación seca, la arena conchífera de las calles volvía a estar casi blanca, y a cada paso se levantaba una pequeña nube de polvo. Las palmas de las avenidas proyectaban una fresca sombra, y los naranjos cargados de frutos desprendían un aroma dulzón. Karini caminaba, animada, al lado de masra Henry. Hacía mucho que no hacían nada los dos juntos. En los últimos tiempos no se habían reunido los tres. Allí, en la ciudad, ella estaba excluida: entonces eran más bien los masras los que se juntaban, aunque la relación entre ambos había empeorado desde que estaba en la ciudad el padre de masra Martin. Karini ni siquiera sabía si masra Henry conocía los planes de su hermano.

—¿Te ha contado masra Martin lo que se propone hacer cuando finalicen las clases en agosto? —preguntó vacilante.

Masra Henry se puso serio.

—Sí, me lo ha contado.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Creo que mi madre no lo permitirá. Martin va a buscarse un montón de disgustos.

Karini asintió, ella opinaba lo mismo.

—Pero todavía faltan cinco meses, y quién sabe si para entonces Wim y Thijs Marwijk habrán hecho habitable y cultivable la plantación. A lo mejor tú te enteras de algo antes. Seguro que Gesine querrá visitar a su marido. Podrías escribirnos una carta contando cómo progresan las obras.

—Hum... Misi Gesine no lo tendrá fácil en la plantación, si ahora se aburre tanto en la ciudad... —repuso Karini.

—Sí, pero debería acostumbrarse. La verdad es que no me gustaría tener una mujer así. —Masra Henry soltó una risita.

También la muchacha sonrió.

—Y ¿por qué no? Es muy guapa, lleva unos vestidos preciosos, tiene buenos modales... —dijo guiñándole el ojo.

Él le devolvió el guiño.

—Sí, puede que sea verdad. Pero es muy pesada, ¿no crees? Además..., empieza a chillar en cuanto divisa un simple escarabajo. Será divertido cuando esté en Rozenburg —dijo al tiempo que esbozaba con la mano un gesto como si hubiera bichos pululando.

Ahora también Karini soltó una carcajada. Sí, en la plantación, misi Gesine iba a experimentar sorpresas muy desagradables. La joven se vio a sí misma con un eterno paño mojado para despertar a la misi de sus desmayos.

En el puerto, masra Henry buscó una barca de alquiler con toldo. Además, había que pagar a otros cuatro remeros para transportar a la plantación el equipaje de misi Gesine. El masra negoció con algunos patrones y finalmente eligió la oferta más barata.

Karini examinó la embarcación con ojo crítico. Era vieja, y el casco ya había sido reparado en numerosas ocasiones. El patrón, un anciano negro, encorvado y casi desdentado, les dirigió una plácida sonrisa.

—¿Sólo maletas? Puedo llevarlas a la plantación, no hay problema. ¿Tengo que recoger el equipaje en la ciudad?

Masra Henry asintió y explicó al hombre el camino hasta la casa.

—Mañana temprano, a la salida del sol. El pago, al llegar a la plantación.

A Karini le llamaron la atención el aplomo y la madurez de masra Henry. Negociaba con el capitán tan bien como lo habrían hecho masra Jean o misi Juliette.

La mirada de la joven negra pasaba reiteradamente del patrón a la barca. Luego, al recordar la montaña de maletas que esperaba en el vestíbulo de la casa de la ciudad, suspiró.

—Espero que los vestidos de misi Gesine no terminen en el río —dijo, preocupada, a masra Henry.

Él sonrió.

—Bah, esta barca es tan buena como cualquier otra. Y mientras no tenga que transportar también pasajeros, no habrá problemas.

Karini comprendió entonces que había escogido para misi Gesine esa barca deslucida con cierta malicia y le propinó un empujón entre risas.

—Ojalá no se hunda. No quiero ni pensar lo que sucedería si el guardarropa de la misi cayera al río. Mañana temprano, cuando partamos, nos acompañarás al puerto. Así podrás explicar personalmente a tu madre y a misi Gesine por qué has escogido precisamente esa barca.

—¡Toma! —Él le devolvió el empujón y echó a correr.

Recorrieron el paseo del puerto y se detuvieron jadeando debajo de las palmeras

que bordeaban el malecón a lo largo de la avenida. Masra Henry le indicó a Karini un banco a la sombra. Se sentaron y la chica recuperó poco a poco el aliento. Permanecieron sentados juntos un buen rato hasta que masra Henry preguntó de repente:

—¿Estás triste por tener que marcharte a la plantación? Quiero decir..., a ti te gusta la ciudad, ¿no es así?

Karini ya había pensado en eso.

—Sí, me gusta estar aquí. Pero también me alegro de ir a la plantación. Y estar con misi Gesine no será tan malo: en realidad, es bastante divertida —agregó, esforzándose por adoptar un tono de indiferencia.

No, Karini no quería reconocer en voz alta ante masra Henry que la afligía volver a Rozenburg sin él y sin masra Martin. Pasarían meses hasta que regresara masra Henry. De repente, eso la molestó mucho.

Masra Henry miraba fijamente el río, meditabundo.

—Si Martin se marcha de verdad con su padre..., será una situación muy extraña.

Karini se asombró de que rondasen por su mente los mismos pensamientos que por la de ella.

—Aunque... —continuó mientras dirigía una cariñosa mirada a la chica y tomaba su mano— tú todavía estás aquí. Nuestro futuro está en Rozenburg.

Karini sintió un repentino calor, y en su mente el rostro de masra Henry se difuminó confundiendo con el de masra Martin, que había pronunciado casi las mismas palabras.

—Sí —se limitó a contestar.

CAPÍTULO 3

Inika estaba en la cocina del hogar infantil, cortando verdura para la cena.

Tras la marcha de su madre, la chica había asumido sus tareas. Eso no suponía un gran esfuerzo, pues misi Minou se ocupaba en persona de casi todo, y además había también un ama de llaves negra.

—Madre, ¿de verdad que es eso lo que quieres? No conoces a ese hombre y... — Inika intentó convencer a Sarina de que no se marchara a esa plantación, y durante un breve tiempo albergó la esperanza de que cambiara de opinión. En vano.

—Tengo que trabajar y ganar dinero, no podemos vivir eternamente a costa de misi Juliette y misi Erika. —Sarina agarró la mano de su hija—. Debemos volver a tomar las riendas de nuestra propia vida. Y tampoco podemos escondernos aquí para siempre.

La muchacha sabía que su madre tenía razón, pero la idea de despedirse de la cómoda vida exenta de preocupaciones en Geenkamper Weg le resultaba dura.

La visita a misi Juliette despertó en Inika viejos deseos. Siendo criada en Rozenburg, se había jurado que no viviría siempre de ese modo. Deseaba tener una casa bonita, una cama blanda y hermosos vestidos, igual que las misis blancas. Pero sobre todo quería decidir su propio destino. La conmoción de que su padre la hubiera casado sin más todavía la hería en lo más hondo. Inika deseaba que ninguna otra persona pudiera disponer de ella en el futuro. Había bastantes mujeres de color en la ciudad que habían logrado independizarse. Ya no dependían de los patronos blancos, y muchas tampoco de los hombres. Ése era un tema que había suscitado frecuentes discusiones con su madre.

—No puedes vivir sin un hombre. Como mujer, hay que casarse, llevar la casa para el marido y parir hijos. Ése es nuestro destino. Que yo sea viuda es una vergüenza.

Inika negó con la cabeza.

—Madre, después de todo lo que hemos vivido...

—Las cosas no deberían haber llegado a ese punto... —Ahí estaba de nuevo el leve reproche que su madre había manifestado en innumerables ocasiones durante los últimos meses.

Sarina nunca lo había manifestado en voz alta, pero Inika sabía que la responsabilizaba de la muerte de su padre. Sin embargo, también sabía que su madre se había opuesto a la boda. A Inika la torturaban los remordimientos. Quería lo mejor para su madre, mas por el momento no veía ninguna salida a su situación. Eran trabajadoras contratadas. Mano de obra barata.

—Tengo que encontrar trabajo, y lo mejor sería volver a casarme en su momento:

sólo así volverán a aceptarnos los demás —había argumentado su madre.

—No pretenderás regresar de veras con nuestra gente, ¿no? Atentaron contra nuestra vida.

Sarina suspiró y acarició el pelo a su hija.

—Somos indias, Inika. Éste no es nuestro país, ni nuestra cultura. Les pertenecemos, querámoslo o no, y sólo en sus círculos tendremos una oportunidad.

Regresar con los indios, regresar al pequeño poblado de la plantación. No, Inika no lo deseaba bajo ningún concepto. Jamás.

Sin embargo, en la ciudad, la situación de los obreros contratados era aún peor que en el interior. Bogo había encontrado trabajo en los bancos de conchas no muy lejos de la ciudad, en los que se obtenía la cal conchífera para las calles de Paramaribo. Inika lo había acompañado en una ocasión. Pero ni los obreros empapados de sudor, ni los que estaban completamente cubiertos de polvo conchífero asustaron a la joven. Eran unas figuras andrajosas, harapientas, que no encontrarían empleo en otro lugar. Ni, desde luego, uno mejor. En la ciudad reinaba una estricta lucha de clases. En la cima de la jerarquía figuraban los mulatos y los negros, debajo los chinos, luego los mestizos de indio y, abajo del todo, los indios puros. Si eras una chica guapa, tal vez pudieras ganar unos florines en algunas de las tristes posadas cercanas al puerto. Pero incluso allí las jóvenes indias eran insultadas y expulsadas por las chicas mulatas. Hacía tan sólo pocas semanas que misi Erika había vuelto a acoger a una chica a la que había alojado con los misioneros, pues era demasiado mayor para el hogar infantil y encima estaba embarazada.

Inika suspiró y apartó el cuchillo. Ya se le ocurriría algo. Tenía que hallar el modo de ganar dinero. Se juró a sí misma que conseguiría que ni ella ni su madre continuaran trabajando como criadas u obreras en una plantación.

CAPÍTULO 4

Jean cerró los ojos. Tenía las piernas estiradas sobre el cojín debajo del toldo, pero no dormía, Julie lo sabía de sobra. De vez en cuando las comisuras de sus labios se contraían como reacción a las quejas de Gesine. Los hombros de los remeros se contraían asimismo sospechosamente, una prueba evidente de que también ellos contenían la risa. Karini se sentaba en la parte delantera de la barca y, o bien bajaba la vista hacia el suelo de madera, o contemplaba el río, abochornada. Julie, a un lado con Helena en brazos, miraba con cariño a su hija, que se había quedado profundamente dormida debido al balanceo de la embarcación. «Una auténtica niña surinamesa», pensaba, rebotando de orgullo.

Gesine se sentaba en medio, entre Jean y Julie. Él le había explicado que allí era donde menos se notaba el vaivén de la barca, de modo que se mantenía alternativamente erguida o reclinada hacia atrás en una posición semiyacente, para volver a incorporarse deprisa más tiesa que una vela, acompañada siempre por una continua y leve lamentación sobre los espantosos viajes en barca y la pregunta incesante de por qué no habían construido en ese país carreteras decentes.

—Todo el Surinam está surcado por el río, así que las barcas son muy prácticas —le había explicado Jean. Pero Gesine no era una mujer pragmática.

Julie recordó el comienzo de ese día. Cuando esa mañana temprano habían partido en carruaje al puerto, Gesine aún estaba de buen humor. Pero su estado de ánimo se transformó al divisar la barca que iba a transportar su equipaje a la plantación.

—No, mis pertenencias no irán seguras ahí —dijo, enfadada, mientras el patrón desdentado subía las maletas a la barca.

Julie observó cómo el color del rostro de Gesine mudaba del rojo al blanco. La situación podía llegar a ser incluso divertida. Ojalá no se cayera de la barca durante la travesía.

—Por desgracia no pude conseguir un barco de vapor —había comentado Henry con tono inocente.

Pero Julie había captado el fulgor de sus ojos y la risa que Karini intentaba disimular.

Julie se daba cuenta de que Henry pretendía burlarse de Gesine. En las últimas semanas, ésta, a falta de otros interlocutores, había solicitado con cierta frecuencia que Henry acudiera al salón para aburrirlo con su cháchara insustancial. Julie había rogado a su hijo que se mostrara amable con los invitados. Ella sabía que a Henry le habría gustado hablar con Wim, pero Gesine lo ahuyentó pronto con sus «chismes de mujeres», igual que a Jean y a Martin. Julie asumió el papel de acompañante en la

medida de lo posible. Pero como Helena requería su atención, y Gesine únicamente consideraba «un cielo» a la niña cuando no gritaba, escupía o ensuciaba los pañales, también Julie tenía una excusa adecuada para renunciar a su compañía.

—La barca resistirá hasta la plantación —señaló Jean en el puerto—. Vamos, debemos partir o perderemos la marea.

Jean subió a la barca con toledo. Gesine lo miró con unos ojos como platos y, señalando la embarcación, preguntó:

—¿Nosotros también vamos a viajar en ese cascarón de nuez?

—Los cascarones de nuez son los medios de transporte habituales en este país. — La voz de Jean había adoptado un tono ligeramente brusco. Era obvio que le desagradaba viajar con esa mujer.

—Vamos, no será tan malo como quizá te haga suponer la embarcación. —Julie la tomó del brazo y la ayudó a subir a la barca desde el embarcadero.

Antes de su partida, Julie le había preguntado a Wim si le parecía oportuno llevar a Gesine a la plantación.

—Ella quiso venir conmigo a este país, así que debe conocerlo a fondo. Y dejarla aquí sola en la ciudad... No, ella nos acompañará —le contestó su primo sin vacilar.

Julie no puso más objeciones, pero ¿podría atender como era debido a Gesine en la plantación? La mujer se aburriría allí. Julie confiaba en que la ausencia de Wim no se prolongara mucho tiempo y viajara pronto de Watervreede a Rozenburg.

—Vosotros podéis regresar en cualquier momento a la casa de la ciudad —le ofreció, además, Julie.

Pero a Wim, al contrario que a su mujer, no parecía interesarle lo más mínimo la vida urbana, pues estaba animado de una genuina sed de aventuras. Durante veladas enteras le había rogado a Jean que se lo contara todo sobre la vida en el interior, los animales y el manejo del fusil. Para alegría de Henry y de Martin, Jean incluso había enseñado a Wim a disparar, en el patio trasero de la casa de la ciudad.

—¿Cuánto falta? —preguntó Gesine con voz ronca.

Era mediodía y un sol ardiente caía sobre el río.

—Llegaremos por la tarde, la marea es fuerte, así que llegaremos hoy mismo.

Julie no le había revelado a Gesine que con mucha frecuencia había que detenerse para pernoctar y reanudar el viaje con la nueva marea.

—Deberías beber algo. —Julie ofreció a Gesine una de las pequeñas calabazas llenas de agua fresca.

La mujer se limitó a mirar el recipiente con expresión de asco y negó con la cabeza.

Julie confiaba en que, debido a la escasez de líquidos y al creciente calor, Gesine acabaría desmayándose.

CAPÍTULO 5

—¡Ahí está! —Thijs se levantó de un salto, lo que provocó que la barca se balanceara más de la cuenta.

Wim se agarró con ambas manos a la tabla en la que estaba sentado desde el amanecer e intentó distinguir algo en la dirección que señalaba Thijs. Sólo se veía la selva.

Habían partido al alba. Habían renunciado a desayunar con Beldur, pues la noche en el cuarto de invitados había sido muy poco reconfortante. En cuanto se ocultó la luna, aparecieron en la oscuridad de la noche innumerables insectos y, a juzgar por los sonidos, también animales de mayor tamaño.

Wim había pasado unas horas sumido en un sueño ligero y se había despertado varias veces sobresaltado en cuanto Thijs, que yacía a su lado en la cama, o Sarina, en el suelo, se defendían de los visitantes que pululaban por la estancia.

Después de abandonar la plantación, Thijs había ordenado a los remeros que se dirigieran al próximo banco de arena. Una vez allí, se había despojado de la ropa, excepto la interior, y había saltado al agua. Wim no lo pensó dos veces y lo imitó. El agradable frescor del agua calmó en el acto el intenso picor de las numerosas pústulas que se habían formado durante la noche.

Mientras los remeros aprovechaban la parada para desayunar unas tortas de mandioca, Sarina rodeó la barca y se lavó, hundida en el agua hasta las caderas. Luego aceptaron, agradecidos, las tortas que les ofrecieron los remeros.

—No tardaremos en divisar la casa. —Thijs, de pie en la barca, se protegía los ojos con la mano para defenderlos del sol resplandeciente.

Los remeros comenzaban a dirigir la barca hacia la orilla. Wim vio asomar entonces por encima del agua un embarcadero de madera. En la parte delantera sólo vio tablones rotos, pero cerca de la orilla todo parecía intacto. Sin embargo, no veía ni rastro de casa alguna.

—Ahí está.

Thijs agarró a Wim por la manga de la camisa y tiró de él para ponerlo en pie. Wim se concentró primero en mantener el equilibrio, pero luego alzó la vista. Divisó la punta de un tejado que asomaba por encima del intenso verdor. Altos árboles y espesos arbustos de bananos ocultaban la vista de la antigua plantación.

Antes de que alguno de los remeros saltara al embarcadero, Thijs aterrizó en la pasarela de un brinco y dio unos pasos hacia la orilla. Wim esperó a que la barca estuviera bien amarrada y, a continuación, ayudó a Sarina a cruzar la pasarela. La india, ligera como una pluma, se deslizó hasta el embarcadero y luego, preocupada, echó una ojeada a su alrededor. Wim la animó con una sonrisa.

—¡Vamos! —exclamó Thijs, que apenas podía disimular su impaciencia.

Desapareció entre la vegetación de la orilla, que alcanzaba la altura de un hombre. Wim y Sarina lo siguieron. Un sendero indicaba que allí aún habitaba gente. Wim deseaba que no se mostrasen hostiles. En medio del abundante verdor aparecieron los contornos de un edificio cuyas dimensiones fueron definiéndose a medida que se aproximaban. Wim contuvo la respiración, sorprendido. La mansión de la plantación se alzaba justo ante sus ojos, rodeada por un ancho porche. Lianas y orquídeas salvajes trepaban por la balaustrada de madera. El musgo se había extendido por el suelo formando pequeños tapices.

—¡Todavía está en pie! —exclamó Thijs deteniéndose.

—¿Quién anda ahí? —preguntó de repente una voz ronca.

Por un pequeño sendero que rodeaba el porche apareció una negra vieja y encorvada que, apoyándose en un bastón, se dirigía despacio hacia ellos. Wim se sorprendió. El marido de su prima había comentado la posibilidad de que habitara alguien en la plantación, pero en realidad no contaba con eso, pues Jean llevaba mucho tiempo sin visitar Watervreede.

La mujer se acercó despacio, estirando mucho la cabeza. Sus ojos estaban cubiertos por un velo gris y parecía tener mala vista. Thijs respiró hondo y Wim se dio cuenta de que tenía los ojos muy abiertos.

—¿Hestia? Hestia, ¿eres tú? —Su voz sonó ronca. Luego habló más alto—: Hestia, soy yo, Thijs.

La mujer se detuvo en seco y torció la cabeza como si acabara de oír algo imposible. Luego musitó:

—¡Jesús! ¿Eres masra Thijs?

—Hestia —Thijs se acercó a la anciana negra—, ¡no sabía que todavía estabas aquí!

—¡Masra Thijs! —Ella dejó caer su bastón y alargó sus viejos brazos.

Thijs cayó de rodillas ante la mujer y dejó que lo estrechara entre sus brazos.

—¡He regresado a casa, Hestia!

CAPÍTULO 6

—¡Oh..., sujétame!

Karini tomó la mano de misi Gesine. La barca oscilaba porque masra Jean la había abandonado de un salto para alcanzar el embarcadero. Parecía alegrarse de que la travesía hubiera concluido.

Igual que misi Gesine. Karini la ayudó a bajar de la barca. Una vez en el embarcadero, la misi se detuvo un instante, tambaleándose, y Karini temió que se desmayara. Sin embargo, luego se enderezó y escudriñó a su alrededor con expresión de tedio.

—¿Así que esto es vuestra plantación? —Tenía la cara pálida, los bucles sudorosos de sus cabellos, siempre tan bien peinados, se le pegaban a la frente, y se le había arrugado el vestido. No obstante, intentaba mantener la compostura como de costumbre.

Misi Juliette salió de la barca con agilidad y se alisó de prisa el vestido.

—Sí, esto es Rozenburg. ¡Bienvenida!

Misi Gesine se volvió y, protegiéndose los ojos con la mano, miró río abajo.

—¿Cuándo llegará mi equipaje?

Misi Juliette se encogió de hombros.

—Aún tardará, quizá no llegue hasta mañana —dijo, y emprendió el camino hacia la orilla—. Anda, ven, seguro que en casa nos espera un refresco.

—¿Mañana? —Karini captó el horror en el tono de misi Gesine, que no parecía dispuesta a abandonar el embarcadero, pues seguía con la vista clavada en la dirección por la que habían venido—. Pero, entonces, ¿qué voy a ponerme?

—Si tu equipaje no llega hoy, te prestaré un vestido —repuso misi Juliette con impaciencia.

Misi Gesine le dedicó una mirada escéptica, pues al parecer el ofrecimiento no parecía alegrarle en demasía.

—¿Cómo pueden ser tan impuntuales esos remeros?

—Gesine —misi Juliette ya había alcanzado la orilla y tenía los brazos en jarras—, esto es un río, no una carretera. Si la marea es débil y la barca pesa mucho —la miró con reproche—, la travesía puede durar más. Así que, ¿piensas quedarte ahí quieta esperando tus maletas mientras te acribillan los mosquitos o me acompañas a casa? —Y misi Juliette echó a andar sin esperar respuesta.

Misi Gesine se levantó la falda y la siguió, enfurruñada. Karini tomó el equipaje de mano de misi Gesine y esta vez no pudo evitar una sonrisa.

Esa noche, acostada en su hamaca en la cabaña de sus padres, Karini se sentía feliz. Sorprendida, supo que también Dany, su padre, estaba en la plantación, y se alegró mucho de verlo. Tras saludarse con cariño, pasaron mucho rato hablando. ¡Era estupendo regresar a casa! Pensativa, dejó que su mano fuera hasta el colmillo de jaguar que colgaba de una cadena en su cuello. Se lo acababa de regalar su padre.

—Te protegeré —dijo, solemne, mientras le sonreía con cariño—. Ya sabes que puedes venir a verme siempre que quieras —añadió acariciándole la mejilla.

Karini lo echaba mucho de menos, pero sabía que en las próximas semanas no tendría tiempo. Misi Gesine le daría trabajo de sobra.

La joven escuchaba la respiración tranquila de su padre. También los sonidos nocturnos, el canto de los insectos y el rumor del viento en los árboles que rodeaban el poblado llegaban suavemente a sus oídos. El fuego chisporroteaba en el hogar, y el humo que flotaba por la cabaña para mantener alejados a los mosquitos la envolvía.

Sus pensamientos volaron hacia masra Henry y masra Martin. Misi Juliette había dejado a masra Martin en Paramaribo muy a disgusto, precisamente porque su padre había anunciado que deseaba verlo con más frecuencia. Ella había sugerido contratar nuevamente a Paul Rust como preceptor, pero Jean descartó la idea. A masra Martin le alegró mucho esa decisión, pero puso los ojos en blanco, nervioso, cuando Misi Juliette le pidió repetidamente que se cuidara. ¿Tendría miedo de que su padre pudiera hacerle daño?

Karini había observado un cambio positivo en masra Martin. Ya no estaba tan malhumorado como en los meses anteriores a la llegada de su padre y, además, su amabilidad hacia ella había aumentado. A veces, incluso se mostraba más que amable, solía decirse la chica.

Desde hacía cierto tiempo se daba cuenta de que los lazos existentes entre ellos desde la infancia habían quedado atrás. También había notado lo mismo en el caso de masra Henry, pues él la trataba de otra manera y la miraba con otros ojos. Eso la preocupaba. Karini siempre había querido a ambos chicos, habían sido como hermanos para ella, y el hecho de que ahora sintiera un hormigueo en la tripa en presencia de ambos la inquietaba, a pesar de que la sensación, en sí, era placentera.

Ya no eran unos niños. A veces, cuando no había nadie cerca, Karini se contemplaba en secreto en el espejo. Había vuelto a crecer, sus pechos y sus caderas se habían redondeado. Su pelo se había alisado un poco y despedía un brillo negro intenso. Su rostro había adquirido rasgos de adulto, pero cada vez se hacía más evidente que no era de origen exclusivamente negro. De pequeña aún poseía la característica nariz chata, pero con el paso del tiempo se había levantado y estrechado. Tampoco era ya mofletuda, sus pómulos conferían delgadez a su rostro.

Se dio de nuevo la vuelta en su hamaca con un suspiro. Ahora sería mejor dormir. El equipaje de Misi Gesine llegaría seguramente al día siguiente, y deshacer las

maletas le costaría horas.

Karini fue arrancada del sueño en plena noche por unos ruidosos alaridos. En un primer momento no supo bien dónde estaba. Después notó en su piel el entramado de la hamaca.

Al instante supo quién profería esos gritos: ¡misi Gesine! La muchacha saltó de la hamaca y salió deprisa de la cabaña en dirección al lugar del que procedían los gritos. Era noche cerrada, pero ella se orientaba bien en ese poblado, incluso a oscuras.

Misi Gesine, ataviada con la bata blanca de misi Juliette, estaba entre dos cabañas como una aparición fantasmal, gritando con toda su alma. A su alrededor brillaban numerosos pares de ojos blancos. Los habitantes de las cabañas cercanas también habían salido, pero misi Gesine asestaba golpes a su alrededor, rechazando con vehemencia a todas las personas que en realidad deseaban ayudarla.

—¡Misi Gesine, misi Gesine, soy yo, Karini! —La joven se abrió paso entre la gente.

—Marchaos..., fuera... —Misi Gesine, histérica, giraba en círculos.

—¡Misi Gesine! —Karini tuvo que gritar de verdad para que la oyera.

—Ay..., ay..., qué bien que estés aquí... Esos ojos..., y no se los ve... ¡Socorro, querían agarrarme!

—No, quieren ayudarla —replicó Karini con decisión intentando reprimir una risa divertida. Ella misma percibió el tono desabrido de su voz y añadió con más delicadeza—: ¿Qué está haciendo aquí?

Pero la misi no contestó, sino que miró a su alrededor fuera de sí. Karini vaciló un momento, luego tomó a la mujer del brazo para intentar tranquilizarla. Sabía que era un gesto algo inaudito y confió en que misi Gesine no se enfadaría, pero... es que se estaba comportando como una loca.

Los otros negros reían y bromeaban en *taki-taki*.

Karini, echando chispas, les dijo que se largaran. Un hombre le dio un golpecito en el hombro y dijo:

—Karini, *kis 'yu blo*, no te enfades.

Y a continuación, los habitantes del poblado regresaron, regocijados, a sus cabañas.

—Misi Gesine, venga, la conduciré de vuelta a la casa de invitados. ¿Qué pretendía hacer aquí?

—Fantasmas, esto está lleno de fantasmas... —Se aferró al brazo de la chica y dejó que la acompañara.

En el pasillo, Karini encendió una pequeña lámpara de aceite. A la luz de la lamparita, el rostro de misi Gesine se relajó un poco, pero se detuvo, rígida, delante de la puerta de su habitación.

—No, no volveré a entrar ahí nunca más.

—¿Es que la habitación no es de su agrado? —preguntó Karini, sorprendida.

—No... Sí... Es que... había algo en la pared —susurró la mujer—, un monstruo. A Karini le costó contener la risa.

—Iré a ver.

Cruzó el umbral de la puerta y alumbró la habitación. Justo al lado de la ventana, en una esquina, encontró lo que buscaba. Una araña negra grande se encogía en el rincón, como si tuviera miedo. «Lo de los blancos con las arañas es parecido a lo que les sucede con los negros», se dijo. Los blancos les tenían miedo, a pesar de que las arañas y los negros eran inofensivos. Karini sabía que en Surinam esas arañas eran unos animales domésticos muy apreciados, pues atrapaban y devoraban toda clase de bichos, sobre todo las grandes cucarachas que allí abundaban. Ella misma había presenciado cómo las amas de llaves negras de la ciudad, en ausencia de sus señores, colocaban deliberadamente arañas en las habitaciones con ese fin. Los niños pequeños vendían por la calle esos animales, sacándolos de cestitas de mimbre. Pero, ay, en cuanto un blanco veía una de esas ayudantes domésticas, empezaba a gritar. Karini soltó una risita.

—Anda, ven aquí, monstruo —dijo en voz baja.

Con mucho cuidado, cogió a la araña y salió al pasillo, ocultando la mano detrás de la espalda. Era mucho mejor que la misi no viera ahora al arácnido.

—Todo en orden, misi Gesine, el animal ya se ha ido.

La mujer escudriñó con cautela la estancia a la luz de la lámpara de aceite.

—¿Estás segura?

—Sí, misi.

—¿Te importaría...? —La misi vaciló, no le resultaba fácil decirlo—. No me encuentro muy bien tan sola en esta casa. ¿No podrías quedarte aquí esta noche?

—Sí, misi Gesine, con mucho gusto. Iré a cerrar la puerta. Por favor, sostenga la lámpara, volveré enseguida.

Karini le entregó la lámpara a la mujer y se acercó deprisa a la puerta de entrada de la casa de invitados. Tras depositar en el suelo a la araña, ésta se apresuró a ponerse a cubierto debajo de un arbusto.

Karini regresó a la habitación de misi Gesine, sacó una manta del armario y se tumbó en el suelo de madera, que desprendía un agradable frescor y un ligero aroma a naranjas.

—Todo en orden, misi Gesine. Ahora ya puede dormir tranquila, estoy aquí.

CAPÍTULO 7

Wim estaba sentado en el porche de la casa de la plantación Watervreede intentando pergeñar unas notas sobre la jornada a la luz de una lámpara de aceite. Por desgracia, le temblaba tanto la mano que apenas acertaba a escribir.

En las últimas horas había practicado un trabajo físico más duro que en toda su vida. Estaba deslomado, pero se sentía muy feliz. Apartó papel y pluma, se reclinó en su silla y observó el río.

Tras el emocionado saludo de Hestia, se habían encaminado a la casa. A primera vista todo parecía desconsolador: un frondoso verdor por doquier. Hasta la casa de la plantación estaba cubierta por plantas trepadoras por los cuatro costados. Mientras recorrían el pequeño sendero que rodeaba el edificio, unos monitos huyeron a la desbandada. Los pájaros aleteaban ruidosos, y Wim no quiso fijarse en todo lo que se deslizaba deprisa por el suelo. Se alegraba de calzar botas altas y fuertes, pues el peligro de mordedura parecía considerable.

Hestia intentó disculparse.

—Masra Thijs, lo hice lo mejor que pude, pero desde la muerte de mi marido...

—Está bien —Thijs tranquilizó a la mujer—. No esperaba que quedara nada en pie. Y en cambio —atisbó a su alrededor—, no está tan mal.

A continuación entraron en la casa. Wim comprobó aliviado que el interior tenía mejor pinta que el exterior. Thijs acarició con cuidado cada uno de los muebles que quedaban, mientras Wim y Sarina miraban indecisos a su alrededor.

—Mis padres dejaron aquí todo lo que no pudieron vender. Me asombra que se hayan conservado tantas cosas.

—Oh, masra Thijs, Achill siempre se mantuvo ojo avizor y expulsó a los posibles ladrones.

—¿Cuándo...? ¿Desde cuándo falta tu marido?... —preguntó Thijs en voz baja.

Hestia bajó la vista y arañó el suelo con su bastón.

—Hace ya cinco años.

—¿Y desde entonces estás aquí completamente sola? —inquirió él, sorprendido.

A Wim también le costaba creerlo. ¿Cómo había podido salir adelante durante esos años esa mujer anciana y frágil?

—Hestia, ¿querrías enseñarle a Sarina la cocina? Espero que queden todavía algunos cacharros, hemos traído provisiones. Sarina, por favor, ¿podrías echarle una mano a Hestia?

La aludida asintió con una inclinación de la cabeza, tomó del brazo a la anciana para ayudarla y ésta se puso en camino apoyada en el bastón.

Después de que ambas mujeres hubieron desaparecido por la parte trasera de la

casa, Thijs miró a Wim animándolo.

—¿Echamos un vistazo arriba?

Wim aceptó encantado y lo siguió por la escalera. En el piso superior miró a su alrededor, asombrado. Las habitaciones parecían haber sido abandonadas por sus moradores el día anterior. Las camas seguían en las estancias, cubiertas con sábanas blancas, y sobre los pequeños lavabos reposaban aún las jofainas para asearse. Sólo en las ventanas las ubicuas plantas trepadoras habían intentado abrirse paso por los marcos con gasa tensada. Habían cortado las ramas más gruesas, pero ahora brotes delgados de metros de longitud recorrían las paredes.

Thijs se mostró muy conmovido.

—Es evidente que Hestia se ha esforzado al máximo para conservar todo esto. Pero en los últimos tiempos —cortó el brote de una planta— no debe de haber sido capaz de recorrer el fatigoso camino hasta aquí arriba.

—Yo esperaba algo mucho peor. —Wim retiró la sábana de la cama—. Esto está infinitamente más limpio que la casa del tal Beldur.

Habían decidido hacerse una rápida idea de la plantación y después, antes de que oscureciera, proteger contra los mosquitos las ventanas de las habitaciones del primer piso que necesitaban para pasar la noche.

Detrás del edificio principal se ubicaba el patio de trabajo. A la derecha, una pequeña casa para invitados cuyo tejado había sido roído por los dientes del tiempo; a la izquierda, un pequeño edificio para la cocina, en el que un ligero chacoloteo revelaba que Sarina y Hestia estaban trabajando. La cocina aún tenía buen aspecto y estaba protegida por un fuerte techo de palma. Delante de la casita, algunos objetos de uso cotidiano permitían deducir que Hestia se había instalado allí para vivir.

Antaño el huerto había ocupado el centro del patio, los arbustos y árboles todavía daban fruto, pero no estaban podados y se habían desarrollado mucho. Detrás del patio se extendía un edificio largo, con una entrada grande en forma de arco en el centro.

—Ésas eran las cuadras, y detrás de ellas se encontraba el poblado de los esclavos.

Thijs caminó despacio hacia el arco. Allí debía de haber arrancado un ancho camino, ahora cubierto de matorrales bajos. Un sendero estrecho conducía fuera del patio.

El antiguo poblado de los esclavos estaba en ruinas. Las cabañas se habían desplomado, sólo se mantenían en pie unos cuantos muros, y por todas partes predominaba un verdor impenetrable.

Wim miró, preocupado, a su alrededor. Cuando llegasen los trabajadores tendrían que vivir allí, pero en esas condiciones era imposible.

—Los obreros tendrán que comenzar por aquí antes que por cualquier otro lugar

—comentó, inquieto.

—Sí, pero las cabañas son de construcción muy sencilla y se arreglarán sin problemas. —Thijs sacudió un poste que antaño había flanqueado la entrada de una cabaña.

Wim se había fijado en el estrecho sendero que se adentraba en el verdor. A ambos lados se distinguían muchas más cabañas.

—¿Cuántas personas vivían aquí antes?

—En los buenos tiempos, la plantación llegó a albergar hasta trescientos esclavos.

Wim creyó percibir dolor en la voz de su amigo, pero éste se encogió de hombros.

—De momento no nos harán falta tantos, aunque tenemos que proporcionar alojamiento al menos a cincuenta.

Regresaron en silencio a la casa de la plantación y encontraron a Sarina junto a la cocina, donde había colocado dos bancos y una mesa. Mientras la casa de la plantación no fuera utilizable, ese lugar se convertiría en el comedor.

—Masra Thijs, masra Wim, la comida estará lista enseguida.

Wim sonrió satisfecho al recordar lo que se había alegrado de tomar al fin una comida de verdad. Las provisiones que Kiri había preparado para el viaje se habían agotado horas antes. El estómago de Wim soltó unos ruidosos gruñidos cuando Sarina colocó sobre la mesa una cazuela de sopa humeante.

Wim se detuvo y dejó caer el papel en su regazo. Vio a Sarina y a Hestia ponerse en cuclillas con sus platos a la entrada de la cocina. Pero eso lo irritó y se vio obligado a intervenir. Tras una breve vacilación inicial, golpeó con la mano el banco de madera a su lado.

—Vamos, sentaos con nosotros. Hestia, precisamente tú no deberías sentarte en el suelo.

Se alegraba de haber hecho esa invitación, aunque eso había supuesto romper la etiqueta por lo visto irrevocable de ese país. Thijs lo miró visiblemente asombrado, pero después asintió. Tras oír esas palabras, ambas mujeres se sentaron a la mesa, aunque con cierto titubeo.

—¿Qué es de tus hijos, Hestia? ¿Te visitan a veces? —inquirió Thijs por fin.

—¡Oh, sí, masra! —Una sonrisa afloró al rostro de la antigua esclava, y sus ancianos ojos relucieron—. Deká está casada en una plantación junto al río Para. Y Pente trabaja en los campos auríferos. Vienen dos veces al año —informó vehemente.

—¿Dos veces al año? ¿Acaso no te ha ayudado nadie durante todo este tiempo?

Wim esperó la respuesta, expectante, pero Hestia vacilaba. Finalmente, negó con la cabeza.

—Bueno, sí, a veces vienen negros cimarrones que plantean trueques —explicó despacio la mujer—. Yo cambio si ellos ayudan un poco... y... Masra, por favor, no te enfades... —Era obvio que le costaba denodados esfuerzos traducir sus pensamientos a palabras, pero después añadió en voz baja—: Hay un vagabundo que también ha echado una mano en los últimos meses a cambio de un poco de harina y

unas tortitas.

Wim contempló a la anciana, atónito, pero la expresión de ésta no revelaba ni un ápice de temor. Thijs, evidentemente, había pensado lo mismo que él.

—¿Un vagabundo? Hestia, ¿no temes a ese tipo de gente?

La vieja se limitó a encogerse de hombros y a negar con la cabeza.

—Aquí ya no hay nada que llevarse, masra, y... la tierra está como muerta, por aquí pasa muy poca gente.

Después de comer, Thijs buscó herramientas en el viejo granero y regresó con dos grandes machetes. Entregó uno de ellos a Wim, no sin antes advertirle con una sonrisa sardónica:

—Ten cuidado de no clavártelo en la pierna.

Wim sopesó el machete en la mano y su peso lo asombró. Pesaba, pero se manejaba bien si se blandía con ímpetu. Ambos hombres comenzaron inmediatamente a liberar las ventanas del piso superior. Atacaron sin piedad las plantas trepadoras y arrojaron al exterior todas las ramas. Apenas despejaron las primeras ventanas, Sarina se presentó con un rollo de gasa nueva bajo el brazo.

—Masra Thijs, aún había en el almacén.

—Gracias, Sarina, con eso volveremos a cubrir las ventanas.

»Esa mujer piensa, no tiene un pelo de tonta —comentó Thijs después de que Sarina se hubo marchado—. Creo que nos servirá de gran ayuda.

Wim se había dado cuenta de que Thijs solía observar a Sarina, con una mirada de ternura que Wim conocía de sobra por Hendrik. Hendrik... Sintió una profunda nostalgia, como siempre que lo recordaba, aunque ciertamente evitaba pensar en él lo mejor que podía. Además, para entonces, la distancia espiritual con los Países Bajos se había hecho tan grande como la real. Sus hermanas, la empresa y su futuro en la patria, todo eso se había alejado muchísimo. Sin embargo, en su interior una voz le susurraba que aquello no era más que una estancia temporal, que tarde o temprano tendría que enfrentarse a lo demás. La idea de embarcarse con Gesine para reanudar su vida en los Países Bajos lo aterraba.

Así que Wim se concentró en la hoja brillante del machete, en cada músculo que utilizaba, intentando silenciar los pensamientos que bullían en su cabeza. Golpe a golpe, gota a gota de sudor, se esforzó por sacudirse de encima su antigua existencia.

Cuando taparon todas las ventanas de tres habitaciones para protegerlas del enjambre de insectos nocturnos, Sarina entró con sábanas limpias en el brazo y un cubo de agua en la mano.

—Voy a limpiar las habitaciones de arriba, masra Thijs.

Él se limitó a asentir, muy satisfecho.

Ahora Wim, sentado en el porche, pasaba sus dedos casi con ternura por su libro de notas. Le encantaba volver a escribir. Algo personal, no impuesto. También ahí

comenzaba un nuevo capítulo de su vida.

La primera noche en Watervreede resultó sorprendentemente grata. Las camas eran blandas y cómodas y, sobre todo, estaban limpias. Wim cayó de prisa en un sueño profundo y reparador.

A la mañana siguiente le dolían los brazos y las manos por el desacostumbrado manejo del machete pero, tras un buen desayuno, el trabajo físico volvió a apetecerle, y emprendió la lucha contra la naturaleza en compañía de Thijs con renovados bríos.

En la planta inferior, las ventanas no estaban tan cubiertas de maleza. Era evidente que habían intentado contener a las plantas trepadoras.

Más tarde, mientras trabajaban en el porche delantero, Wim se dio cuenta de que Thijs vacilaba. Dejó que su vista vagara por las espléndidas plantas y se detuvo también unos instantes.

A Wim no le interesaban mucho las flores, pero incluso a él le costaría cortar con el cuchillo las maravillosas orquídeas florecidas que colgaban del techo.

—Da un poco de pena cortar todo esto, ¿no crees? —dijo, y comprobó, aliviado, que Thijs asentía a su pregunta.

Así pues, se concentraron en liberar el suelo del porche y la barandilla de la escalera. A continuación trabajaron despacio alrededor de la casa. La tarde transcurrió rápidamente, y pronto Sarina los llamó para cenar.

Después de la cena, Thijs sacó de casa unas sillas y una mesa y las colocó en el porche. El sol se inclinaba despacio sobre las copas de los árboles, sumergiendo el río en una cálida luz rojiza. Las exuberantes orquídeas del techo del porche exhalaban un aroma dulzón.

—¿Desean los masras que les traiga algo de beber? —Sarina apareció al pie de la escalera del porche.

Su cabello negro azulado y su sari de colores que se amoldaba a su cuerpo no le iban a la zaga al esplendor de las orquídeas.

—Sí, gracias —Thijs asintió, y también Wim.

Cuando la india se alejaba hacia la cocina, Thijs se inclinó hacia Wim.

—¿No te parece una mujer bellísima?

Sí, Wim le dio la razón. Sarina era una criatura muy atractiva.

Nadie imaginaba que otro par de ojos observaban a Sarina camino de la cocina.

El *vagabundo* se ocultaba en la casa de invitados en ruinas. Le disgustaba que hubieran llegado unos blancos para instalar allí su morada, según todos los indicios. Al fin y al cabo, durante los últimos meses había vivido cómodamente allí. La vieja negra le había dado comida a cambio de podar algunas plantas.

Él no había podido regresar con su gente. El ultraje de la fuga de su mujer y, para

colmo, el hecho de haber herido... No, eso no habría terminado bien. Sin embargo, ahora, al contemplar con más atención a la mujer en la casa de la plantación, sintió el aguijón de la vieja cólera. No había duda: era la esposa de Kadir.

CAPÍTULO 8

Inika sabía que su madre tenía razón: tarde o temprano tendrían que vivir sin la ayuda de misi Erika o de misi Juliette, y para ello necesitarían ganarse el sustento. Eso era imposible mientras estuviera metida en una habitación, ofuscada por el miedo a que su marido llegara a encontrarla. No, tenía que vencer su miedo y salir. Así que, haciendo acopio de todo su valor, se ofreció para hacer pequeños recados o acompañar a los niños a la escuela de la misión. Las primeras veces notó un profundo malestar, se sintió continuamente espiada y seguida. No paró de temblar por puro nerviosismo, pero después respiró hondo. «Está muerto», se repetía en voz alta, intentando ignorar las voces en su cabeza que susurraban, obstinadas: «Tal vez sí, tal vez no; tú no puedes saberlo». Poco a poco lo fue consiguiendo y se fue desembarazando del miedo hasta llegar incluso a disfrutar de esos pequeños trayectos.

Una tarde estaba sentada con los niños delante de la casa. Misi Minou les había llevado una cesta llena de mangos y ahora comían *bobi*. La primera vez Inika se sobresaltó, tímida, cuando un niño de unos diez años se lo pidió a misi Minou. La muchacha india sabía que entre los negros *bobi* era la palabra que designaba el pecho femenino, pero misi Minou se lo explicó entre risas: «*Bobi* también es un modo muy especial de comer mangos. ¡Él no quiere comer un pecho, quiere comerse un mango!».

Luego los niños e Inika hicieron rodar los mangos por el suelo, golpeándolos hasta que la carne de su interior quedó reducida a una papilla jugosa. A continuación eliminaron un trozo de cáscara con un mordisquito y absorbieron la pulpa. Eso requería cierta práctica, y los niños rieron cuando el jugo goteó por la boca de Inika por haber hecho en la cáscara un agujero demasiado grande. La joven disfrutaba del momento, contenta y despreocupada. Ella rió también, y se estaba limpiando la barbilla cuando vio acercarse un carruaje. Dentro iba misi Erika. Había ido a la ciudad para hacer unas gestiones, pero su apresurado regreso la sorprendió. Cuando el coche se detuvo, Inika se levantó de un salto y abrió la portezuela. Se percató en el acto de la palidez que cubría el rostro de misi Erika.

—¿Está usted bien, misi? —preguntó, pero en ese momento misi Erika se tambaleó y cayó en sus brazos. La chica la sujetó y llamó a gritos a misi Minou—: ¡Misi Minou, deprisa, deprisa!

La misi salió de la casa. Inika vio que dejaba caer el paño que llevaba en la mano y corría hacia ellas.

—¡Madre mía! ¿Qué ha sucedido? —Ayudó a Inika a sujetar a misi Erika, que yacía desmadejada en sus brazos.

—¡Misi Erika! ¡Misi Erika!

Pero misi Erika no reaccionaba.

—Tenemos que meterla en casa —dijo misi Minou.

Su voz denotaba preocupación. Trasladaron a misi Erika a la casa y la acostaron en el diván que estaba a la izquierda de la puerta en una pequeña estancia donde solían recibir a los escasos visitantes.

—Deprisa, Inika, trae un vaso de agua y di a Bogo que corra a buscar al doctor Rickmers.

Inika salió corriendo. Se preguntó si era buena idea enviar precisamente a Bogo, que no hablaba. Pero para entonces muchos habitantes del barrio lo conocían, y el doctor Rickmers entendería enseguida lo que quería decirle.

Inika encontró en la cocina al chico, que se levantó de un brinco y salió disparado. Ella llenó un vaso de agua fresca, humedeció un paño de lino y regresó al cuartito de las visitas.

Misi Erika estaba abriendo los ojos, parpadeando.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Se ha desmayado usted, misi Erika. Vamos, tome un sorbo de agua. —Misi Minou sujetó a misi Erika y le ofreció el vaso.

Inika las miraba preocupada.

—He mandado avisar al doctor Rickmers, quédese tumbada.

—Bah, ya me encuentro mejor, esto no es necesario...

Misi Erika intentó levantarse, pero inmediatamente sufrió un fuerte temblor. A Inika los minutos transcurridos hasta la llegada del doctor Rickmers le parecieron una eternidad. Pero por fin éste entró por la puerta de la calle sin aliento y con la cara muy colorada.

—¡Aquí! —llamó misi Minou—. Estamos aquí.

—He venido tan deprisa como he podido —jadeó el médico.

Inika observó su sobresalto al ver a misi Erika. Ella sabía que la misi y el médico se conocían desde hacía mucho. Además, él era siempre muy amable y se ocupaba de los niños del hogar, lo que no era muy habitual en un médico blanco, bien lo sabía ella.

—¿Cómo se encuentra, mevrouw Bergmann? —preguntó con suavidad.

—Mareada. —Misi Erika se tocó la frente. Tenía la cara muy pálida y sus labios parecían exangües.

—Tengo que reconocer a la paciente. Si son tan amables... —pidió el doctor Rickmers señalando la puerta.

—Por supuesto. Acompáñame, Inika.

La chica siguió a misi Minou fuera de la estancia, caminando lentamente. En el pasillo misi Minou se detuvo con los hombros caídos y mirada triste. También Inika

estaba muy preocupada. Nunca había visto así a misi Erika. Confiaban en que no fuera nada grave.

El doctor Rickmers no tardó mucho en reconocerla. Salió de la habitación de las visitas con expresión preocupada.

—Mevrouw Bergmann tiene una fiebre muy alta. Creo que es malaria. Tiene que cuidarse, y lo mejor sería que abandonara la ciudad durante una temporada para reponerse con calma.

—Gracias —respondió misi Minou con voz ronca—. Avisaré enseguida a su hija Hanni, que trabaja en una misión del río Para.

El médico asintió y, tras despedirse, abandonó la casa.

—Inika, deberíamos llevar a misi Erika a su habitación del piso de arriba, allí podrá descansar.

—Lo prepararé todo. Bogo nos ayudará a subirla.

Inika estaba muy preocupada: a misi Erika se la veía muy débil. Cuando se quedó acostada en su cama, se durmió en el acto.

En los días siguientes, el estado de misi Erika no mejoró. También a misi Minou la invadía la preocupación y la inquietud. Habían avisado a la hija de la misi, pero transcurrirían días, si no semanas, hasta que misi Hanni se presentara en la ciudad o enviara respuesta. Ignoraban el paradero exacto de masra Reiner: el hijo de misi Erika estaba en algún lugar de la selva con los oayanas. Pero allí no llegaría noticia alguna.

El doctor Rickmers le hacía una visita diaria a misi Erika, y cada día que pasaba abandonaba más pensativo la habitación. Inika se esforzaba mucho por atender a la misi, le llevaba cada hora agua y paños fríos y se sentaba a su lado. Pero misi Erika casi nunca abría los ojos y, cuando lo hacía, no estaba en sus cabales, sino que fantaseaba y, a veces, incluso asestaba golpes a su alrededor. Inika estaba muy afectada. Misi Erika siempre se había ocupado de ella. Ahora era ella la que necesitaba ayuda, pero Inika se sentía desvalida.

—¿No podemos hacer nada por ella? —preguntaba constantemente a misi Minou, pero ésta se limitaba a negar con la cabeza.

—Tenemos que esperar.

Al cabo de una semana, el estado de misi Erika seguía igual, y el doctor Rickmers solicitó hablar con misi Minou. Cuando ésta entró en la cocina, levantó los brazos desconcertada.

—El doctor dice que tenemos que sacar de prisa de la ciudad a misi Erika: necesita un clima mejor. De lo contrario... —Bajó la vista, conmocionada, y dejó caer los brazos.

Inika notó que se le formaba un nudo en la garganta. También Bogo parecía tenso. No, eso era inimaginable, tenían que hacer algo sin tardanza. Pero ¿adónde podía ir misi Erika? A Inika se le había ocurrido una solución, pues conocía a una familia que residía en el interior. En las plantaciones, el clima era mucho mejor que en la ciudad, eso lo sabía incluso ella.

—No sé, la verdad... Pero ¿y si la lleváramos con misi Juliette?

Misi Minou suspiró.

—Ya lo he pensado. Pero no podemos sorprender a misi Juliette llevándole a misi Erika enferma.

Inika no opinaba lo mismo.

—¡Sí! Misi Erika es amiga suya, la acogerá. Y lo entenderá, estoy segura —replicó con énfasis. En misi Juliette se podía confiar. Ella ya había echado una mano en situaciones completamente distintas.

Misi Minou pareció pensarlo.

—Sí, tienes razón —contestó al fin—. Pero ¿cómo conseguirá llegar misi Erika a la plantación? —añadió vacilante—. No podemos meterla sin más en una barca, sin acompañamiento, y confiar en que los remeros la trasladen allí.

Los pensamientos cruzaban por la mente de Inika a toda velocidad. Misi Minou tenía razón. El problema no era adónde enviar a la misi, sino cómo hacerlo. Misi Erika no podía hacer sola ese viaje, necesitaba acompañantes. ¿Y si ella misma la acompañaba?... Inika se estremeció. Cuántas veces se había imaginado la escena del regreso a la plantación, pero siempre, tras sopesar todas las posibilidades, había desechado la idea. En cuanto pusiera un pie allí, estaría en peligro, sobre todo si Baramadir vivía. Por otra parte, estaba en juego la vida de misi Erika...

Levantó la cabeza.

—Yo lo haré, misi Minou, Bogo y yo... trasladaremos a misi Erika a Rozenburg —dijo con voz firme.

Misi Minou y Bogo miraron a la chica sorprendidos.

—Pero, Inika, tú no puedes ir a Rozenburg —balbució la misi.

—Claro que puedo. Misi Erika tiene que curarse, eso es lo más importante.

En ese momento se le pasó por la mente una idea que tomó forma rápidamente. Sí, de ese modo podría regresar a la plantación sin correr peligro, sin que los indios volvieran a marginarla.

—Ya se me ocurrirá algo —añadió sonriendo.

CAPÍTULO 9

Julie no tardó en reconocer que había sido un error llevar a Gesine a la plantación, puesto que la vida rural no le gustaba nada y allí se aburría. Julie se esforzaba por entretener a la mujer de su primo, que mostraba un moderado interés por cualquiera de sus ofrecimientos. Julie le había hablado de la vida cotidiana en la plantación y había destacado sus aspectos positivos, pero a Gesine le parecía demasiado monótona. También la había llevado al jardín para explicarle las plantas y enseñarle los espléndidos rosales antiguos. «Es bonito», había dicho Gesine, asestando un manotazo a una mariposa que se había atrevido a acercársele revoloteando poco antes de desaparecer en el interior de la casa. Los intentos de Julie por entusiasmarla con el huerto o los caballos tampoco habían dado resultado.

Ya no sabía qué hacer. Habían transcurrido cuatro semanas desde su llegada a Rozenburg, y Gesine apenas salía de su dormitorio. Cuando lo hacía, era para sentarse en el porche delantero con mirada de tedio y clavar los ojos en el río. Julie esperaba ansiosa la primera visita de Wim a Rozenburg, que quizá ayudaría a su mujer a salir de su letargo.

A Jean, por el contrario, le habría encantado viajar a Watervreede para comprobar los progresos de Wim y Thijs Marwijk. Ya había reunido a un grupo de trabajadores que, en cuanto Marwijk se lo pidiera, viajarían a la otra plantación para echar una mano.

Desde su retorno a Rozenburg, entre Jean y su esposa se habían calmado los ánimos. Al cabo de unos días, a Julie las preocupaciones que la habían asaltado en la ciudad le parecían ya muy lejanas. En la plantación la vida transcurría, pese a todo, por los cauces habituales. Pero a veces, el miedo a un cambio repentino se apoderaba de Julie. Entonces pensaba en Martin, en Pieter y en lo que sería de Rozenburg si en Watervreede se ponía en marcha el molino de azúcar. Seguro que entonces la vida ya no sería tan apacible. Y más de una vez se preguntaba si Martin se guiaría por lo que ella y Jean le habían inculcado o por su padre. En esos momentos la incertidumbre pesaba mucho sobre ella.

Tenía la sensación de que había dejado solo a Martin en esa época a buen seguro difícil para él y esperaba con ansia el regreso de los chicos a la plantación. Lo que más le habría gustado era tenerlos allí antes de que Pieter se trasladara a Watervreede. No obstante, suponía que Pieter intentaría aumentar su influencia sobre Martin en la ciudad. Aunque Julie le había dicho a Kiri que no le permitiera demasiadas libertades a Martin, éste contaba casi diecinueve años y ya no consentiría que un ama de llaves negra coartara su libertad. Sobre todo si mantenía contactos con Pieter y éste imponía sus opiniones sobre la relación entre negros y blancos.

Pensativa, dirigió una mirada a Helena. Su hija pequeña se desarrollaba espléndidamente y era siempre una fuente de felicidad para ella. Gateaba con ganas y lo hacía gustosa en compañía de la tortuga. Cuando *Monks* conseguía subir al porche, una vez más por vías inexplicables, la niña chillaba satisfecha al ver a su acorazado amigo, y rodeaban juntos las patas de la mesa y de las sillas. Entretanto Helena comenzaba a levantarse agarrándose a los muebles y ya era capaz de dar unos pasitos titubeantes aferrada a las manos de su madre. El desarrollo de la pequeña había sido mucho más precoz que el de Henry. Éste prefería que lo llevaran antes que intentar erguirse sobre sus piernecitas. El carácter luchador que la pequeña Helena manifestaba en ese ámbito asombraba a Julie y la llenaba de orgullo.

—Hemos de tener cuidado, no sea que se nos escape pronto este escarabajito — comentaba Jean con una sonrisa cariñosa.

Se habían reunido en el porche al atardecer. Gesine ya había subido a su habitación, y Julie disfrutaba de la soledad con su marido y su hija. Jean seguía con visible complacencia los progresos de la niña, y Julie lamentaba una vez más que no hubiera podido comportarse del mismo modo con su hijo.

Los colibríes revoloteaban alrededor de las grandes flores del jardín y el sol sumergía las copas de las palmeras, que se mecían suavemente, en una luz cálida. Jean, amoroso, rodeaba con su brazo los hombros de Julie, y por un instante ambos disfrutaron en silencio de la vista.

—¿Cuánto crees que tardaremos en tener noticias de Wim y Thijs Marwijk? — Julie sabía cuánto lo preocupaba no saber nada todavía de Watervreede. Varias veces había expresado el temor a que el proyecto de Marwijk de recuperar la plantación acabara en fracaso.

—No lo sé... —contestó encogiéndose de hombros.

En ese momento la puerta de la casa que daba al porche se abrió de un empujón.

—Misi, masra, disculpen la molestia, pero... —dijo Karini antes de detenerse, señalando al río— he visto desde la ventana de arriba que se acerca una barca.

—¿Una barca? —preguntó Jean, sorprendido.

—Sí, y parece dirigirse al embarcadero, masra.

Julie se levantó alisándose el vestido.

—¿Quién puede ser? Karini, por favor, llévate a Helena arriba enseguida, tiene que acostarse. ¿Jean?

Su marido se levantó suspirando.

—Veamos de quién se trata. A lo mejor son Wim y Thijs. —Sus palabras coincidían con las suposiciones de Julie.

Ambos se encaminaron al embarcadero, mientras Karini regresaba a la casa con Helena en brazos.

Julie, muerta de curiosidad, intentaba enfocar la vista, pero sólo podía distinguir en la barca remeros negros y otras tres personas, una de las cuales parecía ir tumbada. De pronto la evidencia la atravesó como un rayo.

—¡Dios mío! —Se arremangó la falda y echó a correr—. ¡Deprisa, Jean!

Uno de los remeros estaba amarrando la pequeña barca cuando Julie y Jean llegaron a la pasarela.

—¡Oh, no! ¡Erika! —Julie bajó inmediatamente a la embarcación.

Su amiga yacía inmóvil en la popa sobre unos cojines. Tenía la cara de un color ceniciento, y todo su cuerpo temblaba. Parecía helada, aunque tenía la frente perlada de innumerables gotas de sudor. Julie tomó con cuidado la mano inerte de Erika entre las suyas, pero su amiga no se movió. ¡Era obvio que estaba gravemente enferma! Alzó los ojos buscando una explicación y, sorprendida, reconoció a Inika. ¡Allí, en Rozenburg! Julie tragó saliva. La chica debía de tener buenos motivos para exponerse a semejante peligro.

—Inika, ¿qué ha pasado? —le preguntó en voz baja.

—Misi Erika está muy enferma, misi Juliette, y el médico recomendó sacarla de la ciudad, y nosotras... no sabíamos adónde... —La joven bajó los ojos.

Julie sintió una oleada de ternura.

—Está bien, Inika, habéis hecho lo correcto trayéndola aquí. Jean..., por favor, ayuda a sacarla de la embarcación.

Junto a Jean apareció entonces otro pasajero. Hasta ese momento Julie no lo había descubierto entre los cuatro remeros que aguardaban en el embarcadero, abatidos.

—Ése es Bogo —se apresuró a decir Inika cuando Julie le dirigió una mirada inquisitiva—. Debe de acordarse usted, misi, en su día vino con misi Erika y conmigo. Bogo no puede hablar. Ha ayudado a traer a misi Erika hasta aquí.

Jean miró al muchacho.

—Tenemos que trasladar a Erika a la casa.

Bogo asintió levemente, después cogieron a Erika por debajo de los brazos y, con sumo cuidado, la pusieron de pie.

—¿Dónde...? —preguntó Erika con un ligero gemido.

—Todo va bien, estás en Rozenburg.

Mientras Bogo sujetaba a la misi, Jean trepó a la pasarela y desde allí la sacó de la barca. La trasladó en brazos hasta la orilla mientras Bogo ayudaba a Julie y a Inika a desembarcar. Julie dio las gracias a los remeros por su trabajo y les pidió que marcharan al poblado de los trabajadores para ser atendidos. Después se apresuró a salir en pos de su marido, seguida de cerca por Inika.

Jean trasladó sin demora a Erika a uno de los dormitorios del piso superior. Julie llamó a Liv, y también Karini se presentó inmediatamente.

—Deprisa, traed agua fresca y paños —ordenó Julie, y a continuación corrió escaleras arriba hacia el piso superior, sin darse cuenta de que Inika y Bogo se quedaban inmóviles, sin atreverse a traspasar la puerta de entrada.

Erika ardía; desde luego tenía una fiebre alta y parecía extenuada. Julie la acostó con cuidado sobre las almohadas y, cuando llegó Liv con una palangana llena de agua y unos paños, preparó enseguida unas compresas refrescantes.

Por su mente cruzaron imágenes de su hijastra. La fiebre la había atacado, obligándola a guardar cama durante semanas hasta que finalmente había caído derrotada en la lucha contra esa insidiosa enfermedad tropical. Con dedos temblorosos tomó la mano de Erika y la apretó con ternura. Ahora no quería vivir la misma experiencia con su mejor amiga. La preocupación de Julie aumentó al comprobar que Erika tampoco reaccionaba.

Después de haber atendido a la enferma, Jean volvió a acercarse al lecho y posó la mano suavemente sobre el hombro de su esposa.

Ella lo miró con expresión preocupada.

—Creo que está muy débil.

En los rasgos de Jean se notaba la tensión.

—Voy a llamar a Aniga —informó antes de abandonar la estancia.

Julie esperaba de veras que la curandera negra pudiera ayudar a Erika. Tenía plena confianza en ella, pues conocía un sinfín de remedios, la mayoría de ellos desconocidos para los médicos blancos.

Un poco más tarde entró Aniga. Tras saludar a Julie con una inclinación de la cabeza, se inclinó sobre la paciente. Después de un breve reconocimiento, Aniga dio unas escuetas instrucciones. En esas circunstancias, el hecho de que se las transmitiera a su misi carecía de importancia.

—Agua caliente, taza, paños, un poco de manteca de cerdo y un saco pequeño con bagazo —murmuró sin apartar la vista de Erika.

Julie se esforzó por memorizarlo todo. Pero los dos últimos ingredientes la desconcertaron.

—¿Bagazo y manteca de cerdo?

—Sí, misi, de prisa, por favor.

Julie bajó corriendo al vestíbulo, donde encontró a Liv, a Karini, a Inika y al joven indio. Encargó a Liv que trajera lo que había pedido Aniga. Luego envió a Karini al molino de azúcar a por bagazo, un residuo fibroso del prensado de la caña que se utilizaba como combustible para las grandes calderas en las que se hervía el jugo de azúcar para obtener la melaza.

Julie les recomendó encarecidamente que se apresuraran, y las dos se marcharon corriendo.

—Confío en que Aniga la ayudará —dijo Julie, casi para sí. Después apoyó su mano en el hombro de Inika, que permanecía a su lado un tanto perdida—. Todo se arreglará, niña. ¿Cuánto tiempo lleva enferma?

—Misi Erika comenzó con fiebre muy alta hace diez días... Llamamos enseguida al médico, pero no pudo hacer mucho.

Julie asintió. Conocía lo difícil que les resultaba a los médicos blancos tratar la malaria. Y, sin embargo, tarde o temprano acababa afectando a casi todos los habitantes del Surinam. También Julie había lidiado con ella a menudo. Pero, gracias a Dios, había permanecido a salvo desde el nacimiento de Helena. Esperaba que

Aniga hiciera todo lo posible por ayudar a Erika, al igual que había hecho con otras muchas personas antes.

—Menos mal que la habéis traído aquí.

Julie les estaba verdaderamente agradecida a las jóvenes. Sobre todo porque Inika se había expuesto a un gran peligro. ¿Sería consciente de eso? ¿Qué pasaría si los trabajadores indios...? Julie suspiró. Ahora Inika estaba allí, y ella tendría que resolver la situación de un modo u otro. Pero ¿cómo? Miró a la joven sin saber qué hacer.

—Inika —comenzó a decir con cierta vacilación—, no sé si habrá sido acertada la decisión de haber venido aquí. No tengo ni idea de cómo reaccionará tu gente.

—Misi, yo... Nosotras pensamos que no darán problemas. —Inika avanzó un par de pasos.

Julie no daba crédito. En ese momento reparó en que la chica portaba los signos de una india casada. Se había teñido la raya del pelo y en la frente, entre las cejas, lucía un punto rojo.

—No sabía que... ¿Has vuelto a casarte?

Inika sonrió y tiró de la manga de Bogo para que el joven avanzara, visiblemente avergonzado.

—Sí, Bogo y yo nos hemos casado. Así queda restablecido mi honor, de modo que los demás ya no me harán nada.

Julie estaba sorprendida, aunque no tenía la seguridad de Inika. Aún recordaba la pandilla enfurecida de trabajadores indios exigiendo a las dos mujeres que siguieran a sus maridos a la tumba. La misi decidió actuar con prudencia.

—Liv os dará algo de comer, seguro que tenéis hambre y sed. Y después pernoctaréis en una de las cabañas delanteras del poblado, con los negros. En la cabaña de Dany y Karini. Por lo que sé, Dany ha regresado con su padre al poblado cimarrón, y Karini duerme con misi Gesine en la casa de invitados. Ella os mostrará la cabaña. —Contempló, meditabunda, a Inika. La muchacha había vivido tantas experiencias y parecía tan frágil...—. Pediré a los guardas que no os pierdan de vista. Si surge el menor problema en el poblado, acudid inmediatamente a la casa de la plantación. Aunque sea en plena noche, ¿entendido? —concluyó con tono firme.

—Sí, misi. Gracias, misi. —Inika bajó la vista.

Karini y Liv trajeron los ingredientes que había pedido Aniga, y Julie y Liv los subieron inmediatamente al lecho de enferma de Erika.

—Gracias, misi. Y ahora márchese, misi, yo la llamaré cuando acabe —le aconsejó Aniga.

Julie intentó protestar, pero luego siguió a Liv abajo, donde le ordenó dar de comer y de beber a Inika y a su marido.

—Y después, por favor, lleva una garrafa de *dram* al salón. Ah, Karini, me gustaría que Inika y su marido durmieran en vuestra cabaña.

Vio que los ojos de Karini se agrandaban de espanto, pues la sugerencia no

parecía agradecerle. Sin embargo, a Julie no le importaba el humor de Karini, ya que creía más importante proteger a los recién casados.

—Si ocurre algo, o si llama Aniga..., estaré en el salón —añadió, concisa.

Julie se desplomó en un sillón, agotada. Miró al infinito y sólo se percató de la presencia de Jean cuando lo tuvo justo a su lado.

—¿Qué tal está Erika?

—Aniga se encarga. Por el momento no podemos hacer nada más.

—Está en las mejores manos —afirmó Jean.

Liv llevó el *dram* al salón y Julie no esperó a que el ama de llaves negra cogiera la garrafa, sino que se sirvió a sí misma y a su marido. Tras vaciar el vaso de un trago, respiró hondo. El aguardiente le quemaba la garganta.

—Ay, Jean..., ojalá no la perdamos —susurró con voz ronca.

Transcurrieron casi tres horas hasta que Liv llamó a Julie por encargo de Aniga. Cuando ésta entró en la habitación de Erika, llegó a su nariz el aroma especiado de hierbas medicinales y vestigios de manteca de cerdo y caña de azúcar.

—Misi Juliette, he preparado un té para la misi, debe tomar un sorbito cada hora. He hecho a la misi una envoltura corporal con bagazo y manteca, debe conservarla hasta mañana temprano, después hay que lavarla con agua fría y volver a abrirla. Mañana temprano volveré. Ahora las misis deben dormir para recuperar fuerzas.

—Gracias, Aniga, de veras.

Julie se alegró de que esa mujer viviera en su plantación.

CAPÍTULO 10

—Bien, ahora podemos ir pensando en traer a los trabajadores.

Thijs, satisfecho, puso los brazos en jarras y contempló la tarea diaria terminada. Wim se situó a su lado. Estaba de acuerdo con él.

Habían pasado las cuatro últimas semanas recuperando la plantación en la medida de lo posible. Habían despejado caminos, liberado cabañas de la vegetación, eliminado todos los daños en la casa de la plantación e incluso colocado algunas ripias nuevas en el tejado.

Por la mañana se levantaban con los primeros chillidos de los monos aulladores y por la noche se acostaban al ponerse el sol. A Wim lo sorprendían todos los días sus habilidades, pues jamás habría sospechado que tuviera destrezas artesanales. Al principio había pasado días sin poder levantar los brazos, y se hacía numerosos cardenales y rasguños que por la noche Sarina trataba con ungüentos curativos. Pero para entonces se había acostumbrado al trabajo, tenía la piel bronceada y sus músculos se habían endurecido. Y se sentía bien. Valoraba mucho más el resultado del trabajo vespertino que había llevado a cabo con sus manos que el balance de pérdidas y ganancias que tenía que revisar todas las noches en los Países Bajos.

Al final preparó cinco de las cabañas de trabajadores y la casa de invitados. Cortó lianas, retiró la basura y las palmas podridas que servían de techo. De los nuevos techos tendrían que encargarse los propios trabajadores; pronto llegarían veinte de Rozenburg. Al principio, Wim se mostró escéptico, pero Thijs le aseguró que para esos veinte hombres no precisarían más de medio día. En la casa de invitados, por el contrario, los daños eran muy considerables. La mitad del tejado se había hundido, y Thijs y Wim habían arrojado los restos desde las ventanas superiores. Los muebles rotos y todo tipo de desperdicios fueron incrementando poco a poco el montón situado delante de la casa. Ahora todo estaba listo para comenzar la reconstrucción, una tarea de la que se encargarían los trabajadores tras haber terminado sus propias cabañas y antes de acondicionar las zonas productivas de la plantación.

Antes de partir hacia el interior, Wim y Thijs habían discutido con Jean las cuestiones más importantes, preparándolas a conciencia. Thijs había redactado diferentes escritos que Pieter Brick debía despachar en cuanto recibiera la orden. Unos eran instrucciones al banco neerlandés de Thijs para que remitiera más recursos financieros al Surinam, lo que, debido a la enorme distancia, exigiría tiempo. Otros se referían al pedido de la máquina de vapor que debían enviar desde Cuba. Pocos días antes Thijs había enviado a la ciudad una carta dirigida a Pieter Brick por mediación de un comerciante ambulante del río.

No obstante, la máquina de vapor preocupaba a Wim y a Thijs. Este último había

conocido en los Países Bajos a un hombre que suministraba máquinas procedentes de las plantaciones abandonadas en Cuba. En ese país se desató durante años una lucha encarnizada de los esclavos rebeldes contra la potencia colonial española. Antes de la guerra, los centros de producción cubanos eran mucho más modernos que los de cualquier otra colonia azucarera, pero la guerra hundió la economía. Una máquina de vapor capaz de funcionar, adecuada para mover los rodillos de presión, se conseguía más deprisa y a mucho mejor precio a través de intermediarios que encargando una máquina nueva en Inglaterra. Así que Thijs y Wim optaron por esta vía. Sin embargo, no tenían la certeza de que la máquina llegara de verdad al Surinam, debido a la situación reinante.

En un principio, el montaje de la máquina de vapor no era prioritario, se tranquilizó Wim. Antes había que poner en marcha el resto de la plantación y, sobre todo, cultivar los campos. A continuación, la primera cosecha de caña de azúcar podría recolectarse como muy pronto entre doce y catorce meses después. El plazo, como es natural, era dilatado, pero Thijs proyectaba ofrecer primero prensados de pago a otras plantaciones. No obstante, aún no había conseguido establecer los contactos necesarios, porque todas las plantaciones, salvo Rozenburg, estaban tan lejos que primero había que preocuparse del transporte de la caña de azúcar. Wim suspiró. En conjunto, la empresa era muy incierta. Pero Thijs rebosaba confianza y espíritu emprendedor, de manera que Wim tenía que confiar forzosamente en que el proyecto triunfaría.

Miró satisfecho a su alrededor. Pensó con alegría en su cuaderno de notas, cuyas páginas iban llenándose poco a poco. La escritura nocturna se había convertido en un sólido componente de su vida y lo complacía mucho. Había redactado un primer informe muy extenso sobre la puesta en marcha de la plantación, del que se sentía muy satisfecho. Pero ¿resistiría los ojos críticos de su suegro? En caso afirmativo, ¿pronto leerían esas líneas suyas en los Países Bajos! Wim quería despachar el informe aprovechando el viaje a Rozenburg, que ya era inminente.

Baramadir abandonó la casa de invitados para retirarse a su escondrijo en el bosque. El peligro de que lo descubrieran los hombres blancos o Sarina era demasiado grande, y no podía seguir merodeando por la plantación. No obstante, había mantenido los oídos alertas. Sarina había sido muy locuaz con la mujer negra, y así se había enterado de que había estado viviendo con su hija en la ciudad. Eso reavivó su rabia. Mientras él había tenido que abrirse paso, herido, por esa horrible selva y había estado a punto de morir, ¿esas dos se habían dado a la buena vida durante meses!

Baramadir no se había atrevido a regresar a Rozenburg. El asesinato de Kadir no habría sido castigado por los demás indios; al fin y al cabo, Kadir le había entregado por esposa a esa chica antojadiza. Pero sospechaba que los blancos no lo juzgarían igual. Y conocía muy bien el destino que amenazaba a Inika si los demás creían que

estaba muerto... No obstante, era obvio que ese plan tampoco había salido bien. ¿Por qué la tal Sarina no había sido entregada al fuego con su marido muerto? Y la pequeña y traicionera Inika... Oh, ya sabía lo que le haría cuando cayera en sus manos. Inika lo había ridiculizado y engañado. ¡Una mujer no abandonaba a su marido sin sufrir castigo! La encontraría y se vengaría. Pero para eso tenía que viajar a la ciudad y encontrarla. Y eso requería una barca; cualquier otra cosa conllevaría demasiado tiempo, suponiendo que fuera posible. Al fin y al cabo, la selva era espesa y muy peligrosa. Baramadir reflexionó. La única barca de la plantación era la pequeña embarcación con toldo de los hombres blancos. Él no tenía mucha experiencia como piloto, pero, por lo que había oído, la ciudad estaba río abajo. Así que le bastaba con meterse dentro y vigilar que la barca no encallara. Sin embargo, tenía que darse prisa, puesto que la mujer negra había dicho que los hombres blancos abandonarían la plantación al cabo de pocos días.

Así, en una noche nublada dos días después, Baramadir se deslizó hasta la barca, soltó la amarra y la empujó para apartarla del embarcadero.

Wim estaba atónito.

—¡La barca ha desaparecido!

El sol todavía no había coronado las copas de los árboles, y sobre el río se desplegaba aún un velo de niebla. Pensaban partir hacia Rozenburg ese mismo día. Thijs había dicho que el viaje río abajo hasta la plantación apenas duraría tres horas, pero ahora la barca había desaparecido.

—Seguramente se ha soltado la amarra que la sujetaba. —Thijs se aproximó a la pasarela para comprobarlo—. No hay otra explicación. Pero sin la barca tenemos un verdadero problema.

—¿No hay otra forma de llegar a Rozenburg? —A Wim no le urgía el viaje, pero ahora que estaban atrapados en Watervreede, sintió cierta inquietud.

—En fin —Thijs regresó a la orilla desde el embarcadero—, por lo que veo, tendremos que encontrar otro modo de viajar. Pero no será precisamente un paseo.

—¿Quieres decir que iremos *andando*? —Viendo la selva impenetrable que rodeaba la plantación, a Wim la idea no le pareció muy amena.

—No nos queda otro remedio. —Thijs se encogió de hombros—. Tendremos que recorrer un buen trecho a través de la selva. Antes había una senda de los esclavos, pero creo que ya no existe. Si logramos atravesarla sin problemas, llegaremos a los campos de caña de azúcar de Rozenburg antes de que oscurezca.

—¿Tan tarde? Entonces el camino por el río es muy corto, ¿no?

Thijs rió.

—Claro, Wim. Por el río la corriente imprime velocidad a la barca. Por tierra son unos cuantos kilómetros. —Wim vio que su amigo le dirigía una mirada que intentaba ser de ánimo. Al menos, su tono sonaba alegre—. Resumiendo:

recogeremos nuestras cosas, cargaremos con lo más imprescindible y... ¡en marcha!
Aún es muy temprano, si nos damos prisa, llegaremos a Rozenburg todavía con luz.
Wim suspiró, pues no parecían tener otra posibilidad.

CAPÍTULO 11

Julie se quitó un peso de encima cuando, al día siguiente, Erika abrió los ojos. El brillo febril había desaparecido de su rostro, y su piel, antes cenicienta, había adoptado una tonalidad levemente sonrosada.

Durante la noche Julie apenas había pegado ojo y había acudido varias veces junto al lecho de enferma de Erika, le había dado el té de Aniga y por la mañana le había quitado la envoltura curativa. Una y otra vez había comprobado, preocupada, que Erika se encontraba sumida en la inconsciencia. Sin embargo, a mediodía abrió los ojos y miró a su amiga, sorprendida.

—¿Juliette? ¿Dónde estoy?

—¡Erika! —A Julie casi se le quebró la voz—. Estás en Rozenburg, todo se arreglará, tenías una fiebre muy alta e Inika... te trajo aquí por consejo del médico —dijo con la mayor calma posible para no inquietar a su amiga.

—¿Inika? ¿A Rozenburg? —Miró a Julie, confundida.

—Sí, todo va bien, te lo explicaré cuando mejores, porque primero debes recuperar fuerzas. —Julie acarició con ternura la mano de su amiga.

Erika cerró los ojos, agotada, y se durmió de nuevo. Julie la contempló un instante, acongojada. ¡Qué frágil parecía! Enderezó la delgada colcha y a continuación cerró con sumo cuidado la cortina de gasa que cubría la cama.

A continuación se marchó contenta al poblado de los trabajadores para comunicarle a Inika la buena noticia. La encontró sentada en el suelo de la cabaña, como si la estuviera esperando. Julie creyó ver un asomo de miedo en su mirada. ¿Le tendría miedo la joven? ¿O le daba pánico estar en la plantación? Julie no permitiría que le sucediera nada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con delicadeza.

—Sí, misi —asintió, vacilante.

—Quería decirte que Erika está mejor. Ha abierto los ojos y ha hablado conmigo.

La noticia hizo aflorar como por ensalmo una deslumbrante sonrisa al rostro de Inika.

—¡Oh, misi, cuánto me alegro!

Delante de la cabaña se oían murmullos. Las visitas de Julie al poblado siempre llamaban la atención, y ahora aparecieron las primeras caras curiosas a la entrada de la cabaña.

Julie dio un paso hacia Inika.

—Dime, ¿has tenido problemas con los otros indios? —le preguntó a la joven con una mirada inquisitiva.

Para alivio de Julie, Inika negó con la cabeza.

—No, misi. Cuando llegamos, Aran preguntó qué buscaba aquí. Le dije que había venido con misi Erika y con mi marido.

Aran, Julie lo sabía, había asumido entre los indios el papel de Kadir, convirtiéndose en una especie de portavoz de la comunidad.

—¿Y bastó con eso? ¿No te ocasiona ningún perjuicio tu estancia aquí? —A Julie le costaba creer que la situación estuviera tan exenta de problemas como afirmaba Inika.

—No, misi, la boda con Bogo ha restablecido mi honor. Nadie puede hacerme nada.

Pero esas palabras no tranquilizaron a la misi. Recordó a Baramadir. Nadie conocía su paradero, pero no se había encontrado su cadáver. ¿Qué ocurriría si vivía y se presentaba allí de repente? ¿Seguiría siendo el marido legal de Inika? Y, lo que era mucho más importante, ¿qué haría con ella y con Bogo? Si su análisis de la situación era acertado, Baramadir ya se había mostrado violento durante su matrimonio. Julie no se atrevía a imaginar lo que ocurriría si se topaba cara a cara con la mujer que le había infligido tal humillación y que ahora encima tenía un nuevo marido a su lado.

—Hum..., eso espero, Inika. Y... ¿de verdad te has casado con ese joven?

—Sí, misi.

A la chica parecía disgustarle el interrogatorio, por lo que Julie no insistió, pero no logró desembarazarse de la sensación de que esa boda era sospechosa. Además, estaba segura de que Erika se lo habría contado. A no ser que Inika se hubiera casado con Bogo recientemente y Erika no hubiera podido informarla debido a su enfermedad. Julie decidió preguntarle a su amiga en cuanto mejorase un poco.

En la casa de la plantación, una Gesine malhumorada aguardaba a Julie.

—Pero ¿qué pasa aquí? Ayer llamé varias veces a Karini, que no acudió, y esta mañana tampoco ha demostrado mucha formalidad.

Julie suspiró, cada vez le costaba más soportar ese tono quejumbroso. Además, esa mujer sólo pensaba en sí misma, y en una plantación esa mentalidad era totalmente inadecuada. De hecho, a ella le resultaba completamente ajena. Procuró responderle con tono sereno.

—Ay, Gesine, hemos tenido una urgencia. Erika Bergmann..., ¿la recuerdas? Llegó ayer con la barca y está muy enferma, así que hemos tenido...

Julie no pudo concluir su explicación.

—Espero que no sea contagioso —repuso Gesine con voz chillona, y Julie vio con espanto que el dorso de la mano izquierda de Gesine se dirigía a su frente.

—No, Gesine, no te preocupes. Parece malaria, una dolencia muy habitual —se apresuró a explicar ella.

A Gesine no pareció preocuparle lo más mínimo la enfermedad de la mujer.

—Bueno, confío en que Karini esté mañana a mi entera disposición.

Julie le dedicó una larga mirada.

—Lo estará —le espetó, pero luego no pudo reprimir un comentario mordaz—: A lo mejor podrías arreglártelas sola en ciertas ocasiones. En los Países Bajos no disponías de una esclava personal...

—En los Países Bajos tampoco tenía que llevar una vida tan espartana —replicó Gesine con un resoplido antes de desaparecer en el piso de arriba.

Julie la siguió con la vista, irritada.

En la escalera, Gesine estuvo a punto de chocar con Jean, que la observó sorprendido. A continuación miró, inquisitivo, a Julie.

—¿Está enfadada? —preguntó guiñando un ojo.

Julie levantó los brazos y volvió a dejarlos caer.

—Eso parece una vez más... y, dicho sea de paso, se comporta de un modo muy infantil.

Sonriendo con ironía, Jean bajó lentamente los últimos peldaños.

—¿Y se lo has dicho así?

Julie sabía a qué se refería. En el pasado ella no siempre conseguía acertar con el tono correcto. Pero había pocas cosas que la enfurecieran tanto como la arrogancia, y a pesar de todo a veces la asaltaba la sensación de que se topaba continuamente con personas que poseían ese rasgo de carácter. Y ahora el vaso se había desbordado.

—No. —Ella misma notó lo enérgica que sonaba su propia voz—. Pero es que esto es una plantación y no un hotel, y tiene que aprender que Karini no está a su exclusiva disposición, sobre todo con Erika...

En ese instante el rostro de Jean se ensombreció.

—¿Cómo se encuentra? ¿Ha mejorado?

Julie lo contempló con amor. ¡Qué compasivo era!

—Sí, está mejor, incluso ha hablado conmigo.

Ese recuerdo disipó su enfado con Gesine.

CAPÍTULO 12

La selva comenzaba justo más allá de la plantación Watervreede. Wim seguía a Thijs caminando valerosamente a grandes zancadas, pero al poco tiempo comenzó a sentirse mal en esa vegetación impenetrable. Thijs lo precedía y despejaba el camino con el machete, y él lo seguía con el saco del equipaje a la espalda. Se habían puesto botas pesadas y gruesos pantalones de lino, pero, a pesar de ello, las espinas y las ramas arañaban sus piernas y el resto de su cuerpo. Una intensa lluvia los estaba calando hasta los huesos. No obstante, a Thijs parecía no afectarlo todo aquello.

—Ten cuidado dónde pisas —le advirtió— y, sobre todo, no pises ningún palo. Podría ser una serpiente.

Wim, por más que se esforzaba, apenas veía el suelo, pues estaba cubierto de plantas casi por completo. Sudaba a mares, lo que parecía atraer a miríadas de mosquitos.

—No dejes que los mosquitos te distraigan. —Thijs rió, y Wim estuvo a punto de resbalar nuevamente al golpear a los insectos con el equipaje que llevaba a la espalda.

Thijs avanzaba impávido, y Wim se esforzaba por imitarlo. Y, en efecto, al cabo de cierto tiempo los molestos bichos dejaron de importarle. Levantó la cabeza y acechó a su alrededor. A primera vista todo parecía verde, pero un examen más detenido mostraba una gran variedad de vida, que Wim jamás habría sospechado. Encima de las hojas brillaban ranitas verdes que huían saltando asustadas en cuanto pasaban por su lado. Por encima de sus cabezas no paraban de oírse aleteos y susurros, y el ruidoso griterío de los pájaros los anunciaba de lejos. Grandes mariposas de colores los acompañaban a ratos durante un trecho, y desde muy lejos Wim oía sonidos de animales supuestamente más grandes, que no acertaba a precisar con exactitud. Lo único seguro era que no deseaba encontrárselos. Wim miraba hacia las copas de los árboles e incluso veía aquí y allá la cara asustada de un monito.

En esos momentos, con el rumor de las hojas por encima de él, el continuo ruido del machete por delante, las mariposas, el aire húmedo y los colores brillantes, se sentía de nuevo feliz y orgulloso de sí mismo por haber puesto en práctica su plan de viajar al Surinam y experimentaba cómo la vida allí, por incómoda que fuera, le gustaba. Jamás se le habría ocurrido pensar que tendría que caminar por la selva..., no, se corrigió, que *podría* caminar por la selva, porque le sentaba bien, tanto desde el punto de vista físico como anímico. Nunca estaría a mayor distancia de los Países Bajos que en ese momento. A mayor distancia de las columnas de cifras y de informes comerciales, a mayor distancia de Hendrik. A mayor distancia de Gesine. El tiempo alejado de ella le había hecho bien, y no le apetecía un pimiento volver a verla. Pero ahora tendrían que pasar juntos un rato todos los días..., con todo lo que

eso conllevaba.

—Ten cuidado, enseguida llegaremos al río.

Thijs arrancó a Wim de sus pensamientos. Algunos minutos después la selva se aclaró y desembocaron en un pequeño calvero junto a la orilla. La repentina claridad lo cegó y tuvo que protegerse los ojos con la mano. La vista que se le ofrecía era grandiosa.

En Watervreede, rodeado por altos árboles, sólo había captado un atisbo de lo que allí se revelaba en toda su plenitud. El río fluía ante sus ojos, bandadas de papagayos de colores recorrían las aguas, y, justo ante ellos, cerca de la orilla, había islas de plantas acuáticas. Thijs tomó a Wim del brazo y se llevó el índice de la otra mano a los labios para indicarle que guardara silencio. Después señaló entre las islas de flores rojas. Al principio Wim no vio nada, pero después, en una de ellas descubrió a un animal que tenía aproximadamente el tamaño de un perro.

—Un carpincho —susurró Thijs.

Wim observó al animal, que no parecía haber reparado aún en los humanos de la orilla y se acercaba nadando tranquilamente. La verdad es que con su piel parda no se parecía a un cerdo, sino más bien a una liebre europea muy grande, de orejas cortas. De repente se oyó un crujido procedente del bosque y el animal se sumergió.

—Ven, descansemos un rato.

Agradecido, Wim depositó el equipaje en el suelo y se sentó en el tronco de un árbol al borde del claro. Thijs le pasó la calabaza del agua y una de las tortas que Sarina les había entregado como provisiones. Comieron en silencio. Wim notaba que el descanso le sentaba bien. Reclinándose hacia atrás, cerró los ojos y aguzó los oídos.

—¿Volverás conmigo a Watervreede a pesar de todo? —preguntó Thijs de improviso.

Wim abrió los ojos, asombrado. Vio que Thijs tenía la mirada clavada en el río, su cuerpo parecía estar en tensión. Ya habían hablado de ese asunto algunas veces, pero al parecer Thijs parecía dudar de la decisión de Wim. Su tono le hizo sospechar que en su fuero interno temía la respuesta.

—¿Por qué no?

Thijs mantuvo la mirada fija en el río.

—Bueno —repuso en voz baja—, cuando hayas visto la vida elegante en una plantación que funciona como es debido, a lo mejor ya no te conformas con vivir en Watervreede. —Su voz sonaba triste.

Esa repentina melancolía sorprendió a Wim, pues Thijs solía ser siempre muy confiado.

—Pues claro que volveré contigo —replicó en un intento de tranquilizar a su amigo—. Quiero ver cómo conviertes Watervreede en una plantación floreciente —añadió con una sonrisa de ánimo.

—Me alegro... ¿Sabes?... he de reconocer que solo no lo habría conseguido y...

me alegraría de veras que pudiéramos seguir trabajando juntos. Yo... no tengo a nadie más en el Surinam. —Luego Thijs se volvió hacia él y añadió en voz baja—: ¿Así que no te apetece quedarte con tu mujer en Rozenburg?

Wim estuvo a punto de soltar una carcajada. ¡No! Cualquiera cosa menos eso... Pero no podía reconocerlo en voz alta. Apenas había hablado de Gesine con Thijs y cuando lo había hecho había sido de manera superficial. Se encogió de hombros, aunque deseaba gritar con fuerza por encima del río: «¡No! No quiero desperdiciar mi vida con esa mujer...».

Thijs pareció comprenderlo.

—No echas mucho de menos a tu esposa, ¿verdad?

Wim evitó abordar el tema, aún no había hablado de eso con nadie. Y aunque las semanas anteriores los habían unido mucho, apenas habían charlado de cuestiones privadas. Intentó salirse por la tangente.

—Bueno, podría decirse que Gesine y yo no hacemos muy buena pareja.

Thijs pareció sorprenderse.

—¿No te diste cuenta antes de casarte con ella?

Wim tragó saliva. Thijs parecía entenderlo francamente bien, y él no sabía cómo explicarse. Al fin y al cabo, no podía confesarle a Thijs que las mujeres le atraían poco. Optó por revelar parte de la verdad.

—No me resulta fácil reconocerlo, pero... su padre y el mío fueron los impulsores de ese matrimonio.

—¿Quieres decir... que el vuestro fue un matrimonio de conveniencia?

—Así lo denominaría yo, sí.

—Oh, pensaba... —Thijs estaba visiblemente turbado—. Lo cierto es que, si alguna vez me caso, será con una mujer a la que quiera de verdad.

—¿Es eso un reproche? —Wim se sintió agredido.

—No. No lo he dicho en ese sentido. Es que creo sinceramente que no se puede ser feliz de otro modo. —Le dio una palmada conciliadora en la rodilla y a continuación se levantó—. Vamos, reemprendamos la marcha.

Wim se echó el equipaje al hombro y siguió a Thijs, meditabundo. En su fuero interno reconocía que su amigo tenía razón. En ese matrimonio, ni Gesine ni él serían felices a largo plazo. Quedaba la meta que había tenido presente cuando se casó. Le gustaría trabajar como corresponsal, a lo mejor sus crónicas sobre el Surinam tenían éxito. Pero de momento mediaba un abismo y, sobre todo, estaba en manos de su suegro, de modo que las perspectivas no eran muy halagüeñas. Si dejaba a Gesine, tendría que renunciar al apoyo del editor. Además, él tenía que ocuparse de la empresa. Total, que los problemas seguían siendo grandes. A pesar de todo, tendría que hablar con Gesine, a lo mejor allí era más fácil que en los Países Bajos. Su matrimonio no tenía sentido.

CAPÍTULO 13

A Inika le remordía la conciencia por Bogo. Pero ¿qué debería haber hecho? Tenía tanto miedo por misi Erika que había tenido que hallar una solución rápida para viajar a la plantación sin peligro.

El plan había ido tomando cuerpo lentamente y, aunque al principio dudó, después no vio ninguna otra posibilidad. Sencillamente había sorprendido a Bogo con su decisión.

«Nos casaremos», le había dicho ella. Él ni siquiera pareció asustado, sino que se limitó a dirigirle una mirada inquisitiva con sus grandes ojos negros. «Bogo, yo sólo puedo volver a la plantación siendo una mujer casada. Y tú... tú eres el único...», le explicó. En ese momento, Inika incluso creyó vislumbrar en sus ojos una fugaz expresión de alegría. Él cogió su mano y asintió.

Para ser exactos no se habían casado realmente, pues no hubo un sacerdote que celebrase la ceremonia, ni tampoco una gran celebración. Muy entrada la noche, Inika había conducido al joven hasta la hoguera al aire libre en el patio trasero del hogar infantil, donde el ama de llaves negra guisaba para los niños. A la luz de la lumbre había colocado su mano en la de él bajo un paño, lo había envuelto con firmeza alrededor y a continuación le había hecho dar siete vueltas alrededor del fuego. Bogo aceptó dubitativo y con mirada interrogante el botecito de pintura roja que ella había preparado. «Sí, lo quiero de verdad, vamos, hazlo de una vez», le susurró ella. Después, con mucho cuidado, casi con ternura incluso, Bogo le pintó la raya del pelo y le dibujó con el dedo meñique el *bindi* en la frente. A continuación besó sus cabellos y la miró con amor.

Inika confiaba fervientemente en que esa unión fuera sólida ante los dioses, a los que, pese a todo, no deseaba enfadar. Esperaba, además, que Bogo fuera consciente de que se trataba de un matrimonio de conveniencia, que ella no se casaba por amor. Se lo explicó varias veces, preguntándole en cada una de ellas si lo había entendido. Él siempre asentía.

A pesar de todo, ahora para Inika la convivencia con Bogo como esposa oficial era desacostumbrada, aunque él le facilitaba las cosas. Por la noche, en la cabaña, él se acostaba en su hamaca y ella en la suya. Siempre levantaba la mano por la noche como último saludo y la saludaba por la mañana con una sonrisa deslumbrante. ¿Le bastaría con eso a la larga?

Los trabajadores indios de la plantación evitaban a Inika. Es verdad que con su reciente boda había recuperado su honor, anulando la imposición de seguir a la muerte a su esposo. Pero el oprobio de la huida todavía pesaba sobre ella. En la India sólo existía la posibilidad de contraer un nuevo matrimonio justo después de la

muerte del marido. Inika sabía que todas esas bodas estaban acordadas y que a las mujeres, considerando la inminente muerte en la pira, la elección del marido les daba igual. El comportamiento de Inika buscando ella misma un marido después de huir desagradaba a los demás indios.

Tampoco pensaba referirles a las misis que la boda con Bogo formaba parte de su plan. Misi Juliette la había mirado con mucha desconfianza cuando Inika se lo contó. Y no se sentía muy bien al pensar lo que diría misi Erika. Le explicaría sin más que Bogo y ella habían planeado hacía tiempo dar ese paso, pero no habían dicho una palabra para no empañar la reputación del orfanato. Con eso confiaba en justificar su precipitada boda, en vista de la enfermedad de misi Erika y la urgencia de tener que llevarla a la plantación. Pero el futuro era muy incierto. No se atrevía a pensar cómo se lo explicaría a su madre algún día. Ni qué haría cuando ya no necesitara ese matrimonio... Al fin y al cabo, su auténtico plan era luchar para que ella y su madre accedieran a una vida mejor. Ahora que se había vuelto a casar con un indio, ese objetivo se había alejado mucho. Con un suspiro, se sentó junto al pequeño hogar de la cabaña y contempló la lumbre. No obstante, todo se arreglaría, debía creer a pies juntillas en ello.

Esa noche Inika fue a visitar a misi Erika, que había mejorado mucho.

—Gracias por haberme traído aquí, Inika. Sé que para ti no ha sido una tarea fácil. Me siento muy honrada de que haya hecho esto por mí. —La mirada de la misi se posó en ella—. Dime, ¿habéis avisado también a Hanni? —Se incorporó en la cama con esfuerzo.

—Sí, misi. Misi Minou mandó recado, pero por desgracia misi Hanni no había contestado aún cuando partimos. Hubo poco tiempo...

—Seguramente Minou la informará de que he dejado la ciudad. —Misi Erika se dejó caer de nuevo sobre las almohadas, agotada.

Ambas callaron un instante, luego misi Erika abordó un asunto que Inika habría preferido soslayar.

—Juliette me ha contado lo que hicisteis Bogo y tú antes de venir aquí. —De nuevo fijó los ojos en Inika durante un buen rato—. ¿Crees... crees que ha sido una buena idea? Quiero decir, ¿amas de verdad a Bogo?

El estómago de Inika se contrajo. Era la pregunta que tanto temía. ¡Ahora tendría que mentir!

—Sí, misi, no se preocupe —repuso, aunque no logró aguantar la mirada de la misi.

Misi Erika asintió, sumida en un mar de dudas; sus ojos inquisitivos parecían quemar su piel. A Inika le habría encantado escapar de la habitación, pero se controló. Constató, aliviada, que a la misi se le estaban cerrando los ojos, parecía exhausta.

—Ahora será mejor que me vaya. Que se mejore —consiguió balbucear antes de

salir apresuradamente de la estancia.

CAPÍTULO 14

Wim ya no contaba con llegar a la plantación ese día, pero, poco antes de que el sol se pusiera detrás de los árboles, los campos de caña de azúcar de Rozenburg se desplegaron ante sus ojos. Dejó resbalar la vista por ellos. Era la primera vez que veía una auténtica plantación de caña de azúcar y al principio se sintió intimidado.

La caña crecía mucho más alta que sus cabezas, y un murmullo omnipresente encubría cualquier otro sonido. Thijs avanzaba impetuoso y sin duda disfrutaba de no tener que seguir abriéndose camino a base de machetazos. Wim le dio alcance y juntos recorrieron el amplio pasillo entre los campos. Éstos estaban limitados por zanjas de diferente anchura; a una distancia de varios centenares de metros pasaban canales algo más anchos cruzados por puentes de madera.

El camino estaba marcado por las huellas de los carros de bueyes, y en el borde se apreciaba un sendero que evidentemente se utilizaba con frecuencia. A Wim lo asaltó la súbita sensación de que la caña de azúcar le transmitía los susurros de incontables generaciones de esclavos. ¿Cuántos habrían trabajado en esas tierras en las últimas décadas o incluso siglos?

—Algún día nuestra plantación tendrá el mismo aspecto —comentó Thijs.

A Wim le impresionaba el orden de las plantas a su alrededor, pero a pesar de todo anhelaba alcanzar su destino.

—¿Cuánto falta para llegar a la casa? —preguntó.

Le dolían los pies y notaba incontables ampollas en las plantas. A pesar del duro trabajo de las últimas semanas, no estaba acostumbrado a ese tipo de caminatas.

—Todavía queda. —Thijs casi parecía divertido por la pregunta—. ¿Recuerdas el tamaño de la plantación cuando la vimos en el mapa? —Escudriñó el cielo y la dirección donde el sol apenas se adivinaba ya vagamente detrás de la selva—. Para entonces se habrá hecho de noche. Ojalá no nos disparen.

—No hablarás en serio... —A Wim le metió el miedo en los huesos—. ¡Ellos nunca harían algo así!

—Quién sabe —repuso Thijs encogiéndose de hombros.

Cuando dejaron por fin atrás el último campo de caña de azúcar, en plena noche, y cruzaron el puente hacia el poblado de los trabajadores, no fue una escopeta la que se enfrentó a ellos, sino un perro grande que gruñía, atado a una cadena. Wim y Thijs retrocedieron asustados.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz ruda, sin que Wim lograra divisar a nadie en la oscuridad.

—Thijs Marwijk, de la plantación Watervreede, y Wim Vandenberg. Queremos ver a Juliette y Jean Riard, nos... nos esperan.

Wim confiaba en que las palabras de Thijs convencerían al hombre de que no soltara al perro.

—¿Watervreede, dice usted? —La voz sonó ahora algo menos ruda.

—Sí.

Wim se asustó mucho cuando de pronto apareció justo delante de ellos un mulato muy alto.

El guarda lo examinó de los pies a la cabeza, y a continuación sus ojos se posaron en Thijs.

—¿Por qué vienen a pie? —preguntó.

—Nuestra única barca ha desaparecido, así que hemos tenido que caminar —explicó Thijs.

El guarda pareció reflexionar. Wim pensó que debía de parecerle muy raro que dos blancos salieran a pie de los campos de caña de azúcar a una hora tan intempestiva. ¿Cómo podía saber que no traían malas intenciones? Así pues, decidió intervenir. Carraspeó.

—Mi esposa, Gesine Vandenberg, se encuentra aquí, en Rozenburg.

Wim constató aliviado que el hombre exhibía una hilera de dientes blancos como la nieve que relucían a la luz de la luna.

—Ah, misi Gesine, sí, sí... Entonces, síganme. Por aquí.

Wim y Thijs volvieron a ponerse en marcha y el hombre con el perro atado a la cadena los siguió.

El camino se ensanchó, a izquierda y a derecha del mismo se levantaban cabañas. Cruzaron el poblado de los obreros y a continuación el patio de trabajo desde donde Wim divisó por primera vez la casa de la plantación. Pequeñas lámparas de aceite aisladas lucían detrás de las ventanas cubiertas con gasa tensada. El corazón de Wim se aceleró ligeramente.

El guarda les indicó que subieran al porche trasero, y Wim y Thijs ascendieron los escasos escalones mientras el hombre ataba al perro a un poste.

—Esperen aquí —ordenó, lacónico, antes de entrar en la casa por una de las puertas traseras.

La puerta crujió, y a la débil luz de la luna Wim comprobó que los dientes del tiempo también habían roído esa plantación. La madera del porche estaba deteriorada, la pintura de la balaustrada se desprendía, y las tablas estaban desgastadas por los incontables pies que las habían pisado.

Transcurrió un rato hasta que resonaron pasos y voces. Wim no sabía qué hora era, pero seguramente no era habitual recibir visita.

—¿Wim, Thijs? Pero, en nombre de Dios..., ¿habéis venido a pie? —Era Jean el que salía brioso al porche atravesando la puerta, seguido del guarda, al que dirigió una breve inclinación de cabeza—. Gracias, Galib, todo en orden. Pasad, hombre,

pasad, seguro que estáis muertos de hambre y de sed. —Jean palmeó con energía los hombros de Thijs y de Wim, contento por su llegada.

Poco después se sentaron en el salón. Un ama de llaves negra que parecía algo adormilada les llevó vasos y una garrafa de *dram*.

—Gracias, Liv. Por favor, prepara dos habitaciones en la casa de invitados.

La mujer asintió y salió. Apenas hubo abandonado la estancia, entró Juliette en bata.

—¿Wim? —Lo miró con ojos somnolientos y luego le dio un abrazo muy cordial—. ¡Cuánto me alegro de que estéis aquí! Estábamos preocupados por vosotros.

Wim correspondió sonriente a su abrazo.

Juliette lo soltó por fin y saludó a Thijs con un apretón de manos. Luego se puso en jarras.

—Pero ¿es que estáis locos? ¿A quién se le ocurre atravesar la selva en plena noche?

—Ay, mevrouw Vandenberg, ya hemos recorrido la selva *de día* —repuso Thijs, y le dedicó a Juliette una sonrisa sardónica.

Wim sonrió; era evidente que, pese al agotamiento, su amigo no había perdido el sentido del humor. Alzó su vaso para brindar.

—En fin, hemos llegado bien —dijo con una pizca de orgullo.

—Bueno, eso es mejor todavía, pues al menos, pedazo de locos, habéis tenido algo que ver durante el día —replicó Juliette—. Pero, ahora, ¡contadme! ¿Qué tal os ha ido en la plantación? Por cierto, Wim, ¿quieres que mande despertar a Gesine?

—No..., no es necesario. Creo que bastará con que mañana temprano le comuniquen que estoy aquí. Gracias, Juliette.

Wim se sintió aliviado cuando su prima se limitó a asentir, para escuchar luego, fascinada, a Thijs, que comenzó inmediatamente a hablar de Watervreede. Wim estiró complacido sus piernas doloridas y sintió el agradable calorcillo que provocaba en su estómago el fuerte aguardiente. Las fatigas de la jornada de marcha habían caído en el olvido.

CAPÍTULO 15

Pieter apartó satisfecho la carta que acababa de traerle un mensajero. No pudo evitar sentirse impresionado. A pesar de los peligros, como las picaduras de serpiente, la fiebre o la simple resignación, el tal Marwijk había conseguido en pocas semanas habilitar la plantación para empezar a trabajar en ella.

Pieter no lo creía capaz de ello, pero ahora Marwijk le había pedido que cursara el pedido de la máquina de vapor y que luego, algunas semanas más tarde, viajara a Watervreede con ella. Según le refería en su carta, por el momento estaba en Rozenburg con Wim Vandenberg, pero pronto regresaría a Watervreede con los primeros veinte trabajadores. Pieter, satisfecho, tomó un sorbo de *dram*. Con esto quedaba concluida la primera parte de su plan, sin que él hubiera tenido que molestarse mucho. Podía reclinarsse tranquilo, esperar la llegada de la máquina de vapor y a continuación viajar al interior para vivir en una plantación perfectamente acondicionada.

—Martin, las cosas van de maravilla. En agosto podrás trasladarte conmigo a Watervreede —le comunicó a su hijo esa tarde, cuando acudió a visitarlo.

Desde la partida de Juliette y Jean, Martin visitaba su casa con regularidad. Pieter se daba cuenta de que Martin disfrutaba con esas visitas, y si Juliette había intentado menoscabarlo como padre, al chico no se le notaba. El propio Pieter, ahora que conocía mejor a su hijo, estaba orgulloso de él, puesto que se había convertido en un joven muy bien educado y culto. No obstante, eso le recordaba que él no había contribuido a esa labor ni un ápice. Aunque lo cierto era que tampoco había podido contribuir. Esa espina profundamente clavada reavivaba su ira contra Juliette. Pieter no había sabido qué hacer con el niño pequeño, pero a ese joven lo miraba con otros ojos. Decidió, pues, incluir a Martin en sus planes sobre Watervreede.

Sin embargo, a él no pareció entusiasmarlo mucho su propuesta.

—No sé, padre... ¿No es todavía un poco pronto? A lo mejor debería ir primero a Rozenburg y después...

Pieter, enervado, hizo un gesto de desdén.

—¡Bah, menuda bobada! No, puedes venir inmediatamente conmigo. Serán unos meses muy excitantes en Watervreede, allí aprenderás mucho.

—Sí, pero... —objetó Martin algo cohibido—, tía Juliette...

—No es tu tía —replicó su padre con dureza.

Vio que el chico daba un respingo, pero no lamentó sus ásperas palabras. Al contrario, lo enfadaba que Martin siguiera comportándose en su presencia como le había inculcado Juliette. Agarró suavemente a su hijo por el hombro y lo miró a los ojos.

—Basta con que yo te dé permiso, no necesitas preguntarle a ella. Lo mejor... lo mejor será que mañana mismo te mudes aquí, conmigo. John Therhorsten no pondrá objeciones.

—¿Que me mude aquí contigo? —Martin lo miró asombrado, pero a Pieter no se le había pasado por alto el súbito resplandor de alegría que se había instalado en el rostro de su hijo.

—Naturalmente, ¿por qué no?

—Primero tengo que pedir permiso a Kiri y avisar a Henry... —balbuceó Martin. Pieter volvió a sentir que lo invadía la cólera.

—¡Hijo, no tienes por qué preguntar a esa negra! Pinta todavía menos que Juliette.

Una vez más, Pieter quedó horrorizado de la relación que Martin mantenía con los negros. Aunque en general no dudaba de su forma de pensar, aún tenía mucho trabajo por delante, ¡el chico estaba completamente afeminado! En cuanto estuvieran en la plantación, Martin tendría que tratar con energía a los trabajadores, no podría estar siempre pidiendo y preguntando.

A pesar de todo, el joven parecía dudar.

CAPÍTULO 16

Karini respiró aliviada cuando masra Wim llegó a Rozenburg. Durante las últimas semanas había estado a disposición de misi Gesine. Ese trabajo seguía pareciéndole divertido, aunque la misi fuera a veces un tanto cansina. Había aprendido mucho de ella, lo que le venía muy bien. Karini no quería un futuro de fregona; le parecía mucho más atractivo estar al servicio de una dama. A pesar de todo, ansiaba que misi Gesine hallara al fin distracción.

Por desgracia, esa distracción degeneró, ya el primer día, en una fuerte pelea que la chica presenció sin querer, pues se desarrolló mientras masajeaba las manos de misi Gesine con aceite de naranjas.

En lugar de alegrarse del regreso de su marido, la misi lo cubrió de reproches.

—¿Dónde has estado tanto tiempo? Creía que sólo pensabas acompañar a Thijs Marwijk para ver la plantación. Y luego te has quedado allí semanas enteras... —Sus ojos relampagueaban de ira.

—Gesine —intentó calmarla masra Wim—, había un montón de trabajo que hacer y le eché una mano a Thijs.

—Ya lo veo, pareces un campesino, fíjate en tus manos. ¿Es que no hay negros en este país que hagan esa labor?

A masra Wim el comentario pareció irritarlo, aunque no se dejó enredar en una discusión.

—Había que hacer ciertas cosas antes de que los trabajadores pudieran comenzar, Gesine.

Por lo visto masra Wim no tenía muchas ganas de justificarse ante su mujer. Karini tampoco conocía los reproches que podía hacerle misi Gesine. En su opinión, durante las semanas anteriores masra Wim había cambiado mucho y para mejor. Parecía sano y fuerte, no un europeo de cara paliducha, sino más bien un auténtico colono.

—¿Cuándo regresaremos a la ciudad? —preguntó misi Gesine con tono de reproche.

—¿A la ciudad? —Masra Wim se echó a reír—. Gesine, estoy aquí para documentar la construcción del molino de azúcar. Para tu padre, por si no lo recuerdas. Eso llevará unos meses.

—¿Unos meses? —Misi Gesine retiró con rudeza la mano de Karini y se levantó del sillón de un salto—. ¿Acaso intentas decirme que pretendes quedarte meses en esta selva? —preguntó con voz chillona.

—Sí, eso pretendo. Y, para ser exactos, hemos venido a este país precisamente por eso. —Masra Wim se levantó y se enderezó la camisa. Ya no llevaba chaqueta,

como era habitual en la ciudad. Se acercó a su mujer y la miró fijamente a los ojos—. De cualquier manera, pienso regresar con Thijs a la plantación —concluyó en un tono que no admitía réplica antes de abandonar la habitación a grandes zancadas.

Misi Gesine se dejó caer en el sillón, al borde del llanto. Con sus últimas fuerzas le tendió una mano a Karini y se llevó la otra a la frente.

—¿Qué voy a hacer ahora? Acabaré volviéndome loca en este provinciano lugar. No sé cómo puede soportarlo Juliette, aquí una está completamente sola.

Karini se encogió de hombros y comenzó a tratar nuevamente la mano de Gesine.

Sin embargo, al día siguiente la misi parecía haberlo pensado mejor.

—Yo también viajaré a Watervreede —anunció durante la comida, justo cuando Karini servía el segundo plato.

La joven negra tuvo que concentrarse para que no se le cayera la fuente de la verdura. Todos, en especial misi Juliette, miraron asombrados a misi Gesine.

Pero la mirada de masra Wim revelaba espanto.

—¿De veras? Quiero decir... Watervreede no es ni remotamente tan comfortable como Rozenburg. Ayer dijiste que... quizá sería mejor que en principio te quedases aquí. —Su tono ya no sonaba ni de lejos tan arrogante como la noche anterior.

Karini se retiró a su puesto junto al marco de la puerta, donde tenía que permanecer de pie mientras los señores comían.

—No, os acompañaré. No pienso volver a pasar aquí semanas esperándote —oyó decir a misi Gesine. Y no le pasó desapercibido el tono de reproche.

Masra Wim parecía enfadado, pero no dijo nada. Masra Thijs carraspeó. Daba la impresión de estar tenso, y Karini pensó que su rostro había palidecido al oír la noticia.

—Mevrouw Vandenberg, todavía trabajamos muy duro, acabamos de conseguir justo lo más necesario. Pero la casa de la plantación exige una reforma —dijo persuasivo.

Sin embargo, misi Gesine no pareció captar el abierto rechazo y desbarató también ese argumento.

—Eso me trae sin cuidado. A lo mejor le viene muy bien a su casa de la plantación que haya una mujer presente durante los trabajos —dijo con tono mordaz.

Masra Thijs enarcó las cejas y fijó la mirada en masra Wim, pero luego se encogió de hombros.

Misi Gesine se volvió entonces hacia misi Juliette.

—Juliette, si lo permites, me gustaría llevarme a Karini. Por lo que veo, Watervreede todavía no cuenta con personal.

Karini era toda oídos, pero a misi Juliette no parecía entusiasmarla la propuesta.

—¿Que Karini te acompañe a Watervreede? —preguntó incrédula—. Pero si ya está allí Sarina.

Misi Gesine parecía negarse a admitirlo. Seguramente temía que Sarina estuviera muy atareada y le quedara muy poco tiempo para dedicárselo a ella.

—¿Te refieres a esa mujer de la India? Ay, Dios mío, no, seguramente carece de experiencia.

Karini se sintió halagada. No se imaginaba que misi Gesine la estimase tanto.

Masra Jean intervino.

—Deja que se lleve a Karini, Julie. Aquí no tiene mucho que hacer, y si necesitas una ayuda adicional, dispones de Inika.

Karini no estaba segura de que quisiera ir a Watervreede. Era cierto que ya había hablado una vez del tema con masra Martin. Él también le había aconsejado que fuera para allá en cuanto él se trasladara a vivir allí, pero ella lo había desechado como una fantasía. Ni siquiera era seguro que el traslado se efectuara en agosto. Además, su padre le había aconsejado a Karini que permaneciera en Rozenburg. Por otro lado, masra Jean tenía razón. Allí, en la plantación no había mucho que hacer.

Esa noche, Wim salió al porche, malhumorado. No estaba en absoluto satisfecho con el rumbo que estaban tomando los acontecimientos. A él le habría gustado mandar a Gesine de regreso a la ciudad, pero no se atrevía, aunque sólo fuera por la impresión que causaría a Juliette y Jean. Y ya que no podía volver a la ciudad, habría preferido dejarla en Rozenburg, aunque a su vez él tenía remordimientos de conciencia respecto a Julie. Gesine no era una persona fácil, y en las últimas semanas no parecía haberse granjeado las simpatías de nadie. Visto así, seguro que era justo liberar a su prima de la compañía de Gesine y llevársela consigo. Junto con su equipaje. Suspiró. Recordarlo lo ponía de los nervios. Thijs había acordado con Jean que podía tomar prestadas dos barcas de Rozenburg para el regreso. El barco de carga que transportaría a los trabajadores y el equipaje de Gesine regresaría a continuación a la plantación. Jean había ofrecido prestarle a Thijs una pequeña barca con toldo, porque no se podía gestionar una plantación sin medios de transporte. Así pues, Gesine se trasladaría a Watervreede. Para Wim era la peor solución imaginable.

—No parece usted muy feliz —oyó que alguien decía a su lado.

Wim se volvió asustado. En una tumbona, acostada sobre unos blandos cojines, yacía Erika Bergmann.

—¡Oh, discúlpeme, no la había visto! ¿Se encuentra ya mejor, Erika?

La interpelada soltó una débil risita.

—Según se mire; al menos ya puedo venir hasta aquí por mi propio pie —golpeó la manta que la cubría—, aunque después tengo que descansar de nuevo. —Le sonrió—. Venga, siéntese un rato conmigo, por favor. ¿Avanzan sus trabajos en Watervreede?

Wim se alegró de verla. Aunque la había conocido fugazmente en la ciudad, le había parecido muy simpática.

—Vamos, siéntese de una vez, me apetece un poco de distracción.

Wim acercó una silla y se sentó al lado de la enferma, que entre los grandes

cojines parecía frágil y delicada.

—Cuénteme, ¿seguía en pie la plantación cuando llegaron?

Wim sonrió. Y comenzó su relato desde los primeros días en Watervreede, pasando por los trabajos que habían ejecutado allí, hasta concluir con su aventurera caminata hasta Rozenburg.

Erika escuchó su relato con atención, haciendo de vez en cuando breves preguntas.

—Oh, Wim, es usted más valiente de lo que pensaba —adujo cuando mencionó al carpincho.

Wim se echó a reír a carcajadas. Sí, eso mismo opinaba él, que no habría sido capaz de todo eso. Esa mujer parecía sentir un verdadero interés por las personas. Le gustaba.

—Y ahora, por favor, cuénteme su marcha a pie hasta el final —le rogó, curiosa.

Wim describió la caminata por los campos de caña de azúcar y su encuentro con el guarda.

—Nos sentimos una especie de ladrones y vagabundos —dijo sonriendo al recordarlo.

Erika volvió a reír, y Wim notó que le sentaban bien las atenciones que le prodigaba esa mujer. Hacía que se sintiera realmente orgulloso de lo que había conseguido y vivido en las últimas semanas. Completamente al contrario que Gesine... Si su esposa hubiera mostrado al menos una pizca de interés, acaso le habría hecho sentirse más conciliador. Sin embargo, de sus labios únicamente salían reproches. Nada más que reproches.

—Cuando me haya restablecido, tendré que hacerle una visita a Watervreede cueste lo que cueste. —Erika suspiró.

—¡Con mucho gusto! Me alegraría sobremanera.

Durante un rato permanecieron sentados en silencio, escuchando los ruidos nocturnos.

—Su mujer no está del todo entusiasmada con sus planes, ¿me equivoco? —preguntó ella al fin.

Wim contemplaba el río, meditabundo. Una extraña tristeza, que nunca antes había sentido con tanta intensidad, se había apoderado de él. Sabía que estaba haciendo lo correcto y que nada en el mundo le impediría volver a Watervreede. Pero ¿cómo podía explicárselo a alguien, y menos aún a una desconocida como Erika?

—No —contestó en voz baja. Luchaba consigo mismo—. Sin embargo, no puedo evitarlo, tengo que viajar allí. Intuyo que las experiencias que estoy viviendo aquí, en el Surinam, son esenciales para mí. Y no me gustaría prescindir de ellas.

Dirigió a Erika una mirada tímida, pensando que había ido demasiado lejos. Pero ella aguantó su mirada y luego asintió.

—Sí, a veces uno debe limitarse a seguir su propio camino —respondió con voz lejana. Luego añadió en voz baja—: Yo también lo hice durante mucho tiempo, pues

mi marido... —Tragó saliva y calló durante un momento. Wim la dejó hacer, sabía que seguiría hablando—. Fue muy duro —contó finalmente en voz baja—, pero esas experiencias cambiaron mi vida.

Wim le agradeció su franqueza y se dio cuenta de que de momento sobraban las palabras. Para entonces, el sol estaba tan bajo que ya sólo se percibía un débil resplandor rojizo sobre el agua, como si un fuego ardiera en lo más hondo del río.

—¿Sabe?, uno llega a amar este país. Cuando llegué aquí desde Alemania, los contrastes eran brutales. Pero en la actualidad se ha convertido en parte de mí misma —dijo al fin. Su voz traslucía entusiasmo.

Wim asintió. Sabía a qué se refería. Aunque llevaba poco tiempo en la colonia, había algo allí que le llegaba al alma.

De pronto un soplo de aire atravesó el porche y él se estremeció.

—Está refrescando, Erika. ¿Quiere que la acompañe a casa?

—No, muchas gracias. Enseguida vendrá el momento más bello del anochecer. Quédense unos instantes, por favor. Me gustaría que también usted lo presenciara.

Wim no sabía a qué se refería, pero permaneció sentado.

—¡Ahí, ya empieza! ¿Lo ve? —Erika se incorporó en su tumbona y señaló la orilla.

De repente, poco después de que el último rayo de luz se retiró del río y cayó la noche, miles de pequeñas lucecitas flamearon en la superficie. Wim se quedó atónito, pues jamás había visto nada igual.

Erika rió satisfecha.

—¿A que es maravilloso? Son pequeños insectos luminosos.

Entonces una nube de luces diminutas se alzó y bailó sobre el agua, y por encima de ellas aparecieron en el cielo las primeras estrellas, como si quisieran acompañar la danza de sus pequeños hermanos en la tierra.

CAPÍTULO 17

Julie estaba desayunando en compañía de Gesine, Thijs y Wim cuando Jean regresó de su ronda matinal.

—Thijs, Wim, los hombres han encontrado esta mañana temprano una barca junto a la orilla. Está volcada, pero parece intacta. A lo mejor es la de Watervreede.

—¿De veras? En ese caso seguramente la corriente la habrá arrastrado hasta aquí, ¡qué casualidad! Aunque sería estupendo, porque entonces sólo tendríais que prestarnos una de las vuestras.

—Los hombres os ayudarán a recuperarla. Se ha enredado en los manglares del río, un poco más abajo.

Después de desayunar, Jean se marchó a los campos, Wim y Thijs se dirigieron a rescatar la barca en compañía de unos cuantos hombres, y Gesine ordenó a Karini que preparara el equipaje. Wim y Thijs pensaban regresar a Watervreede al cabo de dos días.

Julie aprovechó la ocasión para dirigirse con Helena en brazos a ver a Erika, que esa mañana había vuelto a ocupar su lugar en el porche. Para alegría de Julie, Erika se encontraba mucho mejor, comía con buen apetito y estaba contenta.

—Hola, pequeña —Erika saludó cariñosa a Helena, que rió y dio palmas con sus manitas al verla.

—Te quiere de veras. —Sonrió Julie.

—Ay, es una monada. —Erika acarició los rizos dorados de la niña.

Helena intentó ponerse de pie agarrándose con sus pequeños bracitos a la balaustrada del porche. Las mujeres la observaron en silencio. Entonces, una sombra oscura se cernió sobre el rostro de Erika.

Julie sabía que su amiga sufría mucho por la separación de sus hijos. No se trataba tanto de distancia física como emocional. Reiner se había desligado muy pronto de ella para seguir su propio camino, e incluso Hanni, que entonces apenas contaba dieciocho años, prefería vivir en la otra punta de la colonia en lugar de con su madre.

Julie no acertaba a explicárselo. Con lo bondadosa que era Erika... No obstante, había algo indiscutible: su amiga ocultaba un gran secreto relativo al padre de Hanni o, mejor dicho, nunca había hablado de ello. Hanni no podía ser hija de Reinhard, pues por entonces éste llevaba mucho tiempo perdido, y además Erika no había sabido hasta después del nacimiento de Hanni que Reinhard residía en Batavia.

La razón del distanciamiento emocional entre Erika y su hija acaso se debiera a

algún oscuro secreto.

La voz de Erika arrancó a Julie de sus pensamientos.

—Qué simpático es tu primo. Me parece admirable lo bien que se las apaña aquí, en el Surinam —dijo risueña.

—Sí —asintió ella—, yo tampoco me imaginaba que viviría aquí unas aventuras tan arriesgadas. Si con eso no irrita a su mujer...

Erika esbozó una sonrisa.

—Desde luego, ella no tiene un carácter fácil. Además, es muy diferente de él. Me pregunto qué es lo que los une.

Julie se mostró de acuerdo. Ella también había reflexionado a menudo sobre ese particular.

—Fíjate en ellos. Son más bien fuego y agua más que marido y mujer. Me temo que la boda de Wim con Gesine fue pactada por mi tío de manera parecida a la mía en su momento.

—Sí, seguramente tienes razón. Ojalá vaya todo bien en Watervreede. Por cierto, le he dicho a tu primo que me gustaría hacerle una visita cuando me haya restablecido. Me parece muy emocionante comprobar sus progresos y, como es natural, también me gustaría volver a ver a Sarina. Wim ha hablado muy bien de ella, y Thijs Marwijk no escatima alabanzas. Parece que fue una decisión acertada llevársela consigo.

Julie frunció el ceño y sentó a Helena en su regazo. La niña estaba muy cansada y se acurrucó en sus brazos. Su madre acarició con ternura su cabello rubio.

—Espero que las cosas sigan igual de apacibles cuando Pieter se instale allí.

Wim y Thijs caminaban hacia la casa procedentes del río. Ambos estaban mojados hasta las caderas, pero bromeaban y reían.

—Imagínate, Juliette... —Wim subió de un salto los peldaños del porche—, debajo de la barca volcada había un caimán que ha intentado atrapar a Thijs —exclamó al tiempo que abría mucho los brazos para indicar el tamaño del animal.

Su amigo le dio una palmadita en el hombro.

—Oye, no exageres, tampoco era tan enorme, y tenía más miedo que nosotros. —Acto seguido se volvió hacia Julie—. Mira..., esto lo encontramos en la embarcación, estaba enredado en una de las tablas. ¿Y si alguien robó realmente la barca?

Julie pensó que esos dos hombres adultos parecían dos muchachos en un viaje aventurero. No pudo contener la risa. Pero súbitamente su vista cayó sobre el trozo de tela mojada que Thijs sostenía en alto. Durante un instante se quedó sin aliento. Julie supo en el acto de dónde procedía ese trozo alargado de tela azul.

Esa tela la usaban como turbante los hombres indios, y ella sólo conocía a uno que prefiriese el color azul: Baramadir.

CAPÍTULO 18

Un golpe duro y repentino alcanzó a Inika y todo se oscureció a su alrededor.

Cuando recuperó el conocimiento, se sentía completamente confundida. ¿Qué había pasado? Entonces se dio cuenta de que la llevaban a hombros boca abajo. No podía mover las manos, las tenía atadas. Presa del pánico, intentó patear, pero también le habían atado las piernas.

—Con esto no contabas, ¿eh?

Esa voz la paralizó. Baramadir. Vivía. Su peor pesadilla se había hecho realidad. Se retorció intentando liberarse, pero él la aferró con más fuerza. Colgaba de su hombro indefensa, como un animal. Inika empezó a gritar.

—Eso, grita todo lo que quieras, esta vez nadie acudirá en tu ayuda, esta vez te quedarás conmigo, pequeño pedazo de mierda —dijo el hombre, y a continuación soltó una risa sarcástica.

Ella intentó liberarse varias veces, pero Baramadir la sujetaba con fuerza. La joven comprendió que era inútil oponer resistencia. Tenía que esperar a que la depositara en el suelo. Reflexionó a conciencia. No sabía cuánto tiempo llevaba con ella a cuestas por la selva. Estaba oscureciendo, recordó, pero ahora era ya noche cerrada. Baramadir debía de conocer el camino, pues a pesar de la oscuridad seguía andando sin vacilar.

A Inika le dolía la cabeza. Notó el sabor de la sangre seca en los labios. A pesar de todo, de vez en cuando levantaba la cabeza, intentando reconocer dónde estaban. Pero era inútil, fuera de la plantación sólo había una espesa selva. Al cabo de una eternidad, Baramadir la arrojó de su hombro y ella chocó con violencia contra el suelo. En ese mismo momento trató de liberarse de nuevo, pero las ligaduras de sus manos estaban tan apretadas que casi no sentía los dedos.

Inika vio refulgir un cuchillo en la oscuridad. Aterrorizada, intentó alejarse un poco, cuando Baramadir se agachó hacia ella con la hoja en la mano.

—Como intentes volver a escapar, te mato —dijo en voz baja y amenazadora—. Llevo mucho tiempo esperándote...

A continuación le cortó las ligaduras de los pies. Inika, impulsiva, intentó pegarle una patada, pero falló por los pelos. Vio cómo la cara de él se retorció de rabia, y cómo se acercaba su puño. Miles de estrellitas bailotearon ante sus ojos, el dolor en la mandíbula se tornó casi insoportable. «Permanece despierta, no vuelvas a desmayarte», le aconsejó una voz interior.

Él la agarró por las ligaduras de las manos y la arrastró de espaldas unos metros más, antes de dejarla caer nuevamente. Inika notó cómo las ramas desgarraban su vestido, después oyó un crujido y a él bebiendo. El olor fuerte y dulzón del

aguardiente de caña de azúcar llegó a su nariz. Después, Baramadir volvió a acercarse.

—¿Sabes de verdad lo que me hiciste? Esa deshonra...

Agarró el sari de Inika por debajo de la barbilla y tiró de él. La joven intentó con sus últimas fuerzas librarse de sus manos mientras propinaba patadas a diestro y siniestro. De pronto la tela se rasgó y unos segundos después se quedó desnuda. Baramadir se rió. Se dejó caer de rodillas, hurgó en su pantalón, le agarró las piernas y se las separó.

—Ya no volverás a escaparte —juró.

Y, con un empujón brutal, la penetró. El dolor alcanzó a Inika en toda su plenitud y notó un tremendo desgarró en su interior. Lo que sucedió a partir de entonces lo percibió como a través de una espesa niebla.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya era de día. Yacía bajo un árbol. Intentó moverse, pero no pudo desplazarse ni un milímetro. Notó de nuevo las ligaduras en manos y pies, y reparó, horrorizada, en que esta vez la había atado a un árbol. Miró a su alrededor, presa del pánico. De Baramadir no se veía ni rastro, aunque estaba segura de que no debía de estar muy lejos. Tenía frío y se dio cuenta de que seguía estando desnuda, sus ropas desgarradas estaban tiradas por el suelo de la selva. Intentó acurrucarse, pero las ligaduras le impedían adoptar una postura más cómoda. Le dolía todo el cuerpo y en cuanto se movía notaba como si mil cuchillos se clavaran en su vientre.

—¿Ya te has despertado? Es una pena que te hayas perdido lo mejor. —La lengua de Baramadir parecía pesada por el alcohol.

Se acercó a Inika por detrás, rodeando el árbol bajo el que yacía la joven, soltó sus ataduras del tronco y la puso de pie.

—Estás un poco sucia, muchacha —añadió, y le volcó encima un cubo de agua fría, que formó un charco fangoso de sangre y tierra a sus pies.

»Y ahora, arrodíllate...

Después de muchas horas, Inika ya no se daba cuenta de lo que hacía con ella. Todo su cuerpo era un foco de dolor, que, al mismo tiempo, se depositaba protector alrededor de sus pensamientos. En cierto momento él se apartó de ella, siguió emborrachándose y se sentó a descansar, apoyado en el árbol más próximo. La muchacha yacía en el sucio suelo de la selva, encogió las rodillas contra el pecho y gimió. Le había quitado las ligaduras de los pies, pero ya no podía andar.

¿Había caído en la inconsciencia? En algún lugar, muy lejos, oyó ladridos de perros,

luego voces. De pronto éstas se acercaron. Unas sombras pasaron, raudas, a su lado, luego resonaron gritos. Alguien intentó arrastrarla por las ataduras de sus manos. Luego un disparo, seguido de un grito como el de un animal agonizante. A continuación, el silencio.

A su lado aparecieron botas, voces más quedas. Notó que la tapaban y que alguien la cogía en brazos. Quiso gritar, pero de su garganta no brotó sonido alguno. Intentó defenderse, pero de repente unas manos la sujetaron con fuerza. Los dedos delgados y largos de una mano cálida. No como la de Baramadir, tosca y maciza. Abrió los ojos y contempló el rostro de Bogo, que la llevaba en brazos.

—Regresad con ella a la plantación —oyó decir al masra Jean, después todo volvió a oscurecerse a su alrededor.

—¡Misi Juliette! —Karini rodeó la casa a la carrera.

Julie estaba en el porche delantero, nerviosa, esperando el regreso de los hombres. Había mandado buscar a Inika en cuanto había visto la tela, pero a la joven parecía habérsela tragado la tierra. Jean organizó una patrulla de búsqueda y recurrió a los perros para seguir la pista de Baramadir. Julie nunca había visto a su marido tan furioso.

—La han encontrado, misi Juliette —balbució Karini, sin aliento.

Julie soltó un suspiro de alivio. Pero el brillo en los ojos de Karini le reveló que era una buena noticia a medias. Se apresuró a abandonar el porche.

—¿Dónde están? ¿Dónde está Jean?

—Han ido al poblado de los trabajadores.

—¿Al poblado? —Julie echó a correr.

—¡Espera, Juliette! —Erika se quedó en el porche con Helena en brazos.

En el poblado, Julie presenció una escena dramática. Jean y los guardas estaban en la explanada, rodeados por los trabajadores indios. Luego vio a Bogo en el centro, sosteniendo en brazos el cuerpo inmóvil de Inika. Por un momento creyó que su corazón iba a dejar de latir, luego corrió hacia él. El rostro de Bogo estaba desfigurado por la pena, y las lágrimas corrían a raudales por sus mejillas. Mecía con cuidado a Inika como si fuera una niña pequeña.

—¡Oh, no...! —Julie resistió el impulso de acariciar la cabeza de la joven, sus manos se detuvieron al ver el rostro destrozado a golpes—. ¡Dios mío! Pero ¿qué le ha hecho?

Luego miró a Jean en demanda de ayuda y retrocedió, sobresaltada. Nunca lo había visto así. Parecía profundamente conmovido, pero también cargado de determinación. En ese momento se situó ante los indios.

—¡Mirad esto! ¡Ved bien lo que vuestro compatriota ha hecho con esta pobre

chica! —declaró, señalando iracundo a Inika—. ¿Es éste el deseo de vuestros dioses? ¿Es ésta vuestra cultura? Ahora escuchadme con atención...

Amenazador, escopeta en mano, dio un paso ante los congregados y gritó:

—Escuchadme: a partir de hoy ya no sois indios, sino que formáis parte de este país, de mi país y de mi plantación. Y como alguien le toque un pelo de la ropa a una mujer o a una niña, colgaré personalmente al culpable de un árbol y le arrancaré la piel a tiras. ¿Lo habéis entendido?... ¿Lo habéis entendido?

La multitud calló.

—¡Y ahora marchaos! ¡A trabajar!

Los indios acataron la orden y se dispersaron en distintas direcciones.

—¿Jean? —Julie miró a su marido, perpleja.

Éste se limitó a volverse ciego de ira, entregó su escopeta al guarda y se marchó hacia la casa de la plantación.

Bogo seguía en el centro de la explanada, con el cuerpo desmadejado de Inika en brazos, sin saber qué hacer.

—¡Ven, Bogo, llévala a casa, deprisa! —Julie señaló la casa de la plantación. Luego se volvió y gritó—: ¡Aniga, Aniga!

La vieja curandera se apartó del grupo de negros que habían asistido al espectáculo y se acercó a Bogo y a Inika. Impresionada, dirigió una mirada a la joven y luego a Julie, antes de seguir al chico hasta la casa.

Aniga se detuvo en el porche trasero.

—Primero debo lavar a la joven, misi.

Julie llamó a Sarina y a Liv, que sin pérdida de tiempo depositaron con cuidado a Inika en una sábana. Aniga quitó la manta que cubría a la muchacha y le cortó las ligaduras de las manos.

Julie se quedó sin respiración.

—Todavía... todavía vive, ¿verdad?

—Sí, misi, pero... —Aniga apartó el último trozo de tela y salieron a la luz otras graves heridas producidas por el maltrato—. Pero es posible que su espíritu haya muerto —añadió la curandera en voz baja.

De repente, en el porche apareció Gesine.

—¿Qué sucede? ¿Sarina? —Al contemplar en el suelo a la joven desnuda y vejada, Gesine retrocedió, tambaleándose, y se agarró al marco de la puerta—. ¡Dios mío...!

Era lo que le faltaba a Julie.

—¡Entra en casa, Gesine! —le ordenó con severidad.

Inika pasó días debatiéndose entre la vida y la muerte. Aniga hizo todo lo que estaba en sus manos y curó las heridas. Cuando por fin la joven abrió los ojos y lanzó una mirada inquisitiva a su alrededor, Julie se dio cuenta en el acto de que Inika ya no era

la misma.

DE GEEST VAN DE ZWARTE MAN

EL ESPÍRITU DEL HOMBRE NEGRO

El Surinam, 1879-1880

Plantación Watervreede, plantación Rozenburg, Paramaribo

CAPÍTULO 1

Karini se sentía muy orgullosa de haberse entendido tan bien con misi Gesine durante los tres últimos meses en Watervreede. Todo había acontecido muy deprisa. Tras el espantoso susto que el estado de Inika había provocado en misi Gesine, ésta apremió a su marido para trasladarse a Watervreede cuanto antes. «¡Aquí hay tantos salvajes...!», exclamó poniendo el grito en el cielo.

El hecho de que todos los demás supieran quién le había hecho eso a Inika era algo de lo que la misi parecía no percatarse. Y también le resbalaba la indicación de misi Juliette de que el peligro había pasado. Karini estaba furiosa con misi Gesine: en lugar de pensar en Inika, que se debatía entre la vida y la muerte, ella únicamente pensaba en sí misma. El ambiente en Rozenburg era muy opresivo, pero a Karini le habría gustado mucho más quedarse allí, al menos para echar una mano a Inika en esos tiempos tan duros. No obstante, aceptó marcharse a Watervreede con misi Gesine y muy poco tiempo después subió a la barca con ella, masra Wim y masra Thijs.

En Watervreede, lo sucedido siguió pesando sobre ellos como una losa. Masra Thijs tuvo el infausto deber de informar a Sarina de lo que le había sucedido a su hija. La india se sintió muy afectada, pero rechazó la oferta de trasladarse a Rozenburg con ella. Karini sabía lo mucho que le había costado a Sarina tomar esa decisión, pero el miedo a sus compatriotas fue más fuerte. Masra Wim, por su parte, se sumergió en el trabajo, muy impresionado por los brutales sucesos.

Misi Gesine encontró una forma muy personal de distraerse. Con fingida alegría, nada más llegar emprendió la tarea de dar a la casa de la plantación un toque femenino. Se cambiaron muebles de sitio, se retiraron alfombras viejas, se ribetearon y se reformaron cortinas... En esas labores, misi Gesine solía ocupar casi siempre el centro de la habitación correspondiente, mientras Karini y Sarina ejecutaban sus órdenes.

Poco a poco, la cotidianidad fue retornando a Watervreede. Todos se alegraban por la cercanía de agosto, mes en el que se había proyectado un encuentro conjunto con motivo de la llegada de la máquina de vapor.

Masra Thijs y masra Wim habían hecho un buen trabajo previo. El enorme montón de lianas y plantas trepadoras que más tarde se quemaron en el patio de trabajo permitió a Karini imaginar el aspecto que debía de haber tenido la casa. En lo tocante al diseño del porche delantero, se desató una breve y agria disputa entre los masras y misi Gesine. A ésta no le gustaban mucho las grandes orquídeas que pendían del techo del porche, pero los masras insistieron en conservar las plantas como estaban. A Karini las flores también le parecían preciosas, y además esparcían

por la noche un agradable aroma dulzón. Al final, las orquídeas se quedaron donde estaban.

Los trabajadores que los habían acompañado desde Rozenburg repararon en un santiamén sus cabañas y después pusieron manos a la obra en el tejado de la casa de invitados.

Agosto se acercaba a pasos agigantados y, con él, la llegada de la máquina de vapor. Todos los trabajos de la plantación se llevaban a cabo con loable laboriosidad. Masra Wim había comprado a un vendedor ambulante del río grandes cantidades de nuevas *singeis*, ripias alargadas de madera dura, para el tejado, como las que se utilizaban en todas partes en el interior, y ordenó a los trabajadores que techaran con ellas las cabañas. «Las palmas se pudren con excesiva rapidez», adujo.

Karini también había recibido una pequeña cabaña sobre la que ahora había *singeis*. A la joven le gustaba el rumor de la lluvia crepitando sobre el tejado impermeable; los tejados de palma eran más proclives a las goteras.

Los comerciantes se habían percatado de que la plantación estaba siendo acondicionada para el cultivo, de modo que atracaban a menudo para ofrecer sus mercancías. Masra Thijs había comprado muchas cosas, incluso había logrado arrancar con esfuerzo a un comerciante cuatro bueyes mugidores, que en realidad pretendía llevar a la ciudad para que fueran sacrificados.

La fuerza de tracción de esos animales se convirtió en una valiosa ayuda para la plantación. Además de los bueyes, la plantación contaba también con algunas gallinas y dos perros de caza que el masra había comprado a un cimarrón. Watervreede despertaba lentamente a la vida.

Karini se sentía orgullosa de los progresos hechos en la plantación y se alegraba de la reacción de los otros cuando vieran relucir la propiedad, antes casi en ruinas. Además, se sentía orgullosa porque era la primera vez en su vida que hacía algo fuera de la sombra de Rozenburg, de sus padres, y lejos de masra Henry y masra Martin. Se sentía mucho más adulta que pocos meses antes, y Watervreede se había convertido en su hogar, a pesar de que misi Gesine seguía siendo una mujer agotadora.

La muchacha esperó con impaciencia la llegada de misi Juliette, masra Henry y masra Martin. Los últimos días se le hicieron eternos, y cuando un mediodía de comienzos de agosto descendieron por fin de la barca misi Juliette, misi Helena, masra Jean y masra Henry, la alegría anticipada de Karini se trocó en preocupación, pues adivinó que había habido malas experiencias y que seguiría habiéndolas en el futuro.

Después de la cena, masra Henry acudió a verla.

—Anda, vamos al río —le dijo alegre.

Echaron a correr como en los viejos tiempos y llegaron sin aliento a la orilla. Protegidos por los plátanos de las miradas procedentes de la casa de la plantación, se

sentaron y contemplaron la puesta de sol.

—¿Estás contenta aquí, en Watervreede? —preguntó masra Henry con cara de preocupación—. Quiero decir..., estar sin ti en la ciudad me resultó extraño. Y cuando llegué a Rozenburg con tu madre hace una semana y nos enteramos de que te habías ido a Watervreede con Gesine... —Se interrumpió.

Karini se sintió halagada. El joven parecía preocuparse por ella, incluso echarla de menos.

—Estoy bien. Me gusta esto y mis tareas son llevaderas. —Soltó una risita—. Hacer moños por aquí, preparar un vestido nuevo por allá, servir bebidas... Los trabajos duros de la casa y de la cocina son competencia de Sarina.

—Así que eres la doncella de Gesine —resumió en voz baja masra Henry.

Karini dio un respingo. Esa desapasionada constatación provocó una punzada en su interior, aunque el joven tenía razón. «Pero por lo menos soy doncella y no fregona», pensó, tozuda.

—Sí —contestó con marcada indiferencia, y cambió de tema—. ¿Qué hay de masra Martin?

Masra Henry se encogió de hombros.

—Ah, pues él... Martin ha decidido vivir con su padre. Vendrán aquí juntos cuando traigan la máquina de vapor.

Karini no se sorprendió, en cierto modo ella comprendía la decisión de masra Martin. Pero seguro que misi Juliette no opinaba lo mismo.

—Y ¿cómo reaccionó tu madre cuando masra Martin no regresó contigo?

—Primero se enfadó mucho, pero luego se tranquilizó. Quiero decir..., yo entiendo que Martin quiera estar con su padre. Yo... yo tampoco conocí al mío —dijo masra Henry, pensativo.

—Pero ahora masra Jean es tu padre. —Karini lo miró con reproche.

En ese momento, el joven le pareció mezquino, ya que al fin y al cabo, en el futuro, tendría a su padre siempre consigo. Al contrario que ella. Su padre vivía ahora con los cimarrones y no estaría presente ni siquiera en las escasas visitas que ella hiciera a Rozenburg. Sintió una oleada de dolor y se esforzó por concentrarse en masra Henry.

—Sí, pero no es mi padre biológico —dijo él, torciendo el gesto.

Karini se negó a admitir ese argumento.

—¡Pues ninguno de los dos podríais haber tenido un padre mejor!

—Sí, es verdad, yo tampoco me quejo, pero Martin tiene además un... un padre de verdad —repuso el joven con tristeza.

CAPÍTULO 2

A Julie no le resultó fácil viajar a Watervreede. Lo sucedido pesaba como una losa sobre su corazón, y tuvo que volver a informar a Sarina de lo acaecido en Rozenburg. No obstante, la tranquilizó diciendo que Inika se encontraba en vías de recuperación, al menos en lo relativo a las lesiones físicas. Julie no estaba segura de la profundidad de las heridas psíquicas, pero se lo ocultó a Sarina.

Había hablado muchas veces con Erika de lo sucedido. Ambas sabían que el ataque y la violación de Baramadir habían provocado una profunda herida en el alma de la joven. Inika hacía sinceros esfuerzos para que no se le notara, pero su llamativa alegría, la risa demasiado estridente y la aparente tranquilidad parecían a menudo exageradas y antinaturales, y las dos mujeres las consideraban una señal de alarma. Cuando se repuso de la malaria, Erika se ofreció incluso a quedarse con Inika en Rozenburg, pero ésta se negó a aceptar el ofrecimiento.

—Váyase tranquila, misi Erika, estoy bien. Si lo permite, me quedaré con Bogo aquí.

—Por supuesto, Inika, puedes quedarte en Rozenburg el tiempo que desees —dijo Erika al tiempo que le dirigía una elocuente mirada a Julie.

Ésta mostró su acuerdo con una inclinación de la cabeza. Nada más lejos de su ánimo que mandar a la joven fuera. Así que hacía pocas semanas que Erika había regresado a la ciudad.

Ahora, Julie, Jean, Helena y Henry estaban a la orilla del río junto con Thijs, Gesine, Wim, Karini y Sarina. Caía un sol de agosto abrasador, pero nadie quería perderse ese importante momento: la llegada de la máquina de vapor.

Thijs había informado de que, según Pieter, el envío de Cuba al Surinam se había efectuado sin problemas. Pero en el país surgían siempre dificultades cuando se trataba de trajar objetos grandes, voluminosos y pesados, por lo que el transporte hasta la plantación había sido un auténtico desafío.

La máquina era tan grande y pesada, pese a estar desmontada en varias piezas, que resultaba imposible cargarla en barcas de remos. Así que Pieter contrató un velero en la ciudad y organizó también la descarga de la máquina en la plantación. Proyectaba trasladar a la orilla las distintas piezas mediante balsas y polispastos, aunque a Jean se le antojaba un método arriesgado. «Ojalá la máquina de Thijs no acabe en el río», dijo preocupado, pero no halló una solución mejor.

Julie confiaba en que todo saldría bien. Cuando la máquina estuviera montada, podría comenzar a funcionar el molino de caña de azúcar.

Unas horas antes, Thijs había enviado a varios trabajadores río abajo para avistar la embarcación. Y nadie resistió más tiempo en la casa cuando regresaron muy excitados, gritando: «¡Que viene el barco!». Incluso Gesine, que un momento antes se quejaba apesadumbrada del calor, se levantó de un salto y salió corriendo de casa.

A Julie le había sorprendido positivamente el estado de Watervreede, era obvio que la plantación había mejorado mucho durante los últimos meses. Nada recordaba ya a aquella plantación casi en ruinas de las descripciones de Wim y Thijs. Y Gesine había velado por mantener el orden y cierto confort en la casa. Al final parecía haber encontrado una labor que mitigaba su aburrimiento. Julie y Jean habían bromeado tras su partida preguntándose cuándo se hartaría Gesine de Watervreede, pero al parecer había aceptado su destino. También Karini, a la que Julie había asegurado expresamente que si no estaba a gusto en Watervreede podría regresar a Rozenburg cuando le apeteciera, resistía con valentía. Incluso parecían muy satisfechos de su labor.

La mirada de Julie se centró en Wim. La verdad era que no tenía que preocuparse por él. Se sentía muy a gusto en Watervreede, su cuerpo estaba bronceado, los brazos, musculosos, y alrededor de los ojos se le habían formado arruguitas de reír.

Julie respiró hondo. Evidentemente ella era la única que no se alegraba en exceso de la llegada del barco, pues con él, además de la máquina de vapor, arribarían también Pieter y Martin. Antes del primer encuentro con Martin se sentía mal, pero estaba decidida a no hacer reproches al muchacho. Se había imaginado lo sucedido cuando Henry había partido de Paramaribo sólo con Kiri. En un primer momento se enfadó, pero al ver la expresión de consternación de Henry, se tranquilizó enseguida.

—Está empeñado en traer la máquina a Watervreede con su padre. He intentado quitarle la idea de la cabeza, pero...

—Está bien, Henry. Era de esperar que Martin prefiriera vivir con su padre —lo consoló Julie, aunque a ella también le dolía mucho.

No obstante, ahora eran dos hombres jóvenes y debían encontrar su propio camino. Julie sabía que no podía ni debía impedir esa evolución. Y si eso significaba que Martin fuera feliz con su padre, así sería. Sin embargo, se había propuesto animarlo a reflexionar sobre sus planes. Lo que más temía era que Martin no actuara según su libre albedrío, sino bajo la influencia de Pieter. No podía ni imaginar lo que ocurriría si el chico se contagiaba de sus ideas... Ya había mostrado en varias ocasiones atisbos de eso, y la forma de tratar a Karini le daba que pensar. ¿Habría logrado Pieter influir a Martin cuando era pequeño? Julie siempre se había esforzado por convertir a Martin en un joven decente y ahora albergaba el secreto temor de que Pieter pudiera arruinar sus esfuerzos.

La voz de Thijs Marwijk la arrancó de sus reflexiones.

—¡Ahí viene, ahí viene! —gritó, dando a Wim una palmada en el hombro.

Y, en efecto, en el centro del río, por detrás de la espesa vegetación de la orilla, aparecieron primero un mástil y luego la proa de la nave.

Lentamente se deslizó río arriba hasta que por fin echó el ancla en el centro del Surinam. El capitán no pudo acercar más el barco a la orilla debido a los numerosos bancos de arena. En la popa iban estibadas numerosas balsas que ahora soltaban y colocaban en su sitio los trabajadores negros que remaban en pequeñas barcas alrededor de la enorme embarcación. Marwijk, Wim, Henry y Jean remaron hasta el velero mientras las mujeres presenciaban la escena desde la orilla.

La descarga se alargó mucho. Julie se disponía a proponer retirarse a la sombra del porche cuando un pequeño bote se deslizó desde el velero hacia la orilla. Julie entornó los ojos y distinguió en su interior a una mujer que agitaba un pañuelo.

—¡Erika! —Julie le entregó la niña a Karini, se remangó la falda y corrió hacia el embarcadero—. Pero ¿qué haces aquí? —preguntó, cariñosa, a su amiga.

Erika rió, feliz, y dejó que Julie la ayudara a salir del pequeño bote de remos.

—Le prometí a tu primo que lo visitaría en Watervreede —contestó riendo—. La llegada de la máquina de vapor ha causado tal sensación en la ciudad que no podía perdmela. —Entre jadeos, subió con Julie hasta la orilla—. Cuando encontré a Martin, pensé que podría viajar con él. Al fin y al cabo, esto no se ve todos los días.

—Ay, Erika. —Julie abrazó a su amiga, contenta de veras—. Me alegra tanto verte restablecida...

—Oh, mevrouw Bergmann, es un placer. —El saludo de Gesine, por el contrario, fue algo más frío.

Julie distinguió en la mirada de Gesine un matiz de desprecio que no acertó a interpretar. ¿Acaso Gesine sentía ahora un cierto escepticismo respecto a Erika? Si en Rozenburg se habían llevado bien...

Erika saludó a Gesine con su amabilidad acostumbrada y a continuación señaló el barco.

—La descarga durará todavía —explicó—. Primero hay que preparar las balsas, tender cabos directrices hasta la orilla, atar a ellos las balsas y después descargar las distintas piezas de la máquina de vapor.

—Caramba, veo que te has convertido en una auténtica experta en cuestiones de transporte. —Julie rió.

—Bueno —Erika bajó los ojos levemente avergonzada—, la travesía ha sido larga, y Pieter me lo ha explicado con todo detalle.

—Pieter... —Julie intentó controlarse. De buena gana habría prescindido de él.

CAPÍTULO 3

La excitación de Wim iba en aumento a medida que se acercaba al barco en el bote de remos en compañía de Jean y Thijs. Cuando abordaron la embarcación, no dio crédito a sus ojos: en ese momento Pieter ayudaba a Erika a subir a un bote de remos. Wim se alegró mucho y la llamó. Ella lo saludó entusiasmada.

—¡Se lo prometí, Wim! —exclamó riendo.

Thijs le propinó un codazo y esbozó una sonrisa sardónica. Wim suspiró, avergonzado, pues se imaginaba lo que estaba pensando su amigo. Él sentía mucho cariño por Erika, pero no *ese* tipo de cariño. A pesar de todo, se alegraba de veras de que ella hubiera cumplido su promesa yendo a visitarlo a Watervreede. Estaba seguro de que Julie también estaría entusiasmada.

—Hola, Erika, me alegro de verla —gritó, antes de que la voluminosa máquina de vapor captara toda su atención.

Jean se había sentado en una de las barcas de remos que tenían que colocar las balsas, y Pieter Brick, en la popa del barco, vigilaba las maromas guía. Entretanto, Martin había cruzado el río con algunos remeros para sujetar esas maromas en la orilla.

Wim se situó con Thijs junto a la borda. Ellos no tenían nada que hacer, pues Pieter había planificado la descarga hasta el más mínimo detalle. Thijs parecía tenso, y Wim intuía lo que sucedía en su interior. Él, que era siempre tan activo y resuelto, estaba condenado en su propia plantación a seguir ese acontecimiento largamente esperado cruzado de brazos.

—Ojalá aguante todo eso —dijo preocupado.

Wim siguió su mirada y examinó la construcción que se levantaba ante sus ojos. Las sogas para guiar las balsas iban yendo poco a poco del barco hasta la orilla. Allí, con ayuda de bueyes, fueron tensadas con fuerza alrededor de un árbol; el otro extremo estaba sujeto al barco de transporte o, mejor dicho, al ancla. Las sogas se tensaban lentamente, y el casco del barco emitió un ruido quejumbroso. Luego la unión pareció estabilizarse de golpe, y el velero de transporte quedó tranquilo en la corriente del centro del río.

Thijs, sin embargo, seguía escéptico.

—Con tal de que el ancla resista...

Pieter Brick se acercó entonces a ellos; parecía muy animado.

—Esto está hecho. Ahora uniremos las balsas a las maromas, y después los bueyes podrán arrastrarlas hasta la orilla con las garruchas.

Thijs le palmeó el hombro.

—Tengo que alabar su pericia como constructor. Este asunto se ha planificado

con enorme sutileza.

En ese momento resonó por debajo de la borda un silbido: la señal de Jean de que las balsas estaban listas.

—Vamos a ver —dijo Brick, yendo hacia el brazo de carga que debía depositar las piezas de la máquina de vapor en las balsas desde la cubierta del barco.

—¿Cómo se van a elevar las piezas? —Wim no acertaba a explicarse cómo pretendían lograrlo con ayuda de tan pocos hombres.

Brick se dio un golpecito en la frente, rió y sujetó alrededor de la primera pieza de la máquina de vapor una gruesa sogá que iba hasta un aparejo de poleas fijado a la viga de carga.

—Venga, se lo enseñaré. —Tomó el extremo de la sogá y se encaminó con él hasta la popa del barco. Allí, otro bote pequeño esperaba en el río. Brick arrojó a los remeros el extremo de la sogá—. Ahora preste atención.

Los hombres sacaron unas tablas del barco y las metieron en el agua de lado junto al casco. La fuerza de la corriente del río alejó en el acto al pequeño bote del barco de transporte. La sogá se tensó, y al instante los hombres oyeron tras ellos el ruido del sistema de poleas. Antes de que Wim pudiera expresar en voz alta su temor a que el bote fuera arrastrado por la corriente, entre el velero y éste se tensó una cadena de la que colgaba el pequeño bote y que tenía la largura justa para que la pieza de la máquina de vapor flotara en el aire sujeta a la sogá.

—¡Un genio! ¡Mijnheer Brick, es usted un genio! —Thijs estaba visiblemente impresionado, y también Wim le manifestó su reconocimiento.

Los trabajadores giraron el brazo de carga sobre una de las grandes balsas, y, tras un silbido, los hombres que estaban en el bote de remos regularon la resistencia de la corriente, y la pieza de la máquina descendió con suavidad hacia la balsa. Soltaron la sogá de la polea y la pieza atada a la balsa, luego resonó otro poderoso silbido de Brick, esta vez como una señal a los de la orilla, y los bueyes comenzaron a tirar.

Ya era de noche cuando los animales trasladaron a tierra la última balsa. Las antorchas marcaban el camino por el que los bueyes arrastraban con esfuerzo las piezas de la máquina hacia el futuro edificio del molino.

Wim se quedó muy impresionado al comprobar con qué métodos tan sencillos habían desembarcado la máquina de vapor. Sintió un enorme respeto hacia Brick por el plan que había ideado y la puesta en práctica del mismo.

—Pronto podremos irnos. —Thijs levantó los brazos en un gesto invitador, después de que la última pieza de la máquina quedó en su sitio—. Después de un día como éste todos nos hemos ganado un trago, ¿no os parece? Seguidme, por favor.

CAPÍTULO 4

Karini se dirigía al salón con una bandeja en la que llevaba un pequeño aperitivo para las misis cuando los hombres entraron en la casa de la plantación riendo y escandalizando.

—Karini, por favor, trae también bebidas para nosotros —le rogó masra Thijs.

—¿Está terminado? —preguntó misi Gesine al tiempo que alzaba unos ojos cansados. Ya era tarde.

—Sí, todo está en tierra. —Masra Pieter se adelantó a masra Thijs y se dejó caer en uno de los sillones, como si estuviera en su propia casa.

—Me alegra verte, Karini —susurró masra Martin al entrar.

Sobresaltándose, la joven negra le dedicó una breve sonrisa, luego se apresuró a llevar las bebidas.

Pasada la medianoche, Karini, agotada, retiró los últimos vasos de la casa. Los señores se habían ido hacía rato a la cama.

—¡Eh!

Una voz procedente de la oscuridad del porche le hizo dar un respingo. Entonces distinguió a masra Martin. Estaba apoyado con indolencia en la balaustrada, con un vaso de *dram* en la mano.

—Ha sido un día muy excitante —dijo dando un paso hacia ella—. No sabía que también estabas aquí.

En el estómago de Karini, unas cuantas mariposas emprendieron el vuelo.

—Sí, vine hace unas semanas con misi Gesine. En Rozenburg no tenía mucho que hacer, así que...

—Eso es muy práctico. —Masra Martin rió en voz baja—. Yo estuve dándole vueltas en la ciudad para convencer a Juliette de que te dejara venir a Watervreede.

—A lo mejor deberías haberle preguntado primero si podías venir *tú*... Creo que se enfadó porque dejaste partir solo a masra Henry —replicó ella.

A Karini no le había pasado por alto la expresión crítica de la misi después de que los hombres entraron en casa por la noche y Martin se sentó con absoluta naturalidad al lado de su padre.

—Ella lo entenderá —respondió el joven dando un trago al *dram*—. Karini, mi futuro está aquí. Aquí, en Watervreede, con mi padre.

Ella se sorprendió. Comprendía que quisiera irse a vivir con su padre, pero se preguntaba cómo podía renunciar tan fácilmente a todo lo que antes le había sido tan querido y tan habitual.

—¿Y Rozenburg? ¡Tu hogar está allí!

Masra Martin resopló divertido.

—Karini, soy casi un adulto... Todos nosotros somos casi adultos. —Una sonrisa asomó a su rostro—. Casi..., pequeña Karini. En cualquier caso, todos hemos de pensar en el futuro. Y en Rozenburg... ¿Es que más adelante voy a tener que pelearme con Henry por eso?

—¡Pero es que no tenéis que pelearos! Además, siempre os habéis llevado bien.

—Karini, cuando el molino de azúcar esté en funcionamiento, las expectativas aquí serán mucho mejores que en Rozenburg. Eso... eso también lo dice mi padre.

—Si él lo dice...

La muchacha comprendió de repente que ya nada volvería a ser como antes. Y se enfureció con Masra Martin: de pronto, para él, la única persona del mundo era su padre. No obstante, procuró que no se le notara. Con marcada indiferencia, se encogió de hombros y se dispuso a llevar la bandeja al edificio de la cocina.

—Y como ahora también estás tú aquí... —Masra Martin la siguió.

—¿Acaso temías tener que vivir sin criada? —le preguntó Karini con impertinencia mientras depositaba con cierta brusquedad la bandeja sobre la mesa fregadero situada delante de la casa de la cocina. Los vasos tintinearono suavemente.

—No... —El joven dejó su vaso, la cogió por el brazo e hizo que se volviera hacia él—. Yo confiaba... en que... en que *nuestro* futuro estuviera aquí, en Watervreede.

Karini no daba crédito a sus oídos. «*Nuestro* futuro...» Así que lo que le había dicho entonces iba en serio.

—Sí, *nuestro*. —Martin acercó una mano a su mejilla y con el pulgar acarició la piel de Karini con gesto de ternura.

Ella sintió un escalofrío delicioso. Durante un instante se mantuvo completamente inmóvil disfrutando del hormigueo que invadió todo su cuerpo. ¡Qué suave era la mano de Masra Martin..., la mano de *Masra Martin*! ¡No! ¡No podía hacer eso! No estaba bien.

—Masra... —Karini lo alejó con suavidad—. Estás borracho, vete a la cama —repuso, y sumergió los primeros vasos en el agua de fregar a toda prisa—. ¡Vamos, vete!

CAPÍTULO 5

Al final, los días se convirtieron en semanas. Julie no conseguía convencer a Jean y a Henry de que abandonaran Watervreede. A los hombres únicamente les interesaba la construcción de la máquina de vapor. El propio Jean, que en otras ocasiones confiaba muy a disgusto la plantación al cuidado de sus eficientes capataces, no parecía sentir el menor deseo de regresar a casa. Y Erika, de cuya presencia Julie disfrutaba mucho, estaba, para asombro de ésta, realmente entusiasmada, y por las noches ardía de impaciencia esperando que Wim le refiriera cada uno de los pasos. Gesine, por el contrario, fruncía casi siempre el ceño, aburrida.

Julie se sentía aliviada porque apenas veía a Pieter. Al igual que los demás, se pasaba todo el día en la zona de trabajo de la plantación, en cuyo antiguo granero se estaba montando la máquina. Además, había que construir un nuevo edificio para la caldera junto a éste, y algunos trabajadores habían comenzado a ensanchar el canal que fluía desde el río hasta allí para que siempre llevara agua. Martin y Henry se pasaban allí todo el día. Julie observó complacida que los chicos apenas discutían por minucias, sino que a la hora de trabajar tiraban de la misma cuerda.

Los primeros días, la relación entre Julie y Martin fue muy tensa, pero poco a poco la situación se suavizó. Ella era plenamente consciente de que la situación no era sencilla para él. Su rencor se concentraba más bien en Pieter, que sabía tener a su hijo en un puño. En las escasas comidas conjuntas de las semanas anteriores, Pieter siempre hablaba de Martin y de él en plural: «nosotros», recalcaba con elocuentes miradas a Julie. En esos momentos a ésta le habría encantado recoger sus cosas y regresar a Rozenburg. Pero Jean, que percibía su enfado, siempre se lo desaconsejaba. «No dejes que Pieter te eche, Julie. Dentro de un par de días nos marcharemos», le decía. Pero después siempre eran otro par de días más...

Corría mediados de septiembre cuando la máquina de vapor se puso por fin en funcionamiento. Jean había mandado transportar en barcas unas cuantas cargas de caña de azúcar desde Rozenburg a Watervreede. En Rozenburg, según noticias de sus capataces, todo transcurría a su entera satisfacción, como siempre, únicamente el transporte en barco de la caña de azúcar suscitaba dudas.

—Es imposible hacerlo así. El trayecto río arriba es demasiado complicado — decidió.

Y los hombres se toparon entonces con otro proyecto sobre el que cavilar: la construcción de un camino entre Rozenburg y Watervreede.

Pero primero había que poner en marcha la máquina de vapor. La sala de calderas

se calentaba desde primera hora de la mañana, de modo que todos se congregaron alrededor de la máquina que a partir de ese día determinaría su futuro. Thijs Marwijk, visiblemente emocionado, pronunció un breve discurso en el que agradeció su ayuda a Pieter, Wim, Jean, Martin y Henry, y, con un guiño, también a las mujeres, que habían soportado con tanta paciencia la ambición de los hombres. Cuando terminó, reinó un silencio expectante. Luego, Marwijk dio la orden y uno de los trabajadores abrió la válvula. El vapor se abrió camino desde la sala de calderas y finalmente la máquina dio la primera embolada con un resoplido. Helena se asustó mucho y se echó a llorar en brazos de Julie. Ésta no se lo reprochó a su hija, pues el estruendo de la máquina era insoportable. Colocó su mano protectora sobre la cabeza de la pequeña y la sacó fuera.

—Juliette...

Se volvió bruscamente y se topó con los fríos ojos de Pieter.

—¿Qué quieres? —le espetó, echando chispas.

—¿A qué viene tanta descortesía, Juliette? —inquirió él colocándose a su lado.

Instintivamente, Julie rodeó a Helena con sus brazos en un gesto de protección.

Pieter sonrió con suficiencia.

—Considerando el hecho de que ahí dentro también acaba de ponerse en marcha *tu* futuro, deberías mostrarte un poco más amable. Espero —prosiguió con expresión de fingida preocupación— que Rozenburg esté a la altura de la futura presión de la competencia. Está a punto de comenzar una época completamente distinta —declaró y, para corroborar sus palabras, hizo un gesto ampuloso con los brazos.

Después, sin embargo, se detuvo con brusquedad. Enganchó los pulgares con aire indiferente en la cinturilla del pantalón y paseó alrededor de Julie.

—Espero que hayas comprendido con claridad que Martin se quedará conmigo. Aún tiene que aprender muchas cosas. Sobre todo la forma de tratar a los negros; en ese ámbito habéis soltado mucho las riendas de su formación... y, dicho sea de paso, ha sido muy amable por tu parte haberme traído una pequeña negrita. —Su risa petrificó el corazón de Julie, pero lo que vino después fue aún peor—: ¿No es la hija de tu Kiri?

¡Karini! De ningún modo podía dejarla allí con Pieter.

—No te hagas ilusiones, Pieter, Karini regresará con nosotros a Rozenburg.

—Oh, eso desagradará a mi hijo. Creo que esa chica le gusta. Pero estimo que aún le quedan por aprender algunas cosas. —Su mirada se tornó inquisitiva de pronto—. Sin embargo, hay algo que quiero decirte: a partir de ahora ya no ejercerás la menor influencia sobre él. Piensa siempre que yo sé algo que tu Jean ignora y tu hijo seguramente también. Así que...

—¿Qué es lo que no sé? —Jean salió del edificio de la caldera con mirada de desconfianza.

El tono de Pieter cambió en el acto.

—Ah, Jean, le estaba diciendo a Juliette que tú todavía no sabes cuándo podréis

entregar la primera gran remesa de caña de azúcar.

—Ya te avisaré. ¿Vienes a casa, Julie? —dijo él y, tomándola del brazo, la alejó de Pieter—. ¿Te ha molestado por Martin? —preguntó cuando ya no podía oírlos.

—No... Él... Ah...

—¿Qué sucede, Julie? ¿Es que te ha amenazado con algo? —Jean parecía preocupado de veras—. Si no me cuentas lo que ocurre, no puedo ayudarte.

Julie se soltó de su mano con un gesto brusco.

—De todos modos, tú no me crees, él te ha sorbido el seso. Todo este teatro lo organiza única y exclusivamente por un motivo: desea recuperar Rozenburg. —Julie notó cómo las lágrimas brotaban de sus ojos y rodaban por sus mejillas.

—¿De verdad crees que Pieter trabaja tan duro en Watervreede para recuperar Rozenburg, Julie? Además..., ¿cómo iba a hacerlo? Creo que son figuraciones tuyas —replicó Jean, negando con la cabeza.

Julie sollozaba. Desde que Pieter se había reunido con ella la primera vez, ese peso oprimía su alma. Había cometido errores, sobre todo uno: ocultarle algo a su marido. Y ahora eso suponía una amenaza. Julie luchó consigo misma, pero sólo había una solución: contárselo a Jean antes de que Pieter utilizara ese secreto en su propio beneficio.

—Él... él puede chantajearme. —Se detuvo un instante, pero no encontraba las palabras justas.

La mirada de Jean traslucía curiosidad y calor, y eso le infundió nuevos bríos.

—Jean..., entonces... El accidente de Karl en el río... no fue un accidente. —Julie tragó saliva.

—¿Qué quieres decir? —Él dio un paso hacia ella, pero Julie rechazó su abrazo.

—Karl habría matado a Kiri, y eso que ella no había hecho nada, y yo no podía... Yo tuve que... Yo no quería matarlo, pensé que... Jean, yo maté a Karl, y Pieter lo sabe.

Él miró a su esposa consternado.

—¿Por qué no me lo habías contado?

En ese mismo momento alguien salió de la sombra de un árbol. Era Henry. Julie se asustó al ver su mirada, que destilaba una profunda pena.

—Ahora también lo sé yo —balbució antes de dar media vuelta y salir corriendo.

CAPÍTULO 6

Karini estaba furiosa. Primero misi Juliette la había enviado a Watervreede con misi Gesine, y ahora establecía volver de inmediato a Rozenburg. Apenas concluida la primera prueba de funcionamiento de la máquina de vapor, misi Juliette ordenó hacer las maletas, y pocas horas después regresaban a la plantación Rozenburg. El ambiente en la embarcación era muy tenso. No sólo estaba enojada Karini, sino que también masra Henry iba a proa, sentado junto a ella con expresión abatida, en lugar de ir detrás con sus padres. Misi Juliette y masra Jean todavía no habían cruzado una sola palabra, hecho también insólito. Karini se preguntaba a qué se debía esa partida repentina, pero en la barca no podía preguntárselo a masra Henry. Debía de haber sucedido algo.

Masra Martin también se sorprendió mucho.

—¿Cómo es que no te quedas aquí? —le preguntó.

Karini no lo sabía, pero las palabras de misi Juliette no dejaban lugar a dudas. ¿Qué podía hacer ella? Ni siquiera las protestas de misi Gesine lograron disuadir de su propósito a misi Juliette.

—¡Juliette, no puedes quitarme sin más ni más a Karini! —exclamó la misi, enfadada.

—Karini es de nuestra plantación. Tú tienes a Sarina y, según he oído, Watervreede recibirá nuevos trabajadores dentro de unos días —replicó misi Juliette, cortando así de raíz cualquier discusión.

—¿Karini? —A su madre también le sorprendió mucho el regreso de la chica a Rozenburg.

Kiri dirigió una mirada interrogante a misi Juliette, pero ésta se limitó a levantar la mano para indicarle que no hiciera más preguntas. Kiri, que conocía muy bien a la misi, obedeció.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo por toda respuesta acariciando brevemente el pelo de Karini, que se limitó a encogerse de hombros.

En los días sucesivos, el ambiente en Rozenburg no mejoró. Masra Henry estaba de morros, no hablaba una palabra con sus padres ni tampoco con Karini. Con lo que a ésta le habría gustado saber lo que había sucedido...

Pero en cierto momento, ya no aguantó más. Al ver, a última hora de la tarde, que masra Henry se dirigía al río, lo siguió y se sentó en silencio a su lado bajo el árbol. Una bandada de aves acuáticas se habían posado en la superficie, y el sol se ponía despacio por detrás de las copas de los árboles.

—¿Qué ha pasado, masra Henry? —se atrevió a preguntar después de un rato de silencio.

Masra Henry siguió contemplando fijamente el río, pero entornó los ojos. Karini aguardó, paciente.

Por fin el joven suspiró, le lanzó una rápida ojeada y respiró hondo.

—Oí que mi madre admitía haber matado a mi padre.

—¿Qué? —Karini se quedó conmocionada. Daba por sentado que debía de tratarse de algún tipo de querrela familiar, pero jamás se le habría ocurrido pensar que fuera un asunto tan grave.

—¿Cómo...? Quiero decir..., ay, Dios mío. —A Karini le faltaban las palabras.

—Sí, exactamente así me siento yo. —Masra Henry encogió las piernas hasta el pecho y se rodeó las rodillas con los brazos—. No sé cómo asimilar esto, tampoco sé qué decirle a mi madre. Por lo que sé, Jean también lo desconocía. Lo oí por casualidad en Watervreede. Creo —soltó una risita— que tampoco estaba destinado a mis oídos.

—Pero... pero ¿qué oíste exactamente? —La joven tenía la esperanza de que masra Henry lo hubiera malinterpretado.

Él volvió a suspirar.

—Fue terminante, Karini. Ella dijo: «Karl habría matado a Kiri, y eso que ella no había hecho nada, y yo no podía... Yo tuve que... Yo no quería matarlo, pensé que... Jean, yo maté a Karl, y Pieter lo sabe».

¿Misi Juliette..., una asesina? Karini tuvo la sensación de que el suelo se hundía bajo sus pies.

CAPÍTULO 7

Julie tenía unos remordimientos atroces y creía que algo se había roto en el seno de su familia. Había abusado de la confianza de Jean y de Henry.

Aunque su esposo disimulaba, las reiteradas miradas que dirigía a Julie eran harto elocuentes. Henry la evitaba, y cuando creía que no lo veía, solía dirigirle miradas penetrantes y pensativas. Sus ojos casi le quemaban la piel. Le habría gustado tomarlo en sus brazos, contárselo todo..., pero vacilaba y no acababa de reunir el valor necesario.

Al cabo de una semana, no aguantó más. Tenía que explicárselo a su hijo y a su marido, o Henry se apartaría por completo de ella y el distanciamiento con Jean tal vez se tornaría insalvable tarde o temprano. Además, el miedo a Pieter la espoleó: si él decía algo antes de que ella hubiera hablado con los dos, conseguiría dividir a su familia. En cualquier caso, las cosas se le habían puesto muy bien, y eso tenía que impedirlo. Esa noche, haciendo acopio de todo su valor, pidió a Jean y a Henry que se reunieran con ella en el salón para hablar.

Henry apareció con expresión enfurruñada y Jean con cara de tensión.

—Me gustaría explicaros lo que sucedió —comentó en voz baja.

Henry soltó un resoplido y clavó los ojos en la alfombra. Por el contrario, Jean la miró largamente y dijo:

—Si no quieres, no tienes por qué hacerlo, Julie.

—Sí, sí, quiero hacerlo. He callado ya demasiado tiempo. Vosotros debéis saber lo que sucedió aquí.

Julie respiró hondo, e inconscientemente las escenas de aquella noche funesta aparecieron ante sus ojos. De pronto sintió frío. Casi parecía oler el aire brumoso y húmedo del río, recordó con claridad meridiana cómo Karl bajaba de la barca.

—Aquel día Karl había regresado de la ciudad. Nosotros tuvimos que comunicarle que algunos de los esclavos de la plantación habían escapado. Pieter los había tratado con sus medicamentos, y como algunos no... no lo soportaron bien..., a los demás les entró miedo y quisieron acudir al curandero de los cimarrones. Esto enfureció sobremanera a Karl, y se produjo una refriega junto al río. Él se abalanzó cinturón en mano contra el jefe del poblado. Yo... yo me interpose, y entonces... entonces me pegó. Kiri quiso acudir en mi ayuda, pero también la golpeó a ella. Estaba fuera de sí, loco de ira, y golpeaba una y otra vez. —Julie tuvo que tragar saliva—. Entonces yo..., allí había un remo y... Fue legítima defensa, ¿qué debería haber hecho?... No quería matarlo. ¡Por favor, tenéis que creerme! Kiri estaba gravemente herida..., yo sólo tenía miedo. —Julie bajó los ojos, no se avergonzó de que las lágrimas resbalasen por sus mejillas.

Durante un momento reinó un silencio absoluto. Jean se acercó a su esposa y la abrazó con cariño.

—Julie..., ay, Julie... Yo te creo, pero, a pesar de todo, deberías habérmelo... habérmelo contado antes.

Henry, sentado en silencio en el sillón, se retorció las manos.

Julie agradeció a Jean su gesto y sus palabras. Lo miró llena de amor y luego se desprendió de su abrazo. Aún no había concluido su relato.

—Por entonces, cuando sucedió todo, Pieter estaba en la plantación, y fue enseguida a ocuparse de Karl. Yo... —se le quebró la voz—, yo no podía decirles a Martina y a Pieter que..., así que conté que fue un accidente. Tenía miedo. Miedo a perderte, Henry, y a que me metieran en la cárcel. Pieter confirmó oficialmente que se había tratado de un accidente, pero por la forma de encararse conmigo, él sabía que no era verdad y desde entonces lo ha utilizado contra mí. Me ha chantajeado, me ha amenazado siempre aduciendo que, si yo no le entregaba Rozenburg, mi hijo crecería sin madre.

Jean resolló de rabia y puso los brazos en jarras. Parecía preocupado.

—Eso no está bien...

Henry se levantó de su asiento de un salto.

—Pero han transcurrido ya muchos años, hoy a nadie se le ocurriría...

Jean se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

—No, Henry, por desgracia eso es algo que seguramente no prescribe, y bien podría suceder que Pieter lo saque de nuevo a relucir. Cualquiera sabe lo que le pasa por la mente a ese hombre, así que debemos mantenernos alertas.

Jean dirigió a Julie una mirada de lo más elocuente. Ella sabía a qué se refería: tenían que procurar que Pieter no cuestionara oficialmente la paternidad de Karl con respecto a Henry. Porque, ambos lo sabían, Pieter estaba al cabo de la calle de que Henry no podía ser hijo de Karl. A Julie le dolía en el alma no poder contarle al muchacho toda la verdad, porque si salía a relucir que Henry no era hijo biológico de Karl, habría que renegociar la herencia Rozenburg. Notó que se le ponía la carne de gallina. Pieter aún guardaba algunos ases en la manga, y, si los utilizaba, se avecinaban tiempos duros y tempestuosos para ellos.

Jean abrazó a su hijo y a Julie.

—Pase lo que pase, todo se arreglará. Nosotros tenemos que mantenernos unidos.

CAPÍTULO 8

Las heridas de Inika habían sanado, pero en su alma se abría un oscuro agujero negro. No acertaba a recordar todo lo que había sucedido en la selva. Las ligaduras, el olor a alcohol... El resto era una espesa niebla en su cabeza, y presentía que sería mejor no intentar recordar lo que se ocultaba tras ella. Su cuerpo hablaba un lenguaje evidente: había atravesado experiencias atroces. La atormentaba la pregunta de quién era el culpable de esas experiencias. ¿Ella misma, por haber escapado? ¿Los indios y los guardas por no haber conseguido frenar a Baramadir? ¿O puede que misi Juliette y el masra..., o quizá incluso misi Erika, por haber enfermado? Por más vueltas que le daba, siempre llegaba a la misma conclusión: en última instancia, la culpable era ella misma, por haber optado por volver a Rozenburg.

Inika se retraía cada vez más, no podía soportar las miradas de complicidad de los habitantes de la plantación. Además, entre los indios aún despertaba reproches, y entre los señores, compasión.

Cuando Karini regresó de Watervreede, la muchacha se alegró. Karini no se había enterado de las semanas de lucha de Inika para volver a la vida y, si lo sabía, no lo manifestaba. La trataba como de costumbre y parecía meditar sobre sus propios problemas. A menudo ambas jóvenes efectuaban juntas las labores domésticas y culinarias, pero en silencio.

Por el contrario, Bogo se sentía, pese a todo, atraído por sus compatriotas. Inika le dejaba plena libertad, bastante tiempo había estado ya entre negros y blancos, y ahora disfrutaba sobremanera del círculo de los indios. Al contrario que a Inika, a él sí lo acogían en su seno. Masra Jean lo había enviado a los campos con los trabajadores, y a Inika le parecía muy bien que estuviera ausente la mayor parte del tiempo.

Cuanto más se recuperaba físicamente, más crecía en ella el deseo de cambiar su suerte. En algún momento ya no se le concedería ningún período de gracia más, lo sabía de sobra. Pero no deseaba un futuro como trabajadora en la plantación. Aunque en la ciudad la situación tampoco es que fuera más prometedora. Ahora la única salida era mostrarse lo más servicial posible con la misi.

Inika comenzó a entrar en la casa con mayor asiduidad. La misi tenía que ver que ella, pese a todo, era una joven trabajadora y estaba muy agradecida por haberla ayudado.

—Deja que lo haga yo —le decía cada vez con más frecuencia a Kiri, Liv o Karini, cuando había que servir la mesa o servir bebidas.

La misi entonces exhibía una sonrisa de aprobación.

—Gracias, Inika, lo haces muy bien.

La alabanza de la misi era una caricia para el alma de la chica.

A Karini, sin embargo, a veces la enojaba el nuevo interés de Inika por las actividades domésticas. La enfurecía especialmente que la india sirviera a masra Henry. Sin embargo, a Inika la traía sin cuidado lo que los demás pensaran de ella. Lo intentaría todo para salir de la ciénaga de la clase trabajadora. Cuanto más mejorara su posición, menor sería el riesgo de que alguien volviera a hacerle daño.

CAPÍTULO 9

Karini se tranquilizó al ver que en Rozenburg se habían serenado los ánimos. Habían transcurrido ocho meses ya desde su regreso de Watervreede. Masra Henry se había reconciliado con su madre, y Karini le agradeció que una noche le contara los hechos acaecidos antaño. Que su propia madre también se hubiera visto afectada por aquellos incidentes, y además tanto, la entristecía. No obstante, desde entonces enjuiciaba con otros ojos la relación de Kiri con misi Juliette. Había intuido hacía mucho tiempo que los lazos entre ambas trascendían la mera relación de servicio. Karini recordaba alguna que otra mirada que habían cruzado las dos, silencios elocuentes, conversaciones en las que enmudecían de repente. Pero nunca habría imaginado ni en sueños un motivo semejante para esa confianza tan inusual entre señora y criada. La joven había reflexionado mucho sobre el asunto, pero no se había atrevido a decírselo a su madre. Todo cuanto sabía lo había conocido por masra Henry, y aunque le habría encantado contarle a Kiri lo que sentía, desistió.

Por otra parte, habida cuenta de las tensiones familiares y de los sucesos relacionados con Inika, parecía que también los demás intentaban no provocar más desgracias. En Rozenburg todos se esforzaban por llevar una vida cotidiana ordenada y se consagraban, imperturbables, a su trabajo. Aparentemente esa continuidad restituyó la paz.

Masra Jean y masra Henry tenían mucho que hacer en los campos. Durante su ausencia, los capataces se habían ocupado a conciencia de la plantación, pero desde su regreso el trabajo había aumentado. El plantío se amplió de nuevo y en breve saldrían los primeros grandes transportes hacia el molino de caña de azúcar de Watervreede. Ambas plantaciones habían acordado arreglar el camino por tierra para facilitar el transporte. La antigua senda de esclavos se convirtió en una ancha vía para los carros tirados por bueyes.

Misi Juliette se ocupaba de la pequeña misi Helena, y Kiri y Liv, de la casa. No quedaba mucho que hacer para Karini, por lo que pasaba el tiempo con masra Henry cuando éste no estaba ocupado o no se distraía con otras cosas. Y la fuente de esa distracción era Inika.

Inika. La propia Karini no sabía bien qué le pasaba, pero cada vez que tropezaba con la india la furia se apoderaba de ella. ¿Por qué no había regresado esa chica a la ciudad? Ella no formaba parte de la plantación, era demasiado delicada para el trabajo duro, y la casa contaba con personal de sobra. ¡Todos la trataban con guante de terciopelo! Era verdad que había vivido experiencias terribles, pero no dejaba traslucir nada y también había insistido varias veces en que no le importaba volver a trabajar. Sin embargo, en lugar de hacerse útil, con su suave risa argentina y sus

movimientos delicados y elásticos hacía perder la cabeza a masra Henry. Karini los había visto juntos en varias ocasiones a la orilla del río, debajo del mango, en *su* sitio, donde a *ella* le gustaba reunirse al atardecer con el masra. ¿Por qué se comportaba así Inika? Al fin y al cabo, estaba casada con ese indio mudo. ¿Por qué lo toleraba masra Henry?

Sí, estaba celosa. Frente a Inika se sentía pesada y torpe. Y que la atención de todo el mundo se dirigiera inmediatamente hacia la chica de piel dorada y largos y lisos cabellos negros, apareciera donde apareciese, provocaba una cólera desmesurada en Karini. «Ha vivido experiencias terribles, déjala», le espetó su madre cierto día que Karini se enfadó por el comportamiento de Inika. Pero era eso precisamente lo que no podía hacer, ignorarla sin más.

Irritada con Inika y con masra Henry, Karini cada día pensaba con más frecuencia en masra Martin. Un atardecer de finales de mayo, cuando pasaba uno de los raros momentos a solas con masra Henry junto al río, hablaron de los viejos tiempos, cuando aún vivían todos juntos en Rozenburg. Masra Henry parecía echar de menos a su hermano, y se preguntaba cómo le irían las cosas.

—En fin, seguro que en Watervreede hay un montón de obligaciones, y creo que disfruta del tiempo que pasa con su padre. —La observación de Karini pretendía parecer indiferente, pero en su fuero interno hubo de reconocer que echaba de menos a masra Martin. Y mucho.

Desde el principio la joven no acertó a entender por qué la misi le había ordenado regresar a Rozenburg. Allí, al contrario que en Watervreede, no hacía falta. Tras su regreso se quejó amargamente de misi Juliette a su madre. Pero en ese asunto Kiri también coincidía con la misi.

—Tu lugar está en Rozenburg. Y si misi Gesine quiere una criada, tendrá que contratarla.

—Seguro que en su momento yo también habría recibido un salario —contestó Karini, para añadir luego, tozuda—: Masra Martin también quería que me quedara.

—Masra Martin... Tu lugar no está allí, niña —rezongó su madre, y salió de la cabaña visiblemente furiosa.

En lo sucesivo, Karini no volvió a mencionar el tema, aunque seguía omnipresente en su cabeza.

CAPÍTULO 10

—Gesine, querida, ¿es que su marido aún no está en casa?

Pieter entró en el salón y se esforzó por aparentar consternación. Como era natural, sabía dónde estaba Wim Vandenberg, ya que acababa de verlo salir de paseo con Erika Bergmann.

Erika visitaba Watervreede a menudo. Aunque cada pocas semanas viajaba a la ciudad para ocuparse de los numerosos hijos de prostitutas negros, solía regresar pronto a la plantación. Para alegría de Vandenberg, que pasaba mucho tiempo en su compañía.

Gesine, por el contrario, estaba cada día más disgustada. Su existencia era tediosa y la vida en la plantación le desagradaba profundamente. Además, el hecho de que su marido prefiriera pasar el rato sin ella empeoraba su humor. Ya se habían producido varias trifulcas a voz en grito entre los Vandenberg.

Pieter contemplaba complacido esa evolución. Si esos dos se peleaban en serio..., mejor para él. Antes o después le gustaría librarse del primo de Juliette: ese hombre era listo, y él no podía arriesgarse a que pusiera en peligro sus planes. Pieter sólo tenía que encargarse de que Gesine quisiera quedarse con él, las posibilidades financieras de esa mujer eran extremadamente atractivas. Así que comenzó a engatusarla. Aunque como mujer no le resultaba muy interesante, ella estaba enfurecida con su marido y aceptaba con agrado su solícita atención.

¡Con qué facilidad iban encajando las piezas! En caso de un conflicto grave entre Gesine y su esposo, éste tendría que marcharse de la plantación y en consecuencia dejaría de influenciar a Marwijk. Entonces Pieter podría desplegar todo su poder.

De todos modos, desde hacía semanas Marwijk manifestaba escaso interés por los ritmos de trabajo en la plantación. Aunque se mostraba muy satisfecho por haber puesto en práctica su plan, desde que habían finalizado los trabajos más importantes y había que enviar a los obreros a los campos para poner en marcha las plantaciones, Marwijk retomó el antiguo estilo de vida colonial y confió la organización del trabajo en los campos y la supervisión de los empleados a su director.

Pieter no puso la menor objeción; al fin y al cabo, ése había sido siempre su objetivo. El interés declinante de Marwijk le revelaba que ese hombre joven era más bien inconstante en los negocios. En cambio, dedicaba sus atenciones al ama de llaves india: Pieter los había sorprendido varias veces a ambos en íntima soledad. Entonces, la tal Sarina siempre se retiraba avergonzada, y Pieter se percató deprisa de que para Marwijk era más que una simple empleada. Pieter lo despreciaba por ello. Uno tomaba a las amas de llaves, pero no tenía amoríos con ellas.

No obstante, los devaneos secretos de Marwijk con la india le proporcionaban

otro triunfo más, pensó Pieter divertido. Y no vacilaría en hacer uso de él si a Marwijk se le ocurría hacerle frente. La gente no se liaba oficialmente con negras; los que lo habían hecho eran marginados por la sociedad colonial. Pero liarse con una trabajadora contratada india era un grave desliz. Marwijk parecía desconocerlo.

De todos modos, Marwijk era muy influenciable y en lo tocante a la administración de la plantación obedecía casi siempre sus indicaciones. Pieter había contratado a más de cien obreros nuevos en la ciudad, y éstos se mostraban muy obedientes. Al principio, hacer trabajar como era debido a esa gente requirió cierta dureza, pero tenía experiencia en ese ámbito. Educar a su hijo, por el contrario, entrañaba más dificultades de las esperadas, puesto que Martin estaba acostumbrado a dar un trato liberal a los trabajadores.

Pieter había tenido que intervenir varias veces, pero para entonces el joven era ya muy hábil. Había comprendido que llevar escopeta en el campo era una importante señal para los obreros y que no se podía ser melindroso en los castigos. Pieter lamentaba profundamente que hubieran pasado los tiempos en los que era legal recurrir al látigo. No obstante, la escopeta era un método igual de efectivo. Un disparo certero al pie de un trabajador, camuflado como un lamentable accidente, le granjeó a Pieter de inmediato el necesario respeto. En ese incidente Martin palideció, pero su padre logró convencerlo después de que únicamente de ese modo era posible asegurarse la obediencia de sus empleados. «No debes mostrar la menor debilidad ante ellos. Son más de cien hombres, ¿qué pasaría si cediéramos por poco que fuera? Te perderían el respeto y arruinarían la plantación.»

El joven acabó comprendiéndolo.

Para entonces podía mandar a Martin con los trabajadores y dedicar más tiempo a Gesine. A ella parecía gustarle el papel de esposa relegada y disfrutaba a todas luces con la compasión de Pieter. A éste no le costaba satisfacer esa necesidad. Así que todo transcurría a su entera satisfacción. Ahora sólo cabía esperar la llegada de los primeros envíos de caña de azúcar de las demás plantaciones, y sobre todo de Rozenburg.

CAPÍTULO 11

—¡Martin! ¡Qué agradable sorpresa! —Julie se alegró sinceramente de volver a ver a su hijo adoptivo.

El joven acababa de llegar de Watervreede en barca, y ella, con Helena cogida de la mano, caminó un trecho para salir a su encuentro.

Corrían los últimos días de julio, la época seca estaba a punto de comenzar. ¿Habían transcurrido ya más de diez meses desde su partida de Watervreede? En ese país, el tiempo se desvanecía en el calor tropical.

—Tía Juliette, yo también me alegro de verte. —Los ojos de Martin relucían, y sus palabras parecían sinceras—. Me envía mi padre, tengo que acordar con Jean el primer transporte de caña de azúcar.

Julie se alegró de que Martin se mostrara tan franco con ella, pues su encuentro le trajo malos presentimientos que desaparecieron como por ensalmo al verlo más amable que nunca. También había sufrido cambios externos: se había convertido en un joven fuerte y musculoso.

—Jean y Henry continúan en la selva, los trabajadores están ahora mismo preparando el camino.

—Sí, los primeros llegaron hace unos días a los campos. Cuando esté terminado el camino por tierra, será más fácil para todos.

Julie percibió un deje de tristeza en las palabras de Martin. ¿Sentiría nostalgia? Se esforzó por no dejar que se produjeran silencios penosos.

—Vamos, entremos en casa, seguro que tienes sed.

»Karini —llamó una vez dentro de la casa—. ¿Karini?

La joven acudió desde la zona trasera de trabajo. Cuando vio a Martin, una sonrisa alegre cruzó fugazmente por su rostro.

—Por favor, llévanos algo de beber al salón.

La joven asintió.

A Julie no le pasó desapercibido que Martin la seguía unos instantes con la mirada y tuvo que reprimir una sonrisa socarrona. De mes en mes, Karini se hacía más adulta y bonita. Como una pequeña planta insignificante que se abría de pronto revelando una flor maravillosa. Durante los meses pasados, la propia Julie se había parado con frecuencia a contemplar, admirada, a la atractiva mujer en que había devenido Karini. Ahora ya casi tenía dieciocho años.

Contemplando a los jóvenes adolescentes, Julie había pensado en alguna ocasión en lo bonito que sería que Henry y Karini se unieran. Creía haber descubierto una y otra vez en ambos señales de afecto mutuo. Por otra parte... Quizá fuera bueno que los chicos se buscaran algún día su destino en otro lugar. Pero no podía ni imaginarse

a Henry con una de las jóvenes mimadas de la ciudad, ni a Karini con un joven del poblado de los trabajadores... De todos modos, a ella le estaría vetado un marido blanco. Ahí radicaba precisamente el problema. Julie suspiró. Aunque entre Henry y Karini se despertasen sentimientos mutuos, la barrera que se interponía en su camino debido a su diferente color de piel era todavía demasiado alta. En ese sentido, las costumbres apenas habían cambiado en el país.

—¿Qué tal os va en Watervreede? —Julie se moría de curiosidad, puesto que llevaba mucho tiempo sin tener noticias de la plantación.

—Bien, gracias. La máquina de vapor funciona muy bien, y los trabajos en los campos de caña de azúcar progresan. Erika te manda muchos recuerdos.

—¿Erika? Pero ¿sigue todavía en Watervreede? Pensaba que habría regresado a la ciudad.

—Y así fue, pero ahora está de nuevo en Watervreede y... se lleva muy bien con Wim.

—¿Con Wim? —Por el tono de Martin, Julie se preguntó si no habría detrás algo más que una mera amistad. Eso seguro que no le gustaría ni pizca a Gesine...—. Y ¿cómo está Gesine?

El joven sonrió con ironía.

—Pues no la entusiasma que su marido pase tanto tiempo con Erika, pero... —La sonrisa se borró de su cara y bajó la vista.

Julie vio que parecía atormentarlo un pensamiento y esperó a que continuara. Al comprobar que callaba, preguntó con cautela:

—¿Qué sucede? ¿Hay algo que no va bien?

—Bueno... —Martin vaciló un instante y luego levantó al fin la cabeza. Su mirada contenía una mezcla de tristeza y rabia—. Creo... creo que mi padre pasa demasiado tiempo con Gesine.

—Oh. —La novedad dejó perpleja a Julie.

Sabía por experiencia que Pieter jamás daba puntada sin hilo. Él jamás se habría interesado por Gesine, a no ser que la relación le aportara algún beneficio. Y Gesine era rica, muy rica. ¿Pretendería acaso apoderarse de Watervreede? Al fin y al cabo, ya era el director, y Thijs Marwijk parecía confiar en él.

—Tu padre tendrá sus motivos para ello —dijo con toda la indiferencia de que fue capaz—. ¿Qué tal está Thijs?

—Bien. Confía la mayoría de los trabajos a mi padre.

Julie lo miró pensativa. Debía reconocer que cada vez que Martin decía «mi padre» le provocaba una dolorosa punzada en el corazón. Padre... ¿Qué clase de padre había sido Pieter hasta entonces? Sin embargo, se dominó y silenció cualquier comentario despectivo. En ese momento entró en el salón Inika con una bandeja llena de bebidas.

—Gracias, Inika. —Julie aprovechó la ocasión para cambiar de tema—. ¿Te acuerdas de Inika?

Martin miró a la joven india y sonrió.

—Claro que sí.

La piel dorada de Inika mostró un ligero rubor. Con un movimiento liviano depositó la bandeja, hizo una inclinación de la cabeza y abandonó la estancia.

Karini esperaba en el porche trasero a masra Henry. Que masra Martin estuviera allí era una noticia importante que quería transmitirle personalmente a su hermano, pues seguro que se alegraría.

Sin embargo, a pesar de la emoción, no podía contener la rabia contra Inika. Momentos antes la chica se le había adelantado de nuevo. Karini había ido a la cocina a preparar las bebidas con el corazón latiéndole desbocado. La visita de masra Martin la había sorprendido y, al verlo, se había aturullado. Cuando después derramó el zumo de la jarra al llenar los vasos, Liv la miró irritada. «Pero ¿qué es lo que te pasa, Karini? Deja que Inika lleve la bandeja, tú no haces más que derramarlo todo.»

Y, antes de que ella pudiera replicar, Liv le entregó la bandeja a Inika y le mandó servir. Karini no se atrevió a oponerse; además, habría sido inútil. Pero su furia contra Inika crecía. Sobre todo cuando la joven india volvió a salir de la casa con una extraña sonrisa en el rostro. No era una buena señal, ya que Inika apenas sonreía nunca. «Qué simpático es masra Martin», le dijo a Karini.

Ésta la siguió con los ojos sin saber qué decir. Porque tenía razón.

En la lejanía, Karini vio acercarse a dos jinetes a la plantación. Se levantó de un salto y corrió hacia masra Jean y masra Henry, que finalmente desmontaron de sus cabalgaduras junto al establo. Entonces vio que Inika también iba corriendo hacia ellos desde el poblado de los trabajadores. Masra Henry saludó con la mano a Inika, y Karini observó con creciente irritación que la joven india se le acercaba presurosa y le hablaba. Karini se detuvo. Por el destello de su rostro adivinó lo que acababa de comunicarle Inika. Resoplando de ira, se dio media vuelta y regresó a grandes zancadas a la casa de la plantación. ¡Ya estaba bien! ¡Qué se había creído esa chica!

Al atardecer, masra Henry detuvo a Karini cuando ésta iba a tomar el camino que conducía de la casa de la plantación al poblado de los trabajadores.

—Karini, ¿vienes conmigo y con Martin al río? Tiene algunas cosas que contarnos.

La joven negra sintió grandes deseos de acompañarlo. Pero ¿por qué no se lo había preguntado hasta ese momento?... Al fin y al cabo, había tenido toda la tarde para hacerlo. ¿Por qué masra Martin no había preguntado aún por ella? ¿No estaría preguntando masra Henry por obligación? Karini se encogió de hombros.

—Llevaos a Inika, seguro que a ella le apetece escucharos —replicó, y ella misma notó el tono desdeñoso de su voz.

—¿A qué viene eso? —inquirió masra Henry, mirándola perplejo.

—Bueno, quiero decir que... —Karini se sentía muy incómoda.

—¿Qué?

—Vale, vale...

La chica comprendió en el acto que su comportamiento era ridículo y la pequeña indirecta sobre Inika se le había escapado sin querer. Por el modo en que la miraba ahora masra Henry, estaba completamente claro que tanto masra Martin como él querían que los acompañara a la orilla del río. A ella nada le apeteecía más, ¿por qué iba a dejar pasar esa oportunidad? Sobre todo cuando era evidente que masra Henry no le había preguntado a Inika.

Poco después estaban los tres sentados bajo el gran mango. Masra Martin había cogido tres frutas maduras, y ahora cada uno de ellos hacía rodar una sobre el muslo para aplastar la pulpa.

—Como en los viejos tiempos —comentó masra Martin, aunque su voz traslucía abatimiento.

—Sí, como antes. Y ahora, cuenta, ¿qué tal te va en Watervreede? —Masra Henry hizo un agujero con los dientes en la cáscara del mango, echó la cabeza hacia atrás y dejó que el zumo dulzón gotease en su boca.

—Bueno, de momento muy bien.

Karini se asombró de que masra Martin evitara la pregunta, ya que nunca era tan parco en palabras.

—¿Qué significa «muy bien»? Vamos, habla ya. Por ejemplo, ¿qué tal te llevas con tu padre? —Masra Henry miró a su hermano con el rabillo del ojo, todavía con la cabeza inclinada hacia atrás.

Karini se dio cuenta de que masra Martin vacilaba un instante.

—Pues... en realidad muy bien. Me ha enseñado mucho sobre la dirección de una plantación.

—Como si eso no pudieras aprenderlo también aquí —opinó Karini en voz baja.

—Claro que podría. Pero... Watervreede es un poco distinta de Rozenburg. Jean y mi padre..., creo que los dos tienen opiniones muy diferentes sobre el modo de dirigir una plantación.

—¿A qué te refieres? —Masra Henry tiró la cáscara vacía del mango y miró interrogante a masra Martin.

Éste se incorporó.

—Aquí, en Rozenburg, todo es algo más..., ¿cómo lo diría?..., familiar. En Watervreede mi padre trata a los empleados con mucha severidad. De esa manera ellos también trabajan de lo lindo.

—¿Quieres decir que Jean se equivoca al tratar a nuestros trabajadores?

—No, pero... lo hace de un modo distinto, eso es.

—¿Es que ha vuelto a sacar el látigo? —Masra Henry rió, pero enmudeció al ver la expresión seria de su hermano—. Martin, tú conoces las leyes de la colonia —añadió, ahora serio él también—. Si tu padre... Él ha estado mucho tiempo lejos. A pesar de todo, hoy no se puede tratar a los trabajadores como antaño a los esclavos.

—Lo sé —asintió masra Martin mirando fijamente el río.

CAPÍTULO 12

A Inika los dos jóvenes masras le parecían muy simpáticos. Se había dado cuenta de que ambos la observaban con amabilidad, la trataban siempre con mucha educación y le dedicaban pequeños cumplidos. Al principio Inika se había sentido irritada y no sabía cómo reaccionar. Aparte de Bogo, a ella nunca la había mirado así ningún hombre y menos aún le había dedicado palabras amables. Además..., ¿quién sabía si no perseguían algo con eso? ¿Y si la amabilidad era una simple fachada? Tras una larga introspección, Inika llegó a la sorprendente conclusión de que los masras blancos no le daban tanto miedo como los demás hombres adultos del poblado de los trabajadores. Al contrario, las atenciones de masra Henry, sobre todo, la halagaban.

Por la noche, cuando Inika descansaba en su hamaca, y Bogo, agotado por el trabajo en los campos, se había dormido, su mente se perdía en divagaciones. La joven sabía muy bien que para entonces Liv, Kiri y sobre todo Karini no podían verla ni en pintura. A pesar de que en la casa había demasiadas mujeres, la misi había decidido que Inika realizara tareas ligeras para distraerse. Los trabajos pesados debían ejecutarlos las otras mujeres. De todos modos, Inika no sabía cuánto duraría aún esa situación, ni si la misi la protegería. Liv ya había dicho varias veces que, llegado el momento, habría que encontrar otra solución para Inika. Ésta sospechaba que el ama de llaves, ya de cierta edad, temía por su puesto de trabajo. Asimismo, Karini parecía enfadada por el hecho de que los dos jóvenes masras mostraran tanta simpatía hacia ella. La joven negra estaba simplemente celosa. Inika lo comprendía, pues al fin y al cabo Karini se había criado allí con masra Henry y masra Martin. Pero, por una parte, ellos ya no eran unos niños, y por otra... Karini mal podía liarse con los dos.

¿Cómo sería tener a su lado a un hombre blanco joven? Entonces nadie volvería a obligarla a efectuar trabajos domésticos menores, podría salir de esa fatídica hamaca y cambiarla por una cama mullida, la tratarían con respeto y no se pasarían todo el tiempo dándole órdenes. ¡Los dos masras tenían buenas perspectivas de futuro! Masra Henry heredaría Rozenburg, y masra Martin seguramente conseguiría un buen puesto en Watervreede. Visto así, debía tener en cuenta a los dos.

Inika veía en los jóvenes una auténtica posibilidad. Si uno de ellos se aficionara a ella, podría llevar una vida exenta de preocupaciones. Pero había un problema: Bogo. Aunque la india estaba firmemente convencida de que la pequeña ceremonia que ambos habían celebrado junto al fuego carecía de validez, lo cierto era que habían anunciado oficialmente su matrimonio, y eso no podía borrarlo de un plumazo. Bogo siempre se había ocupado de ella y la había apoyado fielmente en los momentos más siniestros de su vida, pero él era un simple amigo, no su marido. ¿Podría llegar a

querer algún día a un hombre?

En ese aspecto Inika había desarrollado una forma de pensar muy pragmática. Hasta entonces, los hombres la habían utilizado siempre, ¿por qué no podía ella actuar del mismo modo? Era joven y guapa, así que, ¿por qué no iba a emplear sus recursos para conseguir sus objetivos? Hasta entonces, la mera idea la había asustado, pero si ahora había un hombre, como Bogo, que no le hacía daño... Y, a juzgar por el trato que le daban los masras, le costaba mucho imaginar que fueran como Baramadir... No, tenía una oportunidad y no la dejaría escapar. No obstante, tenía claro que no quería hacerle daño a Bogo, su único amigo de verdad.

CAPÍTULO 13

Cuando en agosto comenzó la estación seca, los primeros carros de bueyes pudieron por fin acarrear la caña de azúcar por vía terrestre hasta Watervreede. Ahora llevaba medio día llegar andando allí. Una cierta euforia, que también sentía Karini, se apoderó de los trabajadores de Rozenburg.

Esa vía de comunicación transformó asimismo la explotación de Rozenburg. Masra Jean hizo plantar los campos de manera que las épocas de la cosecha coincidieran con las estaciones secas para que los carros pudieran transitar seguros por la selva. Así, se recolectaba durante cinco meses, y el proceso de prensado se trasladó a Watervreede. En las épocas lluviosas se dejarían crecer las plantas y se reanudarían los cultivos en los campos antiguos. Los trabajadores encargados del transporte tenían, además, perspectivas de cambio. Al igual que otras plantaciones, harían moler, previo pago, su caña de azúcar en Watervreede o la venderían al molino de caña de azúcar en lugar de triturarla con esfuerzo ellos mismos. Los esperaba, pues, un continuo trajín, lo que a su vez atraería a los comerciantes ambulantes del río.

—Dentro de poco Watervreede estará peor que la plaza de un mercado —comentó masra Jean.

Esa circunstancia ofrecía asimismo posibilidades completamente nuevas a las mujeres de los trabajadores. Ellas podían vender allí sus mercancías, por ejemplo, esteras tejidas a mano o artísticos calabacinos hechos con calabazas de peregrino.

En Rozenburg despidieron con toda solemnidad a la primera caravana de carros de bueyes que partió una mañana temprano. Masra Jean y masra Henry acompañaron a caballo a los carros a través de los campos. Karini se quedó con masra Martin y misi Juliette. Ellos se trasladarían por la tarde en barca a Watervreede, donde masra Thijs los había invitado a un recibimiento festivo. Al principio misi Juliette se negó a acudir, pero masra Jean y los chicos la asediaron argumentando que no podía perderselo, por lo que, al final, aceptó a regañadientes. Para Karini era un misterio por qué misi Juliette sentía tal aversión por la plantación Watervreede.

La chica sintió una extraña aflicción cuando algo más tarde caminaba despacio con masra Martin por el terreno del viejo molino de caña de azúcar de Rozenburg. Masra Martin se detuvo a la entrada y se apoyó con un brazo en el arco de la puerta. El olor dulce y familiar a melaza y fuego cosquilleó la nariz de Karini.

—Ahora todo esto se quedará parado. —También masra Martin tenía una expresión de tristeza.

—Sí... —Karini recogió del suelo un trozo seco de caña de azúcar y jugueteó con él—. En cambio, para ti todo será ahora muy excitante en Watervreede.

Él se volvió hacia ella.

—Vuelve con nosotros, Karini. Aquí no tienes nada que hacer. Y con nosotros..., conmigo...

La joven bajó la vista, entristecida.

—Me encantaría, pero creo que misi Juliette y mi madre se opondrían.

—Karini, eres casi una adulta, ya no pueden prohibírtelo todo. Puedes trabajar para quien quieras. —Masra Martin dio un paso hacia ella—. De veras me alegraría mucho volver a tenerte cerca. —La miró profundamente a los ojos y le puso una mano en el brazo.

Karini sintió un cosquilleo en la piel, por todo el cuerpo.

—Esta noche se lo pediré a tía Juliette. En un día como hoy no creo que se le ocurra organizar una pelea por eso. Y después... estaremos juntos en Watervreede... Será estupendo.

No obstante, ninguno de los dos adivinaba que detrás de una esquina del edificio Inika escuchaba, expectante.

CAPÍTULO 14

Inika se alegró muchísimo de volver a ver a su madre. Misi Juliette había invitado a Inika a la fiesta en Watervreede. Con ella, junto a la misi, se sentaban también en la barca Helena, Kiri, Karini y masra Martin. Bogo había puesto cara de tristeza cuando ella le había dicho que acompañaría a los señores a la fiesta. «Por fin volveré a ver a mi madre, y misi Juliette ha dicho que además tengo que cuidar de misi Helena», le explicó, y él pareció entenderlo.

La joven india observaba con el rabillo del ojo a masra Martin y a Karini. Ambos evitaban mirarse de un modo ya casi demasiado llamativo. Inika los había visto por casualidad esa mañana junto al viejo molino de caña de azúcar. En realidad no pretendía espiarlos, pero así sucedió. Y lo que oyó le gustó. Si Karini se marchaba de verdad a Watervreede..., tanto mejor para ella. Porque se iría también su permanente rival en esa casa, e Inika podría destacar más ante misi Juliette y sobre todo ante el joven masra Henry.

En la plantación Watervreede reinaba un ambiente festivo. Habían instalado mesas y sillas en el jardín delantero de la casa, y de los árboles colgaban farolillos de colores. Misi Gesine corría excitada de acá para allá, como si tuviera que organizar la fiesta nacional.

Los recién llegados fueron recibidos con todos los honores, y el corazón de Inika saltó de alegría al ver a su madre. No obstante, su saludo fue breve. Misi Gesine envió a Sarina a la cocina, y misi Juliette dejó a la pequeña misi Helena en brazos de Inika. Ésta se alegró de volver a ver a misi Erika, que le dedicó unas palabras amables.

Poco después se reunieron todos en el lugar donde comenzaba el sendero de la selva que conducía a la plantación. No transcurrió mucho tiempo hasta que se oyó resoplar de caballos. Masra Henry y masra Jean salieron de la oscuridad de la selva con sus monturas empapadas de sudor, pero en los rostros de ambos se dibujaba una sonrisa.

—¡Seis horas! —gritó orgulloso masra Jean a los que esperaban.

—¡Bienvenidos! —respondió masra Thijs, aplaudiendo, y añadió—: Entonces yo tampoco tendré que caminar tanto tiempo.

La historia de la audaz marcha a pie de masra Thijs y masra Wim se había convertido en una apreciada anécdota entre los blancos. A Inika, por el contrario, se le contraía dolorosamente el estómago al recordarlo. Al fin y al cabo, había sucedido

en la época en que también Baramadir..., pero eso los blancos parecían haberlo olvidado.

Los carros de bueyes fueron conducidos hasta el nuevo edificio del molino; los animales, desuncidos y encerrados en los establos. Los trabajadores que habían acompañado al transporte se unieron a los de la plantación Watervreede, que estaban encendiendo una gran hoguera en el centro del patio. Masra Thijs también los había invitado al banquete.

Inika, con misi Helena cogida de la mano, vio cómo su madre se esforzaba, con la ayuda de Karini y de Kiri, para servir la comida a los blancos, que se habían reunido en el jardín delantero para celebrar la fiesta. Decepcionada, la joven observó que allí Sarina era una simple sirvienta, como lo había sido en Rozenburg. En realidad no esperaba otra cosa, aunque secretamente confiaba en ello. Su madre, sin embargo, parecía muy feliz, y por lo visto mantenía una relación muy íntima con masra Thijs.

Inika se aproximó a misi Juliette para entregarle a su hija. La pequeña se alegró mucho y se encaramó a una silla junto a su madre.

—Gracias, Inika, espero que pases también una agradable velada.

Misi Juliette inclinó la cabeza animándola, lo que significaba que ahora podía reunirse con los trabajadores en el patio trasero. Inika echó otra ojeada nostálgica a las mesas cubiertas con preciosos manteles de damasco y a continuación se apresuró a dejar solos a los blancos.

En la hoguera de los trabajadores reinaba la alegría, y Karini y Kiri se unieron a ellos. Todos celebraban el nuevo comienzo. Inika reparó en el nerviosismo de Karini. No era de extrañar, pues a la mañana siguiente como muy tarde decidirían si se quedaba allí o tenía que regresar a Rozenburg.

CAPÍTULO 15

Jean estaba exhausto por la cabalgada a través de la selva. «En algunos lugares el terreno está todavía muy embarrado, pero dentro de unas semanas se habrá secado.» Incluso cuando, muy entrada la noche, se retiraba con Julie a su habitación en la casa de los invitados de Watervreede, el trabajo cotidiano no le daba tregua.

A Julie, sin embargo, la preocupaban otros acontecimientos. Había viajado a Watervreede con sentimientos encontrados, pues todavía recordaba su último choque con Pieter. «Aquí se está jugando el futuro de Rozenburg, que en última instancia no está en manos de Pieter, sino en las nuestras y en las de Thijs», le reiteraba encarecidamente Jean.

Julie podía darle todas las vueltas que quisiera: sin el molino de caña de azúcar de Watervreede, Rozenburg no tendría futuro. Por lo visto, Pieter había conseguido convencer a otras plantaciones río arriba de las ventajas de ese modo de procesar la caña de azúcar, y ya se estaban gestando auténticas sociedades de almadieros que abastecerían al molino accionado por vapor. Ellos eran los únicos que disponían de comunicación directa por tierra.

En cualquier caso, Pieter se había mantenido toda la noche lejos de ella, disfrutando de las alabanzas de los demás hombres. Por eso ese día Julie no había tenido que pensar mucho en él, al contrario de lo que sucedía con los demás presentes y el evidente entramado de relaciones. Martin ya lo insinuó, pero ahora Julie lo comprobaba con sus propios ojos: Erika y Wim parecían sentir un gran afecto mutuo. Gesine, por el contrario, estaba pendiente de los labios de Pieter, y también Thijs Marwijk y Sarina cruzaban miradas de confianza como para que Julie pudiera creer que la india era una simple ama de llaves. Bueno, eso era asunto de Marwijk, seguro que él sabía lo que hacía. Pero en cuanto al asunto entre Erika y su primo... no sabía qué pensar. Por desgracia, aún no había tenido ocasión de hablar a solas con su amiga. Se propuso hacerlo al día siguiente.

Pero, por la mañana, el primero que la detuvo fue Martin.

—Julie, ¿tienes un momento, por favor?

Las palabras algo bruscas y el tono imperioso de Martin la hicieron dar un pequeño respingo. Llamó a Inika y le confió a Helena, después siguió al joven al salón, muerta de curiosidad. Allí, en Watervreede, él era sin ningún género de dudas el hijo de Pieter. Los últimos días plácidos en Rozenburg, donde a Julie casi le había dado la impresión de que todo volvía a ser como antes, parecían sepultados en el olvido.

—Juliette, me gustaría que Karini se quedara conmigo. —Martin fue directo al grano; por lo visto, algo había aprendido ya de su padre. Habló como si su voluntad fuera inamovible.

Ella se sorprendió, pero su actitud desencadenó una ligera ira.

—Martin, eso no debo decidirlo yo —repuso esforzándose por hablar con tranquilidad, pues no deseaba discusiones—. En última instancia, es cosa de la propia Karini, y ella necesita la autorización de sus padres.

Pero a Martin no parecieron impresionarlo sus argumentos.

—Ella pertenece a Rozenburg, claro que puedes decidirlo tú.

—No. Sabes de sobra que hoy las cosas han cambiado. Ella no *pertenece* a Rozenburg. Ella *trabaja* en Rozenburg.

Martin vaciló. Luego adoptó un tono más conciliador.

—Sí. Es solamente que yo..., que nosotros, vemos aquí... un futuro mejor para ambos.

—¿Nosotros? —inquirió ella asombrada.

Julie no pudo reprimir una sonrisa. Así que por ahí iban los tiros. Durante un instante estuvo tentada de desearle suerte, pero de pronto se le ocurrió una idea. Pasajera primero, pero luego se apoderó de ella con toda su fuerza. La sombra oscura del pasado se abatió sobre el espíritu de Julie. Martin y Karini... ahí había un problema. Pero ¿cómo explicárselo a él?

—Martin, creo que... tengo que decirte algo.

Había esperado no tener que relatarlo jamás, pero, visto el rumbo que tomaban los acontecimientos, no le quedaba otra. Habría sido una irresponsabilidad dejar al chico sumido en la ignorancia. Tenía que saberlo antes de que...

Martin la miró, inquisitivo. Era la misma mirada que tenía de niño cuando preguntaba por sus padres. Una mezcla de curiosidad, pena y... obstinación.

—Martin, lo que voy a contarte ahora no lo sabe ni siquiera la propia Karini —comenzó Julie, titubeante—. Tampoco quiero que se lo cuentes, pues en última instancia es asunto de sus padres. Hace mucho tiempo prometí no inmiscuirme, así que te ruego que lo guardes para ti y, sobre todo, piensa bien lo que esto podría suponer para vuestro futuro. —Julie tuvo que bajar la vista, pues no era capaz de sostener la mirada del joven. Después respiró hondo—. Martin, tu madre y el padre de Karini... eran medio hermanos.

—¿Qué? —Martin se levantó de un salto.

En ese preciso instante irrumpió en la estancia Karini, con expresión furiosa. Al ver a Julie, se detuvo. Pero después se serenó, levantó la cabeza y dijo:

—Misi Juliette, aunque mi madre se oponga a que me quede aquí, me quedaré.

Así que la chica había hablado con su madre... Y era evidente que ésta había negado su aprobación, sin encontrar el valor para explicarle a su hija los motivos.

Ahora Julie confiaba en que Martin utilizaría de manera responsable lo que sabía.

Inika vigilaba a la pequeña misi Helena desde que masra Martin le había pedido a misi Juliette hablar con ella. La india había salido al jardín con la pequeña niña rubia y estaba observando unas grandes mariposas azules sobre las exuberantes flores cuando se les acercó masra Henry.

—Hola, Inika. Hola, princesita. —Riendo, cogió en brazos a su hermana pequeña, que lo recibió con un alegre «Heny»—. ¿Dónde están los demás?

—Creo que en la casa, masra —fue la escueta respuesta de Inika.

A masra Henry pareció bastarle la explicación.

—Qué maravilla, ¿verdad? Ahora cambiarán las cosas en Rozenburg. Mis padres, yo, Karini, tú... Todos nosotros veremos días mejores —dijo, casi eufórico.

Inika vio que había llegado su oportunidad.

—Bueno, Karini parece más bien que está proyectando su futuro aquí, en Watervreede —repuso con voz átona, aunque por dentro se moría de curiosidad por comprobar la reacción de masra Henry a la noticia.

—¿Qué quieres decir? —Masra Henry dejó en el suelo a su hermana pequeña y miró inquisitivo a Inika.

—Oh..., mi madre sólo mencionó que masra Martin proyecta dejar a Karini aquí, en la plantación —mintió Inika.

Masra Henry pareció sinceramente horrorizado.

—¿Martin quiere eso? ¡Es muy propio de él! —exclamó, y acto seguido se marchó hacia la casa de la plantación, enfurecido.

Inika sonrió satisfecha. Para ella las cosas serían mucho más fáciles en Rozenburg si Karini permanecía allí; si masra Henry se quedaba completamente solo... buscaría su compañía.

Henry irrumpió iracundo en la casa. Le parecía incomprensible que su hermano se hubiera comportado con él con tanta deslealtad. Así que habían sucedido cosas a su espalda que ni se imaginaba. ¿Martin y Karini? Sin duda no querría contratar como criada a la chica...

Cuando Henry entró en la casa oyó voces procedentes del salón, una de las cuales era la de Karini.

—Misi Juliette, aunque mi madre se oponga a que me quede aquí, me quedaré —decía.

Henry la conocía lo bastante como para darse cuenta de que estaba muy alterada.

Luego habló Martin:

—Juliette, Karini se puede quedar conmigo.

«Se puede quedar conmigo...» Las palabras de Martin resonaron en la cabeza de

su hermano, y le habría encantado entrar en tromba en la habitación. ¿Cómo había podido estar tan ciego? ¿Cómo no se había dado cuenta de que ambos proyectaban un futuro juntos? Una dolorosa punzada en el pecho le reveló con absoluta claridad que no le resultaba indiferente. Quería a Karini más que a una hermana, se había visto obligado a reconocerlo durante los meses pasados. Pero nunca se había atrevido a confesárselo. Ahora, al parecer, Martin se le había adelantado. Henry salió de la casa abatido y con la mirada gacha. Por lo visto seguiría siendo el eterno segundón.

CAPÍTULO 16

Julie contemplaba el río desde el porche de Watervreede. «Esta plantación sólo causa problemas», pensaba. Las estancias en esa casa le habían traído desgracia y enfados familiares. Tampoco la conversación de ese día con Martin y Karini había terminado bien. La chica quería quedarse a toda costa en Watervreede y no estaba dispuesta a reconciliarse o a hablar siquiera con su madre. Tras la revelación de Julie, Martin se mostró algo más reservado, pero continuó exigiendo que Karini se quedara. Kiri tendría que aceptarlo. Su hija había elegido su propio camino.

—Juliette, te he estado buscando —dijo Erika, que salía en ese momento de la casa—. Vamos a dar un paseo, todavía no hemos tenido tiempo para estar juntas. — Se agarró del brazo de Juliette y la condujo porche abajo. A los pocos metros, comentó—: ¿Qué te pasa?, ¿te preocupa algo?

Julie le agradeció la pregunta. A renglón seguido comenzó a relatar lo acontecido con Martin y Karini. Pero omitió la compleja relación de parentesco, eso únicamente lo sabían Jean, Martin, Kiri y Dany, y así debía continuar. Al fin y al cabo, los lazos de sangre se remontaban a dos generaciones atrás. Felice, la abuela de Martin y primera esposa de Karl, mantuvo una relación con Aiku, el esclavo personal de su marido, de la que nació Dany, pero esa relación era demasiado precaria como para haberla hecho pública.

Julie expresó finalmente su esperanza en que llegaría un día en el que el origen y el color de la piel ya no tendrían la menor importancia en ese país.

Erika comprendió en el acto lo que Julie quería decir.

—Martin y Karini..., esa relación no estaría exenta de problemas, ¿no crees?

—Ay, Erika. ¿Acaso existen en este país las relaciones sencillas? —Julie suspiró y apretó el brazo de su amiga. Sólo deseaba lo mejor para los chicos.

Cruzaron el jardín en silencio hasta llegar al río. El sol estaba alto, y en las orillas innumerables papagayos se habían posado en los árboles para descansar. En esa tierra las horas del mediodía eran las más calurosas y también las más silenciosas de la jornada.

—Juliette —Erika rompió el silencio—, me da un poco de pena tener que preocuparte con esto, pero debes ser la primera en saberlo —respiró hondo, como si hiciera acopio de todas sus fuerzas—. Tu primo piensa dejar a su mujer.

—¿Dejarla? —Lo cierto es que la noticia no sorprendió a Julie, pero oírla de labios de Erika le causó una ligera sorpresa—. No quiero ofenderte, pero... Wim y tú... os lleváis muy bien, según veo.

Erika negó con la cabeza; luego miró a su alrededor, como si temiera ser oída.

—Las cosas no son como piensas. Yo... seguramente... no podré volver a

mantener relaciones con un hombre. Después de... lo que viví. —Se le quebró la voz y tragó saliva—. Wim..., pues sí, nos llevamos muy bien, como amigos —prosiguió al fin—, no como hombre y mujer, como acaso pueda pensarse. Él..., el matrimonio con su esposa fue decidido exclusivamente por su padre. Y Wim también lleva su carga a cuestas. Sólo te diré una cosa: en realidad no se siente atraído por las mujeres, como la mayoría de los hombres. Por eso..., formaremos, por así decirlo, una relación de conveniencia que... —miró a Julie a los ojos—, bueno, ya me entiendes.

Ella asintió, pero los pensamientos corrían alocados por su mente.

Así que su sospecha de que el matrimonio de Wim había sido acordado por su tío como medio para lograr un fin era acertada. «Pobre Wim», pensó. Comprendía perfectamente sus sentimientos. Pero que no quisiera saber nada de las mujeres... Ella ya había oído que había hombres así, pero... Negó con la cabeza para ahuyentar esos pensamientos y volvió a concentrarse en Erika.

—Erika, me alegro... por ti y por Wim. Sea como sea vuestra convivencia... Aunque Gesine no se lo tomará bien.

—Lo sé, Juliette, lo sé. Por eso quería prepararte.

Julie se alegró muchísimo cuando esa tarde subió a la barca para regresar a Rozenburg, aunque la mirada furiosa de Kiri no dejaba lugar a dudas de que en casa tendrían que discutir ciertos asuntos.

Henry y Jean habían emprendido el viaje más temprano, a caballo. El chico no había ocultado su deseo de abandonar Watervreede cuanto antes, y parecía entristecido. Julie le había preguntado qué le preocupaba, pero él esbozó un gesto de rechazo y montó a caballo. ¿Es que ese día las discrepancias no tendrían fin?

Julie contempló a su hija pequeña, que iba a popa en el regazo de Inika y jugueteaba con el collar de la joven india. «Ay, pequeñina —pensó—, ojalá no tengamos tantos problemas cuando seas mayor.» La mirada de Julie se posó en Inika. La joven parecía satisfecha. Julie confiaba en que la visita a su madre hubiera supuesto un bálsamo para ella. Por despreocupada que se mostrara en la vida cotidiana, Julie no podía creer que lo sucedido no hubiera dejado huellas en su alma. Intuía que en el interior de la joven las cosas no eran tan tranquilas y sosegadas como ella intentaba aparentar ante los demás.

CAPÍTULO 17

Pieter estaba de buen humor. Todo transcurría a su entera satisfacción. Rozenburg había accedido a colaborar, y ése era un importante sillar en su plan. El marido de Juliette no tenía un pelo de tonto. Pieter sabía desde el principio que Rozenburg no podía rechazar la oferta del nuevo molino de caña de azúcar. A pesar de que Juliette lo odiaba —y él saboreaba cada minuto de su pesar—, Jean la había convencido de que no quedaba otro remedio.

Ahora Pieter sólo tenía que ocuparse de los asuntos de Watervreede. Pero también éstos parecían discurrir como una seda en la dirección correcta. Los portazos y las voces alteradas que oyó una mañana en la casa fueron música para sus oídos, pues llevaba mucho tiempo esperando oír algo parecido. Entre Gesine y Vandenberg había estallado una violenta pelea. Erika Bergmann había partido unos días antes a la ciudad, y Pieter se imaginaba los motivos. Desde el despacho escuchó con una sonrisa de satisfacción las acusaciones que Gesine lanzaba a su marido. Como Vandenberg no contraatacaba, Pieter suponía que estaba seguro de sí mismo y rompería con Gesine. Siguieron ruidosos lamentos y sollozos, pero tampoco éstos provocaron reacciones audibles dignas de mención por parte de Vandenberg. Otro portazo le reveló a Pieter que debía preparar su entrada en escena: sería el amigo que consolaba a Gesine. Esa mujer era tan crédula y tan fácil de embaucar que ese asunto había perdido casi por completo cualquier aliciente para él. Sin embargo, era conveniente, puesto que la fortuna de Gesine le facilitaría mucho las cosas.

—¡Por Dios, querida! ¿Qué es lo que pasa?

Pieter se esforzó por aparentar consternación cuando entró en el salón. Gesine Vandenberg sollozaba en uno de los sillones y se secaba las lágrimas con el pañuelo.

Esa chica negra, Karini, que su hijo se había empeñado en llevar a la plantación y que volvía a estar al servicio de Gesine, permanecía, horrorizada, al lado de su señora. Pieter la echó de la estancia con un ademán brusco y una mirada furiosa. El rostro asustado de la joven le provocó una breve satisfacción íntima que lo ayudaría a soportar mejor lo que venía a continuación. Se sentó en un sillón al lado de Gesine, le palmeó la mano con gesto compasivo y volvió a preguntarle:

—¿Puedo hacer algo por usted? Está fuera de sí, Gesine.

Tres horas después, Pieter había logrado tranquilizar y consolar a la mujer, y estaba seguro de que a partir de entonces comería de su mano. Le había recomendado que se

librara cuanto antes de ese hombre veleidoso. Ojalá encontrara la felicidad con esa mujer. Gesine merecía algo mejor, y, además, Wim tampoco sabía apreciar como era debido su labor allí, en la plantación. Porque justamente ahí estaba el inconveniente en opinión de Pieter: tenía que convencerla a toda costa de que se quedara en lugar de partir precipitadamente. Pero también se solventó ese problema cuando ella lo informó entre lágrimas de que Vandenberg pensaba mudarse a la casa de Erika en la ciudad. Así pues, en principio Gesine permanecería en la plantación, para no hacer en la ciudad el papelón de esposa abandonada.

—No, eso no es posible, ¿qué pensaría la gente, yo en la ciudad y mi marido con otra? —decidió ella misma.

Pieter estuvo a punto de echarse a reír. Como si en Paramaribo todavía recordara alguien a Wim y a Gesine Vandenberg, que año y medio antes habían pasado allí unas semanas. No obstante, se controló y la animó.

—No, no, quédese aquí hasta que todo se haya calmado, entonces podrá decidir con tranquilidad las medidas que más le conviene tomar.

La decisión de Vandenberg apenas sorprendió a Thijs Marwijk. Pieter suponía que Vandenberg había discutido antes con su amigo el paso que iba a dar. A Martin, por el contrario, esos sucesos repentinos lo asombraron, y se quedó atónito cuando Vandenberg se dispuso a viajar a Paramaribo para reunirse con Erika Bergmann. Pieter tranquilizó a su hijo y prometió mantener el contacto con Vandenberg. Pero en su fuero interno confiaba justo en lo contrario, para que en el futuro Marwijk lo considerara a él su único consejero. Y esperaba que se cumpliera el deseo de Vandenberg de que sus crónicas tuvieran éxito en Europa, porque entonces tendría en la cabeza otros asuntos y se despreocuparía de Watervreede. Antes o después, Vandenberg tendría que volver a ocuparse de su empresa en Ámsterdam.

Sin embargo, la paciencia de Pieter se vio sometida a una dura prueba, ya que en las semanas siguientes, pese a la marcha de Wim, Thijs se mostró poco sociable, y su interés por los trabajos relacionados con el molino de caña de azúcar pareció renacer. Rondaba por el molino y hablaba con los trabajadores. También lo sorprendió en la oficina, revisando los libros. ¿Qué se figuraba ese advenedizo? «Mijnheer Brick, hay que corregir una cosa... —decía—. Mijnheer Brick, los trabajadores necesitan descansos regulares...»

«Mijnheer Brick...» Pieter hervía de rabia contenida. Ahora que llevaba meses sacrificándose para que todo fuera a la perfección, venía el tal Marwijk a criticar su obra.

En su interior crecía el deseo de librarse por fin de ese problema.

CAPÍTULO 18

—Masra Henry, ¿puedo traerle algo de beber?

Henry leía sentado en el porche. Inika salió de la casa a su estilo. A esa chica nunca se la oía andar, parecía como si flotara. Sólo el leve crujido de su vestido y el campanilleo delicado de sus joyas revelaban su proximidad.

—Sí, gracias. Tráeme un zumo, por favor.

Luego Henry la siguió pensativo con la mirada mientras ella se alejaba de nuevo como flotando. Aunque Inika llevaba mucho tiempo en Rozenburg, siempre la rodeaba un halo de misterio y exotismo. Sus movimientos eran elásticos, y hablaba en un tono melodioso y agradable al oído, aunque rara vez lo miraba a los ojos, pues solía mantener la mirada baja. En realidad, Henry tuvo que reconocerlo, tampoco era ya una niña pequeña. ¿Cuántos años tendría? ¿Quince? No, parecía mayor. Y ¡todo lo que había tenido que pasar! Con un estremecimiento pensó en la chusma enfurecida que había querido entregarla al fuego. Y luego la historia con el tal Baramadir, que la raptó en la selva y luego... Su madre le había ocultado los detalles, lo que de por sí era muy elocuente.

Inika volvió a salir al porche con un vaso y una jarra de zumo.

—Gracias. Anda, ven..., siéntate un momento conmigo.

Ella vaciló un instante, pero luego con un movimiento grácil se sentó en el suelo de madera del porche.

Henry le preguntó un par de cosas insignificantes para disipar su timidez. El joven disfrutaba del sonido de su voz y dio rienda suelta a sus pensamientos. Antes, de pequeña, la joven se reunía a menudo con él, con Martin y a veces también con Karini. Todavía recordaba muy bien cómo le habían enseñado las primeras palabras en neerlandés. Henry deseó una vez más que retornaran los viejos tiempos. Se sentía solo en Rozenburg. Las noches, que antes pasaba sentado con Karini y Martin bajo el gran mango, eran ahora solitarias. ¡Todavía estaba furioso con ellos, deberían haberle comentado sus planes! En los últimos meses Karini ni siquiera había insinuado su deseo de regresar a Watervreede. Henry dedujo de ello que lo habían planeado en secreto, y eso lo ofendía. ¡Porque él se había imaginado su futuro allí, en la plantación, con Karini! Era su mejor amiga y, si era sincero consigo mismo, tampoco podía imaginarse a ninguna otra chica a su lado. Sin embargo, ahora, su hermano se la había arrebatado. ¡Ojalá hubiera tenido el valor de revelarles sus sentimientos! Aquella vez en la ciudad, cuando aquel tipo borracho quiso propasarse con ella, él fue pasto de los celos. Pero sus labios no pronunciaron más que una vaga alusión, confiando en que ella la interpretaría de manera correcta. Seguramente Martin no había perdido el tiempo en menudencias. Y eso era lo que había conseguido. Era un

cobarde.

—¿Prefiere que me vaya, masra Henry?

Él abandonó sus pensamientos. Debía de haber estado un buen rato contemplando el río.

—No, no, quédate. Lo siento.

—¿Va todo bien, masra Henry?

—Ay, Inika..., déjate ya de tanto «masra», por favor —replicó con una sonrisa de ánimo.

—Henry... —La india sonrió, vacilante.

Durante las semanas posteriores se reunieron cada vez con más frecuencia por la noche en el porche e incluso bajo el mango a la orilla del río. A él le gustaba tener a alguien con quien charlar, e Inika era una oyente paciente. Ella apenas hablaba. Henry intentaba animarla a revelar algo sobre sí misma, pero la chica permanecía hermética y reservada. No obstante, a él no le desagradaba su silencio. Karini nunca cerraba la boca, siempre quería intervenir en la conversación. Karini... Poco a poco Henry acabó aceptando que la había perdido.

CAPÍTULO 19

Karini ni siquiera se imaginaba los cambios tan dramáticos que se producirían en Watervreede. La separación de masra Wim fue una catástrofe para misi Gesine. O, al menos, eso dijo la misi al principio. Sin embargo, en opinión de Karini, su tristeza se había disipado demasiado rápidamente. Tras algunos días de llanto que también habían impedido dormir a Karini, pues misi Gesine manifestó numerosos deseos durante la noche, una mañana la tristeza pareció haberse desvanecido. Tras la marcha de Wim a la ciudad para reunirse con Erika, el humor de la misi mejoró repentinamente. La vida cotidiana retornó a la plantación, pero la calma era engañosa y duró poco. Masra Pieter se reunía cada vez con más frecuencia con misi Gesine, y Karini observó, horrorizada, que la estaba engatusando. También Martin esbozaba siempre una mueca de enojo cuando Karini le contaba que misi Gesine y masra Pieter estaban de nuevo juntos en el salón.

Con Martin las cosas tampoco se desarrollaban según esperaba la joven. Ella seguía siendo una criada, y después de que decidió quedarse en Watervreede, Martin no había hecho más alusiones a un futuro común. Le ofreció muy pronto llamarlo por su nombre, y a ella al principio le pareció una buena señal. Pero desde entonces no había pasado nada. ¿Habría abrigado al final demasiadas esperanzas? ¿No se habría perdido en imaginaciones románticas? ¿Por eso se había enemistado con su madre y con misi Juliette? ¿No tendrían razón las dos mujeres? ¿Debería haberse marchado de allí? Esos pensamientos no paraban de dar vueltas en su cabeza.

Llegó octubre. Karini estaba en la casita de la cocina de Watervreede preparando la comida mientras fuera llovía a cántaros. Había estallado una gran tormenta, algo desacostumbrado en la época seca. En realidad a Karini le gustaban esas bajadas de temperatura, pero ese día dificultaban muchísimo su trabajo. Al caer del cielo, la lluvia formaba una espesa cortina ante la entrada de la cocina. El tiempo hacía juego con el ánimo depresivo de la joven.

De repente en el muro de lluvia se dibujó una figura, y poco después Martin entró en la cocina completamente empapado. El agua le chorreaba del pelo, goteando sobre sus hombros y formando pequeños charcos a sus pies.

Ella se sorprendió al verlo.

—¿Por qué has venido con este tiempo? —dijo tendiéndole un paño para que se secara por encima.

Luego él se sentó en el banco junto a la vieja mesa. Sus hombros abatidos no auguraban nada bueno.

—Quiere casarse con ella —dijo en voz baja, negando con la cabeza.

—¿Quién quiere casarse? —Karini no sabía de qué le hablaba.

—Pues mi padre... Yo... acabo de oír cómo pedía en matrimonio a Gesine.

«¡Oh, no!» Karini no sabía qué decir.

Martin apoyó los codos en las rodillas e, inclinado hacia delante, se pasó las manos por los cabellos.

—Es sencillamente increíble... ¿Qué... qué es lo que pretende con esa mujer?

Karini se sentó en el banco junto a él. Desde la aparición de masra Wim con misi Gesine, había considerado a la misi más bien como un regalo divertido. Una mujer que se cambiaba de ropa continuamente y hasta tres veces diarias de peinado y se comportaba como si el mismísimo rey fuera uno de los invitados... A Karini le había gustado trabajar para ella. Pero el hecho de que la misi quisiera ahora ocupar un lugar fijo en medio de ellos la asustó. De pronto se le ocurrió una idea.

—¡Entonces se convertiría en tu madrastra! —El comentario se le escapó, e inmediatamente se tapó la boca con la mano.

Martin la miró con expresión atormentada.

—Sí. Bonita perspectiva, ¿verdad?

Durante un buen rato ninguno de los dos pronunció palabra. Karini preparaba la comida mientras el joven permanecía en el banco, abstraído y mudo. Al final ella tapó con cuidado las fuentes para que la lluvia no cayera dentro y se apresuró a llevarlas a la casa. Martin se quedó sentado en la cocina. No parecía desear la compañía de su padre y de misi Gesine durante la hora de la comida.

Karini suspiró. Sarina no estaba allí para ayudarla. Ella nunca abandonaba las tareas domésticas, pero ese día no se había presentado al trabajo. Luego, por la mañana, Karini se dirigió al cuarto de la india. Cuando nadie estaba de visita en la plantación, ella vivía en el piso de abajo de la casa de invitados, en una pequeña habitación.

—Vete, no me encuentro bien —le confesó Sarina.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, Karini... Ve..., ocúpate de la cocina.

La chica cumplió el encargo de Sarina. Ahora, al llevar la comida a la casa de la plantación, se dio cuenta de que tampoco masra Thijs se sentaba a la mesa. Masra Pieter y misi Gesine, por el contrario, estaban de un humor excelente.

De regreso a la cocina, sirvió un plato y se lo tendió a Martin, que lo aceptó agradecido. El joven señaló la silla junto a la mesa, y Karini se acomodó a su lado.

—¿Sabes lo que le pasa a masra Thijs? No estaba a la mesa.

Martin se encogió de hombros mientras masticaba.

—Esta mañana no se encuentra bien...

—Qué raro... —Karini removió su comida, pensativa—. Sarina tampoco se encuentra bien hoy.

Martin lanzó una breve ojeada a su alrededor, como si acabara de caer en la

cuenta de que la india no estaba en la cocina.

—A lo mejor es el tiempo, fuera es espantoso, mucho peor que en la estación de las lluvias —dijo señalando la pequeña catarata que caía del techo al suelo frente a la puerta.

—Sí, a lo mejor... —opinó Karini con escaso convencimiento.

A la mañana siguiente, Sarina tampoco apareció en la cocina, como acostumbraba. Karini, preocupada, llamó con cuidado a la puerta de su cuarto, pero no recibió respuesta. Volvió a llamar, esta vez con más energía.

—¿Sarina?

Silencio. Karini abrió con mucho cuidado. La estancia estaba caliente y sofocante. Sarina yacía en la estrecha cama, sin moverse, con los ojos cerrados y la piel cenicienta. La muchacha se acercó con cuidado al catre.

—¿Sarina?

Posó su mano con timidez en el hombro del ama de llaves india, pues no quería asustarla, pero la enferma no reaccionó. A través de la tela de su camisón, se dio cuenta de que la mujer ardía. No había duda, tenía una fiebre altísima.

Karini corrió presurosa a la casa de la plantación. En el pasillo se topó con masra Pieter. Precisamente él.

—Eh, ¿qué es lo que pasa? ¿Adónde vas tan deprisa? ¿Dónde está el desayuno? —inquirió mirándola enfurecido.

En ese momento Karini cayó en la cuenta de que masra Pieter nunca la llamaba por su nombre. Para él ella era siempre tan sólo «eh», «tú» o «negra».

—Perdón, masra. Yo... estoy buscando a masra Thijs.

—Pues no has tenido suerte. No se siente bien y se ha quedado en su cuarto. Y ahora, tráenos el café.

A Karini la asombró la indiferencia de masra Pieter. Se apresuró a llevar el café desde la cocina para no aumentar su enfado. Cuando regresaba con la cafetera tropezó con Martin, que en ese momento bajaba por la escalera abrochándose el último botón de la camisa.

—¿Karini? Buenos días. ¿Sigue indispueta Sarina?

—Sí —contestó la joven en voz baja, acechando a su alrededor. No quería que masra Pieter la viera u oyera—. Y masra Thijs también está enfermo.

—¿De veras? ¿Qué es lo que pasa?

Karini se apresuró a llevar la cafetera al comedor. Masra Pieter le dirigió una mirada de disgusto, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Luego la chica corrió arriba, al dormitorio de masra Thijs, y llamó a la puerta.

—¿Sí?

Su voz sonaba ronca y débil. No era una buena señal. Karini abrió la puerta.

—Soy yo, masra. Quería preguntarle si debo traerle algo.

El masra yacía en la cama, los ojos brillantes por la fiebre.

—Un té. Creo que un té me sentaría muy bien, gracias, Karini. ¿Sigue... Sarina... enferma?

—Sí, también está enferma —contestó sincera.

—Dile a Pieter que suba a verme, por favor.

—De acuerdo, así lo haré, y luego le traeré su té.

—Masra Thijs desea hablarle. —Karini entró en el comedor y transmitió el encargo que el masra acababa de hacerle.

Masra Pieter se limitó a asentir con la cabeza.

—Padre —dijo Martin al tiempo que le dirigía una mirada de reproche.

—¿Qué pasa? ¿Es que en esta casa no puede uno desayunar tranquilo? —Masra Pieter torció el gesto, enfurecido.

—¡Padre! Thijs está enfermo, Sarina está enferma... y tú eres médico.

—Iré enseguida a ver a Thijs. Martin, en este país un poco de fiebre no es nada del otro mundo, lo sabes de sobra.

Misi Gesine, que había estado callada hasta entonces, se burló de la ausencia de Sarina.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto, Pieter? Si Sarina falta, Karini tiene que hacerlo todo sola. Además..., he de preparar las maletas. Tengo que viajar a la ciudad a recoger esos documentos.

Masra Pieter hizo un gesto de desdén.

—Bah, no te preocupes, querida, ya verás como se repone enseguida. La chica negra te ayudará a hacer el equipaje, y en la ciudad tu divorcio se tramitará sin demora.

Karini estaba furiosa. Así que misi Gesine iba a divorciarse de masra Wim... y su único interés era que le hicieran deprisa el equipaje. La preocupación de Karini, por el contrario, se centraba en los enfermos, pero éstos no parecían interesar a nadie, salvo a Martin y a ella misma.

CAPÍTULO 20

A Wim no le resultó fácil tomar una decisión. Como era lógico, se alegraba de haberse atrevido a dar ese paso. La desdichada relación con Gesine había corroído su alma, dejando en ella huellas evidentes. A pesar de todo, se sentía responsable de ella.

—No te preocupes, seguro que se las arreglará bien en Watervreede —intentó tranquilizarlo Erika.

Y tenía razón. Al fin y al cabo, Thijs, Sarina, Martin, Karini y Pieter Brick también estaban allí. Este último incluso se había desvivido durante los últimos meses por Gesine. Normalmente un marido se habría sentido muy celoso; Wim, por el contrario, había observado los esfuerzos de Brick con indiferencia, si no con alivio. Gesine había madurado mucho desde su llegada al Surinam. Asimilaría la separación y, si lo deseaba, también hallaría el camino de regreso a Europa.

En lo concerniente a su persona, Wim no estaba seguro de eso. Ya nada lo impulsaba a retornar a la patria. Allí lo esperaban la fría y triste Ámsterdam y una empresa comercial que bajo la dirección de su apoderado también hacía excelentes negocios. No necesitaba darse prisa. Por el momento se sentía inclinado a permanecer en el Surinam. El trabajo en la plantación había significado mucho para él, por supuesto, había sido saludable y lo había fortalecido y transformado, y no sólo en el aspecto físico. Por bien que se hubiera sentido en Watervreede, en cierto momento había tenido que confesarse que su futuro no estaba en la plantación. Se había dado cuenta de que era el momento de cambiar de rumbo, aunque no tuviera ni idea de adónde lo conduciría. A pesar de todo, decidió dar el siguiente paso, que implicaba dejar atrás a Gesine y Watervreede, aunque esto último le doliera. Pero le había prometido a Thijs que volverían a verse en Rozenburg. Porque las puertas de Rozenburg, eso sí lo sabía, siempre estarían abiertas para Erika y para él.

Erika había prometido ayudarlo. Wim únicamente deseaba escribir y confiaba en poder ganarse el sustento con la pluma. Como era natural, ahora tendría que conseguirlo sin su suegro, pero también en el Surinam se necesitaban buenos corresponsales. Erika pretendía establecer los contactos necesarios. «Aunque tendrás que ocuparte más bien de plagas de hormigas en las plantaciones y de dar explicaciones sobre agricultura», le advirtió riendo. Sin embargo, a Wim eso le daba igual.

Sentía un agradecimiento infinito por haber conocido a Erika. Esa mujer lo impresionaba día tras día. Poco a poco habían ido conociéndose mejor, habían ganado confianza mutua, y de ahí había surgido una profunda amistad. Wim jamás se habría atrevido a soñar que eso fuera posible con una mujer, pero —y éste era el punto esencial— realmente era sólo amistad. Por ambas partes.

Una noche de luna junto al río, Erika le había confesado en voz baja y temblorosa que esperaba que él no albergara «intenciones» hacia ella, porque no podría satisfacer ese deseo. En el acto, Wim se había mostrado profundamente aliviado, ya que lo preocupaba que ella tuviera sentimientos a los que él no podría corresponder y deseaba ahorrarle esa decepción. «No, Erika, haya lo que haya entre nosotros, será siempre un vínculo meramente... amistoso», le había dicho, y ella también pareció verdaderamente aliviada.

Unas semanas después comenzaron a descubrirse el uno al otro su intimidad. Con cierta vacilación al principio, luego muy deprisa y con mayor franqueza y sinceridad cada vez. Hasta entonces Wim nunca había hablado con nadie de su relación con Hendrik y, aunque también sintió vergüenza frente a Erika, ella lo animó: «Wim, eso no es nada malo, yo seré la última persona en reprochártelo». Le había colocado la mano en el brazo y lo había obligado a mirarla a los ojos. Y él había hablado y hablado. De Hendrik, de su padre, de su vida con Gesine, de sus deseos, sueños y esperanzas. Era como si le hubieran quitado una pesada roca del alma, se sintió realmente aliviado. Sabía que Erika mantendría su historia a buen recaudo.

A ella, por el contrario, le costó más contarle la suya. Pero lo que Wim oyó hizo incrementar más aún su admiración por esa mujer. En comparación, sus propias preocupaciones parecían triviales e insignificantes.

Erika había sido ultrajada y maltratada durante mucho tiempo por el propietario de una plantación. Los abusos físicos fueron de tal gravedad que ella habría preferido morir a seguir soportando más tiempo esa violencia. Esos sucesos todavía la acosaban en la actualidad, pues su hija había sido concebida en el transcurso de los abusos. Erika sufrió graves consecuencias, nunca había podido amar a la niña y se lo reprochaba a sí misma. Wim había intentado consolarla, aunque sabía que no había palabras en el mundo capaces de hacerla olvidar ese dolor.

Erika le dijo claramente que jamás podría volver a mantener una relación con un hombre. Pero la vida de una mujer sola no era fácil. A pesar de todos los esfuerzos, siempre se sentía sola, marginada por la sociedad. Wim sabía a qué se refería, pues también él conocía esa sensación más de lo que habría deseado.

Más adelante, él bromeó diciendo que en realidad formaban la pareja perfecta. Y, a partir de ahí, y tras meditarlo detenidamente, maduró un plan. Una relación aparente ejercería un efecto muy positivo de puertas afuera, y al mismo tiempo no entrañaría ningún peligro para ambos. Poco a poco una idea en principio absurda fue convirtiéndose en algo serio. Y Wim se separó de Gesine para iniciar una relación oficial con Erika.

Entretanto, hacía ya unas semanas que habían regresado a Paramaribo. Allí nadie se ofendió con la pareja. Al contrario, en el hogar infantil fueron recibidos con euforia, y Wim se sintió muy bien acogido en esa pequeña y extraordinaria familia. Ignoraba qué pensarían de él los hijos biológicos de Erika, pero ésta le aseguró que no tenía por qué preocuparse. «Reiner vive la mayor parte del tiempo en la selva —

explicó—, allí la gente no está tan pendiente de las relaciones de los demás como en la ciudad. Los nativos tienen otras costumbres, y son más libres —añadió sonrojándose levemente—. Y Hanni..., lo cierto es que tampoco lo sé», concluyó encogiéndose de hombros.

Nadie en la ciudad recordaba que Wim seguía casado. Erika lo remitió a un abogado serio, que redactó los documentos necesarios para el divorcio. En los Países Bajos eso seguramente habría provocado un gran revuelo. Wim no quería ni pensar en su suegro, pero también ese revuelo se calmaría. Gesine todavía era joven, y tendría a muchos hombres a sus pies. El propio Pieter Brick, evidentemente, era uno de ellos.

Wim disfrutaba de su nueva libertad. Y en cuanto Gesine llegara a la ciudad y firmara los papeles del divorcio, comenzaría una nueva vida.

CAPÍTULO 21

—Tenemos que hacer algo.

Karini estaba desesperada. Tampoco esa mañana había notado ninguna mejoría. Sarina y masra Thijs llevaban días con fiebre y estaban cada vez más débiles, a pesar de que masra Pieter afirmaba que se ocupaba de ellos. Misi Gesine se había trasladado a la ciudad, pues sólo pensaba en su divorcio.

—Pero mi padre dice... —Martin la miró acongojado.

—Sí, tu padre dice que esto pasará. ¡Pero míralos! Sarina ya está demasiado débil para abrir los ojos, y a masra Thijs le sucede lo mismo, solamente delira.

—Y ¿qué vamos a hacer nosotros? —Martin parecía indeciso.

—En mi opinión, alguien debería ir a Rozenburg a buscar ayuda. A misi Juliette o..., lo mejor sería la tía Aniga.

—¿La negra?

Karini dio un resoplido furioso.

—Esa *negra* ha ayudado ya a muchas personas. Y aquí, entre los trabajadores, no hay ningún curandero.

Martin parecía escéptico, y Karini creyó incluso percibir miedo en sus ojos.

—No sé..., seguro que a mi padre no le gusta nada que nos inmiscuyamos.

—¡Por Dios! Como no hagamos algo deprisa, esos dos seguramente morirán.

—Por un poco de fiebre...

—¡Martin! —Karini se retorció las manos, desesperada.

¿Por qué le costaría tanto entender que el peligro que los amenazaba era real? Karini ya había visto muchas veces a enfermos con fiebre y también había ayudado a atenderlos. Pero en cierto modo, esto de ahora era distinto, no era una malaria normal y corriente.

—Por favor, ve a Rozenburg a pedir ayuda.

Esa tarde, al ver que Martin seguía sin hacer nada, Karini lo agarró furiosa por la manga y se lo llevó al piso de arriba.

—¿A qué viene esto, Karini? ¿Es que te has vuelto loca?

—¡No! Tú te vienes conmigo sin pérdida de tiempo, quiero que lo veas con tus propios ojos.

Lo condujo por el pasillo y luego abrió con absoluto sigilo la puerta del cuarto de masra Thijs. Las cortinas cerradas dejaban entrar poca luz en la estancia, pero el mal estado del enfermo era evidente, y el ambiente de la habitación, sofocante y viciado por la fiebre, lo confirmaba.

—Ahí lo tienes. Míralo, lleva dos días sin abrir los ojos. Igual que Sarina.

Karini se acercó entonces sin hacer ruido al lecho de masra Thijs, tomó un paño húmedo de una fuente colocada encima de la mesilla de noche y le refrescó la frente con suaves toques. Luego se volvió hacia Martin, que continuaba con la cara muy pálida en el umbral de la puerta.

—Martin, los dos están muy graves y yo... yo me esfuerzo, pero no soy enfermera y tampoco sé ya qué más hacer. Tu padre viene una vez al día, les toma el pulso y se marcha. ¿Qué voy a hacer yo? Si no hacemos algo, se morirán en mis manos.

Una gruesa lágrima rodó por la mejilla de la chica. El miedo y el agotamiento se cobraban al fin su tributo. Primero pensó en pedir ayuda a Hestia, pero la anciana apenas podía andar ya y veía muy mal, no se le podía encomendar el cuidado de dos enfermos. Karini había delegado el trabajo doméstico y culinario en una de las trabajadoras, pero ella sola ya no daba abasto para cuidar a dos personas tan gravemente enfermas.

—Si mañana no hay mejoría, hablaré con mi padre —prometió Martin.

La joven suspiró. No era mucho, pero sí algo.

Mucho después de medianoche, Karini cruzó a tientas el patio de trabajo en la oscuridad de la noche. Había estado con Sarina, que seguía igual de mal.

Cuando quiso regresar a su cabaña, vio un movimiento en el porche trasero de la casa de la plantación. Se detuvo y escuchó. ¿Le estaría gastando una broma su mente cansada? Se disponía a reanudar la marcha cuando oyó otro ruido y se quedó petrificada de espanto. Entonces, durante un momento, la luna se filtró entre las nubes, y Karini vio claramente que alguien se dirigía a la casa de invitados. Oyó un ligero crujido. ¡La puerta de la casa de invitados! Despacio, procurando mantenerse a la sombra de los árboles, se deslizó sigilosa, retrocediendo en la dirección de la que provenía. Con suma cautela siguió a tientas la pared de la casa hasta llegar a la ventana de la habitación de Sarina. Vio una figura junto a su cama. Otro rayo de luna iluminó brevemente la noche. Era masra Pieter, que sacó una botellita del bolsillo de su chaqueta, sujetó con la mano el mentón de Sarina, vertió unas gotas de la botella en su boca y volvió a guardársela. Después se dispuso a marcharse. Karini se agachó y retrocedió a gatas hasta guarecerse debajo de un arbusto. Las espinas perforaron sus piernas y su espalda, pero masra Pieter no debía descubrirla allí por nada del mundo. La puerta crujió de nuevo y los pasos se alejaron. Karini permaneció acucillada en su escondite. ¿Qué era lo que había hecho ese hombre? ¿Acudir en plena noche para darle la medicina a Sarina? De pronto Karini concibió una terrible sospecha. A masra Pieter le traían sin cuidado los enfermos. ¿Quizá porque conocía perfectamente las causas de su enfermedad?

De pronto alguien la agarró por el pelo y la sacó fuera de su escondrijo.

¡Horrorizada, reconoció a masra Pieter! Antes de que la joven pudiera gritar, él le tapó la boca con la mano.

—Como grites, te mato —la amenazó arrastrándola tras él, hasta muy detrás del edificio del molino. Una vez allí, la tiró al suelo—. ¿Qué buscabas? ¿Qué es lo que has visto? —Se inclinó hacia ella y le soltó un bofetón.

—Nada —gimió Karini.

—Te lo preguntaré de nuevo: ¿qué es lo que has visto? —Volvió a abofetearla.

Karini sintió que el labio se le reventaba y saboreó la sangre. Tuvo que toser. Él le pegó entonces una patada en el costado.

—Maldita negra, como digas una sola palabra, te... —La pateó nuevamente.

La joven se desmayó.

Cuando volvió a abrir los ojos, la luna brillaba por encima de ella. Durante unos momentos no supo qué había pasado, después notó los dolores y se encogió. Respirando con dificultad, intentó controlar su cuerpo. Escuchó en su interior. Le dolían sobre todo el vientre y las costillas y, por el sabor, supo que todavía le sangraba el labio. Intentó levantarse con todas sus fuerzas. Cuando el primer mareo desapareció, recuperó la memoria. Comprendió en el acto la trascendencia de lo sucedido y tomó una decisión. Tenía que marcharse de allí. Tenía que ir en busca de ayuda. Masra Pieter no sólo mataría a masra Thijs y a Sarina, sino seguramente también a ella. Se incorporó despacio, las estrellitas bailoteaban ante sus ojos y sus rodillas amenazaban con fallarle. Luego consiguió dar unos pasos. Y unos pocos más. Los dolores no disminuían, pero ella andaba.

Se adentró en la selva, por el camino que llevaba a Rozenburg.

CAPÍTULO 22

Henry llegó muy temprano a los campos de caña de azúcar con un grupo de trabajadores. Al poco, algunos gritaron y comenzaron a hacer señas con las manos, muy excitados. El joven hizo dar media vuelta a su caballo y trotó en su dirección. Una persona yacía en el suelo entre ellos. En un primer momento pensó que alguno de los hombres se habría puesto enfermo, pero después saltó del caballo, conmocionado.

—¿Karini? ¡Ay, Dios mío...! ¿Karini?

Se inclinó sobre la joven. Los pensamientos se atropellaban en su mente. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Andando, en plena noche? Después vio su rostro destrozado a golpes, y una ira abrasadora lo recorrió de pies a cabeza.

La levantó con cuidado, la depositó en los brazos de un trabajador y montó en su caballo. Un hombre le entregó luego a la chica con sumo cuidado. Sujetando las riendas con una mano y a Karini con la otra, espoleó a su montura en dirección a la plantación.

—¡Madre! —Su grito resonó por el patio de trabajo. El pánico en su voz lo sorprendió incluso a él mismo.

Juliette y Kiri salieron en tromba de la casa casi al mismo tiempo.

—¿Henry? ¿Ha pasado algo? —De inmediato, Juliette se cubrió la boca con la mano—. ¡Qué horror!

—Estaba tirada en el campo, atrás, junto a la selva. Debe de haber venido a pie.

Entre las dos mujeres bajaron a Karini del lomo del caballo y la tendieron en el suelo.

—¡Cielo santo! ¿Quién ha podido apalearla así? —Juliette limpió con mucho cuidado con una punta de su falda la sangre del rostro de Karini.

La joven exhaló un leve gemido y sus párpados se movieron.

—No lo sé, madre. Pero lo averiguaré —aseguró Henry, que de inmediato montó en su caballo y lo espoleó.

—¡No, Henry, espera! —oyó gritar a su madre, presa de la desesperación.

Pero él, ciego de ira, cabalgaba derecho hacia los campos de caña de azúcar en dirección a Watervreede.

Julie lo siguió con la vista. Sabía que no podría detenerlo.

—Kiri, ven, llevémosla a casa.

Juntas, trasladaron a la joven a una de las habitaciones. Julie envió a Kiri a por una palangana y algo de agua, y dejó que lavara con cuidado a su hija. La misi no cesaba de acariciar con delicadeza los cabellos de la joven y observó aliviada que estaba recuperando el conocimiento. Por un momento miró interrogante a su

alrededor, luego se retorció de dolor.

—Tranquila, hija. —Kiri le limpió la sangre del labio con pequeños toques. Su expresión parecía petrificada, observó Julie, asustada. Hacía mucho tiempo que no veía así a su empleada.

—¿Qué ha pasado?

—Masra Pieter —musitó Karini muy bajito.

Julie aspiró con fuerza.

De pronto la joven abrió unos ojos como platos.

—Masra Thijs... Sarina..., muy enfermos... Masra Pieter... Necesitan ayuda — balbuceó.

Julie se quedó petrificada de espanto. ¡Eso sólo podía significar una cosa! Pero Pieter no podía haber vuelto a... Se levantó de un salto.

—Kiri, salgo a caballo en busca de Jean, tenemos que ir a Watervreede. Ve a buscar a Aniga, súbela a una barca con algunos hombres y..., sí, también a Inika..., y mándalos a todos allí.

A continuación, Julie salió corriendo de la casa, se dirigió al establo, ensilló y puso las riendas a su yegua a toda velocidad y salió del patio al galope. Recordó a Henry, pues pocas veces lo había visto tan furioso. Ojalá no cometiera ningún error. Les llevaba una gran ventaja. Si sus temores se confirmaban...

Julie encontró a Jean en los campos de caña de azúcar.

—¡Jean! ¡Henry..., Watervreede..., deprisa! —le gritó sin aliento.

Aliviada, comprobó que su esposo hacía dar vuelta a su caballo y la seguía a galope tendido.

Cuando Henry llegó a Watervreede, su caballo amenazaba con desplomarse. Lo había hecho galopar deprisa por la selva, hora tras hora, sin darle un momento de respiro. Ahora el animal, con sus últimas fuerzas, entró al trote en el patio de trabajo y se detuvo por fin, jadeando y esparrancado. Le temblaban los flancos, y gruesas gotas de sudor corrían por su cuello. Henry le palmeó el costado con gratitud y reconocimiento, se lo confió a un mozo de cuadra que acudía presuroso y caminó deprisa hacia la casa de la plantación. Cuanto más se acercaba a Watervreede, más aumentaba su furia. ¿Cómo podían haber golpeado así a Karini? Conocía a la joven de toda la vida y no le cabía en la cabeza que hubiera hecho nada malo. Pero aunque hubiera cometido una falta..., ¡semejante trato era de todo punto inhumano! Todavía era pronto por la mañana y confiaba en que Martin y Pieter no hubieran salido hacia los campos.

Henry entró en la casa por el porche trasero. En el pasillo acudió a su encuentro una mujer negra, que lo miró asustada.

—¿Dónde está el masra? —preguntó Henry.

La mujer señaló hacia delante, en dirección al comedor, y después se dispuso a

salir a toda prisa de la casa.

Sin presentarse, Henry se acercó a la mesa a la que se sentaban Martin y su padre.

—¡Henry! —Martin se levantó de su silla de un salto.

Si Pieter estaba sorprendido, no dejó que se le notara. Tomaba a sorbos su taza de café, sin inmutarse.

—Vaya, el amado hijo de Juliette. ¿Nos has traído de vuelta a nuestra joven negra?

Henry iba a contestarle cuando vio que la mirada de Martin se dirigía a su padre y luego a Henry. Por un instante creyó percibir en ella sorpresa, ¡pero esta vez Martin no lo engañaría! ¿Qué se había creído? De tres zancadas, se plantó a su lado y lo agarró por el cuello.

—¿Qué habéis hecho con ella? ¿Has sido tú? ¿Las has apaleado tú de ese modo?

Martin, visiblemente sorprendido por ese ataque, levantó las manos para defenderse.

—¿De qué hablas, Henry?

—¡Se acabó! —Pieter miraba a los dos jóvenes con ojos relampagueantes de ira.

Pero Henry apretó sus manos más todavía.

—¡Dime lo que ha pasado! —siseó—. ¡Venga, suéltalo ya! Karini yacía esta mañana en nuestros campos, molida a palos.

—¿Qué? —Martin negó con fuerza con la cabeza.

Henry vaciló. La sorpresa de Martin parecía auténtica.

—¡He dicho que se acabó! —Pieter se levantó y agarró a Henry por el hombro para apartarlo de su hermano—. Esa bestezuela se portó mal y hubo que enseñarla a obedecer.

Henry no daba crédito a sus oídos. ¿Qué se imaginaba ese tipo? Quiso abalanzarse contra Pieter, pero Martin lo detuvo y se interpuso entre su padre y él. Con la mirada turbia, se volvió hacia su padre. Era una mirada que Henry conocía de su infancia.

—¿Le has pegado tú, padre?... ¡Dilo!

Pieter se limitó a encogerse de hombros.

Ahora fue Martin quien alzó el brazo, pero Pieter fue más rápido y aferró con puño de hierro la mano de su hijo.

—Vamos, Martin, deja de preocuparte tanto por esa chica. Es tan rebelde como su madre —soltó echándose a reír—. Por cierto, ¿te has divertido con la pequeña? Hacéis buena pareja. En su día, no tardé en meter en cintura a su madre.

Henry necesitó un instante para comprender sus palabras, después sintió náuseas. Luchó con todas sus fuerzas para no ceder a esa sensación.

—¿Qué le has hecho?

Martin fue el primero en recuperar el habla. Con la cara pálida y tensa, se revolvió intentando soltarse de su padre, pero Pieter seguía sujetándolo con fuerza. Henry se disponía a apresurarse a ayudar a su hermano cuando el hombre habló de

nuevo.

—Sí, Martin, tu pequeña también es carne de mi carne. Y por eso puedo educarla como me plazca. Y... para ser exactos, me pertenece. —Y con estas palabras apartó a Martin de un empujón.

El joven miraba a su padre, horrorizado.

A Henry le resultaba increíble lo que acababa de oír. ¿Karini..., engendrada por Pieter?

El hombre, en cambio, parecía disfrutar con la situación, y en su rostro se dibujaba una sonrisa de suficiencia. De repente se oyeron unos pasos rápidos que se aproximaban. Un instante después Jean entró en el comedor escopeta en mano, seguido por Juliette.

Pieter torció el gesto.

—Qué encantador, ya está reunida toda la familia.

—Cierra la boca, Pieter, cierra la boca —le dijo Julie echando chispas—. ¿Dónde está Thijs Marwijk?

Julie corrió al exterior para ver dónde estaba la barca. No tenía ni idea de lo que había sucedido en el comedor, pero Henry y Martin parecían profundamente turbados. Más tarde se ocuparía de ese asunto, ahora lo más importante era ayudar a los enfermos. Martin los condujo en silencio hasta Thijs. Su estado no era muy halagüeño.

Los remeros se habían empleado a fondo. Julie vio en la barca a Bogo, que, pasando entre los hombres, subió impaciente a la proa de la pequeña barca con toldo y cogió el cabo para amarrarla. Julie se alegró de que Inika no hubiera ido hasta allí sola. Si su madre se encontraba en un estado similar al de Thijs...

La misi corrió a su encuentro por la pasarela y Bogo le lanzó el cabo. De un salto, el muchacho indio se plantó en la pasarela y arrastró la barca hasta ponerla en posición. Inika ayudó entonces a Aniga a levantarse. La travesía en la pequeña barca debía de haber sido dura para la anciana, que subió a la pasarela con paso inseguro, seguida por la joven.

—¿Dónde está mi madre, misi? —dijo Inika con la preocupación escrita en el rostro.

—En la casa de invitados, en la planta baja, justo al lado de la entrada. —Apenas terminó de hablar Julie, la chica se marchó presurosa. Julie se volvió hacia Aniga—. Primero veremos a Thijs Marwijk, no se encuentra bien —dijo y, tras tomar a la curandera negra del brazo, la condujo a la casa de la plantación.

En el dormitorio, Aniga se acercó a la cama del enfermo, murmuró algo incomprensible, agarró la delgada sábana con la que Marwijk estaba tapado y la apartó de golpe. Con sumo cuidado levantó ligeramente la parte superior de su pijama para poder echar un vistazo al tórax del enfermo.

—¡Qué horror! —Julie se lo imaginaba. El cuerpo de Marwijk estaba cubierto de

manchas de color rojo oscuro.

Cuando sus miradas se encontraron, Aniga asintió y dijo:

—La misi sabe cuándo vimos algo parecido..., ¿no es así?

Julie asintió mientras se tapaba la boca con la mano, horrorizada. Ese malnacido de Pieter...

—¿Puedes ayudarlo, Aniga? —preguntó por fin, aunque temía la respuesta.

La mujer negra negó con la cabeza, pero luego asintió.

—Necesito una tina con agua fría, muy fría... Tenemos que ahuyentar la fiebre.

Julie bajó corriendo y salió de la casa para buscar la tina. Encontró una junto al edificio de la cocina, pero pesaba demasiado para transportarla sola. Corrió a la casa de invitados y halló a Bogo en la habitación de Sarina.

Inika, consternada, se sentaba en el borde de la cama de su madre y sostenía su mano. Julie se llevó un susto de muerte. Inika parecía aún más enferma, si cabía, que Marwijk. Enviaría de inmediato a Aniga. Sin aliento, le indicó a Bogo que la acompañara. Juntos arrastraron la tina hasta la bomba de balancín del patio y Bogo comenzó a llenarla de agua.

Poco después salieron de la casa Martin y Jean con Thijs Marwijk. Julie se horrorizó, ese hombre se componía únicamente de piel y huesos.

—¡Quítenle la ropa y métenlo dentro, deprisa! —dijo Aniga detrás de ellos señalando la tina, ya llena.

Jean y Martin desnudaron a Marwijk, lo agarraron por brazos y pies y lo sumergieron con cuidado en el agua fría. Marwijk dio un breve respingo y gimió, pero no se resistió.

Aniga señaló la bomba.

—Deben bombear más, el agua tiene que estar siempre fría. ¿Dónde está la mujer?

Julie le indicó el camino hacia Sarina. Jean y Martin trajeron otra tina y bombearon agua en cubos que vaciaron después en la tina hasta que Bogo salió por fin de la casa de invitados con la india en brazos.

Julie e Inika la despojaron de sus ropas. Julie observó que Sarina tenía en su cuerpo las mismas marcas de color rojo oscuro. A nadie le importaba que los dos enfermos estuvieran desnudos. Había que ayudarlos.

En ese momento la voz sarcástica de Pieter resonó desde el porche:

—El esfuerzo no merece la pena, la negra no podrá hacer nada con sus remedios selváticos. —Se apoyaba con gesto indiferente en la balaustrada mientras observaba el trajín alrededor de los enfermos.

Julie le dirigió una mirada de ira.

—Jean, llévatelo de aquí, o no podré contenerme.

Su esposo dejó el cubo en el suelo y se dirigió al porche a zancadas. Agarró a Pieter del brazo y volvió a meterlo en la casa. Aniga preparó una infusión a los enfermos y vertió en las tinas diferentes remedios que había llevado consigo en una

pequeña bolsa. Julie no hacía preguntas, pues confiaba plenamente en la curandera.

Después de que Thijs Marwijk y Sarina pasaron un rato metidos en el agua fría, Aniga ordenó que los sacaran, los envolvieran en una manta y los acostaran de nuevo en la cama.

—Hay que esperar, misi, hay que esperar.

—¿Dónde está? —Julie estaba tan rabiosa que Jean tuvo que sujetarla.

—¡Julie! —le rogó a gritos.

—¿Dónde está Pieter?

Su marido señaló el despacho. Ella abrió de golpe la puerta.

—Sal, pedazo de...

Pieter salió, se alisó la chaqueta y la miró con una sonrisa triunfal.

Julie sostuvo su mirada y, sin poder contenerse, levantó la mano y le propinó una bofetada. La sonrisa de Pieter se ensanchó, pero, antes de que pudiera golpearlo de nuevo, Jean se colocó tras ella y le sujetó la mano.

—¡No..., Julie, no!

—Juliette... —Pieter se frotó la mejilla con la palma de la mano—. En consideración a la situación general, para ti sin duda desconcertante, de momento pasaré por alto tu pequeño arrebato. —Se adelantó un paso.

—Has intentado matarlos —lo increpó ella, fuera de sí.

—Eso, querida suegra, tendrás que demostrarlo primero. Yo he intentado ayudarlos. Pero, al parecer, vosotros opináis que vuestra medicina de negros les será más útil. —Pieter estiró el cuello y levantó la mano con aire indolente—. Mucha suerte —añadió. Luego, dio media vuelta, riendo, se acercó al escritorio y tomó asiento en el sillón que había detrás—. Muy triste, por cierto, muy triste que Marwijk nos abandone. Pero, como es natural, yo aceptaré seguir administrando Watervreede junto a mi futura esposa.

Julie escuchaba sus palabras con incredulidad. Estaba loco, ella siempre lo había sentido, pero ahora era evidente que había perdido por completo la razón. ¿De verdad había intentado adueñarse de la plantación recurriendo al envenenamiento? Sintió que necesitaba aire fresco.

Salió al porche delantero y respiró hondo un par de veces. ¡Qué infame! Los pensamientos se atropellaban en su cabeza. Pieter había utilizado el mismo método que antaño con los esclavos. Entonces no había sido su intención matarlos, pero, como murieron, ahora sabía de sobra lo que tenía que hacer. Era muy propio de un hombre de su calaña intentar librarse de Thijs Marwijk y de Sarina. Si lo lograba, tal vez así pudiera adueñarse de Watervreede.

Julie se apoyó en la barandilla y respiró hondo. Tenía que mantener la mente despejada. Cuando Marwijk se recuperara, ya decidiría las medidas que debían tomar.

CAPÍTULO 23

Al cabo de unas horas, Karini se repuso hasta el punto de que consiguió levantarse y caminar, aunque con las piernas temblorosas. Por la mañana, cuando llegó a los campos de Rozenburg, el dolor y el agotamiento se habían apoderado de ella. Ahora, en cambio, se sentía mucho mejor.

Cuando supo que todos habían partido hacia Watervreede, respiró aliviada. Así que la habían creído. Le habría gustado secundarlos, aunque masra Pieter estuviera allí. La preocupación por los enfermos superaba al miedo. Sentía la misma ira que cuando le había pegado el maestro de los chicos. Se enfrentaría a él, diría a los demás lo que había hecho. Y seguro que misi Juliette y masra Jean la protegerían.

Pero su madre se lo impidió.

—De ningún modo irás allí. Desde un principio te dije que ese lugar no era para ti. —La voz de Kiri sonó inflexible, pero luego se acercó a su hija y la estrechó entre sus brazos.

Karini disfrutó del momento, notó el calor del cuerpo de su madre, su mano acariciando con suavidad su cabeza.

—Ahora, dime: ¿quién te ha hecho esto? —oyó murmurar a su madre con la cara hundida en sus cabellos.

—Masra Pieter —contestó la chica, estrechándose contra ella.

La mano dejó inmediatamente de acariciarle el pelo. Karini notó sorprendida que el cuerpo de Kiri se tensaba.

—¡Así que ha sido él! Lo sabía, ese... ese... ¿Te hizo algo más? ¿Te ha...? —dijo con voz entrecortada.

Karini nunca había visto a su madre tan furiosa y fuera de sí.

—No... —La muchacha no sabía adónde quería ir a parar.

Kiri se desprendió del abrazo y apartó a su hija.

—¿Y masra Martin?... ¿No te habrás... con él? —inquirió.

—¡No! Pero ¿qué te ocurre, madre?

Karini vio asombrada cómo su madre se venía abajo. Cuando por fin alzó la vista, miró a su hija con ojos tristes.

—Él es tu hermanastro.

—¿Qué? —Karini creía haber oído mal—. ¿Mi *hermanastro*? Pero... pero... ¿y padre?

Kiri suspiró y se dejó caer pesadamente en el suelo; era evidente que la conversación le estaba costando un tremendo esfuerzo. Luego palmeó con la mano el piso a su lado. La chica se sentó despacio, los pensamientos atropellándose en su mente.

—Karini, escúchame. Masra Martin es tu hermanastro..., pero da igual lo que haya pasado... Vosotros... vosotros no podéis..., eso no puede ser.

—¿Quieres decir que... masra Pieter...?

La idea que le pasó a Karini por la cabeza fue tomando forma lentamente. En ese instante olvidó sus dolores físicos, porque en su alma ardía de pronto un fuego devastador. ¿Acaso Dany no era su padre? Entonces ¿la habían engañado sus progenitores durante todos esos años? En ese caso masra Pieter habría...

—Me violó, entonces..., aquí, en la plantación..., una y otra vez... Y yo... —oyó la voz queda de su madre. Estaba llorando.

—¡Dios mío! ¿Por qué no dijiste nada? —Karini le acarició el pelo con cariño.

—Karini, yo no podía hacer nada para evitarlo, o la misi habría estado en peligro. El masra... siempre amenazaba...

—¿Con qué te amenazaba? ¿Es que te tenía en sus manos por algo, madre?

Kiri se toqueteaba el vestido. De repente, a Karini le pareció mucho más vieja y frágil.

—Masra Pieter siempre supo que masra Henry no era hijo de masra Karl, sino de masra Jean. Pero si eso hubiera salido a relucir, misi Juliette habría perdido la plantación y todo lo demás. Masra Pieter nos chantajeaba con eso a misi Juliette y a mí. Ni siquiera la misi sabe que el masra entonces me...

—Oh, madre, ¿por qué nunca...? ¿Así que yo soy...? ¿Y masra Henry no es...?

—Karini..., ¿cómo querías que te dijera eso? —La mujer acarició con ternura la mejilla de su hija. Luego su mirada se tornó seria—. En modo alguno regresarás a Watervreede y... y lo mejor será que te marches lejos de Rozenburg... Deberías ir al poblado cimarrón, allí estarás segura.

—¡No! —se le escapó a la joven.

No quería ir bajo ningún concepto al poblado cimarrón. Ahora no era capaz de enfrentarse a su padre..., a Dany. Primero tenía que reflexionar sobre lo que acababa de oír.

—Madre, ahora no puedo. Ahora, no.

—Pero no puedes quedarte aquí, créeme. Es por tu seguridad, quién sabe lo que nos espera todavía. —Kiri vaciló unos instantes—. O vete a la ciudad. Sí, quizá sea buena idea. Mientras masra Pieter no abandone Watervreede, allí estarás segura. Te conseguiré ahora mismo una barca.

Karini sabía que su madre tenía razón. Permanecer en Rozenburg era demasiado peligroso mientras no supieran exactamente lo que sucedía en Watervreede. Intentó ordenar sus pensamientos. Si... si ella y Martin eran hermanastros... y Martin lo sabía... Se estremeció. Martin no era ni un ápice mejor que su padre.

Pocas horas más tarde, Karini iba en una barca rumbo a Paramaribo. «Ve a casa de misi Erika —le había aconsejado su madre—. La misi te ayudará. Quédate en la

ciudad.»

CAPÍTULO 24

La fiebre había bajado, pero Sarina no había vuelto a abrir los ojos.

Ya era muy entrada la noche y, mientras la misi se ocupaba del masra enfermo, Inika y Bogo atendían a la india, turnándose para aplicarle compresas frías. Bogo dormía ahora en la estera, junto a la cama de Sarina. Inika, sentada en el borde del lecho, contemplaba a su madre. ¡Qué guapa era! Ante sus ojos surgieron recuerdos de la infancia semejantes a fogonazos. Su madre bailando con ella cogida de la mano. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ojalá no hubieran viajado nunca a ese país...

De pronto Inika vio a la luz de la luna que los ojos de su madre se entreabrían.

—¿Inika? —dijo la mujer con un hilo de voz.

—Sí, madre, estoy aquí.

—Tengo mucha sed.

—Te traeré agua, espera...

La joven se alegró mucho de que su madre hubiera recuperado por fin la consciencia. Pasó por encima de Bogo, que dormía, y alargó la mano hacia el jarro. Estaba vacío. Inika maldijo en voz baja. Tendría que ir a por agua. Salió de prisa de la casa y cruzó el patio para dirigirse a la cocina, donde estaban los barriles.

Acababa de llenar a oscuras un pequeño calabacino cuando una sombra apareció en el umbral de la puerta.

—¿Dónde habrán escondido el *dram* esas malditas negras?... —Masra Pieter estaba visiblemente borracho—. Vaya, qué amable... —Al descubrir a la chica, se le acercó tambaleándose—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pretendías robar algo, ¿eh? Sois todas iguales..., ya vi los ojitos que le ponías al bastardo de Juliette... ¿Qué? Yo también puedo, ¿no? Todavía no he probado a una india. —Masra Pieter la agarró entonces por el pelo y la arrastró hacia la mesa de trabajo—. Deberías mostrarte dócil, muchacha, pues dentro de poco misi Juliette y toda su parentela serán pobres como ratas. ¡Se apoderaron con mentiras de la plantación, con mentiras! Sí, te asombras, ya lo veo... Ella mató a mi suegro, esa mujer tan distinguida..., después de haberle colado al hijo de ese pelagatos de Riard. Pero aquí comenzarán muy pronto los nuevos tiempos, y yo seré el dueño de todo... Así que ven..., déjate de melindres..., ya te acostumbrarás... —balbució.

La agarraba con tanta fuerza que casi le impedía respirar. El pánico se apoderó de Inika. Conocía esa forma de sujetar, así la aferraba siempre Baramadir... Intentó cogerse de la mesa, pero él aumentó la presión.

—A ver, ¿las pequeñas indias sois tan solícitas como las negritas? —Le apretó la cabeza contra el tablero de la mesa y le levantó bruscamente el sari, inclinándose sobre ella por detrás.

Inika sintió una arcada cuando, con un brutal empujón, la penetró. Y entonces llegaron los recuerdos, los antiguos y atroces recuerdos. Se sentía paralizada, incapaz de mover un músculo, mientras las imágenes cruzaban veloces por su cabeza.

Cuando él terminó, jadeando, a Inika se le cayó de la mano el calabacino lleno de agua. El líquido se derramó formando un charco encima de la mesa y fluyó despacio hasta su rostro. La muchacha se asombró de lo fresca que estaba. Dejó que sus dedos fueran hasta el charco y los pasó despacio, como en trance, por el agua. ¡Qué blanda era!

De pronto, sus dedos toparon con algo duro. ¡Un cuchillo! Inika se despabiló de golpe, las imágenes desaparecieron de su cabeza. El miedo se convirtió en furia, su cuerpo era una hoguera de cólera. Sentía sobre su espalda el cuerpo pesado de él, mientras notaba el mango del cuchillo en la mano. ¡Nunca más la tocaría un hombre con brutalidad, se lo había jurado a sí misma! Aferró el cuchillo mientras notaba que el hombre se apartaba de ella. Oyó cómo se abrochaba el cinturón... Inika se revolvió entonces como un remolino y asestó el golpe. Masra Pieter, sorprendido, farfulló algo y se tambaleó. Retrocedió dando traspiés y finalmente cayó con un golpe sordo sobre los sacos de trigo que descansaban apoyados contra la pared. Respirando pesadamente, Inika se detuvo un momento e intentó tranquilizarse. No podía apartar la vista de masra Pieter, que ya no decía nada. Luego dio un par de pasos rápidos hacia el estante, cogió otro calabacino, lo llenó de agua a toda velocidad y regresó a la casa de invitados y al cuarto de su madre. Bogo seguía durmiendo y Sarina tenía los ojos cerrados. A Inika el corazón le latía en la garganta. Volvió a sentarse en su sitio en absoluto sigilo, como si nada hubiera pasado. Tenía que olvidar lo sucedido. Sabía que era capaz. No era la primera vez.

A la mañana siguiente, Bogo la despertó bruscamente con enérgicas sacudidas. Excitado, señalaba afuera, hacia el patio. Los sucesos de esa noche atravesaron su mente como un relámpago. ¿Cómo podía haber sido tan necia como para creer que podría olvidarlos? Eso ni con mucho podía reparar lo sucedido, seguro que todos se habrían enterado. La joven se incorporó, se alisó el vestido y salió de la casa de invitados. Por dentro temblaba de miedo. ¡Ahora la acusarían de haber asesinado a masra Pieter! Con las piernas temblorosas, siguió a Bogo hasta la casa de la cocina, aunque se esforzaba por aparentar inocencia. Allí estaban misi Juliette, masra Jean y masra Martin, consternados.

—¡Inika! —Misi Juliette dio unos pasos hacia la joven—. ¿Habéis oído algo esta noche?

La joven india estaba desconcertada. «¿Oído algo?...» Si la misi sabía que Inika estaba implicada en los sucesos de la noche pasada, ¿por qué le hacía esa pregunta? A no ser que la misi no supiera... Los pensamientos se agolpaban en su cabeza, e Inika no encontraba otra explicación para esa pregunta, pero entonces... Se esforzó por

mantener una expresión lo más indiferente posible. Si algo había aprendido a lo largo de los años pasados, era la capacidad de no desvelar su interior y poner al mal tiempo buena cara. Eso la había ayudado en más de una ocasión.

—No, misi. ¿Por qué?

Misi Juliette se limitó a levantar los brazos.

—Pero ¿cómo ha sucedido esto?... ¿Quién puede haber hecho algo así?

—Julie, tenemos que denunciarlo. —Masra Jean se acercó a la misi. Lanzó una mirada valorativa a masra Martin—. ¿Dónde has estado esta noche?

—Jean, por favor, no creerás que él... —La expresión de la misi traslucía perplejidad.

—No..., pero tiene que haber sido alguien de la plantación.

Masra Martin negó con la cabeza.

—Yo estuve mucho tiempo con Henry junto al río... charlando.

Misi Juliette escudriñó el espacio que rodeaba la casa de la plantación.

—¿Henry? ¿Dónde se habrá metido? —Corrió de vuelta a la casa, pero regresó descompuesta poco después—. ¡Jean! ¡Henry se ha ido!

Inika regresó junto a su madre con las palabras de masra Pieter resonando en su cabeza. Había llamado «bastardo» a Henry y había dicho que él no tenía ningún derecho a Rozenburg. Inika no era tonta, y sumando dos y dos... La historia del supuesto padre biológico del joven, al que misi Juliette había matado... Masra Jean..., y el hecho de que misi Juliette siempre hubiera aborrecido a masra Pieter. Su mente trabajaba de manera febril mientras cambiaba las compresas frías a su madre. Si Henry no era el heredero de Rozenburg, entonces... entonces masra Martin sería el único con derecho a la plantación.

No era la peor opción...

WAAR HET HART U NAAR TOE LEIDT

DONDE EL CORAZÓN TE LLEVE

*El Surinam, Reino Unido de los Países Bajos, 1880-1881
Paramaribo, plantación Rozenburg, plantación Watervreede, Ámsterdam*

CAPÍTULO 1

Karini se despertó sobresaltada cuando la barca atracó en el puerto de Paramaribo.

Su madre había recogido en la plantación algunas cosas para ella y las había metido en un saco; después había ido a buscar a dos hombres del poblado y los había hecho subir a la barca con Karini. Durante la travesía, la joven contempló fijamente el agua, enfrascada en sus pensamientos, sin apenas darse cuenta de que caía la noche.

Desde el puerto, se encaminó con paso cansino hacia el hogar infantil de misi Erika. Se sentía exhausta y le dolía todo el cuerpo. Cuando llegó a la casa, llamó con los nudillos y a continuación se desplomó en el umbral en los brazos de misi Minou.

A la mañana siguiente Karini despertó con los rayos del sol alumbrando su rostro. Notó que estaba acostada en una cama y disfrutó un momento de la suavidad de las sábanas. Después, una sombra repentina cruzó por delante del sol. Y con ella vinieron los recuerdos. Parpadeó, y cuando sus ojos se acostumbraron a la claridad, reconoció a misi Erika, que en ese momento se inclinaba sobre ella.

—Karini, cielo. ¿Qué ha sucedido?

La muchacha se alegró de verla. Se incorporó y aceptó agradecida un vaso de agua. Luego vio a masra Wim acercarse a su lecho. No dijo nada, pero su mirada de preocupación era harto elocuente.

Misi Erika se sentó al borde de la cama y tomó la mano de Karini.

—Y ahora, cuéntanos lo que ha pasado y por qué... por qué tienes ese aspecto.

Karini la dejó hacer, su cercanía la reconfortaba. Y comenzó espontáneamente a hablar. Oía su propia voz muy lejana, informando de todo lo sucedido: del estado de los dos enfermos, que empeoraba poco a poco, de cómo había visto a masra Pieter dándole algo a Sarina, de los golpes que el masra le había propinado y de sus amenazas; de su huida nocturna hacia Rozenburg y, por último, de su viaje a la ciudad por consejo de su madre. Sin embargo, se reservó el conocimiento de la identidad de su padre biológico, pues pesaba como una gran mancha negra sobre su alma y no sabía aún cómo manejarlo.

Cuando terminó de hablar, durante unos minutos reinó un silencio sepulcral. Misi Erika no dejaba de acariciar la mano de Karini visiblemente afectada.

Masra Wim comenzó a pasear por la habitación, preso de la inquietud.

—¡No deberíamos habernos marchado! Quizá entonces nada de esto habría sucedido.

—¡Wim, déjate de reproches, por favor! —Tras una pequeña pausa, misi Erika

añadió—: Tenemos que hablar con Gesine. Los documentos están firmados, ella quería regresar cuanto antes a la plantación, junto a Pieter. ¡Sin embargo, está claro que a él únicamente le interesa su dinero! Y después de todo lo que ha hecho... No podemos permitir que Gesine se precipite en la desgracia. ¡Correrá peligro de muerte!

—Ella no nos creerá. La historia es demasiado fantástica.

—Pero a Karini, sí. ¡Si no hay más que verla! —Misi Erika se volvió hacia la muchacha—. ¿Crees que podrás contarle todo otra vez?

Karini asintió. Ella tampoco deseaba que le sucediera nada a misi Gesine.

Pocas horas después estaban ante la casa en la que misi Gesine se había alojado en la ciudad. Karini estaba exhausta y tenía la sensación de que todo era un sueño. Una criada con delantal almidonado y cofia blanca abrió la puerta.

—Nos gustaría hablar con la señora... Vandenberg —masra Wim vaciló un instante, como si le costara llamar a misi Gesine por su apellido.

—¿Wim? Creo que no es procedente que nos hagamos visitas en las actuales circunstancias —dijo de inmediato la altiva voz de Gesine desde una estancia contigua.

—Sí, claro que lo es —replicó misi Erika y, tomando a Karini de la mano, la introdujo en la casa, pasando ante la sirvienta, que se había quedado pasmada.

De inmediato entraron en la habitación de la que procedía la voz de misi Gesine, quien se levantó de un salto.

—¿Cómo se atreve...? —exclamó, enfurecida, pero al ver a la joven, enmudeció—. ¿Karini? Pero... ¿qué te ha sucedido, criatura? —se cubrió la boca con la mano y lanzó una mirada interrogante a misi Erika y a masra Wim.

—Debería escuchar lo que tiene que contarle Karini. Hay revelaciones... que no son satisfactorias.

La joven negra refirió por segunda vez en ese día los sucesos que ya casi le parecían una pesadilla lejana. Sin embargo, las dolorosas señales azules en su rostro hablaban por sí mismas, y finalmente se detuvo, agotada.

Durante un rato nadie pronunció palabra. Misi Gesine, visiblemente impresionada, miraba al vacío y de vez en cuando meneaba la cabeza.

Después se levantó de golpe, se alisó la falda y respiró hondo.

—Gracias por haberme informado. —Su mirada se posó un instante en Karini, que se sorprendió al percibir en ella tanta compasión. Luego su expresión cambió y fijó los ojos en masra Wim—. Este país..., creo que lo mejor será que regrese a Europa. —Vaciló un momento, y los rasgos de su rostro se endurecieron—. Es lo mejor para *todos*... —añadió por fin, y Karini creyó percibir un tono de amenaza en su voz—. Hoy mismo escribiré un mensaje a mi padre para que tome las medidas que sean necesarias. Y... —entornó los ojos—, no le gustará tu comportamiento, Wim. Será mejor que no te dejes ver durante un tiempo. Pero —agregó con impertinencia

lanzando un vistazo a misi Erika— seguramente no será el caso.

Masra Wim carraspeó.

—Gesine, lo siento de veras. Pero, al margen de los acontecimientos que nos afectan a ambos, temo por ti. Al fin y al cabo, no sabemos... lo que se le ocurrirá todavía a Pieter Brick. Quizá lo mejor sea que regreses a los Países Bajos. Con mucho gusto me encargaré de preguntar en el puerto cuándo zarpa un barco —dijo tranquilo.

Pero a misi Gesine esa amable oferta pareció desagradarle.

—Ya veo que ardes en deseos de librarte de mí cuanto antes —replicó, lanzando una mirada de reojo a misi Erika—. Pero, bueno, después de todo lo que ha sucedido, no me parece que sea mucho pedir que lo averigües. ¿Podrías encargarte de que en su momento me envíen el resto de mis pertenencias de Watervreede?

—Por supuesto. De regreso, nos detendremos en el puerto.

La misi dedicó una mirada gélida a masra Wim.

Masra Wim volvió pronto de la capitanía del puerto.

—Deberíamos pasarnos de nuevo por casa de Gesine. Pasado mañana mismo, al amanecer, zarpa un barco, el siguiente tardará doce semanas más o menos. O se apresura o tendrá que esperar mucho tiempo.

Una hora más tarde quedó decidido que misi Gesine abandonaría el país antes de dos días.

CAPÍTULO 2

Henry no pegó ojo esa noche.

Al atardecer, cuando el sol estaba ya bajo, permaneció mucho rato sentado junto al río charlando con su hermano. Martin estaba completamente descompuesto. El comportamiento de su padre había sacado a la luz su verdadero carácter, y al joven le costó ver derrumbarse la imagen paterna que había mantenido durante tantos años. Henry no estaba menos horrorizado. Pero el destino de Kiri y de Karini los agobiaba mucho más a ambos. Kiri había sido para ellos una compañera permanente, y el hecho de que hubiera sufrido tales torturas pesaba como una losa sobre el alma de los chicos. No les resultaba fácil conjugar el conocimiento del origen de Karini y los sucesos de ese día.

—Es inconcebible que hiciera eso. Pobre Kiri, lo que debió de sufrir... —Henry, nervioso, estrujaba un terrón en su mano.

—Y yo que por poco... ¡Dios mío, imagínate que nos hubiéramos enterado de eso más tarde! —Martin torció el gesto—. He intentado de veras conocer a mi padre y encontrar algo bueno en él. Durante años me he enfadado con tía Juliette porque, en mi opinión, siempre hablaba mal de él. Pero ahora... ya no quiero tener nada que ver con ese hombre. —Martin levantó la cabeza y miró a su hermano cara a cara—. En serio, Henry, me apena mucho haber estado tan ciego.

Él apoyó la mano en el hombro de Martin y le devolvió la mirada.

—Pase lo que pase, nosotros nos mantendremos unidos, ¿de acuerdo?

Martin asintió, sonriendo. Henry notó que deseaba decir algo, pero no lo apremió.

—¿Qué... qué vamos a hacer con Karini? Ella también tiene que saberlo. Y yo... —dijo por fin—, yo no me creo capaz de decírselo.

—Sí, tiene que saberlo, se lo debemos. Yo se lo diré.

Martin le dirigió una mirada de agradecimiento. Luego permanecieron sentados juntos hasta mucho después de la puesta de sol, contemplando el río en silencio.

Esa noche Henry no consiguió conciliar el sueño. Antes del alba, se deslizó sigiloso fuera de la casa y ensilló su caballo. El fresco aire de la mañana lo reanimó. Debía ir a ver a Karini, ya había desperdiciado demasiadas ocasiones y lo que tenía que contarle le pesaba en el alma. También necesitaba tiempo para sí. En el plazo de un día habían cambiado tantas cosas que aún no sabía muy bien cómo iban a afectar a su futuro. Allí, en Watervreede, también se las arreglarían sin él.

En el trayecto no se apresuró, pues su caballo todavía no se había recuperado del todo de la dura cabalgada y, a veces, incluso cojeaba. Así que no llegó a Rozenburg

hasta esa tarde. Kiri salió al porche a saludarlo con su hermana pequeña, Helena, que se alegró mucho de verlo.

—Henry, Henry —gritaba contenta mientras agitaba la mano con vehemencia. Su sonrisa feliz contrastaba con la expresión seria de la mujer negra.

—Kiri —Henry la saludó brevemente, agitó la mano saludando a su hermana y llevó su caballo al establo.

Quería concentrarse unos momentos antes de reunirse con Kiri. Ella no podía imaginar que lo sabía todo, y él tampoco se lo revelaría. Se dirigió a la casa apesadumbrado.

—Hola, princesa, ¿qué tal estás? —dijo tras subir al porche y coger en brazos a Helena.

—Kiri, me gustaría hablar con Karini. ¿Está mejor?

Kiri no respondió; de hecho, ni siquiera reaccionó. Henry la escudriñó con aire escéptico.

—Por favor, dime dónde está Karini.

Pero la mujer callaba. El joven vio el dolor reflejado en sus ojos, y de pronto le pasó una idea por la cabeza. No se le ocurriría pensar que...

—¡Por Dios, Kiri, yo no tuve nada que ver con eso! ¡Fue Pieter, ese cerdo! Además, estuvo a punto de matar a Thijs y a Sarina. —Henry se dio cuenta de que la mujer daba un respingo—. Por favor, dime dónde está Karini —añadió con tono más dulce.

Pero ella siguió sin contestar. Así pues, a Henry no le quedaba más remedio que buscar él mismo a la chica. Dejó a Helena en el suelo y se dirigió al poblado de los trabajadores. Al no encontrarla, se acercó a la casa de invitados, pero tampoco estaba allí. Por último recorrió la casa de la plantación gritando su nombre. En vano. Regresó jadeando al porche trasero, donde Kiri estaba sentada en el suelo con Helena en el regazo. Ella rehuía su mirada.

—¡Maldita sea, Kiri, dime de una vez dónde está!

—Se ha marchado, masra.

CAPÍTULO 3

Karini no había pegado ojo esa noche, cavilando. Los dolores habían disminuido un poco, pero no se libraba del miedo a que masra Pieter la buscara y la encontrara. ¿Qué pasaría si masra Thijs y Sarina hubieran muerto? No quería ni pensarlo. ¿Y si de verdad fue masra Pieter el culpable?... Al menos, ahora era el sospechoso, porque Karini se lo había contado a misi Juliette, y también en la ciudad... No quería ni imaginar lo que haría entonces con ella. Tenía un miedo atroz. Lo mejor era que se marchara lejos, muy lejos, sin tardanza. Lo mejor..., no, esa idea era un desvarío. ¿O tal vez no? Karini intentó hacerse a la idea. ¿Se la llevaría misi Gesine consigo a Europa?

Cuando se hizo de día, la joven decidió arriesgarse e intentarlo. Misi Gesine siempre había sido amable con ella y tal vez la protegería, igual que se protegía a sí misma con ese viaje.

—¿Que quieres qué? ¿Viajar a Europa? Karini, no hablarás en serio, ¿eh? —Misi Erika se quedó estupefacta después de que, tras hacer acopio de todo su valor, la chica se lo preguntó.

—Pero, misi, tengo que marcharme lejos, antes de que me encuentre masra Pieter. Aquí no estoy segura. En Rozenburg y aquí, en la ciudad, serán los primeros sitios donde me buscará.

—Erika, por absurdo que pueda parecer, Karini tiene razón —intervino masra Wim—. Hasta que se averigüe qué ha sucedido exactamente en Watervreede y qué va a ser de Brick, Karini debería procurar no encontrarse con él. No podemos protegerla día y noche, sobre todo a largo plazo. Visto así, estaría mucho más segura en un lugar remoto, sobre todo porque Gesine hará lo posible por no volver a ver jamás a ese hombre.

Karini se alegró de que masra Wim tomara partido por ella. Pero misi Erika no parecía convencida.

—No lo sé —enarcó las cejas—. De veras, no lo sé...

—En ese caso, preguntémosle a Gesine —decidió masra Wim al tiempo que se daba una palmada en las rodillas y se ponía en pie.

—¿Karini? ¿A los Países Bajos? —Misi Gesine, sorprendida, volvió la cabeza y examinó pensativa a la muchacha—. Pero, niña, ¿de verdad lo deseas?

Karini intentaba aparentar la mayor alegría posible. Su corazón casi explotó de dicha cuando oyó la contestación de la misi.

—En realidad nos hemos llevado siempre muy bien. Y nunca he tenido una

doncella mejor. Pensándolo bien..., ¿por qué no?

Karini se inclinó con humildad, aunque en su interior auténticas olas de emoción rompían contra su cuerpo. ¡Viajaría a los Países Bajos! La alabanza de misi Gesine le causó una alegría incontenible, se esforzaría por hacerlo todo bien. Después pensó en su madre. Ya no tenía ni siquiera la posibilidad de despedirse de ella, y por un momento Karini sopesó la posibilidad de revocar su decisión. Pero no, afrontaba cambios decisivos en su vida, era la posibilidad que siempre había estado esperando. Además, masra Wim tenía razón: en ese país ya no gozaría ni de un minuto de tranquilidad, pues masra Pieter haría todo lo posible por silenciarla.

El masra la arrancó de sus pensamientos.

—Gesine, te agradezco tu ofrecimiento. En Europa Karini estará segura, y si los actos de Pieter resultan ciertos, tendrá que rendir cuentas... Pero hasta entonces todavía queda un largo trecho. Si Karini quisiera regresar..., yo podría comunicárselo a la empresa de comercio.

Misi Gesine hizo un gesto de desdén.

—Ya es suficiente, no necesito tu ayuda. Me ocuparé de Karini, conmigo estará en las mejores manos. Y si algún día quiere regresar, tomaré las medidas oportunas.

Misi Gesine dirigió una larga mirada a la joven que la alegró todavía más.

—De acuerdo, en ese caso ya no puede pasar nada más. Mañana temprano embarcaremos juntas. Todo saldrá bien.

El sol atravesaba el cielo gris del amanecer del 2 de noviembre como si quisiera desear una buena travesía a los pasajeros. El *Zonsopgang* era un gran velero que procedía de Brasil y se haría a la mar con rumbo a Róterdam.

—Oh, este barco tiene mucho mejor aspecto que la embarcación que nos trajo aquí.

Karini vio cómo misi Gesine dirigía una larga mirada de reojo a masra Wim. La chica estaba junto a ellos y misi Erika en el puerto, aferrada a su pequeña bolsa de equipaje. Se sentía muy nerviosa. ¿Estaba bien lo que hacía? ¿Qué diría su madre?

—¿Misi Erika? —susurró Karini, tirándole de la manga—. ¿Querrá decirle a mi madre que... que lo siento, y que le escribiré, y que... que la quiero? —La chica sorbió, y contuvo las lágrimas que estaban a punto de brotar.

—Claro que sí, Karini. No te preocupes.

—Gesine, os deseo buen viaje. Y que os vaya muy bien —dijo masra Wim, dándole la mano a misi Gesine para despedirse.

La misi la estrechó apenas un instante.

—Adiós, Wim. —A misi Erika le dedicó una mirada gélida—. Vamos, Karini, tenemos que irnos.

—Ven un momento, Karini. —Masra Wim le entregó una nota—. En ese papel figura la dirección de mi empresa, no lo pierdas. Si necesitas ayuda, no dudes en

presentarte allí en cualquier momento.

Karini asintió, agradecida, y se guardó con cuidado la nota en el vestido. Después siguió a misi Gesine a la pequeña barca con toldo que las conduciría al *Zonsopgang*.

—Sin duda no echaré de menos estos cascarones de nuez —bufó misi Gesine torciendo el gesto—. Al menos en los Países Bajos tenemos calles y carruajes.

La barca zarpó. Ya no había vuelta atrás.

CAPÍTULO 4

El administrador de correos llegó a Watervreede tres días más tarde. En el interior, era el representante de la autoridad: emitía permisos de libre tránsito, cobraba aranceles y efectuaba averiguaciones para el juez sobre asuntos policiales y otras cuestiones menores. Aunque el asesinato no entraba en esa categoría, de eso eran todos muy conscientes en Watervreede.

Jean había enviado a cuatro trabajadores a cavar una fosa fuera de los terrenos de la plantación para depositar en su interior el cadáver de Pieter, tal como fue encontrado en la cocina, hasta la llegada del administrador de correos. La fosa había sido tapada posteriormente para que ningún animal pudiera acercarse al cadáver.

El primer día Julie daba por sentado que alguien se declararía culpable de la muerte, pero sus esperanzas se vieron frustradas. En consecuencia, todos se miraban mutuamente con desconfianza.

La segunda noche Julie ya no aguantó más.

—¿Qué vamos a hacer? Podría haber sido cualquiera de nosotros, en cierto modo todos tenemos algún motivo.

Jean frunció el ceño.

—Sí, tienes razón... ¡Pero yo, desde luego, no he sido! —dijo con una sonrisa maliciosa.

—Yo tampoco. —Julie, por el contrario, estaba mortalmente seria—. Thijs Marwijk y Sarina yacían enfermos en sus camas. Inika y Bogo estaban con Sarina en la casa de invitados. Martin estuvo mucho rato con Henry a orillas del río y luego se fue a la cama.

Recordó la conversación que había mantenido con su hijo adoptivo la tarde siguiente a la muerte de Pieter. Martin parecía completamente trastornado y apenas estaba en condiciones de hablar. En principio Julie achacó su comportamiento a la pena por la muerte de su padre, y se quedó muy sorprendida cuando por fin, en el salón, él la invitó a mantener una conversación. Lo que le reveló la agobiaba desde entonces. La certeza de que Kiri había tenido que soportar en el pasado tanto dolor se le antojaba insoportable a Julie. La acosaban tremendos sentimientos de culpa... ¡Mira que no haberse percatado de nada! Y que encima Karini...

Jean interrumpió sus pensamientos.

—Yo no tengo ni idea, de veras. ¿Y si fue alguno de los trabajadores? —Se sirvió otro vaso de *dram*.

Julie lo contempló, meditabunda. Desde la noche anterior la atormentaba un pensamiento que no acertaba a traducir en palabras. Había sabido por un grupo de trabajadores que habían llegado a Watervreede con una remesa de caña de azúcar que

Henry se hallaba en Rozenburg.

—Como es natural, la marcha de Henry a Rozenburg no causará una buena impresión.

Jean se sobresaltó ostensiblemente. Julie supo que pensaba lo mismo que ella.

—Martin dice... que sólo quería ir a ver a Karini —dijo por fin, despacio—. Entonces, a la hora en cuestión seguramente ya ni siquiera se encontraba aquí...

El administrador de correos bajó despacio de la barca. Era un hombre maduro, serio, que daba la impresión de que abandonar su puesto que se encontraba unas horas río arriba era una carga para él. Julie estaba enojada, quería terminar con el asunto cuanto antes. Y saber quién era el autor, aunque en secreto temía la respuesta. Pero el administrador de correos no parecía compartir sus prisas. Comenzó sus investigaciones con una calma que casi sacó de sus casillas a Julie. Jean se encargó de conducir al hombre por los terrenos aledaños y mostrarle el cadáver de Pieter, en cuyo pecho seguía clavado el cuchillo. Julie se mantuvo en segundo plano, intuía que al cabo de unos días la visión no sería precisamente agradable. El administrador de correos Wegemakers dirigió una breve ojeada al cuerpo hinchado; a continuación dispensó mucha más atención a la cocina. Deslizó sus ojos por la estancia con suma cautela.

—Hum..., así que sucedió aquí. ¿Quién tenía acceso a la cocina? —preguntó al tiempo que examinaba los alimentos como un huésped hambriento.

—En principio, cualquier persona de la plantación, aunque por lo general los trabajadores cocinan en sus cabañas.

Wegemakers mecía suavemente la cabeza de un lado a otro, como si estuviera enfrascado en sus pensamientos, pero se abstuvo de hacer más comentarios. Al cabo de un rato que pareció interminable, solicitó examinar el despacho y el dormitorio de Pieter. Julie se los enseñó, solícita, aunque opinaba que allí no hallaría indicio alguno del asesino. Ella misma había inspeccionado a fondo las habitaciones sin cambiar nada. La cama seguía deshecha, y sobre el escritorio de Pieter reposaban los documentos que él había dejado allí. Julie no pudo evitar echarles un vistazo. No tocó ni una sola hoja y, aparte de algunas cuentas anotadas meticulosamente, no acertó a descubrir nada raro.

El administrador de correos recorrió la habitación, hojeó los papeles y pareció concentrarse en algún que otro pasaje del texto antes de salir pensativo de la estancia para entrevistarse con Thijs, Julie y Jean. Para entonces, Thijs Marwijk estaba tan restablecido que pudo recibir a Wegemakers en su habitación. Vestido con una bata, se sentó en su cama, mientras Julie y Jean tomaban asiento en unos sillones e informaban al administrador de correos. Julie y Jean habían decidido contar al hombre la verdad; de todos modos, él averiguaría que había una gran cantidad de motivos.

Wegemakers anotó con afán los nombres de las personas que estaban en la plantación la noche de autos. Por último, se puso en la nariz unas pequeñas gafas de lectura, volvió a revisar con todo detalle sus notas y después negó con la cabeza.

—Resumiendo: usted, mevrouw Riard, y su marido estaban aquí para ayudar a los enfermos, de cuyo estado temían que no fuera inocente Pieter Brick. Su hijo adoptivo, el hijo biológico de Pieter Brick, se había enterado por una parte de que su padre deseaba volver a casarse y, por otra, que esa... —miró sus notas— *chica negra* era su hermanastra. —La forma en que acentuó esas palabras no dejaba la menor duda de lo sospechoso que consideraba ese hecho.

Julie notó un nudo en la garganta. Jean pareció compartir su dolor y le acarició el brazo con suavidad. Wegemakers continuó.

—Su propio hijo, Henry, también acababa de enterarse y estaba muy afectado por la historia de la chica negra, que además había sido anteriormente golpeada por Pieter Brick. —El administrador de correos se incorporó y respiró hondo—. Además, en la casa de invitados estaban la india enferma, su hija y su marido. Una curandera negra y los remeros negros que la trajeron de su plantación se encontraban asimismo en el poblado de los trabajadores. —Concluyó su enumeración y miró, consternado, a Julie—. Mevrouw Riard, apenas consigo expresarlo, pero al parecer todo el mundo tenía un motivo para atentar contra la vida de Pieter Brick.

Julie asintió. De eso no cabía la menor duda. Quedaban por saber las conclusiones que extraería el administrador de correos. Ella esperó tensa a que continuara.

Wegemakers carraspeó.

—Bien, me gustaría mucho interrogar a su hijo Henry. ¿Creen que será posible mandar a buscarlo o tengo que...?

Julie percibió que se congelaba por dentro. Lanzó una mirada desvalida a Jean, que vaciló un momento antes de contestar.

—Si me lo permite, iré a buscarlo. Aunque eso me llevará un día. —Jean se levantó y se alisó los pantalones.

—De acuerdo, esperaré.

Julie lanzó una larga mirada a Jean. Cuánto le habría gustado mantener a Henry al margen del asunto y resolver deprisa esa cuestión; pero, en lugar de eso, el administrador de correos permanecería en Watervreede más tiempo del esperado.

De inmediato, Jean ensilló su caballo y emprendió el camino hacia Rozenburg.

Cuando Jean y Henry llegaron juntos a Watervreede al mediodía siguiente, Julie leyó en el acto en el rostro de Jean que algo no iba bien. Corrió hacia él cuando desmontaba del caballo.

—Karini ha desaparecido, y Kiri no dice dónde está. Henry la ha buscado por todas partes..., incluso ha enviado a alguien al poblado cimarrón. Nada.

—¡Oh, no! —Así que Kiri había enviado lejos a su hija. Julie no podía

reprochárselo—. ¿Has informado a Kiri de que Pieter ha muerto?

Jean asintió. Henry saltó de su caballo.

—Madre..., ¿de verdad ha muerto Pieter?

Julie se percató de que le costaba ocultar su alivio. Ella se disponía a hacer un comentario de advertencia cuando Wegemakers salió al porche trasero.

—Vaya, el hijo..., en ese caso podemos continuar. —Hizo una seña indicándole a Henry que se acercara—. Acompáñeme, por favor.

Jean animó a su hijo con una inclinación de cabeza.

—Todo en orden, Henry, cuéntale sencillamente lo sucedido.

Wegemakers se llevó al joven a la casa. Julie vio en los ojos de Jean que estaba al menos tan preocupado como ella misma.

Desde que el administrador de correos había llegado hacia el mediodía a la plantación, Inika estaba nerviosa. Después de haberlo examinado todo, de hablar con los señores e incluso de haber mandado a buscar a masra Henry, había hablado también brevemente con Sarina y con Bogo. Inika respiró aliviada cuando oyó que su madre no parecía recordar que la chica había abandonado un rato la habitación en la noche de marras. Había albergado ese secreto temor, pues no se había atrevido a comentárselo a Sarina.

Por último, cuando el administrador de correos la llamó para interrogarla, Inika tenía el corazón en un puño. Se concentró en no dejar traslucir su nerviosismo, mientras el hombre le hacía algunas preguntas generales sobre su persona y a continuación sobre el transcurso de la tarde y la noche del crimen. Inika comprobó, aliviada, que él no parecía albergar la menor desconfianza hacia ella, de modo que pudo abandonar la estancia al cabo de poco tiempo.

Cuando regresaba a la cocina, oyó su voz interior, como había hecho con tanta frecuencia en los últimos días. Pero por mucho que se esforzara, no sentía el menor remordimiento por haber apuñalado a masra Pieter. En última instancia, había sido en legítima defensa: él la había forzado y ella se había defendido, pero ¿cómo podía estar segura de que un juez también lo interpretaría de ese modo en un juicio? Sobre todo cuando la víctima era un blanco. No, era preferible callar y comportarse como si nada hubiera pasado. Intentó distraerse con el trabajo en la casa de la plantación. Había mucho que hacer. Su madre todavía no había recuperado del todo las fuerzas y Karini se había marchado, así que Inika asumió muy contenta esa tarea. No le resultaba difícil, había servido mucho tiempo en Rozenburg en labores domésticas.

Esa posición permitía a la joven permanecer a menudo en la casa de la plantación, una circunstancia que la complacía mucho. Lustraba los muebles de madera noble oscura y sacudía con cuidado las camas mullidas. Mientras tanto, podía distanciarse de los sucesos ocurridos y perderse en ensoñaciones. ¿Cómo sería vivir a diario en una casa así sin tener que trabajar en ella? Casi siempre una voz interior le advertía

que muy pronto volvería a encontrarse en el poblado de los trabajadores o incluso en la cárcel, pero en sus ensoñaciones llevaba una existencia feliz y despreocupada bajo el techo de esa casa. Nadie volvería a hacerle daño, al contrario: ella sería la que diera órdenes. Poco a poco, la realidad y la quimera se difuminaban, y no pocas veces tenía que esforzarse por encontrar el camino de retorno al mundo real. Inika tomó una decisión: se adaptaría, aprovecharía cualquier posibilidad que la acercara a sus sueños. Y una de esas posibilidades estaba en Watervreede. Con masra Martin.

Henry había vuelto a Watervreede para que lo interrogara el administrador de correos.

Cuando la investigación hubo terminado y el hombre se disponía por fin a abandonar la plantación, todos respiraron aliviados, aunque no hubiera averiguado la identidad del asesino de masra Pieter. Inika estaba con misi Juliette y el administrador de correos en el pasillo, dispuesta a entregarle su chaqueta y su sombrero.

—Mevrouw Riard, enviaré el resultado de mis pesquisas a la comisaría de policía y a la administración colonial de Paramaribo. Den por sentado que volverán a interrogarlos sobre lo sucedido. Aunque para ello tendremos que viajar todos a la ciudad.

Misi Juliette asintió y le agradeció sus esfuerzos. Inika le entregó su chaqueta y su sombrero y le hizo una humilde reverencia, antes de que él, tras inclinarse levemente hacia la misi y el masra, abandonara la casa. Masra Jean lo acompañó hasta su barca.

Inika salió al porche delantero con misi Juliette, y ésta se detuvo junto a la balaustrada. También Henry y masra Martin salieron por la puerta y se sentaron en dos sillones al fondo del porche. Mientras todos observaban en silencio al administrador de correos y a masra Jean, la misi dijo resuelta:

—Creo que deberíamos irnos a casa.

Inika se sobresaltó. Ella no quería regresar a Rozenburg, a la pequeña cabaña del poblado de los trabajadores. Quería quedarse allí, porque aunque en Watervreede morasen muchas sombras oscuras, su máxima oportunidad estaba allí. Y ahora que masra Pieter ya no vivía...

—¿Misi Juliette?

—¿Sí?

La misi la miró interesada, e Inika decidió intentarlo.

—Misi Juliette, me gustaría quedarme en Watervreede hasta que mi madre se recupere del todo. Ahora que Karini se ha ido, aquí necesitarán una criada.

Ya lo había dicho. Miró expectante a la misi, que la contemplaba pensativa.

—Tiene razón —la apoyó masra Martin—. Cuando os vayáis todos, necesitaré toda la ayuda posible. Seguro que Sarina y Thijs tardarán una temporada en restablecerse del todo.

Misi Juliette negó pensativa con la cabeza.

—Inika, ¿crees que podrás arreglártelas sola? —preguntó al fin.

La joven, convencida de que podía llevar la casa a la entera satisfacción de masra

Thijs y también de masra Martin, contestó con voz firme:

—Sí, misi, así lo creo.

La misi calló largo rato; tampoco los jóvenes masras pronunciaron palabra. Justo cuando Inika temía que la misi rechazara su propuesta, Juliette suspiró y respondió despacio:

—Bien, lo haremos así. Te quedarás en Watervreede a cargo de la casa hasta que Sarina se haya restablecido.

A Inika le quitaron un peso de encima. Notó cómo la alegría se extendía por su interior y tuvo que controlarse para no soltar gritos de júbilo. También en el rostro de masra Martin se dibujaba una sonrisa.

—Gracias, misi Juliette, me esforzaré todo lo que pueda —contestó Inika contenta.

—De acuerdo. Entonces te quedarás aquí. Estoy cansada, descansaré un rato antes de partir.

La misi le dirigió a la joven una breve seña de ánimo antes de entrar en la casa.

—Inika, por favor, tráenos un *dram* —pidió Henry.

La joven india observó, irritada, que, en lugar de participar en la discusión, se limitaba a permanecer sentado y en silencio al fondo. No podía interpretar bien la expresión de su rostro, pero parecía reflexionar. Se apresuró a coger la botella y dos vasos. Cuando regresó al porche, masra Martin y masra Henry estaban enfrascados en una conversación.

—¿Quieres quedarte de verdad, o regresarás en algún momento a Rozenburg? —Henry miraba a su medio hermano con ojos penetrantes, mientras Inika llenaba los vasos lo más despacio posible, pues le interesaba sobremanera la respuesta.

—No, en principio me quedaré aquí hasta que Thijs Marwijk se haya recuperado. Pero después..., no lo sé. Seamos sinceros, Henry. Tú, Jean, yo..., tres hombres son demasiado para una plantación. A lo mejor me traslado a la ciudad, ¿quién sabe? —Masra Martin calló y miró ensimismado a la joven—. Gracias, Inika —dijo al fin.

Era la señal para Inika de que debía retirarse. Le habría gustado escuchar un rato más la conversación, pero en realidad ya había oído bastante. Con una inclinación de la cabeza, regresó a la cocina cruzando la casa de la plantación, volvió a dejar la botella en su sitio y se sentó cavilando en el viejo banco de madera junto a la mesa.

Volvió a repasar su plan. Según lo que le había comunicado masra Pieter, antes de... Se estremeció... El heredero legal de Rozenburg no era Henry, sino masra Martin. De modo que... él era, lisa y llanamente, el mejor partido. Inika se reprendió un momento por considerar esas cosas de un modo tan pedestre. Sin embargo, se le había metido en la cabeza conquistar a uno de los dos jóvenes. Era cierto que Karini y masra Martin parecían sentir cierta inclinación mutua, pero por lo visto la chica se había marchado... Quizá la mejor elección para ella fuese masra Martin. Pero el

asunto tenía un inconveniente: que masra Martin ignoraba que Henry no era el heredero legal de Rozenburg. Aunque..., si proporcionaba esa información a masra Martin en el momento adecuado, seguramente la utilizaría contra Henry. Le daría un poco de pena Henry, desde luego, pero si se convertía en la aliada de masra Martin, todo mejoraría para ella. Aprovecharía el tiempo en Watervreede para ganarse su confianza.

Sí, tal vez diera resultado, aunque Bogo también se quedaría allí. Suspiró y volvió a enfadarse una vez más consigo misma por haberse casado con el chico por una ocurrencia. Entonces no le había quedado otra opción. No obstante, ahora las cosas habían cambiado.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente, el *Zonsopgang* abandonó la desembocadura del Surinam y salió a mar abierto. Karini ayudó a misi Gesine a instalarse en el camarote y después, siguiendo la indicación de la misi, colocó junto a la puerta la estera donde dormía. El marinero que había dado la bienvenida a bordo a misi Gesine había mirado con desconfianza a Karini y había propuesto a la misi que dejara dormir a la muchacha en la cubierta de la tripulación. «No, joven, qué ocurrencia, la chica se queda conmigo: es mi doncella», había dicho ella.

Karini se había preguntado en secreto si habría una diferencia entre las actividades y la posición de una criada y de una doncella, pero la palabra le gustaba. En cualquier caso, a misi Gesine parecía agradarle la compañía de la chica, siempre estaba de buen humor y de vez en cuando incluso le dedicaba alguna alabanza. El retorno a la patria parecía alegrarla de veras. Por la noche, cuando Karini le cepillaba el pelo, le hablaba de los Países Bajos. Aunque a Karini muchas cosas le resultaban completamente desconocidas y otras se le antojaban extrañas, tenía, no obstante, algunos datos gracias a las narraciones de misi Juliette y a la escuela. Se acostumbraría a ese país, faltaría más.

Karini sintió una enorme tristeza al ver desde cubierta cómo se iba alejando la tierra firme. Contempló afligida la bandada de pájaros multicolores que los acompañó un trecho mar adentro, vio desaparecer los árboles y el verdor exuberante de la orilla. Luego el barco se quedó solo en el mar, allí no había más que agua y olas coronadas de espuma. A Karini la impresionó esa vastedad y cerró los ojos un instante. Pero viniera lo que viniese, ella sabría dominarlo.

En el transcurso de la travesía, misi Gesine no se cansó de resaltar que una de las escasas facetas positivas de su vida en el Surinam habían sido los frecuentes viajes en barca, que la acostumbraron a ese balanceo, como ella decía, sobre el agua: «No te puedes ni imaginar lo mucho que sufrí en el viaje de ida».

Karini no podía comprenderlo. Estaba acostumbrada desde niña a viajar en barcos, tanto grandes como pequeños. Pero tendría que habituarse a que en los Países Bajos hubiera menos barcas y, en cambio, muchos más coches de caballos. La muchacha los conocía de Paramaribo, pero había viajado muy pocas veces en ellos.

—Lo primero que haremos al llegar a casa será proporcionarte un nuevo atuendo —dijo misi Gesine una noche.

Karini se sobresaltó. ¿Es que tenía alguna mancha en el vestido? Se miró de arriba abajo con disimulo, pero no distinguió ninguna.

—¿Qué tienen de malo mis vestidos? —preguntó confundida.

Misi Gesine se echó a reír.

—Niña, en los Países Bajos se estila una moda distinta. Además, te asombrarás del frío que hace. ¡Ah, también necesitarás zapatos!

¿Zapatos? Karini no había poseído otro calzado en su vida que unas sandalias ligeras. Pero si misi Gesine opinaba que necesitaba zapatos, tendría que ponérselos. Sin embargo, eso no era todo.

—Y tu cabello, niña, tienes que aprender a recogértelo. Y esto —misi Gesine señaló el pequeño colgante de diente de jaguar que la joven portaba— será mejor que lo ocultes debajo del vestido.

Y así continuó durante la travesía. Cuanto más se acercaban a Europa, más instrucciones daba la misi a Karini sobre lo que tenía que hacer o dejar de hacer. Ella se sentía confundida, intentaba recordarlo todo lo mejor que podía, pero temía comportarse mal en alguna ocasión. Le parecía que abundaban los tropiezos y comprendió que su vida en los Países Bajos no sería tan sencilla como en el Surinam.

El Surinam... A veces, cuando estaba sola, la acometía una gran añoranza. La nostalgia de Rozenburg, de su madre, de misi Juliette, de masra Henry y de todos los demás casi le cortaba la respiración. Se sentía abandonada, como una hoja en el río Surinam que no sabía adónde la llevaría la corriente. Pero todas las veces se lo reprochaba en silencio: tenía suerte de seguir con vida, y la oportunidad que le había brindado misi Gesine era única. ¿Cuántas jóvenes de su misma condición viajaban a los Países Bajos? Hasta entonces Karini no sabía de ninguna chica negra que hubiera conseguido llegar hasta allí.

Tras un período que le pareció poco menos que interminable, Karini recibió por fin el primer anticipo de Europa. Las temperaturas bajaron e hizo un frío terrible. La muchacha tuvo que ponerse dos vestidos, uno encima de otro, que eran los únicos que llevaba consigo. Pasó tanto frío que casi se le congelaron los pies.

CAPÍTULO 6

No fue hasta finales de noviembre que masra Thijs volvió a estar en condiciones de abandonar el lecho durante unas horas al día. La intensa fiebre había consumido todas sus fuerzas, e Inika temía continuamente que la debilidad se apoderara de él. Sin embargo, sus temores eran injustificados, pues él se fortalecía de día en día, y también su madre cobraba cada vez más fuerza. Sarina ya iba a ver a Inika a la casa de la cocina y le daba consejos sobre la preparación de la comida, pues a Inika le faltaba experiencia culinaria. La chica no sólo le estaba agradecida por esas indicaciones, sino que también disfrutaba de la cercanía de su madre, aunque no hablaban de lo sucedido.

Sin embargo, había algo que la irritaba. Inika no era tonta y habría tenido que estar ciega para no darse cuenta de que masra Thijs y Sarina empezaron muy pronto a hacerse visitas mutuas. En esas ocasiones se sentaban juntos y hablaban entre sí con gran intimidad. La joven se sentía confundida. Apreciaba a masra Thijs, era muy simpático y educado, pero que su madre se sintiera atraída por él la sorprendía. ¿Su madre, precisamente? ¿La que siempre le recriminaba que, como indias, debían respetar sus orígenes, es decir, encontrar un marido indio y cultivar las costumbres de los suyos? Ahora esos criterios parecían no tener validez para ella, ni siquiera respetaba las normas habituales en el Surinam sobre la relación entre el masra y los sirvientes. ¡Si hasta se sentaba en una silla!

A Inika le habría gustado discutirlo con ella, pero no se atrevía a abordar el tema. La joven se sentía cada vez más sola en la plantación, todo se había quedado muy silencioso después de que misi Juliette regresó a Rozenburg con masra Jean y masra Henry. Al menos, en la casa de la plantación. Le faltaba un interlocutor con quien poder hablar de otras cosas, porque también masra Martin trabajaba de la mañana a la noche y, para disgusto de Inika, no parecía querer ir más allá en su relación con ella. En conjunto se lo notaba muy retraído y enfrascado en sus pensamientos. Sólo muy de tarde en tarde asomaba una sonrisa a sus labios, e Inika sospechaba que él también se esforzaba duramente para expulsar de su mente los pensamientos sombríos.

Fuera, en la plantación, el trabajo seguía como siempre. Varias veces por semana atracaban balsas de tamaño considerable con grandes envíos de caña de azúcar, y también de Rozenburg llegaban carros de bueyes cargados de caña. Las plantas se molían en el molino; a continuación se hervía el jugo prensado para producir melaza, que se transportaba a la ciudad en barco. Masra Martin se ocupaba tanto de los procesos en la plantación como del molino de caña de azúcar. Tener que desempeñar solo ese trabajo lo dejaba visiblemente sin fuerzas. Por la noche retornaba a casa agotado y, al día siguiente, a la salida del sol, regresaba al edificio de la caldera para

vigilar el encendido de la máquina de vapor. No obstante, el esfuerzo merecía la pena, pues Inika se daba cuenta de que los negocios iban bien.

Masra Thijs estaba muy satisfecho con el trabajo de masra Martin. La joven oía las frecuentes alabanzas que masra Thijs le dedicaba por la noche. Pero era evidente que masra Martin no se alegraba de verdad. Casi nunca reaccionaba siquiera, pues continuaba absorto, con la mirada perdida. Inika observaba su comportamiento con creciente preocupación. Así no se podía continuar. A ella le interesaba el bienestar de masra Martin, entre otras razones por su propio interés.

Además, estaba cada vez más furiosa con su madre, que se movía con toda naturalidad por la casa de la plantación, como la que Inika soñaba para sí. Cuando una mañana se encontró a Sarina saliendo del dormitorio de masra Thijs mientras Inika se disponía a anunciar que el desayuno ya estaba listo, la joven tomó la decisión de acometer cambios. O al final acabaría convertida en la sirvienta de su propia madre.

Ese mismo día, al anochecer, masra Martin se retiró al porche delantero con un vaso de *dram*. El sol sumergía al río en una cálida luz rojiza. La primera vez que Inika le sirvió *dram*, hizo acopio de todo su valor y se acurrucó a su lado sobre el piso de madera envejecido por el tiempo.

—Masra, no debes pasarte la vida mirando al pasado —dijo con cierta vacilación.

Al principio temió que fuera a regañarla, pero para su alivio él se limitó a alzar la vista y a mirarla meditabundo.

—¿Te parece que eso es lo que hago? —preguntó al fin.

—Sí, masra, no haces más que pensar continuamente en lo sucedido. Pero... el pasado ya no se puede cambiar. Sencillamente, hay que seguir adelante.

Masra Martin miró fijamente el vaso que sostenía en su mano e hizo girar el líquido.

—Sí —suspiró—. Quizá debería hacerlo. —Levantó el vaso y dio un gran trago. Luego le sonrió.

En adelante, ella solía hacerle compañía al anochecer en el porche.

CAPÍTULO 7

El puerto de Róterdam, igual que el de Paramaribo, estaba hacia el interior, explicaba un pasajero en ese momento a misi Gesine. Karini, detrás de ellos, tiritaba en cubierta y confiaba en un pronto regreso al camarote caliente. La nave se dirigió hacia el Nieuwe Waterweg.

—No es un río de verdad —informó el hombre—, fue creado por manos humanas. Apenas tiene diez años, pero ya es fundamental para el tráfico marítimo.

A Karini no le interesaban mucho esas explicaciones. Habían avistado tierra hacía unas cuantas horas, y todo cuanto había visto hasta entonces era de un monótono color gris. Allí, hasta los pájaros eran grises. Además, chillaban mucho y miraban furiosos con sus ojos pequeños mientras volaban muy cerca del barco. En lugar de una costa que se alzara con suavidad del mar y desembocara en una selva exuberante, había malecones artificiales... y ni un solo árbol.

—Eso son diques, para protegerse del mar —le explicó misi Gesine.

Karini recordó que su maestro había aludido a ese fenómeno, pero no entendía por qué se necesitaban unos diques tan grandes para ese fin. En el Surinam las casas se construían sobre un sencillo zócalo de piedra.

El mar, el mar del Norte, también era totalmente distinto del del Surinam. Era mucho más agitado. Desde que el barco abandonó el gran océano entre el Surinam y Europa, pasó junto a la isla de Inglaterra y llegó al mar del Norte, sufría sacudidas cada vez más fuertes. La espuma, que antes saltaba formando graciosas crestas delante de las olas, batía ahora por encima de la borda, y en cuanto Karini se descuidaba, se mojaba. El agua tampoco mostraba las irisaciones turquesas del Surinam: era gris, casi negra, y parecía hostil para cualquiera que osara surcarla en barco.

Cuando empezó a llover, misi Gesine se dispuso a abandonar la cubierta. Karini apenas sentía los pies, y las pequeñas gotas se abatían sobre ella cual alfileres. Se alegró cuando retornaron al camarote.

—Misi Gesine, ¿hace siempre tanto frío en los Países Bajos?

A Karini le castañeteaban los dientes, para ella era un fenómeno inusitado. Pero lo que más la molestaba era que no pudiera detenerlo por mucho que apretara los dientes.

Misi Gesine rió.

—No, Karini, es que ahora estamos en invierno.

—O sea, ¿a comienzos de la estación de las lluvias?

La misi rió de nuevo, aunque Karini no comprendía qué era lo que le parecía tan gracioso.

—Sí, más o menos, pero también puede nevar. A lo mejor tienes suerte y lo presencias este mismo año.

Karini no estaba muy segura de desearlo. El maestro decía que la nieve se parecía a las semillas de la ceiba, que formaban una blanca alfombra sobre el suelo. Eso sonaba muy bello, pero la misi le había explicado que la nieve era agua helada, aunque para eso aún tenían que bajar más las temperaturas. Para ella, sin embargo, hacía ya demasiado frío, hacía días que le parecía inimaginable dormir en la esterilla sin una manta. Misi Gesine, amablemente, le procuró una, y Karini metió con cuidado debajo sus pies fríos. No estaba segura de que volvieran a entrar en calor alguna vez.

Al día siguiente el barco atracó en el puerto de Róterdam. A Karini la fascinó que llegase directamente hasta el muelle y no se precisaran pequeñas embarcaciones para desembarcar. Allí simplemente colocaban una larga pasarela adosada al barco por la que los pasajeros bajaban a tierra. La joven negra caminó con cuidado detrás de misi Gesine. Debajo de ella, el agua batía el muro del muelle.

Karini miró a su alrededor, muerta de curiosidad. En el muelle, al igual que en todo el puerto, reinaba una tremenda agitación. Cientos de personas iban de un lado a otro con cajas y maletas. La muchacha no acertaba a distinguir las caras de la gente, tan calados sobre el rostro llevaban sus gorros y tan levantados hasta la nariz sus cuellos. El tiempo era ventoso y frío, y una niebla húmeda flotaba sobre el puerto. Se ciñó con fuerza alrededor de los hombros el grueso mantón que le entregó misi Gesine.

—Toma, niña, o te helarás antes de llegar a Ámsterdam.

Ámsterdam, a su vez, estaba en un lugar completamente distinto de ése, le había explicado la misi. Viajarían hasta allí en un coche de punto. Entonces misi Gesine se dirigió a un hombre que estaba en el muelle con expresión seria acechando a su alrededor y le preguntó si podía alquilar un carruaje. Él asintió y señaló en una dirección. Entonces misi Gesine hizo una seña a dos chicos a los que encargó transportar el equipaje. Karini se asombró al ver que esos chicos también iban descalzos. ¿Chicos blancos que andaban asimismo sin zapatos? Jamás lo había visto. Los chicos cargaron diligentes las maletas de misi Gesine mientras hacían chistes en voz baja sobre Karini. Y ella adivinaba la razón: por ninguna parte se veía a nadie de piel oscura. De repente, se sintió muy sola.

CAPÍTULO 8

—¡Madre, tenemos que buscar a Karini! Lleva ya casi seis semanas fuera. —Henry golpeó con la palma de la mano uno de los puntales de madera del porche.

Estaba furioso y no acababa de entender por qué su madre no se ocupaba de esa cuestión. Él la había apremiado una y otra vez a responder a sus preguntas o al menos a enviar a un grupo de hombres en su busca, pero sólo había cosechado evasivas. Igual que ahora.

Julie, sentada a su lado ante la mesa pequeña, jugaba con Helena.

—Henry, para Karini seguramente es mejor asimilar con calma todo lo que ha vivido. Ha atravesado situaciones terribles. —La mirada de Juliette y su tono de voz revelaron a Henry que sus palabras trascendían la mera preocupación por el rostro magullado de la muchacha.

Henry se quedó horrorizado al comprender el sentido de las palabras de su madre.

—¿Quieres decir que...? ¡No, él no pudo haber hecho eso!

Su madre se encogió de hombros.

—No lo sé, Henry. Pieter era capaz de todo...

El muchacho sintió cómo el odio se apoderaba de él.

—Quienquiera que lo apuñalara, lo... —balbució, asqueado.

—Chis, chis... Eso no hay que pensarlo siquiera.

Su madre lo miró severa. Señaló a Helena, que para entonces repetía maquinalmente y muy alegre todo lo que oía.

Henry, sin embargo, se negó a admitir ese argumento.

—Bah, tú misma has deseado muchas veces que se fuera al infierno.

—Sí, en secreto. —Ella lo miró largamente—. Y te ruego que consideres que hay que tener cuidado con lo que uno dice mientras no se encuentre al culpable.

—Sí, sí, de acuerdo. —El joven se volvió con rebeldía.

Asimismo, Henry preguntó continuamente a Kiri por el paradero de Karini, pero también ella mantenía un silencio férreo. No obstante, él estaba seguro de que conocía la respuesta, pues su madre le había preguntado: «¿Está bien atendida Karini?». Y Kiri había asentido con una inclinación de la cabeza.

Transcurrió otra semana, y una mañana neblinosa, mientras la familia desayunaba, Erika irrumpió en la casa de la plantación.

—Juliette, discúlpame, te lo ruego, pero no nos enteramos hasta ayer de lo

sucedido. Me refiero a lo de Pieter...

Julie se levantó y abrazó a su amiga, que parecía completamente trastornada.

—Oh, lo siento mucho. Yo esperaba que Gesine os lo contara todo. Le mandé recado.

Henry vio que esa información no tranquilizaba a Erika.

—De eso se trata: esa noticia nos llegó ayer de manera indirecta, porque Gesine ha abandonado el país.

Henry no daba crédito a sus oídos, y también su madre parecía sorprendida.

—¡Oh, no lo sabía! Y ¿cómo ha sido eso? Yo pensaba que..., debido al divorcio...

Erika alzó los brazos en un gesto de desamparo.

—Sí, estuvo una temporada en la ciudad, pero luego llegó Karini.

En ese momento, Henry ya no aguantó sentado en su silla.

—¿Karini? ¿Está en la ciudad?

—Sí..., no... Estuvo.

—¿Está? ¿Estuvo? ¿Qué ha sido de Karini? ¿Sabe que Pieter ha muerto? —Henry estaba completamente fuera de sí.

—No, se marchó con Gesine.

—¿Qué? —preguntaron al unísono Henry y Julie.

—Tras el relato de Karini sobre Pieter, Sarina y Thijs Marwijk, Gesine se quedó tan horrorizada que prefirió regresar a los Países Bajos. El barco zarpaba apenas dos días después. Y Karini..., la pobre chica tenía un miedo tan espantoso de que Pieter la acusara de difamarlo o incluso de algo... todavía peor. —Erika estalló en sollozos—. Nosotros no sabíamos lo que había pasado. Karini quería irse con Gesine y nosotros la ayudamos. Pensamos que era lo más seguro para ella, precisamente porque yo sabía el tipo de persona que era Pieter. —Volvió a sollozar con fuerza.

—Está bien, Erika, vosotros no podíais imaginar lo que había pasado. Y actuasteis bien, la verdad es que ahora ella está segura.

Henry vio cómo su madre miraba agradecida a su amiga. Pero no acababa de entenderlo.

—¡Como si una estancia en los Países Bajos, y encima con Gesine, fuese *segura* para Karini!

El joven se sentía a punto de explotar. ¿Cómo iba a estar bien Karini en compañía de Gesine, y encima teniendo en cuenta que se enfrentaba a una cultura y a un país desconocidos? Ella, que casi no había salido de los límites de Paramaribo.

—Iré a buscarla —afirmó decidido.

Él mismo se asombró al oír esas palabras brotando de su boca, pero en el momento en que las pronunció supo que había tomado la decisión correcta.

Miró a su alrededor y clavó los ojos en los de su madre, que reflejaban estupefacción.

—Dentro de cuatro semanas zarpa un barco —oyó decir a Erika en voz baja.

—¿Cuatro semanas todavía? —La respuesta no le gustó nada, pero no tenía elección—. Da igual. Tengo que encontrarla. Tiene que saber lo que ha pasado.

CAPÍTULO 9

El carruaje traqueteó muchas horas por los duros caminos en dirección a Ámsterdam. A Karini le dolía todo el cuerpo. En lugar de senderos blandos de arena conchífera, allí había duras calles empedradas o caminos llenos de baches y de barro. Siempre que miraba por la ventana veía la misma imagen: un vasto territorio de un gris invernal uniforme, árboles sin hojas y animales apretados en pastos cercados. El sol atravesaba en contadas ocasiones las oscuras nubes bajas y, cuando lo hacía, no daba calor. A Karini esa tierra le parecía un país descolorido y desolador, y su estado de ánimo era cada vez más depresivo. Además, le dolían los huesos y sobre todo los pies. Misi Gesine había mandado detenerse al carruaje en Róterdam, poco después de partir, para comprar zapatos para la chica en una tienda. El viejo vendedor miró los pies desnudos y encallecidos de Karini, negó con la cabeza y a continuación sacó de debajo del mostrador un par de toscos zuecos negros. Karini se los puso a instancias de misi Gesine y notó en el acto como si llevara dos cubos en los pies. Apenas podía andar, pero siguió a misi Gesine hasta el carruaje caminando a trompicones. «Ya te acostumbrarás a ellos. Y algún día también podrás llevar zapatos bonitos», dijo misi Gesine al tiempo que dirigía una mirada narcisista a sus propios zapatos de señora, delicados y elegantes.

Luego compraron un vestido nuevo para Karini. Era muy largo y pesado, estaba hecho de una tela gruesa y rasposa de lana y era, como no podía ser de otro modo, gris. Ahora Karini ya no tenía tanto frío, pero no podía dejar de rascarse ni un segundo.

Por fin llegó el momento y el carruaje entró en Ámsterdam. La ciudad les dio la bienvenida con una lluvia persistente. Misi Gesine explicó a Karini que irían a casa de sus padres, por lo que la chica confió en que pronto terminaría el traqueteo. Las calles se tornaron más estrechas y las casas más altas. Cuando miraba por la ventanilla veía desfilar ante sus ojos fachadas de un gris parduzco. Apenas se veían árboles o arbustos, y los tejados también se alzaban a gran altura por encima de sus cabezas. Karini no cesaba de preguntarse si ése era de verdad el país de los cuadros que colgaban en el vestíbulo de la casa de la ciudad, pues en ellos parecía más amable y colorista.

—¡Pronto llegaremos! —Misi Gesine, deslizándose inquieta de un lado a otro de su asiento, interrumpió los pensamientos de Karini.

El carruaje se detuvo ante una poderosa construcción en piedra que no contaba con una entrada y mucho menos con un porche. Tres simples peldaños de piedra

conducían a una imponente puerta de madera que abrió un delgado hombre blanco, vestido de librea. Por primera vez desde el inicio de su viaje, Karini vio algo que le alegró el corazón. Así que allí era verdad que los blancos servían a los blancos. Cuánto había oído hablar de ese tema, pero ahora lo comprobaba con sus propios ojos y le parecía algo extraordinario.

El hombre, pese al mal tiempo, se acercó al carruaje y abrió la puerta a misi Gesine.

—Mevrouw Vandenberg, bienvenida. Su padre sin duda se alegrará mucho.

Karini reparó asombrada en el rostro inexpresivo del sirviente. Pero aún la asombró más la conducta de misi Gesine.

Ésta casi saltó sobre los tres peldaños y entró en tromba en la casa, gritando con fuerza en el vestíbulo:

—¡Padre, padre! —Mientras, se quitaba el chal de los hombros.

Karini la siguió vacilante, concentrándose sobre todo en no perder el equilibrio con aquellos toscos zuecos.

—¿Gesine?

Por una puerta lateral salió un hombre alto y fuerte con expresión de asombro. El parecido era evidente, se trataba sin duda del padre de Gesine.

—¡Pero, niña, ¿qué haces aquí?! ¿Por qué no has escrito comunicando tu llegada? ¡Me alegro tanto..., qué bien! —Se acercó a su hija y le pasó el brazo por los hombros.

Karini permanecía en el gran vestíbulo de entrada, que le recordaba más a una iglesia que a una vivienda, mirando avergonzada sus bastos zuecos.

—Caramba, ¿has traído a alguien contigo? —El padre de Gesine la había descubierto.

—Ésta es Karini... Ay, padre, tengo tantas cosas que contarte...

El padre de misi Gesine se acercó a ella.

—Bienvenida.

Karini se limitó a mirarlo con timidez. Tenía el susto metido en el cuerpo... ¿Cómo debía comportarse? Se decidió por una reverencia.

—Buenos días, masra —dijo, cortés.

Él la miró desconcertado. Karini vio con el rabillo del ojo que el blanco delgado vestido de librea torcía ligeramente el gesto. ¿O acaso sonreía? El padre de Gesine, en lugar de responder, se volvió hacia su hija.

La misi intentó explicarse.

—Karini trabajaba para mí en la colonia.

Sin volver a fijarse en Karini o presentarse siquiera, el padre de Gesine fue hacia su hija y con un ademán invitador le señaló el camino.

—Vamos, niña. Wiebold, muéstrele su habitación a la muchacha.

El sirviente flaco observó a Karini con una mirada de ligero mosqueo, según apreció la joven.

—Sígueme —dijo con rudeza.

Karini lanzó una mirada a la misi, pero ésta iba ya detrás de su padre, así que siguió a Wiebold cruzando otro pasillo hacia una empinada escalera. Los zuecos que llevaba hacían un ruido tremendo. Subieron cuatro tramos de escalera hasta desembocar en otro corredor, y Wiebold condujo a la chica hasta una de las puertas del fondo.

—Aquí es. Vendré a buscarte cuando me lo pida mevrouw Vandenberg.

Karini le dio las gracias y entró en la estancia. Lanzó una ojeada de curiosidad a su alrededor. Contenía una silla, una mesita y... ¡una cama, una cama de verdad! Karini se sentó vacilante en el borde. El colchón era blando. Sonrió. Eso le gustaba.

CAPÍTULO 10

Henry estaba en cubierta con la vista clavada en las velas, que un viento manso hinchaba levemente, impulsando así la nave con lentitud desde hacía una semana en dirección este. El joven pasaba las horas deseando un avance más rápido.

En cuanto Erika lo había informado de lo acontecido en la ciudad, había partido de inmediato hacia Paramaribo. Había pasado semanas en el puerto intentando avistar el barco, y sin que nadie le dijera si podría partir o no en la embarcación. «Eso debe preguntárselo al capitán, cuando llegue», le explicó el comandante del puerto.

Henry esperó impaciente día tras día la llegada del barco. Y cuando un día éste ancló frente a Paramaribo, el joven subió a bordo antes de que los primeros marineros desembarcaran.

El capitán era un viejo neerlandés barbudo, con el rostro surcado de arrugas y la piel curtida por el aire marino. «Ya no nos quedan camarotes libres, caballero», comunicó, escueto, a Henry.

Pero éste estaba firmemente decidido. Buscaría y encontraría a Karini, pero para eso necesitaba viajar a Europa. Y lo más deprisa posible. Es decir, en ese barco. Negoció y ofreció al capitán dinero, y aumentó la suma hasta llegar a una pequeña fortuna. Finalmente el capitán cedió y permitió que el muchacho ocupara un coy junto a los marineros en la sala de la tripulación. A Henry le daba igual, habría dormido en cubierta de haber sido necesario.

Tras los primeros días en el mar, estuvo tentado de instalarse allí. En la estrecha sala de la tripulación, situada en lo más profundo del barco, el aire estaba tan viciado que Henry apenas si podía respirar. Además, en algún lugar entre los sacos de carga, que se apilaban al fondo, debía de haber un animal muerto, una rata seguramente..., pues olía a podrido. A los marineros eso parecía no desconcertarlos. Muy pronto el hedor dejó de ser tan intenso debido a los cubos para los excrementos y el alcohol fuerte. Henry subía a cubierta en cuanto tenía ocasión.

Una vez allí, respiraba hondo y contemplaba el vasto horizonte. Pero él no tenía ojos para las bellezas del mar. No se unía a los demás pasajeros cuando observaban asombrados a los delfines que acompañaban a la embarcación, ni tampoco se reunía por la noche con los marineros a jugar a las cartas o a beber aguardiente. Era su primer gran viaje y, día tras día, esperaba que el tiempo transcurriera más deprisa.

En las últimas semanas había comprendido con claridad que no podía ni quería estar sin Karini. ¡Qué estúpido había sido! Además, se sentía culpable. Si le hubiera confesado antes lo que sentía por ella, quizá nunca se habría marchado a Watervreede. Esta vez le declararía su amor.

La travesía se tornó incómoda, y los problemas de Henry aumentaron. Cuanto más se acercaban a Europa, con mayor violencia sacudían al barco las tempestades invernales. A ello se añadía la preocupación por su futuro. Estaba seguro de encontrar a Karini, pero también era la primera vez que abandonaba el Surinam.

Wim le había dado instrucciones precisas de lo que debía hacer en los Países Bajos: «Toma, envía esta carta en cuanto llegues, va dirigida a mi empresa. Y en esta nota figura la dirección de la familia de Gesine en Ámsterdam, seguramente allí encontrarás a Karini».

Henry agradeció mucho su apoyo a Wim. Pero cuanto más se alejaba del Surinam, más se percataba de que ahora tenía que arreglárselas solo.

CAPÍTULO 11

A veces Inika se sentía muy mal. Al principio pensó que se había contagiado al estar con su madre, pero luego ya no pudo seguir negándose a sí misma. Hacía casi trece semanas desde que masra Pieter la había..., y tenía síntomas claros de embarazo. Sólo podía haber sucedido aquella noche funesta. Porque había sido la única que...

Inika estaba desesperada. ¿Qué iba a hacer ahora? Bogo sabría en el acto que no era su hijo. Además, la criatura sería mestiza y todos lo verían. Nunca antes había compartido lecho con Bogo y tampoco sería capaz de compartirlo ahora. Él era su amigo, su único amigo, el único que nunca le había hecho daño y siempre la había protegido. No le mentiría, obligándolo a cargar, además de con la boda de conveniencia, con un hijo ajeno.

Barajó la idea de perderlo con ayuda de las mujeres negras. Inika había oído hablar de eso en la ciudad, en casa de misi Erika: ellas sabían hacerlo. Pero ¿habría en Watervreede una curandera capaz de lograrlo? ¿A quién podía preguntárselo? Por otra parte, era peligroso, pues al parecer muchas mujeres habían muerto por esa causa. Sólo quedaba una solución, por mucho que la idea desagradara a la muchacha: parir al niño, pero necesitaba un padre, un padre blanco. O la sospecha recaería en el acto sobre masra Pieter, lo que a su vez podría despertar la sospecha de que Inika lo hubiera... El asunto era muy complejo.

Mientras Inika cavilaba sobre este problema, Martin se comportaba con ella cada vez con mayor confianza. Para entonces incluso le había prohibido llamarlo masra y la invitaba continuamente a hacerle compañía.

Un día a Inika se le ocurrió una idea que en un principio desechó, aunque después comenzó a rondarle por la cabeza cada vez con mayor insistencia. Si inducía a Martin a compartir el lecho con ella, habría encontrado un padre para el bebé. Nadie echaría las cuentas con minuciosidad. El mero pensamiento de estar tan cerca de un hombre la hacía sudar, pero por muchas vueltas que le daba al tema, no veía otra salida. Durante un instante el rostro de Baramadir se dibujó ante sus ojos y sintió en sus oídos el jadeo atronador de masra Pieter. Sin embargo, ese momento catastrófico no era nada comparado con una vida de oprobio. No le quedaba otra opción.

Así pues, en sus encuentros con Martin se esforzaba de veras por ser amable y estrecharse contra él, y a los pocos días Inika vio brillar el deseo en los ojos del joven. Sintió que el asco la dominaba, pero se contuvo. Su plan funcionaba, eso era lo único importante.

Una noche cálida y brumosa, él la llevó al río.

—Inika, quiero darte las gracias por haber estado a mi lado durante todas estas semanas —dijo tomando su mano.

Ella intentó esbozar una sonrisa cariñosa, pero el simple contacto le provocaba escalofríos. Se controló, necesitaba a ese hombre.

—Te has convertido en una joven muy hermosa. Una auténtica flor. —Martin le acarició la mejilla con ternura.

El corazón de la chica se petrificó. Sí, tal vez fuera cierto, pero ella era una flor venenosa.

Martin la atrajo hacia sí con suavidad y besó sus labios, vacilante. Ella lo dejó hacer, esforzándose por despertar de algún modo la sensación de afecto. Una voz, muy dentro de ella, la impulsó a salir corriendo. Ese hombre haría cosas que ella no deseaba volver a experimentar jamás. Pero no podía ceder a ese impulso, tenía que dejarlo hacer. Con una fuerza inhumana se estrechó más contra él. Los besos de Martin se volvieron más exigentes y le puso una mano en la espalda. Después tiró suavemente de ella hasta tenderla en el suelo musgoso. Inika se armó por dentro contra lo que estaba a punto de suceder. Él se esforzaba de veras por mostrarse tierno, pero Inika solamente lograba salvar las apariencias con un esfuerzo sobrehumano. Sólo sentía asco. En cambio, Martin no le hizo daño, y se sintió incluso un poco sorprendida de que la cosa no fuera tan mala como esperaba. Eso podía soportarlo.

Lo que sí le provocó una punzada de dolor fue que las cosas de Bogo hubieran desaparecido de la pequeña habitación que compartían cuando ella entró allí poco después. Debía de haber visto algo... Mejor, así no tendría que darle explicaciones.

CAPÍTULO 12

—No puedes andar por aquí con esos zuecos.

Wiebold le había encargado a Theresa, una de las criadas del padre de misi Gesine, que se ocupara de Karini. Su primera decisión consistió en proporcionar a la chica un uniforme de criada. Desde el primer momento Karini se había sentido ridícula: falda negra, blusa negra, delantal blanco almidonado y una pequeña cofia blanca. La tela del uniforme raspaba casi más que la del vestido de lana.

Después Theresa le comunicó que no le gustaba su calzado. Karini observó los toscos zuecos de sus pies con timidez y a continuación dirigió una mirada interrogante a la mujer.

—Arañan todo el suelo, para eso es preferible que vayas descalza, como hacéis allí... en la selva.

Total, que Karini se quitó los zuecos y siguió a Theresa hasta el piso inferior, donde misi Gesine se sentaba a la mesa con su padre. La joven negra se situó junto a la puerta como acostumbraba y había aprendido en el Surinam. El padre de misi Gesine la estuvo observando durante la comida y su mirada se detuvo en sus pies desnudos.

—Pero ¿qué costumbres tienen en la colonia, Gesine? ¿Es que no han sido capaces de enseñar una pizca de cultura a los negros? Hija mía, lamento tanto haberte dejado marchar con ese... ese calavera. Debería haber adivinado que Wim Vandenberg era una persona inestable y poco digna de confianza.

Karini no tenía ni idea de lo que misi Gesine le había contado a su padre, pero desde que oyó ese comentario tuvo la certeza de que había narrado la historia desde su punto de vista.

Los primeros días después de su regreso, misi Gesine interpretó el papel de la pobre esposa abandonada que había regresado completamente sola de un país lleno de salvajes, tan virtuosa que muy pronto todo el personal se convenció de su honda pena. Karini estaba irritada, pero se abstuvo de hacer el menor comentario, ni siquiera cuando estaba a solas con la misi.

Se sentía sola en Ámsterdam, aparte de insegura. Ninguno de los modales que tan bien conocía parecían habituales en ese país. Había ofrecido su ayuda a Theresa, pero ésta se había limitado a mirarla con expresión de desagrado, como si Karini padeciera alguna enfermedad infecciosa.

—No, eso es mejor que lo olvides —le espetó.

Misi Gesine, como siempre, llamaba a Karini para que la ayudara a vestirse y a peinarse. Por lo demás, la joven se sentía como un bonito adorno. Tenía que estar quieta y esperar.

A los pocos días se propagó la noticia de que misi Gesine había regresado a la ciudad. Cada vez llegaban más tarjetas e invitaciones, y la misi las atendía todas acompañada por Karini, que siempre tenía que ponerse el vestido de lana. Fueran donde fuesen, la gente admiraba a Karini como a un extraño animal. Poco después de fin de año, al comienzo de una reunión de señoras para tomar café, una mujer se acercó mucho a ella.

—¡Oh, una chica negra! —exclamó con voz aguda—. ¿Es mansa? ¿Sabe hablar?

Karini no pudo evitar responderle en perfecto neerlandés:

—Sí, misi, sabe hablar.

La mujer retrocedió asustada, y misi Gesine miró a la muchacha enfadada, pero no comentó una sola palabra sobre el incidente.

Días más tarde, cuando misi Gesine le pidió una tarde de finales de enero que, por favor, se pusiera por la noche su «llamativo vestido de negra» y bailara después de cenar «algo tradicional» para los señores, Karini fue consciente de que la misi la exhibía. En ese instante la invadió una oleada de nostalgia de su vieja patria.

CAPÍTULO 13

Inika oyó con tremenda preocupación que Masra Thijs y Martin hablaban cada vez con más frecuencia del futuro de Watervreede. Masra Thijs le había ofrecido en varias ocasiones una participación, pero el joven siempre había rechazado el ofrecimiento. Le desagradaba, había comentado a Inika, continuar lo que su padre había comenzado. Ella lo comprendía muy bien, aunque por otra parte confiaba, como es lógico por su propio interés, en que tomaría una decisión rápida. Si Martin aceptaba el puesto en Watervreede, el futuro de su hijo estaría asegurado, pero sería aún mejor que se orientara hacia Rozenburg. Aunque para eso sería necesario un dato que Inika estaba dispuesta a proporcionar sumamente complacida. Tan sólo esperaba la ocasión propicia.

Ambos jóvenes se encontraban casi todas las noches, e Inika se había entregado varias veces a él. Así podía estar segura de que no pondría en duda su paternidad. Pero la indecisión del joven respecto a su futuro la inquietaba. ¿Qué haría si no se quedaba en una de las plantaciones? ¿Qué haría ella entonces? No, Inika no permitiría que nadie le arrebatara su futuro con Martin. Su puesto estaba en una plantación y necesitaría una mujer a su lado. Sobre todo si esa mujer le daba un hijo.

—Martin, ¿de verdad pretendes renunciar a explotar una plantación? —le preguntó una noche, cuando volvían a estar tumbados juntos bajo los altos árboles, a la orilla del río.

—Y ¿qué quieres que haga? ¿Quedarme aquí, donde el espíritu de mi padre acecha detrás de cada árbol? —El joven se incorporó y contempló el río—. Me encanta trabajar aquí, pero tengo la sensación de que éste no es mi sitio.

Inika se alegró de que la conversación tomara ese rumbo.

—¿Y Rozenburg? ¿Qué hay de Rozenburg? —preguntó con toda la indiferencia de que fue capaz, sin dejar de mirarlo.

Martin torció el gesto, despectivo.

—Rozenburg pertenece a Juliette y a Henry. No quiero entrometerme. Además, no soy más que el pobre hijo adoptivo que Juliette alimentó y educó con su mejor voluntad —concluyó con un resoplido.

Inika percibía su rechazo, pero para entonces lo conocía lo suficiente como para saber lo mucho que amaba la plantación. Su oportunidad había llegado.

—Hum, me parece que tu punto de vista es erróneo. ¿Nunca te lo contó misi Juliette?

—¿Contarme... qué?

Inika comprobó satisfecha que había mordido el anzuelo.

Dirigió la vista hacia sus pies, intentando fingir que titubeaba.

—Oh... Bueno, no sé, a lo mejor lo entendí mal...

—Vamos, suéltalo ya —apremió él mirándola con impaciencia.

—En una ocasión oí a misi Juliette decirle a masra Jean que Henry era su hijo.

—Bueno, porque lo es. —Martin se encogió de hombros.

—No, ella lo decía... en sentido físico.

Martin la miró estupefacto.

—Pero ¿qué estás diciendo?

Inika respiró hondo, como si le costara mucho esfuerzo seguir hablando.

—En fin, piensa un momento. Si misi Juliette hubiera matado a su marido de entonces, tu abuelo, porque Henry no era su hijo, y tu padre lo hubiera sabido todo este tiempo... —Se cubrió la boca con la mano en un gesto teatral, como si acabara de conquistar en ese preciso instante una terrible certeza—. Entonces también podría ser..., quiero decir, misi Juliette estuvo esa noche en Watervreede, en realidad, ¿por qué nadie ha sospechado de ella todavía?

Martin la miraba de hito en hito.

—Ay, Inika, lo que dices es una locura. Juliette nunca..., a mi padre —dijo despacio, mientras la chica veía perfectamente cómo los pensamientos revoloteaban por su cabeza.

Y así era.

—¿Y si Henry no fuera el heredero de Rozenburg? —inquirió Martin al cabo de un momento, antes de levantarse de un salto y ponerse la camisa—. Tengo que reflexionar... a solas.

Inika se esforzó por aparentar consternación.

—Siento mucho si he...

—No has hecho nada malo, Inika. Tú, no.

CAPÍTULO 14

Karini se sentía fatal. Misi Gesine le había pedido que se pusiera a dar saltos delante de esos *blanken*. Los hombres se rieron y las mujeres aplaudieron. Karini oyó a una de ellas decirle a misi Gesine:

—¡Qué negrita tan graciosa! Por favor, tráigala la próxima vez que venga a visitarnos.

¿Ése iba a ser su futuro? ¿De monito bailarín de misi Gesine? ¿Por qué lo había hecho?

Cuando misi Gesine le ordenó pocas semanas después que se pusiera guapa por la noche, porque las habían invitado, Karini protestó.

—No, misi Gesine, no volveré a bailar delante de esas personas.

Pero la misi no toleró su negativa.

—Vamos, no te pongas así. A los negros os gusta mucho bailar, ¿no?

Karini se ofendió. Aunque fuera una empleada de misi Gesine, eso no significaba que tuviera que aguantar ofensas y humillaciones.

—No, misi Gesine, no lo haré. He venido con usted a este país en calidad de doncella. No de... de... —No encontraba las palabras.

—Karini, si no haces lo que te pido, tal vez me veré obligada a despedirte. Y ¿qué harías entonces? Piénsalo bien, pequeña —dijo la misi, algo molesta, antes de marcharse.

La muchacha subió rabiosa a su pequeña habitación debajo del tejado y se arrojó llorando sobre la cama. Misi Gesine había cambiado en las últimas semanas y no precisamente para mejor. Karini sentía amargura y decepción. Había creído de verdad que misi Gesine la trataría bien y cuidaría de ella, pero en lugar de ello la consideraba un mueble que podía enseñar. Había sido un error acompañarla. Karini se acurrucó en su vestido de colores. Olía a hogar, a naranjas y a orquídeas. Y... con un crujido cayó un papel... ¡La nota con la dirección de la agencia de masra Wim! «Si necesitas ayuda, no dudes en presentarte allí en cualquier momento», le había dicho él.

Karini cogió la nota y la contempló largo rato. Y en su mente maduró por fin una decisión: no permanecería ni un minuto más con misi Gesine. Recogería de inmediato sus cosas y acudiría a esa dirección. Porque, aunque no conociera a nadie, la relación con masra Wim bastaría para recibir ayuda, de eso estaba segura. Y necesitaba la ayuda. Ese país era gris, frío y malo, allí todavía no había conocido a una sola persona amable. Karini deseaba volver a casa. Incluso a despecho de poder acabar en las garras de masra Pieter, aunque acaso pudiera evitarlo. O, también, explicarse. O... eso ya se vería, pero de momento debía regresar a su patria o se marchitaría como una flor sin agua.

Recogió sus cosas a toda prisa en un pequeño hatillo y se colgó al cuello la cadena con el diente de jaguar. Pronto se sintió más fuerte. Por encima de sus dos vestidos de colores se puso el de lana. Arrojó con descuido el uniforme de criada encima de la cama y también dejó allí los zuecos. Era más rápida descalza, aunque se le helaran los dedos de los pies.

Se deslizó con absoluto sigilo fuera de la casa. Ya había hecho sus tareas matinales y estaba segura de que su desaparición tardaría en descubrirse. Cuando misi Gesine buscara a su monito de exhibición, ya estaría muy lejos. Salió de la casa y echó a andar muy decidida. No sabía dónde estaba la agencia de masra Wim, pero primero debía alejarse todo lo posible de esa casa.

Las calles de *Ámsterdam* estaban sucias y mojadas. Karini ponía mucho cuidado para no resbalar y caminaba pegada a las fachadas de las casas. Por todas partes circulaban carruajes, nadie prestaba atención a los peatones. Si no se apartaba a tiempo de un salto, la salpicaba hasta la cara el barro que lanzaban remolineando las ruedas de los vehículos. Cuando creyó haberse alejado bastante, aminoró el paso. Hacía un frío espantoso, y su aliento formaba nubes blancas delante de su cara. Con los dedos entumecidos sacó la nota de masra Wim de su vestido y miró a su alrededor. Descubrió un comercio, allí preguntaría.

Cuando traspasó el umbral, sonó una suave campanita. La tienda estaba agradablemente caldeada, y sus pies desnudos comenzaron a hormiguear. Dos mujeres que estaban junto al mostrador miraron a Karini, asustadas.

—Perdonen, misis, ¿podrían decirme dónde...? —comenzó a decir ella con educación.

Pero de repente un *blanken* gordo de rostro muy colorado salió alborotando de una habitación situada detrás del mostrador.

—¿Cómo se te ocurre molestar a mis clientas? ¡Largo de aquí! —vociferó.

Karini, del susto, retrocedió a trompicones y salió de la tienda, mientras la campanilla de la puerta sonaba de nuevo, agitada.

Recorrió otro trecho. Su corazón latía desbocado. Sin embargo, tenía que volver a intentarlo, alguien le diría dónde estaba esa dirección.

En una esquina de la calle divisó a una mujer. A lo mejor podía ayudarla. Se dirigió hacia la dama.

—Perdone usted, misi...

La mujer alzó la vista sobresaltada, sus ojos se agrandaron, luego dio media vuelta y se alejó a toda prisa. Karini se quedó inmóvil, consternada. ¿Qué les pasaba a todos? ¿Se debía a que era negra?

Mientras ella seguía allí parada, preguntándose si tal vez allí se hablaba de otra manera a los *blanken* y si había dicho algo que no debía, vino por detrás un carruaje a todo galope. Karini no lo vio hasta que fue demasiado tarde. El agua de un charco

grande de la calle le cayó encima formando un arco elevado. A pesar de apartarse de un salto, se quedó empapada. Enfurecida, se limpió la cara, dándose cuenta de que todavía sostenía en la mano la nota de masra Wim. ¡Oh, no! Con mucho cuidado desdobló el mojado trozo de papel. Observó cómo la tinta formaba pequeños arroyuelos que desembocaban en una mancha grande. La escritura era ya ilegible. Karini se echó a llorar. ¿Cómo iba a encontrar ahora la agencia?

Era muy tarde por la noche cuando una mujer se dirigió a ella.

—Niña, pero ¿qué haces aquí, correteando de noche por las calles, y encima descalza?

Karini estuvo a punto de caer desmayada en sus brazos. Llevaba horas vagando por la ciudad, pero nadie quería ayudarla. Todos se alejaban irritados, insultándola incluso. Que estaba sucia, que era negra, que no llevaba zapatos. Eso parecía motivo suficiente en ese país para rechazarla.

La mujer la tomó del brazo para detenerla y Karini, en un primer momento, retrocedió asustada.

—No tengas miedo, no voy a hacerte nada. Quiero ayudarte, no puedes ir por ahí andando por la noche, te detendrán y te encerrarán. Ven conmigo.

Karini estaba desesperada y no sabía qué hacer, y la mujer parecía tan amable y además le ofrecía ayuda..., así que la siguió.

—Yo soy tía Dela —dijo mientras conducía a la muchacha hasta una casa estrecha, cruzando un oscuro patio trasero.

—Y yo Karini, misi Dela.

—Tía..., no misi, o lo que quiera que... —La mujer rió.

Condujo a Karini a una pequeña cocina y le señaló una silla.

—Siéntate. Dime, ¿qué haces vagando de noche por Ámsterdam? ¿De dónde vienes? —Fue hacia un pequeño fogón y atizó el fuego, después vertió el contenido de una jarra en una taza y se la tendió—. Anda, bebe, te calentará.

Karini sintió la taza caliente y grata en su mano, olió el líquido y notó que su corazón daba un salto. Era café, café fuerte y caliente. La joven sintió cómo el calor se expandía por su interior.

—Ahora, cuenta, niña. ¿Te ha sucedido algo?

Karini le contó su historia a tía Dela, empezando por el viaje con misi Gesine hasta el momento en que ésta le pidió que... Al final, no pudo contener las lágrimas.

—Y ahora... ahora he perdido la dirección y no tengo dinero y no sé...

Tía Dela la consoló rodeando sus hombros con su brazo.

—No llores, niña. Esta noche puedes quedarte aquí, tengo una especie de... albergue. Tendrás un sitio para dormir y mañana veremos cómo podemos ayudarte.

Karini miró agradecida a la mujer. Era afable y parecía sincera..., la única persona amable que había encontrado hasta el momento en los Países Bajos.

CAPÍTULO 15

La severa tormenta que estalló en los primeros días de marzo obligó al barco en el que viajaba Henry a atracar en el puerto francés de Calais.

—¿Cuánto tiempo tendremos que permanecer aquí? —Henry gritaba para intentar hacerse oír en medio de los aullidos del viento.

El capitán se secó el agua de lluvia de la barba con la mano y se limitó a encogerse de hombros.

—¡Pero es que tengo que ir a los Países Bajos! —insistió Henry a gritos.

—Entonces tendrá que desembarcar y buscar un carruaje, con este tiempo no podemos seguir en barco hasta Róterdam. Y esto puede durar. Si salimos ahora al mar del Norte, es posible que no arribemos nunca.

Henry se quedó en cubierta, indeciso, mesándose los cabellos mojados. El barco era sacudido de un lado a otro y, cuando el viento lo presionaba contra el muro del muelle, crujía amenazadoramente. El capitán tenía razón, continuar la travesía era muy peligroso. Henry tomó una decisión: desembarcaría. Ciertamente, el trayecto desde Francia hasta Ámsterdam era largo, pero podía hacerse. Recogió de prisa sus cosas y abandonó el barco por la pasarela oscilante por la que habían desembarcado antes los marineros. A éstos, por su parte, no pareció molestarlos la escala forzada. Henry suponía que se alegraban de pasar la noche en el lecho menos bamboleante de alguna prostituta.

En el puerto de Calais todos se preparaban para enfrentarse a la tormenta. Rápidamente amarraron a conciencia cajas y mercancías y las cubrieron con gruesas lonas. Las tabernas cerraron los postigos de las ventanas, y las pocas personas que todavía deambulaban por allí se apresuraban a recogerse en sus casas. No se veía un carruaje por ninguna parte. Henry estaba muerto de frío. Tras haber recorrido todo el puerto y haber perdido la sensibilidad de los dedos que aferraban la correa de su petate, decidió ponerse a cobijo del temporal en una de las tabernas. Además, allí quizá pudieran decirle dónde alquilar un carruaje.

La puerta empujó con brío a Henry dentro de la pequeña taberna de mala muerte. Cerró de nuevo de prisa y escudriñó a su alrededor. El figón en que se encontraba era pequeño y estaba abarrotado de nubes de humo. A las mesas se sentaban sobre todo marineros que regaban su destino con alcohol. El patrón lo miró desde detrás de su pequeño mostrador.

—¿Quiere beber algo?

Henry asintió.

—Joven, venga, siéntese a la mesa conmigo —le dijo un hombre robusto, entrado en años, que había viajado en el mismo barco que él al tiempo que le hacía una seña

para que se acercara.

Henry aceptó la invitación agradecido. Ya había guardado las distancias con los marineros borrachos en el barco.

—Vea, en cuanto uno llega a Europa, aprende a estimar el clima de Sudamérica. ¿De dónde viene usted, hijo? ¿De Brasil? ¿Del Surinam?

—Del Surinam —contestó Henry, tomando asiento en una silla.

El posadero le plantó con cierta rudeza una jarra de cerveza y luego alargó la mano.

Henry se llevó un susto de muerte. No estaba preparado para hacer pagos en Francia.

—Sólo... sólo tengo florines.

—Está bien, este tipo también los acepta —dijo el hombre del barco.

Henry entregó unas monedas al posadero, que regresó murmurando a su puesto detrás del mostrador.

—Me llamo Schrievenberg —dijo el hombre, tendiendo la mano a Henry para saludarlo.

—Henry... Henry Leevken.

—Encantado. —Estrechó la mano del joven—. Y ¿qué?, ¿volverá a bordo o continuará por tierra?

—No, eso me llevaría demasiado tiempo, y a saber si el capitán prosigue siquiera el viaje. Pensaba que acaso pudiera continuar en carruaje. Tengo que ir a Ámsterdam.

—Ámsterdam... Es un trayecto bastante largo. —El hombre tomó un buen trago de cerveza y después se quedó mirando absorto al vacío, sumido en sus cavilaciones—. Pero ¿sabe una cosa? Pensándolo bien, no me apetece nada seguir sufriendo las sacudidas de esa barcaza. Alquilemos juntos un carruaje. Las penas, compartidas, son menos.

—Con mucho gusto. Así pues, brindemos por un buen viaje juntos. —Henry no estaba seguro de si sería bueno de verdad, pero al menos la perspectiva de no tener que viajar solo a Ámsterdam lo satisfacía.

A la mañana siguiente Henry se sentía cien años más viejo. Le dolían todos los huesos del cuerpo, y el ambiente cargado de la taberna le había provocado dolor de cabeza y ronquera.

Había pasado toda la noche con Schrievenberg en ese cuchitril atiborrado de humo. Fuera bramaba la tormenta y, en vista del mal tiempo, había desechado de prisa la idea de buscar habitación en alguna posada. Así pues, había descansado la cabeza sobre los brazos encima de la mesa pegajosa, mientras que Schrievenberg arrimaba dos sillas, colocaba los pies en alto encima de una de ellas y se quedaba dormido con la cabeza echada hacia atrás. A la mañana siguiente, los despertó el golpeteo de un cubo de fregar y las voces de la mujer del tabernero, que pretendía limpiar la cantina.

Pero Henry y Schrievenberg no eran ni con mucho los únicos que habían pasado la noche allí, por lo que la mujer, despotricando como un papagayo pendenciero, despertó a todos los hombres y los echó del local. Mientras los marineros se marchaban a sus barcos, Henry y Schrievenberg se quedaron en medio de la llovizna.

—El tiempo ya no es tan malo. ¿Cree usted que el barco...? —Henry miró indeciso a su alrededor.

—No, qué va, esto ha sido un simple aperitivo, la verdadera tormenta está por llegar. Los barcos tendrán que pasarse aquí dos semanas por lo menos. En esta época del año, el mar del Norte es muy traicionero.

No, Henry no estaba dispuesto a pasar dos semanas cruzado de brazos.

—Y con el carruaje, ¿cuánto tardaremos en llegar a Ámsterdam?

—Hum... —Schrievenberg negó con la cabeza—, creo que entre ocho y diez días.

—¿Tanto?

Henry estaba sinceramente sorprendido, confiaba en recorrer más deprisa el trayecto por tierra. Agachó la cabeza, atribulado. ¿Qué debía hacer? ¿Esperar a que el barco volviera a hacerse a la mar o emprender el camino por tierra con Schrievenberg? De un modo u otro perdería tiempo, al margen de la cuestión económica. El pasaje en barco que había pagado no generaría costes adicionales. Al contrario que el alquiler de un carruaje, más aún durante un espacio de tiempo tan largo. Por otra parte, Schrievenberg asumiría la mitad de los gastos, y si de ese modo llegaba de verdad con más rapidez y seguridad a su destino...

—¿Usted en cualquier caso tomará un carruaje?

—Sí, yo no volveré a subir a un barco —confirmó Schrievenberg—. ¿Qué? ¿Viene conmigo? —preguntó animándolo con un gesto de la cabeza.

Henry volvió a mirar brevemente hacia el puerto, donde los mástiles de los barcos subían y bajaban al ritmo de las enormes olas, rodeados por algunas gaviotas valientes. Después se subió el cuello, se volvió hacia el hombre y asintió.

—A Ámsterdam, mijnheer Schrievenberg.

No fue fácil encontrar un carruaje, ya que la perspectiva de viajar durante varios días por tierra con un tiempo inestable parecía asustar a la mayoría de los cocheros. Henry no podía reprochárselo, pues a continuación tendrían que regresar sin pasajeros. Al cabo de una hora encontraron al fin a uno que, tras tenaces negociaciones sobre el precio del viaje, se mostró dispuesto a trasladar a los dos hombres. Aliviado, Henry subió el equipaje al coche, ayudó a montar a Schrievenberg y partieron.

CAPÍTULO 16

A la mañana siguiente Karini comprendió que tía Dela no dirigía una posada corriente. Alrededor de la pequeña mesa se congregaban otras tres chicas. Cansadas, con cara de no haber pegado ojo, el maquillaje antes generoso y ahora corrido, rodeaban con las manos las tazas de café caliente. Cuando entró Karini apenas le dedicaron una mirada fugaz y la saludaron con una leve inclinación de la cabeza.

—Buenos días, Karini, espero que hayas dormido bien. —Por lo visto, tía Dela estaba de un humor excelente—. Chicas, quiero presentaros a Karini, la recogí anoche completamente sola en la calle. Karini, éstas son Karla, Johanne y Beke.

Karini escuchaba sus palabras y de repente pareció que se le caía un velo de delante de los ojos: ¡las chicas eran *kapumeids*, prostitutas, como las que pululaban por el puerto de Paramaribo! Pero ¿adónde había ido a parar?

—Caramba, pues sí que has tenido *suerte* —señaló la chica que le habían presentado como Beke al tiempo que le dirigía una sonrisa equívoca.

Tía Dela empujó a la joven negra hacia la mesa.

—Anda, siéntate, ¿te apetece un café?

—Sí, gracias, misi. —Karini le sonrió tímidamente.

—¿Misi? —rió Beke—. ¿De dónde vienes, chica?

—Del Surinam —contestó.

—¿De *dónde*?

Karini comprendió que Beke no había hecho la pregunta en serio, pero ahora parecía sorprendida de verdad.

—Ha venido a los Países Bajos de criada —explicó tía Dela dándose importancia mientras servía el café.

—¿De veras? —El interés de Karla y Johanne pareció despertarse. Karla se inclinó hacia delante y examinó con más atención a Karini—. Oye, ¿dónde está el Surinam?

—En Sudamérica —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Y ¿es verdad que allí hay personas que viven en los árboles? —preguntó Johanne.

—No, nosotros..., quiero decir que no sé lo que sucede en otros lugares, pero nosotros llevamos una vida completamente normal.

—Y ¿por qué hablas neerlandés? —Beke sorbió su café caliente.

—El Surinam pertenece a los Países Bajos.

—Qué va... —Karla negó con la cabeza—. Si los Países Bajos están aquí.

Karini estaba atónita. En el Surinam seguro que todos los niños, fueran del color que fuesen, sabían algo sobre los Países Bajos. Allí, por el contrario, el Surinam

parecía totalmente desconocido.

Karla la miró como si no la creyera.

—Y ¿sois todos negros?

—No, también hay blancos: los neerlandeses.

—Entonces tú no eres neerlandesa.

—Sí que lo soy.

—Bueno, chicas, ya basta —se interpuso tía Dela—. Negro, marrón o blanco, qué más da...

Johanne le dirigió una mirada despectiva a la mujer.

—Bueno, pues a tío Alvers no le dará lo mismo —señaló—. Con lo morena que es, le rentará una bonita suma.

—¿Rentará? —Karini miró asombrada a tía Dela.

Entonces se dio cuenta de lo que quería decir Johanne. Por Dios, ¿tía Dela no querría que ella...? ¡De ningún modo!

La mujer pareció adivinar sus pensamientos.

—No, niña, no tengas miedo, tú no tienes que... —explicó con tono tranquilo—. Aunque, si deseas permanecer aquí más tiempo, quiero decir que... yo no puedo proporcionarte comida y alojamiento gratis —concluyó sinceramente apenada.

Karini negó con la cabeza. La tía Dela se mostraba amable con ella, pero Karini no tenía intención de permanecer allí más tiempo, aparte de que no tenía dinero para pagar la comida y el alojamiento. Y con toda seguridad no pensaba ponerse a servir para pagarlo. Además, no quería quedarse en Ámsterdam, estaba de viaje. De vuelta al Surinam. Allí se sentía en casa, le gustaba el clima, sabía cómo comportarse. Comprendió de nuevo, apenada, que allí tenía a su alrededor personas a las que les preocupaba, a las que les importaba su bienestar y que significaban algo para ella. Sí, regresaría. Pero para eso debía encontrar primero la empresa de masra Wim.

—No, muchas gracias por su ayuda. No tengo dinero y he de encontrar esa empresa cuanto antes, allí me ayudarán. Debo regresar al Surinam.

—Sí, ya lo sé. Pero aquí, en los Países Bajos, no se puede hacer nada sin dinero, niña. Tendrás que ganártelo —repuso tía Dela con confianza al tiempo que le rodeaba los hombros con el brazo.

Karla soltó una risita.

—Aquí no puedes pagar con cocos, a no ser... —Se agarró sus pechos generosos y los sacudió de arriba abajo.

CAPÍTULO 17

El trayecto por carretera desde Calais hasta Róterdam resultó tan movido como la travesía en barco. Las carreteras estaban fangosas por la abundante lluvia, y los caballos que tiraban del carruaje tenían que hacer a menudo grandes esfuerzos para arrastrar el vehículo, que más de una vez se balanceó tanto que Henry sintió pánico. Schrievenberg era poco hablador y se pasaba casi todo el tiempo dormitando. A él parecía importarle poco el estado de los caminos y de las carreteras. Varias veces miró a Henry con una sonrisa cansina.

—Tranquilo, joven, todo irá bien.

Durante los primeros kilómetros, el camino discurrió paralelo a la costa. El fuerte viento marino sacudía el carruaje. Se detenían en pueblos de pescadores, pues los caballos necesitaban descansar con frecuencia. La primera noche el cochero les dijo que tenía que aumentar el precio del viaje, pues, debido al mal tiempo y a los esfuerzos que implicaba, los caballos necesitaban más pienso. Schrievenberg se limitó a asentir y entregó al hombre una bolsita con dinero. Henry había acordado en Calais compartir los gastos del viaje, pero hasta entonces todo lo había pagado Schrievenberg. A Henry eso le desagradaba sobremanera, pero sus recursos eran limitados, y al oír que el viaje sería más caro de lo pensado, agradeció a su compañero que asumiera los gastos sin decir palabra.

Tras cruzar la frontera belga, se detuvieron en Brujas, la primera ciudad importante. A Henry lo fascinó el estilo de los edificios; había leído sobre los diferentes estilos arquitectónicos europeos, pero ver tan juntas las obras de muchos siglos lo entusiasmó. ¡Qué joven era en comparación el Surinam!

La impresionante catedral de San Salvador, con sus cinco capillas, sobresalía por encima de la ciudad y protegió su descanso nocturno en la cercana posada. Al día siguiente llegaron a Gante, que superó con creces las expectativas de Henry. La capital del Surinam le pareció una aldea en comparación con Gante. La ciudad recorrida por canales dio la bienvenida a los recién llegados con largas casas burguesas muy juntas y edificios comerciales imponentes. En el centro, rodearon un castillo medieval circundado por un foso, el Gravensteen. Henry nunca había visto nada igual, y lo sorprendió que hubiera algo así en Europa.

Día tras día, posada tras posada, iban aproximándose a Ámsterdam. Desde Gante, pasando por San Nicolás, Amberes, Brecht, cruzaron la frontera entre Bélgica y los Países Bajos hacia Breda y después, por Utrecht, siguiendo siempre hacia el norte. En la cabeza de Henry se desvanecían las ciudades y los pueblos. En el Surinam se viajaba de plantación en plantación, y allí, de ciudad en ciudad, abundancia que lo confundía. Sin embargo, a pesar de su tamaño interminable, de los vastos campos y

los innumerables pueblos pequeños y ciudades grandes, el país parecía triste y gris, al contrario que el exuberante esplendor tropical de su patria. Las personas con que se tropezaban miraban siempre con desconfianza y mal humor. En las posadas, los huéspedes no se relacionaban con nadie, una circunstancia que a Henry le resultaba insólita. En el Surinam casi todos se conocían y se alegraban de recibir visitas. A los recién llegados siempre se les preguntaba de dónde provenían y adónde iban. Allí, en ese país, eso no le interesaba a nadie. Y había otra cosa más: en el Surinam solían referirse siempre con agrado a los Países Bajos como «la patria dorada», pero Henry aún no había conseguido encontrarla.

Aparte de la imponente arquitectura y el tamaño de las ciudades, en las esquinas se apiñaban numerosas figuras harapientas que levantaban las manos para mendigar unas monedas con sus bocas desdentadas. En las posadas uno tenía más de prisa una puta en el regazo que una jarra de cerveza sobre la mesa, y las casas ruinosas en el campo no pregonaban precisamente riqueza. Henry consideraba que en ese sentido hasta los antiguos esclavos del Surinam estaban mejor. Mucho de lo que veía lo confundía, lo movía a reflexionar y a dudar de las historias sobre los Países Bajos. Sentía nostalgia, nostalgia del agradable clima cálido de los trópicos, de los ruidos de la selva e incluso de los anocheceres plagados de mosquitos a la orilla del río. ¿Qué sería de Karini? ¿Sentiría ella algo parecido? ¿La trataría bien Gesine? Cuanto más se acercaban a Ámsterdam, más acosaba a Henry el temor a haber emprendido un viaje infructuoso. Si a ella le gustaba tanto estar con misi Gesine como para... ¿Qué ocurriría si Karini se negaba a regresar al Surinam? No, cuando él le confesara su amor y ella supiera que no la amenazaba peligro alguno, regresaría con él. ¿Quién querría quedarse voluntariamente en ese país gélido y gris?

CAPÍTULO 18

A Karini le habría gustado comenzar al día siguiente a buscar la empresa de masra Wim. Pero ¿qué la esperaba allí en realidad? Esa gente no la conocía, y su única garantía, la nota de masra Wim, la había destrozado la lluvia. Necesitaba dinero para el viaje de regreso al Surinam, y era más que dudoso que unas personas desconocidas de la empresa de masra Wim le dieran algo a una chica negra y extraña. Tía Dela tenía razón: sin dinero no eras nada en ese país. Karini no poseía ni una mísera moneda; además, carecía de alojamiento y ni siquiera podía comprar un poco de comida.

Así que se quedó con tía Dela. Allí pensaría con calma cómo conseguir el dinero para el viaje de retorno. Intentó hacerse útil en la casa, en eso al menos sí que era una experta, pero al cabo de dos semanas tía Dela la recibió una mañana con gesto acongojado.

—Hija, tenemos que pensar algo. Te aprecio mucho, y eres una muchacha decente, pero no puedo seguir alimentándote —se disculpó encogiéndose de hombros—. Así que, si quieres seguir aquí, tendrás que pagarme. O tendré un disgusto con tío Alvers —hizo un ademán ampuloso—. Al fin y al cabo, es el dueño de esta choza.

Karini agachó la cabeza apenada. Lo veía venir, y estaba a punto de echarse a llorar.

—Pero ¿adónde voy a ir? Aquí no conozco a nadie que me ayude. Y no tengo dinero.

—Bueno, niña, deja de llorar. A lo mejor encontramos una solución. Podrías ganar unos florines, pero...

Karini levantó la cabeza. Parecía como si a tía Dela se le hubiera ocurrido una idea. Y en cuanto ganara su propio dinero, podría quedarse allí a vivir y entregar a tía Dela una parte a cambio de comida y alojamiento; por lo demás, viviría con estrecheces y ahorraría el resto para pagarse el pasaje al Surinam. Sin embargo, sus esperanzas se vieron frustradas en cuanto vio la expresión de tía Dela.

—No sé si te interesará... pero no tienes que mantener enseguida relaciones con hombres.

Karini se puso rígida en su silla. ¡No! No haría lo que hacían las otras chicas con hombres. ¡Ni por todo el dinero del mundo! Si, además, ella nunca había estado con un hombre...

—¿No dijiste que sabías bailar? A lo mejor eso sería una posibilidad. —Tía Dela la miró, animándola.

Por la mente de Karini corrían desbocados sus pensamientos. Claro que sabía bailar, le gustaba moverse al ritmo de los tambores, escuchar la música y

abandonarse. Igual que su madre..., cuánto les gustaba bailar juntas. Karini ahuyentó su recuerdo. No estaba segura de si tía Dela se refería a ese tipo de baile, pues quizá se tratara más de una representación como con misi Gesine. Pensar en esa humillación la hacía hervir de rabia. Por otra parte..., no lo había hecho mal, y esta vez le darían dinero a cambio, en lugar de reírse de ella como si fuera un mono de feria.

—Sí, quizá podría bailar —dijo al fin en voz baja.

La tía Dela aplaudió, visiblemente contenta.

—Qué alegría, niña, con eso hemos resuelto el problema. Esta noche nos reuniremos con tío Alvers y ya veremos qué puede hacer contigo.

—¿Bailar?

Tío Alvers era un hombre bajo, gordo y de cara colorada con una nariz enorme y poco pelo en la cabeza. A Karini le disgustó en cuanto lo vio. Tía Dela había conducido a Karini al anochecer por unas callejuelas oscuras y ventosas hasta llegar a una casa de la que brotaba escasa luz, pero sí una música ruidosa. Habían entrado por una puerta lateral y en una especie de despacho pequeño tía Dela había presentado a Karini a tío Alvers. Éste examinó a la joven como si fuera un asado dominical en la carnicería del mercado.

—Bueno, la verdad es que tiene un bonito color de piel y también bastante... — Señaló el pecho de Karini, que se ruborizó—. Y es un poco vergonzosa, eso está bien, a los hombres les gusta.

A continuación salió comprimiéndose de detrás de su escritorio y le indicó que lo siguiera.

—Esta noche puedes volver a casa con Johanne —le informó tía Dela.

Después Karini tuvo que apresurarse detrás de tío Alvers. Él la condujo por un estrecho pasillo a cuyo extremo había dos puertas, entreabrió una rendija, la de la izquierda, e hizo avanzar a Karini para que pudiera mirar. De la estancia, sumida en la penumbra, brotaban música y carcajadas. La joven vio mesas a las que se sentaban hombres y a chicas con vestidos frívolos que revoloteaban entre ellas como mariposas de colores.

—Ésta es la taberna. No dejes que esos tipos te toquen, eso cuesta dinero extra. Si alguno te molesta, avisa. —Tío Alvers cerró la puerta y abrió otra—. Aquí puedes cambiarte de ropa —dijo entrando en la estancia.

Allí había varias chicas sentadas delante de unos pequeños espejos, maquillándose. Olía a perfume.

—¿Jette? ¡Jette! —gritó impaciente tío Alvers, y una mujer pechugona con una abundante melena de rizos rubios acudió presurosa—. Dale a la chica algo que ponerse. Algo adecuado..., exótico... Tiene que bailar.

Jette echó una somera ojeada a Karini y asintió a tío Alvers; a continuación se

llevó a la joven tomándola del brazo. Poco después, Karini, vestida con una corta faldita de rafia y una guirnalda de flores de seda cubriéndole el pecho, apareció en el centro del cuarto. Jette examinó su obra y asintió satisfecha.

—Todos los hombres volverán la cabeza para mirarte.

Karini se sentía muy incómoda. En casa, en el Surinam, en el poblado de los trabajadores de la plantación, no era nada extraordinario ir escasamente vestida, pero allí, rodeada de blancos, se sentía desnuda.

A Karini no le quedó mucho tiempo para pensarlo. Poco después Jette la condujo a la taberna, que contaba con un pequeño escenario.

—Bien, ahora súbete ahí y baila mientras suene la música.

Karini vio al pie del escenario a tres hombres sentados con instrumentos musicales. A una señal de Jette comenzaron a tocar. Karini suspiró y, haciendo acopio de todo su valor, subió a la pista. Al fin y al cabo deseaba ganar dinero. Sabía bailar, siendo pequeña había danzado como una loca alrededor del fuego en cada *dansi*. «Esto tampoco es muy diferente», se dijo, aunque la música le sonaba extraña. Comenzó a menear las piernas y las caderas. Los hombres en la taberna la jalearon y aplaudieron. Y ella se dio cuenta, aliviada, de que su baile parecía gustarles y ninguno se burlaba de ella. Siguió bailando, animada. Karini bailó durante la mitad de la noche, ganó dinero para pagarse unas cuantas pernoctaciones en casa de tía Dela e hizo feliz a tío Alvers, porque la cerveza corría a raudales.

CAPÍTULO 19

—Mevrouw Riard, de momento hemos terminado.

El administrador de correos Wegemakers había regresado a Rozenburg para llevar a cabo otro interrogatorio.

Corría mediados de marzo y Julie se sentía irritada por que los molinos de la justicia trabajaran más despacio que los de caña de azúcar. En la vida cotidiana se había esforzado por alejar todo ese asunto de su mente. En lo más hondo de su ser se negaba a creer que alguien de su casa o de la plantación hubiera matado a Pieter. Y ahora, cuando Julie y Jean tuvieron que relatar de nuevo su historia, se preguntó inquieta por qué el administrador de correos insistía en sus minuciosas pesquisas. Sin embargo, Julie sabía de sobra que había que aclarar el asunto, o ni ella ni su familia encontrarían la tranquilidad.

—A lo mejor espera que al dar su versión de los hechos alguien cometa un desliz o revele acontecimientos que únicamente puede conocer el culpable —opinó Jean en un intento de calmar a su esposa. Con poco éxito, se vio obligada a admitir.

Wegemakers seleccionaba de prisa sus papeles.

—Creo que no necesito volver a interrogar al indio mudo...

Julie no contestó. La apenaba Bogo. Había regresado hacía semanas a Rozenburg, solo. Un buen día había reaparecido entre los indios del poblado, y Julie temió en el acto que hubiera sucedido algo en Watervreede. «¿Le ha ocurrido algo a Inika?», le preguntó, preocupada. Pero Bogo se limitó a negar con la cabeza y a cruzar dos dedos en el aire, su señal de que todo iba bien. Julie no insistió. Inika estaba con su madre, y lo que hubiera pasado entre la joven pareja en el fondo no era asunto suyo.

La voz del administrador de correos Wegemakers la arrancó de sus pensamientos.

—En ese caso, ahora me gustaría hablar con su hijo.

—Mi hijo se ha marchado de viaje a Europa.

—¿A Europa? —El hombre la miró sorprendido—. Y ¿qué hace allí? ¿Cuándo esperan que regrese? —Se enderezó sus pequeñas gafas de lectura sobre la nariz—. Quiero decir que es bastante insólito que se haya marchado a Europa precisamente ahora.

—¿Por qué lo dice? —Julie tuvo que hacer un esfuerzo por no encolerizarse, pues se había percatado del reproche que traslucían sus palabras.

—Dígame usted. Todavía están en marcha las pesquisas sobre el crimen, no se ha encontrado aún al asesino, ¿y su hijo parte a toda prisa hacia Europa?

—Él no ha partido «a toda prisa» hacia Europa, y desde luego que volverá. —Julie no resistió más en su asiento. Se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro del salón.

—¿Qué lo indujo a emprender ese viaje?

Ella se disponía a contestar, pero Jean se le adelantó.

—Henry ha ido a buscar a Karini Rozenberg. La chica partió... con cierta precipitación. Él desea informarla del estado actual de los acontecimientos y pedirle que regrese con él a la colonia.

A Julie no se le pasó por alto la mirada triste de Kiri, que acababa de traer el café para el administrador de correos cuando Jean mencionó el nombre de su hija.

—Ajá, vaya, vaya, con cierta precipitación...

Julie apretó los puños. Los comentarios ambiguos de Wegemakers la afectaban como pequeños alfilerazos.

—Karini no tiene nada que ver con la muerte de Pieter Brick. En la noche de autos no se encontraba en Watervreede.

—¿De verdad cabe descartar eso por completo, mevrouw Riard?

Juliette lo miró fijamente a los ojos.

—La joven estaba herida y exhausta. Permaneció toda la noche aquí, en Rozenburg, con su madre. —Lo cierto era que Julie ya había tenido bastante.

—Y su hijo, que en algún momento de la noche de autos abandonó la plantación de Watervreede..., ¿hay también testigos de que estaba aquí, en Rozenburg?

Juliette vio con el rabillo del ojo que Jean apretaba los puños en su regazo. Lo conocía lo suficiente para saber que estaba muy conmocionado por dentro.

—Sí, por supuesto, nuestras dos amas de llaves pueden atestiguar que se encontraba aquí.

El hombre volvió a hojear sus notas y el papel crujió.

—Las dos mujeres han declarado que Henry Leevken llegó a Rozenburg por la tarde. Si se tiene en cuenta que a caballo hay unas seis horas de viaje..., el hecho es que a la hora del crimen todavía se encontraba en la plantación Watervreede. —Levantó la vista y miró a Julie—. Permítame decirle, mevrouw Riard, que el hecho de que su hijo se encuentre ahora en Europa no facilita precisamente todo este asunto. Es más..., suscita grandes interrogantes.

—¿Qué quiere decir? —Julie lo miró de hito en hito. Le costaba grandes esfuerzos dominarse para no abalanzarse sobre él.

—Parece como si su hijo quisiera eludir los interrogatorios.

Ella resopló, furiosa.

—Oiga usted, primero se pasa semanas sin dar señales de vida y ahora exige que... que...

El administrador de correos Wegemakers se levantó con expresión seria.

—Mevrouw Riard, una investigación como ésta lleva su tiempo, y es muy poco habitual que uno de los sospechosos abandone el país mientras no hayan concluido las pesquisas.

—¿Sospechosos? ¿No creerá usted que mi hijo...?

—Mevrouw Riard, por el momento siguen siendo sospechosos todos los que se

encontraban en la plantación la noche del crimen. Su hijo ha abandonado el país sin notificarlo ni pedir autorización. Eso traerá consecuencias.

—Pero regresará —terció Jean, que también se había levantado.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—No puedo decírselo con exactitud.

—¿Lo ve? —El administrador de correos reunió sus documentos y se dispuso a marcharse—. Mevrouw Riard, mijnheer Riard, he concluido mi trabajo aquí. Creo que dentro de unas semanas se celebrará una vista en la ciudad. Sin embargo, hasta que tenga noticias del juzgado, deberían ustedes procurar que ningún otro sospechoso abandone el país.

Y, tras esas palabras, dio media vuelta y salió de la casa.

Julie se aproximó a Jean y se estrechó contra él.

—¡No puede haber hablado en serio! ¿Crees que sospecha de Henry?

Su esposo la abrazó con fuerza.

—No sé lo que piensa ese hombre. No creo que Henry..., pero su marcha en el momento actual acaso haya sido de verdad algo desafortunada. Tenemos que esperar.

Julie aumentó la firmeza de su abrazo.

—Espero que ambos regresen sanos y salvos —murmuró apoyada en su hombro.

Y permanecieron mucho tiempo abrazados.

CAPÍTULO 20

Ámsterdam, con sus numerosos canales, le recordó a Henry a Paramaribo. La ciudad le pareció gigantesca. Nada más llegar, Schrievenberg se despidió de él. El joven le pagó parte de los gastos del viaje y el hombre asintió satisfecho.

—Ha sido un honor para mí, joven. Quizá volvamos a encontrarnos algún día. Y ahora, mucha suerte en la búsqueda de la muchacha.

Henry se quedó indeciso en plena calle, sin saber qué hacer. Del cielo caía una llovizna fría, y se preguntó de nuevo si en ese país llovía sin parar. Tiritando, se levantó el cuello. Decidió visitar primero la empresa de Wim Vandenberg. Por desgracia, en Calais había olvidado echar al correo la carta que le había dado Wim, así que ahora tendría que presentarse allí personalmente. A lo mejor ya sabían algo de Karini.

La empresa de los Vandenberg estaba ubicada en el barrio comercial, cerca del puerto. Henry fue preguntando durante el trayecto. Confiaba en llegar deprisa a esa zona de la ciudad, pero se había equivocado de nuevo con las distancias y necesitó una caminata a pie de más de dos horas para alcanzar su destino.

El barrio comercial estaba situado junto a un ancho canal en el que se veían anclados algunos cargueros. Los polispastos de las fachadas de las casas permitían deducir que muchas de las mercancías eran izadas directamente del barco hasta los almacenes. Henry echaba la cabeza continuamente hacia atrás para examinar las construcciones. En el Surinam nadie montaba un dispositivo así. Pero allí había bastantes negros capaces de desempeñar cualquier trabajo. Aquí, por el contrario no se veían por ninguna parte, lo que lo sorprendió. No sabía por qué, pero daba por sentado que en los Países Bajos había tantos negros como en el Surinam. ¿Por qué se habían llevado durante siglos esclavos al Surinam sin tener en cuenta a la patria?

En medio de una fila de casas muy apiñadas encontró la empresa comercial Vandenberg, según anunciaba un gran letrero de bronce. Se trataba de una construcción sobria e imponente con una puerta de entrada descomunal. Henry llamó con ayuda de la aldaba dorada y, al momento, le abrió un hombre pálido de oscuros cabellos y gafas de lectura.

—Buenos días. Me llamo Henry Leevken y vengo del Surinam. Wim Vandenberg me encargó que me presentara aquí cuando llegara a Ámsterdam —Henry desgranó su vertiginoso saludo temiendo que el otro le diera con la puerta en las narices.

—Sí..., pase, por favor. —El hombre se apartó para franquear el paso a Henry.

La agencia estaba escasamente iluminada y olía a una mezcla de café, especias y al inconfundible aroma dulzón de la melaza. Un pasillo largo, en el que Henry se encontraba ahora, indicaba que la casa en sí era muy estrecha, pero por detrás tenía

unas dimensiones insospechadas. El almacén parecía estar colindante con ella.

—Sígame, se lo ruego. Mi nombre es Van Galen. Soy el apoderado mientras mijnheer Vandenberg se encuentre en el Surinam. Espero que esté bien.

—Sí, está bien —le aseguró Henry, siguiendo a Van Galen al interior de un despacho.

Allí, junto a un gran escritorio, se veían unos cuantos pupitres para escribir de pie. Ante uno de ellos había un hombre que al entrar Henry alzó un momento la vista y lo saludó con una inclinación de la cabeza.

—Siéntese, por favor, mijnheer Leeven —dijo Van Galen señalando una silla mientras él tomaba asiento detrás del gran escritorio.

Henry tendió al hombre la carta que le había entregado Wim Vandenberg. Van Galen la estudió brevemente y a continuación dirigió una inquisitiva mirada a Henry.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—He venido en busca de una joven, Karini Rozenberg. ¿Por casualidad ha venido por aquí?

—No, lo lamento.

—Entonces ¿podría decirme dónde está la calle Damstraat? Quisiera ir a casa de la familia Van Honthorst. —Henry se alegró de haber leído previamente la segunda carta de Wim, pues ¿cómo, si no, podría haber conocido el nombre de soltera de Gesine?

—Por supuesto. Esa calle está en el centro.

—Gracias. —Henry se levantó—. Por cierto... ¿puedo llegar andando o sería preferible tomar un coche de punto?

Van Galen rió.

—Sin duda un coche de punto sería más cómodo y rápido. —Y, levantándose también, le tendió la mano—. He tenido mucho gusto. Si tiene dificultades o planea su viaje de regreso, lo ayudaremos en todo momento.

—Gracias, muchas gracias.

A Henry lo alegró ese punto de partida en Ámsterdam. Le aportó seguridad en aquel país desconocido.

CAPÍTULO 21

—Chica, la verdad es que eres un buen negocio.

Tío Alvers alababa a Karini todas las noches al bajar del escenario, y llevaba haciéndolo a diario desde hacía casi una semana. Se había corrido la voz sobre su exótica actuación, y en la taberna del tío Alvers el público masculino aumentaba cada noche.

—Pero, escucha un momento, un par de ellos han preguntado... Podrías mejorar tus ingresos si..., bueno, ya sabes.

Karini no daba crédito a sus oídos. El susto se reflejó claramente en su rostro, porque también intervino Jette.

—Si no quiere, déjala en paz... —Jette empujó de prisa a Karini al vestuario de las chicas—. Ése no quiere más que vender carne —dijo negando con la cabeza.

—Sí, pero tiene razón en lo que ha dicho. —Beke se estaba quitando una larga peluca roja que ocultaba todas las noches sus largos cabellos rubios. Luego se volvió hacia Karini y Jette—. Con tu color de piel ganarías casi el doble que nosotras. Mira a tu alrededor..., hasta yo tengo que ponerme esto en la cabeza porque el rojo gusta más que el rubio —dijo agitando la melena pelirroja.

Karini reflexionó. Casi todo el dinero que ganaba bailando iba a parar a tía Dela a cambio de la comida y el alojamiento. En realidad, confiaba en ahorrar para su viaje de regreso al Surinam, pero seguro que un pasaje en barco era caro, y con el poco dinero que le quedaba tardaría una eternidad en reunir la suma necesaria. Había pensado mucho en la forma de aumentar sus ganancias. Aunque diera con la empresa de Wim Vandenberg, era difícil que le facilitaran el dinero para la travesía. Sobre todo porque no tenía tiempo para buscarla. Actuaba en el escenario del tío Alvers durante toda la noche, por el día dormía agotada, y cuando se despertaba por la tarde, estaba oscureciendo de nuevo. En ese país los días eran cortísimos, y las noches, interminables.

Para entonces había averiguado que las demás chicas que vivían en la posada de tío Alvers atendían a los hombres en la taberna y, de vez en cuando, alguna subía la escalera con un cliente hasta el piso superior, donde se hallaban las habitaciones. Podía imaginar lo que sucedía entonces. Pero como todas las chicas lo hacían...

—¿Cuánto se cobra por..., si subes arriba... con un hombre? —le preguntó a Jette en voz baja.

Su interlocutora suspiró.

—En realidad no quieres hacerlo, ¿no es así? —repuso, y al ver que Karini no contestaba, prosiguió—: Bueno, nosotras recibimos casi siempre un *rijksdaalder*. Tú seguramente hasta dos.

—¿Dos florines y medio? —A Karini no le pareció mucho por esos servicios. Aunque, por otra parte, obtenía bastante menos por bailar.

Mientras tanto, Beke sonreía de oreja a oreja.

—A lo mejor todavía eres virgen, entonces seguro que te dan tres.

Karini la interrogó con la mirada.

—Oh, no... —Jette cogió del brazo a Karini y la hizo girar hacia ella—. No me digas que todavía eres...

—¡Fíjate, es una pollita! —Beke rió.

—Eso no tiene gracia, Beke. —Jette parecía seriamente preocupada—. Sobre todo, no dejes que se entere tío Alvers, o la malvenderá...

¡Demasiado tarde!

—¿Quién es una pollita? —Tío Alvers estaba en la puerta, detrás de las chicas—. ¿Tú, Karini? ¡Bravo! Me gustaría hacerte una oferta. Digamos tres *rijksdaalder* y después al cincuenta por ciento, y cerramos el trato. ¡Chica, es dinero fácil! Piénsalo. —Luego dio una palmada y salió del vestuario de las chicas.

Karini no sabía exactamente a qué se estaban refiriendo, pero entendía que desde el punto de vista económico era una ocasión única. ¡Tampoco debía de ser tan difícil! Si podía ganar tanto dinero de golpe, sería una buena oportunidad.

—¿Es..., quiero decir..., es difícil hacerlo con esos hombres?... —Karini desconocía la expresión adecuada. Se había imaginado muy diferente su primera vez.

Jette se puso en jarras.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Lo que quiero es volver a casa. Y si eso me proporciona dinero suficiente..., la respuesta es sí.

Jette seguía negando con la cabeza.

—Bien, entonces ven, te contaré lo que debes hacer. Si después aún lo deseas, tío Alvers se alegrará. —Su risa sonó sarcástica.

Un poco más tarde Jette había explicado a Karini con todo detalle lo que las chicas hacían con los hombres en las habitaciones. A Karini no le había resultado desconocido el meollo de la explicación, aunque no hubiera formado nunca parte de la acción. No obstante, ya se acostumbraría a eso. Karini no era una mojigata. En el Surinam, y precisamente entre los negros, ese tema se abordaba con abierta franqueza. Sobre todo porque en las pequeñas cabañas apenas se podían ocultar las relaciones interpersonales. Y en última instancia el trabajo, tal como lo había referido Jette por su boca, no parecía ni muy difícil ni peligroso. Sabía que tío Alvers vigilaba para que los clientes de su posada no causaran problemas. Karini recordaba a las prostitutas de Paramaribo como figuras cubiertas de harapos que, apenas un barco echaba el ancla en el río, se levantaban las faldas para exhibirse ante los marineros. Allí, sin embargo, todas las chicas iban limpias y bien vestidas, y ninguna ocultaba

cómo se ganaba la vida, de modo que no podía ser tan malo. ¿Qué otra alternativa le quedaba?

Karini pidió un día para pensarlo, pero no cambió de opinión. Al día siguiente confirmó a tío Alvers que lo haría.

Éste sonrió de oreja a oreja.

—Te buscaré un hombre muy simpático, chica, no te preocupes.

Por la noche, después del tercer baile de Karini, tío Alvers entró en el vestuario de las chicas y la sacó al pasillo.

—Un cliente, pequeña. Ahora demuestra lo que sabes hacer.

La joven notó en el acto la tensión nerviosa. De repente dudó de su decisión, y le habría encantado salir huyendo de allí. ¿Qué pasaría si el hombre no era amable con ella? En la taberna esperaba a Karini un tipo de mediana edad. Casi no tenía pelos en la cabeza, pero por lo demás parecía muy atildado. La muchacha caminó despacio hacia él y se percató de que seguía cada uno de sus movimientos con mirada ansiosa.

—Sonríe, chica, no dejes de sonreír. —Tío Alvers empujó a Karini y le indicó luego la escalera que conducía al piso de arriba.

Ella esbozó una sonrisa, respiró hondo y precedió al desconocido hasta una de las habitaciones del piso superior. Entraba allí por primera vez, y la sorprendió la decoración espartana. La estancia sólo contenía una cama, una silla y una palangana en un rincón. Karini respiró hondo. No estaba allí para disfrutar de comodidades. Recordó las palabras de Jette y se concentró en lo que le esperaba. Cuando la puerta se cerró tras ellos, se desnudó con movimientos sensuales. Vio que el hombre no le quitaba los ojos de encima y, antes de que ella se tumbara en la cama, él se desabrochó el pantalón con torpeza. Karini se asustó al ver su miembro erecto, pero se tranquilizó pensando que las otras chicas también lo hacían. Cuando él se tumbó encima de ella, sintió un breve dolor punzante en el vientre. Después el hombre se movió rápidamente de un lado a otro y a los pocos segundos se desplomó sobre ella con un gruñido. Todo había sucedido más deprisa de lo que Karini esperaba. El hombre se levantó, se abrochó el pantalón y, tras una mirada satisfecha a la muchacha, abandonó la habitación. Ella esperó a que se marchara, se lavó en la palangana y se vistió de nuevo. Karini estaba asombrada. El acto había durado casi lo mismo que vender unas naranjas en el mercado.

Cuando bajó por la escalera, tío Alvers la saludó con la cabeza. Esa noche Karini salió dos veces más a la pista de baile, y por la mañana temprano cogió el dinero que le entregó tío Alvers. Era una cantidad muy superior a la habitual. Karini decidió que era una buena ocasión de ganar dinero rápido. Volvería a hacerlo.

CAPÍTULO 22

—¿Henry? Pero ¿qué haces tú en los Países Bajos? —Gesine se quedó boquiabierta al verlo delante de la puerta de su casa paterna.

Henry no tenía intención de dar muchas explicaciones. Nunca le había gustado esa mujer.

—Me gustaría ver a Karini.

—Oh, lo siento mucho, pero Karini ya no está aquí.

La expresión de Gesine pretendía reflejar consternación, pero Henry la conocía bien y su respuesta le pareció muy extraña. Karini había viajado con ella a los Países Bajos, así que era muy improbable que la joven hubiera elegido allí su propio camino.

—Y ¿dónde está?

—Creo que la negrita no se adaptó bien a las costumbres de aquí y una mañana desapareció.

Las palabras de Gesine indignaron a Henry, y su tono altivo espoleó su furia. Esa mujer no se sentía culpable.

—Y ¿adónde fue? ¡Si no conoce a nadie aquí! ¿Y tú la dejaste marchar?

Henry estaba furioso. Él no habría soportado ni dos días en presencia de Gesine, pero Karini estaba acostumbrada a someterse. Hasta entonces ese país le había parecido perturbador e inhóspito, y se imaginaba que Karini sentía lo mismo. Debía de haber sucedido algo grave para que hubiera optado por la huida.

Gesine interrumpió sus pensamientos.

—Lo siento, no puedo ayudarte. Y ahora, si me disculpas...

El criado que había abierto la puerta a Henry le señaló la salida.

El joven intentó captar la mirada de Gesine, pero ella la esquivó.

—Por si te interesa, Pieter ha muerto —le soltó Henry.

Pero, para su sorpresa, Gesine se limitó a encogerse de hombros con gesto de indiferencia. Una reacción sumamente asombrosa para Henry, puesto que había estado a punto de casarse con ese hombre... Pero no, él no deseaba alterarse por eso, Gesine no lo merecía. De pronto comprendió perfectamente a Wim. Esa mujer era una plaga.

Tras murmurar un confuso «adiós», abandonó la casa. Vagó sin rumbo por Ámsterdam, rodeado de mal tiempo, llovizna y personas que pasaban deprisa a su lado con la cabeza gacha. Henry decidió dedicarse primero a buscar una habitación para el tiempo que durara la búsqueda, y se dirigió hacia el lugar donde suponía que se ubicaba el centro de la ciudad. Allí seguramente hallaría una habitación en alguna posada. Luego intentaría encontrar a Karini. Cómo, eso aún lo ignoraba. Tenía que

intentar ponerse en su lugar. ¿Adónde podría haberse dirigido la chica? ¿Dónde estaría si él estuviera en su lugar, si se hubiera visto en una ciudad completamente desconocida? Y encima sin dinero... Seguro que primero se dirigiría a alguien con quien tuviera al menos un punto de contacto: la familia Vandenberg. Pero eso ya lo había intentado él y, por la razón que fuera, Karini no se había presentado allí. No se le ocurría otra solución. Malhumorado, caminó a grandes zancadas bajo la llovizna.

Finalmente encontró una habitación pequeña e incómoda en una casa llamada Grachtensteegen. La posadera era una mujer muy gorda con un delantal lleno de manchas.

—Y nada de furcias en casa, joven —dijo con tono imperioso a Henry cuando le enseñó la habitación.

El joven, cansado, se limitó a negar con la cabeza. Después de marcharse la mujer, se despojó de sus ropas mojadas y se acostó en la cama. Las sábanas estaban húmedas, y tiritaba. Era extraño tener tanto frío, pensó. Ya muy tarde se dio cuenta de que tampoco en ese país gélido estaba a salvo de los insectos. Algo hormigueaba bajo su manta y le picaba sin parar. Pero sin manta no podía estar, porque seguramente se moriría de frío. Se revolvió en la cama, malhumorado, intentando conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, la mujer cuyas manchas en el delantal parecían haber aumentado durante la noche le sirvió una bebida que calificó orgullosamente de café. Henry ya se sentía escéptico sobre el contenido de la taza, pero cuando vio además la base de porcelana a través del caldo pardo, renunció a desayunar y se apresuró a abandonar la posada. Por un momento estuvo tentado de cambiar de alojamiento, pero su bolsa no estaba muy repleta, así que decidió conservar la habitación, que era relativamente barata.

Primero deambuló sin rumbo. Después se le ocurrió la idea de recorrer la ciudad de modo sistemático. El centro de la ciudad estaba recorrido por varios canales trazados en forma de anillo, ya lo sabía. Si recorría cada calle a lo largo de los canales y luego cruzaba los puentes para acceder a la calle siguiente, acabaría recorriendo toda la ciudad. Presuponiendo que Karini se encontrara en el momento exacto en que él pasara por un lugar... No, las probabilidades eran demasiado reducidas.

Resignado, se sentó en un banco cerca de un canal. El día era aún más frío que el anterior, y el suelo crujió repentinamente bajo sus pies. Henry sintió un hormigueo en el estómago. ¿Hielo? Con cuidado, pasó la suela de su zapato por la superficie lisa que se había formado a sus pies. Luego, fascinado, frotó con la punta la capa reluciente y vio pasar las nubes grises por encima de él, como si estuvieran dentro de un espejo. Como si el cielo quisiera animarlo a no rendirse, gruesos copos blancos se mezclaron con la fina lluvia. Estaba nevando. Henry veía la nieve por primera vez en su vida. Y se alegró como un niño.

CAPÍTULO 23

Inika intentó ocultar su embarazo cuanto pudo. Sin embargo, a veces notaba que su madre la examinaba con mirada inquisitiva, y entonces ella se esforzaba por trabajar muy duro para evitar levantar sospechas. En realidad, no quería contarle a Martin lo de su embarazo hasta que éste tomara una decisión sobre su futuro. Pero pronto ni su vestido más ancho podría ocultar su vientre. El tiempo apremiaba. Inika seguía confiando aún en que Martin reclamaría su herencia de la plantación Rozenburg. Pero, para su enfado, él no parecía pretender nada parecido. La joven no quería apremiarlo, pero se preguntaba cómo estimularlo en esa dirección. Caviló mucho sobre el asunto, hasta que un problema completamente distinto se presentó en la plantación: el administrador de correos, con el deseo de practicar nuevos interrogatorios. Cuando una tarde la mandó llamar, tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener su temblor nervioso.

Martin ya había hablado con el funcionario y, cuando ella se dirigía al salón, la detuvo.

—Inika, creo que siguen dando palos de ciego. Pero no te preocupes, límitate a contar lo mismo que la última vez. Creo que no tenemos nada que temer.

La muchacha vio que él se esforzaba por tranquilizarla, pero se dio cuenta de que su expresión contradecía sus palabras.

El nerviosismo de Inika aumentó. ¿Qué pasaría si el administrador de correos había averiguado algo nuevo, si albergaba sospechas? ¿Y si éstas se referían a ella? Los pensamientos se atropellaban en su cabeza. Seguro que en su mente había repasado la situación cientos de veces: oficialmente había pasado toda la noche junto a su madre, que gracias a Dios no recordaba nada. ¿Podría haberla visto esa noche alguna otra persona, aparte de Bogo? Ella no había visto a nadie. Pero ¿qué pasaría si alguien había proporcionado alguna pista al administrador de correos? Tal vez masra Martin sabía algo más.

Se obligó a tranquilizarse y luego alzó la vista.

—¿Qué pasa, Martin? ¿Ha dicho ese hombre algo que yo deba saber? —Inika se esforzó por adoptar un tono lo más indiferente posible, pero ella misma notó que lo lograba a duras penas.

Él se inclinó hacia delante.

—Ha estado ya en Rozenburg, aunque en el fondo tampoco ha averiguado nada nuevo allí —dijo en susurros—. Sin embargo..., Henry y Karini llevan semanas en Europa, y no hay ninguna noticia de ellos. El funcionario no parece sospechar de la chica, pero —tragó saliva— de Henry... Su viaje en este momento no lo favorece precisamente.

A Inika le quitó un enorme peso de encima. De modo que se trataba de Henry... ¿Y si pudiera utilizar esa información en su propio beneficio? Su mente comenzó a trabajar a un ritmo febril. Pero por fuera se esforzó por aparentar miedo, sobre todo porque la evidente consternación de Martin se lo provocaba de verdad.

—El pobre..., y ni siquiera sabe nada del tema. —En la cabeza de Inika maduró una idea.

—Ahora ve, no hagas esperar al administrador de correos. Parece querer finalizar deprisa este asunto —la apremió Martin al tiempo que la empujaba hacia la puerta del salón.

Ella respiró hondo y entró en la estancia. El administrador de correos la miró con ojos desdeñosos.

—La criada india... Entonces he interrogado ya a casi todos. Siéntate.

Inika se sentó delante del hombre, en cuclillas sobre el suelo de madera pulido. Como siempre, esa posición inferior y el comentario despectivo la irritaron. Algún día, pensó furiosa, dejaría de sentarse en compañía de blancos sobre suelos pulidos o tarimas de madera. No, algún día no, pronto, se corrigió. «Cuando el niño nazca, todo cambiará», se dijo. No perdería esa oportunidad. Cruzó las manos en su regazo y esbozó una sonrisa encantadora. Luego alzó los ojos.

—Bien, vuelve a contarme, por favor, lo que hiciste aquella noche —dijo el administrador de correos con tono de aburrimiento. Eso cambiaría enseguida.

Inika meció la cabeza como si le costara pensar.

—Me estuve ocupando de mi madre enferma. Pasé toda la noche en la habitación de la casa de invitados con ella y con Bogo, mi marido.

La chica sabía que esa declaración era arriesgada. Su madre no había visto ni oído nada, e Inika podía estar segura de que lo habría declarado así. Pero en lo referente a Bogo, no estaba tan segura. Por una parte no sabía lo que él había visto aquella noche; además, seguro que Bogo aún estaba herido por dentro... y ella ignoraba cuál sería su reacción a esa herida. ¿Qué ocurriría si seguía enamorado de ella y pretendía vengarse con su declaración? No obstante, creía conocerlo bien: si aún tenía sentimientos hacia ella y había visto algo, seguramente la protegería en lugar de denunciarla. Además..., Bogo no hablaba y era dudoso que, en caso de que hubiera visto algo, pudiera informar al administrador de correos.

—Así que no viste ni oíste nada.

—No, estuve dormida hasta que mi marido me despertó por la mañana. A esa hora ya estaban misi Juliette, masra Jean y masra Martin delante del edificio de la cocina.

—¿Se había marchado ya Henry Leevken?

—Sí. Masra Henry ya se había ido.

—¿Te llamó la atención alguna otra cosa esa mañana?

Inika meció suavemente la cabeza de un lado a otro. Ahora debía concentrarse; era la oportunidad que había estado esperando. Bajó los ojos, afectada, y siguió

hablando en voz baja:

—Misi Juliette estaba muy enfadada aquella mañana, también con el pobre masra Pieter, que estaba allí tirado, muerto. Despotricó y maldijo de un modo que me resultó desconocido en la misi...

—¿Ah, sí?

Inika notó, satisfecha, que había logrado despertar la curiosidad del administrador de correos. A continuación inclinó un poco la cabeza, abrió más los ojos y se esforzó por simular pena.

—Masra, yo... yo soy sólo una criada, pero... también una buena chica y —sorbió en voz baja y se limpió una lágrima de la mejilla—, creo que no debo contar esto, porque no iba destinado a mis oídos, pero... pero oí cómo masra Henry y misi Juliette se peleaban la noche antes de... Oh, pobre masra Pieter..., porque masra Henry no es hijo de masra Leevken, sino de masra Jean. —Volvió a sorberse la nariz con fuerza—. Perdón... yo sólo soy una criada que oyó algo por casualidad —añadió imprimiendo a su voz un tono suplicante—. Pero el pobre masra Pieter... quizá lo sabía..., tal vez incluso lo asesinaron por eso.

El administrador se quitó las gafas y dedicó una larga mirada a la chica.

—Has hecho lo que debías. No te preocupes —dijo al final, muy despacio.

Se reclinó en su asiento sin decir palabra; Inika podía oír el revoloteo de sus pensamientos detrás de su frente. De pronto, se animó.

—Entonces, Pieter Brick y su hijo serían los legítimos... —El administrador se levantó de golpe—. ¡Muchacha, es posible que hayas resuelto el caso! —dijo, y abandonó presuroso la habitación.

Inika respiró aliviada. Había sembrado la semilla, ahora los acontecimientos seguirían su curso. Y, además, en su propio beneficio.

Apenas dos horas después, el administrador de correos abandonó la plantación. Martin e Inika lo siguieron con la vista cuando subió a su barca y se alejó en dirección a Paramaribo.

Martin miró con desconfianza a la joven.

—Parecía conmocionado. ¿Le has contado algo? ¿Algo distinto de la última vez?

Ella meditó febril sus próximos pasos y tomó una decisión. Si las cosas se desarrollaban según sus planes, Martin defendería su causa con energía. Lo miró y negó con la cabeza.

—No, pero tal vez..., bueno, tal vez se ha dado cuenta...

—¿De qué?

—Martin... —Inika tomó su mano—. Yo..., vamos a tener un hijo.

Él la miró con unos ojos como platos. La sorpresa se reflejaba en su rostro.

—¿Que estás embarazada? ¿Y estás segura de que yo...?

Inika se obligó a mantener la calma.

—Sí, Martin, completamente segura. Es tu hijo —dijo con voz firme.

El rostro del joven se iluminó de alegría.

—¡Oh, es maravilloso! —exclamó y, cogiéndola en sus brazos, la hizo girar en círculo.

Al ver su expresión de felicidad, Inika estuvo a punto de creérselo. No obstante, era consciente de que ese idilio estaba edificado sobre mentiras, y las piernas le temblaban.

CAPÍTULO 24

Karini ya no sabía cuántos hombres la habían acompañado en las últimas semanas al piso de arriba. Por la noche se limitaba a contar el dinero, colocaba con cuidado las monedas junto con las demás en su escondite de la pequeña habitación de la posada de tía Dela y caía en la cama muerta de sueño. Dormía hasta después del mediodía y se tomaba el café cargado que le servía la mujer mientras escuchaba las historias de las otras chicas, antes de dirigirse hacia la taberna de tío Alvers en compañía de Beke, Johanne y Karla. Había momentos incluso en los que con tía Dela y las otras chicas se sentía un poco como en casa. Intentaba reprimir la intensa nostalgia que la acometía a veces, cuando despertaba sola en su habitación. No podía regresar al Surinam al menos hasta haber ahorrado el dinero para la travesía. En una ocasión, sentada a la mesa, dijo en voz alta que pensaba buscar empleo como criada. Su ocurrencia provocó la risa de Beke. «¡Qué graciosa eres! Mírate: parece que acabas de resbalar por la chimenea, nunca llevas zapatos, y ahora... encima eres una puta. ¿Crees que alguna distinguida familia blanca te emplearía? ¿Con esa pinta?»

Karini se quedó paralizada por la sorpresa. Había pensado muchas veces cómo ganar más dinero para reunir cuanto antes la suma necesaria para el viaje. Además, se vio obligada a reconocer, añoraba un trabajo que le permitiera respetarse más a sí misma. Sabía servir a los blancos y seguro que con ello no ganaría menos dinero, de modo que esa posibilidad siempre le había parecido digna de encomio. No obstante, ahora, acongojada, tuvo que dar la razón a Beke. Su sueño reventó como un mango maduro al caer al suelo. En ese país no encontraría un empleo decente. Allí lo más rentable era lo que hacía ahora, aunque en lo más hondo de su corazón se avergonzaba de ello. ¿Qué diría su madre si se enterara de que vendía su cuerpo? ¡Y no digamos su padre! Aunque en realidad no era su padre... Karini desechó esos pensamientos. Ellos nunca lo sabrían. Cuando regresara al Surinam silenciaría esas experiencias de Ámsterdam.

Cansada y ojerosa tras un sueño de muy pocas horas, Karini entró arrastrando los pies en la cocina de tía Dela, se sentó en silencio a la mesa y tomó su taza de café al tiempo que dirigía una breve ojeada a la ventanita que daba al oscuro patio trasero. Gruesos copos blancos caían bailando del cielo, como las semillas de la ceiba, decían siempre su maestro y masra Henry. ¡Masra Henry! El estómago de la joven se contrajo dolorosamente. ¿La echaría de menos? La sensación de debilidad en su vientre se acentuó. Karini ahuyentó el recuerdo de masra Henry, pero ya era demasiado tarde. Se levantó de un salto y corrió por el pasillo hasta el retrete para

vomitara con ruidosas arcadas.

Johanne, que salía en ese momento de su habitación, la oyó.

—¿Va todo bien? ¿Te encuentras mal? —gritó tras la puerta cerrada.

Karini no pudo contestar.

Más tarde, cuando retornó a la cocina con las piernas temblorosas, se encontró con las caras preocupadas de Johanne, Beke, Karla y tía Dela.

—Hijita, ¿no beberías algo anoche? Ya sabes que no podéis hacerlo.

—No, no he bebido nada —Karini apretó el dorso de la mano ante su boca. El olor del café y algún otro aroma, a leche agria o a huevos fritos, hizo que se le revolviere de nuevo el estómago. Respiró hondo—. A lo mejor he comido algo en mal estado —dijo al final, dejándose caer desmadejada en la silla.

Las chicas siguieron tomando su café humeante. Karini, por el contrario, apartó la taza.

Tía Dela parecía muy inquieta por su dolencia.

—Escucha, niña, ¿lo has hecho siempre con los hombres tal como te lo explicó Jette? Quiero decir con..., ya sabes.

Karini sabía a qué se refería tía Dela. Jette le había explicado varias veces y con insistencia la utilización de la «pequeña seguridad». Ésta se componía de un trozo de tela de algodón empapado en aceites y una pasta hecha de incienso para evitar los embarazos. Las mujeres se la introducían en su interior antes de compartir el lecho con los hombres.

Karini no necesitó pensarlo mucho.

—Sí, he seguido siempre las indicaciones de Jette.

—Y ¿has usado cada vez uno nuevo? —Beke le dirigió una penetrante mirada.

Karini no estaba segura, pero se encogió de hombros.

—Creo que sí.

—¿Crees? —Johanne depositó bruscamente su taza de café sobre la mesa. Karini se sobresaltó.

—¿Sabes lo que eso significa, Karini?

No, no lo sabía.

Karla le echó una mano.

—¡Has puesto un huevo en el nido, chica! ¡No has tenido cuidado..., estás preñada!

Karini no daba crédito a sus oídos.

—¿Preñada? —Eso era imposible, si ella había...

La acidez del estómago se le subió a la garganta. Se levantó de un salto y corrió de nuevo al retrete. Se agachó delante del cubo, dando arcadas. ¡No! No podía ser. ¡No debía ser!

El bello esplendor blanco que había caído del cielo semanas antes se convirtió en

pocos días en un barro gris. Sólo en los tejados se veían todavía pequeños montones, que, sin embargo, también resbalaban poco a poco y caían con un suave chapoteo al suelo, donde se mezclaban con el resto de la nieve gris y la permanente llovizna.

Karini caminaba pesadamente detrás de las demás chicas. Seguía caminando descalza; prefería helarse los pies a utilizar esos incómodos zuecos. En su vida cotidiana, Beke, Karla y Johanne caminaban con agilidad con esos pesados chismes. Sólo por la noche, donde el tío Alvers, cambiaban los zuecos por blandos zapatitos de seda que, sin embargo, no servían para utilizarlos al aire libre.

Karini estaba furiosa. Lo mejor sería que se congelara ella también. O que saltara a uno de esos canales malolientes y se ahogara, o que se arrojara delante de un carruaje. ¡Cómo había podido ser tan tonta! Acostarse con tantos hombres tenía que traer consecuencias tarde o temprano. Ahora tenía una bolsa repleta de dinero, pero también estaría dentro de unos meses... No quería ni pensarlo. En esas circunstancias no le apetecía volver al Surinam. ¿Cómo iba a explicarlo? El dinero sí que habría endulzado el retorno. Se le habría ocurrido algo. Pero ¿un bebé?

—Karini, ven de una vez —Beke le hizo una seña impaciente.

Sin embargo, a Karini no le apetecía mucho darse prisa. Tía Dela, muy atribulada y con gesto inequívoco, explicó a tío Alvers que las ganancias extras de Karini se habían terminado. Al hombre no le gustó nada la noticia.

—Pero todavía puede bailar, ¿no? —le espetó.

—Sí, de momento puede. Pero encárgate de que nadie vuelva a tocar a la chica.

—Entonces tendrá que bailar más veces por noche. —Tío Alvers se encogió de hombros, malhumorado, y se marchó.

Karini continuó bailando noche tras noche.

Al cabo de una semana, haciendo acopio de valor, le preguntó a tía Dela qué iba a ser de ella.

—Pronto tendré que dejar de bailar, los hombres no quieren ver a una mujer preñada en la pista —le dijo. No conseguía contener las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Tía Dela la abrazó, consolándola.

—No, niña, aún tardará en notarse, pero llegará un momento en que tendrás que dejarlo. ¿Es que no has ahorrado nada? Quiero decir..., si tienes dinero, podrás quedarte aquí, según de qué cantidad se trate, incluso hasta que nazca el bebé. Entonces se lo llevaremos a las beguinas de Begijnhof, que se ocuparán de él y tú podrás volver a...

—¿Tengo que entregar al niño? —preguntó horrorizada.

—Sí, hija, ¿qué te figuras? ¿Acaso pretendes conservarlo y alimentarlo? En ese caso, ya puedes olvidarte de trabajar con el tío Alvers.

Karini se quedó conmocionada. No lo había pensado. Comprendió que se había

metido en un callejón sin salida. Su dinero aún no alcanzaba para pagarse la travesía, tendría que gastárselo en sobrevivir cuando ya no ganara ni un mísero florín... Todo se había convertido en un círculo vicioso sin la menor esperanza. Pero ¿entregar al niño? ¿Como las prostitutas que entregaban sus hijos a misi Erika? No, eso quedaba descartado. Al fin y al cabo, la criatura no tenía la culpa de que su madre hubiera sido tan estúpida...

Karini tomó una decisión. Mientras pudiera, bailarían en la taberna de tío Alvers. Cuando ya no fuera posible, se quedaría en casa de tía Dela hasta el nacimiento del bebé, aunque para ello tuviera que sacrificar la mayor parte de sus ahorros. Y después... después se marcharía con el niño. En algún lugar de ese país tenía que existir un posible refugio sin verse obligada a entregar a su hijo.

CAPÍTULO 25

—Tenemos que ir a la ciudad. —Jean sostuvo la carta delante de Julie—. El tribunal quiere escucharnos a todos otra vez.

—¿A todos? —suspiró ella—. Pero si ya se lo hemos contado dos veces al administrador de correos.

Corrían los últimos días de abril, y el asunto parecía demorarse una eternidad.

—No nos queda otra opción: si el tribunal lo ordena, no podemos hacer nada por evitarlo. Hasta Aniga debe acompañarnos. —Jean dobló la hoja de papel que le había entregado un mensajero esa mañana—. Y a lo mejor entonces termina todo por fin. Tal vez averigüen quién apuñaló a Pieter, y recuperemos la tranquilidad.

Julie cogió en brazos a Helena, que antes había dado vueltas a su alrededor cada vez más deprisa. La niña contaba ya casi tres años y era muy curiosa. Julie debía estar siempre muy atenta para que no se escapara corriendo. Suspiró.

—Entonces seguramente tendremos que permanecer varias semanas en Paramaribo.

Jean asintió.

—Tendremos que volver a confiar la plantación a los capataces.

Eso lo preocupaba mucho. Desde que funcionaba el molino de Watervreede, había que trabajar sin descanso para garantizar el transporte de la cosecha sin problemas. Pero los trabajadores se estaban acostumbrando a ese ritmo con vacilaciones, y también había que estimular de vez en cuando a los encargados para cumplir con los plazos. Si su ausencia era larga, tendría que impartir órdenes tajantes, porque Watervreede se quedaría al mando de los encargados, ya que Martin y Thijs Marwijk seguramente también tendrían que acudir a la audiencia.

La expresión de Jean se iluminó.

—¡Mirémoslo desde un punto de vista positivo! Podrás visitar a Erika y a Wim, y Martin también estará allí. —La cogió de la mano—. Y a lo mejor... a lo mejor Henry regresa pronto —añadió bajando la voz.

Julie notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Henry llevaba tres meses ausente, y a veces incluso temía que no regresara nunca. No sabían nada de él. No habían recibido noticias, ni cartas, ni comunicaciones de Wim informando que él o Karini se hubieran presentado en la empresa de los Vandenberg. Julie se lo reprochaba a sí misma, porque las travesías duraban varias semanas, y en realidad apenas podía haber llegado una carta, pero cada día sin él y sin la certeza de que estaba bien le pesaba en el alma.

Apretó la mano de su marido.

—Ay, Jean, ojalá no les haya pasado nada.

La mirada del hombre reflejó ternura.

—Seguro que están bien. Karini estará absorbida por completo por su trabajo como doncella de Gesine, y Henry disfrutará de la vida en Europa. —Sin embargo, la expresión de Jean demostraba que ni siquiera él mismo creía sus palabras.

Una semana más tarde, Julie viajó con Jean, Helena, Bogo y Aniga a Paramaribo. Erika y Wim los recibieron en la casa de la ciudad con visible alegría.

—¿Habéis sabido algo de Henry y Karini? —le preguntó Julie a su amiga nada más llegar.

—No, Juliette, lo siento. Wim le pidió al capitán del puerto una lista con todos los barcos que se esperaban la última semana, y los que todavía se esperan. Hemos ido a aguardarlos en todas las ocasiones, pero hasta ahora... sin resultados.

Julie se volvió. Había albergado grandes esperanzas de recibir buenas noticias, y ahora estaba a punto de echarse a llorar.

Un día después llegaron a la ciudad Thijs Marwijk, Sarina, Martin e Inika. Julie se quedó atónita al contemplar el visible embarazo de la india.

—¡Inika! ¡No tenía ni idea de que esperabas un bebé!

—Te lo explicaré más tarde, Juliette —contestó escuetamente Martin, cogiendo del brazo a Inika—. Nosotros no viviremos en la casa de la ciudad —añadió en tono casi grosero.

A Julie el rechazo de Martin le pareció una puñalada. ¡Qué poco sabía ella de la vida del joven en Watervreede! Desde la muerte de Pieter no había vuelto a saber nada de él. Ni siquiera los trabajadores que transportaban con regularidad la caña de azúcar a Watervreede pudieron proporcionarle noticias de Martin cuando les preguntó. «El masra está bien. El masra trabaja duro», se habían limitado a decir. El distanciamiento del joven le dolía, y no ofrecía ninguna explicación correcta. Pero lo asumió..., ¿qué otro remedio le quedaba?

A Julie tampoco le pasó desapercibida la consternación de Bogo al ver el estado de Inika. Su reacción le reveló con claridad meridiana que la criatura que Inika llevaba en su vientre no era suya.

En la primera audiencia ante el tribunal colonial de Paramaribo se habló únicamente de la presencia de los implicados. El primer día Julie se sintió irritada por el complejo procedimiento. Si eso seguía así, tendrían que pasarse unas semanas en la ciudad. Después de que un ujier hubo anotado la filiación y los datos de los presentes, el juez los hizo públicos, y eso fue todo por el momento.

Cuando Julie y Jean se disponían a abandonar la pequeña sala de audiencias, el ujier les indicó con una seña que se acercaran. El comienzo de su entrevista lo incomodaba visiblemente.

—Mevrouw Riard —comenzó a decir al fin—, deseo comunicarle que hemos solicitado la busca y captura de su hijo en los Países Bajos. Su presencia es de capital importancia para este proceso, no se puede prescindir de ella por la trascendencia que tiene para el tribunal concluir este caso, y nos hemos visto obligados a dar ese paso porque, al parecer, su hijo tampoco los ha avisado a ustedes de su llegada.

Julie tuvo la impresión de que el suelo se hundía bajo sus pies. Aferrada al brazo de Jean, hizo una inclinación de cabeza leve y forzada, y a continuación abandonó la sala del tribunal con las piernas temblorosas. Una mirada a la cara pálida, casi petrificada de Jean delante de la puerta le reveló que también él había interpretado correctamente las palabras de ese hombre.

—¡Jean, van a detener a Henry! —exclamó afligida antes de que se le quebrara la voz.

CAPÍTULO 26

Henry estaba a punto de desistir. Ni siquiera la recién inaugurada primavera lograba serenar su estado de ánimo. Él no tenía ojos para el milagroso despertar de la naturaleza, que en realidad le era ajeno, pues en el Surinam los árboles nunca perdían las hojas. Recorría la ciudad día tras día, sin descanso. Una vez casi creyó haber encontrado a Karini. Divisó de lejos a una mujer de inconfundible piel oscura y corrió tras ella, la agarró del brazo y la hizo girar hacia él. Pero se encontró con un rostro desconocido y desconcertado. «Perdón», murmuró antes de continuar su camino.

Seguía alojándose aún en la habitación pequeña y miserable en casa de la mujer gorda de delantal manchado cuyo nombre todavía ignoraba. Todas las semanas le entregaba unos florines y, tras haber comprado unas fuentes pequeñas, llenarlas de agua y colocarlas debajo de cada pata de la cama, las chinches lo dejaron en paz. Sí, era un experto en insectos, omnipresentes en el Surinam. Lo inquietaba una preocupación diferente. Para entonces tenía que administrar bien su dinero, pues ya no le quedaba mucho del presupuestado para el viaje. O buscaba trabajo o tendría que pedir ayuda en la empresa de Wim. Sin embargo, se resistía a eso, pues equivalía a reconocer su fracaso.

Una noche tibia de principios de mayo, Henry regresaba de su ronda semanal por el barrio del puerto. Se había acostumbrado a seguir una ruta distinta por la ciudad cada día de la semana y a diferente hora, pero sin éxito hasta entonces. Delante de las tabernuchas del puerto hombres de aspecto dudoso pregonaban sus establecimientos. El tiempo cálido parecía aumentar la sed de la gente, y el aire primaveral los inducía a la holganza. Henry no estaba de humor para fiestas. Se apretó contra el muro que separaba la calle del canal, dando así un rodeo alrededor de esos, en su opinión, molestos reclutadores.

Uno de ellos, un hombre bajo, grueso, calvo y de poderosa nariz, parecía mostrarse especialmente ambicioso esa noche. Incluso cruzó la calle a la carrera para cortarle el paso a Henry.

—Mijnheer, mijnheer, venga, entre a echar un trago, aquí encontrará a las bailarinas más exóticas y las chicas más limpias de toda la ciudad. Además, acabamos de abrir la espita de la cerveza, que está bien fría —dijo el hombre, manoteando en las mismas narices de Henry.

Él suspiró y palpó las tres monedas que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Lo cierto era que habría tenido que utilizarlas para comprar algo de comer. Pero una cerveza..., esa bebida estaba muy rica. No era comparable con la que llevaba el mismo nombre en el Surinam. Henry ya se había entregado con frecuencia a ese disfrute, aunque con mala conciencia. Pero ¿en ese momento? La jornada había sido

infructuosa, seguía sin encontrar a Karini, y su humor se había esfumado al mismo ritmo que aumentaba el ambiente primaveral a su alrededor. A lo mejor era buena idea... Encogiéndose de hombros, dejó que el hombre lo condujera a su taberna situada al otro lado de la calle.

Una vez dentro comprobó, sorprendido, que el local no era tan sombrío ni estaba tan lleno de humo como otros de Ámsterdam. Buscó una mesa libre, cosa nada fácil, pues el sitio estaba muy concurrido, y el diligente tabernero le sirvió enseguida una jarra de cerveza. Henry le entregó un florín.

—Le deseo una agradable velada, mijnheer. Y si le interesa una de las chicas, no tiene más que avisar. Tenemos habitaciones limpias y...

Henry hizo un gesto de rechazo y el tabernero se retiró. El joven contempló melancólico a las jóvenes que revoloteaban por la taberna cual los colibríes por el jardín de la plantación Rozenburg y ahogó su naciente nostalgia con grandes tragos de cerveza. La pequeña orquesta de tres músicos comenzó a tocar al pie de un pequeño escenario, y desde detrás de un raído telón apareció una bailarina. A Henry no le interesaba el programa, se aferró a su jarra de cerveza y contempló cómo desaparecía la espuma. Pero de repente los pies de la bailarina entraron en su campo visual. Su cerebro los registró antes que sus ojos, y luego la imagen se abrió paso hasta su conciencia. Algo no encajaba, y algo le resultaba familiar. La piel estaba excoriada y además era oscura... ¿Qué mujer neerlandesa tenía unos pies semejantes? Alzó la vista muerto de curiosidad y no dio crédito a sus ojos: ¡la que bailaba en el escenario al son de la música era Karini! Se contoneaba sobre el tablado vestida con una sucinta falda de rafia y una guirnalda de flores. Henry pensó primero que su mente le estaba jugando una mala pasada. Irritado, dio un buen trago a su jarra, luego miró con más atención, pero ya no pudo ver nada. Los hombres que estaban en la taberna se habían reunido, vociferando, alrededor del escenario. Intentó abrirse paso hasta delante, agitó los brazos y gritó, pero no consiguió llegar a las tablas. La música terminó, Karini hizo una reverencia y volvió a desaparecer con ligereza detrás del telón. En la taberna se restableció la calma, y Henry aprovechó la ocasión para subir al escenario de un salto.

—Eh, oiga, joven, no tan deprisa. —Alguien lo agarró por la pierna y tiró de él hacia abajo—. Si quiere una chica, tiene que avisar —dijo el tabernero bajo y gordo mirándolo de hito en hito.

—No..., tengo que hablar inmediatamente con esa chica...

—Por el momento no está a disposición de la clientela. Pero tengo a una pelirroja guapísima, ¿quiere que la llame?

—No, usted no lo entiende... Yo no quiero..., tengo que hablar con esa chica, la conozco, se llama Karini.

El tabernero pareció sorprendido.

—¿Así que conoce a Karini?

—Sí, la conozco, procede del Surinam y yo... yo llevo buscándola desde hace

mucho.

Henry notaba cómo su furia crecía. Buscaba a Karini desde hacía una eternidad, la había seguido hasta Europa, había vagado semanas enteras por Ámsterdam y ahora que la había encontrado... ¡ese hombre no le impediría hablar con ella! Intentó abrirse paso junto al tabernero con energía.

—Quédese quieto, mozalbete... —El hombre lo agarró por la manga con una fuerza inusitada—. ¿Hablar, dice usted?... Bueno, pues aquí hablar cuesta dos florines.

—¿Dos florines? ¡Sólo quiero hablar con ella, nada más!

—Lo mismo da —dijo el posadero con voz autoritaria.

Henry comprendió que no tenía elección. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta. Era todo el dinero que llevaba encima.

—Aquí tiene... y, ahora, lléveme con ella.

El tabernero esbozó una sonrisa untuosa, hizo desaparecer las monedas dentro de su bolsillo y le indicó a Henry que lo acompañara.

El joven lo siguió hasta el fondo de la taberna, por un pequeño pasillo y a través de una puerta más ancha. El hombre la abrió y gritó en el cuarto:

—¡Visita para Karini!

Ante ellos apareció una rubia exuberante que miró con desconfianza, primero al tabernero y luego a Henry.

—Jette, si este mozo causa molestias..., ya sabes dónde estoy —escupió el tabernero, y le propinó a Henry un empujón que casi lo hizo aterrizar en el pecho generoso de la chica.

—¿Qué quieres de Karini? —Jette se irguió ante él, impidiéndole la visión de la estancia.

—Tengo que hablar con ella..., llevo buscándola mucho tiempo.

—¿Henry? —Detrás de Jette apareció el rostro incrédulo de Karini.

—¡Dios mío, Karini, por fin! —Henry rodeó a Jette de un salto y abrazó impetuosa y largamente a la joven.

Ella permaneció inmóvil en un primer momento, pero enseguida respondió a su abrazo. Alrededor de ellos, algunas de las chicas reían por lo bajo.

Al principio Karini no daba crédito a sus ojos. Cuando tío Alvers gritó «Visita para Karini», ella pensó que se trataba de una confusión... ¿Quién iba a visitarla allí? No conocía a nadie, y menos en ese establecimiento perdido. Pero cuando detrás de la espalda de Jette empezó a hablar una voz, soltó un respingo... La voz le sonó muy familiar, aunque necesitó una fracción de segundo para identificar a su dueño. ¿Estaba él de verdad allí, en Ámsterdam?

—¿Henry?

Cuando comprendió que lo tenía en persona ante ella y la abrazaba impetuoso, casi se quedó sin respiración. Pero luego se apretó contra él, enterró su rostro en el hombro del muchacho y dio rienda suelta a las lágrimas, que esta vez eran de alegría. Henry estaba allí, y con él afluyeron de repente todos los recuerdos reprimidos del Surinam. En las últimas semanas se había obligado a no pensar en su patria, los recuerdos dolían demasiado, la idea de no poder regresar allí en un tiempo no lejano le dolía en el alma. Karini le agradeció a Henry que la dejara hacer. Percibía su proximidad, su comprensión, su mano acariciando su espalda, blanda y cálida. Karini prorrumpió en fuertes sollozos.

Él se desprendió con cuidado de su abrazo y le apartó la cabeza de su hombro. Después le cogió suavemente el rostro entre las manos y le secó las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—Karini, llevo casi medio año buscándote, vine a Europa, he recorrido Ámsterdam en todas direcciones, día tras día. Y por fin te he encontrado —dijo en voz baja con una mirada tierna, y la joven tuvo la sensación de que se precipitaba dentro de sus ojos—. Karini, te amo. Me habría gustado haber tenido hace mucho el valor de decírtelo. —Tragó saliva—. Te amo y quiero que regreses conmigo a casa.

Karini notó una oleada de amor y ternura. Sin darse cuenta se echó a reír, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Contempló los ojos azules de Henry y con ternura y exquisito cuidado acarició su mejilla, como si pudiera disolverse en el aire y todo resultara ser un sueño.

—Yo... yo también te amo, Henry —respondió ella, antes de que se le quebrara la voz.

Unos suaves suspiros los devolvieron a ambos a la realidad. A su alrededor, las otras chicas los miraban embelesadas.

Jette concluyó ese instante mágico con unas fuertes palmadas.

—Vamos, vamos, en marcha. Karini ha encontrado a su príncipe y las demás tenemos que seguir trabajando. Beke, tú te encargarás del próximo número de danza. Creo que Karini —le guiñó un ojo— se va a saltar una ronda. Vamos, vamos, fuera de aquí, chicas —echó de la habitación a las jóvenes y cerró la puerta por fuera con energía.

Karini estaba loca de alegría. Henry la había buscado y la había encontrado. No había esperado ninguna de las dos cosas, y ahora se alegraba muchísimo por ambas. Se alegraba por sus palabras, su más ferviente deseo era estar con él, regresar juntos al Surinam, pero ahora era inevitable una explicación detallada. ¿Qué opinaría al encontrarla precisamente allí? Abochornada, dio un paso atrás.

—Henry, lo siento —comenzó a decir vacilante.

—¡Karini, no tienes por qué disculparte! —la interrumpió él enérgico, y con una

larga mirada, añadió—: He estado muy preocupado por ti, después de todo lo sucedido. Y ahora sencillamente me alegro en el alma de haberte encontrado, aunque haya sido de un modo tan sorprendente. —Miró a su alrededor—. ¿Cómo viniste a parar a este sitio?

Las ideas se atropellaban en la cabeza de Karini. La situación le resultaba muy embarazosa, en realidad deseaba contárselo todo, pero ¿qué ocurriría a continuación? ¿Daría Henry media vuelta y regresaría al Surinam? ¿Sin ella y, sobre todo, sin el niño? ¿Cómo... cómo podía explicarle siquiera lo que había sucedido? ¿Podría transmitirle sus sentimientos de manera verosímil y, lo que aún era más importante, existía la posibilidad de que lo que le contara Karini cambiara sus sentimientos hacia ella?

—Ay, Henry, es una larga historia —comenzó, titubeando—. Yo... tengo que volver al escenario, pero luego te lo contaré. ¿Me esperarás?

—¡Claro que te esperaré! ¿Crees que pienso volver a perderte de vista? —repuso él con una sonrisa que rebosaba cariño.

Karini notó una dolorosa puñalada en el corazón. ¿Durante cuánto tiempo sentiría lo mismo por ella? ¿Qué pasaría si lo desilusionaba lo que iba a contarle?

—Ya hablaremos más tarde —le dijo—. Ahora... ahora vuelve delante, a la taberna. Yo iré a verte luego —y lo empujó hacia la puerta. Necesitaba un momento para ordenar sus pensamientos y sentimientos.

—¿No puedo esperar aquí?

—No, las chicas tienen que volver a cambiarse enseguida.

A disgusto, Henry dejó que lo empujara fuera de la estancia.

—Luego. Te lo prometo.

Karini cerró la puerta tras él con gesto decidido y apoyó la espalda en la madera vieja y áspera. Nuevas lágrimas surcaron sus mejillas, esta vez de desesperación. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo iba a explicarle que estaba esperando un hijo de un desconocido?

Muy entrada la noche, después de interpretar su último baile, Karini, en lugar de desaparecer detrás de la cortina, se aproximó a la mesa para reunirse con Henry.

Había decidido no mentirle. Si no se lo contaba, tendría que decirle que se marchara y no era capaz de eso, ni por sí misma, ni por él. Él la había buscado durante meses, había emprendido un largo viaje, su cara consumida y sus palabras y sus gestos sinceros eran más que elocuentes. Hablaba en serio, lo que la halagaba y, al mismo tiempo, la atemorizaba. A pesar de todo, no saldría corriendo. Esta vez, no.

—Aquí estoy —dijo sentándose junto a él un tanto indecisa.

Él tomó enseguida su mano entre las suyas y se la estrechó.

—¡Cuánto me alegro! Ahora volveremos a casa. —Su sonrisa traslucía confianza. Karini se sintió conmovida—. Pero, dime, ¿cómo fue que llegaste hasta aquí?

Bruscamente ese breve instante mágico se desvaneció. Había llegado la hora de la verdad.

—Ay, Henry —Karini lo miró con firmeza a los ojos—, misi Gesine no fue muy amable conmigo. Entonces... entonces sencillamente me...

—Te escapaste, sí, ya lo sé. Estuve con ella. —Sus ojos se oscurecieron brevemente y Karini creyó percibir rabia en ellos.

—No sabía adónde ir y... —La muchacha notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, a pesar de que se había propuesto no llorar—. Y la gente de este país era tan fría y poco amable conmigo... Entonces me encontré a tía Dela, que me ayudó y me permitió quedarme con ella y con las chicas.

—¿Tía Dela?

—Tía Dela tiene una pequeña posada donde viven las chicas. —Karini señaló a Karla, Johanne y Beke, que en ese momento salían del pequeño vestuario y entraban en la taberna casi vacía para echar cuentas con tío Alvers.

Cuando ella volvió nuevamente la cabeza hacia Henry, se percató de que él lo había entendido.

Y así fue.

—¿Son... son... prostitutas, verdad, Karini? —preguntó, vacilante.

La palabra sonó dura en los oídos de la joven, aunque leyó en sus ojos que no era ésa su intención.

—Sí, son prostitutas, y me han ayudado. —Henry no era tonto, y la pregunta inmediata estaba próxima.

—¿Tú también...? Quiero decir...

—Sí, Henry —asintió Karini. Las palabras brotaron de sus labios con infinita dificultad, pero no quiso mentirle.

—Oh. —Bajó los ojos, consternado, y retiró su mano de entre las suyas.

Ese gesto fue más elocuente que mil palabras, y ella no se lo reprochó. Pero por mucho que le doliera, quería intentar al menos explicarse.

—Necesitaba dinero y un lugar donde vivir. Compréndelo, por favor: tía Dela y tío Alvers nunca me obligaron a nada, ellos siempre me han tratado bien. Mejor que ningún otro habitante de esta ciudad.

Karini esperó su reacción. Había repasado en su mente ese momento, en todos los escenarios posibles. Pero ahora Henry callaba. Durante largo rato ninguno de los dos pronunció palabra.

Por fin él preguntó en voz baja:

—¿Quieres..., volverás conmigo a casa, Karini?

¡Qué peso le había quitado de encima! Esa pregunta significaba mucho para ella: ¡Henry no la echaba de su lado, sino que deseaba que regresara con él al Surinam! A pesar de todo..., aún quedaban otros dos problemas. El niño y...

—No sé, Henry... Tengo miedo de que masra Pieter...

—¡Pieter está muerto! —Él casi escupió las palabras.

Karini no daba crédito. ¿Masra Pieter muerto? ¿Ya no tendría que temer nada de él? Pero ¿cómo había podido suceder? La última vez parecía extremadamente animado... ¿Había sufrido quizá una grave enfermedad? De pronto se le ocurrió una idea. ¿Y si alguien...?

—¿Cómo ocurrió?

Henry se lo contó. Empezando por su propia cabalgada presurosa a Watervreede y la pelea posterior con masra Pieter y Martin después de que la encontró a ella, hasta llegar al momento en que masra Jean llegó a Rozenburg para contarle que masra Pieter había muerto. Henry vaciló un instante.

—Pieter dijo que él era... Así pues, ¿Martin es tu...?

—Lo sé, mi madre me lo contó.

Henry pareció aliviado al oír la respuesta. Tomó la mano de Karini y se la estrechó un momento antes de referirle cómo había acosado a Kiri durante semanas para que le revelara el paradero de su hija. Karini sintió una oleada de ternura. Se sentía orgullosa de su madre y le agradecía que hubiera callado. Luego sus pensamientos regresaron a masra Pieter.

—Pero ¿quién demonios lo mató?

—No lo sé. —Henry se encogió de hombros—. La verdad es que me da igual, espero que se pudra en el infierno.

De nuevo callaron ambos durante largo rato. Karini sabía de sobra que mucha gente tenía motivos para matar a Pieter. Pero ¿había sido realmente alguien de las plantaciones? La joven se estremeció. Sin embargo, no pudo seguir el rumbo de sus pensamientos, pues tío Alvers estaba colocando las sillas encima de las mesas.

—Tenemos que irnos. Tío Alvers está a punto de cerrar.

Abandonaron la taberna y salieron cogidos de la mano a la tibia noche de primavera.

—Te... te ofrecería con mucho gusto acompañarme, tengo alquilada una habitación... pero... la patrona es un cancerbero.

Karini rió.

—No importa, de todos modos hoy no me apetece dormir.

Recorrieron las calles de Ámsterdam cogidos de la mano. Llegaron al puerto, donde los primeros pescadores preparaban ya sus barcas a la pálida luz del amanecer, y las gaviotas, todavía medio dormidas, estaban posadas en los altos noráis. Se sentaron en un muro del muelle a contemplar el agua.

—Me recuerda un poco a casa. —Henry volvió la cara hacia ella, en su boca se dibujaba una sonrisa—. Karini, no me parece mal que..., bueno..., tenías que ganar dinero.

Ella sintió un agradecimiento infinito al oír esa frase. Cuánto temía su reacción... Aunque lo conocía muy bien, no se atrevía a esperar que lo aceptara. Sentía tanta gratitud, tanta ternura por ese hombre, que casi le dolió físicamente tener que retirar

la mano. Porque debía contarle algo más. Y seguramente él no lo aceptaría tan fácilmente.

—Hay otra cosa que debo decirte. —Karini no consiguió aguantar su mirada y bajó los ojos, avergonzada. Respiró hondo, se había jurado a sí misma decirle la verdad, y ése era el momento adecuado—. Yo... estoy esperando un hijo.

Ya estaba dicho. Lo miró, temerosa, con el rabillo del ojo, y sucedió lo que temía. Él pareció desplomarse, cabizbajo.

—¿Significa eso que estás con otro hombre? —lo oyó preguntar.

—¡No! —Pese a la pregunta, Karini sintió ganas de echarse a reír—. Es que por desgracia eso puede suceder cuando... te ganas así el dinero. —Tragó saliva—. Sin embargo, ese niño no tiene la culpa de que yo fuera tan estúpida como para no tomar todas las precauciones necesarias... —La muchacha no se atrevía a mirar a Henry y sólo deseaba que se la tragara la tierra.

De repente, después de mucho rato, notó que él volvía a coger su mano entre las suyas y se la apretaba con fuerza. Volvió el rostro hacia ella y la obligó a mirarlo.

—Karini, los dos hemos sido estúpidos —dijo, persuasivo—, pero el niño no debe ser castigado por ello. Yo... te quiero a pesar de todo y también querré a ese niño, por ser hijo tuyo. Te lo prometo. Con tal de que... con tal de que sigamos juntos a partir de hoy.

No había palabras para describir lo que Karini sintió en ese momento.

—Seguiremos —balbució entre lágrimas, y lo besó con ternura en la mejilla.

A la mañana siguiente Karini y Henry estaban sentados juntos en la cocina de tía Dela tomando un café caliente. Mientras la mujer examinaba al joven con cierta desconfianza, las chicas los rodeaban tan embelesadas como la noche anterior. Era evidente que eso desazonaba a Henry, y Karini le propinó varios codazos en el costado, lo que provocó a su vez las risas contenidas de las chicas. Sin embargo, en cierto momento tía Dela se hartó de ese ambiente empalagoso.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que pensáis hacer vosotros dos?

Henry se incorporó en la silla.

—Regresaremos al Surinam, mevrouw.

—Ah, ya... Pero tienes que pagar el alquiler de esta semana, Karini.

—Claro, tía Dela. —La chica le sonrió con dulzura, pues sabía que ese caparazón duro albergaba un corazón tierno.

—¿No es muy caro un viaje en barco como ése? —Beke parecía analizar el plan con sentido pragmático.

Ellos también lo habían hablado ya.

—Sí, pero recibiremos apoyo, seguro. Iremos a la empresa del primo de mi madre y allí nos ayudarán.

Karini confiaba en que Henry tuviera razón.

—Voy a recoger mis cosas, luego podremos irnos —dijo, y se levantó.

De repente, tía Dela parecía muy nerviosa.

—Bueno, chicas, en ese caso despedíos de Karini. La noche ha sido larga y el día será corto. Tenéis que dormir un poco, que no nos pagan por tener ojeras.

Beke, Karla y Johanne se levantaron refunfuñando. A continuación todas ellas fueron abrazando a Karini como despedida. A ella le costaba contener las lágrimas, pues sabía muy bien que tenía mucho que agradecerles a las chicas.

Por último, abrazó a Johanne.

—Por favor, da también las gracias de mi parte a Jette. Y a tío Alvers... Ahora tendrá que buscarse una nueva estrella. —Karini sonrió.

Johanne se limpió una lágrima de la mejilla, avergonzada.

—Que tengas suerte, y saluda a la selva de mi parte.

Karini y Henry se dirigieron andando a la empresa de la familia Vandenberg. El aire era tibio y los pájaros trinaban. En comparación con el estruendo que producían las aves en el Surinam, la melodía que los acompañaba en su camino era más bien suave, casi tímida.

—Parece mentira que la vegetación pueda reverdecer en este país.

Karini contemplaba las filas de árboles que bordeaban los canales. Hasta entonces no se había dado cuenta de que el invierno había cedido el paso a la primavera. De repente todo parecía despertar a la vida, y hasta las personas daban la impresión de ser más amables, aunque examinaran con evidente disgusto al hombre blanco y a la chica negra que éste llevaba cogida de la mano.

Henry rió en voz baja.

—Ya podemos ir acostumbrándonos a esto, en la colonia tampoco nos irá mejor.

—Sí —contestó Karini. Al fin y al cabo, ella sólo era un poco blanca.

Por fin Henry llamó a la gran puerta de la empresa comercial. La abrió un hombre pálido con gafas.

—¿Se acuerda de mí, mijnheer Van Galen? Soy Henry Leevken.

—Oh, claro que sí. —El hombre abrió del todo la puerta—. Por lo que veo, ha encontrado usted a la joven que buscaba. —Se detuvo un instante, pero luego recuperó el control—. Pasen, por favor.

Van Galen los condujo a un despacho. Karini vio con el rabillo del ojo que otro hombre, que escribía de pie ante uno de los pupitres, abandonaba precipitadamente la estancia.

—Mijnheer Van Galen, pensamos regresar al Surinam. Me gustaría saber si Wim Vandenberg ha tomado medidas al respecto.

—Sí... No... Mijnheer Leevken, sepa que hay un...

No llegó a terminar su frase, pues el hombre que acababa de salir de la estancia volvió a entrar seguido por dos policías de uniforme.

—¿Mijnheer Leeven?

—¿Sí? —Henry se volvió con el asombro escrito en la cara.

El policía resopló como si hubiera caminado deprisa.

—Por encargo de la Real Administración Colonial, lamento decirle que debo detenerlo.

Karini no daba crédito a sus oídos. La voz de Henry también traslucía asombro.

—¿Detenerme? ¿Por qué? —inquirió al tiempo que retrocedía un paso.

—Tengo que pedirle que me acompañe. Es usted sospechoso de haber asesinado en la colonia a un tal Pieter Brick. Para esclarecer los hechos se nos ha encargado acompañarlo sin tardanza a un barco que lo llevará al Surinam.

Karini se quedó atónita. ¿Acaso esos hombres pensaban de verdad que Henry había matado a masra Pieter?

A Henry la situación le parecía tan absurda como a ella.

—¡Pero si es allí adonde queremos ir! —exclamó encogiéndose de hombros.

—Mientras la nave no esté lista para zarpar, tenemos que detenerlo. En el barco lo pondremos bajo la vigilancia del capitán, que en la colonia lo entregará a usted a la administración.

Karini sintió miedo. ¡Así que iba a viajar al Surinam, pero en calidad de prisionero! Henry parecía más tranquilo.

—Como ustedes quieran. Ven, Karini, creo que debemos acompañar a estos caballeros.

El policía dio un paso adelante.

—La orden sólo se refiere a usted, mijnheer Leeven —dijo y, tras coger a Henry del brazo, se lo llevó.

Henry pareció desconcertado, pero después reaccionó.

—¡Karini...! —gritó volviéndose hacia ella, pero no logró hilar una frase razonable.

Después los policías cruzaron la puerta y se lo llevaron.

Karini se sentía petrificada. El hombre parecía hablar en serio. Pero ¿cómo podía haber matado Henry a masra Pieter? ¿Y regresar luego voluntariamente al Surinam? Todo eso carecía de sentido. Se volvió hacia Van Galen en busca de ayuda.

—¿No podemos hacer nada?

Él se quitó las gafas y se pasó la mano por la cara.

—Lo siento mucho, mevrouw... mevrouw...

—Rozenberg —contestó ella.

—Mevrouw Rozenberg. Nos enteramos de este asunto hace apenas unos días y recibimos la orden de avisar de inmediato a la policía si Henry Leeven aparecía por aquí —explicó el hombre encogiéndose de hombros.

—¿Sabe algo de masra Wim?

—Hace mucho que no, mevrouw. Las últimas noticias que tuvimos de él indicaban que debíamos facilitar el regreso de Henry Leevken al Surinam si así lo solicitaba.

—Bueno, eso está bien. —Karini dio las gracias en silencio a masra Wim por la oferta—. Ahora estamos aquí. Henry necesita ayuda y yo... yo tengo que regresar al Surinam.

La expresión de Van Galen cambió.

—Lo siento, mevrouw —dijo al fin en voz baja—. Henry Leevken está ahora bajo custodia policial y usted..., lamento decirle que no tenemos ninguna orden para hacernos cargo de su viaje. Los viajes a ultramar son muy caros. Espero que comprenda que por las buenas no podemos... —De repente dio un respingo y se puso muy tieso—. En este sentido actúo obedeciendo órdenes estrictas. Lo siento. ¿Necesita algo más? En caso contrario, le ruego que se marche.

Karini se enfureció. ¡Qué se creía ese tipo paliducho! No podía imaginarse que masra Wim no hubiera mencionado la posibilidad de un pasaje para ella. Bueno, a lo mejor no lo había dicho expresamente, porque al fin y al cabo misi Gesine quería ocuparse de ella. Ésta había manifestado en reiteradas ocasiones que se ocuparía de todo si Karini deseaba regresar... Pero no acudiría a ver a misi Gesine, eso seguro. Dio media vuelta sin decir palabra y se encaminó hacia la puerta.

—¡Caramba, niña, sí que ha ido rápida la cosa! —Tía Dela pareció sinceramente afectada cuando, pocas horas después de despedirse, Karini entró nuevamente en la cocina de la pequeña casita interior. A la joven no se le había ocurrido nada mejor que regresar allí a reflexionar con calma.

—No, no ha sido eso... Han detenido a Henry, y yo... —Karini se sentó a la mesa y clavó los ojos en el tablero.

—A ti no te han detenido. Alégrate. —Tía Dela le ofreció una taza de café.

—Y me alegro. Pero ahora van a llevárselo al Surinam, ¡sin mí! ¿Qué voy a hacer ahora? —Karini aferró la taza con las dos manos.

—Y ¿de qué acusan al muchacho? —La mujer colocó una silla enfrente de ella y se sentó.

La joven alzó la vista. Le estaba agradecida a tía Dela por su interés.

—Dicen que mató a masra Pieter. Pero seguro que no fue él. ¡Henry es incapaz de matar a una mosca! —Karini estaba profundamente convencida de su inocencia.

—Ohhh —exclamó tía Dela, meneando la cabeza—. No, la verdad es que no me pareció que tu Henry tuviera pinta de asesino.

—Pero ¿ya estás aquí otra vez? —Beke entró adormilada en la cocina, y tía Dela la puso enseguida al corriente de todo. La chica tomó una taza y se sentó también a la mesa—. Y ahora, ¿qué?

—No lo sé. —Karini estaba al borde de la desesperación.

¿Cómo podía haberse embrollado la situación de ese modo? Estaba sola en un país extranjero, sin dinero, sin casa, sin billete de vuelta a su patria, sin trabajo, llevaba un hijo en su vientre y su amado estaba en la cárcel esperando su extradición. Sintió que las lágrimas resbalaban por sus mejillas y sollozó en voz baja.

—Escucha —dijo Beke de pronto—, se me ha ocurrido una idea. Las últimas semanas he tenido un hombre que viene a verme casi todas las noches. Es policía. —Karini la miró y vio que Beke se encogía de hombros—. Sí, también tienen sus debilidades, ya lo ves. Bueno, puedo preguntarle si se puede hacer algo. Por tu Henry. O para que podáis viajar juntos al Surinam.

Karini alargó la mano, agradecida, y estrechó la de Beke. Al menos tenía una posibilidad.

—Oh, Beke, ¿de veras harías eso por mí?

La interpelada asintió.

—Desde luego, aunque tal vez tenga que hacerle una rebaja en el precio a ese tipo por la información —añadió.

—Yo te lo pagaré. Pregúntale, por favor —exclamó Karini.

—Así lo haré, pero tendrás que tener paciencia hasta mañana temprano. —Beke le apretó la mano—. A no ser que quieras volver a la taberna de tío Alvers... —añadió guiñándole un ojo.

—No, esperaré aquí —contestó Karini—. Es decir, si usted me lo permite —agregó con una mirada interrogante a tía Dela.

—De acuerdo, puedes quedarte aquí —contestó la mujer para alivio de Karini—. Pero si no sueltan a tu Henry o no podéis subir al barco los dos de la manera que sea, a partir de pasado mañana te volveré a cobrar el alquiler —añadió como si fuera una mujer de negocios.

—Sí, tía Dela.

¿Adónde podía ir, si no?

Esa noche dormir era impensable. Karini no paró de recorrer torpemente la pequeña cocina de un lado a otro, esperando impaciente el regreso de las chicas. Ojalá ese hombre hubiera ido a ver a Beke.

Ya amanecía cuando Karini oyó en el patio trasero los pasos y las voces que tan bien conocía. Se levantó de un salto y abrió la puerta de golpe mucho antes de que aparecieran las chicas.

—¿Beke?

—Chis, chis. ¡Que vas a despertar a los vecinos! Entra..., enseguida te lo contaré todo.

Tía Dela había aparecido en bata en la cocina y avivó el fuego en el fogón para preparar café.

Beke se dejó caer cansada en una silla.

—Me ha costado un servicio extra. Y que sepas que tienes que darme un *rijksdaalder*.

—¡Te lo daré! ¡Y ahora, cuenta!

Beke carraspeó.

—Bueno, el tipo me ha dicho que si lo han detenido no se puede hacer mucho..., salvo que pretenda fugarse y ser un fugitivo el resto de su vida. —Sonrió con sarcasmo—. Pero ha dicho que si hay que devolverlo a la colonia y tú quieres acompañarlo a todo trance, únicamente es posible si eres su mujer —soltó una risita—, o sea, la esposa de Henry, para que me entiendas. En ese caso no pueden separaros y tienen que llevarte a ti también.

La esperanza de Karini se desvaneció. No era ésa la noticia que esperaba.

—¡Pero es que nosotros no estamos casados!

Tía Dela se inclinó sobre la mesa.

—A ver, niña, uno puede casarse siempre y en cualquier lugar. Y teniendo en cuenta la situación, habría que encontrar un cura que os case, aunque sea en la cárcel. ¡Por Dios, que estás embarazada! Ningún cura se negará a casaros en esas circunstancias. —De pronto dio unas palmadas—. Tengo una idea —exclamó excitada—. Johanne, ¿no era cura uno de tus clientes?

La chica asintió con gesto cansado.

—Sí, pero sólo viene cada dos semanas.

—Y ¿sabes en qué iglesia está?

—Pues sí, lo mencionó una vez.

—Estupendo. —La tía Dela se levantó y se enderezó la bata—. ¡Niñas, levantaos y vestíos! Nos vamos a la iglesia.

Karini miraba fijamente a la tía Dela. Una mirada al resto del grupo le reveló que las otras chicas no estaban menos sorprendidas que ella.

Dos horas después, en medio de la misa matutina, cinco damas frívolamente ataviadas entraron en una pequeña iglesia del barrio amsterdames de Czaar Peterbuurt. El cura que estaba en el púlpito se atragantó cuando tía Dela se sentó con las chicas en los bancos del fondo de la casa de Dios y Johanne, encima, lo saludó con guasa. Esa aparición confundió tanto al pobre hombre que su misa fue más corta de lo habitual, lo que hizo refunfuñar a los escasos fieles, a los que además obligó a marcharse a toda prisa después del último amén. Entonces se dirigió con expresión iracunda hacia las mujeres, que también se habían levantado, aunque no daban muestras de querer abandonar la iglesia. No obstante, antes de que pudiera expresar su enfado, tía Dela levantó la mano.

—Buen hombre, comprendo que nuestra presencia no lo alegre mucho, pero no estamos aquí para comprometerlo, no se preocupe. Seguro que podrá explicar de algún modo a su comunidad nuestra presencia; a lo mejor somos simples ovejitas en

busca de su pastor... —Sonrió un instante, socarrona, pero después recuperó la seriedad—. Necesitamos un religioso que pueda celebrar una boda en, digamos, circunstancias extraordinarias y urgentes. —Tía Dela miró persuasiva al hombre, que tenía la cara tan colorada que Karini temió que estuviera a punto de explotar—. Si no hallamos un sacerdote, me temo que nuestra Johanne, aquí presente, podría querer encontrar la fe y sentir en adelante con frecuencia la urgencia de buscar la compañía de Dios.

El cura se encogió de hombros, y Karini observó fascinada cómo el rojo desaparecía de su cara dejando paso a una lívida palidez.

—¿Dónde hay que celebrar la boda? —balbuceó por fin entrecortadamente.

—En la comisaría de policía del puerto. Dentro de dos horas —dijo la tía Dela. Luego, visiblemente satisfecha, dio media vuelta y abandonó la iglesia seguida por las chicas.

Emprendieron el camino de regreso a la posada de tía Dela entre risitas ahogadas.

Karini, por el contrario, no estaba tan alegre. Impresionada por la idea de tía Dela, sus preocupaciones aún no habían desaparecido del todo.

—¿Qué pasará si... si Henry no quiere casarse conmigo? —inquirió en medio del parloteo de las otras.

Tía Dela le pasó la mano por los hombros.

—Mira, niña, por la forma en que se alegró ayer, no debes preocuparte por eso. —Y, dando palmas, añadió—: Menudo día el de hoy, y encima se va a celebrar una boda.

Tía Dela se puso su vestido más elegante y de repente ya no pareció una posadera, sino una dama de la alta sociedad de Ámsterdam. Karini se quedó asombrada, a su lado se sentía casi una zarrapastrosa. Beke le prestó uno de sus vestidos de seda, cuya tela clara formaba un hermoso contraste con la piel oscura de Karini. También le pusieron un par de los zapatitos elegantes, pero Karini no se sentía a gusto con esas ropas. No obstante, tía Dela no le dejó opción.

—Esto es así, niña, esto es así. Y ahora vamos a meterles prisa a esos chicos —dijo antes de salir derechita hacia la comisaría.

Los policías de la comisaría del puerto se quedaron atónitos cuando a eso del mediodía entraron por la puerta cinco señoras y un cura de cara colorada.

—Mijnheer —tía Dela empujó ante ella a Karini—, mi sobrina desea ver a su prometido. Y sin pérdida de tiempo. Porque van a casarse ahora mismo. Teniendo en cuenta lo que le espera a ese joven, seguro que no tendrá usted nada que objetar a que tome por esposa a esta muchacha embarazada. ¿Por dónde hay que ir?

Los policías se lanzaron unos a otros miradas fugaces de perplejidad, pero estaban tan asombrados que condujeron al grupo a la celda de Henry sin rechistar.

—¡Karini! —Al verla, Henry se levantó de un salto de su catre de madera y luego

miró admirado al extraño grupo que se congregaba delante de su celda.

—Henry —dijo tía Dela dirigiéndole una mirada penetrante—, no me cabe duda de que te casarás con mi *sobrina* antes de que... —La mujer hizo hincapié en cada palabra y señaló luego con gesto de reproche la barriga de Karini.

Las chicas habían aumentado su volumen con un paño de algodón, porque en realidad el embarazo de Karini aún no era muy visible.

Henry miró estupefacto a tía Dela.

—Claro que sí, por supuesto... —repuso tras una corta vacilación—. ¿Cómo iba a dejar yo a la joven en la estacada? —añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien. —La tía Dela dio un empujón al cura—. Vamos, empiece de una vez.

Poco tiempo después, Karini pudo besar a su marido... a través de la reja de la celda de una comisaría de policía de Ámsterdam.

CAPÍTULO 27

El 10 de mayo del año 1881, el prisionero Henry Leevken, acompañado por su esposa Karini, fue conducido al barco *Travenvoorst* y puesto bajo la vigilancia del capitán.

En el puerto se había congregado un extraño comité de despedida. Cuatro chicas de vida alegre y una digna dama de edad madura agitaban pañuelos blancos, con los que, de paso, se sonaban continuamente la nariz. Karini les respondía del mismo modo desde cubierta. Henry se limitaba a asentir, pues no le habían quitado las ligaduras de las manos.

Pero en cuanto el *Travenvoorst* llegó al mar del Norte en Den Helder, tras zarpar de Ámsterdam y atravesar el canal del Norte de Holanda, el capitán se acercó al joven y le dijo riendo:

—Bueno, muchacho, no creo que vayas a huir nadando —y le desató las manos a Henry al tiempo que le deseaba una feliz travesía.

Karini se sintió tremendamente aliviada por ese trato preferente. El capitán parecía un hombre agradable y un buen conocedor del ser humano. A partir de ese día, Henry y ella pudieron moverse libremente por el barco. No había más pasajeros a bordo, la nave transportaba barriles de bacalao al Surinam. Este apreciado pescado seco se vendía mucho, aunque esparcía un olor fuerte, por lo que el barco mercante no era adecuado como barco de pasajeros. A Henry y a Karini no les molestaba el olor, al contrario. Para ellos olía a la patria, y ansiaban llegar cuanto antes. Esperara lo que esperase a Henry en el Surinam, Karini estaría a su lado. Durante la travesía hablaron una y otra vez de la aciaga noche en Watervreede. Pero como ninguno de los dos se hallaba allí ese día, no encontraban explicación para lo sucedido. Sin embargo, había una cosa segura, en la que ambos coincidían: Pieter había recibido su merecido.

El mar estaba en calma y el viento era favorable. El barco avanzaba y un día el capitán les comunicó que dentro de unas tres semanas, Dios mediante, llegarían a la colonia.

Mientras tanto, en Paramaribo, Julie esperaba impaciente el regreso de Henry.

—Hemos encontrado a su hijo, lo traen de regreso a la colonia. Se espera su llegada para dentro de unas dos semanas —les dijo el funcionario del juzgado que llevó la noticia a la casa de la ciudad.

Julie le dio las gracias por comunicárselo y cerró pensativa la puerta detrás de su marido.

—¿Dentro de dos semanas? ¿Cómo ha podido saberlo tan deprisa ese hombre? —Julie estaba asombrada.

Thijs Marwijk dobló su periódico con tranquilidad.

—Creo que lo han telegrafiado a la administración —respondió divertido.

Julie no sabía de qué le hablaba.

—¿Y eso qué significa?

—Juliette. —Marwijk rió—. Debe hacer que le envíen con frecuencia los periódicos a su plantación. La telegrafía es el medio de comunicación del futuro. Para eso han tendido un largo cable de Inglaterra a Nueva York.

—¿Por el mar?

—Sí —continuó explicándole—, por el mar. Con él se transmiten noticias de un continente a otro utilizando el alfabeto morse. Y cuando las noticias llegan a Nueva York, son remitidas por carta, lo que, según se ve, es mucho más rápido que enviarlas por barco a través del Atlántico. Hoy en día la marina mercante se ha desarrollado mucho a lo largo de las costas.

Julie se quedó impresionada. La noticia de la pronta llegada de Henry la alegró, aunque también le causó una cierta intranquilidad. Llevaban semanas en Paramaribo esperando algún progreso en los tribunales. Mientras aguardaban la llegada de Henry ninguno de ellos podía abandonar la ciudad. Julie suspiró. Ahora al menos algo parecía moverse en ese ámbito. Ella sabía que la situación agobiaba mucho a Thijs Marwijk.

—Ojalá termine todo de una vez. No puedo permanecer eternamente ausente de la plantación, sobre todo porque Martin también está en la ciudad. Estoy deseando ver con qué me encuentro en Watervreede a mi regreso.

Julie vio que Jean le dirigía una inclinación de cabeza a Marwijk. También Rozenburg debía arreglárselas sin su director desde hacía ya seis semanas, y Julie sabía que a Jean le preocupaba mucho la situación de la plantación, aunque confiaba en sus capataces y les había transmitido las instrucciones oportunas. La circunstancia de estar condenados a la inactividad en Paramaribo desquiciaba los nervios a todos.

Durante un buen rato nadie pronunció palabra. De repente a Julie le vino una idea a la mente.

—Ojalá Henry haya encontrado a Karini.

El hombre del juzgado no había dicho nada de ella.

CAPÍTULO 28

El 22 de junio Julie y Jean esperaban impacientes en el puerto de Paramaribo al barco que surcaba ya la desembocadura del Surinam y que ese mismo día se adentraría en el río y, por ende, en el puerto. Julie caminaba inquieta bajo las palmeras que lo bordeaban. Jean, sentado en un banco, aguardaba con su paciencia acostumbrada.

Cuando en el fuerte Zeelandia se recortó por fin el mástil contra el cielo de Paramaribo, a Julie se le quitó un peso de encima.

—¡Ya vienen!

Se acercó con Jean a los muelles de donde partían las pequeñas barcas con toldo para ir a recoger a los pasajeros y tripulantes de los barcos. Aunque ese día se movían pocas barcas en dirección al carguero, a Julie le dio la impresión de que transcurrían horas hasta que el barco echó el ancla y las pequeñas barcas con toldo se colocaron contra el costado de babor de la nave, esperando para recoger la carga y a los pasajeros, tras lo cual zarparon de nuevo.

Julie se protegió los ojos con la mano y se concentró en buscar a Henry. De repente, en una de las barcas divisó una melena oscura que, según le pareció, pertenecía a una mujer.

—¡Oh, Jean, ahí está Karini! ¡También viene Karini! —Y de la alegría, dio tirones en la manga a su marido. Julie vio otras tres figuras a bordo pero no acertó a distinguir detalles.

No obstante, su alegría se esfumó en cuanto la barca atracó en el muelle. Henry se sentaba entre dos marineros y su madre soltó un grito, sobresaltada, al ver que tenía las manos atadas. Los dos hombres lo pusieron de pie y lo condujeron entre ellos, como si fuera un peligroso criminal, hasta la pasarela de madera. Julie cogió la mano de Jean. Estaba paralizada de espanto al ver a su hijo de pie en el muelle. Karini salió de la barca detrás de él. La joven parecía cansada y agotada y... Julie amusgó los ojos: ¿no era eso una barriga de embarazada?

Soltó la mano de su marido y corrió hacia los chicos.

—¡Henry, Karini! —gritó agitando la mano.

Julie podría haber abrazado al mundo entero, tan feliz se sentía de verlos a ambos en el Surinam. Pero cuando intentó abrazar a su hijo, uno de los marineros la detuvo.

—Mevrouw, nos han ordenado llevar inmediatamente al prisionero al juzgado.

Su tono no admitía réplica, aunque ella creyó percibir en su mirada una suerte de lástima. Julie notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sin embargo, no apartó la vista.

—¡Madre! —La voz de Henry rebosaba cariño y calidez, y la miró radiante de alegría—. Todo va bien, no te preocupes por mí.

Julie le agradeció sus palabras de consuelo, aunque habría deseado ser ella la que lo consolara a él. Con una inclinación de cabeza, Henry añadió:

—Ocúpate de Karini.

Julie se secó las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano.

—Así lo haré. No te preocupes. Jean te acompañará, yo iré luego.

Henry la saludó con la cabeza y luego Julie presenció cómo los dos marineros subían a su hijo a un carruaje. Éstos impidieron a Jean que viajara con ellos, de manera que su marido tuvo que contratar otro vehículo.

Julie maldijo en voz baja, después se dio cuenta de que Karini estaba a su lado. La estrechó entre sus brazos.

—¡Oh, Karini, cuánto me alegro de que hayáis vuelto sanos y salvos!

—Yo también me alegro de estar aquí, misi Juliette. Las últimas semanas han sido muy emocionantes y...

—Ven, eso me lo contarás en casa. Vayamos a la casa de la ciudad. —Julie comprendió que la joven estaba agotada.

Karini la siguió despacio hasta los coches de punto.

Una vez en el vehículo, Julie se fijó en que Karini no paraba de mirarla de reojo.

—¿Quieres decirme algo, Karini?

—Sí, misi, pero no sé cómo explicarlo. Henry y yo... hemos..., tuvimos..., nos hemos casado.

Julie se quedó atónita. Aunque sabía que Henry había seguido a Karini por amor, el hecho de que regresaran ahora convertidos en una familia la sorprendió un poco. Pero se alegró.

—Eso sí que son novedades. ¡Me alegro por vosotros! Qué contenta estoy de teneros aquí de nuevo. De todo lo demás hablaremos más tarde. —Dirigió una breve ojeada a la delicada barriguita de Karini y abrazó con cariño a la joven—. Todo se arreglará.

Cuando llegaron a la casa de la ciudad, Erika, Wim, Thijs y Sarina recibieron con alegría a la chica. Todos se asombraron al ver su estado, pero también tuvieron la delicadeza de no mencionar el tema. Sólo la mirada de Liv, que sirvió bebidas frías para todos, se detuvo un poco más en la barriga de la joven. Julie se sorprendió cuando ella bajó la vista, avergonzada. La chica no parecía alegrarse mucho de su estado. Julie, sin embargo, ansiaba reunirse con Henry. Saludó brevemente a los presentes y se dispuso a marcharse enseguida. Pero justo cuando iba a salir de casa, Jean entró por la puerta.

Su esposo la abrazó.

—Julie, todo está en orden. Henry está bien alojado y ahora sólo tiene que esperar dos o tres días hasta que nos vuelvan a citar ante el tribunal a todos nosotros. Creo que entonces se aclararán los hechos y lo dejarán en libertad.

Julie, que conocía lo suficiente a Jean, percibió las dudas que traslucía su voz. Era tranquilizador saber que Henry se encontraba bien y que, por fin, sucedía algo... pero el resultado era incierto.

Jean pareció captar sus dudas y la estrechó con cariño contra sí.

—Esto también lo superaremos, Julie. Pronto habrá pasado todo.

CAPÍTULO 29

Karini se sentía inmensamente feliz por pisar de nuevo el suelo del Surinam. Al final de la travesía estaba ansiosa por llegar. Cuando por fin avistaron tierra, Henry la abrazó.

—Hemos regresado a casa.

Ella respiró profundamente el aire de la selva cercana mientras se acurrucaba contra él. Sin embargo, la sensación de alivio se mezclaba con la preocupación. Había que superar algunos obstáculos. Karini tenía un miedo atroz a lo que misi Juliette diría sobre la boda y el bebé.

Henry y ella habían meditado sus palabras. Durante semanas habían repasado una y otra vez la historia hasta que Karini casi creyó que había sucedido así en la realidad: ella había trabajado con misi Gesine durante más tiempo del que en realidad trabajó, entonces llegó Henry y se marchó con él. Celebraron la boda con un reducido grupo de nuevos amigos y, nada más finalizar el breve viaje de bodas por los alrededores de Ámsterdam, Karini quedó embarazada para asombro de la joven pareja, aunque, como es lógico, también los alegró. Ellos no sabían, y esto sí era cierto, que Henry había sido acusado del crimen en el Surinam, por lo que tampoco se apresuraron. ¿Que no había llegado la carta que habían enviado? Lo lamentaban muchísimo, pero el problema de la inseguridad de las comunicaciones no era nuevo. Luego quisieron mandar otro recado directo en la agencia de los Vandenberg, pero allí, para su sorpresa, detuvieron a Henry. Después, todo sucedió muy deprisa, y eso que de todos modos deseaban regresar pronto porque Karini quería dar a luz en el Surinam.

Repasaron minuciosamente la historia una y otra vez hasta que por fin adquirió verosimilitud. Sin embargo, el hecho de que su futuro en común se basara en una mentira desagradaba sobremanera a Karini. De cualquier modo no tenía opción, así que más tarde, por la noche, le contó a la misi su versión. Comprobó aliviada que el plan daba resultado, pues misi Juliette no pareció albergar dudas.

—Me alegro tanto de que no os haya pasado nada... Me temía lo peor —dijo, y abrazó con cariño a la joven—. Y ¿qué es lo que recibo de vuelta? Una nuera y un futuro nieto.

—Sí, misi.

Karini se sentía insegura y no sabía qué decir. La magnitud de la historia parecía ahora, una vez contada, muy distinta de pocas semanas antes en los lejanos Países Bajos o incluso en alta mar.

La misi la miró a los ojos.

—En adelante puedes ahorrarte lo de «misi», Karini. Hoy mismo mandaré recado

a Rozenburg y pondré a tus padres al corriente de todo. Seguro que tu madre espera llena de preocupación.

—Gracias, mi... —Karini se detuvo en seco.

Durante toda su vida había llamado misi a esa mujer, ¿cómo iba a dirigirse ahora a su suegra?

—Juliette, llámame sencillamente Juliette.

CAPÍTULO 30

De repente llegaron los últimos días de junio, cuando se iba a celebrar la vista de la causa. Todos aquellos a los que había interrogado el administrador de correos habían sido citados por el tribunal y se encontraban ahora en la sala. El trámite era difícil para todos, la mayoría de ellos no se había visto nunca en una situación parecida. Julie observó aliviada que Henry ya no iba maniatado cuando lo introdujeron en la sala por una puerta lateral. Parecía incluso muy tranquilo, si se prescindía del hecho de que ni siquiera la miró. Mantenía la cabeza gacha, como si estuviera enfrascado en sus pensamientos.

El honorable juez Flavius van Parkensteen se dirigió con paso tranquilo a su puesto, se enderezó su blanca peluca rizada y paseó la vista por la sala. El nerviosismo de Julie aumentó.

—Según he sabido —comenzó, abriendo así la sesión—, están presentes todas las personas relacionadas con la lamentable muerte de Pieter Brick... —y lanzó una mirada a Henry que Julie no acertó a interpretar.

El ujier carraspeó y se levantó despacio de su silla, situada a la derecha, junto al juez Van Parkensteen. A continuación desdobló con cuidado una hoja de papel y empezó a leer en voz alta:

—Hoy se encuentran presentes aquí las personas que se mencionan a continuación: Juliette Riard, viuda de Leevken, nacida Vandenberg; Jean Riard, su legítimo esposo; Henry Leevken, hijo del primer matrimonio de Juliette Riard; Martin Brick, hijo del fallecido y nieto de Juliette Riard por su primer matrimonio; Thijs Marwijk, propietario de la plantación Watervreede, escenario del crimen; además, una antigua esclava de la plantación Rozenburg llamada Aniga; los trabajadores contratados llamados Sarina, Inika y Bogo... —se detuvo y levantó la vista de prisa, antes de proseguir—, la esposa del acusado, Karini Leevken, nacida Rozenberg, y otros testigos como Wim Vandenberg y Erika Bergmann.

Cuando el ujier apartó el papel, todos miraron, turbados, a su alrededor. La vieja Aniga, sobre todo, acurrucada al fondo de la sala, sentía un visible malestar. Julie le había asegurado varias veces que no tenía nada que temer, pero la mujer parecía incapaz de liberarse de los recuerdos del uso del látigo durante años, sobre todo en los sitios oficiales.

El ujier carraspeó, como si quisiera asegurarse la atención. Luego tomó en la mano otra hoja de papel y respiró hondo.

—Las diligencias realizadas hasta la fecha arrojan los siguientes resultados: comienzo por los lugares donde se encontraban los presentes en la noche de autos: Jean y Juliette Riard, en su dormitorio; Martin Brick, dormitorio; Thijs Marwijk,

dormitorio; Henry Leevken, camino de la plantación Rozenburg.

Juliette observó, inquieta, que el juez dirigía una mirada escrutadora a Henry. Con gesto nervioso retorció su pañuelo. Eso no le gustaba nada.

El ujier prosiguió en idéntico tono, casi mecánico:

—Trabajadores contratados Sarina, Inika, Bogo, en su habitación; no presente en la plantación: la criada Karini Leevken, antes Rozenberg, siendo su paradero la plantación Rozenburg. Nótese que Thijs Marwijk y la trabajadora contratada Sarina padecían en el momento de los hechos una grave enfermedad y estaban postrados en el lecho.

El juez le dirigió una breve inclinación de cabeza al ujier, que a continuación se sentó. Julie tenía los nervios de punta. Entonces, el juez carraspeó y comenzó a hablar.

—El interrogatorio de los testigos ha puesto de manifiesto los hechos siguientes: Thijs Marwijk y la trabajadora contratada Sarina quedan descartados como autores, pues no estaban en condiciones de abandonar la cama, aunque sin duda tenían motivos para matar a Pieter Brick. A Pieter Brick se lo acusa, entre otras cosas, de haber provocado deliberadamente la enfermedad de estos últimos. Así lo corrobora la declaración de la curandera llamada Aniga, y la observación de la antigua criada Karini, que también queda descartada como sospechosa, pues en el momento de los hechos ya no se encontraba en la plantación Watervreede. —Miró un instante a los presentes y prosiguió con voz seria—: Como he dicho: lo corrobora, pero no ha podido ser demostrado. Así quedan las siguientes personas sospechosas: Martin Brick declaró que en el momento de los hechos estaba en su cama, pero no existen testigos de ello. Jean y Juliette Riard estaban también en su habitación y lo testifican mutuamente. La trabajadora contratada Inika también se encontraba en una habitación en compañía de su madre y de su marido. Henry Leevken —el juez inclinó la cabeza en dirección a Henry—, cuyo interrogatorio llevé a cabo personalmente hace dos días, no estaba presente en el momento de los hechos. —Se detuvo un instante, y Julie creyó que iba a explotar de impaciencia—. Mijnheer Leevken —el juez volvió a mirar fijamente a Henry—, lamento una vez más las molestias que le hemos causado con la detención.

Julie no entendía qué quería decir el juez. ¿Acaso ya no iba a inculpar a Henry?

A continuación, el juez hojeó un montón de papeles que tenía delante. Luego se apoyó en los codos y volvió a carraspear. El ambiente era tenso, nadie en la sala se movía.

—Recapitulando los resultados de la investigación, sólo queda finalmente una sospechosa... que también tenía un motivo.

Julie sentía que estaba a punto de desmayarse e intentó tranquilizarse. Lanzó una mirada a su hijo, que ahora estaba desmadejado en su silla con la vista clavada en las rodillas.

—Juliette Riard.

Julie no daba crédito. Al oír su nombre, casi se le paró el corazón. Sintió sobre ella la mirada del juez y de todos los demás y se encogió en su asiento.

—¿Yo? Pero...

—Chis, chis... No digas nada —oyó que le susurraba Jean.

Ella lo miró, sobre su frente se habían formado profundas arrugas de preocupación.

—Mevrouw Riard... Punto uno: en el curso de nuestras investigaciones sobre la trágica muerte de su primer marido hemos hallado ciertas incongruencias, sobre todo en lo relativo al orden de sucesión en la plantación. ¿Estoy en lo cierto al creer que su hijo Henry no es hijo biológico de su difunto esposo Karl Leevken, sino de su actual marido?

Julie bajó la vista avergonzada, y el juez pareció valorar eso como un mudo asentimiento.

—En principio hay que dar por sentado que Pieter Brick, yerno suyo y por entonces médico en ejercicio, lo supo, y por consiguiente el accidente que sufrió su marido no fue probablemente un accidente y...

Julie no sabía qué estaba pasando. ¡Cuánto tiempo había guardado esos secretos confiando en que nunca la afectarían! Los conocían poquísimas personas, así pues, ¿cómo había podido enterarse el juez? Su mirada se dirigió a Henry, que mantenía la cabeza gacha. No, su hijo no había revelado lo que sabía, y tampoco su marido, de eso estaba segura. Sólo quedaba Pieter, pero estaba muerto. A no ser que en algún momento lo hubiera comentado con Martin. Volvió deprisa la cabeza hacia éste, pero Martin, hierático, se sentaba al lado de Inika y esquivó su mirada. Así que había sido Martin. En la cabeza de Julie giraban alocados los pensamientos.

«Esperamos un hijo», le había dicho a Julie pocas semanas antes mientras tenía cogida de la mano a Inika. Desde entonces no se había dejado ver más en la casa de la ciudad. Julie no había podido desembarazarse de la sensación de que algo agobiaba a Martin, y desde luego no era la muerte de su padre. ¿Sería porque ella se había convertido en sospechosa? Eso explicaría su reserva durante las últimas semanas. Pero el juez aún no había concluido.

—No obstante, esto último no es objeto de esta vista; se trata de descubrir al asesino de Pieter Brick. ¿Es verdad, mevrouw Riard —prosiguió el juez—, que el padre de su hijo Henry no es Karl Leevken, sino Jean Riard, su actual esposo?

Julie tragó saliva, Henry no tenía que haberse enterado de ese modo. Sin embargo, había llegado el momento de la verdad.

—Sí —contestó con un hilo de voz. Después miró, vacilante, hacia su hijo, pero Henry seguía cabizbajo.

—Entonces —continuó el juez—, ¿tengo también razón al suponer que la herencia de la plantación Rozenburg, que aceptaron usted y su hijo, no fue legal y usted lo sabía?

—Sí —a Julie le rodaban las lágrimas por las mejillas.

—¿Tengo razón al suponer que Pieter Brick lo sabía?

—Sí.

—Con relación a la paternidad, ¿conocía alguien más, salvo su actual marido, este hecho?

Julie alzó la vista, irritada.

—¡No!

Una leve sonrisa afloró a los labios del juez.

—Es importante saberlo —su mirada recorrió la sala—, pues sólo hubo una persona que nos refirió ese hecho durante los interrogatorios, y ¿por quién podría haberlo sabido dicha persona sino por el propio Pieter Brick?

La mirada del juez se posó en Inika.

Julie estaba confundida. ¿Inika?

Sarina profirió un breve grito y Martin se levantó de un salto, horrorizado.

—¿Tú... tú contaste eso? —Su voz era aguda y chillona.

—Mijnheer Brick, siéntese, por favor. ¿Lo sabía usted también?

Julie vio cómo Martin intentaba esquivar la respuesta.

—Sí, no... Sí —reconoció finalmente en voz baja.

—¿Cuándo le habló de ello la joven trabajadora: antes o después de la noche de autos?

Martin se puso colorado.

—¡Después! —exclamó con energía—. Mucho después de que mi padre *fue asesinado* —tras escupir las dos últimas palabras, apartó su silla lo más lejos que pudo de Inika.

El juez dirigió a la india una intensa mirada.

—Bien, Inika, díganos cómo se enteró usted. ¿Me equivoco al pensar que mantuvo usted con Pieter Brick algo más que una mera relación de... criada?

Julie vio cómo Inika miraba frenética a su alrededor. Ni una palabra salió de sus labios. Parecía un animal herido de muerte que había caído en la trampa y buscaba de una manera febril una vía de escape.

Eso pareció satisfacer al juez.

—¿Estuvo usted la noche de autos en la casa de la cocina?

Inika negó con la cabeza, visiblemente pálida. Julie se sentía más incómoda cada vez. ¿Había apuñalado de verdad a Pieter esa mujer delicada? Y, en caso afirmativo, ¿por qué?

—¿No sucedió por casualidad así? —prosiguió el juez, inclinándose un poco sobre su mesa, como si esperara una confesión.

Inika, fuera de sí, se levantó de un salto.

—¡No, yo... yo no fui! —gritó muy nerviosa. Se pasó los dedos por el pelo y pareció reflexionar detenidamente—. Esa noche..., sí, estuve en la cocina y masra Pieter me dijo que... —Se interrumpió.

Todos miraban fijamente a la joven. Julie bajó los ojos, consternada.

De pronto, Bogo se puso en pie de un salto a su lado y levantó el brazo.

El juez lo miró asombrado.

—¿Qué significa esto? ¿Acaso tiene usted algo que ver con el asunto?

Bogo asintió, se golpeó el pecho y volvió a levantar el brazo.

—¿Quiere decir con eso que apuñaló *usted* a Pieter Brick?

Julie observó, aterrada, que Bogo asentía con vehemencia. Inika, a su lado, parecía no menos estupefacta; la joven se había quedado petrificada.

—¿Qué tiene usted que decir a eso, Inika?

Julie, como todos los demás, esperaba la respuesta de Inika, intrigada. No se le pasó por alto la mirada penetrante que Bogo le dirigió a Inika antes de que ésta comenzara a hablar entrecortadamente.

—Esa noche los dos estábamos en la cocina —dijo bajando la vista—. Masra Pieter entró, estaba borracho, nos contó unas cosas muy confusas de masra Henry y masra Martin, y dijo que su hijo era el auténtico heredero de Rozenburg. Que él dirigiría pronto la plantación y que nosotros teníamos que acostumbrarnos a eso. Bogo y yo intentamos irnos, cuando masra Pieter... —sollozó—. Él... él quiso tocarme... Entonces Bogo se interpuso y... ¡Él sólo deseaba protegerme!

Bogo seguía asintiendo con empeño.

El juez se reclinó en su silla, satisfecho.

—Así pues, hemos hallado al asesino. Detengan a ese hombre —ordenó a los dos funcionarios que antes habían traído a Henry—. El tribunal se retirará a deliberar. El veredicto se anunciará dentro de dos días a las once horas.

Tras pronunciar esas palabras, se levantó y abandonó la sala. Se llevaron a Bogo, y todos los demás permanecieron sentados, como si se hubieran convertido en estatuas de piedra. Julie lo siguió, pensativa, con la mirada.

El 27 de junio del año 1881, Bogo fue condenado a doce años de prisión por el crimen. Como había querido proteger a su mujer, el juez se mostró clemente. Sin embargo, Julie tenía la impresión de que el magistrado, que en las pasadas semanas había rebuscado en sus relaciones familiares más que ninguna persona antes, quizá se había percatado también de que Pieter asimismo era culpable de ciertas cosas, aunque eso por supuesto no justificaba su asesinato. Julie asistió a la lectura de la sentencia acompañada por Jean e Inika. Con una mirada de tristeza a la joven india, Bogo dejó que se lo llevaran. Julie lo miró pensativa. No conseguía desembarazarse de la sensación de que eso no era justo. Por el contrario, la expresión desapasionada de Inika era harto elocuente, a pesar de que la historia de ambos sonaba muy verosímil. Bogo nunca se había mostrado violento anteriormente, pero Julie sabía que amaba de veras a la chica y que... si Pieter hubiera intentado atacarla, él la habría protegido. En cambio, que Inika esperara un hijo de Martin no acababa de encajar con lo sucedido.

Pocos días después, todos regresaron a Rozenburg. También los acompañaron Sarina y Thijs Marwijk, así como Erika y Wim. Julie deseaba hablar inmediatamente con sus hijos, ese asunto ya no admitía demora alguna. En la ciudad todos habían estado muy nerviosos y trastornados y nadie se había atrevido a hablar con los demás.

Kiri lloró de alegría cuando pudo volver a abrazar a su hija. Julie las dejó un momento a solas, después llamó al salón a Henry, a Karini, a Martin y a Inika para eliminar definitivamente todos los malentendidos. También convocó a Jean, que se sentó junto a ella, visiblemente tenso.

Julie miró a los reunidos y respiró hondo.

—Como primera medida quisiera dejar clara una cosa: no voy a hacer reproches a nadie. En cierto sentido, todos sois mis hijos y os quiero —y cruzando las manos en el regazo, bajó la vista y prosiguió en voz baja—: Sí, Henry, tú eres hijo biológico de Jean. Cuántas veces he estado tentada de decírtelo, pero no me atreví porque eso habría supuesto dejar a Pieter las manos libres sobre Rozenburg, y eso no habría sido bueno para la plantación ni para los que viven en ella. Pero ahora..., aunque Henry no es el heredero directo —dirigió una mirada cariñosa a Karini—, está creciendo la próxima generación, que, a través de Karini y de su padre, tiene derecho a vivir en Rozenburg. Karini, tú, además de hermanastra de Martin por Pieter, eres por parte de tu padre Dany nieta de la abuela de Martin. —Julie captó la mirada confundida de la chica—. Eso te lo contará con calma tu madre, no te preocupes. Y como Karini está ahora casada con Henry —se volvió hacia Martin—, confío, Martin, en que sabrás valorar la situación.

Ya estaba dicho. Julie no estaba segura de cómo reaccionaría Martin a esa declaración después de lo sucedido, pero, al parecer, su preocupación era innecesaria, pues la expresión de arrepentimiento del joven era harto elocuente.

—Juliette, yo no sabía que Inika en su declaración... Por favor, créeme, para mí no existe ninguna diferencia entre que Henry sea hijo de mi abuelo o de Jean. O Karini... Él es como un hermano para mí, Karini es y seguirá siendo mi hermana, y tú —Julie se sintió conmovida ante la mirada de ternura que le dirigió—, tú has sido siempre como una madre para mí. Juliette, cuánto lo lamento. Me dejé arrastrar por Inika en una dirección. —Lanzó una mirada furiosa a la chica embarazada—. Y ni por un momento he pretendido disputaros Rozenburg. No hay nadie que haya luchado todos estos años por la plantación tanto como tú. ¡Sin ti hoy ninguno de nosotros estaríamos aquí!

Sus palabras gustaron a Julie, que se sintió orgullosa, orgullosa de su valentía para pronunciarlas.

—Gracias, Martin —dijo dando un paso hacia él y acariciándole el brazo—. Todos hemos atravesado una mala época. En cierto modo también me apena mucho lo de tu padre. Pero espero que hayas comprendido que él era... un hombre difícil que arrojó la desgracia sobre nuestra familia.

Martin asintió y Julie creyó ver un brillo en sus ojos. Luego dejó vagar la mirada

hasta Jean, que se volvió hacia Inika, que se sentaba junto a Martin visiblemente hundida.

—Inika, me gustaría darte un consejo para el futuro: si quieres merecer algún día la confianza y el respeto de nuestra familia, nunca más debes intrigar a nuestras espaldas.

La joven asintió y se limpió unas lágrimas del rabillo del ojo.

Julie captó la expresiva mirada de su esposo y asintió. Habría añadido muchas más cosas, pero el tiempo lo arreglaría todo. De momento, lo más importante era que las chicas trajesen unos hijos sanos al mundo y que la familia recuperara la tranquilidad.

—Bien. —Jean se levantó y sirvió *dram* para él y para los muchachos—. Entonces, por el futuro. Martin, según he oído, Thijs planea salir de viaje con Sarina y desea confiarte Watervreede. Pero seguro que preferirá hablarlo contigo. ¡Por el éxito! —Alzó su vaso y brindó por Martin—. Y tú..., hijo —se volvió con una amplia sonrisa hacia Henry—, espero que a partir de ahora me eches una mano en Rozenburg.

—Sí, padre. —Henry sonrió y le palmeó el hombro.

Julie conocía lo suficiente a su marido como para saber la importancia que esa respuesta tuvo para él.

Luego contempló a su pequeña familia y notó que una oleada de ternura se apoderaba de ella. Abrió la puerta y Wim y Erika entraron con Helena de la mano.

—¿Podemos pasar?

—¡Pues claro! —Julie abrió los brazos y su hija corrió hacia ella.

Henchida de felicidad, abrazó a la pequeña. Ojalá Helena no tuviera que vivir nunca con sus sobrinos y sus sobrinas unos tiempos tan turbulentos.

EPÍLOGO

El Surinam, el país más pequeño de Sudamérica, se diferencia en múltiples sentidos de sus grandes vecinos. Llama muy especialmente la atención, como consecuencia de la interesante y agitada historia de este país, la estructura tan variopinta de su población, así como el gran número de lenguas que allí se hablan.

El Surinam no obtuvo la independencia del Reino de los Países Bajos hasta el año 1975. La lengua oficial del Surinam sigue siendo el neerlandés, y también son evidentes las huellas de la antigua época colonial holandesa. Así, numerosas localidades, carreteras y hasta barrios poseen nombres neerlandeses, y en la arquitectura de la capital, Paramaribo, son muy típicos los edificios blancos de estilo colonial neerlandés.

Además, se ven por doquier las huellas de la influencia de los indostaníes, cuyos antepasados fueron llevados al país como trabajadores contratados. En la ciudad, por ejemplo, hay numerosos templos hindúes, se habla un dialecto parecido al hindi, en la cocina cotidiana se utilizan verduras y especias indias, y también la música del Surinam, gracias a instrumentos como el sitar, la tabla o el dhantal, está muy influenciada por la India. Los indios, contratados en el siglo XIX como trabajadores, constituyen hoy el 27 por ciento de la población y son el grupo más numeroso del Surinam.

Además de los indostaníes viven otros muchos grupos de población en el Surinam, entre ellos, criollos y javaneses. Los cimarrones, descendientes de los esclavos negros que huyeron en el siglo XVIII al interior del país, constituyen hoy cerca del 10 por ciento de la población. Por el contrario, los europeos ya sólo son aproximadamente el 1 por ciento.

Un acontecimiento fundamental en la historia del país fue la abolición de la esclavitud el 1 de julio de 1863. Ese día quedaron libres unos treinta y cinco mil esclavos que fueron puestos bajo la vigilancia del Estado durante diez años (obligación de trabajar). Los propietarios de las plantaciones recibieron trescientos florines a modo de indemnización por cada esclavo liberado. Los antiguos esclavos, por el contrario, apenas percibieron sesenta florines cada uno.

En 1873, tras la finalización de dicho plazo, se desató cierta inquietud en el país. Muchos colonos vieron amenazada su existencia y abandonaron el Surinam, y muchos antiguos esclavos dejaron para siempre las plantaciones. Sin embargo, la escasez de mano de obra no fue el único problema de los propietarios de las plantaciones de caña de azúcar del Surinam. El cultivo de remolacha azucarera en los países europeos hundió las importaciones de ultramar. En otros productos coloniales

como el tabaco, el algodón y el café dominaban la producción plantaciones gigantescas, sobre todo de países en los que todavía estaba permitida la esclavitud. El Surinam dejó de ser competitivo.

La carencia de esclavos como mano de obra en las plantaciones debía suplirse con trabajadores contratados de la India británica, por lo que en septiembre de 1870 los Países Bajos firmaron un convenio de empleo con Inglaterra. En junio de 1873 pisaron suelo surinamés los primeros trabajadores contratados de la India británica. Los 399 pasajeros habían abandonado su patria zarpando desde Calcuta en el velero *Lalla Rookh* y no sabían prácticamente nada de su destino. En los años sucesivos se trasladaron al Surinam cada vez más personas de la India.

Los trabajadores contratados introducidos en el país firmaban un contrato de cinco años de duración, al cabo de los cuales podían regresar a la India a expensas del gobierno neerlandés. Entre 1873 y 1916 fueron trasladadas de Calcuta al Surinam unas treinta y cuatro mil personas. Aproximadamente una tercera parte de los trabajadores contratados hizo uso del derecho al viaje de regreso pagado a su país natal.

La presión política de los nacionalistas en la India británica hizo que Inglaterra pusiera fin en 1916 al tratado de emigración con los Países Bajos. En lo sucesivo, el Surinam se dedicó a traer trabajadores indonesios, que en el Surinam llamaban javaneses. La inmigración de los javaneses finalizó el 13 de diciembre de 1939. Hasta dicha fecha acudieron a la colonia unos treinta y cinco mil javaneses.

Ocuparse como autora de esa abigarrada mezcolanza constituye un auténtico reto. Durante la escritura de la obra tuve que tener en cuenta en todo momento la polifacética historia del país. La investigación me llevó en muchas direcciones, aunque los informes sobre la época colonial son en su mayoría obra de blancos. Apenas hay noticias sobre los antiguos esclavos y trabajadores contratados. Aquí, recurrí a la fantasía, que me permitió urdir una historia de ficción sobre la base de datos históricamente probados. Esto es aplicable asimismo a la travesía de los trabajadores contratados. El primer viaje, ya mencionado, del *Lalla Rookh* desde Calcuta al Surinam está bien documentado. Este barco y otros llevaron a continuación pasajeros de la India al Surinam con regularidad. No obstante, la acción y las motivaciones son fruto de mi invención, al igual que las plantaciones con sus familias y sus esclavos.

Después de escribir *El reino del azahar* me resultó muy emocionante seguir relatando la vida de Juliette en la plantación Rozenburg. Me conmovió especialmente el destino de Inika. ¿Qué pudo suponer para una niña en aquella época trasladarse con sus padres a un país totalmente desconocido? ¿Qué dificultades tuvieron que afrontar la niña y los adultos en la adaptación a su nuevo entorno? Éstas son experiencias que con toda seguridad marcan y transforman radicalmente a una persona.

También me fascinó la figura de Karini. Ella nació en una época de cambios. Ya no vivió la esclavitud, pero los acontecimientos y las experiencias de esa época

estaban todavía omnipresentes. La esclavitud aún estaba firmemente arraigada en la generación de sus padres, que fue abandonando sus antiguas costumbres y mentalidad con ciertas vacilaciones. Los niños, sometidos al cambio y al progreso, se movían entre esos dos mundos. A pesar de haber transcurrido cientos de años, la cultura africana sigue siendo determinante hoy en el país.

Y no hay que olvidar a los hijos de los colonos blancos, que se criaron bajo el sol tropical y de los que algunos nunca conocieron su país de origen en Europa, pero a pesar de todo cultivaron fuera de su patria las tradiciones y la cultura de sus padres y de sus abuelos.

En la actualidad existe un intercambio activo y satisfactorio entre los Países Bajos y la antigua colonia. Por eso, en los Países Bajos uno se encuentra continuamente con cocineros o músicos del Surinam o jóvenes estudiantes que se sienten atraídos por Europa. Y en esas personas se percibe con mucha frecuencia que su corazón está apegado a su patria, porque ese pequeño país al otro lado del océano Atlántico posee un encanto muy especial.

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro es un viaje que, aunque esté muy bien planificado, entraña siempre cierta incertidumbre.

Quiero dar las gracias especialmente a mi agente Bastian Schlück, que mandó de viaje a este libro, a la editorial Bastei Lübbe, que le proporcionó un destino, y a mis lectoras Marion Labonte y Melanie Blank-Schröder, que me acompañaron en ese periplo.

Escribir un libro no sólo supone alegrías, aunque el trabajo como autora es en sí maravilloso. A veces las alegrías y las penas van muy unidas, y también hay que estar dispuesta a aprender, a cambiar de rumbo incluso, y a aceptar con sinceridad consejos y sugerencias. Es un proceso constante de evolución en el que una no sólo descubre la historia, sino también una parte de sí misma.

Y como trabajar en un libro así requiere un largo período de tiempo, no se puede perder de vista la vida cotidiana. Una puede influir en la historia de un libro..., pero la vida que te rodea has de aceptarla con todos sus altibajos.

Mi agradecimiento igualmente a mi marido, así como a Sandra y a Susanne, que me acompañan siempre, tanto en la vida cotidiana como durante el tiempo de creación del libro.